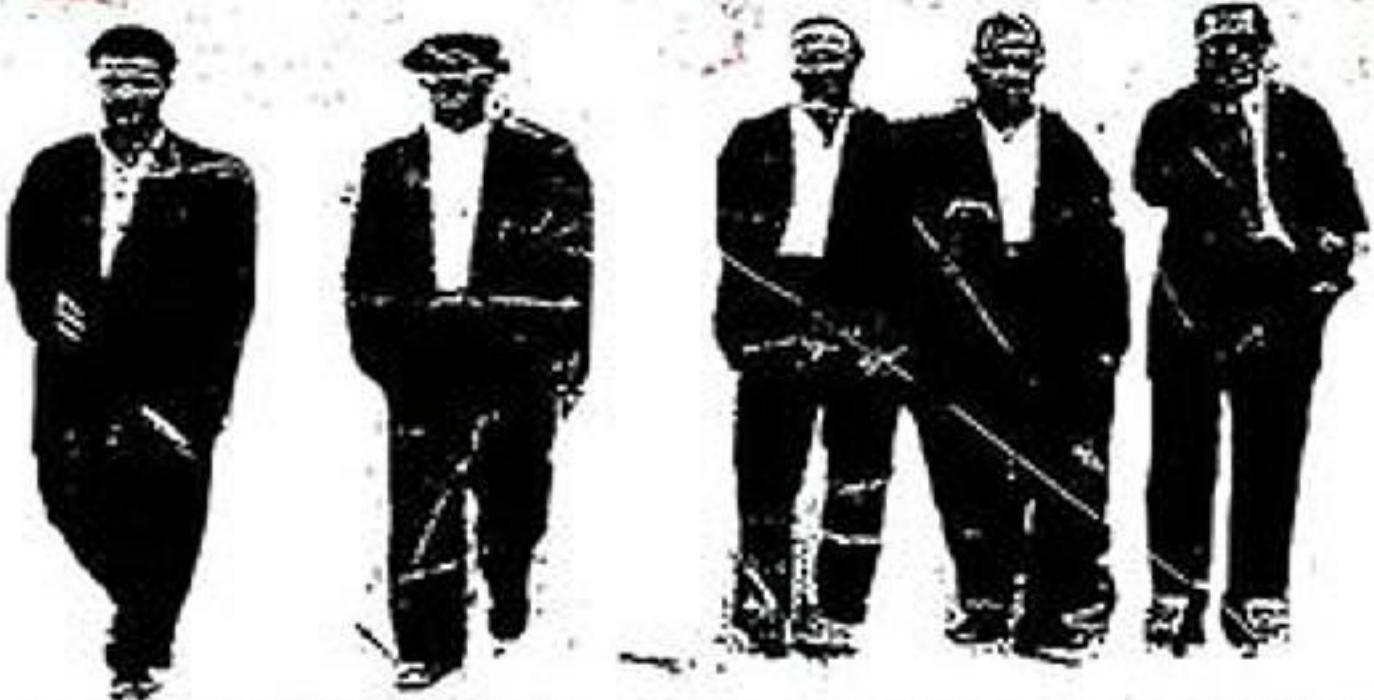
HISTORIA DE LA MAFIA SICILIANA

COSA NOSTRA



JOHN DICKIE

Lectulandia

Cosa Nostra relata la fascinante historia secreta de la mafia siciliana, la sociedad criminal más famosa, más impenetrable y peor comprendida del mundo.

La mafia ha recibido muchos nombres desde que fuera creada hace ciento cuarenta años: la Secta, la Hermandad, la Honorable Sociedad y, hoy, Cosa Nostra. Sin embargo, mientras cambiaban los nombres y los tiempos, sus métodos, sangrientos y sutiles, han seguido siendo los mismos. Ahora, por primera vez, *Cosa Nostra* reconstruye la historia completa de la mafia siciliana, desde sus orígenes hasta la actualidad, desde los huertos de limones y las minas de azufre de Sicilia a las calles de Manhattan.

Cosa Nostra es la crónica definitiva, rica en detalles y personajes y con el pulso narrativo de las mejores novelas negras.

Lectulandia

John Dickie

Cosa Nostra

Historia de la mafia siciliana

ePub r1.3
Titivillus 08.01.2019

Título original: *Cosa Nostra*
John Dickie, 2004
Traducción: Francisco Ramos
Diseño de cubierta: Víctor Igual, S. L.

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Cualquiera que conozca mínimamente las investigaciones académicas sobre la Mafia siciliana realizadas más o menos en los últimos quince años, reconocerá en estas páginas la gran deuda que he contraído con los más destacados expertos italianos en este ámbito. Espero que comprendan que si he decidido no mencionarlos en el texto, ha sido solo para evitar sobrecargar al lector no italiano con más nombres de los estrictamente necesarios para narrar la historia. Lo que primero despertó en mí la ambición de escribir el presente volumen fue el deseo de reproducir la emoción intelectual que yo mismo había sentido al leer las obras de Alessandra Dino, Giovanna Fiume, Diego Gambetta, Rosano Mangiameli, Francesco Renda, Paolo Pezzino, Umberto Santino y especialmente Salvatore Lupo, cuya *Storia della mafia* representa en muchos aspectos la inspiración más importante de lo que he escrito aquí. También me he beneficiado sobremanera de la posibilidad de haber podido discutir este proyecto personalmente en varias ocasiones con Salvatore Lupo y Giovanna Fiume. Tengo la ilusionada esperanza de que juzguen que los resultados de mi trabajo merecen la pena.

Reunirme con los jueces antimafia Antonio Ingroia, Guido Lo Forte, Gaetano Paci y Roberto Scarpinato ha dejado una impresión en mí y en el libro muchísimo mayor de lo que se manifiesta explícitamente en el texto. Francesco Petruzzella y Margherita Pellerano, del Palacio de Justicia de Palermo, se mostraron indefectiblemente considerados cuando les pedí ayuda.

Nino Blando merece mi especial gratitud, ya que me proporcionó excelente compañía, ideas fundamentales y una guía indispensable en el recorrido sobre el terreno que hicimos en enero de 2003. También debo dar las gracias a los padres de Nino por una maravillosa jornada en Gangi, a Ina y Tullio por la acogida que me dispensaron en Brancaccio, y a Pippo Cipriani por disponer de una parte de su tiempo mucho mayor de la que yo tenía derecho a esperar en Corleone, donde Rosanna Rizzo también tuvo la amabilidad de compartir conmigo el fruto de sus investigaciones y de su experiencia. Y sencillamente no habría sido posible escribir este libro sin la hospitalidad de varios otros amigos en Italia: Marina y Lorenzo en Milán; Hugo, Stefania y Savina en Roma, e Igor y Alessandro en Palermo. Debo asimismo mi agradecimiento a Nick Dines y Antonio Orlando por su ayuda de última hora con algunas ilustraciones, así como a Alessandro Fucarini, de la agencia Labruzzo, cuyas soberbias fotografías merecen una exposición de mucha mayor envergadura.

Muchos de mis amigos leyeron partes del libro en diferentes etapas, y al hacerlo me ayudaron a emprender un difícil viaje tratando de alejarme de las convenciones de los trabajos académicos para acercarme a un estilo más legible. Los aquí mencionados ya no necesitarán jamás demostrar su paciencia de ninguna otra manera:

Prue, Lucy, Clara, Rob, Rebecca, Doug, Emma, Nick, Sham, Claire, Dad, Sarah M., Dave, Jackie, Tonnno, Jay, Claire H., Sam, Andrew H., Caz, Cat, tío John, Andy, Sarah, Charles, Irina, Rosie, Rosa y Naomi. Tanto con Radoyka Miljevic como con Robert Gordon tengo una deuda especial por haber tenido que leer un borrador definitivo completo con muy poca antelación. Sarah Penny examinó las pruebas con ojo astuto. Asimismo tuve la suerte de poder contar con la pericia de Mark Donovan, Christopher Duggan, Lucy Riall, Melvyn Stokes y Michael Woodiwiss. Gaia Servadio, Pino Adriano y David Critchley también me proporcionaron información valiosa.

Ombretta Ingrasci realizó un fantástico trabajo localizando las ilustraciones. Su consejo y sus críticas durante el proceso de redacción también han resultado inestimables. Recomiendo al lector que esté atento a la aparición de su fascinante trabajo sobre las mujeres y la Mafia.

Desde que me senté por primera vez a trabajar en esta obra he mantenido conversaciones casi constantes con John Foot. Cualesquiera que sean sus defectos, el libro es mucho mejor de lo que habría sido sin su contribución y su apoyo.

El departamento de italiano del University College de Londres y el consejo de redacción de *Modern Italy* merecen también mi gratitud por haberme permitido disponer de tiempo para escribir. El personal amable y profesional del Departamento de Humanidades 2 de la British Library merece un gran aumento de sueldo.

Ha sido un verdadero placer trabajar con mis editores en Hodder: Roland Philipps, Helen Garnons-Williams y Rupert Lancaster. Helen merece un especial agradecimiento por algunas perspicaces intervenciones en una fase crucial del desarrollo de la obra. Todos los miembros del equipo de Hodder han sido un modelo de agradable profesionalidad. Catherine Clarke, mi alquímica agente de Felicity Bryan, me ha ayudado a hacer que todo el proceso resulte divertido.

Todas las traducciones son mías a menos que se afirme otra cosa.

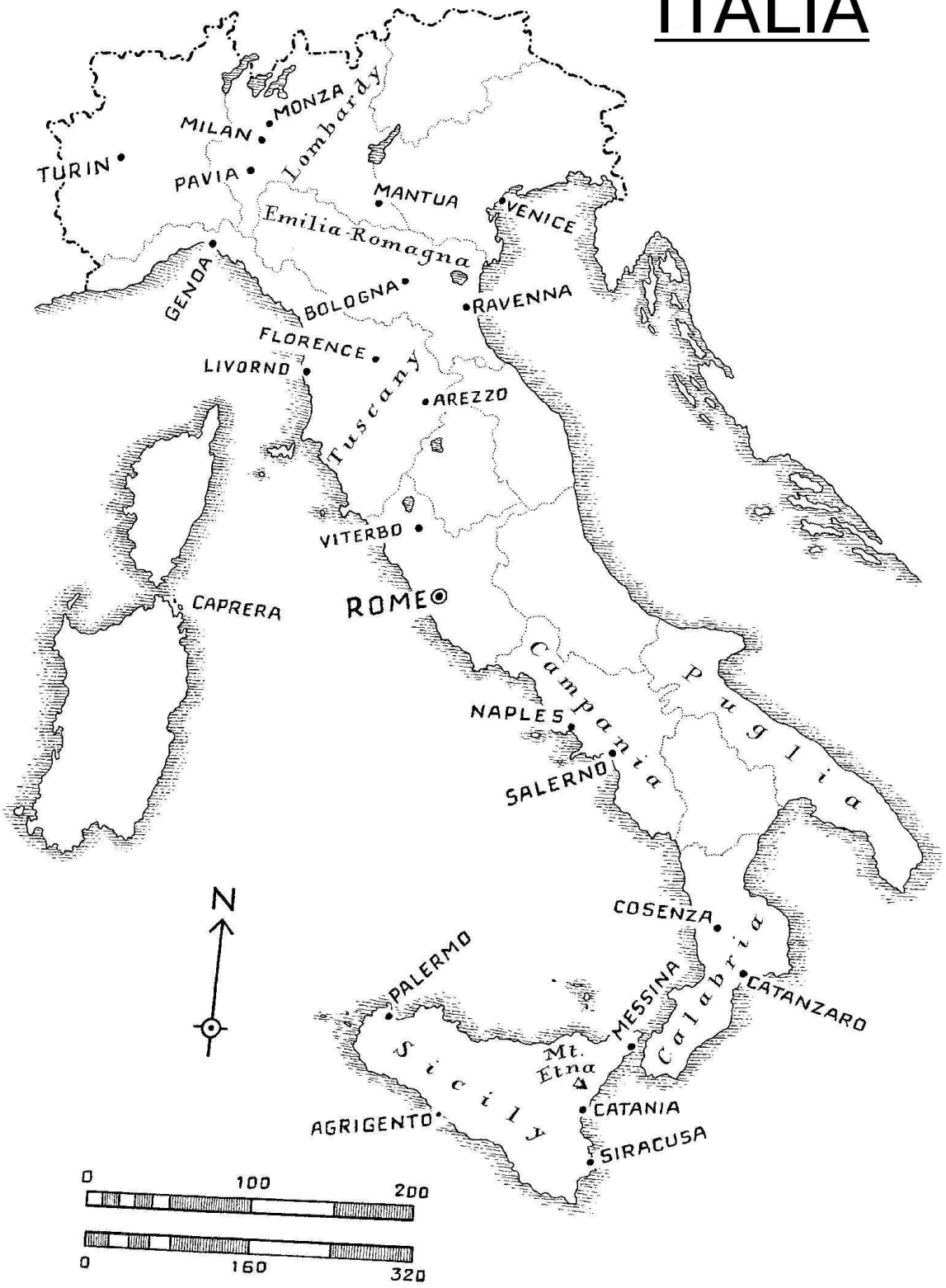
Va por Oscar y Beth.

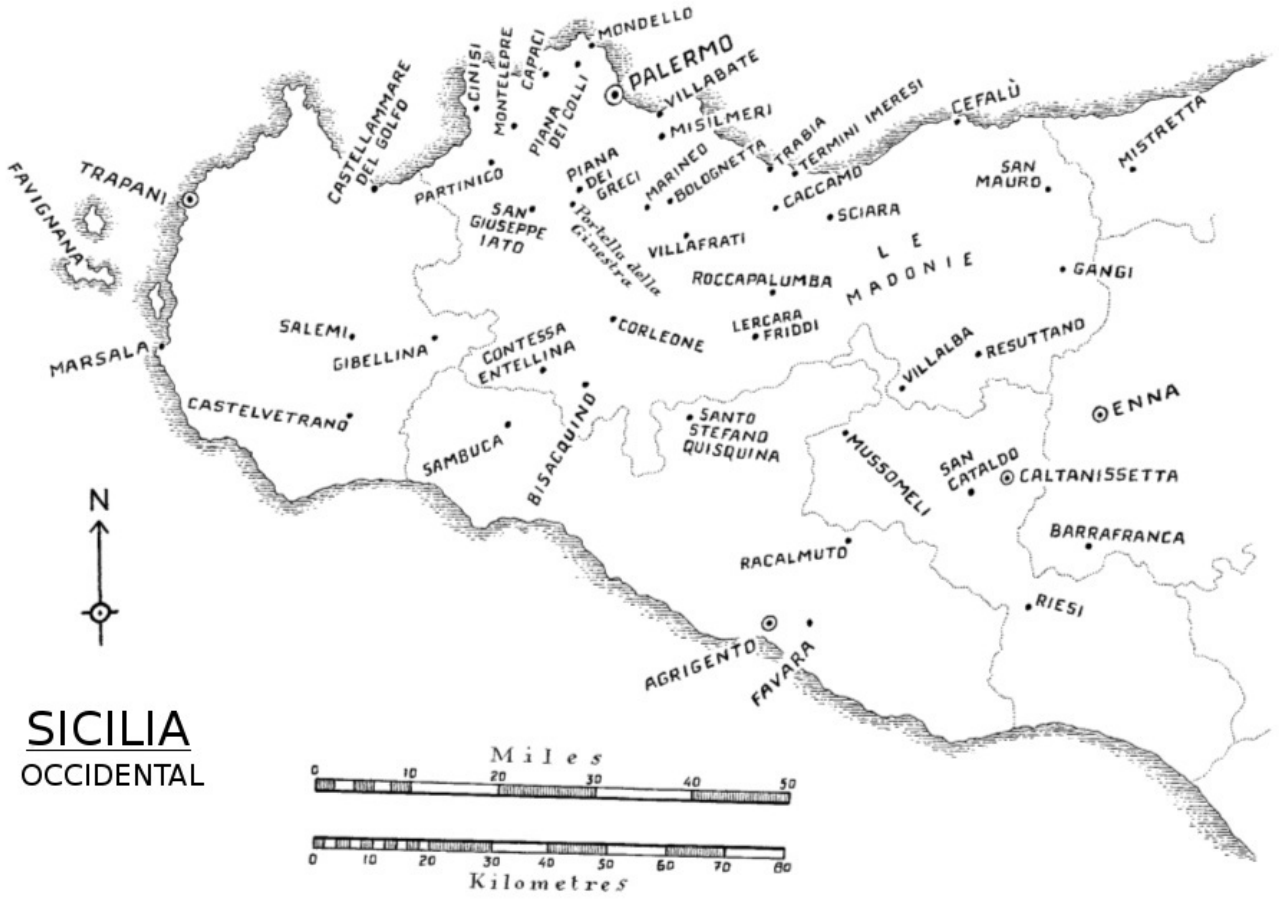
Se han hecho todos los esfuerzos razonables para mencionar la propiedad del material protegido por derechos de autor incluido en el presente volumen. Cualquier error que se haya podido producir es involuntario y se corregirá en posteriores ediciones si se notifica de él al autor.

Quisiera dar las gracias a las siguientes personas e instituciones por autorizarme a reproducir fragmentos de diversas obras publicadas: Rubbettino Editore, por Commissione parlamentare d'inchiesta sul fenomeno della mafia e sulle altre associazioni criminali similari, *Mafia, politica, pentiti;* Enrico Deaglio, por la entrevista con Andrea Camuflen en *Diario;* R.C.S. Libri S.p.A., por Giovanni Falcone y Marcelle Padovani, *Cose di Cosa Nostra, y* por Saverio Lodato, *Venti anní di Mafia; Tullio* Pironti Editore S.r.l., por Lucio Galluzzo, Franco Nicastro y Vincenzo Vasile, *Obiettivo Falcone;* Edizioni La Zisa S.r.l., por Alessandra Dino,

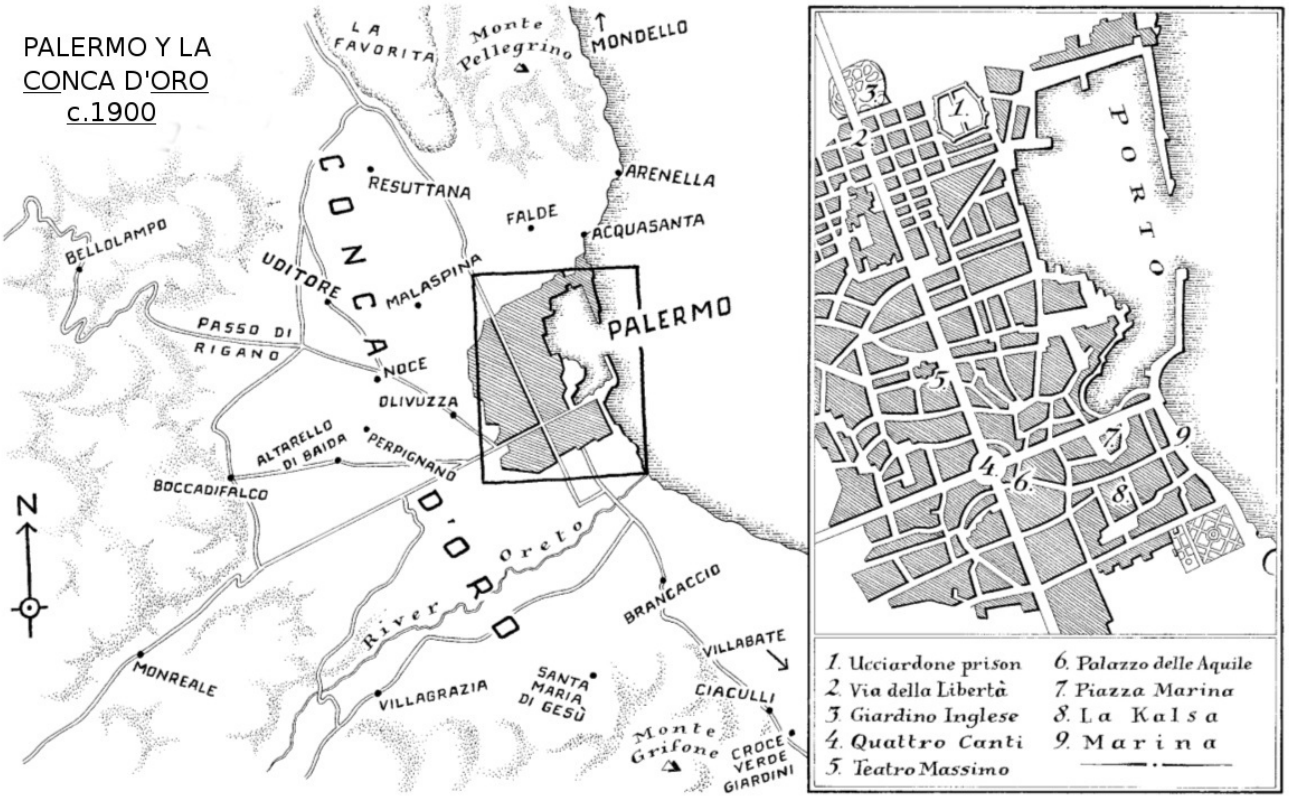
Mutazioní. Etnografía del mondo di Cosa Nostra, y por Dino Paternostro, *L'antimafia sconosciuta. Corleone 1893-1993;* finalmente, Editori Ruiniti, por Corrado Stajano, *Mafia. L'atto d'accusa dei giudici di Palermo.*

ITALIA


MILAN
MONZA
Lombardy
TURIN
PAVIA
MANTUA
VENICE
Emilia-Romagna
GENOA
BOLOGNA
RAVENNA
FLORENCE
LIVORNO
Tuscany
AREZZO
VITERBO
CAPRERA
ROME
Campania
Puglia
NAPLES
SALERNO
COSENZA
PALERMO
MESSINA
CATANZARO
Calabria
Mt. Etna
Sicily
CATANIA
AGRIGENTO
SIRACUSA
N
0
100
200
0
160
320



PALERMO Y LA CONCA D'ORO c.1900



Nota del autor

Como enseguida se pondrá de manifiesto, es inevitable que estas páginas aludan a graves acusaciones relacionadas con ciertos individuos. Por consiguiente, es fundamental que nadie lea el libro sin tener en cuenta las consideraciones siguientes.

Las familias de la Mafia y las familias de sangre son entidades distintas. El hecho de que uno o varios miembros de cualquier familia de sangre mencionada en este libro se hayan iniciado en la Mafia no implica de ningún modo que sus parientes por nacimiento o por matrimonio estén también afiliados a dicha organización, trabajen en favor de sus intereses o sepan siquiera que sus parientes están o han estado afiliados. De hecho, dado que la Cosa Nostra es una organización secreta, una de sus normas es la de que sus miembros no deben contarles a sus parientes consanguíneos nada sobre los asuntos que se traen entre manos. Por la misma razón, tampoco debe inferirse *a fortiori* que cualesquiera descendientes de personas actualmente fallecidas sobre las que en este libro se plantean sospechas de complicidad con la Mafia sean de forma alguna cómplices ellos mismos.

A lo largo de toda su historia, tanto la Mafia siciliana como la estadounidense han establecido relaciones con determinadas personas concretas, hombres de negocios, políticos y miembros de organizaciones sindicales. Igualmente, la Mafia siciliana y la estadounidense han establecido relaciones con empresas, sindicatos, partidos políticos o distintos grupos dentro de dichos partidos. Las evidencias históricas de las que disponemos sugieren firmemente que una de las principales características de dichas relaciones es su diversidad. Por ejemplo, en los casos en que se paga a la Mafia dinero a cambio de protección, las organizaciones e individuos involucrados pueden ser víctimas de extorsión completamente inocentes, o bien colaboradores conscientes con el crimen organizado. Los comentarios sobre tales organizaciones e individuos realizados en este libro no pretenden en modo alguno prejuzgar la naturaleza específica de ningún caso concreto en este sentido. Tampoco debe inferirse que las organizaciones e individuos que en un momento dado han tenido una relación con la Mafia sigan teniéndola en la actualidad. Por otra parte, lo escrito en estas páginas tampoco debe llevar a ninguna conclusión sobre organizaciones o individuos cuyos nombres, por mera coincidencia, resulten ser iguales a los mencionados aquí.

Este libro, como muchos otros estudios sobre la Mafia, identifica una pauta histórica generalizada según la cual los miembros de la Mafia han tendido a escapar a la justicia con mayor frecuencia de la que cabría esperar. Dentro de esta pauta general, los distintos casos individuales presentan características muy diversas, y de ningún modo existen siempre fundamentos que permitan sospechar un comportamiento delictivo o incompetente por parte de los miembros de las fuerzas del orden, la judicatura, los testigos o los jurados. En consecuencia, no debe inferirse

tal comportamiento delictivo o incompetente a menos que se afirme de manera explícita.

A lo largo de la historia muchas personas han negado la existencia de la Mafia o han tratado de minimizar su influencia. Muchísimas de ellas hablaban y actuaban totalmente de buena fe. Del mismo modo, son muchas las personas que han expresado dudas sinceras, razonables y a veces completamente justificadas sobre la fiabilidad de las evidencias proporcionadas por determinados *pentiti* («arrepentidos») concretos de la Mafia, o por todos los *pentiti* en general. Salvo que se afirme explícitamente lo contrario en estas páginas, no debe inferirse en absoluto la complicidad de una persona con la Mafia basándose meramente en el hecho de que se sepa que niega o minimiza la existencia de la organización o expresa dudas como las mencionadas sobre los *pentiti.*

En los casos, como los citados en estas páginas, en que los miembros de la Mafia se han reunido en hoteles, restaurantes, tiendas u otros lugares públicos, no debe concluirse en absoluto que los propietarios, la dirección o el personal de los establecimientos mencionados sean en modo alguno cómplices de la Mafia, o conscientes de la reunión, del carácter criminal de los participantes en ella o de la naturaleza delictiva de los negocios allí tratados.

Por razones prácticas no ha sido posible entrevistar a todas las personas que todavía viven y cuyas palabras se citan aquí reproduciéndolas de diversas fuentes escritas tales como entrevistas publicadas en libros y periódicos. En cada uno de estos casos el autor ha dado por supuesto que los textos publicados en tales libros y periódicos se habían transcrito con exactitud y buena fe.

Prólogo

Dos historias, dos días de mayo, separadas por un siglo de distancia. Cada una de ellas —la primera, una ficción melodramática; la segunda, una trágica realidad— revela algo importante sobre la Mafia siciliana, y acerca de por qué ahora puede escribirse por fin la historia de la Mafia.

La primera historia se presentó al mundo en el Teatro Costanzi de Roma el 17 de mayo de 1890, en lo que muchas personas consideran el estreno operístico de mayor éxito de todos los tiempos. La *Cavalleria rusticana* («Caballerosidad rústica») de Pietro Mascagni ponía una resonante melodía al servicio de una sencilla historia de celos, honor y venganza entre los campesinos de Sicilia. Fue recibida con desbordante entusiasmo; hubo treinta llamadas a escena, la reina de Italia estuvo presente y al parecer aplaudió durante toda la velada. La *Cavalleria* se convirtió rápidamente en un éxito internacional. Unos meses después de aquella noche en Roma, Mascagni escribía a un amigo diciéndole que su ópera en un acto le había hecho, a sus veintiséis años, rico para toda la vida.

Todo el mundo conoce al menos algún fragmento de la música de la *Cavalleria rusticana*, y todos identificamos su relación con Sicilia. Su *intermezzo* constituye la banda sonora de la famosa cabecera a cámara lenta de *Toro salvaje*, la disección realizada por Martin Scorsese del machismo, el orgullo y los celos del mundo italoamericano. La ópera también hace acto de presencia en el filme de Francis Ford Coppola *El padrino, parte III.* En su escena culminante, un asesino de la Mafia disfrazado de sacerdote acecha furtivamente a su víctima en el suntuoso Teatro Massimo de Palermo mientras la *Cavalleria* se representa en escena. El hijo de don Michael Corleone actúa como tenor en el papel de *Turiddu.* Al final de la película, el *intermezzo* reaparece de nuevo acompañando la solitaria muerte del anciano padrino interpretado por Al Pacino.

Pero lo que no resulta tan conocido de la *Cavalleria* es que su historia constituye la forma más pura y anodina de un mito sobre Sicilia y la Mafia, un mito que durante casi un siglo y medio fue algo así como la ideología oficial de la Mafia siciliana. Se creía que la Mafia no era una organización, sino un desafiante sentimiento de orgullo y honor, profundamente arraigado en la identidad de todo siciliano. La noción de la «caballerosidad rústica» se oponía firmemente a la idea de que la Mafia pudiera tener una historia digna de tal nombre. Hoy resulta imposible contar la historia de la Mafia sin reconocer el poder de ese mismo mito.

La segunda historia nos lleva a una colina situada junto a la carretera que conduce a Palermo desde el aeropuerto de la ciudad. Son casi las seis de la tarde del 23 de mayo

de 1992, y Giovanni Brusca, un barbudo hombre de honor joven, bajo y fornido, vigila un corto tramo de autopista situado justo antes del desvío que lleva a la pequeña población de Capaci. En ese punto, sus hombres, utilizando un monopatín, han llenado una tubería de desagüe con trece pequeños barriles cargados con casi cuatrocientos kilos de explosivos.

Unos metros detrás de Brusca, otro mafioso de más edad fuma y habla por su teléfono móvil. De repente se calla y se inclina hacia delante para observar la carretera por un telescopio instalado sobre un taburete. Al ver un convoy de tres automóviles acercarse al punto en cuestión, susurra «Vai!» («¡Adelante!»). Pero no ocurre nada. «Vai!», insta de nuevo.

Brusca ha notado que el convoy viaja más despacio de lo esperado. Aguarda durante unos segundos que parecen interminables, permitiendo incluso que los automóviles dejen atrás una vieja nevera que él había puesto en la cuneta como señal. Solo cuando oye tras él un tercer «Vai!», casi aterrorizado, acciona el interruptor.

Se produce una profunda y rápida sucesión de detonaciones. Una explosión colosal revienta el asfalto, lanzando por los aires al primer automóvil, que aterriza a sesenta o setenta metros de distancia, en un olivar. El segundo automóvil es un Fiat Croma blindado de color blanco; el motor explota, y el vehículo, destrozado, se hunde en el profundo cráter. El tercero sufre daños, pero se mantiene de una pieza.

Las víctimas de la explosión eran el juez Giovanni Falcone —célebre por su labor de investigación antimafia— y su esposa (en el Fiat Croma blanco), junto a tres miembros de su escolta (en el primer automóvil). Al asesinar a Falcone, la Mafia siciliana se libraba de su enemigo más peligroso, auténtico símbolo de la lucha contra la organización.

La bomba de Capaci llevó a Italia a un punto muerto. La mayoría de los italianos recuerdan exactamente dónde estaban cuando oyeron la noticia, e inmediatamente después de saberse varios personajes públicos declararon que sentían vergüenza de ser italianos. Para algunos la tragedia de Capaci constituyó la suprema demostración de la arrogancia y el poder de la Mafia. Pero el atentado marcó también la muerte del mito cristalizado en la *Cavalleria rusticana:* la ideología oficial de la Mafia estaba ahora en bancarrota. No es casualidad que la primera historia creíble de la Mafia escrita en italiano se publicara solo después de Capaci.


ROMEO GIGLI

la Repubblica

ROMEO GIGLI

Una tonnellata di tritolo: 5 morti e 7 feriti. Mea culpa dei partiti a Roma

Falcone assassinato

Strage di mafia, è morta anche la moglie

Shock a Montecitorio: oggi il Presidente

Non c'è più tempo

Uccisi anche i tre agenti di scorta "Mi hanno delegittimato, Ora Cosa Nostra è pronta per vendicarsi..." Scalfaro o Spadolini al Quirinale?

Edizione speciale domani Repubblica sarà in edicola

Mayo de 1992. Una incrédula opinión pública italiana asimila la noticia de que el juez Giovanni Falcone, el mayor enemigo de la Cosa Nostra, ha sido asesinado. Escribir la historia de la Mafia siciliana resultaría impensable sin las investigaciones de Falcone. *[Reproducida con permiso de La Repubblica, Roma, y la British Library (Newspaper Library).]*

* * *

El pequeño relato sobre un triángulo amoroso que configura la *Cavalleria rusticana* alcanza su punto culminante en la plaza de un pueblo siciliano cuando el curtido carretero Alfio rechaza la bebida que le ofrece el joven soldado Turiddu. No se formula ninguna acusación explícita, pero los dos hombres saben que ese pequeño desaire tendrá consecuencias mortales, puesto que a Alfio le han dicho que Turiddu alberga intenciones deshonestas con respecto a su esposa. En ese breve encuentro está comprimido todo un sistema de valores primitivo. Ambos hombres saben que se ha ofendido su honor, que tienen derecho a la *vendetta y* que un duelo es la única manera de saldar la deuda. Como dicta la costumbre, los dos se abrazan y Turiddu aprieta la oreja derecha de Alfio entre sus dientes como señal de que ha aceptado el desafío.

Con lágrimas en los ojos, Turiddu le da un beso de despedida a su madre y abandona la escena para ir al encuentro de Alfio en un huerto cercano. Luego se escucha a lo lejos el grito de una mujer: «¡Han matado a Turiddu!». Y cae el telón entre los consternados lamentos de los campesinos.

Mascagni, que era de la Toscana, todavía no había estado nunca en Sicilia cuando puso música a la historia de la *Cavalleria.* En los ensayos, el tenor cambió el texto de su aria inicial porque los libretistas, ambos de la aldea natal de Mascagni, no habían logrado hacer que sonara lo bastante siciliano. Pero eso importaba poco. En 1890 Sicilia —o al menos cierta imagen de ella— estaba de moda. Lo que el público del Teatro Costanzi esperaba —y lo que se le dio— era la pintoresca isla exactamente tal como se la presentaban las revistas ilustradas: una tierra exótica de sol y pasión, habitada por amenazadores campesinos de tez oscura.

En 1890 la Mafia era ya una sofisticada organización criminal con poderosas conexiones políticas y alcance internacional. En la capital siciliana, Palermo, los políticos locales participaban en fraudes bancarios y bursátiles, además de robar los fondos asignados al gobierno municipal; entre ellos había mafiosos. Pero la imagen predominante de la Mafia era muy distinta. El público de Mascagni veía a Turiddu, y especialmente al carretero Alfio —pese a todo el patetismo rural del relato—, no solo como dos sicilianos típicos, sino también como dos típicos mafiosos, ya que en general se consideraba que el término *mafia* no hacía referencia a una organización, sino a la mezcla de pasión violenta y orgullo «árabe» que supuestamente dictaba el comportamiento de los sicilianos. Para muchos, *mafia* aludía a una primitiva concepción del honor, a un rudimentario código de caballerosidad al que obedecían los atrasados habitantes del campo siciliano.

Pero no se trataba únicamente de un malentendido propagado por los arrogantes italianos del norte. Siete años después del asombroso éxito de la ópera de Mascagni, un precoz sociólogo siciliano, Alfredo Niceforo, escribía *L'Italia barbara contemporanea,* un estudio de las «atrasadas razas» del sur de Italia. Niceforo daba un matiz peyorativo a algunos lugares comunes sobre la mente siciliana característicos del más puro estilo de la *Cavalleria:* «el hombre siciliano… lleva eternamente en su sangre la rebelión y la pasión ilimitada de su propio ego; en una palabra, al *mafioso*». Niceforo, la *Cavalleria rusticana* y una gran parte de la cultura italiana de la época confunden sistemáticamente a los sicilianos con la Mafia. Desde entonces, varias generaciones de observadores, sean sicilianos, italianos o extranjeros, han cometido el mismo error, difuminando cualquier distinción clara entre la Mafia y lo que un escritor y viajero inglés de la década de 1960 denominara la «mentalidad primaria» del «inconsciente siciliano».

La cultura siciliana se confundió durante demasiado tiempo con la *mafiosità* («mafiosidad») y esa confusión sirvió a los intereses del crimen organizado. No hace falta decir que resultó de gran ayuda para la organización ilegal conocida como la Mafia que la gente creyera que no existía. «No hay ninguna sociedad criminal secreta

—se razonaba—; esa no es más que una teoría de conspiración soñada por gente que no entiende el modo de pensar de los sicilianos.» Innumerables escritores han retomado el mismo argumento erróneo: que varios siglos de invasiones habían hecho que los sicilianos recelaran de los forasteros y, en consecuencia, prefirieran resolver sus disputas entre ellos antes de involucrar a la policía o a los tribunales.

El hecho de difuminar la distinción entre la Mafia y los sicilianos también podía hacer que las acciones legales contra la organización parecieran inútiles. Si la culpa era de la supuestamente primitiva mentalidad siciliana, ¿cómo podía perseguirse judicialmente a la Mafia sin sentar en el banquillo a la isla entera? Como dice el refrán italiano: *Tutti colpevoli, nessuno colpevole; si* todo el mundo es culpable, entonces nadie lo es.

Durante un siglo y medio la Mafia tuvo un gran éxito a la hora de vender toda esta serie de falsedades, cuyo efecto más insidioso era simplemente crear confusión y sembrar la duda. Como resultado, la existencia de la Mafia siguió sin ser nada más que una sospecha, una teoría, un punto de vista; lo cual se dio hasta una fecha sorprendentemente reciente. Y la idea de escribir una historia de la «mentalidad mafiosa» a menudo parecía vana, apenas más útil que escribir una historia de la elegancia gala o de la flema británica.

* * *

Debemos a Falcone y sus colegas que hoy el mito de la «caballerosidad rústica» por fin se haya disipado. La historia de la bomba de Capaci empezó a principios de la década de 1980, cuando en casi dos años murieron asesinadas nada menos que mil personas: hombres de honor, parientes y amigos, policías y transeúntes inocentes. Se les tiroteó en la calle o se les llevó a escondites secretos para estrangularles; sus cuerpos se disolvieron en ácido, se enterraron en hormigón, se tiraron al mar o se cortaron en pedazos y se echaron a los cerdos. Fue el conflicto mafioso más sangriento de la historia, pero no era una guerra, era una campaña de exterminio. Los responsables fueron una alianza de mafiosos agrupados en torno a los líderes de la Mafia de Corleone, que utilizaron a escuadrones de la muerte clandestinos para dar caza a sus enemigos y establecer un poder poco menos que dictatorial en toda la Mafia siciliana.

Entre las víctimas de la matanza estaban dos hijos, un hermano, un sobrino, un cuñado y un yerno de un hombre de honor muy bien relacionado, Tommaso Buscetta. Los periódicos le calificaban de «capo de dos mundos» debido a que tenía intereses en ambos lados del Atlántico. Cuando los *corleonesi* lanzaron su ataque, ninguno de sus mundos siguió siendo ya seguro para él. Buscetta fue detenido en Brasil. Tras ser extraditado a Italia, intentó suicidarse ingiriendo la estricnina que siempre llevaba consigo. Pero sencillamente sobrevivió. Después de recuperarse, Buscetta decidió que iba a contar todo lo que sabía de la organización secreta en la que se había

iniciado cuando tan solo contaba con diecisiete años. Y era con Giovanni Falcone, y solo con él, con quien quería hablar.

Falcone era el brillante hijo de una familia de clase media de la entonces decadente área de la Kalsa, en la zona central de Palermo. En una ocasión dijo que había respirado el «olor a Mafia» desde que era un muchacho. En el club juvenil católico local había jugado al tenis de mesa con Tommaso Spadaro, quien posteriormente se convertiría en un notorio mafioso y traficante de heroína. Pero la familia de Falcone lo aisló de aquellas influencias, educándolo según un código basado en el deber, la Iglesia y el patriotismo.

Los primeros pasos de Falcone como juez de instrucción tuvieron lugar en el tribunal de quiebras, donde desarrolló sus habilidades siguiendo la pista de oscuros historiales financieros. Dichas habilidades se convertirían en el primer ingrediente de lo que pasaría a conocerse como el «método Falcone» de investigación sobre la Mafia. Este se aplicó inicialmente a un importante caso de tráfico de heroína producido en 1980, después de que Falcone fuera trasladado a la oficina de investigación criminal de Palermo. En 1982 Falcone obtuvo 74 condenas en dicho caso, un éxito prodigioso en una isla donde los diversos métodos empleados para aterrorizar a testigos, jueces y jurados habían hecho fracasar innumerables procesos anteriores.

Buscetta permitió a Falcone acceder por primera vez a la Mafia siciliana desde dentro. «Para nosotros fue como un profesor de idiomas que te permite ir a Turquía sin tener que comunicarte con gestos», explicaría Falcone[1]. A través de muchas horas de entrevistas con Buscetta, Falcone y su equipo adquirieron amplios conocimientos sobre la organización, y fueron estableciendo con paciencia las conexiones entre rostros, nombres y crímenes. Obtuvieron así un cuadro completamente nuevo de su estructura de mando, sus métodos y su mentalidad.

Resulta difícil comprender hoy cuánto era lo que no se sabía de la Mafia antes de que Tommaso Buscetta se sentara frente a Giovanni Falcone. La primera revelación fue el nombre que daban a la organización sus propios miembros: la Cosa Nostra. Hasta entonces, incluso los pocos investigadores y policías que se habían tomado en serio ese nombre habían dado por supuesto que solo se aplicaba a la Mafia estadounidense.

Buscetta también le habló a Falcone de la estructura de mando piramidal de la Cosa Nostra. Los soldados, que configuran el nivel más bajo, se hallan bajo la supervisión, en grupos más o menos de diez, de un *capodecina* («jefe de decena»). Cada *capodecina* es responsable ante el jefe electo de una banda o «familia» local, al que asisten un lugarteniente y uno o más *consiglieri* («asesores»). Tres «familias» con territorios colindantes se agrupan en un *mandamento* («distrito»). El jefe de cada *mandamento* es un miembro de la comisión, el «parlamento» o «consejo de dirección» de la Cosa Nostra para la provincia de Palermo. En teoría, por encima de este nivel provincial existe un organismo regional compuesto por jefes mafiosos de

toda Sicilia. Pero en la práctica Palermo domina la Mafia siciliana; casi el 50 por ciento de las aproximadamente cien familias de Sicilia tienen su territorio en Palermo y su provincia, mientras que el jefe de la comisión de Palermo ejerce el liderazgo de la Mafia siciliana en su conjunto.

En la época de las revelaciones de Buscetta, unos cinco mil hombres de honor eran miembros de una misma organización criminal. Los asesinatos más significativos —de policías, de políticos o de otros mafiosos— tenían que ser aprobados y planificados en el más alto nivel para asegurarse de que eran compatibles con la estrategia global de la organización. Con el fin de crear estabilidad, la comisión también establecía las normas que regían las disputas dentro de las «familias» y *mandamenti* sobre los que presidía. Este nivel de disciplina interna asombró a los investigadores.

El «capo de dos mundos» también conocía muy bien la Cosa Nostra estadounidense. Le explicó a Falcone que la Mafia siciliana y la Mafia norteamericana, a la que la primera había dado origen, tenían una estructura similar. Pero eran organizaciones distintas; ser miembro de la organización en Sicilia no significaba que uno también pasara a serlo en Estados Unidos. Los vínculos más fuertes entre ambas eran los lazos de sangre y las relaciones comerciales, antes que los derivados estrictamente de las propias organizaciones.

Otros hombres de honor siguieron el ejemplo de Buscetta, acudiendo al Estado en busca de protección frente a los *corleonesi* y sus escuadrones de la muerte. Junto con su estrecho colaborador, Paolo Borsellino, Falcone verificó meticulosamente sus testimonios y reunió 8.607 páginas de evidencias que integrarían el alegato fiscal del famoso «macrojuicio» celebrado en un palacio de justicia especialmente construido en Palermo, una especie de búnker a prueba de bombas.

El 16 de diciembre de 1987, después de un proceso que duró veintidós meses, el juez del macrojuicio declaró culpables a 342 mafiosos, a los que condenó a un total de 2.665 años de cárcel. Casi igualmente importante resulta el hecho de que lo que los escépticos habían tildado desdeñosamente de «teorema de Buscetta» sobre la estructura de la Cosa Nostra resistiera un estricto examen judicial.

No obstante, la confirmación legal definitiva del teorema de Buscetta habría de esperar hasta enero de 1992, cuando, contrariamente a las esperanzas y expectativas de la Cosa Nostra, el Tribunal de Casación —el tribunal supremo italiano— confirmó los veredictos iniciales. Fue la peor derrota jurídica que había sufrido jamás la Mafia siciliana. En respuesta, los *corleonesi* lanzaron a sus escuadrones de la muerte tras los jueces de instrucción. Falcone fue asesinado al cabo de unos meses de pronunciarse el veredicto. Menos de dos meses después de la muerte de Falcone, la incredulidad y la indignación recorrieron una vez más toda Italia cuando Paolo Borsellino y cinco miembros de su escolta fueron asesinados mediante una enorme explosión provocada por un coche bomba frente a la casa de su madre.

Las trágicas muertes de Falcone y Borsellino tuvieron profundos efectos cuyas consecuencias se dejan sentir todavía hoy. El primero de ellos fue sencillamente reforzar el hecho de que los magistrados antimafia habían obtenido una victoria trascendental: la existencia de una organización denominada la Cosa Nostra había dejado de ser solo una teoría.



El mafioso que reveló los secretos de la Cosa Nostra al juez Falcone: Tommaso Buscetta *(a la derecha),* con su tercera esposa y su suegro, en una fotografía tomada en Brasil en 1971 o 1972. *[Copyright desconocido.]*

Si la Cosa Nostra existe, entonces también ha de tener una historia; y si tiene una historia —como solía decir Falcone—, ello significa que tuvo un principio y que también tendrá un fin. Gracias al trabajo de Falcone, Borsellino y sus colegas, así como al desmoronamiento de todo el conjunto de falsedades inherentes al concepto de la «caballerosidad rústica», los historiadores pueden hoy investigar sobre la historia de la Mafia con mayor confianza y perspectiva que nunca.

Cuando la realidad de la Cosa Nostra emergió a través del testimonio de Buscetta y del macrojuicio, algunos historiadores, la mayoría de ellos sicilianos, siguieron el ejemplo de los jueces de instrucción; empezaron a rebuscar en archivos olvidados y a desenterrar nuevas evidencias. Poco a poco fue abriéndose todo un nuevo ámbito de estudio. Luego, en 1992, cuando el veredicto del Tribunal de Casación confirmó el «teorema de Buscetta» —y al hacerlo desencadenó los asesinatos de Falcone y de Borsellino—, escribir la historia de la Mafia se convirtió rápidamente en mucho más que un objetivo meramente académico; ahora formaba parte del urgente imperativo de conocer aquella amenaza mortal para la sociedad y de demostrar a los restantes jueces antimafia que no estaban solos en su lucha.

Al año siguiente se publicó en Italia la primera historia de la Mafia siciliana. En 1996 fue actualizada, y desde entonces aún se han hecho nuevos descubrimientos. El impulso de contar la historia de la Mafia ha progresado paralelamente al deseo de

combatir a la Cosa Nostra a raíz de las atrocidades de 1992. En Sicilia esa historia ha servido.

También es posible que sirva para algo contar la historia de la Mafia al resto del mundo fuera de Italia. Este libro constituye la primera historia de la Mafia siciliana, desde sus orígenes hasta nuestros días, escrita inicialmente en un lenguaje distinto del italiano. Presenta los descubrimientos de las más recientes investigaciones, y relata la historia de la Mafia tal como lo hacen actualmente los especialistas italianos en el tema. Asimismo contiene algunos hallazgos completamente nuevos. La novedad surgida en estos últimos años ha sido una descripción histórica de la Mafia siciliana mucho más completa de lo que se juzgaba posible aun en épocas recientes. El retrato que solía dibujarse utilizando los difusos trazos de la jerga sociológica —«mentalidades», «funciones paraestatales», «mediadores violentos»— hoy alude a personas, lugares y fechas reales, y a crímenes también reales. Y cuanto más claro se hace este retrato, más perturbadoras resultan sus consecuencias: una sociedad secreta, que ha hecho del asesinato su auténtica razón de ser, y que ha tenido un papel fundamental en el modo en que Italia se ha gobernado desde mediados del siglo XIX.

Introducción

El término *mafia* es hoy uno más de una larga lista de vocablos —como pizza, espagueti, ópera y casino— que el italiano ha dado a muchas otras lenguas de todo el mundo. Se aplica normalmente a criminales de ámbitos geográficos totalmente alejados de Sicilia y de Estados Unidos, que son los lugares donde está establecida la Mafia en sentido estricto. *Mafia* se ha convertido en una especie de etiqueta común que define a toda una panoplia de bandas —china, japonesa, rusa, chechena, albanesa, turca, etc.— que tienen poco o nada que ver con la organización siciliana originaria.

Existen otras organizaciones criminales establecidas en otras regiones del sur de Italia, y a todas ellas se les atribuye en ocasiones el calificativo de *mafia:* la Sacra Corona Unita, en Puglia (el talón de la «bota» italiana); la 'Ndrangheta, en Calabria (el dedo), y la Camorra, en la ciudad de Nápoles y sus alrededores (la espinilla). Todas estas otras organizaciones cuentan con su propia y fascinante historia —una de ellas, la Camorra, es incluso un poco más antigua que la Mafia—, pero aquí solo aludiremos a ellas cuando resulte pertinente para la historia de la Cosa Nostra siciliana. La razón es sencillamente que ninguna otra sociedad ilegal italiana resulta ni de lejos tan poderosa y tan bien organizada, o ha llegado a tener el éxito de la Mafia. No es casualidad que haya sido este término siciliano el que se haya convertido en el más ampliamente utilizado.

Este libro sigue un enfoque selectivo en cuanto que abarca estrictamente la historia de la Mafia de Sicilia. Algunos de los más famosos mafiosos estadounidenses —hombres como Lucky Luciano y Al Capone— aparecerán también en estas páginas, ya que no es posible contar la historia de la Mafia siciliana sin relatar al mismo tiempo la historia de la Mafia norteamericana a la que aquella dio origen. Estados Unidos ha resultado un entorno próspero para la delincuencia organizada durante los últimos dos siglos, pero solo una fracción del crimen organizado estadounidense ha formado parte de la Mafia. En consecuencia, la Mafia norteamericana se sitúa aquí en su correcta y más reveladora perspectiva. Solo cuando se contempla desde la costa de la pequeña isla triangular del Mediterráneo empieza a tener sentido la historia de la Mafia en Estados Unidos, al menos en sus primeras etapas.

La Mafia de Sicilia busca el poder y el dinero cultivando el arte de matar gente y salir impune, y organizándose de una forma única que combina los atributos de un Estado paralelo, un negocio ilegal y una sociedad secreta sometida a juramento como la francmasonería.

La Cosa Nostra es como un Estado ya que aspira a controlar un territorio. Con el acuerdo de la Mafia en su conjunto, cada «familia» mafiosa (el término italiano

utilizado a lo largo de gran parte de la historia de la Mafia es el de *cosca)* ejerce un gobierno paralelo sobre los habitantes de su territorio. La extorsión es para una familia mafiosa lo que los impuestos para un gobierno legítimo. Aunque hay una diferencia: que la Mafia trata de «gravar» toda actividad económica, sea legal o ilegal, y tenderos y ladrones pagan al alimón lo que se conoce como el *pizzo.* Un mafioso puede muy bien acabar protegiendo tanto al propietario de un concesionario de automóviles como a la banda de ladrones de coches que viven a su costa. Así, el único grupo que está absolutamente garantizado que se beneficia de cualquier acuerdo de protección es la propia Mafia. Como un Estado, la Mafia también se arroga el poder sobre la vida y la muerte de sus súbditos. Pero la organización no es un gobierno alternativo; su existencia se basa en infiltrarse en el Estado legítimo y distorsionarlo para sus propios fines.

La Cosa Nostra es un negocio porque trata de obtener beneficios, aunque sea por medio de la intimidación. Pero raramente obtiene grandes márgenes de sus actividades «gubernamentales». La mayoría de los ingresos procedentes de la extorsión tienden a reinvertirse para mantener su capacidad homicida, comprando a abogados, jueces, policías, periodistas, políticos y trabajadores eventuales, y apoyando a los mafiosos que han tenido la mala suerte de ir a la cárcel. La Cosa Nostra asume esos costes fijos con el fin de construir lo que algunos «mafiólogos» denominan su peculiar «marca» de intimidación. Esta marca mafiosa puede materializarse en toda clase de mercados, como el del fraude en la construcción o el del contrabando de tabaco. Por regla general, cuanto más traicionero, violento y provechoso sea un mercado —el caso más evidente es el del tráfico y venta de narcóticos—, más se beneficiarán los mafiosos que entren en dicho mercado de contar con el respaldo de una marca mundialmente conocida y absolutamente fiable de atroz intimidación.

La Cosa Nostra es una exclusiva sociedad secreta porque necesita seleccionar con gran cuidado a sus afiliados e imponer restricciones a su conducta a cambio de los beneficios que les reporta su afiliación. La principal exigencia que la Cosa Nostra plantea a sus miembros es la de que sean discretos, obedientes y despiadadamente violentos.

La historia de esta organización resulta fascinante en sí misma. Pero su historia no puede tratar *únicamente* de la Mafia, de los actos de los hombres de honor. Antes que Falcone y Borsellino, hubo muchas otras personas que murieron luchando contra la Mafia. Algunas de ellas son personajes del drama que aquí se relata, puesto que una parte fundamental de la historia de la Mafia es el relato de la lucha de la organización contra los sicilianos y otros que se opusieron a ella desde el principio. La historia de la Mafia abarca también a las personas que, por toda una serie de motivos que van desde el temor racional hasta la complicidad deliberada, pasando por el cinismo político, han favorecido la causa de la organización.

Pero incluso una historia de la Mafia que incluyera todas estas cosas dejaría todavía muchas preguntas sin responder. Dado que todo el mundo fuera de Italia sabe qué es la Mafia, o al menos cree que lo sabe, parece incomprensible que hubiera que esperar a 1992 para que se viera confirmada toda la verdad sobre la Mafia siciliana. ¿Cómo es posible que una organización ilegal fuera tan poderosa y resultara tan difícil de conocer durante tanto tiempo? Parte de la explicación reside en la falta de evidencias. La Mafia sobrevivió y prosperó intimidando a los testigos, y confundiendo y corrompiendo a la policía y los tribunales. Con demasiada frecuencia, en el pasado las autoridades —y, siguiendo su ejemplo, los historiadores— hubieron de limitarse a contar los cadáveres y a preguntarse qué extraña lógica subyacía a todo aquel derramamiento de sangre.

El problema tenía raíces muy profundas; de hecho, llegaba hasta el mismo corazón del sistema de gobierno italiano. Cuando menos, durante el último siglo —e incluso más— el Estado italiano se ha mostrado extremadamente pasivo en lo relativo a la Mafia siciliana. En las escasas ocasiones en que la información sobre la Mafia llegó a penetrar en las instituciones del gobierno, de inmediato fue olvidada de nuevo. Pero incluso cuando se recordó durante algún tiempo, tampoco se le supo dar un buen uso. Italia perdió una y otra vez la oportunidad de averiguar algunas de las verdades que los jueces Falcone y Borsellino revelaron finalmente a costa de su vida. La Mafia era un secreto a voces. Por esa razón, el repetido fracaso de Italia a la hora de comprender la Mafia ha propiciado una historia mucho más rica de lo que hubiera sido el caso si todo se hubiera reducido a una conspiración de capa y espada protagonizada por unos cuantos individuos empeñados en mantener la verdad oculta. Y también por esa razón, este libro, además de ser una historia de la Mafia, es asimismo una historia del fracaso de Italia a la hora de comprender y combatir algo que en todo momento fue visible.

Hay un montón de ejemplos contemporáneos que sugieren que el profundamente arraigado problema de la Mafia en Italia sigue vivo todavía hoy. En el momento de redactar estas líneas, Giulio Andreotti, siete veces primer ministro italiano y senador vitalicio, acaba de ser condenado por hacer que la Mafia matara a un periodista que le estaba haciendo chantaje (el soplón Tommaso Buscetta, el antiguo «capo de dos mundos», ha sido un testigo clave en el juicio). Giuffrèti ha apelado al Tribunal de Casación. Otro célebre caso relacionado con la Mafia es el que afecta al ejecutivo publicitario que en 1993 fundó Forza Italia, el partido político del actual primer ministro y magnate mediático Silvio Berlusconi. Un reciente desertor de la Mafia ha declarado que hubo reuniones de alto nivel con el fin de establecer un pacto entre la Cosa Nostra y Forza Italia. Sin embargo, dichas acusaciones han sido rotundamente desmentidas, y no conviene sacar conclusiones precipitadas sobre estos juicios concretos, ninguno de los cuales ha alcanzado todavía un veredicto definitivo. Pero aparte de hacernos fruncir el entrecejo, también plantean preguntas históricas acerca de cómo se las arregló Italia para verse en esa situación.

Los historiadores que primero trataron de responder a esas preguntas a raíz de las evidencias presentadas por Buscetta no tardaron en hacer un extraordinario descubrimiento que no hizo sino hacer más profundo el misterio de por qué Italia no había sido capaz de comprender antes a la Mafia. En realidad Buscetta no era ni mucho menos el primer hombre de honor que quebrantaba el famoso código de silencio de la Mafia conocido como la *omertà;* ni siquiera era el primero a cuyo testimonio se había dado credibilidad. Ha habido soplones de la Mafia casi desde que hay mafiosos. Además, desde el primer momento existía un diálogo furtivo, y a menudo íntimo, entre los hombres de honor y quienes ostentaban el poder: policía, magistrados, políticos, *etc.* Los historiadores pueden ahora escuchar a escondidas algunos pasajes de ese diálogo; eso lo hace fascinante e incómodo de oír, puesto que revela el alcance de la complicidad del Estado italiano con los asesinos.

Aun después del descubrimiento de aquellos primeros desertores de la Mafia seguía existiendo el profundo problema de cómo interpretar lo que habían dicho; policías y jueces habían estado luchando con ese problema desde los comienzos de la historia de la Mafia y hasta el mismo macrojuicio de Falcone y Borsellino. ¿Por qué iba a creer nadie a unos profesionales del crimen que tenían un montón de razones para mentir? Las evidencias proporcionadas por los soplones de la Mafia a menudo se descartaban considerándolas sencillamente demasiado poco fiables para poder ser utilizadas en los tribunales; o, para el caso, en un libro de historia. Los testimonios de los hombres de honor, aunque sean *pentiti,* resultan siempre difíciles de interpretar. De hecho, incluso el propio término *pentito* resulta engañoso; el verdadero arrepentimiento en un hombre de honor constituye un fenómeno relativamente raro. A lo largo de toda la historia de la organización, los miembros de la Mafia generalmente han dado sus testimonios al Estado como un modo de vengarse de otros mafiosos que les han traicionado y que les han derrotado en una guerra. Las confesiones se producen cuando a los perdedores no les queda otra arma. Buscetta era uno de esos perdedores, y en consecuencia, al igual que en el caso de otros *pentiti*, su testimonio resulta parcial.

Hay sin embargo otro aspecto que se debe tener en cuenta en las evidencias de Buscetta, algo que hacía de ellas algo más que una versión subjetiva de los acontecimientos, convirtiéndolas, en cambio, en una auténtica piedra de Rosetta de los testimonios mafiosos. Buscetta explicó exactamente cómo *piensan* los hombres de honor, puesto que reveló tanto las extrañas reglas que siguen como las razones por las que suelen quebrantarlas. El propio «capo de dos mundos» sentía todavía el poder de tales reglas, y negó siempre que hubiera dejado de ser un hombre de honor para convertirse en un *pentito.* La gran lección de Buscetta tanto para los jueces como para los historiadores es que hay que tomarse en serio las reglas de la Mafia, lo que en absoluto significa dar por supuesto que siempre se obedecen.

Tommaso Buscetta nunca dejó de subrayar la importancia de una regla concreta dentro de la Cosa Nostra. Es la relativa a la verdad. Gracias a él hoy sabemos que

para los mafiosos la verdad constituye un bien especialmente precioso y peligroso. Cuando un hombre de honor es iniciado en la Mafia siciliana, una de las cosas que jura es no mentir jamás a otros mafiosos, sean o no de su misma «familia». En consecuencia, cualquier hombre de honor que mienta puede encontrarse fácilmente con que tiene todos los números para acabar en un baño con ácido. Pero al mismo tiempo, una mentira bien disfrazada puede ser un arma muy poderosa en la permanente lucha por el poder dentro de la Cosa Nostra. El resultado es evidente: una aguda paranoia. Como explicaba el propio Buscetta: «Un mafioso vive aterrado ante la posibilidad de ser juzgado, no por las leyes de los hombres, sino por las maliciosas habladurías internas de la Cosa Nostra. El temor a que alguien pueda hablar mal de él es constante»[2].

En tales circunstancias no resulta sorprendente descubrir que todos los hombres de honor se muestran prodigiosamente hábiles a la hora de mantener la boca cerrada. Antes de convertirse en testigo del Estado, Buscetta había compartido tres años la misma celda con un hombre de honor que recientemente había cumplido la orden de matar a un tercer mafioso, un amigo íntimo de Buscetta. Durante aquellos tres años los dos enemigos no intercambiaron una sola palabra hostil, e incluso compartieron la cena de Navidad. Buscetta sabía que su compañero de celda había sido ya condenado a muerte por la Cosa Nostra, aunque se ignora si este era también consciente de que se había ordenado su ejecución. Tras su liberación, fue «debidamente» asesinado.

Los hombres de honor prefieren no decir nada a nadie que no sepa ya previamente de qué están hablando; se comunican a través de códigos, señales, fragmentos de frases, miradas imperturbables y significativos silencios. En la Cosa Nostra nadie pregunta ni dice nada más de lo absolutamente necesario; nadie se hace jamás preguntas en voz alta. El juez Falcone observaba que «la interpretación de signos, gestos, mensajes y silencios constituye una de las principales actividades de un hombre de honor»[3]. Buscetta se mostró particularmente elocuente a la hora de explicar qué se siente al vivir en ese mundo:

> En la Cosa Nostra hay obligación de decir la verdad, pero también existe una gran reserva. Y esta reserva, lo que no se dice, actúa como una maldición irrevocable sobre todos los hombres de honor. Hace todas las relaciones profundamente falsas y absurdas[4].

Por la misma razón por la que se muestran tan renuentes a hablar abiertamente, cuando los hombres de honor se cuentan cosas, lo que dicen nunca es palabrería. Si, por ejemplo, el mafioso A le dice al mafioso B que él ha matado al empresario X o que el político Y está a sueldo de la Cosa Nostra, probablemente es cierto, y cuando no lo es, se trata de una mentira táctica que a su modo resulta tan significativa como la propia verdad. Así pues, desde Buscetta se ha dejado de ver a los mafiosos como testigos inherentemente poco fiables. Interpretar los testimonios de los mafiosos, sean

o no «arrepentidos», se considera ahora que facilita la posibilidad de establecer una pauta que diferencie las verdades de las mentiras tácticas, y de encontrar otras evidencias que corroboren dicha pauta. Esto tiene importantes consecuencias para la historia de la Mafia. Dicha historia se basa en todas las fuentes habituales: archivos policiales, investigaciones gubernamentales, noticias de prensa, memorias, confesiones, *etc.* Pero como una especie de filigrana grabada con sangre en muchos de esos documentos, tanto si reproducen directamente las palabras de hombres de honor como si solo contienen sus desdibujadas huellas, están presentes los signos del mortífero juego de la verdad que es la vida en el seno de la Mafia.

Dado que resulta inevitable que en cualquier historia persista siempre un elemento de incertidumbre, y no digamos en una historia que se aventura en el intrincado mundo de la Mafia siciliana, este libro no puede decir la última palabra sobre la culpabilidad o la inocencia de los personajes cuyos avatares aparecen en él; la historia de la Mafia no es un juicio retrospectivo. Pero tampoco es un conjunto de meras conjeturas. Aunque sería a la vez equivocado y fútil tratar de encerrar en una cárcel imaginaria a personajes históricos muertos hace mucho tiempo, lo que sí podemos hacer es percibir el acre «olor a Mafia» —como reza la expresión italiana— que todavía desprenden.

La historia de la Mafia cuenta, pues, con muchos personajes y numerosos estratos. En consecuencia, los distintos capítulos de este libro narrarán distintas clases de historias. Se moverán entre los soldados y los capos, pero también penetrarán en los márgenes de la Mafia para hablar de sus víctimas, sus enemigos y sus amigos, desde los más pobres hasta los más poderosos de la sociedad. En uno o dos de los capítulos, y debido a la falta de evidencias históricas, la Mafia aparecerá como lo que a menudo parecía ser en aquel momento: una maléfica presencia espectral.

Antes de hablar de la génesis de la Mafia, esta historia nos da una idea de cómo es actualmente la vida en el seno de la Cosa Nostra, con el código de honor que obedecen los hombres que son miembros de la organización. Varios desertores recientes nos han proporcionado una buena perspectiva acerca de cómo piensan y sienten hoy los mafiosos, lo que sencillamente no resulta posible para períodos anteriores; y obviamente sería simplista utilizar lo que sabemos sobre cosas tales como el actual código de honor para llenar las inevitables lagunas de la historia de la Mafia. En cualquier caso, a medida que se avanza en dicha historia, lo que se va haciendo cada vez más evidente es que la famosa organización criminal siciliana ha cambiado sorprendentemente poco desde sus comienzos, hace unos ciento cuarenta años. Nunca hubo una Mafia buena que en un momento determinado se volviera corrupta y violenta. Jamás hubo una Mafia tradicional que luego se hiciera moderna y organizada, y adoptara una mentalidad empresarial. El mundo ha cambiado, pero la Mafia siciliana se ha limitado a adaptarse, y hoy en día es lo mismo que ha sido siempre desde su nacimiento: una sociedad secreta sometida a juramento, que busca el poder y el dinero cultivando el arte de matar gente y salir impune.

Hombres de honor

Innumerables películas y novelas han contribuido a prestar un siniestro glamour a la Mafia. Esas historias mafiosas resultan tan irresistibles porque dramatizan lo cotidiano, añadiéndole la escalofriante emoción que surge cuando se mezcla el peligro con la astucia carente de escrúpulos. El mundo de la Mafia cinematográfica es un mundo en el que los conflictos que todos tenemos —entre los intereses enfrentados de la ambición, la responsabilidad y la familia— se convierten en cuestión de vida o muerte.

Resultaría hipócrita, además de erróneo, decir que la Mafia presentada en la ficción es sencillamente falsa; no es solo eso, también es idealizada. Y a los mafiosos, como a todos los demás, les gusta ver la tele e ir al cine para contemplar esa versión idealizada de sus propios dramas cotidianos representada en la pantalla. Tommaso Buscetta era fan de *El padrino*, si bien consideraba que la escena del final en la que los otros mafiosos besan la mano de Michael Corleone resultaba poco realista. Las exigencias enfrentadas que subyacen tras las motivaciones de un personaje de ficción como el Michael Corleone interpretado por Al Pacino —ambición, responsabilidad, familia— son de hecho las mismas que constituyen el eje fundamental de la vida de los mafiosos reales.

Pero lo que evidentemente sí es distinto es que nada del glamour del cine puede sobrevivir a un encuentro con la horripilante realidad de la Cosa Nostra. Otra diferencia menos obvia, aunque en última instancia más importante, es que mientras que la historia de Michael Corleone trata de los peligros morales de un poder que no tiene restricción alguna, los auténticos mafiosos sicilianos sienten verdadera obsesión por las reglas del honor que limitan sus acciones. Un hombre de honor puede eludir, manipular y reescribir tales reglas, pero siempre es consciente de que estas configuran el modo en que sus colegas lo perciben. Eso no significa que los valores del honor mafioso tengan mucho que ver con lo que convencionalmente se considera «honorable». En la Cosa Nostra el honor tiene un significado concreto que informa incluso las acciones más execrables de sus miembros, tal como viene a demostrar el inquietante caso de Giovanni Brusca, el hombre que apretó el detonador de la bomba de Capaci.

Brusca era conocido en los círculos de la Cosa Nostra como *lo Scannacristiani* («el matacristianos»). En Sicilia, *cristiano* significa sencillamente «ser humano»; en la Mafia equivale a «hombre de honor». Brusca formaba parte de un escuadrón de la muerte que actuaba bajo las órdenes directas del capo de capos, el líder de los *corleonesi*, Totò *el Corto* Riina. Tras el atentado de Capaci, Giovanni Brusca no se mantuvo ocioso. Mató al jefe de la «familia» Alcamo, que había empezado a cuestionar la autoridad de Riina. Unos días después, varios miembros del grupo de

Brusca estrangularon a la compañera embarazada del mismo hombre. Luego Brusca mató a un empresario y hombre de honor espectacularmente rico que no había utilizado sus contactos políticos para proteger a la Mafia del macrojuicio.

Pero lo que vendría a continuación aún sería peor. *Lo Scannacristiani* era amigo de otro hombre de honor, Santino Di Matteo, cuyo hijo pequeño, Giuseppe, solía jugar con Brusca en el jardín familiar. Así era al menos antes de que Santino Di Matteo decidiera revelar al Estado diversos secretos de la Cosa Nostra; fue el primer mafioso que explicó a las autoridades cómo se había llevado a cabo el asesinato de Falcone. La respuesta de Brusca fue secuestrar al pequeño Giuseppe Di Mateo en una gincana y mantenerlo cautivo en un sótano durante veintiséis meses. Finalmente, en enero de 1996, cuando Giuseppe tenía catorce años, Brusca ordenó que lo estrangularan y que disolvieran su cuerpo en ácido.

Lo Scannacristiani fue capturado el 20 de mayo de 1996 en el campo, cerca de Agrigento. Cuatrocientos policías rodearon la casa rectangular de dos pisos donde se ocultaba. Alrededor de las nueve de la noche, un grupo de treinta agentes irrumpieron en la vivienda rompiendo las puertas y las ventanas. Encontraron a Brusca y su familia sentados a la mesa viendo un programa de televisión sobre Giovanni Falcone (hacía solo dos días que se había cumplido el cuarto aniversario de su muerte). En el dormitorio la policía encontró un armario lleno de ropa de Versace y Armani, además de una gran bolsa roja que contenía unos quince mil dólares en moneda italiana y estadounidense, dos teléfonos móviles y varias joyas, entre las que se incluían relojes Cartier. Sobre la mesa del comedor hallaron una pistola de cañón corto; era de plástico y pertenecía al hijo pequeño de Brusca, Davide.

Hoy Brusca está colaborando con la justicia. Según su propia confesión, inquietantemente imprecisa, ha matado «a muchas más de cien, pero menos de doscientas personas». Esto es lo que dice sobre el asesinato de Giuseppe Di Matteo:

> Si hubiera tenido un momento para reflexionar, un poco más de calma para pensar, como hice con otros crímenes, quizá habría habido una posibilidad entre mil, entre un millón, de que hoy el chico estuviera vivo. Pero ahora sería inútil tratar de justificarlo. Sencillamente en aquel momento no lo pensé detenidamente[5].



«El matacristianos»: Giovanni *lo Scannacristiani* Brusca poco después de ser detenido, en mayo de 1996. Brusca fue quien apretó el detonador de la bomba que mató al juez Falcone. *[Olympia, Milán.]*

Lo terrible de la Mafia siciliana es que los hombres como *lo Scannacristiani* no son desequilibrados. Ni sus acciones resultan en absoluto incompatibles con el código de honor ni, en realidad, con el hecho de ser esposos y padres a ojos de la Cosa Nostra. Hasta el día en que decidió convertirse en testigo de cargo y contar su historia, nada de lo que hizo Brusca, incluyendo matar a un niño no mucho mayor que su hijo, era considerado intrínsecamente deshonroso por los mafiosos.

Después de la bomba de Capaci hubo más mafiosos que se convirtieron en testigos de cargo, y algunos de esos «arrepentidos» justificaron su decisión diciendo que los asesinos como *lo Scannacristiani* habían traicionado los valores tradicionales, el código de honor. Tommaso Buscetta había utilizado el mismo razonamiento, argumentando: «no fui yo quien dejó la Cosa Nostra, sino la Cosa Nostra la que me dejó a mí». Pero se trata de una endeble justificación históricamente hablando, ya que en el seno de la Mafia la traición y la brutalidad han sido compatibles con el honor desde el principio. Giovanni Brusca representa un caso más típico de lo que algunos desertores de la Mafia han hecho creer al mundo.

Esta nueva oleada de *pentiti* posterior a Capaci ha permitido a los investigadores corroborar las evidencias sobre la cultura interna de la Mafia que habían sido proporcionadas por la anterior generación de desertores, incluyendo al propio Buscetta. Lo que hoy resulta evidente es que el código de honor es mucho más que una lista de reglas. Convertirse en hombre de honor equivale a adquirir una identidad completamente nueva, entrar en un universo moral distinto. El honor de un mafioso es la marca de esa nueva identidad, de esa nueva sensibilidad moral.

Tommaso Buscetta le esbozó por primera vez el código de honor de la Cosa Nostra a Falcone ya en 1984. Le habló del rito de iniciación de la organización, en el

que el candidato a miembro sostiene una imagen en llamas —normalmente de la *Madonna* o de la Anunciación— mientras jura lealtad y silencio hasta la muerte. Diversos rumores sobre la existencia de este pintoresco ritual se habían descartado previamente considerándolos mero folclore, y todavía hay partes de las evidencias proporcionadas por Buscetta que parecen ir en contra del sentido común. Sin embargo ha quedado muy claro a partir de los testimonios de Buscetta, de *lo Scannacristiani* y de otros que los mafiosos se toman estas cosas muy en serio, como cuestiones de honor.

El ritual de iniciación muestra que el honor constituye un estatus que hay que ganarse. Hasta que se convierte en un hombre de honor, el aspirante a mafioso es minuciosamente vigilado, supervisado y sometido a prueba; cometer un asesinato constituye casi siempre un requisito previo para ser admitido. Durante este periodo de preparación se le recuerda constantemente que hasta que no supere el ritual de afiliación es una nulidad, «un cero a la izquierda». Y cuando llega la iniciación, esta constituye a menudo el momento más importante en la vida de un mafioso. La quema de la imagen sagrada simboliza su muerte como hombre común y corriente, y su renacimiento como hombre de honor.

En la iniciación el nuevo mafioso jura obediencia, el primer pilar del código de honor. Un hombre de honor es siempre obediente a su capo; jamás pregunta por qué. Una manera de entender las consecuencias de esta obligación tiene que ver con algo que también constituye una prueba fundamental para el código de honor en su conjunto: el asesinato de mujeres y niños. Esta ha sido siempre una cuestión delicada para la Mafia siciliana; de hecho, los mafiosos han afirmado con frecuencia que jamás tocan a las mujeres y los niños. Hay que decir que muchos hombres de honor se aferran todo lo que pueden a ese principio. Ciertamente, la Cosa Nostra no va por ahí mandando matar a bebés por las buenas o por las malas, sobre todo porque hacerlo dañaría su imagen y le haría perder a algunos de sus más cercanos partidarios.

Sin embargo Giuseppe Di Matteo no era ni mucho menos el primer niño a cuya vida habían puesto fin deliberadamente los hombres de honor. Eliminar a mujeres y niños solo se considera deshonroso cuando es innecesario, pero puede resultar necesario cuando está en juego la supervivencia de un mafioso; y simplemente por ser miembro de la Cosa Nostra, un mafioso pone a menudo en peligro su vida.

Como casi todos los asesinatos de la Mafia, el de Giuseppe Di Matteo se cometió después de que se decidiera colectivamente que era necesario. La muerte del chico formaba parte de una estrategia adoptada por algunos de los líderes de la Cosa Nostra frente a las familias de los desertores que estaban poniendo en peligro a toda la organización. Una vez tomada tal decisión, se habría considerado deshonroso no ponerla en práctica.

Aquí es donde entra en juego la obediencia. El mafioso que de hecho ejecutó la decisión y estranguló a Giuseppe Di Matteo siguiendo las órdenes de Brusca explicaría posteriormente su manera de pensar ante un tribunal:

> Si alguien quiere hacer una buena carrera [en la Cosa Nostra] ha de estar siempre disponible… Yo quería hacer carrera, y lo acepté desde el primer momento porque me puse muy contento. En aquella época yo era un soldado de la Cosa Nostra, obedecía órdenes, y sabía que estrangulando a un niño podría hacer carrera. Estaba muy contento[6].

El honor se acumula a través de la obediencia; a cambio de lo que ellos denominan «disponibilidad», cada mafioso individual puede aumentar sus reservas de honor y, con ello, obtener acceso a más dinero, información y poder. Pertenecer a la Cosa Nostra ofrece las mismas ventajas que la pertenencia a otras organizaciones, incluyendo el cumplimiento de las propias aspiraciones, un eufórico sentimiento de categoría y camaradería, y la posibilidad de delegar la responsabilidad, moral o de otra clase, en los propios jefes. Todas estas cosas son ingredientes del honor mafioso.

El honor implica también la obligación de decir la verdad a los otros hombres de honor y, en consecuencia, el modo de hablar notoriamente elíptico de los mafiosos. Giovanni Brusca relata que cuando visitó a varios mafiosos estadounidenses en New Jersey, se sintió horrorizado al ver lo habladores que se mostraban sus anfitriones en comparación. Se celebró una cena para darle la bienvenida; al llegar al restaurante, Brusca se asombró de ver que todos los mafiosos habían llevado a sus queridas y de que charlaran abiertamente acerca de a qué «familias» pertenecían los diversos gángsteres. «En Sicilia a ninguno de nosotros se le ocurriría hablar así en público. Ni siquiera en privado. Todo el mundo sabe lo que necesita saber.» Brusca afirma que se sintió tan turbado que pidió excusas y se marchó. «Es una mentalidad distinta —concluiría acerca de su experiencia norteamericana—. Viven a la luz del día. Solo cometen asesinatos en circunstancias excepcionales. Jamás llevan a cabo matanzas como las que tenemos en Sicilia[7]».

El deber del mafioso de decir la verdad constituye en parte una manera de fomentar la clase de confianza mutua que tanto escasea entre los delincuentes. Esta necesidad de confianza explica también los componentes del honor mafioso relacionados con el sexo y el matrimonio. Los gángsteres recién iniciados juran no ganar dinero con la prostitución, y si se acuestan con la mujer de otro mafioso, se enfrentan a la pena de muerte. Además, si un mafioso apuesta, es mujeriego y hace alarde de su riqueza, es probable que se le considere poco digno de confianza y, por lo tanto, prescindible. Seguir estas reglas constituye una manera importante de demostrar a los demás hombres de honor que pueden confiar en uno. Por la misma razón, el alto mando de la Mafia considera una virtud ensuciarse las manos, y el machismo patriarcal de la vieja escuela constituye una parte fundamental de la cultura de la organización. Así, por ejemplo, hay acontecimientos sociales que normalmente giran en torno a actividades característicamente masculinas, como partidas de caza y banquetes.

El honor también tiene que ver con la lealtad. Ser miembro de lo que los mafiosos solían denominar la «honorable sociedad» comporta nuevas lealtades que resultan más importantes que los vínculos de sangre. El honor implica que un mafioso debe anteponer los intereses de la Cosa Nostra a los de su parentela. Enzo Brusca, hermano de *lo Scannacristiani,* trabajó para la organización y tomó parte en asesinatos, pero jamás se convirtió en hombre de honor. Tal como convenía, no hacía preguntas. Todo lo que sabía de sus parientes de la Cosa Nostra provenía de rumores y de los medios de comunicación; así, por ejemplo, durante mucho tiempo ignoró que su padre era el jefe del *mandamento* local. En consecuencia, aunque Enzo Brusca formaba parte del operativo de la Mafia y era miembro de la misma «familia» que los hombres de honor, eso no le daba derecho a estar al corriente de los negocios de dicha «familia».

No sucede lo mismo en el caso contrario, ya que un jefe de la Mafia tiene pleno derecho a controlar la vida personal de sus hombres. Así, por ejemplo, un mafioso necesitará con frecuencia el permiso de su capo para casarse. Es fundamental que cada mafioso en particular se muestre sensato a la hora de elegir a su pareja conyugal y se comporte de manera honorable en su matrimonio. Los mafiosos necesitan aún más que otros maridos ser amables con sus esposas, sencillamente porque una esposa de mafioso enfadada podría causar un gran perjuicio a toda la «familia» si habla con la policía. Los miembros de la Cosa Nostra deben tener especial cuidado a la hora de preservar el prestigio de sus mujeres; una importante razón por la que existe el tabú del proxenetismo es la de asegurarse de que las esposas de los hombres de honor, tal como explicaba el juez Falcone, «no se ven humilladas en su propio entorno social». Los mafiosos suelen casarse con las hermanas e hijas de otros hombres de honor, mujeres que han vivido toda su vida en un entorno mafioso y, en consecuencia, resulta más probable que tengan la clase de discreción o sumisión que la organización requiere de ellas. Las mujeres también pueden respaldar activamente el trabajo de sus hombres, si bien en un papel subordinado, ya que no se las puede admitir oficialmente en la Mafia; el honor constituye exclusivamente una cualidad masculina. No obstante, el honor de un mafioso confiere prestigio a su esposa, y el buen comportamiento de esta redunda en el nivel de honor de él.

El juez Falcone comparó en cierta ocasión el hecho de entrar en la Mafia con una conversión religiosa: «Uno jamás deja de ser sacerdote. Ni tampoco mafioso». Los paralelismos entre la religión y la Mafia no acaban aquí, en gran medida debido a que los hombres de honor son creyentes. El capo de Catania Nitto Santapaola había hecho construir un altar y una pequeña capilla en su finca; según un *pentito,* eso no impidió que en una ocasión también hiciera agarrotar y echar a un pozo a cuatro muchachos por atracar a su madre. El actual capo de capos, Bernardo *el Tractor* Provenzano, se comunica desde su escondite mediante pequeñas notas, algunas de las cuales han sido recientemente interceptadas y siempre contienen bendiciones e invocaciones a la protección divina, como «Por voluntad de Dios deseo servir». Un antiguo capo que

dirigía un escuadrón de la muerte como *lo Scannacristiani* solía rezar antes de emprender cualquier acción: «Dios sabe que son ellos quienes desean hacerse matar y que yo no tengo ninguna culpa».

Sentimientos como estos son en parte el resultado de la tolerancia hacia la Mafia mostrada durante mucho tiempo por la Iglesia católica. Los clérigos han tratado a menudo a hombres cuyo poder se basaba en el asesinato rutinario como si fueran pecadores de la misma ralea que todos los demás. Han pasado por alto la mala influencia de la Mafia porque esta parecía compartir los mismos valores de deferencia, humildad, tradición y familia que la Iglesia. Han aceptado donativos procedentes de actividades criminales para sus procesiones y organizaciones benéficas. Se han mostrado satisfechos de ver las *cosche* (el plural de *cosca)* disfrazadas de confraternidades religiosas, y de confiar la administración de fondos benéficos a dignatarios que tenían las manos manchadas de sangre. Algunos eclesiásticos incluso han sido asesinos ellos mismos. La historia de las relaciones de la Iglesia con la Mafia está llena de episodios así.

Pero eso no significa, como algunos quisieran afirmar, que la Mafia sea poco más que una rama de la Iglesia católica. La religión de un mafioso no tiene nada que ver con la Iglesia en cuanto institución. De hecho, el secreto de la religión en la Mafia es que esta sirve a los mismos fines que el código de honor; expresa meramente lo mismo en un lenguaje distinto. En la Mafia, la religión genera un sentimiento de pertenencia, de confianza y un conjunto de reglas flexibles con términos prestados del credo católico, exactamente tal como hace el código de honor remedando los términos caballerescos que todavía utilizaba la nobleza en los comienzos de la Mafia.

Al igual que el honor, en la Mafia la religión ayuda a los mafiosos a justificar sus actos ante ellos mismos, ante los demás y ante sus familias. A los mafiosos suele gustarles pensar que matan en nombre de algo superior al dinero y el poder, y los dos términos que normalmente sacan a relucir son los de *honor y Dios.* De hecho, la religión profesada por los mafiosos y sus familias es como tantas otras cosas en el universo moral del honor mafioso, en cuanto que resulta difícil saber dónde termina la auténtica —aunque equivocada— creencia y dónde empieza la cínica falsedad. Comprender cómo piensa la Mafia significa entender que en la mente de todos sus miembros las reglas del honor se confunden con una calculada falsedad y un despiadado salvajismo.

Así, *honor* se traduce en este contexto como un sentimiento de valía profesional, un sistema de valores y el símbolo de la identidad de grupo de una organización que se considera a sí misma por encima del bien y del mal. Y como tal, nada tiene que ver con las tradiciones sicilianas, la caballerosidad o el catolicismo. Se exprese en términos religiosos o en el lenguaje seudoaristocrático del «honor», el código está ahí para asegurar que todos los aspectos de la vida del mafioso se hallen completamente subordinados a los intereses de «lo nuestro».

Cuando funciona bien, el código produce un orgulloso sentimiento de compañerismo. El mafioso de Catania Antonino Calderone hablaba en nombre de toda la organización cuando decía: «Nosotros somos mafiosos; los demás son solo hombres». Pero por esa misma razón un mafioso sin honor no es nadie; es un hombre muerto. Para un miembro de la Cosa Nostra, ser derrotado en una de las guerras internas de la organización y perder el honor pueden ser exactamente lo mismo.

No resulta sorprendente, pues, que la decisión de quebrantar el código de honor y convertirse en testigo de cargo resulte traumática para algunos mafiosos. Tal decisión significa abandonar tanto una identidad como un denso entramado de amistades y lazos familiares; significa tratar de hallar el modo de aceptar una vida basada en el asesinato; significa incurrir automáticamente en una condena a muerte. Giovanni Brusca sostiene que tuvo que reunir más valor para convertirse en testigo de cargo del que necesitaba para matar.

Nino Gioè era el mafioso que le gritó «Vai!» a Brusca cuando este tenía que accionar el detonador de la bomba de Capaci. Poco después de ser capturado y encerrado en una celda de aislamiento, en el verano de 1993, Gioè empezó a sentir la presión acumulada de los largos años vividos según las reglas de la Cosa Nostra. Sabía que la policía había escuchado algunas de sus conversaciones, y que probablemente había suministrado pruebas que irían en contra de otros hombres de honor; inconscientemente había quebrantado el más sagrado de los principios de la Cosa Nostra. Sentía crecer el recelo entre los mafiosos encerrados en las celdas de la misma ala. A medida que la presión aumentaba, comenzó a hacerse evidente; Gioè se dejó crecer la barba y empezó a descuidar la limpieza de su ropa. Se espera que los hombres de honor mantengan la compostura en la cárcel; por ello, el declive de su aspecto no hizo sino aumentar entre quienes le rodeaban los temores de que estuviera a punto de venirse abajo y contar al Estado todo lo que sabía. Pero lejos de ello, el 28 de julio de 1993, Gioè utilizó los cordones de sus zapatillas de tenis para colgarse en su celda. Aunque es muy raro que los hombres de honor acaben con su propia vida, la nota de suicidio de Gioè puede servir como resumen último de lo que significa vivir y morir bajo el código de honor:

> Esta noche encontraré la paz y la serenidad que perdí hará unos diecisiete años [al iniciarse en la Cosa Nostra]. Cuando las perdí, me convertí en un monstruo. He sido un monstruo hasta que mi mano ha cogido el lápiz para escribir estas líneas… Antes de irme, pido perdón a mi madre y a Dios, puesto que su amor no tiene límites. El resto del mundo jamás podrá perdonarme[8].

La cuestión histórica que plantea este retrato de la vida en el seno de la Cosa Nostra es sencilla: ¿ha sido siempre así? La respuesta, igualmente sencilla, es que nadie lo sabrá nunca con certeza. Puede que *los pentiti* hayan hablado con la policía

en numerosas ocasiones, pero cuando lo han hecho, han tendido a hablar sobre crímenes concretos y no acerca de cómo era eso de ser un mafioso. Pero lo que sí sugieren las evidencias es que en todo momento ha existido algo parecido a ese código de honor. Al fin y al cabo, si no hubiera existido, la Mafia no habría sobrevivido durante tanto tiempo; de hecho, puede que incluso ni siquiera hubiera surgido.

1

La génesis de la Mafia (1860-1876)

LOS DOS COLORES DE SICILIA

Palermo se convirtió en ciudad italiana el 7 de junio de 1860, cuando, según los términos establecidos en el alto el fuego, dos largas columnas de tropas derrotadas abandonaron discretamente la urbe por el límite oriental y rodearon los muros de la ciudad para ir a esperar a los barcos que les llevarían de regreso a Nápoles. Su retirada representaba la culminación de uno de los más famosos logros militares del siglo, una hazaña de patriótico heroísmo que asombró al resto de Europa. Hasta aquel día, Sicilia había sido gobernada desde Nápoles como parte del reino borbónico que abarcaba la mayor parte del sur de Italia. Entonces, en mayo de 1860, Giuseppe Garibaldi y unos mil voluntarios —los famosos Camisas Rojas— invadieron la isla con el propósito de unirla a la nueva nación de Italia. Bajo el liderazgo de Garibaldi, sus harapientas pero entusiastas fuerzas desorientaron y derrotaron a un ejército napolitano muy superior en número. Palermo fue conquistada después de tres días de intensas luchas en las calles durante las cuales la armada borbónica bombardeó la ciudad.

Con Palermo liberada, Garibaldi dirigió a sus hombres —cuyo número iba en aumento, hasta convertirse en un ejército con todas las de la ley— hacia el este, rumbo a la península italiana. El 6 de septiembre el héroe sería recibido en la propia Nápoles por una multitud enfervorizada, y el mes siguiente entregaría sus conquistas al rey de Italia. Tras negarse a recibir recompensa alguna, regresó a su hogar, en la isla de Caprera, con poco más que su poncho, algunos productos de primera necesidad y unas cuantas semillas para su huerto. Pronto un plebiscito confirmaría que Garibaldi había convertido Sicilia y la Italia meridional en parte integrante de la nación italiana.

Incluso sus propios contemporáneos consideraron las hazañas de Garibaldi «épicas» y «legendarias». Pero estas pronto empezarían a parecer tan insustanciales como un sueño dado lo atormentada y violenta que resultaría ser la relación de Sicilia con el reino de Italia. La montañosa isla tenía una larga reputación de polvorín revolucionario. Garibaldi había triunfado en gran medida debido a que su expedición había desencadenado otra revuelta, frente a la cual el régimen borbónico no tardó en venirse abajo. Ahora resultaba evidente que la revuelta de 1860 había sido solo el principio de los problemas. La incorporación de 2.400.000 sicilianos a la nueva nación trajo consigo una epidemia de conspiraciones, robos, asesinatos y ajustes de cuentas.

Los ministros del rey, en su mayor parte hombres del norte de Italia, habían confiado en encontrar socios de gobierno en las capas superiores de la población siciliana, personas que parecían ser como ellos, terratenientes conservadores con sentido del buen gobierno y deseos de un progreso económico ordenado. Pero lo que habían encontrado en lugar de ello —solían quejarse— parecía más bien el rostro de

la anarquía: revolucionarios republicanos fuertemente vinculados a bandas semicriminales; aristócratas y eclesiásticos nostálgicos del antiguo régimen borbónico o que aspiraban a la autonomía de Sicilia; políticos locales que mataban y secuestraban en una lucha por el poder con rivales igualmente poco escrupulosos. Hubo una enorme y airada resistencia popular a la introducción del servicio militar obligatorio, hasta entonces desconocido en Sicilia. Mucha gente también parecía pensar que la revolución patriótica les daba derecho a no pagar ningún impuesto.

Los sicilianos que habían invertido sus ambiciones políticas en la revolución patriótica se enfurecieron ante lo que veían como una arrogante negativa del gobierno a permitirles acceder al poder; un poder que necesitaban para hacer frente a los problemas de la isla. En 1862 el propio Garibaldi se sentía tan decepcionado por el Estado de la nueva Italia, que abandonó su retiro y utilizó Sicilia como base para iniciar otra invasión a la península. Su objetivo era esta vez conquistar Roma, que permanecía bajo la autoridad del Papa. Pero un ejército italiano le detuvo en las montañas de Calabria, e incluso fue tiroteado y resultó herido en un pie. Roma no se convertiría en la capital de Italia hasta 1870.

El gobierno italiano respondió a la crisis provocada por la nueva invasión de Garibaldi declarando la ley marcial en Sicilia, estableciendo con ello una pauta que se repetiría en años posteriores. Poco dispuesto o incapaz de lograr el apoyo político de Sicilia, el gobierno probó una y otra vez la solución militar: columnas de tropas móviles, asedios de ciudades enteras, detenciones masivas, encarcelamientos sin juicio, *etc.* Pero la situación no mejoraba. En 1866 se produjo otra revuelta en Palermo, similar en algunos aspectos a la que había derrocado a los Borbones. Tal como habían hecho durante el ataque de Garibaldi en 1860, las partidas revolucionarias bajaron a la ciudad desde las colinas circundantes. Hubo rumores —que jamás pudieron confirmarse— de que los rebeldes practicaban el canibalismo y se bebían la sangre de sus víctimas; la respuesta fue de nuevo la ley marcial. La revuelta de 1866 sería aplastada, pero harían falta otros diez años de disturbios y represión para que Sicilia se amoldara a formar parte de Italia. En 1876, por primera vez, los políticos de la isla entraron en un nuevo gobierno de coalición en Roma.

Un constante contrapunto a la lucha desarrollada en Sicilia entre 1860 y 1876 era la impresión que causaba el esplendor de la isla en los visitantes que llegaban a ella tras la unificación italiana. El entorno de Palermo, extraordinariamente bello, no podía por menos que impresionar a los recién llegados. Un *garibaldino* que veía Palermo por primera vez desde el mar contaba que parecía una ciudad construida para adaptarse a la imaginación poética de un niño. Sus murallas estaban rodeadas por una franja de olivares y limonares, tras los que se alzaba un anfiteatro de cerros y montañas. La misma simplicidad se apreciaba en el trazado de la ciudad; Palermo contaba con dos calles principales, rectas y perpendiculares, que se encontraban en las Quattro Canti («cuatro esquinas»), una plaza construida en el siglo XVII. En cada

una de dichas esquinas, una elaborada fachada de balcones, cornisas y hornacinas simbolizaba los cuatro barrios de la ciudad.

Pese a los daños causados por el bombardeo borbónico, en la década de 1860 Palermo ofrecía numerosos atractivos para residentes y visitantes, de los que quizá el más destacado era su famoso paseo marítimo. Durante los aparentemente interminables veranos, y una vez que el intenso calor del día se había disipado, los refinados *palermitani* daban paseos en carruaje a la luz de la luna por el puerto, perfumado por sus árboles en flor, o probaban helados y sorbetes varios mientras se paseaban acompañados del sonido de sus melodías operísticas favoritas, interpretadas por la banda municipal.

En los estrechos y tortuosos callejones que partían de las calles principales alejándose del puerto, los palacios aristocráticos se disputaban el espacio con mercados, talleres de artesanos, cuchitriles y no menos de 194 lugares de culto. Los visitantes de principios de la década de 1860 solían quedar impresionados al ver el número de monjes y monjas que poblaban las calles. Palermo parecía también una especie de pétreo palimpsesto de culturas que abarcaba varios centenares de años. Como en el resto de la isla, se superponían los diversos monumentos dejados por innumerables invasores, ya que, empezando por los antiguos griegos, prácticamente todas las potencias mediterráneas, desde los romanos hasta los Borbones, habían hecho suya Sicilia. A muchos la isla les parecía una fabulosa exposición de anfiteatros y templos griegos, villas romanas, mezquitas y jardines árabes, catedrales normandas, palacios renacentistas, iglesias barrocas, *etc.*

Sicilia se concebía también en dos colores. Había sido el granero de la antigua Roma. Desde entonces, y durante cientos de años, el trigo cultivado en inmensas propiedades pintó de amarillo dorado las imponentes montañas del interior. El otro color de la isla tenía un origen más reciente. Cuando los árabes conquistaron Sicilia, en el siglo IX, llevaron consigo nuevas técnicas de regadío e introdujeron el cultivo de cítricos, cuyas arboledas tiñeron la franja costera septentrional y oriental de la isla con sus hojas de color verde oscuro.

Fue durante los agitados años de la década de 1860 cuando la clase dominante del reino de Italia oyó hablar por primera vez de la Mafia de Sicilia. Sin tener una idea clara de lo que era, los primeros que estudiaron el problema supusieron que debía de tratarse de algo arcaico, un residuo de la Edad Media, un síntoma de varios siglos de mal gobierno extranjero que habían mantenido la isla en una situación de atraso. En consecuencia, su primera reacción instintiva fue buscar el origen en el amarillo dorado de las montañas del interior, en las antiguas propiedades productoras de cereales. Pese a su desolada belleza, el interior de Sicilia era una metáfora de todo lo que Italia deseaba dejar atrás. Las grandes propiedades las trabajaban rebaños de famélicos campesinos que eran explotados por amos brutales. Muchos italianos esperaban y creían que la Mafia era solo un síntoma de aquella clase de atraso y pobreza, y que estaba destinada a desaparecer tan pronto como Sicilia saliera de su

aislamiento y se pusiera a la altura de los tiempos. Hubo algún optimista que incluso declaró que la Mafia desaparecería «con el silbido de la locomotora». Este tipo de creencia en el carácter ancestral de la Mafia nunca ha muerto del todo, sobre todo porque muchos hombres de honor se han encargado de resucitarla. También el propio Tommaso Buscetta creía que la Mafia se había originado en la Edad Media como una forma de resistencia frente a los invasores franceses.

Pero los orígenes de la Mafia no son antiguos. La organización se inició aproximadamente en la misma época en que los acosados funcionarios del gobierno italiano oyeron hablar de ella por primera vez. La Mafia y la nueva nación de Italia nacieron juntas. De hecho, el modo en que surgió y se generalizó el término *mafia* resulta bastante curioso, sobre todo porque el mismo gobierno italiano que descubrió el nombre también tuvo un importante papel a la hora de nutrir a la organización que lo llevaba.

Como tal vez se corresponde con el propio ingenio diabólico de la Mafia, su génesis implica no solo una historia, sino también un entramado de ellas. Desenredar todas esas tramas narrativas y exponerlas en los próximos capítulos requiere cierto dominio de la cronología para poder avanzar y retroceder en el turbulento período de 1860 a 1876, además de realizar una breve incursión en el medio siglo anterior a esa época; se requiere asimismo recoger los testimonios de las personas implicadas en la historia, las personas que participaron y presenciaron los comienzos de la Mafia.

Por razones que más adelante se harán evidentes, para empezar es mejor no centrarnos en el término *mafia*, sino en «qué» era lo que la Mafia hacía en sus comienzos, y también —y no menos importante— «dónde» lo hacía, puesto que si la Mafia no era una organización ancestral, entonces su lugar de nacimiento tampoco fue el amarillo dorado del interior. La Mafia surgió en la zona que hoy en día sigue siendo su región vital; se desarrolló donde se concentraba la riqueza de Sicilia, en el verde oscuro de la franja costera, entre modernas empresas de exportación capitalistas establecidas en los idílicos naranjales y limonares de las afueras de Palermo.

EL DOCTOR GALATI Y EL LIMONAR

Los métodos de la Mafia se perfeccionaron durante un periodo de rápido crecimiento de la industria de los cítricos. Ya a finales de la década de 1700 habían empezado a apreciarse los limoneros como cultivo de exportación. Luego, a mediados del siglo XIX, un largo periodo de expansión de los cítricos hizo que la franja verde oscuro de Sicilia se ensanchara. Dos pilares del modo de vida británico desempeñaron un importante papel en esta expansión. Desde 1795, la Royal Navy hacía tomar limón a las tripulaciones de sus barcos como remedio para el escorbuto. En una escala mucho menor, en la década de 1840 se inició la producción comercial de otro cítrico, el aceite de bergamota, utilizado para aromatizar el té de la variedad Earl Grey.

Las naranjas y limones sicilianos se enviaban a Nueva York y a Londres, mientras resultaban prácticamente desconocidos en las montañas del interior de Sicilia. En 1834 se exportaron más de cuatrocientas mil cajas de limones; en 1850 la cifra aumentó a 750.000. A mediados de la década de 1880 llegaba cada año a Nueva York la asombrosa cantidad de 2.500.000 cajas de cítricos italianos, la mayoría de ellas procedentes de Palermo. En 1860, el año de la expedición de Garibaldi, se calculaba que los limonares de Sicilia eran los campos de cultivo más rentables de toda Europa, superando incluso a las huertas de frutales de los alrededores de Paris. En 1876 el cultivo de cítricos superaba en más de sesenta veces el rendimiento medio por hectárea del resto de la isla.

Las plantaciones de cítricos del siglo XIX eran negocios modernos que exigían un elevado nivel de inversión inicial. Había que limpiar el terreno de piedras y hacer bancales, construir almacenes y carreteras, levantar muros de protección para proteger los cultivos tanto del viento como de los ladrones, cavar canales de regadío e instalar compuertas. E incluso, una vez que se habían plantado ya los árboles, hacían falta unos ocho años para que estos empezaran a dar frutos. Los beneficios llegaban varios años después.

Además de exigir una fuerte inversión, los limoneros son también extremadamente vulnerables. Incluso una breve interrupción del suministro de agua puede tener efectos devastadores. El vandalismo, ya sea contra los árboles o contra sus frutos, constituye un riesgo constante. Fue esta combinación de vulnerabilidad y elevados beneficios la que creó el entorno perfecto para los negocios de protección de la Mafia.

Aunque había limonares en muchas zonas costeras de Sicilia, la Mafia ha sido, hasta una fecha relativamente reciente, un fenómeno centrado casi exclusivamente en la región «occidental» de la isla. De hecho, surgió en el área inmediatamente circundante de Palermo. Dicha ciudad, que en 1861 contaba casi con doscientos mil habitantes, era el centro político, legislativo y bancario de Sicilia occidental. Circulaba allí más dinero en los sectores de la propiedad y la renta que en ningún otro lugar de la isla. Palermo era el centro de los mercados mayoristas y de consumo,

además de contar con el principal puerto. Era allí donde se compraban, vendían y alquilaban gran parte de las tierras de cultivo de la provincia circundante, e incluso de otras provincias. Asimismo, Palermo establecía la agenda política. La Mafia no nació, pues, de la pobreza y la desolación, sino del poder y la riqueza.

Los limonares de las afueras de Palermo constituyeron el escenario que enmarcó la historia de la primera persona acosada por la Mafia que dejó una detallada descripción de sus desdichas. Se trataba de un respetado cirujano, Gaspare Galati. Casi todo lo que se sabe del doctor Galati como persona —en especial sobre su coraje — surge del testimonio que más tarde remitiría a las autoridades, que posteriormente confirmarían la autenticidad de lo que había escrito.

En 1872 el doctor Galati pasó a hacerse cargo de una herencia en nombre de sus hijas y de la tía materna de estas. La parte fundamental de dicha herencia era el Fondo Riella, una granja —o «jardín»— frutícola de limoneros y mandarinos, de cuatro hectáreas de extensión, situada en Malaspina, a solo quince minutos a pie de los límites de Palermo. El «fondo» era una empresa modélica; sus árboles se regaban utilizando una moderna bomba de vapor de tres caballos que requería de un operario especializado. Pero cuando asumió el control, Gaspare Galati era ya bien consciente de que la enorme inversión de la empresa corría peligro.

El anterior propietario del Fondo Riella, el cuñado del doctor Galati, había muerto de un ataque al corazón después de recibir una serie de cartas amenazadoras. Dos meses antes de su muerte había sabido por el operario de la bomba de vapor que el autor de las cartas era el vigilante del «fondo», Benedetto Carollo, que se las había dictado a alguien que sabía leer y escribir. Puede que Carollo fuera inculto, pero desde luego era espabilado; Galati explica que se mostraba tan arrogante como si el dueño de la granja fuera él, y era de dominio público que se quedaba con el 20-25 por ciento del precio de venta de los productos, e incluso robaba el carbón destinado a la máquina de vapor. Pero era la manera de robar de Carollo lo que mayor preocupación causaba en el cuñado del doctor Galati, ya que esta demostraba que conocía muy bien el negocio de los cítricos y que pretendía dejar el Fondo Riella completamente exhausto.

Entre las huertas sicilianas donde crecían los limones, y las tiendas del norte de Europa y América donde los consumidores los compraban, intervenían un montón de representantes, mayoristas, envasadores y transportistas. La especulación financiera lubricaba cada una de las etapas del proceso, empezando cuando los limones todavía colgaban de los árboles; como una manera de compensar los costes iniciales y repartir el riesgo de una mala cosecha, las empresas de cítricos normalmente vendían su producción mucho antes de que los frutos estuvieran maduros.

El cuñado del doctor Galati había seguido también esta práctica común en el Fondo Riella. Sin embargo, a principios de la década de 1870, cuando los intermediarios adquirían opciones de compra sobre la producción de la granja, luego se encontraban con que los limones y mandarinas que ya habían pagado empezaban a

desaparecer de los árboles. El Fondo Riella no tardó en adquirir entonces una pésima reputación comercial. No parecía haber ninguna duda de que el vigilante Carollo era el responsable de los robos, y que la intención del joven era hacer bajar el precio de la empresa para luego poder comprarla.

Tras asumir el control de la finca Riella, el doctor Galati decidió ahorrarse problemas y arrendarla a otra persona. Pero Carollo tenía otra idea en mente. Cada vez que los posibles arrendatarios iban a visitar el «fondo», el vigilante les dejaba bien claras sus intenciones mientras les mostraba la finca: «¡Por la sangre de judas que este jardín jamás será arrendado ni vendido!». Aquello fue demasiado para el doctor Galati, que despidió a Carollo y contrató a un sustituto.

Pero el doctor Galati no tardaría en saber cómo se sentía el joven vigilante al ver que «le quitaban el pan de la boca», tal como le oyeron decir. De manera desconcertante, algunos de los amigos íntimos del doctor Galati, hombres que no tenían razón alguna para saber nada de su negocio, acudieron a él aconsejándole discretamente que readmitiera de nuevo a Carollo. No obstante, el doctor se mantuvo firme.

Alrededor de las diez de la noche del 2 de julio de 1874, el hombre al que había contratado el doctor Galati para que sustituyera a Carollo como vigilante del Fondo Riella recibió varios disparos en la espalda cuando circulaba por uno de los largos caminos que discurrían por entre los limoneros. Sus atacantes habían construido un bancal de piedra en una arboleda vecina para poder dispararle desde fuera del muro de protección, un método que sería muy utilizado en muchos de los primeros golpes de la Mafia. La víctima moriría en el hospital de Palermo al cabo de unas horas.

El hijo del doctor Galati acudió a la comisaría de policía local para informar de que su familia sospechaba que Carollo estaba detrás del asesinato. El inspector, ignorando aquella pista, arrestó a dos hombres que no tenían relación alguna con la víctima. Al no hallarse ninguna prueba que les incriminara, posteriormente serían liberados.

Pese a esta falta de apoyo por parte de la policía, el doctor Galati contrató a otro vigilante. Entonces él y su familia recibieron una serie de cartas en las que se decía que había cometido un error al despedir a un «hombre de honor» como Carollo y contratar a un «abyecto espía» en su lugar, amenazándole con que, si no readmitía a Carollo, le aguardaba el mismo fin que a su vigilante, aunque «de una manera más bárbara». Un año después, cuando el doctor Galati ya habría descubierto exactamente a qué se enfrentaba, podría explicar aquella nueva terminología: «En el lenguaje de la Mafia, un ladrón y un asesino es un “hombre de honor”, y una víctima es un “abyecto espía”»[9].

El doctor acudió de nuevo a la policía con las cartas amenazadoras, siete en total. Le prometieron que Carollo y sus cómplices, entre los que se incluía un hijo adoptado, serían arrestados. Pero el inspector —el mismo hombre que previamente había conducido la investigación por una pista falsa— no se mostró tan entusiasta.

Hubieron de pasar tres semanas antes de que detuviera a Carollo y a su hijo, e incluso entonces estos fueron liberados dos horas después con el pretexto de que no tenían nada que ver con el crimen. Galati se convenció de que el inspector estaba conchabado con los criminales.

Mientras luchaba por salvar su empresa, el doctor Galati empezó a hacerse una idea de cómo funcionaba la Mafia local. La *cosca* tenía su sede en la vecina aldea de Uditore y actuaba tras la fachada de una organización religiosa. Un sacerdote y excapuchino conocido como el padre Rosario dirigía una pequeña comunidad en aquella aldea, denominada los «Terciarios de San Francisco de Asís», aparentemente dedicada a la caridad y a ayudar a la Iglesia en su obra. El padre Rosario, un hombre que había sido espía de la policía bajo el antiguo régimen borbónico, era también capellán de prisiones, circunstancia que aprovechaba para llevar y traer mensajes de los reclusos.

Sin embargo el padre Rosario no era el jefe de la banda. El presidente de los «Terciarios de San Francisco de Asís», y capo mafioso de Uditore, era Antonino Giammona. Este había nacido en el seno de una paupérrima familia campesina, y había iniciado su vida laboral como peón. Su ascenso a la riqueza y la influencia coincidió con las revoluciones que acompañaron a la integración de Sicilia en la nación italiana. Las revueltas de 1848 y 1860 le dieron la oportunidad que necesitaba para mostrar su valor y hacer amigos importantes. En 1875, a los cincuenta y cinco años de edad, Giammona era un hombre de una elevada posición; según informes del jefe de la policía de Palermo, tenía propiedades valoradas en unas ciento cincuenta mil liras. Existían fuertes sospechas de que había ejecutado a varios fugitivos de la justicia a los que primero había dado cobijo. La policía creía que había juzgado necesaria su muerte cuando estos habían empezado a robar a propietarios locales estando bajo su protección. Asimismo se sabía que Giammona había recibido una suma de dinero junto con instrucciones de realizar misteriosos negocios de parte de un criminal de los alrededores de Corleone que había huido a Estados Unidos para escapar a la justicia.

El doctor Galati resumía el carácter de Antonino Giammona como «taciturno, orgulloso y cauto». Hay buenas razones para creerle, ya que los dos hombres se conocían; varios miembros de la familia Giammona eran clientes del doctor Galati, y en una ocasión este le había extraído al hermano de Giammona dos balas de mosquete que tenía alojadas en el muslo.

La Mafia de Uditore basaba su poder en extorsionar a los propietarios de los limonares. Podía obligar a los terratenientes a aceptar a sus hombres como administradores, vigilantes o intermediarios. Su red de contactos con carreteros, mayoristas y estibadores podía amenazar la producción de una granja, o bien asegurar que llegara sana y salva al mercado; cuando se aplicaba con astucia, la violencia permitía a la Mafia crear cárteles y monopolios en miniatura. Una vez se hacían con el control de un «fondo», los mafiosos podían robar tanto como quisieran, ya fuera

pellizcando un cómodo «impuesto» parasitario, o comprando a un precio artificialmente bajo. Giammona no solo acosaba al doctor Galati; estaba orquestando una campaña concertada para controlar la industria de los cítricos de toda el área de Uditore.

Ahora que estaba advertido del hecho de que la Mafia también tenía influencia sobre la policía local, el doctor Galati decidió presentar sus pruebas sobre el asesinato directamente a un juez de instrucción. Su resolución se vio reforzada al ver que la policía le devolvía solo seis de las siete cartas de amenaza que había recibido, y que se había «perdido» precisamente la más explícita. El juez de instrucción le dijo al doctor Galati que tal incompetencia resultaba frecuente en aquella comisaría.

Llegaron nuevas cartas de amenaza; se daba al doctor Galati una semana de plazo para sustituir a su nuevo vigilante por un «hombre de honor». Pero el doctor se sentía ahora fortalecido por el hecho de que sus quejas hubieran llevado a la destitución del inspector de policía del que sospechaba que estaba confabulado con la Mafia. Asimismo el doctor razonaba que no era probable que la Mafia corriera el riesgo de asesinar a un hombre con tierras y posición como él, de modo que decidió ignorar el ultimátum. Justo después de cumplirse la fecha límite, en enero de 1875, su nuevo vigilante recibió tres disparos a plena luz del día. Benedetto Carollo y otros dos antiguos trabajadores del «fondo» fueron arrestados como sospechosos.

Aquel ataque significó el primer golpe de suerte para el doctor Galati. Antes de que el vigilante perdiera el conocimiento a causa de las heridas, pudo ver e identificar a sus atacantes. Al principio, postrado en el hospital, se negó a responder a las preguntas de la policía. Pero luego, cuando la fiebre subió y su muerte parecía inminente, requirió la presencia del juez de instrucción e hizo una declaración: los hombres que le habían disparado eran precisamente los tres que acababan de ser arrestados.

Alentado por el juez, el doctor Galati trató personalmente al vigilante herido, atendiéndole día y noche. Nunca salía sin su revólver, y mantenía a su esposa y sus hijas en casa. La salud de la familia había empezado a resentirse al seguir llegando nuevas cartas amenazadoras. En ellas se le decía al doctor que él, su esposa o sus hijas podían ser apuñalados, quizá al salir del teatro, lo que evidenciaba que los autores sabían que Galati tenía un abono de temporada. El doctor supo que también había un espía de la Mafia en la oficina del juez, puesto que los mafiosos le hacían saber que tenían acceso a los detalles de sus declaraciones. Sin embargo aquellas últimas cartas parecían mostrar indicios de desesperación, lo que aumentó la esperanza del doctor Galati de que, con un juicio en perspectiva y un testigo dispuesto a declarar, Benedetto Carollo estuviera por fin acorralado.

En aquel momento el vigilante herido que estaba al cuidado del doctor tomó cartas en el asunto. En cuanto se encontró lo bastante bien como para poder moverse, fue a ver a Antonino Giammona para hacer las paces. A continuación se le invitó a

celebrar el acuerdo con un banquete, tras el cual el vigilante cambió su declaración, y el proceso contra Carollo se vino abajo.

Sin esperar siquiera a despedirse de sus parientes y amigos, el doctor Galati cogió a su familia y huyó a Nápoles, dejando atrás su propiedad y una lista de pacientes que había tardado un cuarto de siglo en consolidar. Lo único que pudo hacer después fue enviar un memorándum al ministro del Interior en Roma, en agosto de 1875. En él explicaba que Uditore era una aldea de solo ochocientas almas, pero que solo en 1874 sabía de al menos veintitrés personas que habían sido asesinadas —entre las que se contaban dos mujeres y dos niños— y de otras diez que habían sufrido graves heridas. No se había hecho nada para investigar aquellos crímenes. Se estaba librando una guerra para controlar la industria de cítricos de la zona, mientras las fuerzas de la policía permanecían impasibles.

El ministro del Interior ordenó al jefe de la policía de Palermo que investigara el asunto. A continuación se asignó el caso Galati a un joven y competente oficial. De sus investigaciones resultó que, al igual que su predecesor asesinado, el segundo vigilante sustituto era un personaje temible. Aunque el doctor Galati no lo sabía o no quería admitirlo, lo más probable era que los dos vigilantes que había contratado estuvieran también afiliados a la Mafia. Probablemente le estaban utilizando en una guerra entre *cosche* mafiosas rivales.

La Mafia de Uditore respondió a las nuevas investigaciones haciendo alarde de sus amigos. Benedetto Carollo solicitó un permiso para cazar en el Fondo Riella; su compañero en la jornada de caza iba a ser un juez del Tribunal de Apelación de Palermo. Una serie de terratenientes y políticos se alinearon con Antonino Giammona. Los abogados prepararon una declaración afirmando que Giammona y su hijo habían sido hostigados meramente porque «vivían por sus propios medios y no se dejaban robar ni amenazar». Al final, la única respuesta que las autoridades pudieron lograr fue una amonestación policial y una intensificación de la vigilancia.

Es evidente que los problemas del doctor Galati no eran culpa únicamente de una pandilla de criminales; se debían también, en gran medida, al hecho de que no podía confiar en la policía, en la judicatura o siquiera en otros terratenientes como él. Su historia desentraña, pues, otra importante trama en la historia de los orígenes de la Mafia. Como se pondrá de manifiesto más adelante, los orígenes de la organización se hallan estrechamente relacionados con los de un Estado muy poco fiable: el Estado italiano.

La extorsión, el asesinato, el dominio territorial, la competencia y la colaboración entre bandas, e incluso ciertos indicios de un código de «honor»; emanan de las memorias del doctor Galati las suficientes pistas como para llegar a la conclusión de que muchos de los componentes esenciales de los métodos de la Mafia se empleaban ya en los limonares sicilianos en la década de 1870. Pero este caso también

evidenciaba el componente más distintivo de todos: el ritual de iniciación de la Mafia.

INICIACIÓN

Aunque la policía no logró entregar a la justicia a los mafiosos de Uditore tras el memorándum del doctor Galati sobre sus desafortunadas relaciones con la *cosca* de Antonino Giammona, el caso sí sacó a la luz los primeros signos de que la Mafia era una organización secreta unida por un juramento de sangre. Hay que señalar que no solo los hombres que estaban al mando de Antonino Giammona pasaban por un ritual de iniciación, sino que este era prácticamente idéntico al que todavía realizan actualmente los hombres de honor. Cuando el doctor Giuseppe Galati envió su memorándum al ministro del Interior, en 1875, provocó que este último pidiera un informe al jefe de la policía de Palermo. Fue en dicho informe donde el jefe de la policía reveló por primera vez la existencia de un ritual de iniciación mafioso. La fuente de esta revelación era fiable; probablemente provenía de los propios policías, los cuales, como resulta evidente por la historia del doctor Galati, mantenían una estrecha y ambigua relación con la Mafia ya desde sus mismos comienzos.

Según el informe del jefe de la policía, en la Mafia de la década de 1870 cualquier hombre de honor que fuera a iniciarse era llevado en presencia de un grupo de jefes y subjefes. Uno de aquellos hombres pinchaba entonces al aspirante a mafioso en el brazo o en la mano, y le pedía que untara una imagen sagrada con la sangre que emanaba de la herida. Luego se tomaba el juramento de lealtad mientras la imagen se quemaba y se esparcían sus cenizas, simbolizando con ello la aniquilación de todos los traidores.

Un enviado especial del gobierno que viajó a Sicilia respondió al jefe de la policía en nombre del ministro: «¡Enhorabuena! Ahora las autoridades han abierto un nuevo e intrincado campo de investigación». Sin duda el enviado habría quedado sorprendido si hubiera sabido que su «campo de investigación» seguiría siendo enorme e intrincado todavía un siglo después, cuando en mayo de 1976 Giovanni *lo Scannacristiani* Brusca fue «iniciado» (de hecho, la palabra que utiliza el propio Brusca es *combinato,* un término italiano vago y corriente que significa «combinado» o «concertado»). El ritual realizado por Brusca resulta asombrosamente parecido a la versión de 1875, y esa semejanza favorece una mejor comprensión de cómo y por qué tenía sentido para la Mafia ser una organización secreta ya desde sus mismos comienzos.

El hombre que más tarde haría volar en pedazos al juez Falcone en Capaci se inició muy joven, a los diecinueve años de edad. El hecho de que su padre fuera un capo le había ayudado a avanzar con rapidez, y de hecho tenía ya un asesinato a sus espaldas. Un día Brusca fue conducido a una casa de campo con la excusa de que iba a celebrarse allí uno de los periódicos banquetes de la organización. Se hallaban presentes muchos hombres de honor, incluyendo el capo de capos, Totò *el Corto* Riina, a quien el joven llamaba ya *padrino.* Algunos de los hombres empezaron a preguntarle a Brusca: «¿Cómo te sentirías si mataras a un hombre, si cometieras un

crimen?». Aquello parecía bastante extraño; él ya había matado, y sin embargo le preguntaban cómo se sentiría. Él no lo sabía, pero el ritual de iniciación había empezado ya.

En un momento determinado, los demás se reunieron en una habitación, dejando fuera a Brusca. Cuando le llamaron, un rato después, vio que su padre se había retirado y que los otros gángsteres se habían sentado en torno a una gran mesa redonda en cuyo centro había una pistola, una daga y una pequeña estampa de un santo. Los hombres de honor empezaron a bombardear a Brusca con preguntas: «Si acabas en la cárcel, ¿serás fiel, y no un traidor?», «¿Quieres formar parte de la sociedad llamada Cosa Nostra?».

A medida que iba ganando confianza, Brusca empezó a responder con entusiasmo: «Me gustan esas amistades, me gustan los crímenes».

Luego, uno de los hombres de honor le cogió de un dedo y le pinchó con un alfiler; Brusca untó con la sangre la imagen del santo, que luego sostuvo con las manos en forma de cuenco mientras el propio Riina le prendía fuego. El padrino pronunció estas palabras: «Si traicionas a la Cosa Nostra, tu carne se quemará como este santo»[10], mientras cubría la llama con sus propias manos para evitar que el iniciado dejara caer la estampa.

Entre los estatutos de la organización que Riina le expuso a Brusca aquel día se hallaba el hoy célebre relacionado con la presentación. No se permitía a nadie presentarse como mafioso, ni siquiera ante otro hombre de honor. En lugar de ello, había de ser un tercero, que también hubiera sido iniciado, quien debía presentarlos a ambos utilizando una fórmula parecida a «Es un amigo nuestro» o «Los dos sois lo mismo que yo». Esa fue incluso la frase pronunciada por Riina cuando, una vez que el padre de Brusca fue readmitido en la habitación para las oportunas felicitaciones, «presentó» a padre e hijo como hombres de honor.

Las reglas sobre las presentaciones tal como le fueron explicadas a Brusca revelan algunas interesantes diferencias con respecto a la versión original contenida en el informe del jefe de la policía en 1875. Un siglo antes de que Brusca fuera iniciado, los mafiosos utilizaban un sistema de reconocimiento mutuo mucho más elaborado, un diálogo codificado que empezaba con una conversación sobre un «dolor de muelas»:

A: ¡Por la sangre de Cristo! ¡Cómo me duele esta muela! *(señalándose uno de los caninos superiores).*

B: A mí también.

A: ¿Desde cuándo te duele?

B: Desde el día de Nuestra Señora de la Anunciación.

A: ¿Dónde estabas?

B: En Passo di Rigano.

A: ¿Y quién estaba allí?

B: Buena gente.

A: ¿Quiénes eran?

B: Antonino Giammona, número uno; Alfonso Spatola, número dos, *etc.*

A: ¿Y cómo hicieron la mala obra?

B: Lo echaron a suertes, y ganó Alfonso Spatola. Cogió un santo, lo tiñó con mi sangre, me lo puso en la palma de la mano y lo quemó. Luego echó al aire las cenizas.

A: ¿A quiénes te dijeron que adoraras?

B: Al sol y la luna.

A: ¿Y quién es tu dios?

B: Un «Aire».

A: ¿A qué reino perteneces?

B: Al dedo índice[11].

Passo di Rigano, aquí mencionado, es otra aldea de las afueras de Palermo. Las referencias «al sol y la luna», al «Aire» y al «dedo índice» son claramente referencias a la «familia» de la Mafia en la que había iniciado el mafioso B.

Esta original ceremonia de reconocimiento resulta más engorrosa y menos fiable que la versión contemporánea explicada a Giovanni Brusca (uno se pregunta, por ejemplo, cómo los dos gángsteres saben cuál de ellos se supone que debe tomar la iniciativa). Sea como fuere, por primera vez este extraño diálogo confirma algo muy sencillo y muy importante sobre los primeros tiempos de la Mafia: se trataba una organización tan extensa que sus miembros no siempre se conocían. *Mafia* era algo más que un término para designar a un conjunto de bandas locales aisladas o una red de criminales enfrentados entre sí.

Más que ningún otro aspecto de la Mafia, el ritual de iniciación refuerza los mitos generalizados sobre la supuesta antigüedad de la organización. En realidad es tan moderno como todo lo que tiene que ver con la Mafia, y es casi seguro que originariamente se tomó prestado de los masones. Las sociedades secretas masónicas, importadas a Sicilia desde Francia a través de Nápoles en torno a la década de 1820, se hicieron rápidamente muy populares entre los ambiciosos adversarios de clase media del régimen borbónico. Obviamente, dichas sociedades tenían rituales de iniciación, y algunas de sus salas de reunión estaban decoradas con dagas ensangrentadas a modo de advertencia a los posibles traidores. Una secta masónica conocida como los «carbonarios» (término derivado del italiano *carbonari*, «carboneros») aspiraba a la revolución patriótica. En Sicilia tales grupos se convirtieron a veces en facciones políticas e incluso en bandas criminales; un informe oficial de 1830 habla de un círculo carbonario dedicado a monopolizar los contratos del gobierno local.

Convertirse en una singular organización secreta que utilizaba esa clase de ritos masónicos ofrecía numerosas ventajas a la Mafia. Crear una siniestra ceremonia, y una constitución cuyo primer artículo establecía el castigo a los traidores, ayudaba a crear un clima de confianza, ya que constituía una delicada manera de fijar el precio de la traición entre unos criminales que normalmente no dudarían ni un momento en traicionarse mutuamente. De ese modo, los elevados riesgos implicados en las actividades de extorsión se verían reducidos para todo aquel que se uniera a la organización. Es probable que el ritual resultara especialmente eficaz a la hora de mantener a raya a los miembros más jóvenes y agresivos. La sociedad secreta también ofrecía un sistema de garantías mutuas frente a las bandas vecinas que permitía a cada *cosca* operar con relativa tranquilidad en su propio territorio. Había asimismo grandes ventajas frente a los criminales externos a la organización, que habían de contar con la aprobación de la Mafia para poder actuar o enfrentarse a su oposición unitaria. Muchas actividades ilegales, como el robo y el contrabando de ganado, comportaban la necesidad no solo de atravesar territorios controlados por otras bandas, sino también de encontrar socios comerciales fiables a lo largo de toda la ruta. Ser miembro de la organización ofrecía las garantías requeridas por todas las partes implicadas en dichas actividades.

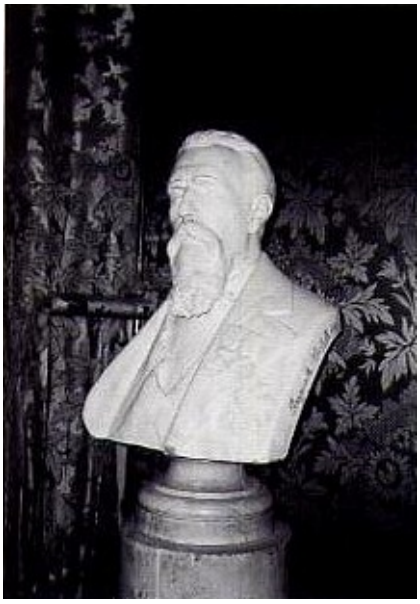
En 1875, cuando el ministro del Interior italiano supo del encuentro del doctor Galati con la *cosca* de Uditore, la historia de la génesis de la Mafia casi se había completado. Sin embargo todavía falta por explicar de dónde venía la Mafia. Queda aún mucho por descubrir sobre el «taciturno, orgulloso y cauto» Antonino Giammona, y ello requiere retroceder algo más en la década anterior a la historia del Fondo Riella.

EL BARÓN TURRISI COLONNA Y LA «SECTA»

A principios del verano de 1863 —tres años después de la expedición de Garibaldi—, un noble siciliano, que poco después escribiría el primer estudio sobre la Mafia, fue objeto de un intento de asesinato muy bien planeado. Nicolò Turrisi Coloniza, barón de Buonvicino, regresaba una tarde a Palermo de visitar una de sus fincas. La carretera por la que viajaba, flanqueada de limoneros, discurría por los prósperos campos situados justo al lado de las murallas de la ciudad. En un punto situado entre las aldeas de Noce y Olivuzza, cinco hombres, disparando en la cuneta desde distintas posiciones, derribaron a tiros a los caballos del carruaje antes de apuntar a su ocupante. Turrisi Colonna y su cochero se apresuraron a sacar sus revólveres y devolver los disparos, al tiempo que corrían a ponerse a cubierto. El ruido atrajo a uno de los propios vigilantes de Turrisi Colonna. Tras escucharse el bramido de su escopeta, entre el follaje de la cuneta surgió un grito de dolor. Los aspirantes a asesinos desistieron y se llevaron a rastras a su compañero herido.

Un año después de ser atacado, Turrisi Colonna escribió un estudio titulado *Pubblica Sicurezza in Sicilia nel 1864.* Aquel fue el primero de los numerosos libros publicados tras la unificación italiana que hicieron de la Mafia siciliana objeto de análisis, controversia y confusión. Con la ventaja de la visión retrospectiva aportada por el trabajo del juez Falcone, hoy los historiadores saben muy bien a quiénes deben creer de entre todos los que participaron en aquellos primeros debates sobre la Mafia. Y precisamente Turrisi Colonna proporciona una versión creíble y especialmente bien documentada.

Parte de la razón por la que Turrisi Colonna resulta ser tan buen testimonio se deriva de su estatus social y del importante papel que desempeñó en los dramas de principios de la década de 1860. Tenía un historial impecable como patriota italiano. En 1860, y gracias a sus esfuerzos como líder de la nueva Guardia Nacional de Palermo, Turrisi Colonna contribuyó a que la revolución no desembocara en la anarquía. Cuando escribió su librito sobre la delincuencia, en 1864, era ya miembro del Parlamento italiano. Mucho después, en la década de 1880, Turrisi Colonna sería alcalde de Palermo en dos ocasiones. Todavía hoy se honra su memoria con un busto de mármol en la sala de juntas del Palazzo delle Aquile, la sede del ayuntamiento de Palermo. Sus severos rasgos aparecen adornados con una de aquellas barbas —parece resueltamente pegada bajo la nariz— que para sus contemporáneos definían a un hombre como «augusto» y «estadista» aún más claramente que las medallas que ostentaba su pecho.



Nicolò Turrisi Colonna, barón de Buonvicino y enigmático experto en la «secta». Su busto se alza en el Palazzo delle Aquile, sede del ayuntamiento de Palermo. *[John Dickie.]*

Turrisi Colonna mostraba una ecuanimidad equiparable a su estatus. Cuando escribió su opúsculo, en 1864, la cuestión de la ley y el orden constituía un candente tema de actualidad política en Italia. El gobierno sostenía que la oposición conspiraba contra el nuevo Estado italiano y estaba empeñada en provocar desórdenes para favorecer sus objetivos. Los políticos de la oposición afirmaban que el gobierno estaba exagerando la crisis de la ley y el orden en un intento de colgarles la etiqueta de criminales. Turrisi Colonna adoptó una postura mesurada que seguramente no debió de agradar a ninguno de los dos bandos; señaló que los criminales organizados constituían una poderosa fuerza en Sicilia, y lo habían sido durante muchos años, pero también argumentaba que las duras medidas del nuevo gobierno no habían hecho sino empeorar la situación.

El estudio de Turrisi Colonna se basaba en una sombría observación: los periódicos estaban llenos de noticias de extorsiones, robos y asesinatos —explicaba —, pero solo se informaba de una parte de los delitos cometidos en los alrededores de Palermo debido a que el problema iba mucho más allá de la delincuencia ordinaria:

> No debemos seguir engañándonos. En Sicilia existe una secta de ladrones cuyos vínculos se extienden por toda la isla… La secta protege a todos los que tienen que vivir en el campo, como los granjeros arrendatarios y los pastores, y es protegida por estos. Da protección a los comerciantes a la vez que obtiene su ayuda. La policía causa poco o ningún temor a la secta, puesto que esta confía en que no tendrá problema alguno en escabullirse de cualquier persecución policial. Tampoco los tribunales causan temor a la secta; esta se jacta del hecho de que raramente se producen evidencias que permitan su procesamiento gracias a la presión que ejerce sobre los testigos[12].

Aquella secta —suponía Turrisi Colonna— tenía unos veinte años de antigüedad. En cada zona reclutaba a sus afiliados de entre los campesinos más listos, los vigilantes que custodiaban las fincas de los alrededores de Palermo, y las legiones de contrabandistas que entraban cereales y otros artículos fuertemente gravados a través de los puestos aduaneros de cuyos ingresos dependía la ciudad. Los miembros de la secta tenían señales especiales que utilizaban para reconocerse cuando transportaban ganado robado por el campo hasta diversos mataderos de la ciudad. Algunos de dichos miembros se especializaban en robar ganado; otros, en transportar a los animales y quitarles las marcas de identificación, y otros, en organizar mataderos ilegales. En algunos lugares la secta estaba tan bien organizada, recibiendo incluso protección política de diversas facciones de mala reputación que dominaban el gobierno local, que podía aterrorizar a cualquier ciudadano. Incluso algunos hombres honestos se veían en la necesidad de acudir a la secta con la esperanza de que esta aportara al campo algo parecido a la seguridad.

Favorecida por su odio a la brutal y corrupta policía borbónica, la secta había ofrecido sus servicios a los revolucionarios de 1848 y 1860. Como muchos hombres violentos, los miembros de la secta tenían interés en la revolución porque esta ofrecía la posibilidad de abrir las cárceles, quemar los archivos policiales y matar a policías y soplones aprovechando la confusión. La secta confiaba en que un gobierno revolucionario garantizaría una amnistía a las personas «perseguidas» por el antiguo régimen, formaría nuevas milicias que necesitarían reclutas curtidos y daría trabajo a los héroes de la lucha para derrocar el antiguo orden. Pero la revolución de 1860 había traído muy pocas de esas ventajas, y la respuesta indiscriminadamente severa del nuevo gobierno italiano a la oleada de crímenes que sobrevino no hizo sino aumentar el deseo de la secta de causar problemas.

No sería hasta cuatro meses después de la publicación del informe de Turrisi Colonna cuando la secta adquiriría su nombre actual, al escribirse por primera vez la palabra *mafia.* Y dado lo que actualmente sabemos de la Mafia, la descripción de la secta por Turrisi Colonna resulta sorprendentemente familiar. Menciona, por ejemplo, el mismo tipo de parodia de tribunal que se puede encontrar en muchas descripciones posteriores de los asuntos de la Mafia; los miembros de la secta se reúnen para decidir el destino de alguno de sus miembros que ha roto las reglas, con el resultado final de una condena a muerte. Turrisi Colonna pasa luego a describir el código de silencio y lealtad de la secta en términos que concuerdan extrañamente con los actuales conocimientos:

> En sus reglas, esta malévola secta ve en cualquier ciudadano que se acerque a un carabinero y hable con él, o siquiera cruce una palabra o un saludo con él, un villano al que hay que castigar con la muerte. Ese hombre es culpable de un horrendo crimen contra la «humildad».

> La «humildad» implica respeto y devoción hacia la secta. Nadie debe cometer ningún acto que pueda perjudicar directa o indirectamente a los intereses de los miembros. Nadie debe proporcionar a la policía o a los juzgados datos que ayuden a descubrir absolutamente ningún crimen[13].

El de *humildad —umiltà* en italiano o *umirtà* en siciliano— es un término que llama de inmediato la atención. En la actualidad se considera que es el origen más probable de la palabra *omertà,* que define el código de silencio de la Mafia y la obligación de no hablar con la policía que aquella impone a todos los que se hallan bajo su esfera de influencia. Obviamente la *omertà* constituía en sus inicios un código de sumisión.

Turrisi Colonna aconsejaba al gobierno que no respondiera a la secta «con el patíbulo y la tortura». En lugar de ello, ofrecía algunas reformas muy bien pensadas que confiaba en que cambiarían el modo de actuar de las gentes de Sicilia, proporcionándoles «un segundo bautismo, un bautismo civil». El equilibrio, astucia y honestidad que demostraba Turrisi Colonna en esta descripción de la secta era equiparable a su caballerosa reserva. Era demasiado modesto incluso para mencionar el intento de asesinato que él mismo había sufrido el año anterior; al fin y al cabo, aquel había sido solo uno más de los numerosos episodios violentos producidos en la campiña que circundaba Palermo en los difíciles años que siguieron a la expedición de Garibaldi. La discreción de Turrisi Colonna se traduce en que no sepamos quién le tendió la emboscada y por qué, o qué fue de los atacantes, aunque actualmente hay sobradas razones para sospechar que posiblemente no vivieron mucho tiempo.

* * *

Doce años después, el 1 de marzo de 1876, Leopoldo Franchetti y Sidney Sonnino, dos acaudalados y brillantes jóvenes intelectuales judíos de la Toscana, llegaron a Palermo con un amigo y su criado para llevar a cabo una investigación privada sobre el estado de la sociedad siciliana. Por aquel entonces —el año anterior había sido el del memorándum del doctor Galati—, el término *mafia* llevaba ya una década en boca de todo el mundo, pero había todavía una gran confusión con respecto a lo que significaba, si es que de hecho significaba algo en absoluto. (Existía incluso cierta incertidumbre a la hora de escribirlo; en el siglo XIX, *mafia* aparecía a veces escrita con una sola «f» y otras con dos, sin que hubiera ninguna diferencia de contenido). Franchetti y Sonnino no albergaban dudas de que la Mafia constituía una peligrosa forma de criminalidad, y pretendían disipar la imprecisión de las distintas opiniones que la rodeaban.

El día después de su llegada a Sicilia, Sonnino escribió a un amigo pidiéndole que le preparara cartas de presentación para Nicolò Turrisi Colonna, barón de Buonvicino y experto en la secta:

> Aquí dicen que está vinculado a la Mafia. Pero eso no nos importa. Queremos oír lo que tenga que decir… Ten cuidado de no contarle *a nadie* lo que te he dicho sobre el barón Turrisi Colonna y sus supuestos vínculos con la Mafia. Algunos amigos suyos podrían escribirle contándoselo, lo cual nos haría un flaco favor[14].

Hay un montón de evidencias que sugieren que Turrisi Colonna, autor del análisis de la secta, era en realidad un estratégico protector político del mafioso más importante e implacable de Palermo. Los rumores sobre sus relaciones con la Mafia estaban en boca de todos; incluso los miembros de su propio grupo político expresaban sus inquietudes sobre él en Roma.

En 1860 Turrisi Colonna había nombrado capitán de su unidad de la Guardia Nacional a un destacado miembro de la secta. Elegido por su autoridad y su experiencia militar, anteriormente había dirigido una de las bandas revolucionarias que descendieron sobre Palermo de la campiña circundante al estallar la revolución patriótica. El hombre en cuestión era un astuto matón llamado Antonino Giammona, el mismo Antonino Giammona que posteriormente orquestaría la campaña para arrebatar el Fondo Riella de manos del doctor Galati. Turrisi Colonna fue asimismo uno de los terratenientes que respaldaron a Giammona cuando el Ministerio del Interior investigó las acusaciones de Galati, y fueron también los abogados de Turrisi Colonna los que prepararon la argumentación de la defensa de Giammona. Según el informe del jefe de la policía de 1875, los rituales de iniciación de la Mafia tenían lugar precisamente en una de las fincas del barón.

En tres entrevistas distintas con Franchetti y Sonnino, realizadas en 1876, Turrisi Colonna se mostró tan lúcido como siempre en materia económica. Además de su interés por la secta, era un granjero y agrónomo de ideas avanzadas, con una larga lista de publicaciones académicas sobre la industria de los cítricos en su haber. Pero al tratar de cuestiones criminales se mostró extrañamente evasivo. Dos años antes, cuatro de sus hombres habían sido detenidos en su finca de Cefalù. Ante Franchetti y Sonnino defendió su inocencia, como había hecho también en el momento de la detención. Los terratenientes como él —se quejaba— no eran sino las víctimas; allí fuera, en sus fincas rurales, se veían obligados a pactar con los bandidos, ya que, de lo contrario, no podían proteger sus valiosos cultivos y árboles. No hizo mención alguna de ninguna secta.

Cuando más tarde Franchetti y Sonnino entrevistaron al jefe de la policía de Palermo, le encontraron bastante pesimista respecto a la posibilidad de procesar a los hombres de Turrisi Colonna, ya que el barón tenía las conexiones políticas necesarias para socavar el juicio. Otros entrevistados cambiaron rápidamente de tema cuando se les pidió su opinión sobre el barón.

Turrisi Colonna encarna los enigmas de los años violentos que vieron aparecer a la Mafia. Probablemente su opúsculo sobre la secta de 1864 se basaba en fuentes

internas; quizá incluso en lo que le contó el propio Antonino Giammona. Cuando lo escribió, es posible asimismo que confiara genuinamente en que la unificación con Italia pudiera normalizar Sicilia. Puede que fuera víctima de intimidación por parte de la Mafia, y que deseara un nuevo Estado fuerte y eficaz que ayudara a los terratenientes como él a poner a los mafiosos en su sitio. Quizá consideraba que había de colaborar de mala gana con hombres como Giammona a corto plazo, mientras aguardaba a que el gobierno italiano extirpara la violencia de la sociedad siciliana. Si era así, se trataba de esperanzas perdidas mucho antes de que fuera entrevistado por Franchetti y Sonnino en 1876.

Una interpretación menos generosa es la de que Turrisi Colonna jamás fue una víctima. Puede que su relación con Giammona se basara más en la deferencia que en la intimidación. Tal vez Turrisi Colonna fue simplemente el primero de los numerosos políticos italianos cuyas declaraciones sobre la Mafia no se corresponderían con sus actos. Pese a toda la sofisticación de su estructura y el insidioso control de su código de honor, la Mafia siciliana no sería nada sin sus vínculos con políticos como Turrisi Colonna. En última instancia, tendría poco sentido que la organización corrompiera a policías y jueces si los dignatarios ante los que esos funcionarios responden siguieran resueltos a sostener el Estado de derecho de manera imparcial. Y en el libro de contabilidad de la Mafia, un político amigo resulta más valioso cuanto más creíble sea. Si dicha credibilidad tiene que construirse a base de retumbantes discursos contra el crimen, o con eruditos diagnósticos sobre el estado de la ley y el orden en Sicilia, que así sea.

La Mafia trata con los políticos en una moneda que raramente se refleja en las actas parlamentarias y en los libros de leyes. Antes bien se estampa en el oro sólido de los pequeños favores: filtraciones de noticias sobre contratos públicos o sobre ventas de terrenos, investigadores con exceso de celo obligados a proseguir su carrera fuera de la isla, puestos de trabajo para los amigos en la administración local, *etc.* Así, de cara al público puede que Turrisi Colonna tuviera un interés científico e imparcial en la secta, observándola desde las alturas de su prestigio intelectual y social. Pero en privado, lejos del ámbito del debate abierto, la estrecha relación con hombres como Antonino Giammona constituía un elemento fundamental para sus intereses comerciales y su respaldo político.

Sea lo que fuere lo que hubiera entre el capo mafioso Giammona y el político, intelectual y terrateniente Turrisi Colonna, la revuelta que tuvo lugar en Palermo dos años después de la publicación del opúsculo del barón probablemente marcó una importante etapa en su relación. En septiembre de 1866, diversas bandas armadas procedentes de las aldeas circundantes marcharon de nuevo sobre la ciudad. La Guardia Nacional de Turrisi Colonna, capitaneada por Antonino Giammona, se enfrentó a la revuelta. Aunque Giammona, al igual que muchos otros hombres violentos, había coqueteado con la revolución en el pasado, ahora era consciente de que el Estado italiano era un organismo con el que podía hacer negocio. Diversos

miembros clave de la secta, como Giammona, estaban empezando a dejar atrás su pasado revolucionario, y al hacerlo, la secta se incorporaba al torrente sanguíneo de la nueva Italia. Al igual que otros destacados defensores del orden, Turrisi Colonna fue entrevistado durante una investigación del gobierno sobre los disturbios de 1866, y no tuvo ninguna duda en utilizar el nuevo término *mafia* para referirse a algunos de los alborotadores que habían provocado la revuelta: «Los juicios no se pueden concluir porque los testigos no son sinceros. Solo empezarán a decir la verdad cuando termine la pesadilla de la Mafia»[15]. Era evidente que Turrisi Colonna había decidido que *mafia* aludía únicamente a criminales que él no conocía personalmente.

La cuestión que sigue abierta es la de cómo se inició esa «pesadilla de la Mafia». En 1877 los dos hombres que entrevistaron a Turrisi Colonna publicaron los resultados de su propia investigación sobre Sicilia en un sustancial informe en dos partes. En la primera parte, Sidney Sonnino, un personaje profundamente melancólico que más adelante llegaría a ser primer ministro de Italia, analizaba las vidas de los campesinos sin tierra de la isla. La parte del informe correspondiente a Leopoldo Franchetti lleva el anodino título de «Condiciones políticas y administrativas de Sicilia». Sin embargo tiene una calidad excepcional. Se trata de un análisis de la Mafia del siglo XIX que en el XXI sigue considerándose una obra de referencia sobre la materia. A la larga, Franchetti influiría en el pensamiento sobre la Mafia más que ninguna otra persona hasta la época del juez Giovanni Falcone, más de cien años después. «Condiciones políticas y administrativas de Sicilia» constituye la primera explicación convincente acerca de cómo la Mafia empezó a existir.

LA INDUSTRIA DE LA VIOLENCIA

La investigación realizada por Leopoldo Franchetti y Sidney Sonnino tenía cierto sabor inglés. Ambos hombres eran grandes admiradores del liberalismo británico, y el segundo de ellos, cuyo nombre completo era Giorgio Sidney Sonnino, debía su segundo nombre a su madre inglesa. Cuando viajaron a Sicilia, entraron en una tierra en la que la inmensa mayoría de la población hablaba un dialecto que no entendían. En el medio universitario y elegante que Sonnino y Franchetti dejaban atrás, la isla seguía siendo un lugar misterioso conocido sobre todo por antiguos mitos griegos y siniestras noticias de prensa. En consecuencia, habían previsto las considerables tensiones y peligros de su viaje con la determinación propia de los exploradores que parten hacia tierras desconocidas. Entre el equipo que llevaron consigo en su viaje, en la primavera de 1876, había rifles de repetición y pistolas de gran calibre, y además cada uno de ellos llevaba cuatro cuencos de cobre. El plan era llenar los cuencos de agua y sumergir en ellos las patas de sus catres de campaña con el fin de mantener alejados a los insectos. Dado que en el interior de la isla las carreteras eran escasas o inexistentes, los dos investigadores solían viajar a caballo, eligiendo su ruta y a sus guías en el último momento para evitar ataques de bandoleros.

Franchetti en particular estaba lejos de ser un ingenuo cuando viajó a Sicilia; dos años antes había recorrido ya grandes áreas del sur de Italia en una expedición similar. Pero lo que encontró en la isla le hizo sentirse abrumado por «un profundo afecto» hacia su rifle, que llevaba atravesado en la silla de montar. «La pesadilla de una misteriosa fuerza maligna oprime esta desnuda y monótona tierra», escribiría más tarde. Solo en fecha reciente se han publicado las notas que Franchetti tomó durante el viaje; dos de las numerosas historias que emanan de dichas notas pueden servir para explicar la conmoción que le supuso su encuentro con Sicilia.

Franchetti explica que el 24 de marzo de 1876 él y Sonnino entraron en la ciudad de Caltanissetta, en la zona central de la isla. Dos días antes un sacerdote había sido asesinado a tiros en la cercana aldea de Barrafranca, un reducto mafioso, según las autoridades que les informaron de lo ocurrido. A sesenta metros del lugar donde el sacerdote yacía moribundo se encontraba un testigo, un inspector del gobierno procedente de la ciudad septentrional de Turín, recién llegado a Sicilia, y cuya tarea consistía en supervisar la recaudación del impuesto sobre la harina molida. El honesto funcionario corrió junto al sacerdote y llegó justo a tiempo de escuchar sus últimas palabras, acusando a su propio primo de ser el asesino.

Profundamente conmocionado, el inspector fiscal saltó sobre su caballo y salió disparado a avisar a los carabineros. Luego fue a dar la noticia a la familia de la víctima. No queriendo aumentar su dolor contándoles de golpe lo que sabía, les pidió que le acompañaran junto al sacerdote, que necesitaba su ayuda. Por el camino les dio la noticia con mucho tacto. Agradeciéndole su delicadeza, los familiares le dijeron que aquel asesinato era la culminación de una rencilla que duraba ya doce años entre

el cura y su primo. El propio sacerdote era un hombre rico, con una temible fama de violento corrupto.

Veinticuatro horas después, la policía local arrestó al inspector fiscal, le metió en una celda y le acusó del crimen. Entre los testigos que le señalaban se encontraba el primo del cura. Pero el pueblo de Barrafranca, incluyendo a la familia del sacerdote asesinado, guardaba silencio. Felizmente para el inspector fiscal, las autoridades públicas de Caltanissetta se enteraron del asunto; cuando finalmente fue liberado, el verdadero asesino se apresuró a desaparecer.

Una semana después de enterarse de este episodio, Franchetti y Sonnino llegaron a Agrigento, una ciudad de la costa meridional de Sicilia famosa por sus antiguos templos griegos. El libro de notas de Franchetti cuenta otra historia que conoció allí, la de una mujer que había cobrado quinientas liras de la policía a cambio de información sobre dos criminales; estos estaban conchabados con un jefe local, un hombre que tenía una considerable participación en contratos públicos de construcción de carreteras. Poco después de que la mujer aceptara el dinero, su hijo regresaba a la aldea después de haber pasado diez años en la cárcel. Llevaba una carta de la Mafia local en la que se le explicaba lo que había hecho su madre. Cuando se enfrentó a ella y le pidió dinero para comprarse ropa nueva, la evasiva respuesta desencadenó una furiosa bronca que provocó que el hombre se fuera hecho una furia. Poco después volvió acompañado de su primo, y entre los dos le dieron diez puñaladas a la madre, seis el hijo y cuatro su primo. Luego arrojaron su cuerpo a la calle por la ventana antes de entregarse.

En su recorrido por Sicilia, Franchetti y Sonnino también se encontraron con la aparentemente irremediable confusión que había creado el término *mafia* durante los diez años transcurridos desde que se escuchara por primera vez. Todas las personas a las que los viajeros entrevistaron durante los dos meses que estuvieron en Sicilia parecían entender de manera distinta la nueva palabra de modo que todo el mundo parecía acusar a otro de ser un mafioso. En algunos lugares también las autoridades se mostraban confusas. Como dijo sin convicción un teniente de carabineros: «La Mafia es algo extremadamente difícil de definir; tendrían que vivir en Sambuca para hacerse una idea».



Sidney Sonnino *(sentado)*, Leopoldo Franchetti *(a la derecha)* y su compañero de viaje Enca Cavalieri en vísperas de iniciar su expedición a Sicilia, en 1876. *[Reproducida con la amable autorización del barón Alessandro de Renzis Sonnino.]*

Cuando posteriormente publicó sus hallazgos, Franchetti explicó lo perplejo que se había sentido al descubrir que la situación era más preocupante no en el desarbolado y amarillo interior de la isla, donde la mayoría de la gente habría esperado encontrar atraso y delincuencia, sino en los campos de cítricos de los alrededores de Palermo. Aparentemente, aquel era el centro de una próspera industria de la que los habitantes locales se sentían muy orgullosos: «Se contempla cada árbol como si fuera un raro espécimen de planta». Esas percepciones iniciales —escribía Franchetti— pronto se verían modificadas por las espeluznantes historias de asesinato e intimidación de la zona: «Después de cierto número de esas historias, la fragancia de la flor del naranjo y el limonero empieza a oler a cadáver». La presencia de una violencia endémica en un entorno tan moderno contradecía una de las creencias más apreciadas de los gobernantes de Italia: que el progreso económico, político y social iban siempre de la mano. Franchetti empezó a preguntarse si los principios de justicia y libertad que tanto valoraba «podían no ser nada más que discursos planeados para disfrazar males que Italia no puede curar; una capa de lustre para dar brillo a los muertos»**[16]**.

Era un espectáculo confuso y desolador. Pero Leopoldo Franchetti era intelectualmente tenaz además de valiente; creía de forma apasionada en una implicación práctica en los problemas de la nación. Una especie de vergüenza patriótica bullía en su interior ante la idea de que los extranjeros parecieran conocer Sicilia mucho mejor que los italianos. Cubriendo pacientemente todo el territorio y estudiando su historia, Franchetti superó sus dudas y su confusión, y elaboró una descripción de los negocios de la Mafia que resulta extremadamente sistemática. Sicilia no era caótica; bien al contrario, tras sus problemas con la ley y el orden

subyacía una racionalidad bien moderna. La isla —argumentaba Franchetti— se había convertido en la sede de «la industria de la violencia».

⁎ ⁎ ⁎

La descripción de Franchetti de la génesis de la Mafia se inicia en 1812, cuando los ingleses, que ocuparon Sicilia durante las guerras napoleónicas, iniciaron el proceso de abolición del feudalismo en la isla. El sistema feudal se basaba en una forma de propiedad conjunta de la tierra: el rey daba tierras en fideicomiso a un noble y sus descendientes; a cambio, el noble ponía su ejército privado al servicio del rey cuando surgía la necesidad. Dentro del territorio del noble, denominado feudo, su palabra era la ley.

Hasta la abolición del feudalismo, la historia de Sicilia vino configurada por las luchas entre una larga serie de monarcas extranjeros y los señores feudales. Los monarcas trataban de dotar de más poder al centro; los señores feudales se resistían contra la injerencia de la monarquía en la gestión de sus propiedades. En este tira y afloja, quienes normalmente tenían ventaja eran los nobles, sobre todo porque la montañosa geografía de Sicilia y su pésima infraestructura de transportes y comunicaciones hacía imposible que el gobierno central hiciera su labor sin dejar que los señores feudales se salieran con la suya.

Los privilegios señoriales eran muy diversos y duraderos. Así, por ejemplo, una costumbre que dictaba que los vasallos debían saludar a su señor feudal con un beso en la mano solo sería abolida oficialmente por Garibaldi en 1860. El título de «don», originariamente atribuido a los nobles españoles que habían gobernado Sicilia, se seguiría aplicando a cualquier hombre de elevada posición social durante muchos años (se trata de costumbres generalizadas en Sicilia, y no solo de hábitos propios de la Mafia).

De manera inmediata, la abolición del feudalismo no hizo sino cambiar las reglas del tira y afloja entre el centro y las provincias (el poder de los terratenientes tardaría mucho en desaparecer; así, la última de las grandes propiedades no se desintegraría hasta la década de 1950). A pesar de ello, de alguna manera cuando terminó el feudalismo se pusieron en marcha también las fuerzas del cambio al establecerse los requisitos legales previos para la creación de un mercado de la propiedad. En pocas palabras, ahora podían comprarse y venderse trozos de las antiguas fincas. La tierra que se compra en lugar de heredarse tiene la peculiaridad de que requiere que se pague un precio por ella; se trata de una inversión a la que hay que dar un uso rentable. De este modo, el capitalismo había llegado a Sicilia.

El capitalismo se basa en la inversión, y la anarquía pone la inversión en peligro. Nadie quiere comprar maquinaria nueva o más tierra para plantar cultivos comerciales allí donde existe un fuerte riesgo de que las máquinas o las cosechas sean robadas o sean objeto de actos vandálicos por parte de los competidores. Al suplantar al feudalismo, se suponía que el Estado moderno ostentaba el monopolio de la

violencia, así como del poder para hacer la guerra y castigar a los criminales. Cuando el Estado moderno monopoliza la violencia de ese modo, contribuye a crear las condiciones en las que puede florecer el comercio. Es solo cuestión de tiempo que las ruinosas e indisciplinadas milicias privadas de los señores desaparezcan.

Franchetti sostenía que la clave del desarrollo de la Mafia en Sicilia era que el Estado había fracasado estrepitosamente a la hora de poner en práctica ese ideal. Era un Estado poco fiable, ya que a partir de 1812 no había logrado establecer su monopolio del uso de la violencia. El poder fáctico de los señores era tal que podía llegar a presionarse a los tribunales y policías del Estado central para que hicieran lo que el señor local deseaba. Y lo que era aún peor, ya no solo eran los señores quienes se creían con derecho a utilizar la fuerza. En palabras de Franchetti, la violencia se había «democratizado». Al declinar el feudalismo, todo un abanico de hombres de distinta ralea aprovecharon la oportunidad para abrirse camino a tiros y puñaladas a través de la economía en desarrollo. Algunos de los matones privados de los señores feudales actuaban ahora en su propio interés, deambulando por el campo en forma de bandas de contrabandistas que contaban con la protección de los terratenientes ya fuera por temor o por complicidad. Los formidables administradores llamados *gabelloti*, que a menudo tenían alquilados ellos mismos parte de las fincas de los terratenientes, también eran aficionados a utilizar la violencia para defender sus intereses. En la ciudad de Palermo, las sociedades de artesanos exigían el derecho a llevar armas para poder vigilar las calles (y de paso forzar los precios al alza o realizar actividades de extorsión).

Cuando se establecieron las modernas instituciones de gobierno local en las ciudades de las distintas provincias sicilianas, una serie de grupos que representaban en parte bandas criminales armadas, en parte empresas comerciales, y en parte camarillas políticas, se apresuraron a organizarse para sacar tajada. Los funcionarios se quejaban de que lo que ellos calificaban de «sectas» o «partidas» —a veces se trataba meramente de una familia extensa equipada con armas de fuego— estaban haciendo que muchas zonas de Sicilia resultaran ingobernables.

El Estado también estableció sus tribunales, pero pronto se encontró con que estos se hallaban sometidos al control de cualquiera que se mostrara lo suficientemente duro y bien organizado para imponer su voluntad. Incluso la policía se volvió corrupta. En lugar de informar de los robos a las autoridades, a menudo mediaban o imponían acuerdos entre las víctimas y los autores del delito. Así, por ejemplo, en lugar de tener que hacer pasar el ganado robado por una larga cadena de intermediarios hasta los mataderos, los cuatreros podían limitarse sencillamente a pedirle al capitán de la policía local que mediara. Este podía arreglar que los animales robados le fueran devueltos a su propietario original a cambio de una suma de dinero que iba a parar a manos de los ladrones. Naturalmente el capitán se quedaba con un porcentaje de lo acordado.

En una infernal parodia de la economía capitalista, la ley se parcelaba y privatizaba exactamente igual que la tierra. Franchetti consideraba que Sicilia era víctima de una forma ilegítima de competencia capitalista. Era un mercado violento en el que solo existía una frontera teórica entre la economía, la política y el crimen. En esa situación, las personas que aspiraban a regentar un negocio no podían confiar en que la ley les protegiera a ellos, ni a sus familias, ni sus intereses económicos. La violencia constituía un activo esencial de cualquier empresa; la capacidad de utilizar la fuerza era tan importante como la de tener capital que invertir. De hecho, Franchetti creía que en Sicilia la propia violencia se había convertido en una forma de capital.

Para Franchetti, los mafiosos eran empresarios de la violencia, especialistas que habían desarrollado lo que hoy se calificaría como el modelo de negocio más sofisticado del mercado. Bajo el liderazgo de sus capos, las bandas mafiosas «invertían» violencia en diversas esferas comerciales con el fin de obtener dinero de la extorsión y garantizarse sus propios monopolios. Era lo que Franchetti denominaba la «industria de la violencia». En sus propias palabras:

> [en la industria de la violencia] el capo mafioso… actúa como capitalista, empresario y administrador. Unifica la administración de los crímenes cometidos… regula la manera en que se divide el trabajo y las obligaciones, y controla la disciplina entre los trabajadores. (La disciplina resulta indispensable en esta como en cualquier otra industria si se espera obtener beneficios abundantes y constantes). La tarea del capo mafioso consiste en juzgar según las circunstancias si los actos de violencia deben suspenderse durante un tiempo, o bien multiplicarse y hacerse más feroces. Tiene que adaptarse a las condiciones del mercado para elegir qué operaciones llevar a cabo, a qué personas explotar y qué forma de violencia utilizar[17].

En Sicilia los hombres con ambiciones comerciales o políticas se veían enfrentados a dos alternativas: o bien armarse ellos mismos, o bien —lo que era más probable— comprar la protección de un especialista en violencia, es decir, un mafioso. Si Franchetti viviera hoy, quizá diría que las amenazas y el asesinato formaban parte del sector servicios de la economía siciliana.

Parece que Franchetti se veía a sí mismo como una especie de Charles Darwin de un ecosistema de delincuencia, y como tal nos proporciona una buena perspectiva de las leyes del rico hábitat delictivo siciliano. Pero al hacerlo, también logra que Sicilia parezca una absoluta anomalía. En realidad todo capitalismo tiene en sí algo de ilegítimo, especialmente en las primeras etapas. Incluso la sociedad británica que Franchetti tanto admiraba había tenido sus empresarios violentos. En Sussex, en la

década de 1740, por ejemplo, hubo bandas semimilitarizadas que obtuvieron enormes beneficios para sí mismas y para sus contactos con el contrabando de té. Provocaron una crisis en la ley y el orden al corromper a funcionarios de aduanas, enfrentarse directamente a las tropas y llevar a cabo atracos a mano armada como actividad complementaria. Un historiador ha definido la Inglaterra de la década de 1720 como algo parecido a una república bananera, con unos políticos que eran maestros en las artes del clientelismo, el nepotismo y el saqueo sistemático de las arcas públicas. El análisis de Franchetti también se ve limitado por el hecho de que él no creía que la Mafia fuera una sociedad secreta juramentada.

La publicación de *Inchiesta in Sicilia* fue acogida con una mezcla de hostilidad e indiferencia. Muchos sicilianos que reseñaron la obra le recriminaron al autor que se dejara llevar por ignorantes prejuicios. En parte, esta mala acogida fue culpa del propio Franchetti. Por un lado, sus propuestas para resolver el problema de la Mafia eran descabelladas y autoritarias: no había que permitir a los sicilianos intervenir en absoluto en el control policial de su isla. Franchetti creía incluso que las opiniones de los sicilianos estaban tan pervertidas que llegaban a darle un «valor moral» a la violencia y consideraban éticamente malo ser honesto. No parecía darse cuenta de que la gente muchas veces secundaba a los mafiosos sencillamente porque se la intimidaba y no sabía en quién confiar.

Así, aquella descripción pionera de la «industria de la violencia» no causó el impacto esperado en vida de Franchetti. Tras publicar sus investigaciones en Sicilia, este pasó a ocupar un escaño de diputado, pero su carrera política no lograría despegar. Al final le acabaría matando aquel mismo lúgubre patriotismo que le había impulsado a investigar a la Mafia en 1876 (incluso sus amigos creían que había algo sombrío y excesivo en el amor que sentía por su país). Durante la Primera Guerra Mundial, Franchetti se sintió atormentado por la idea de que en aquella hora de suprema necesidad para su patria no se le hubiera llamado a desempeñar algún alto cargo. En octubre de 1917, cuando llegó la noticia de la catastrófica derrota italiana en la batalla de Caporetto, se deprimió tanto que se pegó un tiro.

«LA LLAMADA MAFFIA»: CÓMO LA MAFIA TOMÓ SU NOMBRE

En el dialecto de Palermo, el adjetivo *mafioso* antaño significaba «hermoso», «atrevido», «seguro de sí mismo». Cualquiera que mereciera el calificativo de mafioso estaba dotado, pues, de algo especial, de un atributo denominado *mafia.* Un mafioso era alguien que gustaba y que se pavoneaba de ello.

El término *mafioso* empezó a tener connotaciones criminales a partir del enorme éxito de una obra de teatro escrita en dialecto siciliano, *I mafiusi di la Vicaria* («Los mafiosos de la [cárcel de] Vicaria»), representada por primera vez en 1863. Los *mafiusi* son una banda de reclusos cuyos hábitos, vistos retrospectivamente, resultan muy familiares. Tienen un jefe y un ritual de iniciación, y en la obra también se habla mucho de «respeto» y de «humildad». Los personajes utilizan el término *pizzu* para referirse a los pagos a cambio de protección, tal como hacen los mafiosos actuales (el término significa «pico» en siciliano). Al pagar el *pizzu,* se permite que alguien «moje el pico». Aunque esta acepción de *pizzu* inició su vida como argot carcelario, es casi seguro que se incorporó al habla normal gracias a la obra. Así, un diccionario siciliano de 1857 menciona únicamente la acepción de «pico», mientras que otro, de 1868, explica ya el significado alternativo de «dinero procedente de la extorsión».

El hecho de que la acción de *I mafiusi di la Vicaria* se desarrolle en la cárcel de Palermo también concuerda con lo que sabemos acerca de dicha cárcel, que no tardaría en ver confirmado su carácter de escuela de negocios, núcleo de pensamiento, laboratorio lingüístico y centro de comunicaciones del crimen organizado siciliano. Un observador de la época la denominaba «una especie de gobierno» de las bandas criminales.

I mafiusi di la Vicaria es en esencia una fábula sentimental sobre la redención de los criminales. Esta primera representación literaria de la Mafia es también la primera versión del mito de la Mafia buena, una Mafia honorable que protege a los débiles. El jefe de la banda impide que sus hombres se metan con los prisioneros indefensos, y se arrodilla para rezar y pedir perdón después de que haya sido asesinado un hombre que había hablado con la policía, al parecer por error. En un desenlace muy poco plausible, el capo deja la banda y se une a un grupo de autoayuda para trabajadores.

No se sabe casi nada de los dos autores de *I mafiusi,* aparte de que eran miembros de una troupe de actores itinerantes. La leyenda teatral siciliana dice que *I mafiusi* se inspiró en la información que les había facilitado el dueño de una taberna de Palermo implicado en el crimen organizado. Se supone que el personaje del jefe de la banda se basa en este gángster de la vida real. No hay manera alguna de confirmar esta historia, por lo tanto, *I mafiusi* está destinada a seguir siendo un enigmático documento histórico.

En la obra, el término *mafiosi* se utiliza una sola vez, precisamente en el título: *I mafiusi di la Vicaria* (probablemente se introdujo en el último momento para ayudar a

dotar a la pieza del sabor local que esperaba el público de Palermo); por su parte, el término *mafia* no aparece en absoluto. En cualquier caso, fue a raíz del gran éxito de *I mafiusi* cuando los términos *mafia* y *mafioso* empezaron a aplicarse a criminales que parecían actuar de manera similar a los personajes de la obra. Desde el escenario, la nueva acepción de dichos términos se filtró hasta la calle.

Pero no bastaba una obra de teatro para dar su nombre a la Mafia. No cabe duda de que el barón Turrisi Colonna conocía *I mafiusi* cuando escribió su informe a finales de 1864, ya que incluso el propio hijo y heredero del rey de Italia había viajado a Palermo para ver una representación de gala en la primavera de aquel mismo año. Sin embargo, Turrisi Colonna se refería solo a «la secta», y no hablaba de Mafia ni de mafiosos. Los criminales y matones que conocía no se calificaban a sí mismos de mafiosos ni se referían a su secta como «la Mafia».

De hecho, fue solo en el momento en que las autoridades italianas supieron de la existencia de la Mafia cuando el término se incorporó al uso general y se convirtió en parte significativa de la propia historia de la secta. Aunque fue *I mafiusi di la Vicaria* la que empezó a dar a la palabra *mafia* su acepción criminal en las calles de Palermo, sería el gobierno italiano el que convertiría el término en objeto de debate nacional.

La historia de cómo se hizo tal cosa revela lo tortuoso y violento que resultaba gobernar Sicilia en los años inmediatamente posteriores a la heroica expedición de Garibaldi de 1860. Muchos sicilianos creían que el reto de gobernar su isla había llevado al gobierno italiano a abandonar por completo sus principios progresistas. Quienes criticaban al gobierno aducían dos casos en concreto: la denominada «conspiración de los acuchilladores» y la tortura de Antonio Cappello. Fueron casos como estos los que despojaron completamente de credibilidad al Estado e hicieron que muchos sicilianos se mostraran extremadamente renuentes a confiar en él para ningún asunto; y no digamos cuando se empezó a quejar de la Mafia.

Quizá el más extraño crimen en la larga historia de fechorías de Palermo fue el que la prensa bautizó como la «conspiración de los acuchilladores». La tarde del 1 de octubre de 1862, en una operación sincronizada llevada a cabo en una reducida zona de Palermo, surgieron varios matones de entre las sombras para acuchillar a doce ciudadanos elegidos al azar, uno de los cuales falleció posteriormente a consecuencia de las heridas. La policía solo pudo capturar en el acto a uno de los agresores, limpiabotas y buhonero, que también constaba en los archivos como espía de la policía bajo el antiguo régimen borbónico. Su confesión condujo a la detención de los otros once «acuchilladores», que habían sido contratados para hacer su trabajo.

Aquellas agresiones provocaron una gran consternación en Palermo. Cuando tuvo lugar el juicio de los acuchilladores, a principios de 1863, se produjo un enorme interés público. Solo se sentaron en el banquillo los doce hombres que habían llevado a cabo materialmente los ataques. El juez condenó a muerte a los tres cabecillas; los demás fueron condenados a trabajos forzados.

Sin embargo el tribunal mostró una curiosa falta de interés en descubrir quién había financiado la conspiración y qué objetivos perseguía. Uno de los acuchilladores había nombrado a un noble siciliano apellidado Sant'Elia, próximo a la familia real italiana, como la persona que se hallaba detrás del complot; pero jamás fue siquiera interrogado. Los periódicos de la oposición mostraron su desdén; unas evidencias lo suficientemente sólidas como para condenar a muerte a tres pobres desgraciados al parecer no se consideraban lo bastante firmes como para desencadenar una investigación preliminar sobre un miembro del nuevo *establishment* italiano (resultaba asimismo que Sant'Elia era el jefe de una logia masónica).

Siguieron produciéndose otras agresiones con arma blanca similares a los acontecimientos del 1 de octubre de 1862. Era evidente que quienquiera que hubiera provocado la conspiración todavía no había logrado su objetivo. Se inició una segunda investigación, pero esta vez se consideró al noble italiano el principal sospechoso, y su palacio fue registrado. Como respuesta, las autoridades se apresuraron a cerrar filas, y el rey eligió deliberadamente a Sant'Elia para que le representara en las celebraciones de Pascua de Palermo. El caso fue perdiendo impulso, las agresiones cesaron y finalmente los investigadores abandonaron Sicilia.

Sigue siendo un misterio si realmente era Sant'Elia quien estaba detrás de la conspiración de los acuchilladores, aunque actualmente la ponderación de las evidencias parece sugerir que no. Lo que sí es cierto es que la conspiración vino desde las instituciones. O bien fue ideada por los políticos de Palermo como una forma de convencer al gobierno nacional de que pusiera mayor poder en sus manos, o bien sucedía que el gobierno nacional estaba utilizando tácticas terroristas para tratar de sembrar el pánico, acusar a la oposición de los crímenes y generar un clima propicio a la represión. Posteriormente, en la historiografía italiana estas actividades pasarían a conocerse como la «estrategia de tensión».

Un año después de los primeros apuñalamientos se produjo otro episodio que provocó nuevas sospechas con respecto a las autoridades. El clima político de la época —finales de 1863— resultaba extremadamente exacerbado incluso en relación con lo habitual en la Sicilia inmediatamente posterior a la unificación, debido a la brutal campaña que se estaba llevando a cabo para detener en toda la isla a un número aproximado de veintiséis mil personas entre soldados desertores y hombres que habían eludido el servicio militar. A finales de octubre, un periodista de la oposición empezó a investigar la noticia de un joven que era retenido contra su voluntad en el hospital militar de Palermo. El periodista encontró al obrero Antonio Cappello postrado en la cama, con más de ciento cincuenta pequeñas quemaduras de forma circular en todo su cuerpo. Los médicos afirmaron que las quemaduras formaban parte del tratamiento de Cappello, y aquella teoría tan poco plausible se vería posteriormente respaldada por una investigación judicial.

La verdad era que Cappello había entrado en el hospital completamente sano. Tres médicos militares del norte de Italia le habían privado de alimento, golpeado y

torturado poniéndole en la espalda botones de metal al rojo vivo. Su objetivo era hacerle confesar que era un desertor.

Al final Cappello logró convencer a los médicos de que era sordomudo de nacimiento y de que no estaba fingiendo serlo para eludir el servicio militar. Poco después de su liberación, el 1 de enero de 1864, por las calles de Palermo circulaban fotos de su cuerpo torturado con un pie redactado por el periodista en el que se acusaba al gobierno de bárbaro. Al cabo de tres semanas, y a instancias del ministro de la Guerra, el médico de la cárcel fue condecorado por el rey con la Cruz de los Santos Mauricio y Lázaro. A finales de marzo se anunció que no se procesaría a los torturadores.

Durante una década y media tras la unificación de Italia, las autoridades se inclinaron en repetidas ocasiones por una respuesta ciegamente represiva frente a la indisciplinada isla, solo para volver a duras penas a principios decentes que luego eran incapaces de mantener, o para hundirse en la complicidad con sombríos personajes locales. Este vaivén les ayudó a conseguir una extraordinaria hazaña en lo que a imagen política se refiere; el Estado italiano logró parecer brutal, ingenuo, hipócrita, incompetente y siniestro, todo al mismo tiempo.

Resulta difícil no mostrar cierta comprensión por la difícil situación del gobierno al enfrentarse a una serie de tareas enormes: construir un nuevo Estado prácticamente de la nada afrontando a la vez una guerra civil en el sur del país, la agobiante deuda pública, la perspectiva de un ataque por parte de Austria, y una población en la que más del 95 por ciento hablaba toda una serie de dialectos y lenguas distintas del italiano. Para un gobierno tan hambriento de credibilidad, la idea de que pudiera existir una diabólica conspiración secreta contra él era como el maná. Y ese fue precisamente el primer uso escrito que se dio al término *mafia* por parte de una de las personas que dentro del gobierno postulaban la existencia de una conspiración.

El 25 de abril de 1865, dos años después de la tortura de Antonio Cappello, el recién nombrado prefecto de Palermo, el marqués Filippo Antonio Gualterio, envió un alarmante informe secreto a su jefe, el ministro del Interior. Los prefectos como Gualterio eran funcionarios clave en el nuevo sistema de administración italiano; representaban los ojos y los oídos del gobierno en las ciudades, con responsabilidad de vigilar a la oposición y supervisar el mantenimiento de la ley y el orden. En su informe Gualterio hablaba de «una grave y duradera falta de entendimiento entre el país y las autoridades». Esta fractura se traducía en una situación que permitía «la llamada *Mafia, o* asociación criminal, actuar con mayor audacia»[18]. Durante las periódicas revoluciones de mediados del siglo XIX en Palermo —escribía Gualterio—, la *Mafia* había desarrollado el hábito de ofrecer su poder a distintos grupos políticos como una manera de aumentar su influencia, y ahora estaba de parte de cualquiera que se opusiera al gobierno. Así pues, con el informe de Gualterio, los rumores sobre la Mafia que circulaban por las calles de Palermo llegaron por primera vez a oídos de los gobernantes de Italia.

El prefecto Gualterio se mostraba bastante explícito a la hora de señalar qué buena ocasión ofrecía la *Mafia* para desencadenar una represión. El gobierno —explicaba— podía enviar legítimamente el ejército para afrontar aquella emergencia criminal, y de paso dar un golpe mortal a la oposición; o al menos eso esperaba. Como resultado del informe de Gualterio, quince mil soldados pasaron casi 9 meses tratando de desarmar a la población, arrestar a quienes habían eludido el servicio militar, dar caza a los criminales en fuga y perseguir a la Mafia. Los detalles de esta campaña militar (la tercera en muy pocos años) no son importantes para lo que aquí nos interesa, baste con decir que fracasó.

Gualterio formaba parte de quienes postulaban la existencia de una conspiración; pero no era un fantasioso: no hizo aparecer la Mafia de la nada con el solo propósito de justificar la represión. En algunos aspectos su análisis de «la llamada *Maffia»* seguía la misma argumentación que el de Turrisi Colonna. El crimen organizado era parte integrante de la política de la isla. El oportuno «error» de Gualterio consistía simplemente en afirmar que todos los villanos estaban en el mismo bando del espectro político: el de la oposición. Como demostraría posteriormente la revuelta de 1866, algunos de los mafiosos más importantes, como Antonino Giammona, ahora ya no eran revolucionarios, sino partidarios del orden.

Desde el día del informe de Gualterio, el término *mafia* se incorporó rápidamente al uso generalizado y al mismo tiempo se convirtió en objeto de una furiosa controversia. Por cada persona que utilizaba la palabra *mafia* para referirse a una conspiración criminal había otra que sostenía que el término no representaba nada más amenazador que una forma peculiarmente siciliana de confiado orgullo. Gualterio fue, pues, el que levantó aquella misma nube de polvo —el desconcierto sobre lo que significaba el término *mafia*— con la que se encontrarían Franchetti y Sonnino en sus viajes por Sicilia una década después; una nube de polvo que solo lograría dispersar finalmente el juez Giovanni Falcone.

Al dar su nombre a la Mafia en aquellas circunstancias, Gualterio realizó una contribución fundamental a la imagen de la organización, ya que desde entonces tanto la Mafia como sus políticos han afirmado con frecuencia que Sicilia ha sido maltratada y malinterpretada. El gobierno —se quejan— ha inventado la idea de que la Mafia es una organización criminal como pretexto para oprimir a Sicilia; otra versión más de la teoría de la «caballerosidad rústica». Una de las razones por las que tales protestas han logrado cierto apoyo durante los últimos ciento cuarenta años es que en ocasiones han sido fundadas. Los funcionarios italianos se han visto constantemente tentados a etiquetar de mafioso a cualquiera que se mostrara en desacuerdo con ellos.

Cuando el gobierno italiano ha actuado de esa manera hipócrita, no ha hecho sino reforzar la reputación de la Mafia. Así, cuando Gualterio dio su nombre a la Mafia, inconscientemente puso en marcha lo que se podría denominar la estrategia de posicionamiento «de marca» de la Mafia frente a su principal competidor. Después de

Gualterio, cada medida de fuerza que fracasaba a la hora de enjuiciar a la Mafia —cualquiera que fuera el significado que el gobierno le diera a este término— servía en cambio para socavar aún más la confianza en el Estado y, en consecuencia, para aumentar la verdadera reputación de la Mafia no solo por ser inteligente y mostrarse inmune al enjuiciamiento, sino también por ser más eficaz e incluso más «justa» que el Estado.

Habría de pasar más de un siglo desde el informe de Gualterio para que alguien escribiera perceptivamente sobre la adecuación de la Mafia a su propio nombre. El autor en cuestión sería el novelista Leonardo Sciascia, cuyo relato breve de 1973 *Filología* se desarrolla en un entorno contemporáneo y adopta la forma de un diálogo imaginario entre dos sicilianos anónimos sobre el significado de la palabra *mafia*. El más culto de los dos, evidentemente un político, pretende sobre todo exhibir su erudición, citando una lista de un siglo de definiciones contradictorias en los diccionarios, y explicando que probablemente el término *mafia* se deriva del árabe. Con la característica indecisión de un caballero erudito —uno se lo imagina como un hombre corpulento de sesenta y tantos años, ataviado con un arrugado traje—, se niega a optar por un significado concreto de la palabra. El hombre más joven es mucho más práctico; la imagen que se forma en la mente del lector es la de un personaje rechoncho, de mediana edad y rostro anodino cubierto por unas modernas gafas de sol. Pese al respeto que evidentemente siente por su compañero de discusión, no puede disfrazar el hecho de que todo ese debate académico no hace más que ponerle nervioso. Él prefiere oír que *mafia* no define sino la viril arrogancia de alguien que sabe cómo velar por sus propios intereses.

Al final, evidentemente, resulta que los dos personajes del relato de Sciascia son mafiosos, y que su diálogo es un ensayo para el caso de que tengan que comparecer ante una comisión de investigación parlamentaria. El hombre de más edad dice que se siente tan seguro que incluso pedirá a la comisión que le deje hacer su «pequeña contribución»; «una contribución a la confusión, ya me entiendes». En algún momento a partir de 1865 —sugiere Sciascia—, el nombre de *mafia* se convirtió en una pequeña broma de la propia Mafia siciliana a costa del Estado.

* * *

Si hemos de creer a las fuentes —y en la historia de una sociedad secreta como la Mafia ese «si» resulta inevitablemente de gran importancia—, entonces la secta surgió en los alrededores de Palermo cuando diversos bandidos violentos e inteligentes, miembros de las «partidas», *gabelloti*, contrabandistas, ladrones de ganado, vigilantes de fincas, granjeros y abogados unieron sus fuerzas para especializarse en la industria de la violencia y compartir un método para adquirir poder y riqueza que se perfeccionó en el negocio del cultivo de limones. Luego aquellos hombres extendieron sus métodos entre los miembros de sus familias y sus contactos comerciales. Cuando pasaron alguna temporada en la cárcel, lo extendieron

también entre los otros reclusos. Esta secta se convirtió en la Mafia cuando el nuevo Estado italiano hizo los primeros torpes intentos de reprimirla. Así, a mediados de la década de 1870 como muy tarde, y cuando menos en la zona de Palermo, los componentes más importantes del método de la Mafia se hallaban ya firmemente establecidos. La Mafia contaba ya con los ingresos de la extorsión y con poderosos amigos políticos, y tenía asimismo su estructura celular, su nombre, sus rituales y a un Estado poco fiable como competidor.

El gran imponderable es si en este momento de la historia había una sola Mafia o muchas de ellas. No está claro cuántas de las «mafias» a las que aludían las autoridades en distintas partes de Sicilia en las décadas de 1860 y 1870 no eran sino bandas autónomas; puede que se limitaran a copiar unos métodos que ya se habían generalizado, o que realmente se reconocieran como parte de la misma fraternidad que el capo de Uditore Antonino Giammona. El problema estriba en cómo interpretar los documentos históricos. Las autoridades solían aludir a la Mafia, pero no todo lo que calificaban de «mafia» formaba parte, ni mucho menos, de la verdadera Mafia. Es evidente que algunos policías se mostraban demasiado entusiastas a la hora de tergiversar los hechos para que encajaran en las historias de conspiración que sus amos políticos necesitaban esgrimir contra sus rivales.

La descripción de la secta que hiciera en 1864 el barón Turrisi Colonna tiene una gran importancia en esta cuestión debido a su estrecha relación con la Mafia, y Turrisi Colonna hablaba inequívocamente de una sola «gran secta». Pero también es posible que tal creencia se derivara de su perspectiva basada en Palermo, y que no sea válida para el resto de la Sicilia occidental. Existen también, a manera de contraste, numerosos informes policiales del período 1860-1870 que hablan de bandas distintas enfrentadas entre sí en muchas ciudades y pueblos. Sin embargo no constituyen un indicio fiable de que hubiera distintas mafias; las disputas aludidas podían haberse generado fácilmente en el seno de una misma organización, del mismo modo que hoy en día la Cosa Nostra tiene sus guerras internas.

Independientemente de cómo se interpreten todas estas evidencias, su propia existencia plantea una cuestión. Si la Mafia existía ya en las décadas de 1860 y 1870, y si los historiadores actuales han sido capaces de encontrar evidencias de ello, entonces toda la información necesaria para conocer la Mafia y enfrentarse a ella debía de haber estado al alcance de las gentes de la época. En 1877 Italia contaba con el opúsculo de Turrisi Colonna, la investigación parlamentaria sobre la revuelta de 1866, el informe de Franchetti sobre la «industria de la violencia», el memorándum del doctor Galati al ministro del Interior, y muchas más cosas. La cuestión es, entonces, por qué nadie fue capaz de detener a la Mafia. Parte de la respuesta es que el Estado italiano sencillamente tenía demasiados problemas que abordar al mismo tiempo. Pero la razón principal resulta mucho más sórdida, ya que 1876 marca precisamente el momento en el que la Mafia se convirtió en parte integrante del sistema de gobierno italiano.

2

La Mafia penetra en el sistema italiano (1876-1890)

«UN INSTRUMENTO DE GOBIERNO LOCAL»

Las evidencias de las desgracias del doctor Galati a manos de la Mafia de Uditore no se dejaron arrinconadas, ya que fueron añadidas a los documentos incluidos en una investigación parlamentaria a gran escala sobre la ley y el orden en Sicilia, creada en el verano de 1875, aunque no haría públicas sus conclusiones hasta enero de 1877. La historia de la investigación parlamentaria —la primera que abordaba explícitamente la cuestión de la Mafia— muestra lo que sabían los gobernantes italianos del problema de la Mafia en Sicilia. También forma parte de un drama político de mucha mayor envergadura que tuvo lugar entre 1875 y 1877, ilustrando cómo el sistema político italiano no solo no fue capaz de combatir a la Mafia en sus primeros años, sino que además contribuyó activamente a su desarrollo.

El mapa de la política italiana tras la unificación era parecido al plano de Palermo en aquella época: un laberinto de pequeños callejones dentro de los sencillos contornos de las calles principales. Durante una década y media a partir de la unificación, Italia estuvo gobernada por una vaga coalición denominada «la derecha», cuyo núcleo estaba integrado por terratenientes conservadores del norte del país. La oposición, un grupo aún más vago denominado «la izquierda», y cuyos principales reductos se hallaban en el sur de Italia y en Sicilia, era favorable a un mayor gasto público y a una mayor democracia. Pero las diferencias entre las dos coaliciones eran tanto culturales como políticas. A menudo la derecha tenía la impresión —no del todo sin razón, cabría añadir— de que muchos miembros parlamentarios del sur de Italia y de Sicilia debían su elección a una política caciquil y a una maquinaria electoral que sobornaba a los partidarios e intimidaba a los oponentes. A la izquierda, por su parte, la derecha le parecía arrogante e hipócrita; había traicionado los ideales que habían conducido a la fundación del Estado italiano y había ignorado abiertamente al Sur.

La historia de la investigación parlamentaria se inicia en 1874, en un momento en el que la coalición de la derecha empezaba a tener graves problemas. Sicilia —donde los partidarios de la derecha siempre habían sido escasos— constituía la causa principal de las dificultades del gobierno. En 1874, y por varias razones (la primera de las cuales era la política fiscal), Sicilia se estaba alejando completamente de la influencia política de la derecha. En las elecciones de noviembre de aquel año, cuarenta de los cuarenta y ocho distritos electorales sicilianos devolvieron a los parlamentarios de la oposición a los escaños del Parlamento nacional de Roma. Un experto en la «secta», Nicolò Turrisi Colonna, se hallaba entre los principales gestores de la campaña electoral de la izquierda. Y le ayudaba en su tarea Antonino Giammona, su capo mafioso favorito y el perseguidor del doctor Galati. Giammona contaba con un grupo de seguidores que pusieron unos cincuenta votos directamente bajo su control, lo cual sucedía en una época en la que solo el 2 por ciento de la población tenía derecho a sufragio y normalmente bastaban unos centenares de votos para hacerse con un distrito electoral.

En Roma, tras las elecciones de noviembre de 1874, la derecha se aferraba al poder. Tanto durante la campaña electoral como después de ella, recurrió a una táctica que ya había utilizado anteriormente: sacar a relucir la cuestión de la delincuencia para desacreditar a la oposición. En un tono más estridente que nunca, la derecha acusó a los parlamentarios sicilianos de la izquierda de tratar de socavar la unidad del país, de ser unos corruptos, de utilizar a bandidos para obtener votos y de ser unos mafiosos.

Como parte de esta estrategia, poco después de las elecciones el gobierno propugnó algunas leyes extremadamente represivas; se proponía que los sospechosos de pertenecer a organizaciones criminales y sus amos políticos pudieran ser encarcelados sin juicio previo por un período de hasta cinco años. Se presentaron un montón de pruebas convincentes, recogidas de los prefectos, los jueces de instrucción y la policía, ante el comité encargado de examinar el proyecto de ley. Se señaló que durante el año 1873 se había producido un asesinato por cada 44.674 habitantes en la región septentrional de Lombardía, mientras que en Sicilia la cifra era de un asesinato por cada 3.194 habitantes. Los informes oficiales indicaban que la Mafia se extendía ahora por toda la Sicilia occidental e incluso había penetrado en algunas ciudades del este, como Messina, un importante puerto de la industria de los cítricos. Las opiniones de los prefectos estaban divididas con relación a si la Mafia era o no una organización unitaria y acerca del papel que desempeñaba en ella la mentalidad siciliana. Pero la mayoría de ellos tenían claro que la organización basaba su poder en los negocios de extorsión y en la intimidación de los testigos, y que entre las personas que reclutaba se incluían sicilianos de todas las clases sociales. El prefecto de Agrigento, en el sudoeste de Sicilia, creía que los mafiosos constituían una «categoría» especial de hombres:

> La categoría de *mafioso* se adquiere mostrando evidencias de coraje personal: llevar armas prohibidas, batirse en duelo por cualquier pretexto, apuñalar o traicionar a alguien, fingir que se perdona una ofensa con el fin de vengarse de ella en otro momento o lugar (tomar venganza personal por los agravios recibidos es la primera ley canónica de la Mafia), mantener absoluto silencio con respecto a tal o cual crimen, negar ante todas las autoridades y magistrados que se sepa nada de ningún crimen que se haya visto cometer, prestar falso testimonio con el fin de procurar la absolución de los culpables, estafar de la manera que sea[19].

El sobrio y bien informado corresponsal del *Times* en Roma leyó parte de este material y concluyó alarmado que la Mafia era «una secta intangible cuya organización es tan perfecta como la de los jesuitas o los francmasones, y cuyos secretos resultan aún más impenetrables»[20].

Al presentar todas estas evidencias y propugnar sus nuevas leyes contra el crimen, lo que hacía la derecha era una desesperada tentativa para dar la impresión de que representaba a un gobierno antimafia que se enfrentaba a una oposición promafiosa. A la izquierda, en cambio, le parecía que la derecha se había pasado de la raya. No solo eran los hombres como Turrisi Colonna quienes constituían el objetivo directo de las propuestas del gobierno, sino que también se sintieron amenazados por ellas muchos terratenientes sicilianos que simplemente eran víctimas de la Mafia. Desde la unificación, estos habían estado esperando en vano que el gobierno les ayudara a escapar de las garras del crimen organizado. Pero ahora que su paciencia se había agotado por completo y habían votado a los candidatos de la oposición, se encontraban con que se habían convertido en potenciales objetivos de la policía. Se había creado el caldo de cultivo para una confrontación política entre los dos bandos.

Dicha confrontación se produjo durante un tenso debate en el Parlamento en torno a las reformas propuestas que se desarrolló a lo largo de diez días en el mes de junio de 1875. Cuando se inició la discusión, un parlamentario siciliano tras otro se levantaron para defender la reputación de la isla. Algunos negaron la existencia de la Mafia; esta —afirmaban— constituía un mero pretexto para denigrar a la oposición. Señalaban los venenosos prejuicios antisicilianos exhibidos por un prefecto que afirmaba, en un informe que se había filtrado a la opinión pública, que los sicilianos eran gentes «moralmente pervertidas» que solo podían ser gobernadas por la fuerza.

Al final hubo una intervención que hizo estallar la polémica; gracias a ella, el debate sería recordado como el mayor alboroto producido desde la fundación del Parlamento en 1861. Durante los primeros discursos, varios oradores de la izquierda empezaron a preguntar en voz alta por qué un hombre sentado en sus propios escaños no había intervenido todavía. Alto y delgado, con anteojos y una incipiente calvicie, Diego Tajani, parlamentario del sur de Italia, había sido fiscal jefe del Tribunal de Apelación de Palermo entre 1868 y 1872, y, en consecuencia, sabía mucho acerca de cómo la derecha había gobernado Sicilia. Los parlamentarios de la izquierda le consideraban su arma secreta contra el gobierno, y sus comentarios pretendían hacerle decir lo que sabía. Como exfuncionario público, Tajani se mostraba renuente a hablar de las tareas que había desempeñado en el pasado. Pero al final, espoleado tanto por los comentarios de sus colegas de los escaños de la izquierda como por los intentos del gobierno de adjudicarse la preeminencia moral en la cuestión de la delincuencia, se levantó para dirigirse a la cámara[21].

El discurso de Tajani empezó con una burla dirigida a los hombres de la izquierda que se sentaban junto a él: negar la existencia de la Mafia —les dijo— era como negar la existencia del sol. Luego se dispuso a lanzar pullas mucho más afiladas contra la derecha. Con lo que uno de los periódicos progubernamentales calificaría de «fría sonrisa» en los labios, Tajani reveló que, tras la revuelta de 1866, la derecha había instado a la policía a colaborar con la Mafia. Los mafiosos —alegó— obtendrían libertad de acción a cambio de proporcionar información a las autoridades

sobre los criminales ajenos a la organización y sobre cualquiera que el gobierno considerara subversivo.

Tajani había estado implicado personalmente en los casos más escandalosos, centrados en la figura de Giuseppe Albanese, el jefe de la policía de Palermo, nombrado en 1867. Albanese no tenía ningún escrúpulo en confesarse admirador de un funcionario borbónico que había «hecho que la Mafia se interesara en mantener la paz»; era lo que un contemporáneo calificó de enfoque «homeopático» de la ley y el orden. Este implicaba hacer amigos entre los mafiosos, utilizándoles como captadores de votos y agentes de policía extraoficiales, y ayudándoles en contrapartida a mantener a raya a sus rivales.

En 1869 —explicó Tajani— el jefe de policía Albanese había sido apuñalado por un mafioso en una plaza de Palermo. Resultó que la agresión se debía a que había estado tratando de chantajear a su agresor. Albanese también estaba relacionado con una banda criminal que había entrado en las oficinas del Tribunal de Apelación, y desde allí había excavado un túnel por debajo de una calle principal para robar en una entidad de ahorro y llevarse una serie de objetos preciosos del museo de Palermo. Posteriormente todos aquellos objetos serían hallados en casa de un hombre que trabajaba en el despacho de Albanese, en la jefatura de policía.

Tajani aseguró al Parlamento que el jefe de policía Albanese representaba algo más que un caso aislado de agente de policía corrupto. En 1869, en el transcurso de su labor como fiscal jefe, Tajani había descubierto que en Monreale, cerca de Palermo, se habían cometido crímenes con la aprobación del comandante de la Guardia Nacional. Poco después de que se supiera la noticia, dos criminales que al parecer estaban dispuestos a proporcionar evidencias sobre el caso fueron víctimas de una emboscada y asesinados. El propio Albanese, a pesar de ser jefe de la policía, no solo desalentó la investigación acerca de cómo y por qué habían muerto los dos hombres, sino que incluso le dijo al magistrado responsable que habían sido «razones de orden público [las que] habían inducido a las autoridades a ordenar su muerte». En 1871, y a instancias de Tajani, se acusó a Albanese del asesinato de los soplones del caso Monreale. Y fue precisamente el hecho de que Albanese fuera liberado por falta de pruebas lo que hizo que Tajani dimitiera en señal de repulsa y se presentara a las elecciones bajo el estandarte de la izquierda.

Antes de que Tajani pudiera finalizar su discurso ante el Parlamento, fue airadamente interrumpido por Giovanni Lanza, un hombre sexagenario de aspecto demacrado. Lanza había sido primer ministro y ministro del Interior en la época de la supuesta política de confabulación con la Mafia. Hijo de un herrero, hombre austero y hecho a sí mismo, encarnaba las pretensiones de superioridad moral de la derecha sobre la izquierda. Pero apenas había empezado a descargar su ira en respuesta a las acusaciones de Tajani cuando sus palabras se vieron ahogadas por una oleada de gritos, abucheos y silbidos. Lo que había empezado como una sesión algo ruidosa degeneró en el caos, y los partidarios de ambos hombres empezaron a darse

empujones y a intercambiar insultos. Tajani permaneció inmóvil, con su fría sonrisa fija en el rostro mientras contemplaba cómo cuatro de los amigos de Lanza sacaban al exprimer ministro de la cámara para protegerle. El alboroto se propagó a los pasillos del Parlamento y hubo que suspender la sesión.

Solo al día siguiente Tajani pudo llevar su discurso a su escueta conclusión: «La Mafia de Sicilia no es peligrosa o invencible por sí misma. Es peligrosa e invencible porque constituye un instrumento del gobierno local». Tras haber recuperado la calma, Lanza presentó una propuesta de investigación sobre aquellas acusaciones, pero el daño político al gobierno ya estaba hecho. La plataforma en favor de la ley y el orden de la derecha se había venido abajo. Nadie podía creer ahora que el Parlamento se hallara dividido entre políticos promafia y antimafia. Resultaba más fácil para ambos bandos olvidarse del asunto. Así, cuando se aprobaron las leyes represivas (que estaban destinadas a convertirse en letra muerta), tanto la izquierda como la derecha acordaron lo que para los políticos de todas partes constituye el medio preferido de suavizar cualquier cuestión polémica: crear una comisión de investigación parlamentaria. La Mafia figuraba en el ámbito de la investigación, pero esta incluía tantos otros temas relacionados con la sociedad siciliana que casi era inevitable que los verdaderos contornos del asunto de la Mafia acabaran por desdibujarse.

No resulta sorprendente que los dos intelectuales «británicos» Franchetti y Sonnino no confiaran en la capacidad de penetración de la investigación parlamentaria y posteriormente decidieran realizar en cambio su propia investigación privada. Las personas con las que hablaron Franchetti y Sonnino, una vez que la investigación parlamentaria hubo terminado de reunir evidencias en Sicilia, confirmarían la versión de los hechos que Tajani había dado al Parlamento. Hoy se sabe también que cuando la orden de arresto de Tajani pesaba sobre él, el jefe de policía Albanese huyó de Sicilia, y solo logró persuadirle de que regresara el entonces primer ministro Lanza, quien le recibió en su casa y le garantizó el respaldo del gobierno. También se cree que se estaba preparando un intento de asesinato de Tajani justo antes de que este presentara su dimisión.

Los nueve miembros de la comisión de investigación parlamentaria recorrieron Sicilia en el invierno de 1875-1876. En cada una de las poblaciones que visitaron se les dio una calurosa acogida —las bandas municipales o militares solían acompañarles hasta sus hoteles—, y mantuvieron entrevistas en los ayuntamientos. Varios senadores y parlamentarios utilizaron sus entrevistas con los comisionados como una oportunidad para justificar el problema del crimen: «¿Qué es la Maffia, entonces? En primer lugar, hay una Mafia benigna. La Maffia benigna es una especie de espíritu de desafío… Así que yo también podría ser un *mafioso* benigno. Por supuesto, no lo soy. Pero cualquiera que se respete puede serlo»[22]. También proporcionaron evidencias otros políticos menos cínicos, abogados, agentes de policía y miembros de la administración, además de ciudadanos normales y corrientes

como el doctor Gaspare Galati. Montones de testigos hablaron del papel de la Mafia en la industria de los cítricos y en las revueltas de 1860 y 1866. En conjunto, todos aquellos testimonios proporcionaban un confuso panorama, aunque profundamente preocupante, de crimen organizado y corrupción política. Los políticos italianos disponían ahora todavía de más evidencias sobre la Mafia.

Los trabajos de la investigación jamás se publicaron. Cuando llegó el momento de que la comisión presentara sus conclusiones al Parlamento, a principios de 1877, la coalición de la derecha había caído. Ahora no existía ya la menor voluntad de hacer un uso político de la cuestión de la Mafia. Ni la derecha ni la izquierda tenían demasiado interés en conocer seriamente el crimen organizado en Sicilia (y de ahí también el escaso eco que tuvo en la misma época el trabajo de Franchetti sobre la industria de la violencia).

El informe final de la comisión parlamentaria se presentó ante una Cámara de Diputados casi vacía. La conclusión a la que llegaba era tan insulsa como errónea; se definía a la Mafia como «una forma de solidaridad instintiva, brutal y sesgada entre aquellos individuos y grupos sociales inferiores que prefieren vivir de la violencia que del arduo trabajo. Esta les une contra el Estado, la ley y los organismos regulares»[23]. En resumen, se minimizaba convenientemente a la Mafia considerándola una pandilla desorganizada de malhechores pobres y perezosos, enemigos del Estado antes que «instrumentos del gobierno local». Así pues, en 1877 los políticos italianos disponían de la mayoría de los conocimientos sobre la Mafia que necesitaban para combatirla, pero también tenían todas las razones que necesitaban para olvidar lo que sabían. La primera etapa del proceso de penetración de la Mafia en el sistema italiano se había completado.

* * *

La segunda etapa se inició al formarse un gobierno de coalición de la izquierda, en marzo de 1876. A él se unieron, cautelosamente, los parlamentarios sicilianos que habían sido elegidos en la oposición en 1874. El nuevo ministro del Interior era Giovanni Nicotera, un abogado que había luchado con Garibaldi y que conocía mejor que nadie la política caciquil de la Italia meridional por la sencilla razón de que él mismo constituía su principal exponente. Nicotera se propuso convertir el edificio del Ministerio del Interior, en la piazza Navona, en una formidable máquina recolectora de votos para la izquierda: los partidarios de la oposición fueron eliminados del censo electoral o acosados por la policía; se pusieron fondos y empleos públicos a disposición de los candidatos amistosos, *etc.* En noviembre de 1876 Nicotera manejó las elecciones con tanto éxito que la izquierda obtuvo 414 escaños parlamentarios, dejando solo 94 a la derecha. Él mismo, en su distrito electoral de Salerno, obtuvo 1.184 votos, frente a un solo voto de su adversario; cabe esperar que al menos se permitiera abstenerse a los miembros de la familia del pobre hombre.

Nicotera abordó con el mismo entusiasmo la cuestión del crimen. En 1876 el estado de la ley y el orden en Sicilia seguía siendo intolerable. Para empezar, se había producido una embarazosa situación de ámbito internacional. El 13 de noviembre el joven gerente inglés de una compañía azufrera, John Forester Rose, fue secuestrado en las afueras de la ciudad minera de Lercara Friddi. Según informó el *Times*, la víctima recibió un trato correcto hasta que se realizó el pago del rescate y fue liberado, aunque posteriormente la prensa estadounidense dijo que la esposa de Rose había recibido sus dos orejas por correo antes de decidirse a pagar. En cualquier caso, lo que sí resultó evidente es que los secuestradores tenían informadores en los círculos acomodados que frecuentaba Rose, y que el rescate se pagó a través de un intermediario de la Mafia.

Nicotera sabía que tenía que hacer algo. Estaba claro que en política no era ningún ingenuo; entre las fuentes de apoyo con las que contaba en su propio feudo se incluían los francmasones, y se sospechaba que también la Camorra, el equivalente napolitano de la Mafia. Pero no conocía bien Sicilia, ni contaba allí con una base de poder. En consecuencia, al asumir el cargo se sintió sinceramente asombrado cuando sus funcionarios le hablaron de los vínculos de la Mafia con las personas más poderosas de Sicilia y de su extensa influencia en la policía y la magistratura, lo que le llevó a la conclusión de que las clases más acomodadas de Sicilia estaban «fuertemente comprometidas con la Mafia».

Un mes después del secuestro de Rose, y sin molestarse siquiera en proponer leyes autoritarias en la línea que había deseado la derecha dos años antes, Nicotera nombró un nuevo prefecto de Palermo, tan duro como el anterior, y le dio instrucciones de llevar a cabo nuevas medidas enérgicas, tan brutales como las anteriores, para reprimir el crimen. Así, tal como había ocurrido bajo el gobierno de la derecha, se rodearon de noche poblaciones enteras y se realizaron deportaciones masivas de sospechosos. Tal como había hecho bajo el gobierno de la derecha, la policía se confabuló con algunos criminales en contra de otros. Y al igual que sucedió con ese mismo gobierno, la represión levantó gritos de protesta entre algunos políticos sicilianos —incluyendo al amigo de la «secta», el barón Turrisi Colonna— por los medios ilegales empleados por la policía. Y también tal como había hecho Lanza, su predecesor derechista, Nicotera utilizó la represión para atacar a cualquiera que considerara subversivo y para someter a sus potenciales aliados. Cuando un terrateniente siciliano del que se sospechaban fuertes vínculos con la Mafia escribió un artículo de periódico en el que criticaba la campaña antimafia de Nicotera, el hermano del director del periódico fue arrestado, y solo sería puesto en libertad después de prometer que cambiaría la línea poco cooperadora de la publicación.

No obstante, y a diferencia de las campañas de represión de la derecha, la de Nicotera se reveló fructífera. En noviembre de 1877, un año después de su triunfo electoral, el ministro pudo anunciar la completa derrota de los «bandidos» que habían aterrorizado la campiña siciliana desde 1860. Incluso el hombre que había

secuestrado al infortunado Rose fue abatido a tiros. El secreto de Nicotera era que había ofrecido un acuerdo implícito a los políticos de Sicilia: el gobierno les daría un trato favorable a cambio de que entregaran a los bandidos. En este caso, por «bandidos» había que entender a los mafiosos que creaban problemas al gobierno o que no contaban con la adecuada protección política. Se pedía a los políticos que se aseguraran de que sus amigos de la industria de la violencia redujeran los delitos tales como el secuestro a niveles políticamente aceptables. Solo se abordarían los aspectos más flagrantes de la profundamente arraigada cuestión del crimen en el proceso de hacer finalmente gobernable la isla. Para demostrar que el acuerdo había sido aceptado, setenta ayuntamientos de la provincia de Palermo enviaron cartas y peticiones en apoyo de Nicotera y de la policía. Aquella cálida demostración de lealtad probablemente fue orquestada por el prefecto de Nicotera, pero al menos vino a mostrar que, diecisiete años después de que Garibaldi invadiera la isla en nombre de la nación italiana, finalmente se configuraba una especie de consenso político entre Roma y Sicilia.

Un mes después de proclamar la completa derrota del «bandidaje» siciliano, Nicotera fue destituido del cargo. Su desvergonzado autoritarismo le había convertido tanto en una amenaza como en un objetivo fácil para los líderes de otras facciones rivales de la izquierda. Hasta ese momento su red había arrastrado a algunas organizaciones criminales de tipo mafioso, y las actuaciones contra dichas organizaciones no se interrumpieron con la marcha de Nicotera. Durante los años siguientes se produjeron varios importantes juicios resultantes de diversas investigaciones sobre grupos como los Stuppagghieri («Detonadores») de Monreale, los «Hermanos» de Bagheria, la Fontana Nuova de Misilmeri y una banda de extorsionistas de Palermo. (La historia de esta última organización, la denominada Fratellanza —o «Hermandad»— de Favara, se abordará en el próximo apartado).

El panorama del crimen organizado que surgió a partir de aquellos juicios era tan sombrío como previsible. Aparecieron algunos *pentiti*, de los que uno o dos fueron asesinados. Pero por cada testigo cuya credibilidad se veía póstumamente confirmada de ese modo había otro que resultaba hallarse demasiado próximo a las autoridades para ser fiable, y otro más que al final contaba con importantes amigos políticos que le protegían frente a un posible procesamiento. Mientras que algunos agentes de policía mostraban un excesivo celo en su búsqueda de evidencias sobre sociedades secretas, otros se hallaban ellos mismos vinculados a bandas criminales. Consecuentemente, los veredictos variaron desde la completa absolución, como en el caso de los Stuppagghieri, hasta las doce penas de muerte impuestas en 1883 a la cosca de la piazza Montalto, situada en el límite sudeste de Palermo. Los pocos sospechosos de alto nivel arrestados por sus presuntos vínculos con el crimen organizado salieron indemnes. Muchos mafiosos no se vieron afectados por la represión en la medida en que gozaban de la adecuada cobertura política.

Mientras los juicios se sucedían uno tras otro, a finales de la década de 1870 y principios de la de 1880, se hizo evidente que el acuerdo impulsado por Nicotera estaba marcando un punto de inflexión. Los gobiernos de Roma se resignaban a trabajar con políticos sicilianos que tenían el respaldo de la Mafia. Los mafiosos iban poco a poco formando parte de una nueva normalidad política. Los hombres de honor creaban sus negocios de extorsión y otros intereses comerciales, pero también aprendían que las amistades políticas se habían hecho más importantes que nunca para su supervivencia. Por su parte, a los políticos sicilianos se les daba la oportunidad que la derecha les había negado durante tanto tiempo; ahora podían lanzarse al ruedo nacional, al misterioso baile de socios de coalición que determinaba cómo se distribuían el poder y los recursos desde Roma. También existía la ventaja añadida de que la izquierda gastaba mucho más dinero público que la derecha en Sicilia: en carreteras, puentes, puertos, hospitales, escuelas, saneamiento, deschabolización y asilos. Todo ello representaba potenciales fuentes de renta y de poder tanto para los políticos como para los criminales. Así, los mafiosos se encontraron con que la izquierda estaba dispuesta a utilizarlos como un «instrumento de gobierno local» tal como había hecho la derecha, aunque de una manera ligeramente distinta: mientras que la derecha había tratado de gobernar Sicilia a tiros, la izquierda prefería el soborno. Bajo el gobierno de la izquierda, la Mafia y los políticos con los que esta trataba empezaron a meter las manos cada vez más profundamente en los chanchullos de Roma.

El acuerdo de Nicotera creó, pues, una pauta para gobernar Sicilia que se mantendría más o menos en vigor durante los cuarenta años siguientes. De hecho, aún hoy la Mafia aspira a ser un «instrumento de gobierno local» como lo fue bajo el gobierno de la izquierda. Y en la actualidad, al igual que durante el período crítico de 1875-1877, no son los hombres de honor quienes establecen la agenda política; solo muy raramente tienen la inclinación o el poder de cambiar el rumbo de la política italiana. Se limitan a adaptarse a las circunstancias haciendo tratos con políticos de todos los colores.

LA HERMANDAD DE FAVARA: LA MAFIA EN LA REGIÓN DEL AZUFRE

A principios del siglo XIX empezaron a aparecer manchas de un tono amarillento más enfermizo en medio del amarillo cereal de las tierras altas del interior de Sicilia. La isla tenía en la práctica un monopolio natural de un elemento que constituía una de las materias primas esenciales de la revolución industrial, el azufre, utilizado en la producción de gran cantidad de materiales, desde fungicidas y fertilizantes hasta papel, pigmentos y explosivos. Las llanuras y laderas de las provincias de la franja sudoeste y central de Agrigento y Caltanissetta se abrieron para dejar al descubierto el preciado elemento que yacía en gruesas vetas bajo la superficie. Era como si una enfermedad geológica congénita empezara finalmente a manifestar sus síntomas. En las regiones mineras podía verse a menudo un extraño humo azulado que emanaba de los calcaroni, enormes montículos enterrados de mineral de azufre que se quemaban lentamente liberando un líquido pardusco. Los humos envenenaban los campos de los alrededores y arruinaban la salud de hombres y animales. Y la vida en las minas de azufre resultaba aún más infernal que el paisaje; los hundimientos eran frecuentes y el menor incendio producía una humareda letal de dióxido de azufre. En 1883 murieron un centenar de hombres, y aquel no fue en absoluto un año atípico.

Las minas de azufre de Sicilia representaban un constante motivo de escándalo nacional, y no solo por sus riesgos físicos. Lo que más preocupaba a la opinión pública italiana era la cuestión de los niños, algunos de solo siete u ocho años, a los que se contrataba para formar pequeños equipos que se dedicaban a trasladar la roca desde el lugar de extracción hasta los *calcaroni.* Aquellos niños llevaban una vida desgraciada. Su miserable paga iba a parar directamente a sus padres; a menudo ellos no veían más que un raro cigarro o una copa de vino como recompensa a sus esfuerzos. Los enormes cestos de roca que acarreaban acababan por deformar sus cuerpos. Y lo que era aún peor, algunos observadores preocupados hablaban con pesimismo de sus «salvajes instintos de maldad e inmoralidad»; en las minas de azufre la pederastia era un mal endémico.

En marzo de 1883, en Favara, una población situada en el corazón de la región del azufre, no lejos de la costa sudoeste de Sicilia, un trabajador del ferrocarril acudió a la policía diciendo que le habían invitado a unirse a una sociedad republicana secreta llamada la Fratellanza (la «Hermandad»). La proposición se la había hecho un constructor, el cual le dijo que la sociedad empleaba unas señales especiales de reconocimiento que habría de utilizar si quería evitar ser atacado por otros miembros. El ferroviario se sintió amenazado e imaginó que detrás de aquella asociación había propósitos criminales.

La evidencia presentada por aquel ferroviario vino poco después de varias semanas de tensión y violencia en Favara. El problema empezó la tarde del primero de febrero, cuando un hombre fue abatido a tiros por dos encapuchados delante de

una taberna en la que se estaba celebrando un bautizo. La policía supuso que el asesinato era la conclusión de una pelea que había tenido lugar en la taberna, e interpretó el hecho de que absolutamente ninguno de los invitados supiera identificar a los asesinos como un signo de complicidad. Todos los participantes en la celebración fueron detenidos.

Los rumores que corrían en Favara, sin embargo, afirmaban que la víctima era miembro de una organización criminal. Y aquellos rumores se hicieron aún más creíbles al día siguiente, cuando se encontró muerto a un miembro de una banda rival en las afueras de la población. Le habían disparado por la espalda y le faltaba la oreja derecha. Favara se encontró de pronto al borde de una guerra civil. En los días siguientes varios hombres de las dos facciones recorrieron la población en grupos, armados y en estado de alerta. Pero luego, de forma igualmente repentina, la tensión se disipó y la amenaza de una guerra entre las dos bandas no llegó a materializarse. Solo cuando el ferroviario contó su historia la policía pudo empezar a reconstruir lo que había sucedido.

Entre marzo y mayo de 1883 se arrestó a más de doscientas personas en Favara y sus alrededores. Uno de los líderes de la Hermandad fue capturado precisamente en el momento en que estaba iniciando a dos «hermanos» encapuchados. Resulta extraño que incluso tuviera en su poder una copia escrita de los estatutos de la asociación. Tras su detención confesó, explicando que los miembros echaban a suertes quién había de cometer cualquier asesinato que los líderes juzgaran necesario para los intereses de la Hermandad. Luego vinieron más confesiones. Se recuperaron esqueletos ocultos en grutas remotas, pozos secos y minas de azufre abandonadas. También se encontraron nuevas versiones de los estatutos y un diagrama de la organización de la Hermandad.

El juicio de la Hermandad tuvo lugar en 1885, en la iglesia de Santa Ana, en Agrigento, especialmente acondicionada para el caso. Ciento siete hombres, encadenados en cuatro grupos, se sentaron en el banquillo. En el juicio muchos de ellos negaron los cargos, afirmando que habían confesado bajo tortura. Pero la táctica no funcionó. Los «hermanos» fueron condenados y encarcelados, un raro ejemplo de éxito en la lucha contra una organización criminal.

El caso de la Hermandad de Favara proporcionaba a la policía una perspectiva única acerca del tipo de organización mafiosa que se desarrolló, a partir de Palermo, en las regiones azufreras de Agrigento y Caltanissetta. Pero tan significativo como los descubrimientos de los investigadores, que estos probaron ante el tribunal, resultaba el hecho de que fueran incapaces de ver la profunda influencia de la Hermandad en la sociedad que les rodeaba. Hoy los historiadores creen que la Hermandad era una organización mucho más sofisticada y peligrosa de lo que las autoridades juzgaron. Y si la Mafia ha sobrevivido durante tanto tiempo en la región del azufre, como lo ha hecho en el resto de la Sicilia occidental, se debe en parte —como en el caso de la Hermandad de Favara— al modo en que continuamente se la ha subestimado.

En realidad la Hermandad tenía solo unas semanas de vida cuando la policía supo de su existencia. Se había formado cuando los capos de las dos facciones de Favara se reunieron para tratar de la escalada de violencia desencadenada en la población a raíz del asesinato del bautizo. Curiosamente, dados los intereses en juego y la violencia del conflicto, los dos bandos no solo acordaron la paz, sino que también decidieron unirse y formar una sola organización.

Las reglas de la Hermandad eran más antiguas que la propia asociación, ya que las dos bandas que se unieron para formarla las seguían ya con anterioridad. Y para cualquiera que conozca la historia del doctor Galati y la Mafia de Uditore, resultan extraordinariamente familiares. El ritual de iniciación, por ejemplo: a los nuevos miembros se les pinchaba en el dedo índice para poder empapar una estampa sagrada con la sangre. Mientras se quemaba la estampa, el iniciado recitaba un juramento: «Juro por mi honor que seré fiel a la Hermandad, como la Hermandad me es fiel a mí. Tal como se queman este santo y estas pocas gotas de mi sangre, así también yo verteré toda mi sangre por la Hermandad. Tal como estas cenizas y esta sangre jamás podrán volver a su estado original, tampoco yo podré abandonar jamás la Hermandad»[24]. Dado que la organización contaba con unos quinientos miembros reclutados en varias poblaciones azufreras cercanas a Favara, también hacía falta un ritual de reconocimiento. Al igual que en la versión de Palermo, este empezaba con una pregunta sobre un dolor de muelas y luego se pasaba a un intercambio de frases muy similar. (Un informe del fiscal jefe de Palermo al ministro de Justicia, fechado en 1877, afirmaba que el ritual se conocía en toda la isla).

La estructura de la Hermandad incluso presenta similitudes con la estructura de la Cosa Nostra que Tommaso Buscetta describiría por primera vez un siglo después. Los miembros de la Hermandad se dividían en *decine*, es decir, en grupos de diez. Cada *decina* tenía un jefe al que solo conocían sus miembros, pero cuya identidad resultaba desconocida para el resto de los «hermanos», con la excepción de uno solo de los capos.

Los investigadores descubrieron también que la organización consideraba el vínculo entre sus miembros más sagrado que los lazos familiares. Un miembro de la Hermandad de Favara, Rosario Alaimo, explicó a la policía que los «hermanos» le habían hecho acudir a una taberna para explicarle que su sobrino era un traidor; luego le dieron a elegir entre matar a su sobrino o morir él mismo. Al aceptar la primera opción, el temor le impulsó a demostrar su resolución con un brindis: «El vino es dulce, pero la sangre de un hombre es más dulce todavía». Unos días después ayudó a atraer a su sobrino a una trampa para que otros «hermanos» pudieran matarle. Como prueba de su confesión, Alaimo condujo a la policía hasta un castillo en ruinas donde estaba oculto el cuerpo de su sobrino. Luego, tras regresar a su celda, se ahorcó. Se dijo que deseaba que su propio fin reflejara lo más fielmente posible el modo en que había sido asesinado su sobrino: a garrote.

Aún hoy la Mafia tiene un gran cuidado en el manejo de las relaciones consanguíneas entre sus miembros. Dado que el parentesco puede ayudar a la cohesión de una «familia», es frecuente que se incorpore a sobrinos, hermanos e hijos a la organización. Pero el afecto por un pariente también puede resultar desestabilizador si interfiere con el primer deber de obediencia al capo. En consecuencia, a veces se obliga a los mafiosos a mostrar de forma dramática dónde reside en última instancia su lealtad. Si eres un mafioso y tienes un hermano que también es un hombre de honor y quebranta las reglas, bien pudiera ser que se te ofreciera la misma cruda disyuntiva que los «hermanos» le ofrecieron a Alaimo: o tú le matas a él o moriréis los dos. En tales casos ha de verse que la empresa es lo primero. Para algunos hombres de honor, la eliminación de un miembro de la «familia» puede convertirse incluso en motivo de orgullo. Como alardeaba el cautivo mafioso Salvatore *Totuccio* Contorno en la década de 1980, «soy el único que puede mancharse las manos con mi propia sangre»[25].

La semejanza entre las reglas de la Hermandad y las adoptadas por las *cosche* de los alrededores de Palermo resultaba asombrosa incluso en 1883. Pero su trascendencia parece haber escapado en gran medida a los jueces y criminólogos de la época. Favara y Palermo se encuentran en costas opuestas, separadas por cien kilómetros del montañoso interior de Sicilia, con sus pésimas carreteras. Que las mafias de dos lugares tan distintos compartieran las mismas reglas probablemente lo explique el hecho de que, antes de 1879, algunos de los «hermanos» más destacados habían sido confinados en prisiones insulares como la de Ustica junto a mafiosos de Palermo. Fue en la cárcel donde aquellos hombres oyeron hablar por vez primera de la Mafia y, posiblemente, fueron iniciados en la organización. Y una vez liberados, mantuvieron vínculos con mafiosos de otras partes de Sicilia. Formar parte de aquella Mafia originaria equivalía a unirse a una banda local, pero también era un pasaporte para un mundo más extenso de conexiones criminales.

Los fiscales del caso de la Hermandad de Favara creyeron que los rituales que mantenían unida a la organización eran meramente «primitivos». Sugirieron que los principales motivos de la existencia de la Hermandad eran los burdos instintos de *vendetta* y de *omertà.* Un magistrado habló incluso del «bárbaro misticismo» de la ceremonia de iniciación, calificando de «canibalismo puro» el brindis que Alaimo había hecho después de haber aceptado ayudar a matar a su propio sobrino.

Términos como «primitivo» y «atrasado» marcan una de las grandes lagunas en el conocimiento de la Mafia por parte de la Italia del siglo XIX, tal como se pondrá de manifiesto en el próximo apartado. En este caso contribuyeron a alejar la atención de lo que casi con certeza constituía el verdadero y tácticamente astuto papel de la Hermandad en la economía local del azufre. De los 107 hombres juzgados por ser miembros de la banda, 72 trabajaban en la industria azufrera. Además de mineros, había capataces e incluso propietarios de minas de poca monta. Esos intereses mineros compartidos probablemente expliquen por qué las dos bandas rivales

lograron unirse para formar la Fratellanza: la racionalidad económica triunfó sobre el deseo de venganza. El juicio también puso al descubierto la red de protectores de la Hermandad: terratenientes, nobles y exalcaldes tuvieron que someterse a interrogatorio. Pero nadie pensó en preguntar exactamente por qué aquellos notables trataban de proteger a los «primitivos».

Pese a su carácter infernal, las minas de azufre de Sicilia se gestionaban de una manera casi tan sofisticada como los limonares. Los niños a los que se trataba poco menos que como bestias de carga constituían el último eslabón de una larga cadena de contratistas y subcontratistas. Los terratenientes arrendaban los derechos mineros a empresarios; estos contrataban a capataces a comisión; los capataces, por su parte, contrataban a agrimensores, vigilantes y mineros. A medida que la cadena se hacía más larga, los riesgos de tratar con una mercancía que se comercializaba en los mercados internacionales se iban diluyendo.

Los propios mineros —los denominados «picadores»— cobraban a tanto la pieza. Eran ellos quienes contrataban a los equipos de niños. Formaban una cuadrilla de hombres duros y pendencieros conocidos por sus criminales arrebatos alcohólicos. Para los estándares de la época y del lugar, estaban lejos de ser pobres; antes al contrario, venían a ser como una especie de empresarios. Algunos de ellos incluso tenían a su cargo a otros tres o cuatro mineros. A muchos les gustaba hacer gala de su estatus social tan duramente conseguido. Una observadora, una mujer británica casada con un terrateniente de la región del azufre, escribió, hablando del típico picador: «Es muy ambicioso en su manera de vestir, y suele vérsele los domingos ataviado con fina tela negra, botas altas de charol y una larga capa con capucha de fino paño oscuro forrada de verde»[26] (se ignora si la capucha que ostentaban los «hermanos» tenía un significado ritual, o constituía un símbolo del estatus de picador, o ambas cosas).

El del azufre era un negocio muy competitivo para todo aquel que participara en él. Y al igual que en la mayor parte de la Sicilia occidental, la violencia podía proporcionar una ventaja sobre los competidores. En cada uno de los niveles de la jerarquía que iba desde el terrateniente hasta el minero, la capacidad de usar la fuerza de una forma organizada y tácticamente astuta constituía un activo económico clave. Empresarios, gerentes, capataces, vigilantes y picadores podían formar cárteles para echar a sus rivales. Como los limonares de los alrededores de Palermo, las minas de azufre eran terreno abonado para las organizaciones criminales.

Cuando se observa sin los prejuicios «primitivistas», el caso de la Hermandad de Favara también proporciona una primera pista de lo que significa ser un «padrino» de la Mafia. No es un hecho fortuito que el asesinato que en última instancia condujo a la fundación de la Hermandad se llevara a cabo en un bautizo. Matar a un hombre en un bautizo representaba una ofensa calculada dirigida no solo contra una familia, sino contra toda una banda enemiga. De ahí que el asesinato tuviera una réplica

igualmente calculada y a la segunda víctima se le cortara la oreja después de haberle disparado por la espalda.

En Sicilia, como en una gran parte del sur de Italia, los bautizos no eran tan importantes por el propio bautismo del niño como por el hecho de que la ceremonia equivalía también a dar la bienvenida a un nuevo padrino a la familia. Bautizar al niño convertía al padre y al padrino en *compari,* es decir, «compadres». Era un compromiso solemne; incluso los hermanos que se convertían en compadres tenían que dejar de utilizar el tuteo familiar para pasar a tratarse de usted. Durante el resto de su vida cada uno de los dos compadres estaría obligado a responder a los requerimientos del otro, fueran del tipo que fueren. Los campesinos y mineros del azufre explicaban numerosos relatos espeluznantes sobre la terrible venganza que Juan el Bautista, el santo patrón de los *compari,* tornaría sobre cualquier hombre que traicionara a su compadre.

La institución conocida como *comparatico,* o «compadrazgo», constituía una especie de cemento social: ampliaba los vínculos familiares en el seno de la sociedad, alentando la paz y la cooperación. Dos hombres que se llevaran a matar podían decidir enterrar sus diferencias y convertirse en *compari* con el fin de evitar una disputa violenta que no haría sino perjudicar a sus dos familias. Un trabajador podía reclutar a un hombre más influyente como padrino de su hijo, ofreciéndole deferencia y lealtad con la esperanza de obtener futuros favores a cambio. Elegir a un padrino poderoso para tu hijo podía significar conseguir un empleo en la mina de azufre, o algo de tierra para cultivar, o un préstamo o un donativo.

Pero convertirse en padrino a veces tenía también un lado oscuro. La expresión siciliana *fari u compari* («actuar como compadre») significaba también ser cómplice, ayudar a alguien a cometer un acto ilegal. Si bien el vínculo entre los *compari* podía ayudar a mantener unida la sociedad, también podía unir a los hombres en un pacto criminal. Los mafiosos solían fortalecer los vínculos existentes entre ellos convirtiéndose en compadres. A los hombres de honor de mayor categoría se les denominaba en ocasiones «padrinos» remedando el prestigio que revestía ese título en la sociedad. Aún hoy, igual que un *compare* supervisa el bautismo del bebé, también el padrino de la Mafia preside la iniciación de un joven recluta, su renacimiento como hombre de honor.

Desde el primer momento la Mafia ha sido una organización extremadamente sofisticada en su manera de infiltrarse en los principales sectores de la economía siciliana; pero no lo ha sido menos en su modo de adoptar y adaptar cualesquiera fuentes de lealtad propias de la cultura siciliana que pudiera utilizar para sus propios fines criminales. En otras palabras, la Mafia es cualquier cosa menos atrasada.

PRIMITIVOS

En la época en la que se descubrió la Hermandad de Favara, la Mafia había dejado los titulares de los periódicos y había entrado en el ámbito más sereno del debate académico. El fiscal jefe del caso de Favara envió un informe sobre las acciones de la Hermandad a una revista académica, *Archivio di Psichiatría Scienze Penali ed Antropología Criminale.* Dicha revista la dirigía el destacado criminólogo Cesare Lombroso, el intelectual italiano más famoso de su época en todo el mundo. El libro que le había valido su reputación era *L'uomo delinquente,* publicado inicialmente en 1876. En él afirmaba que se podía identificar a los criminales por ciertas deformidades físicas: orejas con forma de asa de jarra, frente baja, brazos largos, *etc.* Denominaba a tales signos físicos «estigmas criminales». Lo que estos demostraban, según Lombroso, era que los malhechores constituían en realidad anacronismos biológicos, retrocesos accidentales a un estadio anterior de la evolución humana. De ahí que se parecieran a los «primitivos» pueblos no europeos, e incluso a los animales. Lombroso suponía confiadamente que los no europeos se situaban en un peldaño inferior de la escala del desarrollo racial y, en consecuencia, eran intrínsecamente criminales. Llevando al límite su propia lógica, Lombroso creía también que todos los animales eran criminales.

El carácter disparatado de lo que Lombroso denominaba su «antropología criminal» resulta hoy considerablemente más evidente que entonces. Los italianos eran los preocupados ciudadanos de un frágil y nuevo Estado, y desde la unificación habían sido las víctimas de una alarmante oleada de crímenes. Como resultado, muchos de ellos consideraron tranquilizadoras las ideas de Lombroso. La consecuencia de su teoría era que el hecho de que hubiera tantos malhechores no era culpa de Italia; la biología se convertía en un buen chivo expiatorio. Además de ofrecer consuelo público, las numerosas ediciones de *L'uomo delinquente* (y su secuela aún más racista, *La donna delinquente)* proporcionaban a los lectores de Lombroso una lasciva emoción con sus copiosas ilustraciones de orejas de criminales, genitales de delincuentes, *etc.* Ante las grandes audiencias que acudían a sus conferencias en la Universidad de Turín, Lombroso —un hombre rechoncho, listo como una ardilla— demostraba la presencia de los estigmas de la delincuencia en los cuerpos de criminales vivos.

El pensamiento de Lombroso sobre la Mafia era algo más enrevesado de lo habitual; la atribuía a toda una serie de causas, incluyendo la raza, el clima, la «hibridación social» —sea esta lo que fuere—, y el hecho de que los monasterios habían fomentado la ociosidad al repartir comida gratis. Hubo un montón de críticos que se apresuraron a señalar que sus teorías eran contradictorias y no contaban con el respaldo de evidencia alguna. Pero muchos de aquellos críticos también subestimaban seriamente a la Mafia. El crimen —sostenían— tenía causas sociales. Era la pobreza la que llevaba a los campesinos y trabajadores a formar sociedades secretas. Es cierto

que la Mafia era primitiva, pero era primitiva socialmente. Existía porque Sicilia seguía estancada en la Edad Media. Algunos pensadores de izquierdas veían la Hermandad de Favara como una especie de sindicato muy rudimentario. Y confiaban en que la modernización económica y el avance de la clase trabajadora pronto pondrían fin a todos los síntomas de atraso como la Mafia (esta ilusión eclipsaría el pensamiento de la izquierda sobre la Mafia durante varias décadas más).

En la década de 1880, los nuevos ideales de la criminología científica y el progreso social inspiraron a una nueva generación de policías que empezaban a acumular una considerable experiencia en la lucha contra el crimen organizado. Uno de aquellos policías, por lo demás seguidor de Lombroso, era Giuseppe Alongi. Su libro *La mafia nei suoi fattori e pelle sue manifestazioni*, publicado en 1886, daba una gran importancia a la psicología étnica de los sicilianos. Estos manifestaban «un egoísmo sin límites», «una exagerada percepción de sí mismos», «una capacidad para un desprecio y un odio violentos y tenaces, que son implacables hasta que se logra la *vendetta*»[27]. Alongi no creía que tales personas fueran capaces de crear una gran organización criminal que tuviera reglas fijas. La Mafia —sostenía— no era más que una etiqueta que abarcaba una serie de *cosche* dispares y autónomas situadas en barrios y pueblos concretos. La Hermandad de Favara era un ejemplo de ello. Puede que Alongi estuviera en lo cierto al descartar la teoría de que la Mafia representaba una conspiración centralizada. Pero casi con la misma certeza se equivocaba al desechar la posibilidad de que muchas *cosche* locales formaran parte de una red de mayor envergadura.

Pese a sus prejuicios primitivistas, Alongi era un astuto observador del estilo de vida de las familias que se beneficiaban del constante goteo de ingresos procedentes del crimen en las áreas de actividad mafiosa. Veía que el dinero se gastaba de manera ostensible en las poblaciones de los alrededores de Palermo. Los hombres llevaban sombreros, botas y guantes caros, y exhibían gruesas cadenas de reloj y anillos de oro. Los domingos, las mujeres se ponían vestidos de seda y sombreritos de plumas. En los días de fiesta se consumía gran cantidad de carnes y postres. Las familias de los médicos, los profesionales y los burócratas no podían competir con la elegancia en el vestir que mostraban sus inferiores sociales.

Alongi observaba asimismo que a los prestamistas les iba muy bien. Como señalara el doctor Galati hablando de la *cosca* de Uditore una década antes, solo los capos de la Mafia se hacían auténticamente ricos: «La mayoría de ellos despilfarran el fruto de sus robos. Se lo gastan en darse la gran vida, y se entregan al libertinaje, a la glotonería y a toda clase de vicios»[28]. Según Alongi, el exceso de aquel estilo de vida no se reflejaba en el modo en que los propios hombres de honor hablaban y se comportaban:

> Esas gentes son imaginativas, y sus aldeas, calurosas; su lenguaje cotidiano es melifluo, exagerado, lleno de imágenes. Pero el lenguaje

> del mafioso es breve, sobrio, cortante… La expresión *lassalu iri* («déjalo correr») tiene un significado desdeñoso, con estas connotaciones: «Mi querido amigo, el hombre con el que tratas es un imbécil. Elegirle como enemigo no hace sino comprometer tu dignidad»… Otra expresión —*be'lassalu stari* («déjalo estar»)— parece idéntica, pero tiene el significado opuesto. Se traduce por «Ese hombre merece una buena lección. Pero ahora no es el momento. Esperemos. Luego, cuando menos se lo espere, ya le cogeremos»… El auténtico mafioso viste con modestia. Afecta una afabilidad fraternal en su actitud y en su manera de hablar. Finge ser ingenuo, estar estúpidamente atento a lo que le dices. Soporta con paciencia insultos y bofetadas. Y luego, esa misma noche, te mata[29].

El libro ayudó a Alongi a hacer una excelente carrera profesional. Su insistencia en que la Mafia era una banda primitiva y el hecho de que se mostrara tan reticente con respecto a sus conexiones con políticos, policías y jueces probablemente tuvo algo que ver con su éxito.

* * *

La fascinación de Italia por sus «primitivos» tenía también un lado más débil, aunque, en última instancia, más siniestro. Durante más de cuatro décadas antes de la Primera Guerra Mundial, Giuseppe Pitrè, un médico enjuto y erudito, recorrió Palermo y sus alrededores en un destartalado carruaje que también hacía las veces de oficina, ya que su interior se hallaba permanentemente abarrotado de papeles y notas. A su paso iba recogiendo dichos, fábulas, canciones, costumbres, ritos y supersticiones campesinas. Pitrè, a quien le gustaba considerarse a sí mismo un «demopsicólogo», elaboraba un vasto retrato de la mentalidad colectiva siciliana. El resultado de ello fue un inestimable —aunque sensiblero— archivo de un mundo «primitivo» en extinción. Casi todo lo que la gente ha pensado acerca del folclore siciliano desde finales del siglo XIX —y casi todos los estereotipos sobre el carácter siciliano— tiene su origen en dicho archivo.

He aquí cómo definía a la Mafia en 1889 este profesor de «demopsicología»:

> *Mafia* no es ni una secta ni una asociación, no tiene reglas ni estatutos. El *mafioso* no es un ladrón o un criminal… *Mafia* es la conciencia del propio ser, una exagerada noción de la propia fuerza individual… El *mafioso* es alguien que siempre desea dar y recibir respeto. Si alguien le ofende, no acude a la ley[30].

Cuando la *Cavalleria rusticana* alcanzó su asombroso éxito al año siguiente de que Pitrè publicara estas palabras, puede que sintiera un orgullo perfectamente

justificado. La ópera que vendió al mundo el mito de la caballerosidad rústica se basaba en una breve historia y en una obra en un acto de un destacado autor siciliano de la época, Giovanni Verga, quien a su vez se había basado en gran medida en el trabajo de Pitrè. Aunque filtrada a través de las palabras de otros hombres, la Sicilia a la que Mascagni puso música, y legó a la posteridad, es en buena medida la Sicilia de Pitrè.

Pitrè se convertiría en un talismán para los gángsteres sicilianos y sus abogados durante mucho tiempo; su cómoda definición de la Mafia fue incluso citada ante los tribunales a mediados de la década de 1970 por un temible capo de Corleone, Luciano Leggio. No es probable que el propio Pitrè fuera miembro de la Mafia; sin embargo, en la época en la que se representó por primera vez la *Cavalleria rusticana*, en 1890, trabajaba en el gobierno local de Palermo en estrecha colaboración con un miembro del Parlamento del que proclamó efusivamente que era «un auténtico caballero… un administrador extremadamente recto y honesto». Aquel «honesto administrador» fue en realidad el mafioso más célebre del cambio de siglo, un hombre que desmentía cualquier posible relación de la Mafia con el atraso: don Raffaele Palizzolo. Cuando la opinión pública llegara a saber más sobre don Raffaele, descubriría también lo profundamente que la Mafia había llegado a extender su poder en el sistema de gobierno italiano, y ello en la misma época en la que el país se dedicaba a convencerse a sí mismo de que los hombres de honor no eran más que primitivos.

3

Corrupción en altos cargos (1890-1904)

UNA NUEVA CASTA DE POLÍTICOS

Don Raffaele Palizzolo solía recibir a sus clientes por la mañana en su residencia de Palermo, en el Palazzo Villarosa, situado en la via Ruggiero Settimo. Se le acercaban llevándole flores u otros regalos, mientras él permanecía sentado en su lecho con una manta sobre los hombros. Algunos buscaban un empleo en el municipio. Otros podían ser jueces o agentes de policía que querían un traslado, una promoción o un aumento de sueldo. O también podían ser sospechosos que necesitaran una licencia de armas o protección del acoso policial; concejales que aspiraban a un puesto de influencia en una comisión o un comité, o bien estudiantes de enseñanza superior o universitarios que pretendían que se ignoraran las malas notas que comprometían sus futuros progresos.

Don Raffaele no se mostraba arrogante y escuchaba a todo el mundo con indulgencia; charlaba, preguntaba por los parientes, ofrecía apoyo, prometía ayuda. Las audiencias proseguían mientras él se lavaba, rizaba cuidadosamente hacia arriba los extremos de su garboso mostacho, y se embutía en la larga y ceñida chaqueta con doble hilera de botones que todavía hoy se conoce como «redingote».

Por la tarde Palizzolo cuidaba de sus intereses y concedía favores. Era propietario de tierras y arrendador, concejal de la administración local y diputado provincial, albacea benéfico y bancario. Gestionaba el fondo de seguros médicos de la marina mercante y presidía la administración del manicomio. Como miembro del Parlamento era un firme partidario del gobierno, quienquiera que estuviera en el poder.

Las recepciones matutinas de Palizzolo, que se celebraron a lo largo de sus cuarenta años de trayectoria política, tenían un estilo peculiarmente desvergonzado. Pero este tipo de clientelismo en política no tiene en sí mismo nada de exclusivamente mafioso, ni de exclusivamente siciliano. Los mismos mecanismos básicos se encuentran todavía hoy en muchos lugares de Italia, por no hablar de otros países del mundo: se intercambian votos por favores, los políticos y funcionarios del Estado se apropian de los recursos públicos —empleos, contratos, licencias, pensiones, becas, *etc.*— y los reinvierten privadamente en sus redes de apoyo personal o clientelas.

Patronazgo, clientelismo y corrupción no son lo mismo que Mafia. De hecho, la Mafia no habría llegado a existir si no hubiera habido un Estado moderno que cuando menos tratara de imponer —aunque fuera torpemente— el imperio de la ley en Sicilia. En otras palabras, la Mafia no brota de manera natural cuando se da previamente un lecho de sordidez. Hay un montón de lugares del mundo donde existe corrupción política y no todos ellos producen organizaciones como la Mafia. Ni tampoco el clientelismo en política significa necesariamente que las grandes cuestiones como la economía, la democracia y la política exterior no sirvan para nada. Dicho esto, hay que añadir que sin duda Palizzolo estaba conchabado con la

Mafia, y no se puede comprender el poder de esta sin conocer la política clientelista de la que aquel se convertiría en el mayor exponente de su época.

El clientelismo resulta costoso. Hasta 1882 sus costes eran relativamente moderados; solo alrededor de un 2 por ciento de la población, todos ellos adultos varones y dueños de propiedades, tenían derecho a participar en el proceso político italiano. El electorado de cualquier distrito dado podía muy bien estar integrado por solo unos centenares de personas. En tales circunstancias, el paquete de cincuenta votos controlado por Antonino Giammona podía marcar una diferencia fundamental. Pero en 1882 las cosas cambiaron cuando se amplió el sufragio hasta incluir a una cuarta parte de la población adulta masculina. Se acercaba la era de la política de masas. De repente las elecciones se hicieron más caras. Era una época de riesgos y oportunidades tanto para los políticos como para los mafiosos.

Don Raffaele Palizzolo aceptó el reto y dedicó su vida a hacer favores. Su historial era largo y tortuoso: estafó a organizaciones benéficas, protegió y utilizó a bandidos, testificó en favor de mafiosos, *etc.* Sus dominios tenían su centro neurálgico en el pueblo de Villabate, en las afueras de la ciudad, pero se extendían hacia el sudeste, llegando hasta Caccamo, Termini Imerese y Cefalù. Era el protector de la *cosca* de Villabate, el invitado de honor de sus banquetes, el hombre que les ayudó a convertir su territorio en una importante terminal en las rutas de robo de ganado que llevaban desde las grandes propiedades del interior hacia Palermo. También contaba con una fuerte red de apoyo en la ciudad y sus alrededores, lo que le valió para salir elegido tres veces como parlamentario en representación de aquel distrito durante la década de 1890.

Las licencias de armas constituyen un buen ejemplo de la cadena de favores que vinculaba a hombres como Palizzolo y la Mafia. Estas solo podían obtenerse con las referencias de un ciudadano prominente, como un político, lo que representaba una oportunidad obvia para tratar de ganarse sus favores. Durante la carrera electoral este pacto resultaba aún más sistemático. Con una orden del ministro del Interior el prefecto podía retirar todas las licencias de armas. El propósito declarado de esta norma era evitar que la contienda política derivara en violencia, pero el verdadero objetivo era influir en el voto. Solo las cartas de recomendación del candidato favorecido por el gobierno central permitirían la devolución de las licencias. Los políticos vendían dichas cartas a cambio de fondos electorales, votos o favores.

La fragmentación del sistema político italiano era el gran aliado de don Raffaele. Durante una gran parte de la historia de Italia apenas ha habido líneas divisorias claras entre un inestable mosaico de camarillas y grupos de interés. Y esto ha sido así desde los estratos superiores hasta los inferiores del Estado, tanto en los ayuntamientos de las ciudades como en las asambleas nacionales. En medio de esta fragmentación ha habido diversas minorías estratégicamente situadas que han logrado ejercer una gran influencia. Y en la mayoría de los casos la Mafia y sus políticos han constituido una de esas minorías estratégicamente situadas.

En las circunstancias normales de finales del siglo XIX, Italia no contaba con la determinación política ni la capacidad de vigilancia necesarias para desenmascarar a los personajes como don Raffaele. Los gobiernos de coalición del país, permanentemente sacudidos por las disputas, duraron solo unos meses en cada ocasión con el apoyo de los parlamentarios sicilianos. Pero en la década de 1890 Italia se vio afligida por una crisis tan grave que durante un tiempo parecía que el país iba a descomponerse. La confusión política iba a traer la amenaza más seria a la que se había enfrentado la Mafia desde su nacimiento.

En 1892 las dos principales instituciones crediticias italianas cerraron sus puertas. Más tarde, aquel mismo año, se sabría que la Banca Romana, uno de los bancos que tenían autorización para acuñar moneda, había estado falsificando en la práctica millones de liras, ya que se encontraron billetes «auténticos» con los números de serie duplicados. El dinero se canalizaba hacia algunos de los más destacados políticos del país, que lo utilizaban para financiar sus campañas. La debilidad de la lira precipitó una masiva exportación de moneda metálica; las monedas de plata e incluso de bronce se hicieron tan escasas que las sociedades de ayuda mutua y las asociaciones de tenderos del norte de Italia se vieron obligadas a emitir sus propias fichas. Con la economía ya en el punto más bajo de un largo ciclo recesivo, parecía que todo el sistema financiero estaba a punto de derrumbarse. En enero de 1894 se declaró en Sicilia la ley marcial con el fin de aplastar las violentas confrontaciones entre trabajadores y terratenientes. Posteriormente, aquel mismo año, se ilegalizó el Partido Socialista.

El gobierno, al mando de su primer presidente siciliano, Francesco Crispi, respondió a la crisis de la peor manera posible: organizando una descabellada acción para mayor gloria colonial en Etiopía. El resultado era inevitable. En la batalla de Adowa, en marzo de 1896, una fuerza de diecisiete mil quinientos soldados italianos y askaris reclutados sobre el terreno fue destruida por un ejército etíope mucho mejor armado y dirigido, con más de ciento veinte mil efectivos. Fue la peor derrota jamás sufrida por una potencia colonial europea. El 50 por ciento de los soldados italianos resultaron muertos, heridos o capturados y luego ritualmente castrados.

El país salía de una crisis para caer en otra. En mayo de 1898 se declaró la ley marcial incluso en Milán, la capital económica del país, y al menos ochenta personas murieron a manos del ejército. El monasterio de los Capuchinos de Milán, donde se creía que se ocultaban los rebeldes, fue bombardeado con cañones. Cuando se disipó el humo solo se encontró a algunos frailes, junto con unos cuantos mendigos que esperaban para recibir su comida.

Un mes después de los acontecimientos de Milán se nombró primer ministro a un militar. El general Luigi Pelloux, que había servido al rey como soldado prácticamente desde que era un muchacho, tiene hoy muy mala reputación por el hecho de que el periodo durante el que ocupó el cargo se asocia a un intento de aprobar un paquete de reformas extremadamente autoritarias, que habrían recortado

la libertad de prensa, habrían prohibido los sindicatos en los servicios públicos y habrían permitido al gobierno enviar a los sospechosos al exilio interior sin juicio previo. A pesar de ello, para los estándares de la época Pelloux no era un ciego reaccionario. Su gobierno había sido nombrado con el propósito de gestionar el regreso a algo parecido a la normalidad después de los que habían sido los años más turbulentos de la breve historia del Estado italiano. Parte de este programa consistía en lanzar un ataque contra la corrupción en Sicilia. Así fue como en agosto de 1898 el general Pelloux nombró a un nuevo jefe de policía en Palermo, con instrucciones de hacer frente a la Mafia. En 1900 el jefe de la policía describía con estas palabras a los partidarios políticos de Raffaele Palizzolo:

> [son] los mafiosos, los hombres con historiales criminales, de esos que constituyen un permanente peligro para la seguridad pública porque se dedican a toda clase de crímenes contra las personas y las propiedades. Ninguno de ellos ahorra amenazas, violencia e intimidación para obligar a honestos electores a votar por su candidato… Con este fin utilizan los mismos métodos que usa la Mafia para imponer vigilantes a los propietarios de las granjas frutícolas y extorsionar tributos a los ricos terratenientes[31].

Palizzolo se habría ganado su lugar en este libro solo por haber sido el primer representante de una nueva casta de políticos mafiosos. Pero además se convirtió en el objeto del mayor juicio antimafia de la época; con don Raffaele, la Mafia volvió a los titulares nacionales por primera vez en veinticinco años. Mucho menos conocido que Palizzolo —aunque igualmente importante para la historia de la Mafia— era su adversario, el jefe de la policía de Palermo nombrado por el general Pelloux. Se llamaba Ermanno Sangiorgi, y solo en fecha reciente su historia ha salido de los archivos.

EL INFORME SANGIORGI

Entre los innumerables documentos que actualmente alberga el Archivo Público Central de Italia, en Roma, se encuentra un expediente de acceso restringido que contiene un informe remitido al Ministerio del Interior, en varias entregas, entre noviembre de 1898 y enero de 1900. El informe fue elaborado por Ermanno Sangiorgi, jefe de la policía de Palermo, y se dirigía al principal juez de instrucción de la ciudad como parte de los preparativos para un juicio. Leer hoy sus amarillentas 485 páginas manuscritas es como ir vislumbrando los contornos de una vasija enterrada con las sondas y cepillos de un arqueólogo, solo para descubrir al final que lo que se ha exhumado es una bomba sin estallar.

El informe se inicia con la primera descripción completa de la Mafia siciliana jamás realizada. Las anteriores evidencias sobre la Mafia del área de Palermo se habían producido siempre en fragmentos dispersos. Pero aquí la información es explícita, detallada y sistemática. Se detalla el plan de organización de las ocho *cosche* mafiosas que controlaban las afueras y las ciudades satélite del norte y el este de Palermo: Plana dei Colli, Acquasanta, Falde, Malaspina, Uditore, Passo di Rigano, Perpignano y Olivuzza. Se nombra al jefe y al subjefe de cada *cosca* y se incluyen detalles personales sobre muchos de los miembros de base. En total se proporciona el perfil de 218 hombres de honor, hombres que poseían tierras, que trabajaban en los campos de cítricos o los vigilaban, que intervenían en la comercialización de la fruta. El informe habla del ritual de iniciación y del código de conducta de la Mafia. Expone sus métodos comerciales, cómo se infiltra y controla las huertas, cómo falsifica dinero, comete robos, aterroriza y mata a testigos. Explica que la Mafia cuenta con fondos centralizados para sustentar a las familias de los hombres encarcelados y para pagar a los abogados. Cuenta cómo los jefes de las *cosche* mafiosas trabajan juntos para gestionar los asuntos de la organización y controlar el territorio.

Este diagrama de la Mafia resulta bastante impresionante, ya que coincide casi exactamente con lo que Tommaso Buscetta le revelaría al juez Falcone varias décadas después. No hay ilustración más fascinante del prolongado fracaso de Italia a la hora de saber ver la verdad sobre la Mafia. Pero más fascinante resulta aún la sensación de que este documento aparentemente gris —cuya referencia documental es «DGPS, aa.gg.rr. *Atti speciali* (1898-1940), b. 1, f. 1»— podía haber cambiado la historia. Podía haber hecho tanto daño a la Mafia como el macrojuicio de Falcone en 1987. Si el informe hubiera logrado su objetivo, la Mafia habría sufrido una devastadora derrota solo unas décadas después de su aparición.

El autor del informe, Ermanno Sangiorgi, era un policía de carrera, adusto y resuelto. Los periódicos de la época dicen que en Palermo era un personaje inconfundible. Aunque estaba más cerca de los sesenta que de los cincuenta y sus cabellos habían retrocedido hasta la coronilla, su llamativa barba rubia apenas

empezaba a encanecer. Su acento delataba claramente que era originario de la región de la Romagna, en la zona septentrional central de Italia. Sangiorgi era y sigue siendo una figura casi desconocida, por lo que se dispone de muy poca información sobre él. Pero entendió la Mafia siciliana mejor que nadie. Fue a Sangiorgi a quien se pidió que dirigiera la operación contra la *cosca* de Uditore cuando el doctor Galati le explicó su historia al ministro del Interior en 1875. Y fue también Sangiorgi quien dirigió la redada de la Hermandad de Favara en 1883. Su nombramiento como jefe de la policía de Palermo en agosto de 1898 representaba la culminación de su carrera, además de la oportunidad de utilizar toda la experiencia pacientemente acumulada para doblegar a la organización criminal secreta siciliana.



El único retrato conocido del jefe de la policía de Palermo Ermanno Sangiorgi, reproducido en un periódico en 1901. Sangiorgi sabía más que nadie sobre la Mafia de la primera época. *[*L'Ora, *3-4 de mayo de 1901, reproducido con autorización de la Biblioteca Nazionale, Roma.]*

Sangiorgi redactó su informe prestando especial atención a los detalles y con no poco apasionamiento. Abordaba frontalmente el escepticismo y la complicidad de las instituciones, y consideraba que estaba cerca de lograr un juicio histórico. Elaboró su informe en una época en la que resultaba difícil, aunque de ningún modo imposible, condenar a los mafiosos por crímenes concretos, o incluso llamar a capítulo a *cosche* aisladas como la Hermandad de Favara: había que convencer a los testigos para que se decidieran a contar la verdad, había que mantener con vida a los soplones de la Mafia el tiempo suficiente para que llegaran a testificar, había que proteger a jueces y jurados de las represalias y aislarlos de posibles sobornos, *etc.* Sangiorgi se enfrentó a todos esos problemas, pero sabía que el auténtico desafío residía en condenar a la Mafia *per se y* en poder fundamentar el proceso en los negocios de extorsión y los contactos políticos que sustentaban sus métodos.

Por esa razón, aspiraba a utilizar un instrumento jurídico concreto: una ley que proscribía las asociaciones criminales. Aunque esa ley no preveía penas especialmente duras, una condena basada en su informe tendría una profunda trascendencia política. Demostraría la teoría aparentemente descabellada de que existía una sociedad secreta criminal extremadamente sofisticada que había extendido su influencia por toda la Sicilia occidental, llegando incluso al extranjero. En pocas palabras, si Sangiorgi tenía éxito, nadie podría volver a negar jamás que la Mafia existía.

Pero Sangiorgi fracasó. Si su informe constituye una asombrosa prueba de que en 1898 los gobernantes de Italia sabían exactamente qué era la Mafia, por la misma razón su fracaso, y el modo en que su precioso conocimiento llegó a ser olvidado, representa una inquietante lección acerca de cómo el sistema político del país ha contribuido a que la Mafia sobreviviera hasta el día de hoy.

Sangiorgi no solo era un buen policía, también tenía unas buenas dotes de narrador. Entre los cientos de nombres, las docenas de declaraciones presenciales cuidadosamente contrastadas, su trabajo policial revela poco a poco un intrincado esquema de crímenes, una serie de relatos entrelazados de asesinato y engaño que ilustran la brutalidad y la laberíntica complejidad de la influencia de la Mafia en todos los niveles de la sociedad siciliana. El jefe de policía incluso tiene momentos de auténtico brío narrativo.

La mayoría de las historias de Sangiorgi se sitúan en la parte occidental de la Conca d'Oro, la «cuenca dorada» que rodea las afueras de Palermo. Esta zona es famosa por su belleza y fertilidad desde la época romana. En 1890 la revista *Illusstrazione Italiana* la describía como un lugar en el que «la imaginación se enciende y alza el vuelo», «una visión completamente oriental, un encantamiento». Allí estaba la prueba de que «la poesía florece generosa y abundante en el pueblo siciliano». La elite adinerada de Palermo edificaba sus segundas residencias entre los limonares de la Conca d'Oro. La primavera era la estación de la *villeggiatura,* cuando los ricos abandonaban sus hogares en la ciudad y se marchaban a sus enormes villas, situadas en medio de exóticos jardines y atendidas por ejércitos de criados. A finales de siglo, ochenta barones, cincuenta duques y setenta príncipes de Palermo alternaban con la realeza y los plutócratas europeos en las villas, clubes, teatros, salones y bulevares de la ciudad. En la época del nombramiento de Sangiorgi como jefe de la policía de Palermo, la alta sociedad había hecho de la capital siciliana uno de sus centros turísticos favoritos, una especie de París marítimo. En su empeño por descubrir los secretos de la Mafia, Sangiorgi siguió a los hombres de honor por los tortuosos canales estigios que conectaban a las personas normales y corrientes de Palermo con la dorada vida de esa alta sociedad de Sicilia, internacionalmente célebre.

* * *

Gran parte de la obra de Sangiorgi giraba en torno a un misterioso asesinato que había estado afligiendo a la policía de Palermo durante todo un año antes de su llegada. Los periódicos lo llamaban «el caso de los cuatro hombres desaparecidos», y se enmarcaba en un típico negocio limonero, el Fondo Laganà, situado no muy lejos del cementerio de Arenella, una aldea encajada entre la reverberante silueta del monte Pellegrino y el mar, justo al norte de Palermo. Era un lugar en el que después de anochecer se podían oír claramente incluso los gritos de los pescadores en la playa, a cientos de metros de distancia. Al otro lado de la carretera frente a la principal

edificación del «fondo», se encontraba una tienda donde se hacía pasta en turnos de noche. Cerca había un puesto ocupado las veinticuatro horas del día por vigilantes de aduanas. Sin embargo nadie confesó haber notado nada fuera de lo habitual en septiembre y octubre de 1897, hasta que cierto olor delató que allí había algo que no iba bien. El inconfundible hedor dulzón de la carne putrefacta había estado flotando durante varios días sobre los muros del Fondo Laganà antes de que los vigilantes de aduanas alertaran tímidamente a la policía. Y cuando esta irrumpió en el «fondo», lo que descubrieron fue una fábrica de asesinatos de la Mafia. Las paredes interiores de la construcción agrícola, apenas poco más que una caja de ladrillo con una sola estancia estaban llenas de agujeros de bala y salpicaduras de sangre. El atroz olor provenía de una estrecha y profunda gruta cercana. Se llamó a los bomberos para que descendieran hasta el fondo. Allí encontraron restos humanos en avanzado estado de descomposición que habían sido enterrados en cal viva. En un periodo de seis semanas cuatro hombres habían muerto a consecuencia de múltiples heridas de bala en el Fondo Laganà.

El caso de los cuatro hombres desaparecidos seguía sin resolverse cuando Sangiorgi llegó a Palermo, en agosto, para iniciar sus tareas como jefe de la policía. A su llegada también se había desencadenado una guerra entre mafias; hombres de temible reputación eran hallados muertos en los caminos y calles de la Conca d'Oro, mientras que otros desaparecían sin dejar rastro. Los detectives que estaban al mando de Sangiorgi tenían sus fuentes, pero sabían muy poco acerca de cómo se trazaban las grandes líneas de la batalla, o respecto a si la guerra y los cuatro asesinatos del Fondo Laganà estaban relacionados. Entonces, como ahora, no solo resultaba difícil obtener información sobre los asuntos de la Mafia, sino que además existía una extraordinaria distancia entre información y pruebas; el problema al que se enfrentaban las autoridades era el de cómo convencer a las fuentes de que se convirtieran en testigos. Por esa razón, en su informe Sangiorgi no nombra a la mayoría de las personas que le proporcionaron su información. Aterrorizada por la demostrada capacidad de la organización para castigar a cualquiera que proporcionara evidencias a la policía, y sospechando que la Mafia tenía agentes entre los policías y los fiscales, la gente solo se atrevía a hablar extraoficialmente. El viaje de Sangiorgi hacia los secretos del Fondo Laganà solo pudo iniciarse cuando se encontró con una valerosa excepción a esa regla.

El 19 de noviembre de 1898 Sangiorgi hizo que sus detectives se entrevistaran con Giuseppa Di Sano. Como parecen sugerir las posteriores noticias de prensa, Giuseppa era una mujer rolliza y robusta llena de coraje y sin demasiada imaginación. En cualquier caso, ella es en muchos aspectos la callada heroína del informe de Sangiorgi. La historia que explicó se había iniciado dos años antes de que proporcionara sus evidencias a este último, y nueve meses antes de los asesinatos del Fondo Laganà.

Por aquel entonces ella luchaba para llegar a fin de mes vendiendo alimentos y otros productos en el barrio inmediato al parque del Giardino Inglese. Pero también tenía otras preocupaciones aparte de las muchas habituales. El jefe local de los carabineros visitaba su tienda con demasiada frecuencia; es decir, con más frecuencia de la estrictamente necesaria para recoger las provisiones de alimentos y vino para su cuartel. Obviamente cualquier negocio era bienvenido. Pero lo que preocupaba a Giuseppa era el chismorreo; por el barrio corría el rumor de que el oficial estaba tratando de persuadir a su hija Emanuela, de dieciocho años, de que se liara con él. Y ello representaba un gran problema para una mujer que regentaba un pequeño negocio en una comunidad que no era conocida precisamente por sus buenas relaciones con las fuerzas de la ley y el orden. Había que atajar los rumores, y había que hacerlo sin que el oficial se ofendiera.

Pero los problemas de Giuseppa no acababan aquí. El dueño de una curtiduría local había estado enviando a sus hijos a buscar provisiones, y estos intentaban pagar siempre con billetes y monedas que ella sabía que eran falsos. También sabía que el empresario y sus hijos tenían amistades peligrosas. Cuando ella rechazaba cortésmente el dinero, los hijos del dueño de la curtiduría insistían. Finalmente, un billete de gran valor llegó a manos de su marido. Con los oídos todavía zumbándole por la discusión, Giuseppa lo devolvió para zanjar el asunto. Pero el dueño de la curtiduría se quitó el problema de encima pagando solo parte de la deuda, alegando que sus hijos no sabían que el dinero era falso.

Fue entonces cuando se produjo el episodio más inquietante. A finales de diciembre de 1896, las mujeres del barrio empezaron de repente a mirar de reojo a Giuseppa y a evitar ir a su tienda. Finalmente, un ama de casa que sí entró en ella se quejó en voz alta de las «mujeres mezquinas» del barrio. Giuseppa le instó a que le explicara exactamente a qué se refería, suponiendo que tenía que ver con su hija. Pero ella le replicó en tono cortante que hablaba de las espías de la policía. Giuseppa quedó perpleja y temerosa. Estaba ocurriendo algo que resultaba mucho más amenazador que los rumores sobre su hija o incluso que la disputa sobre el dinero falso.

El 27 de diciembre entraron en la tienda dos hombres de aspecto sospechoso, uno de ellos de apenas veinte años. En la calle, frente a la entrada, había un muro que circundaba un limonar. Ese muro tenía ahora un pequeño agujero abierto a no demasiada altura del suelo. Posteriormente Giuseppa caería en la cuenta de que los dos hombres estaban comprobando si el agujero ofrecía una clara línea de tiro al interior de la tienda. Recordaría que el mayor de los dos se detuvo el tiempo suficiente para decir en voz alta, y sin que viniera a cuento: «Si yo hago algo estúpido, siempre estará mi madre para cuidar de mí, de mi esposa y de mis hijos»[32].

Una frase tan oscura solo podía interpretarse de una manera: como una amenaza. La ansiedad de Giuseppa se convirtió en alarma.

A las ocho de la tarde del mismo día, un desconocido pálido y delgado entró en la tienda y pidió medio litro de fuel. Tras recoger su recipiente se dirigió hacia la puerta. Luego alzó el brazo derecho e hizo un gesto señalando hacia el otro lado de la calle. Se dispararon dos tiros a través del agujero del muro. Giuseppa fue alcanzada en el hombro y el costado. Cuando cayó al suelo, su hija Emanuela corrió a ayudarla. Entonces sonó un tercer disparo que alcanzó a Emanuela, causándole instantáneamente la muerte.

Cuando el jefe de policía Sangiorgi pidió a Giuseppa Di Sano que accediera a ser entrevistada, estaba investigando un antiguo crimen cuyos culpables habían sido ya capturados. Pero, tal como suelen tener que hacer a menudo los investigadores antimafia, Sangiorgi estaba reinterpretando el antiguo episodio, buscando cabos sueltos, y encajándolo en una intriga de mayor envergadura. De manera crucial para el progreso de las investigaciones de Sangiorgi, Giuseppa se mostró dispuesta a declarar que el asesinato de su hija había sido cosa de la Mafia. Sus palabras permitirían a Sangiorgi convertir aquel caso aislado en una evidencia de que la Mafia era de hecho una organización criminal con sus propias reglas, su propia estructura y —lo que es más importante— su propio modo de matar. Las fuentes de Sangiorgi en el mundo del hampa le explicaron también que la hija de Giuseppa fue la primera —y accidental— víctima de una serie de traiciones y asesinatos perpetrados por hombres de honor en la Conca d'Oro. La secuencia se había puesto en marcha dos semanas antes del asesinato, cuando los carabineros hicieron una redada en una fábrica de moneda falsa cerca de la tienda de Giuseppa, deteniendo a tres hombres. La Mafia se olió un soplo. Se iniciaron pesquisas por parte de un hombre de honor, Vincenzo D'Alba, cuyo hermano era uno de los mafiosos detenidos durante la redada. Este no tardó mucho en reunir las diversas pruebas: Giuseppa Di Sano había provocado el resentimiento del hampa local por el asunto de los billetes falsos; ella y su hija se mostraban amables con los carabineros, y lo que es más importante, el cuñado de Giuseppa había instalado una prensa de husillo en el taller mecánico que servía de tapadera a los falsificadores.

Todo parecía apuntar en la misma dirección. Antes incluso de presentar sus conclusiones en la reunión de la *cosca,* Vincenzo D'Alba dio instrucciones a su madre para que orquestara una campaña de rumores entre las mujeres de la zona. Su propósito era arruinar tanto el negocio de Giuseppa como su reputación: cuanto más impopular es uno, menos se le echa en falta, y menos probable resulta que se investigue su muerte concienzudamente. El 26 de diciembre de 1896, Giuseppa Di Sano fue condenada a muerte por la *cosca* mafiosa de Falde por un crimen contra la *omertà* que ella no había cometido. Veinticuatro horas después, D'Alba y su cómplice trataron de ejecutar la sentencia, pero solo lograron matar a la hija de Giuseppa.

Era Vincenzo D'Alba quien había acudido a la tienda de Giuseppa tanto para comprobar la línea de tiro desde el limonar de enfrente como para proferir su abstrusa amenaza. Y ello porque un golpe de la Mafia no afecta solo a los aspectos prácticos

que conlleva poner fin a la vida de alguien, sino que tiene también algo de brutal y lacónico teatro. La gente del barrio sabría quién controlaba el limonar de enfrente, y el agujero en el muro estaba allí para que se viera. La noticia de la amenaza de Vincenzo D'Alba se habría propagado con rapidez. Este fue a la tienda el día planeado para el asesinato tanto para mostrar su rostro como para preparar el terreno para el ataque. Aunque ningún fortuito transeúnte habría podido ver a los dos asesinos a través del agujero del muro, probablemente su identidad no constituiría un gran misterio para la comunidad. Aquel asesinato deliberadamente público desafiaba a cualquiera que hubiera visto lo ocurrido a acudir a la policía. La *cosca* de Falde exhibía así su dominio del territorio.

Y probablemente necesitaba hacerlo. Sangiorgi supuso que el eco de la pérdida de las instalaciones de falsificación de moneda se había extendido mucho más allá de la *cosca* de Falde, en cuyo territorio se hallaba ubicada la falsa ceca. Del mismo modo que los falsificadores necesitaban de una amplia red para poner en circulación su «dinero», así también los ingresos de la operación se repartían con otras *cosche*. Como resultado, la redada había dañado el prestigio de la *cosca*, y esta debía demostrar rápidamente al resto de la organización que todo seguía estando bajo control.

Cuando la Mafia mata, lo hace en nombre de todos sus afiliados. Hace consultas, monta juicios, busca el consenso, trata de justificar sus actos ante sus partidarios y demuestra que cumple sus obligaciones. Eso es lo que el jefe de policía Sangiorgi pretendía probar utilizando las evidencias de Giuseppa Di Sano. Los actuales investigadores antimafia suelen decirlo de una manera más cruda: la Mafia mata como lo hace un Estado; no asesina, sino que ejecuta.

El testimonio de Giuseppa resultaría una evidencia crucial de que la Mafia representaba mucho más que una mentalidad. Incluso la persecución que había sufrido desde aquel terrible día de diciembre de 1896 habla por sí misma:

> Es casi como si yo fuera la culpable. Todo el mundo me esquiva o me mira con cara de desprecio. Ahora hay muy pocas personas que vengan a comprar a mi tienda. Las únicas que lo hacen son las personas honestas que no son sensibles a las influencias de la Mafia. Así, el desastre que sufrí no solo me perjudicó directamente, físicamente (con un coste enorme en facturas médicas), y ha hecho algo más que abrir una herida incurable en mi corazón al matar a mi pobre hija de dieciocho años. A todo eso hay que añadir ahora el perjuicio económico que ha comportado la persecución de la Mafia. Esta se niega a perdonarme por una ofensa que jamás cometí[33].

Una semana después de dictar estas palabras a los detectives, Giuseppa miró por la ventana de su tienda y vio que había aparecido un nuevo agujero en el muro de

enfrente. El Estado paralelo de Palermo estaba de nuevo tomando medidas para contrarrestar la amenaza que suponía el jefe de policía Sangiorgi.

⁎ ⁎ ⁎

El asesino de la hija de Giuseppa Di Sano había dejado un inquietante cabo suelto que llevaría a Sangiorgi a descubrir cómo halló la muerte el primero de los cuatro hombres desaparecidos del Fondo Laganà. Los curiosos preparativos de Vincenzo D'Alba no lograrían evitar que fuera enjuiciado. A los pocos días del asesinato, su joven cómplice, Giuseppe *Pidduzzo* Buscemi, fue interrogado por la policía. Buscemi, a quien Sangiorgi describe como un joven impertinente, había preparado su coartada como haría cualquier mafioso. Pero también contribuyó a su propia liberación diciendo que había visto a Vincenzo D'Alba pálido y tembloroso en un estanco de la via Falde diez minutos antes del crimen. Como resultado de esta pista D'Alba sería arrestado, y, con el testimonio en contra de Giuseppa, declarado culpable y condenado a veinte años de cárcel. Para Sangiorgi, la traición de D'Alba por parte de Buscemi constituía una violación sorprendente —y, por ende, muy significativa— de la *omertà*

Cualesquiera que fueran las fuentes de Sangiorgi dentro de la Mafia, estas le dijeron que la escandalosa conducta de Pidduzzo Buscemi había enfurecido a los mafiosos más próximos a Vincenzo D'Alba. Antonino D'Alba, primo de Vincenzo —un tabernero cuarentón y un influyente hombre de honor con antecedentes como perista—, denunció la violación de la *omertà* por parte de Pidduzzo ante otros importantes capos, que acordaron celebrar un juicio. Pero la apelación a la justicia mafiosa de Antonino D'Alba acabaría por acarrear su propia muerte; él sería el primero de los cuatro hombres desaparecidos.

El juicio mafioso de Pidduzzo Buscemi no se celebraría hasta septiembre de 1897, ya que se pospuso hasta que este volviera de permiso del servicio militar. De pie ante los capos reunidos, Buscemi todavía vestía el uniforme del X Regimiento de Bersaglieri, con su extravagante sombrero de ala ancha con una pluma negra. Cuando se le pidió que explicara por qué había dado pruebas a la policía, el joven soldado afirmó con tranquilidad que lo había hecho para alejar las sospechas de la Mafia como organización, y que en todo momento había tenido la intención de cambiar más tarde su historia con el fin de ayudar a su cómplice y confundir a los investigadores. Curiosamente —descubriría Sangiorgi— el mafioso tribunal consideraría convincente aquel endeble testimonio y absolvería a Buscemi.

Era evidente que estaba en juego algo más importante que el *código* de la Mafia. Y como sucede con frecuencia en las guerras mafiosas, ese algo era el territorio. Entre los «jurados» presentes en el juicio al joven Buscemi se hallaba el capo de la *cosca* de Acquasanta, Tommaso D'Aleo, un hombre fornido con bigote de morsa que sospechaba que Antonino D'Alba había planeado apoderarse de un negocio de protección de dos ricos intermediarios de productos derivados del limón; incluso se

había hecho explotar una bomba en el balcón de la residencia de estos. Asimismo resultaba que Tommaso D'Aleo era el padrino de Pidduzzo Buscemi. Es casi seguro que este estaba utilizando al joven soldado para llevar a D'Alba a una posición en la que pudiera ser asesinado.

Poco después de que Pidduzzo Buscemi fuera absuelto, se convocó otro juicio en secreto; la justicia mafiosa puede ser muy rápida cuando hace falta. Antonino D'Alba fue declarado culpable *in absentia*. Se le condenó a muerte y se organizó cuidadosamente su ejecución. Esta vez no iba a ser un asunto público como el tiroteo de Giuseppa Di Sano, ya que el castigo a D'Alba era una cuestión interna de la organización.

Unos días después de que el juicio mafioso le hubiera absuelto de haber violado el código de la *omertà*, Pidduzzo Buscemi, ataviado todavía con su elegante uniforme, visitó la taberna que regentaba D'Alba. Le encontró limpiando un tonel y le invitó a salir al círculo de luz que formaba una farola de la calle para discutir sus diferencias. La conversación fue breve. Buscemi le dijo que quería restablecer su honor, dañado por las acusaciones de D'Alba, y le retó a un duelo.

D'Alba aceptó. Pero, como es posible que él mismo sospechara, se le estaba conduciendo a una trampa. Según el testimonio de su hijo pequeño tal como lo registró Sangiorgi, la tarde del día siguiente, 12 de septiembre de 1897, el capo Tommaso D'Aleo y otro mafioso fueron a la taberna de D'Alba, donde comieron, charlaron y se quedaron un buen rato. Cuando tuvieron que pagar la factura, que ascendía a 3,25 liras, lo hicieron con un billete de cien; se trataba de un gesto de recelo y hostilidad cuidadosamente planeado. A las seis y media de la tarde, D'Alba volvió de un establecimiento cercano adonde había acudido para cambiar el billete de cien liras. Se despojó de sus dos anillos de oro, de su alfiler de corbata también de oro, y de otros objetos de valor, que ocultó en una taza de café colocada en un estante. Luego cogió su revólver y se marchó. Tommaso D'Aleo y los otros gángsteres le siguieron.

A Antonino D'Alba jamás se le volvió a ver con vida. La fábrica de rumores de la Mafia hizo correr el bulo de que se le había visto en el norte de África. Alguien incluso envió desde Túnez a su padre una carta supuestamente suya. Pero cuando llegó esa carta la policía ya había descubierto que en realidad un grupo de mafiosos había acribillado a tiros a D'Alba en el Fondo Laganà la misma noche de su desaparición.

* * *

Mediante sus concienzudas entrevistas con soplones de la policía y su paciente revaluación de las evidencias, Sangiorgi estaba empezando a obtener un panorama completo acerca de cómo operaba la Mafia, de cómo sus más acres conflictos no representaban meramente el producto de un sentimiento de orgullo ilegal, sino que de hecho comportaban leyes, procedimientos legales y un sistema de control territorial.

La siguiente etapa de su investigación pasaba directamente del Fondo Laganà a la vida privada de las familias más ricas y conocidas de Sicilia: los Florio y los Whitaker. Como descubriría Sangiorgi, aquellas dos opulentas dinastías convivían con la Mafia de dos formas completamente opuestas: una de ellas, cínica; la otra, más resignada y engañada. Pero ambas serían cómplices de la perpetuación del poder de la Mafia.

Cuando los reyes y príncipes europeos visitaban Palermo, cosa que hacían con frecuencia, había un lugar en el que siempre eran bien recibidos: una lujosa villa situada en un parque privado de Olivuzza, en la Conca d'Oro, perteneciente a Ignazio Florio hijo. En 1891, a los veintitrés años de edad, Ignazio heredó la mayor fortuna de Italia. Se decía que solo en Palermo dieciseis mil personas «comían de su pan». Los Florio tenían cuantiosos intereses en el azufre, la maquinaria ligera y pesada, la pesca del atún, la cerámica, los seguros, las finanzas, el vino de Marsala y, sobre todo, el transporte marítimo. La firma de Florio era la principal accionista de NGI (Navigazione Generale Italiana), la principal compañía de transporte marítimo de Italia y una de las mayores de Europa.

Pero cuando Ignazio hijo accedió a su herencia, la fabulosa riqueza de la familia había empezado a desmoronarse desde dentro. NGI había engordado gracias a contratos públicos y subvenciones arreglados por los contactos políticos de su padre, cuidadosamente cultivados. Pero ahora se hacía cada vez más evidente lo poco competitiva que era. Además, el centro de gravedad político y económico del país se desplazaba inexorablemente hacia el norte, a las ciudades de Génova, Turín y Milán. La influencia de los Florio se diluía cada vez con mayor rapidez. Antes de cumplir los cuarenta años, Ignazio hijo había perdido el control de una fortuna cuya creación había requerido tres generaciones. En 1908 se vio obligado a vender la participación de la familia en NGI; se puede tomar perfectamente esta fecha como el hito que marcaría el fin de la *belle époque* de Palermo, iniciada en 1891, cuando Ignazio se convirtió en jefe de la familia. Durante aquel período la alta sociedad siciliana orbitó en torno a la estrella moribunda del dinero de Florio. La prensa denominaba entonces a Palermo «Floriópolis», pero aquella fue su última etapa de florecimiento como gran ciudad europea.

Ignazio Florio hijo era un hombre sofisticado, agraciado y arrogante. Llevaba tatuada en el brazo la figura de una mujer japonesa. Su ropa provenía casi exclusivamente de marcas londinenses: corbatas de Moulengham, sombreros de Locke & Tuss o trajes de Meyer & Mortimer (el sastre del príncipe de Gales). Por las mañanas adornaba su solapa un clavel de vivos colores; por las noches, una gardenia. En 1893, tal como hiciera su padre, Ignazio consolidó su estatus social casándose con una mujer de título. A su prometida, Franca Jacona di San Giuliano, se la consideraba una de las mujeres más hermosas de Europa. Unos meses después de la boda, durante el primer embarazo de Franca, Ignazio viajó a Tunicia para realizar un safari que

requirió de los servicios de cincuenta porteadores y decenas de camellos. A su regreso, Franca encontró ropa interior femenina en el equipaje. Un collar de gruesas perlas aplacó su ira. Ese mismo ritual de penitencia se repetiría muchas veces durante su matrimonio; se dice que Franca llegó a acumular treinta kilogramos de joyas.

Pese a las transgresiones de su esposo, Franca asumió rápidamente el papel de reina de la alta sociedad de Palermo. Ejerció el mecenazgo artístico. Sus ojos verdes, su tez olivácea y su estilizada figura fueron celebrados por el poeta Gabriele d'Annunzio. Provocó un pequeño escándalo al permitir al artista de moda Giovanni Boldini dibujar sus piernas. Icono del modernismo, llevaba collares de perlas que le llegaban casi hasta las rodillas. Para Franca Florio el dinero era ostentación. Hasta el final de su vida se mostró tenazmente inconsciente del empeoramiento de la situación financiera de la familia. Cuando se vio amenazada por los signos del envejecimiento, en la década de 1900, viajó a París para someterse a una de las primeras operaciones de cirugía estética que prometían un rostro «de porcelana».

El informe de Sangiorgi relata que una mañana, en las primeras semanas de 1897, los criados de Ignazio y Franca Florio les despertaron muy temprano. Ignazio se sintió indignado al descubrir que durante la noche habían robado de la villa varios objetos de arte. Sin embargo, quien más ofendido se mostró por aquel latrocinio sin precedentes no fue el *commendatore* Ignazio Florio hijo, sino el hombre al que este reprendió furiosamente diciéndole a gritos que arreglara el asunto, su jardinero. Francesco Noto, un hombre calvo y fornido con un mostacho extremadamente rizado, no habría aceptado aquella clase de reprimenda de nadie que no fuera Florio. Y ello porque, como sabía muy bien Ignazio hijo, el jardinero era en realidad el capo de la *cosca* mafiosa de Olivuzza. Su hermano pequeño y lugarteniente, Pietro, también estaba empleado en la villa como guardia de seguridad. El hecho de que tuvieran empleos tan humildes no debe engañarnos con respecto a la inmensa importancia estratégica y simbólica que representaba proteger la villa de la familia más rica de Sicilia, el eje de la alta sociedad de Palermo. Los hermanos Noto eran los verdaderos objetivos del robo en la villa de Olivuzza, y sabían muy bien quién lo había cometido.

El jefe de policía Sangiorgi encontró la razón del robo remontándose unas semanas atrás, cuando la niña de diez años Audrey Whitaker fue raptada por unos mafiosos siguiendo órdenes de los hermanos Noto. Audrey había estado cabalgando en La Favorita, el aristocrático parque situado en el extremo noroeste de Palermo donde los ricos ociosos cazaban codornices o asistían a carreras de caballos y concursos hípicos. Cuatro hombres surgieron de entre los arbustos y se abalanzaron sobre el mozo al que la familia había confiado la protección de la niña, al que golpearon y ataron a su caballo mientras se llevaban a Audrey. Su padre, Joshua (más conocido *por Joss*), recibió una cortés demanda de rescate por valor de cien mil liras.

Sangiorgi no necesitaba que le explicaran quiénes eran los Whitaker. La familia pertenecía a la principal dinastía empresarial inglesa establecida en Sicilia (la comunidad británica de Palermo había establecido fuertes raíces después de que las

fuerzas de Su Majestad ocuparan la isla durante las guerras napoleónicas). Como sus amigos los Florio, los Whitaker participaban en el negocio del vino de Marsala. Y junto con los Florio, también fueron invitados a Londres con motivo del funeral de la reina Victoria, en 1901.

La extensa familia Whitaker prestaba asimismo un fuerte barniz británico al *grand monde* de Palermo. Fueron ellos quienes introdujeron en Sicilia las recepciones al aire libre, en las que se servían extravagantes manjares en una marquesina adosada a la parte trasera de la villa. Los Whitaker también fundaron una organización benéfica para niños abandonados, una sociedad protectora de animales, así como los clubes de fútbol y de criquet de Palermo. La madre de la pequeña Audrey, Effie, cultivaba una imagen excéntrica. Recorría Palermo en su carruaje con un loro en el hombro, al que se alimentaba con semillas de girasol depositadas en una cajita de plata y cuyos excrementos se recogían con una espátula también de plata. La otra pasión de Effie era el tenis sobre hierba. En el jardín de los Whitaker había tres pistas, denominadas *Inferno*, *Purgatorio* y *Paradiso.* La posición social del visitante determinaba en gran medida en qué pista se le permitía jugar. En el transcurso de los partidos se dejaba volar libremente al loro de Effie. Fue precisamente durante uno de esos partidos cuando el hermano adolescente de Ignazio Florio, Vincenzo, que no compartía la sensiblería británica con los animales, disparó al mimado pájaro cuando estaba posado en un árbol.

El secuestro de Audrey Whitaker no era el primer problema que había tenido la familia con la Mafia, ya que los Whitaker no estaban tan bien relacionados como los Florio. De joven, el hermano de Joss, Joseph (llamado *Pip*), había recibido una serie de cartas, marcadas con las dos tibias y la calavera del símbolo pirata, en las que se le pedía dinero. Sus maestros de Harrow sin duda se habrían sentido satisfechos de su valiente reacción: «Yo sabía muy bien quién era el jefe de la Mafia local —recordaría más tarde—, de modo que le envié un mensaje diciéndole que las cartas habían sido depositadas en la comisaría de policía dando su nombre para el caso de que yo fuera asesinado. Después de esto no volví a tener más problemas»[34]. Unos años después, la cuñada de Joss estaba paseando por el jardín de la villa familiar cuando alguien arrojó una mano cortada por encima del muro exterior, que cayó a sus pies. Esta vez la respuesta de la familia fue más comedida: guardaron silencio sobre el incidente por si se trataba de una amenaza. Por entonces los mafiosos «protegían» ya algunas de las propiedades de la familia.

Joss Whitaker optó por adoptar la misma postura tras el rapto de su hija. Pagó el rescate de inmediato y negó que todo el episodio hubiera ocurrido jamás. La pequeña Audrey volvió a casa a los pocos días.

Las misteriosas fuentes de Sangiorgi no solo le revelaron el secreto del secuestro de Audrey Whitaker, sino que también le contaron que la enorme cuantía del rescate causó fricción en la *cosca* de Olivuzza. Dos de sus miembros, los cocheros Vincenzo Lo Porto y Giuseppe Caruso, no se conformaron con su parte del botín y decidieron

dar una arriesgada respuesta: un *sfregio*. Como explica Sangiorgi, el término *sfregio* constituye un importante elemento de la terminología mafiosa cuyo significado alude a dos cosas estrechamente relacionadas: significa «costurón», es decir, una cicatriz grande y muy visible, y lo que es más importante, significa asimismo «afrenta», una acción insultante destinada a desprestigiar a alguien. Dado que para la Mafia el control del territorio lo es todo, el *sfregio* más osado posible consiste en causar daños a una propiedad protegida por otro mafioso. En palabras de Sangiorgi, «uno de los cánones de la Mafia es el respeto por la jurisdicción territorial de otro hombre. Burlarse de tal jurisdicción constituye un insulto personal»[35].

Fueron Lo Porto y Caruso quienes robaron los objetos de arte de la villa de Florio. El robo era un *sfregio* dirigido contra los líderes del clan de Olivuzza. La reprimenda que Ignazio hijo le dio a Francesco Noto era el verdadero objeto de aquella acción. Citando de nuevo a Sangiorgi: «El objetivo que se habían propuesto los dos cocheros, humillar a su jefe y a su subjefe, se había logrado».

Los hermanos Noto reaccionaron ante aquel *sfregio* con ejemplar paciencia. Primero se aseguraron de que se reparara el daño causado a su reputación a los ojos de Ignazio Florio. Prometieron a los dos ladrones una parte mayor del dinero ganado con el rapto de Whitaker, e incluso una recompensa si devolvían el botín del robo de los Florio. Así, unos días después, al despertarse por la mañana, la familia Florio se encontró con otra sorpresa, esta vez agradable: todos y cada uno de los objetos desaparecidos habían sido devueltos exactamente al mismo sitio de donde se habían robado.

Una vez restauradas las propiedades de los Florio, su jardinero y su vigilante se hallaron en condiciones de actuar contra Lo Porto y Caruso. El asesinato de cualquier hombre de honor constituye un acto potencialmente desestabilizador que afecta a toda la organización mafiosa. La implicación de la familia Florio en el caso acentuaba aún más su importancia. En consecuencia, cuando los Noto denunciaron en secreto a Lo Porto y Caruso ante otros capos, el resultado de ello fue una vista en la que participaron los capos de las ocho *cosche*. Esta se celebró en el territorio de Falde y no en los dominios de Noto en Olivuzza, lo que constituía otra demostración de que la decisión tenía consecuencias para toda la organización. Era evidente que los Noto deseaban algo más que un veredicto de culpabilidad; como afirma Sangiorgi, aspiraban a que se produjera un consenso lo más amplio posible en favor de una condena a muerte. Y consiguieron lo que buscaban; para evitar las sospechas y hacer que los asesinatos fueran lo más eficientes posible, las penas de muerte no se ejecutarían hasta unos meses después.

Cuando llegó el momento de llevar a cabo las ejecuciones, el 24 de octubre de 1897, se hizo acudir a los dos cocheros al Fondo Laganà con el pretexto de que iban a tomar parte en un robo. Allí se encontraron con un pelotón de ejecución representativo integrado por hombres de honor de cada una de las distintas *cosche*. Quienes primero dispararon a Lo Porto y Caruso fueron los mismos hombres que les

habían acompañado hasta allí; los otros mafiosos esperaron a que se hubieran puesto en pie de nuevo para acabar con ellos. Luego arrojaron sus cuerpos acribillados a la gruta. Encima de ellos caería el cuarto y último cadáver: el de otro joven mafioso ejecutado en el «fondo» por haber robado a su jefe. Una semana antes había recibido varios disparos en la cabeza cuando se sentaba, según creía, a jugar una partida de cartas.

* * *

Para Sangiorgi, una cosa era relatar una historia de ejecuciones colectivas y negocios de protección que explicaba cómo los cuatro hombres desaparecidos habían acabado en el Fondo Laganà, y otra muy distinta demostrarlo ante un tribunal y convertir esa historia en una prueba de la existencia de lo que él denominaba la «oscura fraternidad». Necesitaba más testigos. Pronto se presentarían otros dos; y, significativamente, ambos serían de nuevo mujeres.

Cuando las esposas de los dos cocheros descubrieron que eran viudas, otros mafiosos les contaron la historia de que sus maridos habían muerto heroicamente, asesinados por una banda rival por haberse negado a tomar parte en un plan para raptar al hermano de Ignazio Florio, Vincenzo, el adolescente «cazador de loros». En otras palabras, se les dijo a las viudas que sus esposos habían muerto al servicio de los Florio, y no por haber robado en su villa.

Aquella ficción la descubriría unas semanas después la madre de Ignazio, la formidable baronesa Giovanna d'Ondes Trigona. El 29 de noviembre de 1897 —no mucho después de que el hedor a carne en descomposición procedente del Fondo Laganà hubiera llevado al descubrimiento de los cuerpos en el pozo—, la baronesa abandonó la villa de los Ebrio en Olivuzza para dirigirse a un convento de monjas del que era benefactora. Por el camino vio que la viuda de Vincenzo Lo Porto se acercaba a su carruaje. La mujer pidió ayuda a la baronesa para criar a su hijo. Pero sus esperanzas se esfumaron de golpe al escuchar la respuesta de la baronesa: «No me haga perder el tiempo. Su marido era un ladrón, que robó en mi casa junto con Caruso»[36].

Cuando las dos viudas se presentaron para contar lo que sabían, para Sangiorgi se hizo inmediatamente evidente que la baronesa conocía toda la historia que había tras el robo. Creía que Lo Porto y Caruso habían recibido su merecido. En aquel momento se puede decir sencillamente que sabía más sobre los mafiosos asesinados que sus propias viudas. Y también estaba mejor informada que la policía, que por entonces ya había encontrado los cuerpos, pero que sabía bien poca cosa más sobre el caso de los cuatro hombres desaparecidos. La probable implicación de ello está clara: a toda la familia Florio se le había explicado discretamente que los dos hombres que habían robado los objetos de arte de su casa habían tenido el desagradable final que su infamante conducta merecía. Dado que se había restablecido el orden a través de canales privados, a los Florio ni se les había pasado por la cabeza informar a la

policía. De hecho, es posible incluso que su papel en los asesinatos hubiera ido más allá. Sangiorgi no conocía el contenido de la conversación de Ignazio hijo con su mafioso jardinero a la mañana siguiente del robo. Es legítimo preguntarse, pues, si en realidad Ignazio no habría insinuado cuál creía él que debía ser el destino apropiado para los culpables.

El jefe de policía Sangiorgi se basa en las declaraciones de las viudas de los dos cocheros para relatar esta historia con su habitual sobriedad y atención de los detalles. Asimismo, recalca que resultaría provechoso que los fiscales interrogaran a la baronesa Florio. Era su deber hacerlo. Pero es difícil no imaginar una sonrisa de amarga ironía en su rostro al hacer esa sugerencia:

> La señora Florio es una dama noble, pía y religiosa. Es difícil decir qué es mayor: las inmensas riquezas de las que dispone o las ilustres virtudes de su mente extremadamente noble y de buena cuna. Por esa razón, si se la invita a testificar bajo juramento, es probable que no desee o no pueda ocultar a la justicia su encuentro con la viuda[37].

No había esperanza alguna de que se cumpliera el deseo de Sangiorgi; el poder de la familia Florio la situaba por encima de la ley. Sangiorgi contaba ahora con tres testigos dispuestos a declarar, las tres mujeres, las tres afligidas por la muerte de un ser querido, pero ninguna de ellas decisiva para su intento de probar lo que era realmente la Mafia.

* * *

Sangiorgi siguió enviando nuevas entregas de su informe a finales de 1898 y durante los primeros meses de 1899. En cada fase de su trabajo la Mafia tomaba contramedidas. El hermano de uno de los cocheros asesinados por el robo a los Florio fue empujado al suicidio por las sospechas de que había colaborado con las autoridades. Un soplón de la Mafia, probablemente la principal fuente interna de Sangiorgi sobre los cadáveres del pozo, emigró para protegerse utilizando un pasaporte que le había proporcionado la propia policía. Sería en vano; un asesino le encontró en Nueva Orleans y le envenenó. Sangiorgi confesaba su preocupación por las posibilidades de llevar la investigación a una conclusión fructífera en los tribunales. Se quejaba de que el juez de instrucción que llevaba el caso era un hombre de «carácter pusilánime, extremadamente sujeto a influencias». Mientras tanto, la guerra interna de la Mafia proseguía a intervalos irregulares. Los asesinatos y desapariciones continuaban, y de vez en cuando surgían noticias fragmentarias del hampa sobre negociaciones, cambiantes alianzas y treguas fallidas.

Entonces, el 25 de octubre de 1899, se presentó la gran oportunidad de Sangiorgi. Un conocido hombre de honor fue capturado con las manos en la masa en el

escenario de un tiroteo. La pretendida víctima del ataque sobrevivió, y sorprendentemente resultó ser nada menos que el antiguo «capo regional o supremo» de la Mafia, como le denominaba Sangiorgi. Francesco Siino, un huesudo cincuentón, capo de la *cosca* de Malaspina y próspero comerciante de cítricos, había estado hasta hacía poco en la cúspide del organigrama que la policía había elaborado a partir de fuentes confidenciales.

Sangiorgi aprovechó la oportunidad con rapidez y astucia, intentando de nuevo ejercer presión en el elemento que ahora sabía que constituía el potencial punto débil de la Mafia: sus mujeres. Mantuvo oculto a Siino, e hizo correr la noticia de que el capo herido estaba al borde de la muerte. Luego enfrentó cara a cara a la esposa de Siino con el sicario al que había detenido. Ella no pudo contenerse y empezó a gritarle: «¡Infame! ¡Infame!», un insulto habitual en la Mafia, cuyo significado suele ser «traidor, escoria deshonrosa». Allí mismo le acusó a él y a sus cómplices de toda una serie de asesinatos. Era el comienzo de su colaboración con la justicia. Francesco Siino no tardó en saber que su esposa había hablado con Sangiorgi, y también él empezó a hablar de lo que denominaba «la compañía de amigos». Sangiorgi tenía el *pentito* que necesitaba para fundamentar su acusación.

Las entrevistas con el nuevo desertor permitieron a Sangiorgi comprender poco a poco la guerra de la Mafia desde dentro, y lo que no es menos importante, le permitieron demostrar que dicha guerra no era solo una caótica escaramuza entre distintas bandas, sino el resultado de una fractura en una única organización. Sangiorgi empezó a comprender que incluso cuando está en guerra, la Mafia tiene sus normas, su lenguaje, su diplomacia e incluso su memoria histórica.

El poder de Francesco Siino en el seno de la Mafia se había desvanecido ya cuando la policía supo de su posición de «capo regional o supremo». Ya no era él quien representaba la riqueza e influencia dominantes, y con ellas, el centro de gravedad de la Mafia, sino una alianza entre las «familias» de Passo di Rigano, Piana dei Colli y Perpignano. El patrón de aquella alianza tenía un nombre familiar: don Antonino Giammona, el «taciturno, orgulloso y cauto» mafioso que había ascendido al poder bajo la protección del barón Nicoló Turrisi Colonna en la década de 1860 y que estaba detrás de la persecución al doctor Gaspare Galati en la de 1870. Ahora, en 1898, Giammona tenía una gran casa en la via Cavallacci, en la misma aldea de las afueras de Passo di Rigano en la que había nacido setenta y ocho años antes. Su hijo ejercía como capo responsable de los asuntos cotidianos de la zona. Pero, según Sangiorgi, el anciano seguía siendo la «mente ejecutiva» de la Mafia: «Él ejerce la dirección a través de un consejo basado en su amplia experiencia y su largo historial delictivo. Da instrucciones sobre el modo de ejecutar crímenes y montar defensas, especialmente coartadas»[38]. La continuada influencia del anciano Giammona era una prueba de que los mafiosos no eran solo efímeros matones. Por entonces hacía ya cuatro décadas que la «oscura fraternidad» se había convertido en un rasgo bien arraigado de la sociedad de Palermo.

Las raíces de aquella irregular guerra mafiosa de 1897-1899 se remontaban a la redada policial realizada en las instalaciones de falsificación de moneda de la *cosca* de Falde, la misma redada de la que se había culpado a Giuseppa Di Sano a finales de 1896. Fue precisamente don Antonino Giammona quien trató de controlar los efectos secundarios de aquella pérdida. En enero de 1897 se convocó una cumbre de los capos de las ocho *cosche:* Piana dei Colli, Acquasanta, Falde, Malaspina, Uditore, Passo di Rigano, Perpignano y Olivuzza. Como era habitual, Francesco Siino presidió la reunión. Pero esta vez la caída de los ingresos de la Mafia había provocado un malhumor generalizado. Giammona percibió la débil posición de Siino y decidió manipular la situación en su propio beneficio. Al darse cuenta de que se cuestionaba su autoridad, Siino se levantó: «¡Bien! ¡Dado que ya no se me respeta como es debido, dejo que cada grupo piense y actúe por sí mismo!»[39]. Los reunidos pasaron entonces a delimitar la zona de influencia de cada grupo. Pero no mucho después de aquel encuentro los Giammona empezaron a realizar simbólicas incursiones de tanteo en el terreno de Siino, en lo que constituían calculados actos de falta de respeto. Sin embargo Siino no se dejó provocar. Los dos bandos en conflicto sabían que resultaba arriesgado que se les considerara los iniciadores de un enfrentamiento.

Hizo falta la intervención de un acalorado joven para acelerar las cosas. El sobrino de Francesco Siino, Filippo —según Sangiorgi, «un joven muy impetuoso, impertinente y audaz»—, era subjefe de Uditore. En un momento dado empezó a enviar cartas amenazadoras al anciano Giammona. Como respuesta, se convocó una reunión de unos cuarenta mafiosos veteranos en el edificio donde estaba instalada la prensa de aceitunas de don Antonino. Aunque no se dijo nada de manera explícita, el viejo capo dejó claro a quién pensaba que había que culpar de las cartas. Fuera de la reunión, otro capo le sugirió discretamente a Francesco Siino que debía llamar a capítulo a su sobrino.

En lugar de ello, los Siino se vengaron cortando unas cuantas chumberas de las tierras de Giammona. Estas cactáceas de frutos carnosos apenas tienen valor por sí mismas, pero su destrucción constituía un claro *sfregio.* La respuesta de Giammona fue proporcional: hizo destrozar varias plantas de una finca vigilada por el joven Siino, quien respondió atacando de nuevo una propiedad de Giammona.

Don Antonino Giammona se hallaba ahora en una encrucijada táctica. El joven Filippo Siino carecía de propiedades a su nombre. Sangiorgi explica que, en el ritualizado lenguaje del *sfregio,* una segunda represalia contra la finca del joven subjefe protegido se interpretaría como una ofensa a su propietario, y no a su vigilante. Y resultaba evidente que *no* era ese el mensaje que querían transmitir Giammona y sus aliados. Una ofensa a un terrateniente podía acarrear problemas a toda la organización. En lugar de ello, los Giammona prefirieron causar daños en las tierras arrendadas por Francesco Siino, el antiguo jefe supremo, lo que de todos modos representaba una manifiesta escalada de la disputa. Por tercera vez, el «impetuoso» Filippo Siino destruyó varias plantas en tierras de Giammona como

represalia. Los Giammona concluyeron entonces que había llegado el momento de hacer la guerra.

El conflicto fue mal para los Siino desde el principio. Perdieron hombres y terreno en toda la Conca d'Oro mientras los Giammona y sus aliados les arrebataban sus empleos de vigilantes en los limonares. El momento decisivo se produjo al anochecer del 8 de junio de 1898, cuando el «impetuoso» Filippo Siino fue interceptado y asesinado a tiros en la calle por cuatro sicarios de Giammona a los que alguien había dado la oportuna señal desde el propio campo de Siino.

Sangiorgi supo también de las víctimas inocentes de la guerra, una nueva confirmación —si es que hacía falta alguna— de que los mafiosos no solo mataban a los suyos. En cierta ocasión se envió a varios asesinos de Giammona en persecución de un sicario de Siino especialmente temido; al cruzarse casualmente con su hermano, le mataron en su lugar. Cuando huían por la ruta de escape que habían previsto, un joven vaquero de diecisiete años, Salvatore Di Stefano, les vio. Al cabo de un mes volvieron tranquilamente para evitar que testificara contra ellos. Los asesinos encontraron a Salvatore regando, descalzo y con los pantalones arremangados. Improvisando, le arrojaron a un pozo y pusieron los zapatos en el borde para hacer que pareciera un accidente, que fue precisamente lo que creyó la policía.

Cuando se produjo el asesinato del infortunado vaquero, Francesco Siino había hallado refugio en Livorno, en la Toscana, donde tenía diversos contactos en la industria de los cítricos. Esta vez se le unieron tres de los sobrinos que le quedaban, quienes abandonaron sus estratégicos empleos en los limonares. El poder de Siino se derrumbaba. Tras aquella racha de asesinatos, la policía confiscó los permisos de armas de las familias más destacadas de la Mafia, incluyendo los Giammona y los Siino. La respuesta de la organización fue recurrir a las instancias más elevadas de la política y la alta sociedad. Una serie de distinguidos personajes públicos —parlamentarios (incluido don Raffaele Palizzolo), empresarios e incluso una princesa— colaboraron a la hora de facilitar las referencias necesarias para que se devolvieran los permisos. Los propios Giammona contaron con el patrocinio de un viejo amigo de la familia: el hijo de un experto en la «secta», el barón Nicoló Turrisi Colonna. Los Siino, en cambio, buscaron en vano alguien que hablara en su favor. Entre los sectores de la burguesía de Palermo más amistosos con la Mafia se había corrido la voz de que los Siino habían sido expulsados de la «honorable sociedad», y estos se vieron abandonados a su suerte.

Sangiorgi nos cuenta que en diciembre de 1898, Francesco Siino, de nuevo en Palermo, reunió a sus hombres para exponerles la situación: «Hemos contado a los nuestros y hemos contado a los suyos. Nosotros sumamos ciento setenta, incluyendo a los *cagnolazzi* ["perros salvajes", los jóvenes matones aún no iniciados]. Ellos son quinientos. Tienen más dinero. Y tienen contactos que nosotros no tenemos. Así que vamos a hacer las paces»[40]. Se negoció una tregua en otra reunión de capos

veteranos, celebrada esta vez en una carnicería de la via Stabile. Luego Siino partió de nuevo hacia Livorno, junto con toda su familia. Había sido vencido tanto militar como políticamente. A los Giammona solo les quedaba ahora aplastar los núcleos de resistencia que quedaban.

Si Siino se hubiera quedado en Palermo jamás se habría convertido en el testigo que tan desesperadamente necesitaba Sangiorgi. Pero al otoño siguiente se le convocó a una última visita, justo el tiempo suficiente para que la facción de Giammona preparara un atentado contra su vida.

Y Sangiorgi tuvo su oportunidad. Finalmente había llegado el momento de dejar de redactar su informe y empezar a practicar detenciones.

* * *

La noche del 27 de abril de 1900, Sangiorgi ordenó una redada de todos los mafiosos enumerados en su informe. Para evitar filtraciones, a los policías y carabineros que participaron en la operación no se les informó de cuál iba a ser su misión aquella noche hasta el último momento. Treinta y tres sospechosos fueron arrestados de inmediato, y durante los meses siguientes se detendría a muchos más. En octubre de 1900 el prefecto de Palermo informaba de que Sangiorgi había reducido a la Mafia al «silencio y la inactividad».

Como veterano luchador antimafia, Sangiorgi siempre había sabido lo difícil que resultaría que sus investigaciones dieran resultados. Sabía también que necesitaría apoyo político si pretendía tener alguna posibilidad de éxito. Las diversas entregas de su informe se habían dirigido a las autoridades fiscales de Palermo, pero también quería que el gobierno, en la persona del general Luigi Pelloux, supiera lo que había descubierto, de modo que se aseguró de que Pelloux recibiera una copia de cada una de las entregas a través del prefecto de Palermo. En noviembre de 1898 Sangiorgi redactó una carta introductoria a su informe, que iba dirigida al prefecto, pero que en realidad estaba destinada al primer ministro:

> Necesito especialmente su respetada y legítima intervención, sus buenos oficios ante las autoridades judiciales. Y necesito su apoyo en las relaciones con el gobierno. Ello se debe a que, lamentablemente, los jefes de la Mafia actúan bajo la salvaguardia de senadores, parlamentarios y otros personajes influyentes que les protegen y defienden, y que son, a su vez, protegidos y defendidos por los mafiosos[41].

La Mafia había creado un sistema de complicidad que la protegía de las personas como Sangiorgi, un sistema que se extendía desde los adinerados Florio hasta las mujeres del barrio del Giardino Inglese que boicotearon la tienda de Giuseppa Di Sano. Para poder combatir eficazmente dicho sistema, Sangiorgi necesitaría el

respaldo de un gobierno decidido. Pero desgraciadamente para Sangiorgi y para Sicilia, la ventana que representaba la oportunidad política de dar un golpe decisivo a la Mafia se cerró en el mismo momento en que sus muchos meses de trabajo parecía que empezaban a dar resultados.

La crisis de finales de la década de 1890 que había llevado al general Pelloux al poder en Roma representó su último acto en el verano siguiente a la redada de Sangiorgi contra los sospechosos de pertenecer a la Mafia. En julio de 1900 el rey pagó la corrupción y la inepta brutalidad de sus gobiernos cuando un anarquista le mató a tiros junto al palacio real de Monza. Por entonces la economía estaba remontando y la crisis llegaba a su fin. Un mes antes de la muerte del rey se había establecido un gobierno más progresista tras la renuncia del general Pelloux; con él se fue también el apoyo en Roma al jefe de la policía de Palermo.

El primer síntoma de la oposición a Sangiorgi era simplemente la lentitud con la que avanzaba el caso. El fiscal jefe de la ciudad estaba resultando puntilloso en exceso. Él era el hombre al que se había dirigido oficialmente el informe de Sangiorgi. Sin embargo, tras cada nuevo arresto, la oficina del fiscal enviaba de nuevo todo el sumario al juez de instrucción que trabajaba con Sangiorgi para que se pudieran actualizar las pruebas. Hubo que esperar a mayo de 1901 —un año después de las primeras detenciones— para que se iniciara el juicio de Sangiorgi. De entre varios cientos de miembros de la Mafia, solo ochenta y nueve se sentaron en el banquillo acusados de pertenecer a la organización criminal que había cometido los asesinatos de los cuatro hombres desaparecidos. El fiscal jefe no consideró que las pruebas fueran lo bastante contundentes como para llevar a juicio a los demás. La más notable de las personas liberadas fue don Antonino Giammona; una vez más, el capo mafioso más conocido salió en libertad y pudo vivir en paz los años de vida que le quedaban.

Sangiorgi no se queja en ningún momento del fiscal jefe, un napolitano llamado Vincenzo Cosenza. Pero parece probable que, al enviar una copia de su informe al gobierno de Roma, pretendiera específicamente que se le diera respaldo frente al fiscal. No se habría sorprendido, pues, si hubiera sabido que en el mes anterior al inicio del juicio, y casi dos años después de que Sangiorgi le hubiera enviado la primera entrega de su informe, Cosenza había escrito al nuevo ministro del Interior declarando: «Durante el curso de la realización de mis tareas jamás he tenido noticia de la Mafia»[42]. Cabe sospechar que el fiscal jefe Cosenza era el componente clave en el sistema que la Mafia había creado para protegerse de la ley. Y tal vez sea un síntoma de su éxito el hecho de que hoy se sepa tan poco de él. Así como el jefe de policía Sangiorgi es un oscuro héroe de la historia de la Mafia, probablemente el fiscal jefe Cosenza sea un oscuro villano.

Cuando finalmente se inició, en mayo de 1901, el juicio para el que Sangiorgi había estado trabajando durante tanto tiempo se siguió con entusiasmo, tanto por parte de las enormes multitudes que llenaban la sala como por los extensos reportajes

publicados en la prensa. Todo Palermo vio desarrollarse ante sus ojos el trabajo del jefe de la policía. El testigo estrella era el antiguo «capo supremo» Francesco Siino. Resulta imposible saberlo con certeza, pero es probable que Siino intuyera el cambio en el clima político, se diera cuenta del probable rumbo que iba a seguir el juicio, y decidiera hacer una oferta de paz a sus antiguos colegas de la Mafia. Desde la especie de jaula donde se les retenía, los acusados observaron con silenciosa intensidad cuando Siino se dispuso a declarar ante el tribunal. Este negó que jamás le hubiera hablado a Sangiorgi de una organización criminal *como tal.*

Siguieron más testigos. Un hombre que poseía tierras junto a los Giammona afirmó que «siempre han sido generosos con todos los que han hecho negocios con ellos. Nadie puede decir de ellos sino cosas buenas»[43]. Joss Whitaker fue llamado al estrado y negó que su hija pequeña Audrey hubiera sido raptada nunca. Ignazio Florio hijo ni siquiera se dignó a acudir al tribunal; se limitó a enviar una declaración negando que jamás se hubiera producido discusión alguna con los hermanos Noto en relación con el robo en su villa de Olivuzza. Un empleado de la residencia de los Florio testificó asegurando que el vigilante (y subjefe mafioso) Pietro Noto era un «auténtico caballero» que disfrutaba merecidamente del respeto de los Florio; en varias ocasiones estos incluso le habían confiado el transporte de las joyas de Franca, valoradas en ochocientas mil liras.

Al menos hubo un testigo que no falló a Sangiorgi. Pese a las amenazas a las que se enfrentaba —se había visto obligada a huir en plena noche de su tienda—, Giuseppa Di Sano reunió una vez más todo su coraje y contó la historia del asesinato de su hija. También las viudas de los dos cocheros mostraron su valor en el estrado.

Las decenas de abogados de la defensa se superaron mutuamente en sus filigranas oratorias cuando llegó el momento de presentar los alegatos finales. Las acusaciones contra un gran número de mafiosos ni siquiera se había permitido que llegaran a los tribunales —señalaban—; ¿acaso eso no demostraba la debilidad generalizada de las pruebas acusatorias? ¿Qué clase de organización criminal podía ser esa —argumentaban—, si sus miembros se veían involucrados constantemente en sangrientas disputas entre ellos? Uno de los abogados argumentó con elocuencia que el término *mafia* procedía del árabe *ma-af:* que significaba meramente «un concepto exagerado de la propia identidad individual»; aquella actitud era un vestigio de la Edad Media, y todos los sicilianos la tenían en una u otra medida. Aparte de esto, las sesiones se veían interrumpidas regularmente por los lobunos aullidos de uno de los acusados, que había alegado trastorno mental.



Los acusados en el juicio de 1901 basado en el informe del jefe de policía Sangiorgi sobre la Mafia. Dibujo publicado en un periódico de la época. *[Colección privada.]*

En junio de 1901, solo treinta y dos de los mafiosos de Sangiorgi —incluyendo a los hermanos Noto, al hijo de Antonino Giammona y a Tommaso d'Aleo— fueron condenados por formar parte de una organización criminal. Dado el tiempo que habían pasado ya en prisión preventiva, la mayoría de ellos fueron liberados de inmediato. Para Sangiorgi, aquella era una victoria tan mísera que más bien parecía una derrota. Cuando le entrevistaron sobre el caso, no pudo por menos que traslucir su amargura, algo muy poco habitual en él: «No podía haber resultado de otro modo teniendo en cuenta que la gente que denunciaba a la Mafia por la noche luego la ayudaba y defendía a la mañana siguiente»[44].

Dados los mediocres resultados del juicio de Sangiorgi, habría hecho falta un decidido esfuerzo político para tomar nuevas medidas contra la Mafia y su sistema de protección. Pero la política italiana estaba volviendo a la normalidad tras los dramas de la década de 1890. Para los políticos de Roma, combatir a la Mafia se había convertido de nuevo en un incómodo estorbo al principal objetivo del gobierno: establecer precarios pactos entre las distintas facciones. Había que conseguir aliados donde hiciera falta. Si estos provenían de la Sicilia occidental, y especialmente si estaban próximos al lobby naviero de los Florio, resultaba contraproducente hacer preguntas sobre sus amigos indeseables. El Informe Sangiorgi se relegó a los archivos.

* * *

Pero el caso de los cuatro hombres desaparecidos no fue el único hilo que siguieron las investigaciones del jefe de policía Sangiorgi. Cuando el general Pelloux le había enviado a Palermo, en agosto de 1898, también le había dado instrucciones de que examinara los asuntos de un individuo especialmente prominente: don Raffaele Palizzolo.

EL ASESINATO DE NOTARBARTOLO

El marqués Emanuele Notarbartolo di San Giovanni fue el primer «cadáver eminente» de la Mafia, su primera víctima entre la elite social de Sicilia. En todo el siglo que siguió a su nacimiento, la Mafia no mató a nadie más de la talla de Emanuele Notarbartolo. Este fue uno de los más destacados ciudadanos de Sicilia, y durante tres años, en la década de 1870, ejerció como alcalde de Palermo, en un período que vendría marcado por su inquebrantable honestidad; de hecho, se convirtió en enemigo de la Mafia haciendo frente a la corrupción en el servicio aduanero. Luego fue nombrado gobernador del Banco de Sicilia, cargo que conservaría hasta 1890. La integridad y energía con las que se aplicó a su tarea acabarían costándole la vida. Su asesinato en 1893, y la sensacional serie de juicios que se derivaron de él durante la década siguiente, dividieron en dos a la sociedad siciliana y asombraron a la opinión pública de toda Italia al revelar la relación de la Mafia con políticos, funcionarios legales y policías. El juicio de Sangiorgi fue un drama local cuya importancia no captó la prensa nacional; el caso Notarbartolo, por el contrario, representó el primer circo mediático en torno a la Mafia.

Muchos años después, el hijo de Notarbartolo, Leopoldo, un oficial de la marina, escribió una conmovedora biografía de su padre. En ella narraba cómo se inició su propio papel en la tragedia de Notarbartolo en los terribles días que siguieron al asesinato. Abatido por la pena, y asaltado por afectuosos recuerdos, Leopoldo —por entonces un teniente de solo veintitrés años— examinaba los tres meses anteriores, que había pasado de permiso con su familia, buscando algún indicio de quién podía haber matado a su padre. Su mente volvía una y otra vez al tiempo que habían pasado juntos en la finca familiar de Mendolilla. Aquella propiedad simbolizaba los valores de su padre, su capacidad de esfuerzo. Había sido su refugio de los problemas de la ciudad, situada a cuarenta kilómetros al noroeste. Y ahora sería su monumento.

Emanuele Notarbartolo había comprado Mendolilla cuando Leopoldo era poco más que un bebé. Por entonces era un lugar yermo; sus áridas 125 hectáreas se alzaban abruptamente sobre la orilla izquierda del Torto desde un triángulo rocoso de tierra donde solo florecía la adelfa silvestre (el Torto es el característico río siciliano: un torrente en invierno y un barranco seco y pedregoso en verano). La única construcción de la finca era una choza de piedra situada a dos horas a caballo de la estación de tren más cercana. Los caminos de la zona, extraordinariamente malos, estaban plagados de bandidos.

Mientras fue creciendo, Leopoldo pudo ver cómo su padre transformaba Mendolilla en una granja modélica. Pese a su agotadora labor en el Banco de Sicilia, Emanuele Notarbartolo dedicaba a la granja todo su tiempo libre y todo el dinero que le quedaba de su salario una vez descontada la que constituía su primera prioridad: la educación de sus hijos. Realizaba sus tareas con espíritu de pionero, negándose a ser

un propietario absentista como hacían muchos de sus colegas de Palermo. Se negaba asimismo a emplear trabajadores de la cercana población de Caccamo, un notorio reducto mafioso. Fue ganándose poco a poco la confianza de los campesinos locales, a los que contrató para la construcción de un dique en la orilla del río, donde plantó olmo escocés y cactus. La fuerte pendiente que descendía hasta el Torto se estabilizó con zumaque, un arbusto de fuertes raíces que en primavera cubría la ladera de pequeñas flores amarillas; en verano los campesinos recogían las hojas, que luego se secaban y cortaban para ser utilizadas en las curtidurías de Palermo.

La propiedad disponía de agua procedente de varias fuentes subterráneas descubiertas en varios puntos de la granja. Se plantaron limoneros, olivos y viñas. El aceite y el vino se almacenaban en una amplia bodega situada bajo la nueva vivienda, construida en el punto más alto de la propiedad. Todos los ladrillos empleados hubieron de ser transportados en mula desde la estación de Sciara. Justo antes de morir, Emanuele Notarbartolo estaba trabajando en los planos de una capilla que pensaba construir para sus campesinos. Mendolilla venía a ser la materialización local de una visión utópica. Era este un sueño que los conservadores ilustrados como Notarbartolo querían reproducir por toda Italia. Eran conscientes de la pobreza y la inestabilidad del nuevo país, del desorden que reinaba en una gran parte de la campiña del sur de Italia, pero a la vez temían el conflicto social que estaba provocando la industrialización en la Europa septentrional. Como resultado, aspiraban a un capitalismo rural más paternalista, a una vía más segura hacia la modernidad. Para Notarbartolo, pues, Mendolilla era algo más que una inversión, representaba una escuela de trabajo duro y de lealtad tanto para los estratos inferiores de la sociedad como para sus clases medias.

El 13 de enero de 1893, como recordaría Leopoldo, su padre y él habían pasado el que sería su último día juntos, cabalgando por toda la propiedad y recorriendo todos sus rincones. Desde que dejara su puesto en el Banco de Sicilia, su padre había dispuesto de más tiempo para dedicarlo a sus tierras. Aquella noche se sentó ante su enorme mesa cuadrada para anotar lo que había visto durante el día. Mientras él trabajaba, Leopoldo abrió ocioso un cajón y se encontró con una gran caja de estaño que contenía balas de revólver y un montón de paquetes de cartuchos de rifle. «Parece la santabárbara de un barco de guerra», dijo.

Su padre sonrió, dejó su pluma y empezó a enseñarle las medidas de seguridad que había en la estancia. El techo estaba hecho de ladrillos ignífugos y sustentado por vigas de acero. La puerta, excepcionalmente pesada, disponía de una moderna cerradura inglesa. Una de las ventanas dominaba un amplio sector del campo circundante y otra permitía controlar la única entrada al corral. «Cuando estoy aquí —concluyó— no temo a nadie. Con mis armas y un compañero valiente y fiable puedo defenderme contra veinte criminales». Mendolilla era una utopía que había de ser firmemente defendida. Hizo una pausa. Luego, encogiéndose de hombros, añadió:

«De todas formas, todo esto son tonterías. Si quieren hacerme daño, lo harán a traición, como hicieron la primera vez»[45].

Aquella frase se grabaría en la memoria de Leopoldo. Su padre se refería a una ocasión, en 1882, en que había sido raptado por unos bandidos en circunstancias misteriosas. Era aquel episodio el que había hecho de Emanuele Notarbartolo una persona tan preocupada por su propia seguridad. Entonces le habían retenido durante seis días en una diminuta cueva en las colinas mientras se negociaba el rescate y la entrega. Pagar el dinero constituía la única alternativa al crudo asalto frontal que las autoridades amenazaban con realizar. Unos días después de la liberación de su padre, el cabecilla de los secuestradores fue hallado muerto junto a la carretera de Caccamo, con varios disparos en la espalda. Los demás serían capturados después de que la policía recibiera un chivatazo anónimo y tras un tiroteo en una villa vacía perteneciente a una baronesa en Villabate, la ciudad satélite de Palermo célebre por estar infestada de mafiosos. El misterio del secuestro no se resolvería jamás, pero Emanuele Notarbartolo tenía fuertes sospechas sobre sus autores. Tiempo después, recordando los terribles días que siguieron a la muerte de su padre, Leopoldo empezaría a preguntarse si el secuestro y el asesinato no guardaban alguna relación.

Fue en el puerto de Palermo menos de una semana después —el 18 de enero— cuando Leopoldo vio a su padre por última vez. Posteriormente se recordaría a sí mismo a bordo del buque de vapor que iba a Nápoles, la primera etapa de un viaje que le llevaría a Venecia, desde donde embarcaría rumbo a Estados Unidos. Los últimos tres meses que había pasado con su familia habían representado su primera estancia prolongada en casa desde que partiera para estudiar en la academia naval. Había sido también la primera vez que él y su padre habían podido relacionarse de igual a igual, de hombre a hombre, compartiendo puntos de vista sobre negocios, sobre política y sobre sus trayectorias profesionales. Mientras el barco soltaba amarras, Leopoldo permaneció de pie en la popa. Escudriñó el concurrido puerto hasta que su mirada descubrió la familiar silueta de su padre erguido en una barquita. Solo fue un breve vistazo; luego la barca se deslizó entre dos barcos de mayor tamaño y desapareció de su vista.

⁎ ⁎ ⁎

Al mediodía del 1 de febrero de 1893, después de un viaje de dos horas a caballo desde Mendolilla, Emanuele Notarbartolo subió a un compartimento vacío de primera clase del tren de Palermo, detenido en la estación de Sciara. Solo entonces pudo relajarse. En los diez años transcurridos desde el secuestro se había mostrado muy cauteloso —nunca viajaba por el campo sin llevar una pistola—, pero jamás se había oído de bandidos que asaltaran un tren, de modo que se descolgó el rifle y lo depositó con cuidado en la red del portaequipajes que había sobre su cabeza. Luego puso encima la gabardina, el sombrero y el cinturón antes de sentarse a mirar por la

ventana, aguardando a que le viniera el sueño o a que apareciera el suave azul oscuro del mar Tirreno cuando el tren girara hacia el oeste para seguir la costa.

Notarbartolo estuvo solo hasta la siguiente estación, Termini Imerese. Allí le vieron medio recostado en un extremo del compartimento, como si hubiera estado durmiendo y la parada le acabara de despertar. El tren salió de Termini Imerese a las seis y veintitrés, trece minutos después. No mucho antes de que partiera, subieron dos hombres ataviados con abrigo negro y bombín.

El ayudante del jefe de estación dio la señal de partida. Mientras los vagones empezaban a moverse, observó atentamente los compartimentos de primera clase, ya que un amigo suyo, ingeniero de ferrocarriles, viajaba en uno de ellos. Pero hubo alguien que llamó su atención en el compartimento inmediatamente anterior al de su amigo. Era un hombre bien vestido, fuerte y robusto. Bajo el sombrero mostraba un rostro ancho y pálido, con gruesas cejas, ojos oscuros y bigote negro. Conmocionado por la actitud y el aspecto siniestros de aquel hombre, el ayudante del jefe de estación explicaría posteriormente que parecía sumido en turbios pensamientos.

Solo la autopsia y el estado en el que se encontraba el compartimento cuando el tren llegó a Palermo permitirían reconstruir los últimos y terribles momentos de Emanuele Notarbartolo. Cuando el tren entró en el túnel situado entre Termini y Trabia, fue atacado por dos hombres: uno armado con un estilete; el otro, con una daga de doble filo y empuñadura de hueso. Medio conmocionado al verse despertado bruscamente de su sueño, se revolvió y dio un salto para evitar la descarga de los golpes. Algunos de ellos fallaron, realizando profundos cortes en el asiento y el reposacabezas. Notarbartolo tenía casi cincuenta y nueve años, pero era un hombre de gran envergadura y además había sido soldado. Mientras el estruendo del tren al atravesar el túnel sofocaba sus gritos, logró coger una de las armas. Luego se abalanzó desesperadamente hacia su rifle, que seguía en el portaequipajes situado sobre su cabeza. Sintió que la hoja de un cuchillo le penetraba en la ingle. Luego su mano y la red del portaequipajes quedaron destrozadas a navajazos. Apoyó la palma de la mano en la ventana, dejando una sangrienta huella. En aquel momento, uno de los hombres le sujetó por detrás, mientras el otro le asestaba cuatro profundas puñaladas en el pecho. En total, Notarbartolo fue apuñalado veintisiete veces.

El tren se dirigía hacia la estación de Trabia. Cubiertos de sangre y casi sin aliento por la pelea, los asesinos bajaron del portaequipajes las pertenencias de Notarbartolo y le registraron buscando cualquier cosa que pudiera permitir una fácil identificación: el reloj de oro con el blasón de la familia, la cartera con las tarjetas comerciales y el permiso de armas, *etc.* Todavía no había oscurecido, pero los asesinos, en lugar de darse a la fuga a la primera oportunidad, durante la breve parada en la estación de Trabia se limitaron a quedarse agazapados bajo la ventana. El lugar en el que tenían previsto deshacerse de su víctima se hallaba solo a otros dos minutos siguiendo la vía férrea. Una vez que el tren hubo abandonado la estación, apoyaron el cuerpo contra la puerta, y luego lo arrojaron fuera mientras cruzaban el puente de Curreri. Sin

embargo no lo lanzaron con la suficiente fuerza para caer en el barranco que atravesaba el puente, desde donde habría sido arrastrado hasta el mar. En lugar de ello, tropezó en el parapeto y se quedó junto a la vía.

Los dos hombres se bajaron en la siguiente estación, dejando tras de sí el compartimento vacío y lleno de salpicaduras de sangre.

* * *

En el invierno de 1899-1900 la ciudad de Milán tuvo algunos visitantes inusuales. Encorvados y embozados para protegerse del frío, varias docenas de hombres de corta estatura y de pelo negro como el cuervo, ataviados con gorros, deambulaban por las brumosas calles de aquella ciudad del norte de Italia luchando por alimentarse con la miseria que las autoridades les proporcionaban para su manutención. Eran los testigos sicilianos del juicio por el asesinato de Notarbartolo. Los dos extremos de Italia se encontraban en el tribunal regional de Milán. El jurado hubo de escuchar muchos de los testimonios a través de intérpretes.

El primero de los escándalos que rodearon al asesinato de Notarbartolo lo representó el hecho de que hicieron falta casi siete años para que el caso llegara a los tribunales. Las razones de esa extraordinaria demora se revelarían dramáticamente ante el jurado. Pero mientras tanto, aun antes de que se iniciara el juicio, había quedado ya claro que el robo no podía haber sido la motivación de los asesinos. Era evidente que estos tenían detrás una amplia organización, que incluía a cómplices entre el personal del ferrocarril. También había surgido un posible motivo, que prometía vincular el caso a la corrupción política y financiera. No mucho antes del asesinato de Notarbartolo, una investigación había encontrado pruebas de graves irregularidades en el Banco de Sicilia, donde su sucesor ocupaba el puesto de gobernador. El dinero del banco se había utilizado para proteger la cotización bursátil de NGI, la compañía naviera de los Florio, durante unas delicadas negociaciones contractuales con el gobierno. Era una sencilla estafa. Se concedieron créditos a intermediarios que se dedicaron a comprar acciones de NGI, las cuales se depositaron luego en el banco como garantía de dichos créditos. Los verdaderos prestatarios, entre los que se incluían el gobernador del banco e Ignazio Florio, se mantuvieron en el anonimato, contraviniendo así las regulaciones bancarias.

El mismo método fraudulento se utilizó luego como una forma más directa de ganar dinero por parte de otras personas vinculadas al banco. Si el valor de las acciones subía, el prestatario podía salir del anonimato, pedir al banco que las vendiera y quedarse con los beneficios. En el caso de que su valor bajara, el banco tendría que quedarse con las acciones devaluadas y sin nadie a quien acudir a la hora de reclamar la devolución del adelanto. Por lo tanto, los prestatarios anónimos nunca podían perder y el Banco de Sicilia nunca podía ganar. La investigación también levantó la sospecha de que la Mafia estuviera infiltrada.

En las semanas anteriores al asesinato, mientras se filtraban las noticias sobre la investigación bancaria, había corrido el rumor de una posible reincorporación de Emanuele Notarbartolo al Banco de Sicilia. Se decía que el propio Notarbartolo había ejercido su influencia para instigar la investigación de los asuntos del banco. Numerosos personajes notables relacionados con la institución tenían mucho que perder si se restauraba el antiguo rigor financiero. ¿Acaso Notarbartolo había sido asesinado para proteger aquellos intereses corruptos en el banco?

El tufillo a escándalo en altos cargos creó un considerable interés público en el caso Notarbartolo cuando se iniciaron las sesiones del tribunal regional de Milán, el 11 de noviembre de 1899. Pero solo dos ferroviarios se sentaban en el banquillo. Pancrazio Garufi era el guardafrenos del último vagón. Parte de su trabajo consistía en comprobar que no cayera nada del tren, pese a lo cual declaró no haber visto nada extraño. La policía afirmaba que los asesinos no habrían arrojado el cuerpo de Notarbartolo del tren sin asegurarse primero de que Garufi mirara a otro lado. Aún más sospechoso resultaba el revisor, Giuseppe Carollo. Era improbable que fuera uno de los asesinos porque una de sus tareas era recorrer el andén en cada parada diciendo en voz alta el nombre de la estación. Pero los asesinos no habrían subido al tren sin billete, perpetrado un horrible asesinato y aguardado en el compartimento junto al cadáver en Trabia si primero no hubieran estado seguros de que había alguien —Carollo, alegaba el fiscal— cuya labor consistía en evitar que su trabajo se viera perturbado.

Los primeros cinco días del juicio resultaron confusos. Los dos ferroviarios vacilaban, tenían inexplicables lapsos de memoria, se contradecían. Incluso negaron conocerse, cuando vivían a cincuenta metros de distancia. El revisor Carollo, que había cambiado su versión varias veces, causaba una impresión especialmente mala. Un corresponsal en el juicio le describió como de ojos inquietos, enmarcados en un «rostro demacrado y amarillento cuyos músculos formaban un hocico zorruno». Para la mayoría de los observadores profanos parecía una tarea imposible decidir si los dos eran asesinos, cómplices o solo testigos inocentes que temían las posibles consecuencias de incriminar a alguien mucho más que la cárcel.

El contraste no pudo ser más acentuado cuando el hijo de la víctima, Leopoldo Notarbartolo, subió al estrado el 16 de noviembre. Erguido en toda su estatura en la tribuna de los testigos, vestido con su uniforme de la marina, mantenía la cabeza tan alta que parecía que mirara al tribunal desde lo alto de su nariz, asombrosamente larga; esta, como sus ojos oscuros con grandes párpados, era un rasgo heredado de su malogrado padre. Declaró con voz profunda, con una tranquila y pronta seguridad que los observadores al principio encontraron desconcertante. Luego, poco a poco, su honestidad y su franqueza causaron una profunda impresión. Lo que dijo Leopoldo Notarbartolo dejó estupefacto al tribunal, hizo de él una celebridad y convirtió el caso en uno de los más famosos juicios de toda la historia de Italia. «Creo que el asesinato fue una *vendetta*, y que el único hombre que odiaba a mi padre es el *commendatore*

Raffaele Palizzolo, el parlamentario. Yo le acuso de ser el instigador del crimen, de haber ordenado ese y otros asesinatos.»[46].

Luego Leopoldo empezó a esbozar el retrato de don Raffaele Palizzolo y a contar la historia de su larga batalla con su padre. Ambos hombres se habían conocido de jóvenes, ya que Palermo es un sitio pequeño. La animadversión entre ellos había estallado poco después de que Notarbartolo se convirtiera en alcalde, en 1873, cuando obligó a Palizzolo a devolver el dinero que se había llevado de un fondo destinado a subvencionar comida para los pobres.

Como alcalde, Notarbartolo tenía un contacto regular con la fiscalia pública, la cual sospechaba que Palizzolo era el protector de un conocido bandolero; parecía que don Raffaele había utilizado su influencia en unas recientes elecciones celebradas en Caccamo. La enemistad entre Notarbartolo y Palizzolo se convirtió en algo personal. Siempre que podía, Notarbartolo evitaba los lugares frecuentados por Palizzolo. Detestaba sus maneras afeminadas, su cobardía y su zalamería. Y en las ocasiones en las que no podía evitar la compañía de Palizzolo, Notarbartolo no hacía ningún esfuerzo por ocultar su repugnancia.

Era también Palizzolo la persona que Emanuele Notarbartolo sospechaba que estaba detrás de su secuestro en 1882. La villa vacía en la que fueron capturados algunos de sus secuestradores se hallaba en unas tierras que lindaban con la propiedad de aquel; ambas fincas estaban en Villabate, el feudo de su *cosca* favorita. El propio secuestro había tenido lugar cerca de Caccamo, un lugar dominado por otra *cosca* patrocinada por Palizzolo.

En la época del secuestro, el escenario del conflicto entre los dos hombres se había desplazado al Banco de Sicilia; Notarbartolo era entonces el director de la institución, mientras que Palizzolo era un destacado miembro del equipo de gobierno. El relato que hizo Leopoldo de la época de su padre en el banco no decepcionó a quienes esperaban oír algún escándalo derivado del juicio. Explicó que su padre había librado una batalla perdida para impedir que el Banco de Sicilia siguiera utilizándose como una gran máquina de favores y como el más potente instrumento clientelista de toda la isla. Se descubrió que se habían prestado grandes sumas de dinero —que no se habían recuperado jamás— a niños, conserjes, barqueros, difuntos y personas inexistentes.

Durante toda la década de 1880 Notarbartolo se esforzó en limpiar los asuntos del banco, mientras Palizzolo se convertía en una constante molestia. El marqués trató de propugnar diversas reformas en la constitución del banco que redujeran la influencia de los políticos, que representaban las dos terceras partes del equipo directivo. En 1889 envió al gobierno de la nación un crítico informe confidencial sobre el funcionamiento del banco, acompañado de un ultimátum: o se aceptan mis reformas, o dimito. Pero las cartas fueron robadas de la oficina del ministro de Agricultura, Industria y Comercio. Unas semanas después alguien las mostró en una reunión del consejo directivo del banco celebrada en ausencia de Notarbartolo, que se encontraba

en Roma en viaje de negocios. En la reunión se aprobó un voto de censura contra él. Aunque jamás llegó a probarse nada, las sospechas en torno al robo de las cartas se centraron en Palizzolo. El día que desaparecieron los documentos se había enviado a su casa un paquete certificado procedente de una dirección falsa en Roma. El paquete estaba lacrado y llevaba el sello de un determinado sastre romano; Palizzolo era uno de sus clientes.

Toda aquella situación colocaba al gobierno ante un dilema: o apoyaba al consejo directivo del banco, cada vez más dominado por mangantes y con una clara complicidad en el robo de las cartas, o respaldaba a un gobernador de principios, competente, pero políticamente poco fiable. Después de vacilar durante varios meses, el gobierno acabó por elegir la primera opción. Se invitó a dimitir a Notarbartolo. Se disolvió el consejo de administración del banco, pero luego se volvió a reelegir a la mayor parte de los antiguos miembros. Tras la obligada renuncia de Notarbartolo, la corrupción se cernió sobre el banco para organizar la estafa de las acciones de NGI. La posterior investigación revelaría que Palizzolo era uno de los prestatarios anónimos implicados.

Leopoldo concluyó su testimonio ante el tribunal de Milán con una solemne denuncia del modo como se había llevado la investigación del asesinato de su padre: «Yo les expliqué repetidamente todo esto a las autoridades. Y sin embargo jamás se interrogó a Raffaele Palizzolo. Quizá tenían miedo»[47].

Las noticias sobre la declaración de Leopoldo Notarbartolo en Milán provocaron consternación en los círculos políticos de Roma. En el juicio se había pretendido sacrificar a un don nadie para disipar la creciente demanda de justicia que se había creado en torno al caso Notarbartolo. Pero ahora don Raffaele Palizzolo se había convertido de repente en un elemento enormemente embarazoso desde un punto de vista político. Este escribió una carta a la prensa, afirmando que siempre había mantenido una buena relación de trabajo con Notarbartolo. Luego, al ver que en Roma la atmósfera se iba enrareciendo a su alrededor, volvió apresuradamente a Palermo.

La inmunidad parlamentaria de Palizzolo ante la justicia fue revocada cuando el primer ministro, el general Luigi Pelloux, organizó una votación rápida en la Cámara de Diputados. Dado que corrían rumores de que el controvertido parlamentario se disponía a huir al extranjero, se suspendieron las comunicaciones telegráficas entre Sicilia y la península para que no pudiera conocer la noticia de la votación. Como las autoridades de Palermo seguían vacilando, Pelloux dio autorización directa al jefe de policía Sangiorgi para que fuera a detener a Palizzolo aquella misma noche. Los agentes le encontraron descansando en el mismo lecho en torno al que solían reunirse sus protegidos cada mañana.

Unos días después, en Palermo, treinta mil personas se manifestaron y colocaron una corona de flores en un nuevo busto de Emanuele Notarbartolo que se había

erigido sobre un pequeño altar corintio en la plaza de Politeama. Parecía que Palizzolo estaba acabado. «La Mafia está agonizando», comentaba un analista.

Leopoldo Notarbartolo utilizaba la sala de justicia de Milán como una tribuna que representaba su oportunidad de exponer todo el asunto ante la mirada de la opinión pública: el asesinato de su padre, los errores de la investigación, Palizzolo y el escándalo de las acciones de NGI. Uno de los aspectos más llamativos de su testimonio era el hecho de que él no era testigo de la acusación. En Italia las víctimas pueden presentar reclamaciones civiles por daños durante los juicios penales, e incluso pueden desempeñar un importante papel en la argumentación de la acusación. El joven oficial de la marina era uno de aquellos «demandantes civiles». Tenía buenas razones para tratar de reforzar la acusación, ya que estaba convencido de que los fiscales que se suponía que preparaban la acusación contra los asesinos eran cómplices de encubrimiento. Sus sospechas se centraban sobre todo en Vincenzo Cosenza, el mismo fiscal jefe de Palermo que posteriormente haría todo lo posible para socavar la acusación de Sangiorgi contra la Mafia de la Conca d'Oro.

Durante los seis años transcurridos desde el asesinato de su padre, Leopoldo había realizado una gran labor de investigación por su propia cuenta. Y constantemente había chocado con la oposición y la indiferencia. En 1896 un viejo amigo personal y político de su padre, Antonio di Rudini, se convirtió en primer ministro del país. Leopoldo fue a verle, le reveló sus sospechas sobre Palizzolo y le pidió ayuda. Rudini no se mostró nada comprensivo: «Si realmente cree usted que lo hizo él, ¿por qué no contrata a algún mafioso bueno que le mate en su nombre?»[48].

Habría que esperar al sucesor de Rudini, el general Luigi Pelloux (otro amigo de la familia Notarbartolo), para poder contar con el impulso político necesario para celebrar alguna clase de juicio, aunque fuera un juicio en el que solo se inculpara a dos ferroviarios. Por influencia de Pelloux, el juicio por asesinato se trasladó de Palermo a Milán, donde había menos posibilidades de que se intimidara a los testigos.

Tras el testimonio de Leopoldo Notarbartolo el juicio de Milán prosiguió, y empezaron a ponerse de manifiesto las razones de la demora en llevar el caso a los tribunales. Un testigo tras otro fueron alimentando el escándalo. El comandante local del ejército en Milán ordenó a sus oficiales que no asistieran al juicio debido al torrente de revelaciones subversivas que este ponía de manifiesto. El ministro de la Guerra, que había sido comisario real de Sicilia, declaró que «las pruebas de cargo del asesinato de Notarbartolo se prepararon con extrema negligencia, con extremo descuido; de hecho, ello se realizó de una manera culpable». Unos días después, el propio ministro se vio obligado a dimitir cuando un periódico publicó una carta suya pidiendo a las autoridades judiciales que liberaran a un mafioso políticamente influyente, a tiempo para ayudar a un candidato del gobierno durante unas elecciones.

Desde el momento en que se identificó el cuerpo que yacía junto a la vía férrea sobre el barranco de Curreri como el cadáver de Emanuele Notarbartolo, por todo

Palermo había empezado a correr el rumor de que Palizzolo estaba detrás del asesinato. Sin embargo, en el tribunal se supo que el principal juez de instrucción de Palermo en aquel momento había sido trasladado, al parecer porque había sugerido que el rumor podía tener algún fundamento.

Un inspector de policía, al que se había pedido que se hiciera cargo del caso, había ocultado pruebas, entre las que se incluían un par de calcetines cubiertos de sangre. Asimismo había conducido la investigación por una serie de pistas patentemente falsas, cada una de las cuales se basaba en hipótesis que planteaban dudas sobre la reputación del banquero asesinado. En Milán, ante el aplauso de los presentes en la sala, el inspector fue detenido en el mismo tribunal. Resultaría ser un estrecho aliado de Palizzolo, que había actuado como su «agente» electoral.

El nombre de uno de los hombres que Leopoldo Notarbartolo creía que habían sido los autores materiales del crimen también salió a la palestra en Milán. El ayudante del jefe de estación de Temini Imerese —el que había vislumbrado al personaje siniestro en el compartimento de Notarbartolo— fue llamado al estrado. Tras repetir su relato de lo ocurrido aquella noche de febrero de 1893, dijo que no había podido identificar al hombre en una rueda de reconocimiento.

Entonces, el abogado que representaba a la familia Notarbartolo empezó a sondearle: ¿acaso no era cierto que *sí* había reconocido al hombre, pero que le había dicho a la policía que tenía miedo de declararlo en público por la Mafia? El testigo empezó a temblar, pero mantuvo su versión. A continuación se le encaró con uno de los predecesores de Ermanno Sangiorgi en la jefatura de la policía de Palermo: el hombre que había llevado a cabo la rueda de reconocimiento. El ayudante del jefe de estación enrojeció y empezó a retorcerse nerviosamente. Su turbación provocaba cierta simpatía entre los presentes en la sala debido a que resultaba evidente que se trataba de un hombre honrado que temía por su vida. Finalmente se derrumbó, y dijo apenas en un susurro: «Confirmo todo lo que él dice; es verdad; era el mismo hombre».

El hombre al que había identificado era Giuseppe Fontana, de cuarenta y siete años de edad, y oriundo de Villabate. El antiguo jefe de policía resumió al tribunal el historial del sospechoso. Era miembro de la *cosca* mafiosa de Villabate. Solo unos años antes había sido absuelto del cargo de falsificación de dinero gracias a los contactos que había podido movilizar. «Creo que también en este juicio Fontana ha contado con la protección de una mano mágica, poderosa y misteriosa.»**[49]**

Apenas se hicieron estas revelaciones en Milán, se dio la orden de arrestar a Fontana, que se apresuró a ocultarse. Corrió el rumor de que había buscado refugio en casa de un príncipe y parlamentario cuya propiedad protegía. El príncipe fue interrogado por el jefe de policía Sangiorgi, quien le insinuó que se le podía acusar de ocultar a un criminal. El príncipe informó de ello a Fontana, quien dictó las condiciones bajo las que se entregaría. Sangiorgi aceptó a regañadientes. El corresponsal del *Times* en Italia se mostraba escandalizado por el trato:

> Fontana fue trasladado a Palermo en el carruaje del príncipe, acompañado por los abogados del príncipe, interrogado en la residencia privada [de Sangiorgi] en lugar de ser conducido ignominiosamente a la comisaría de policía, se le permitió hacer una visita de despedida a su familia, y, sin ser siquiera esposado, se le condujo con toda consideración… a la cárcel principal, donde se le asignó una confortable celda. Sin embargo se trata de un hombre en cuyo historial figuran cuatro asesinatos y varias tentativas de asesinato y de robo, cargos todos ellos de los que ha sido absuelto por «falta de pruebas», o en otras palabras, debido a la imposibilidad de inducir a jueces y testigos a sobreponerse al terrorismo de la Mafia[50].

Giuseppe Fontana estaba dejando muy clara su postura al entregarse de aquel modo. El suyo era un mundo de relaciones entre hombres. En dicho mundo las instituciones como el Estado carecían de valor. Su arresto era una cuestión personal entre él y un respetado adversario, el jefe de policía Ermanno Sangiorgi.

Con Palizzolo y Fontana detenidos, el juicio de Milán se suspendió hasta el 10 de enero de 1900 para permitir que se llevaran a cabo nuevas investigaciones. La maratón judicial no había hecho más que empezar.

* * *

Incluso después de las revelaciones de Milán, a Palizzolo no le faltaron los amigos mientras estuvo bajo custodia. De hecho, a punto estuvo de evitar ser llevado a juicio.

En junio de 1900 la gente de Palizzolo le presentó para la reelección en su distrito parlamentario de la zona central de Palermo. Frente al juicio de Milán, la Mafia necesitaba toda la ayuda política que pudiera conseguir. Por otra parte, al disminuir la influencia siciliana en el ámbito político nacional, la NGI también necesitaba a sus viejos amigos. Si Palizzolo resultaba elegido, se le otorgaría de nuevo la inmunidad parlamentaria. El dinero de los Florio financió la campaña electoral, e incluso la madre de Ignazio, la baronesa Giovanna d’Ondes, añadió su firma a una asociación de damas en apoyo de Palizzolo fundada por las hermanas de este. Pero ese respaldo local no era suficiente; el gobierno apoyaba a su adversario y don Raffaele no tenía asegurada la victoria.

Los partidarios de Palizzolo en la judicatura casi lograron que el caso no llegara a los tribunales. El fiscal jefe Cosenza redactó un informe donde sugería que no había pruebas suficientes para iniciar un juicio. Solo la presión directa del rey le forzó a modificar sus conclusiones, aunque siguió considerando las pruebas «insignificantes».

Antes de que iniciara el segundo juicio, la causa de Fontana también se vio ayudada por la muerte —de cirrosis hepática— del sospechoso revisor Giuseppe

Carollo.

* * *

El segundo juicio se celebró en el que probablemente era el tribunal más imponente de toda Italia, un palacio de Bolonia cuyo atrio y cuya fachada noble habían sido diseñados por Palladio. Su lujoso interior era barroco y la enorme sala de audiencias estaba revestida de madera oscura finamente tallada. Bolonia era una ciudad políticamente conservadora, que no mostraría sus simpatías por nadie que tratara de aprovecharse de las implicaciones subversivas del caso.

Don Raffaele Palizzolo fue uno de los primeros testigos que subieron al estrado desde la especie de jaula donde se mantenía a los acusados. El tiempo que había pasado bajo custodia le había envejecido; parecía delgado y canoso, y la piel le colgaba de su prominente mandíbula. Pero seguía vistiendo con inmaculada elegancia y examinaba sus notas a través de un elegante binóculo.

Declaró durante dos días adoptando un aire trágico, apoyado en el respaldo de la silla, salpicando su testimonio de sollozos y gestos agitados, y con una voz que alternaba entre un lastimoso murmullo y un desafiante bramido:

> Miembros del jurado, estoy seguro de que no han descubierto en mí el menor indicio de ferocidad innata. Lo que habrán visto en cambio… son las marcas indelebles del trato bárbaro e inhumano al que he sido injustamente sometido por el odio faccionario, la venganza y la ira, que han hecho un pacto con el temor de los fuertes y la cobardía de los débiles. ¡Que hable, pues, la humanidad despreciada y ultrajada!… Estoy solo, soy pobre y no pertenezco a ninguna facción partidista. Mi difunto padre me dijo con su último beso: «Defiéndete, y defiende el honor de tu familia»[51].

Agotado por la tensión de su declaración, don Raffaele sucumbió a una epistaxis crónica.

Giuseppe Fontana, el hombre acusado de ser el autor material del asesinato de Notarbartolo, se mostró tan sereno y conciso en el estrado como prolijo había sido don Raffaele. Se presentó tranquilo y acicalado. Vestido con un traje azul oscuro, parecía justamente el honesto empresario de cítricos que afirmaba ser. Los periodistas presentes en la sala observaron su poderoso físico y los oscuros huecos de sus ojos, «como dos profundos agujeros abiertos en un busto modelado en arcilla». Fontana tenía una forma característica de hacer pausas para reflexionar, con la cabeza hacia atrás y los labios apretados, antes de proseguir su declaración con tranquila confianza. A veces parecía como si lo que explicaba tuviera que ver con otra persona y no con él. Incluso logró provocar las risas de los presentes en la sala cuando dijo, con una sonrisa, que si realmente hubiera sido un capo de la Mafia, como afirmaba la

acusación, habría enviado a uno de sus hombres a cometer el asesinato en lugar de hacerlo él mismo.

Fue una actuación extraordinariamente lograda. Como miembro de la organización militar de la Mafia, Fontana estaba mucho más expuesto que el patrono político de su *cosca.* Incluso los políticos dispuestos a defender a Palizzolo como uno de los suyos se ponían nerviosos ante la posibilidad de tener que jugarse parte de su credibilidad política protegiendo a un matón.



Los medios de comunicación se interesan por la Mafia. «Una emocionante sesión del juicio por el asesinato de Notarbartolo en Bolonia. El acusado, Palizzolo, habla en su propia defensa», 1901. *[Biblioteca Nazionale Braidense, Milán.]*

Gran parte de la atención del tribunal se centraba en la coartada que durante tanto tiempo había ayudado a Fontana a evitar ir a juicio. Este había presentado un montón de documentos empresariales que mostraban que el día del asesinato él estaba en Tunicia. Con no poco valor, en la primavera de 1895 Leopoldo Notarbartolo había viajado al norte de África para seguir la pista del mafioso (de hecho, Sangiorgi creía que allí había una *cosca* operativa). Los sicilianos con los que se encontró Leopoldo en Hammamet y sus alrededores confirmaron la coartada de Fontana «con la uniformidad de un fonógrafo». Pero tras haber comparado meticulosamente los registros de los giros postales de Tunicia con los de Palermo, Leopoldo y sus abogados planteaban dudas sobre la coartada. Era bastante posible que uno de los cómplices de Fontana hubiera enviado y recibido los giros postales que supuestamente probaban que en el momento del asesinato él se encontraba fuera de Sicilia.

Por otra parte, había quien había visto al mafioso en momentos y lugares clave, como la propia noche del asesinato en Altavilla, donde los dos sospechosos con

bombín se habían bajado del tren. En el tribunal, sin embargo, los testigos que anteriormente habían afirmado haber visto a Fontana lo desmintieron de forma inquietante y contradictoria.

La respuesta de Palizzolo al interrogatorio vino a demostrar la creencia popular de que una excusa es mejor que muchas. Pese a la evidente inverosimilitud de su versión, don Raffaele se retrató a sí mismo como la víctima de un complot político, y negó hasta la más trivial de las afirmaciones de la acusación. Lejos de ser el líder de la Mafia —dijo—, era una de sus víctimas. Fontana y él negaron conocerse mutuamente. Sin embargo resultó que el intermediario de Palizzolo en la estafa de las acciones de NGI era también el socio comercial de Fontana, un hombre que, por otra parte, había proporcionado grandes evidencias en apoyo de la coartada tunecina.

Un testigo cuya declaración se siguió con particular interés fue Giuseppe Pitrè, el famoso experto en folclore. El profesor de «demopsicología» hizo una entusiasta descripción del carácter de Palizzolo: el acusado era un estrecho colega suyo en la administración local. Pitrè afirmó que el hecho de que Palizzolo hubiera escrito una novela en su juventud revelaba que poseía «una mente noble, consagrada a la virtud y contraria al vicio». Cuando se le pidió que definiera la Mafia, Pitrè explicó que su origen se hallaba en la palabra árabe *mascias*, que definía una exagerada conciencia de la propia personalidad, la voluntad de no dejarse intimidar, y que en las clases sociales más bajas podía conducir a la actividad delictiva.

El jefe de policía Ermanno Sangiorgi adoptó un enfoque menos académico cuando le llamaron al estrado. La Mafia —explicó— era una organización criminal jurada, basada en el negocio de la protección. Sus bases se hallaban en toda Sicilia occidental, e incluso en otros países. En aquella época Sangiorgi padecía un fuerte resfriado, y para muchos de los presentes en la sala su voz ronca resultaba casi inaudible. Los abogados de la defensa contraatacaron señalando que el reciente juicio de Palermo apenas había mostrado indicios convincentes que respaldaran su teoría.

* * *

El jurado de Bolonia se retiró a considerar su veredicto sobre el asesinato de Notarbartolo a las diez menos cuarto de la noche del 30 de julio de 1902. La expectación creada era proporcional a la envergadura del juicio. Este había durado cerca de once meses. El sumario ocupaba cincuenta gruesos volúmenes. Habían declarado 503 testigos, ya fuera en persona o mediante declaración jurada. Entre ellos se incluían tres exministros del gobierno, siete senadores, once diputados y cinco jefes de policía. Las transcripciones del juicio registraban cincuenta y cuatro «tumultos». En seis ocasiones hubo de desalojarse completamente la sala para restablecer el orden. Varias veces los abogados de ambas partes hubieron de ser separados antes de que llegaran a las manos. Uno de los jueces que presidían el juicio murió durante su transcurso, y hubo que reemplazar a dos jurados por problemas de salud. Los numerosos abogados de ambas partes realizaron verdaderas proezas de

oratoria forense; uno de los abogados de la familia Notarbartolo pronunció un discurso de conclusión que duró ocho días; otro habló durante cuatro días y medio.

La noche de aquel 30 de julio fue una de las más calurosas del año. Las lámparas de gas que ardían en la abarrotada sala hacían la atmósfera irrespirable. Fuera, las calles estaban llenas de gente. El tribunal estaba protegido por media compañía de infantería, cincuenta policías, y cuarenta y cinco carabineros, muchos de los cuales formaban una fila alrededor del banquillo con las bayonetas caladas. Durante la elaboración del sumario se había propagado el rumor de un posible complot mafioso para matar a uno de los abogados de los Notarbartolo.

A las once y veinticinco de la noche el jurado volvió a la sala. El presidente, un maestro de escuela elemental, se puso en pie y se llevó la mano al corazón. Su voz traslucía una evidente emoción cuando respondió a las preguntas del juez: «¿Es el acusado Raffaele Palizzolo culpable de haber hecho que otros cometieran el asesinato del *commendatore* Emanuele Notarbartolo?».

La respuesta afirmativa fue acogida con aplausos y gritos de asombro. Fontana también fue declarado culpable de haber ejecutado el asesinato de Notarbartolo.

Cuando el juez hubo pronunciado las sentencias —treinta años de cárcel para cada uno de los acusados—, Palizzolo pidió hablar: «Les han engañado, lo juro, tal como he dicho desde el primer día. Soy inocente. Hay un Dios que me vengará. No con ustedes, el jurado, sino con quienes me han asesinado sabiendo que soy inocente»[52].

Fontana contribuyó con un «¡Yo también soy inocente, por la tumba de mi madre!» Luego se los llevaron a ambos.

Los abogados de la defensa abandonaron el tribunal en medio de los ensordecedores silbidos del público presente en la sala. También hubo gritos de apoyo tanto para Leopoldo Notarbartolo como para sus abogados: «¡Viva el jurado!, ¡Viva la justicia boloñesa! ¡Viva el demandante civil!». Les fue imposible abrirse paso entre el gentío para dirigirse a sus hoteles, y tuvieron que buscar refugio en el cercano bufete de uno de los abogados. Allí, en respuesta al clamor de la multitud, hubieron de salir al balcón para expresar su agradecimiento.

En Palermo la escena difícilmente podría haber resultado más distinta. Ante las oficinas de telégrafos y los periódicos se habían congregado enormes multitudes. Cincuenta minutos después de recibirse la noticia, las ediciones especiales ya estaban en la calle. Por entonces las multitudes ya se iban disolviendo en silencio. Al día siguiente, en algunos escaparates de Palermo aparecieron letreros que rezaban: «La ciudad está de duelo». El jefe de policía Sangiorgi explicaría que los letreros habían sido impresos y distribuidos por mafiosos. *L'Ora*, un periódico propiedad de Ignazio Florio, declaró su perplejidad por el veredicto, preguntándose qué pruebas concretas había de la culpabilidad de Palizzolo.

En un artículo extremadamente citado en la prensa de toda Italia, también el *Times* manifestaba su sorpresa:

> En vista de las confusas declaraciones de unos testigos intimidados y del testimonio favorable sobre el carácter de Palizzolo proporcionado por varios magnates sicilianos, se esperaba que el jurado aprovecharía la falta de pruebas materiales de la culpabilidad de los acusados para otorgarles el beneficio de la duda[53].

Sin embargo —concluía el artículo— «se ha hecho una gran justicia, y se ha hecho valerosamente».

El tono de algunos periódicos era de celebración. «¡Gloria y honor a los doce hombres del jurado!», proclamaba *La Nazione.* El socialista *Avanti!* saludaba la derrota de «una de las más bárbaras y ponzoñosas formas de delincuencia: la Mafia». Sicilia seguía dividida por el caso. El *Giornale de Sicilia,* que a lo largo de todo el juicio había contemplado favorablemente la causa de Leopoldo Notarbartolo, calificaba el resultado de un duro golpe contra «el principal paladín de la Mafia: el poder político». Muchos periódicos se unieron al boloñés *Resto del Carlino* al expresar su satisfacción por el hecho de que hubiera prevalecido la justicia, pero también a la hora de extraer una sombría lección de la probada complicidad de las autoridades en la protección de los culpables: «Esperemos que todos hayamos aprendido algo de este monstruoso caso judicial, y que nunca volvamos a ver nada semejante bajo el cielo italiano».

Seis meses después el Tribunal de Casación de Roma declaró completamente nulo el juicio de Bolonia por una deficiencia técnica.

Se había llamado a declarar a un testigo secundario. No bien hubo acabado de prestar juramento se le ordenó retirarse, mientras los abogados discutían acerca de si debía o no declarar. Al día siguiente subió de nuevo al estrado, pero hizo su declaración sin renovar el juramento. Comprensiblemente, Leopoldo Notarbartolo consideraría que todo el episodio había sido deliberadamente organizado para proporcionar un mecanismo de seguridad a la defensa.

En Sicilia el veredicto de Bolonia había generado una respuesta política coordinada. Por iniciativa del «demopsicólogo» Giuseppe Pitrè, se creó un comité «Pro Sicilia» para expresar la «indignación pública» por la condena de Palizzolo, que se consideraba un ataque a la isla en su conjunto. Doscientas mil personas firmaron para manifestar su apoyo.

Periódicamente, cada vez que las cosas les desfavorecían en el ámbito nacional, la Mafia y sus políticos recurrían a este tipo de reivindicaciones, e incluso empezaban a armar bulla en torno a la independencia siciliana. Esta táctica aspiraba a atraer los poderosos sentimientos «sicilianistas» de la isla. No cabe duda de que durante los juicios de Notarbartolo hubo en la prensa algunas intervenciones cargadas de prejuicios: «Sicilia es un cáncer en el pie de Italia», proclamaría un analista. Por otra parte, aquellos eran también los años en los que algunos académicos sostenían que

los italianos del sur constituían una raza atrasada de cabeza extrañamente configurada y una proclividad innata al crimen.

Pero todavía más importante fue el hecho de que lo que Palizzolo denominaba su «martirio» generara una potente coalición de política conservadora e intereses comerciales agrupada bajo el comité «Pro Sicilia», que era mucho más que una mera tapadera de la Mafia, y más incluso que una mera extensión del lobby de NGI. El caso Palizzolo se había producido en un momento en el que los políticos derechistas sicilianos habían dejado de tener influencia en Roma. Ahora el gobierno progresista incluso le hacía guiños al Partido Socialista. «Pro Sicilia» era, pues, la reacción de los conservadores sicilianos a lo que percibían como una impotencia. El grupo de presión no duró mucho, pero sí logró hacer que el gobierno le escuchara. Un grupo de esa clase podía representar un elemento importante en cualquier gobierno de coalición. Y la anulación del juicio de Bolonia bien pudiera haber sido una oferta de paz a los poderes organizados en torno a «Pro Sicilia».

* * *

El nuevo juicio se inició en Florencia el 5 de septiembre de 1903, más de una década después del asesinato cometido en la línea Termini-Palermo. Ahora solo Fontana y Palizzolo se sentaban en el banquillo (a los absueltos en Bolonia, incluyendo el guardafrenos del tren, no se les requirió que se enfrentaran de nuevo a los cargos). Pese a ello, el juicio de Florencia duró solo dos semanas menos que el anterior, al que se asemejó en muchos aspectos.

Los abogados de Leopoldo Notarbartolo llamaron a nuevos testigos, potencialmente muy importantes. Matteo Filipello tenía fama de ser el mediador entre Palizzolo y la *cosca* de Villabate. En 1896 había resultado herido en una disputa surgida, según se creía, a raíz del reparto del dinero pagado por el asesinato de Notarbartolo. Los primeros rumores que circularon por Palermo le habían situado ya como uno de los asesinos.

A Filipello hubo que amenazarlo con una posible detención antes de que aceptara desplazarse para acudir a la vista. Una vez en Florencia, fue arrestado por intimidar a otro testigo, y fingió que estaba perdiendo la razón. El día anterior al de su prevista comparecencia en el tribunal, desapareció. Le encontraron colgado del pasamanos de su pensión, situada junto a la basílica de la Santa Croce. «Suicidio», concluyó la investigación.

En aquel momento la opinión pública se mostraba cada vez más escéptica y aburrida. Habían pasado casi cuatro años desde las abrumadoras revelaciones de Leopoldo Notarbartolo en Milán. Al principio el caso había generado un enorme debate público sobre la Mafia. Se publicaron algunos valiosos análisis, entre ellos los de dos inspectores de policía sicilianos. Pero por cada estudio provechoso sobre la famosa organización criminal aparecían otros dos o tres que no hacían sino añadir confusión al asunto. Seguía habiendo muchas voces —incluyendo las de prestigiosos

testigos— que negaban que la Mafia existiera. Esta no era sino un exagerado sentimiento de orgullo personal, un producto del modo en que se había oprimido a los isleños a lo largo de su historia. Otros sugerían que se trataba simplemente del término siciliano utilizado para designar un tipo de hampa que podía hallarse en cualquier ciudad moderna tanto de Europa como de Estados Unidos.

Sorprendentemente, incluso algunos partidarios de Leopoldo Notarbartolo en Bolonia sostenían esa argumentación. En Sicilia occidental —afirmaban— no había sino *cosche* aisladas que a veces compartían a un mismo protector. «¿Qué es la Mafia hoy? ¿Es, como algunos creen, una organización con jefes y subjefes? No. Eso solo existe en los sueños del excéntrico jefe de la policía.»[54] Había razones evidentes para afirmar tal cosa, ya que habría sido muy imprudente basar íntegramente las posibilidades de una condena en el caso Notarbartolo en los fallidos esfuerzos de Sangiorgi por llevar a juicio a toda la Mafia como tal. Pero aquella argumentación vino a añadir más leña al fuego del debate.

Así, pese a la notoriedad de los juicios de Milán y de Bolonia, el de *mafia* seguía siendo un concepto difuso e informe. La confusión que rodeaba a la Mafia estaba destinada a arraigar, disminuyendo de paso el riesgo de una oleada de indignación pública, políticamente perturbadora, derivada de una posible absolución.

Aprovechando el ensayo general que había supuesto para ellos el juicio de Bolonia, en Florencia los abogados defensores se las ingeniaron mucho mejor. Don Raffaele abandonó la oratoria sensiblera de sus anteriores declaraciones y adoptó la actitud sumisa de un inválido al que un carabinero tuvo que ayudar a subir al estrado.

El juicio no logró alcanzar la misma notoriedad que había tenido en Bolonia, ni provocar la misma sensación de que todas las contradicciones y confusiones de los testigos de la defensa venían a sumarse para probar la culpabilidad. El 23 de julio de 1904, por una mayoría de ocho votos contra cuatro, el jurado absolvió a los acusados por falta de pruebas. Al escuchar el veredicto, Palizzolo se desmayó.

* * *

Pese a la sorprendente y rápida mejora de su salud en la semana posterior al juicio, don Raffaele volvió a desmayarse el primero de agosto, cuando descendía por la pasarela del barco en el puerto de Palermo ya como un hombre libre. El comité «Pro Sicilia» había alquilado un buque de vapor de la NGI para que le trajera triunfante de regreso de la península.

Era la culminación de varios días de celebraciones. El periódico *L'Ora,* propiedad de los Florio, declaró que el jurado florentino había librado a la ciudad de una pesadilla. Los partidarios de Palizzolo llevaban retratos suyos en la solapa. Se había pospuesto la festividad de la Madonna del Carmine para permitir que el héroe pudiera participar en ella. Cuando Palizzolo recuperó el conocimiento, fue acompañado hasta su casa por una multitud tumultuosa y alborozada. Al llegar, encontró su residencia adornada con letreros luminosos que rezaban: «¡Viva Palizzolo!». Cuando se asomó

al balcón, una banda interpretó un himno especialmente compuesto para celebrar su victoria.

Un panegirista se encargó de trasladar al papel todo aquel clamor:

> Tras cincuenta y seis meses de angustioso martirio, Raffaele Palizzolo ha salido triunfante, bañado por la luz de su deslumbrante halo de dolor y de virtud. Dolor y virtud consagrados por la sublime abnegación que ha mostrado a lo largo de cinco años de tormentos sin precedentes. Para pasar sus tristes horas de prisión en homenaje a Sicilia, la maltratada Sicilia, trenzó el dolor y la virtud como flores salpicadas de lágrimas en guirnaldas de duro sufrimiento[55].

El comedimiento raramente ha sido una de las virtudes del lobby mafioso. Muchos sicilianos, aun entre aquellos que consideraban que las pruebas contra don Raffaele no resultaban suficientes para merecer una condena, sintieron repugnancia.

Pero el júbilo no duró demasiado. En las elecciones parlamentarias de noviembre el mártir de Bolonia sufrió una estrepitosa derrota. Pese a su triunfo judicial, ahora estaba demasiado comprometido, y sus amigos más poderosos le abandonaron. Las audiencias en la cabecera de su lecho se reanudaron, ya que Palizzolo mantuvo su cargo en la administración local; pero sus días de rey del clientelismo siciliano habían terminado.

Poco después de la apoteosis de Palizzolo, Leopoldo Notarbartolo viajó discretamente de regreso a Palermo a bordo del vapor postal. Solo un pequeño grupo de amigos fueron a recibirle, humildes y silenciosos. Hubo lágrimas al reencontrarse con su hermana. Asumir el legado de la lucha de su padre contra Palizzolo le había costado mucho, y habría que vender la finca de Mendolilla para pagar las costas legales.

Durante los años siguientes, la carrera naval de Leopoldo le llevó felizmente lejos de la isla. Llegó a alcanzar el rango de almirante, pero su recuerdo desapareció de la memoria pública. Desde el mismo día de la absolución de Palizzolo había decidido no perder la fe en el progreso, no sucumbir a una resignada visión del mundo como un lugar maligno y caótico. La única forma de continuar su lucha por la justicia, a la que había dedicado los mejores años de su vida, era relatar la vida de su padre. Sus largos viajes por mar le permitirían disponer de tiempo de sobra para escribir una biografia que subestimaría sistemáticamente su propio papel en el drama desarrollado entre 1893 y 1904. Sin duda su padre habría aprobado su modestia. En 1947, tras una larga y dolorosa enfermedad, Leopoldo murió sin dejar hijos en Florencia, su ciudad de adopción. Su esposa publicaría la biografía dos años después.

Giuseppe Fontana también abandonó Sicilia después del juicio. Llevándose consigo a sus cuatro hijas pequeñas, emigró a Nueva York, donde proseguiría su carrera de extorsiones y asesinatos en el nuevo enclave de la Mafia.

4

Socialismo, fascismo, Mafia (1893-1943)

CORLEONE

En línea recta, hay solo unos treinta y cinco kilómetros entre Palermo y Corleone. Sin embargo, cuando Adolfo Rossi recorrió el trayecto, el 17 de octubre de 1893 —ocho meses después del asesinato de Notarbartolo—, el pequeño tren tardó sus habituales cuatro horas y cuarto en recorrer su serpenteante camino a través de las desarboladas montañas. Gran parte del paisaje que atravesaba el tren seguía todavía reseco por el estío siciliano; blancuzco y rocoso, solo de vez en cuando se veía salpicado por alguna atalaya en ruinas o por el verde oscuro de los pocos olivares y limonares dispersos.

El periodista Adolfo Rossi trabajaba para el periódico liberal romano *La Tribuna.* No hacía mucho que había vuelto de Estados Unidos, ya que había pasado doce años recorriendo el continente americano en busca de fortuna. Al final de su periplo se había convertido en el director de *Il Progresso ItaloAmericano*, el principal medio de comunicación de la creciente población italiana de Nueva York. Rossi volvió a Europa con un apasionado entusiasmo por la apertura y el dinamismo de la vida en Estados Unidos, y afirmaba que, en comparación, Italia parecía tan cerrada y estática como un cementerio.

En el mismo compartimento de Rossi viajaba otro hombre procedente de la península italiana, un joven oficial del ejército. Los dos se pusieron a hablar de la cuestión que estaba en boca de todos: las desesperadas condiciones de vida de los campesinos sicilianos. Rossi dejaría constancia escrita de la característica historia que le contó el oficial:

> Me duele ver algunas de las escenas con las que uno se encuentra cuando vive aquí como yo. Recuerdo que un caluroso día de julio había emprendido una larga marcha con mis hombres. Nos detuvimos a descansar junto a un corral donde estaban repartiendo la cosecha de grano. Yo me acerqué a pedir un poco de agua. Acababan de hacer la repartición, y el campesino se había quedado con apenas un montoncito. Todo lo demás había ido a parar a su amo. El campesino permanecía inmóvil con las manos y la barbilla apoyadas en el mango de una larga pala. Al principio contempló su parte como si se hubiera quedado estupefacto. Luego miró a su esposa y a sus cuatro o cinco hijos pequeños, pensando en que, después de un año de esfuerzos y privaciones, lo único que le había quedado para alimentar a su familia era aquel montón de grano. Habría parecido un hombre esculpido en piedra de no ser porque de cada uno de sus ojos se deslizó una furtiva lágrima[56].

Durante casi dos décadas, los reformistas italianos habían estado denunciando en vano la difícil situación de los campesinos del interior de Sicilia: desnutrición, analfabetismo, malaria, deudas esclavizantes, espantosas condiciones de trabajo, explotación respaldada por la violencia mafiosa, robos justificados por abogados comprados, *etc.*

En Corleone los campesinos decían que los amos honestos eran tan raros como las mariposas blancas. Muchos de los dieciséis mil habitantes de la población eran obreros cuya pobre existencia dependía de las grandes granjas cerealícolas que se extendían hacia las colinas allí donde acababan sus estrechas calles, sus diminutas plazas y sus iglesias barrocas. Corleone existía para alimentar a Palermo, pero no siempre era capaz de dar de comer a su propia población. Un viajero inglés de la década de 1890 halló la ciudad habitada por «mujeres pálidas y anémicas, hombres de ojos hundidos, niños anormales y andrajosos que mendigaban pan, gruñendo con voz ronca como viejos cansados aburridos del mundo»[57].

Rossi había ido a Corleone a entrevistar a un hombre que había dedicado toda su vida a cambiar aquella situación, un hombre que se convertiría en un símbolo tanto del combate contra la privación como de la lucha contra la Mafia.

La pobreza de los campesinos del interior siciliano tenía causas muy simples. Los grandes terratenientes de Corleone y otras poblaciones similares solían permanecer en Palermo y arrendar sus fincas, mediante contratos a corto plazo, a una serie de intermediarios o *gabelloti.* La breve duración de los arrendamientos se traducía en el hecho de que los *gabelloti* tenían que sacarles rápidamente el dinero a los campesinos. El *gabelloto* solía ser el típico hombre hecho a sí mismo de carácter brutal, ya que aquel era un trabajo que no podía realizarse sin hacer enemigos. Con frecuencia los *gabelloti* tenían que protegerse a sí mismos y a sus propios bienes, especialmente el ganado, frente a los bandidos y cuatreros, y no era raro que se asociaran con dichos bandidos o que controlaran sus actividades. También era frecuente que necesitaran amigos en los negocios legales, puesto que la abolición del sistema feudal y las periódicas subastas de propiedades de la Iglesia o del Estado habían dejado una maraña de papeleo que se remontaba a varias décadas atrás.

Los *gabelloti* constituían una figura tan importante en la violenta economía siciliana que a menudo se daba por supuesto que ser mafioso y ser *gabelloto* eran una misma cosa. Pero sería más acertado decir que el hecho de unirse a la Mafia permitía a un *gabelloto* hacer mejor su trabajo. Por una parte, la Mafia tenía contactos en Palermo, donde se hacían muchos de los contratos de arrendamiento. Por otra, la pertenencia a la organización ofrecía el poder militar necesario para combatir a los campesinos indisciplinados.

A ese poder hubo de recurrirse precisamente cuando, en el otoño anterior al viaje de Adolfo Rossi a Corleone, los oprimidos campesinos de las regiones occidental y central de Sicilia empezaron a formar, como por arte de magia, unas nuevas

organizaciones denominadas *Fasci* («fascios»). Aparte del nombre, dichos fascios no tenían nada que ver con el militarista y antidemocrático movimiento fascista que fundaría Benito Mussolini una generación después. *Fascio* significa simplemente «haz», y en este sentido representa una imagen de la solidaridad. Los fascios sicilianos eran hermandades que agrupaban a los campesinos contra los terratenientes y los *gabelloti.*

Durante unos meses del año 1893 el movimiento de los fascios hizo de Corleone el foco de atención de todo el país. El fascio local, fundado y dirigido por Bernardino Verro, fue uno de los primeros grupos de la isla, y también de los mejor organizados. El año anterior Verro era solo un humilde burócrata municipal que ni siquiera había terminado su educación, ya que había sido expulsado de la escuela secundaria. Había miles de funcionarios anónimos como él en toda Italia, hombres que se veían obligados a recurrir al clientelismo para obtener empleos administrativos que apenas les daban lo suficiente para alimentar a sus familias. Pero Verro se rebeló, enfurecido por las injusticias que presenciaba a su alrededor.

Cuando se convirtió en el líder del fascio de Corleone, Verro fue despedido de su trabajo por sus ideas políticas. Pero por entonces ya le daba igual. Ahora se dedicaba a pronunciar inflamadas arengas a los campesinos en su propio dialecto, con ejemplos que tomaba de las fábulas que conocía. Con utópico fervor, predicaba la cooperación, la disciplina y los derechos de la mujer. El futuro —explicaba— era socialista; el sistema capitalista era poderoso porque el poder del amor había disminuido, pero se acercaba el momento en que toda la humanidad se fundiría en un amoroso abrazo. Viajando en mula desde Corleone, Verro difundió su mensaje por todas las poblaciones vecinas. Allí donde hablaba se creaban nuevos fascios. Verro y los líderes del movimiento venían a ser apasionados evangelistas laicos. «Como auténticos hermanos», cuando se encontraban se besaban en la boca.

Era a Verro a quien el periodista Adolfo Rossi había ido a entrevistar a Corleone. En el momento en que Rossi hizo su viaje por el interior de Sicilia, Verro se había convertido en el líder de la primera huelga campesina masiva de toda la historia de Italia, un líder que hablaba de igual a igual con los más destacados políticos y funcionarios, un hombre que había logrado que casi todos los sectores de la sociedad italiana mostraran sus simpatías hacia los campesinos a los que dirigía. El encuentro entre Rossi y Verro dio lugar a uno de los pocos retratos de primera mano del líder del fascio. La entrevista muestra la influencia de los prejuicios que el periodista había adquirido en el Nuevo Mundo, así como su predisposición a responder a la visión sentimental de Sicilia predominante entre sus lectores italianos. Pese a ello, sin embargo, revela muchas cosas acerca de cómo eran realmente Verro y los fascios.

Otras personas que conocieron a Verro le describen como un hombre bruto, enérgico y de mal genio, con una devoción absoluta por su causa. Rossi, en cambio, contemplaba todo lo extraño con mirada colonial: «El presidente del fascio es un

hombre joven de veintisiete o veintiocho años. Hay un genuino toque árabe en su rostro, su barba y, especialmente, sus ojos grandes y saltones».



El héroe de la lucha contra la Mafia de Corleone, Bernardino Verro. Este busto se instaló encarado hacia la calle en la que había muerto. En 1925 fue robado. *[Archivio di Stato, Palermo.]*

En cualquier caso, la esperanza y el entusiasmo de Verro se traslucían en sus respuestas a las preguntas de Rossi: «Nuestro fascio cuenta con unos seis mil miembros, hombres y mujeres… Nuestras mujeres han comprendido tan bien las ventajas de la unión de los pobres que ahora les enseñan el socialismo a sus hijos»**[58]** Rossi también supo captar la astucia política de Verro. Las demandas planteadas en Corleone se habían convertido en un modelo para todos los fascios de la isla. Eran claras y moderadas, y se reducían a la exigencia de nuevos contratos que estipularan un reparto justo de la producción entre el propietario y los campesinos que alquilaban pequeñas parcelas de tierra. Incluso muchos conservadores lo consideraban un acuerdo justo y eficiente, y la mayoría de los terratenientes de Corleone lo habían aceptado. «Los más ricos aún no han cedido —le explicaba Verro a Rossi—. No tanto por razones económicas como por resentimiento. No quieren que parezca que han cedido ante los fascios.»**[59]**

Verro mostró con orgullo a Rossi la enorme sala abovedada que servía de cuartel general del fascio. En un extremo, sobre una mesa, había un busto de terracota de Marx, flanqueado por sendos retratos de los héroes patrióticos Mazzini y Garibaldi. Debajo de la mesa se veía toda una exposición de armas antiguas: sables, mosquetes y un trabuco.

Rossi entrevistó a algunos de los campesinos que se encontraban presentes. Le explicaron que los miembros que sabían leer y escribir mantenían al día a los analfabetos sobre las noticias del resto de la isla. Los miembros que habían sido soldados habían formado una banda uniformada dedicada a interpretar canciones patrióticas, así como el canto a los trabajadores que era el himno de los fascios. Rossi les preguntó a los campesinos qué era para ellos el socialismo: «¡Revolución!», fue una de las respuestas; «Unir todas las propiedades y comer todos lo mismo», respondió otro campesino; «Yo tengo cincuenta años —explicó un tercero—, y nunca he comido carne.»**[60]**

Rossi guardó para el final la pregunta más delicada, la que mayor curiosidad suscitaba entre sus lectores: la relación entre los fascios y el crimen. Los italianos

recordaban el papel que habían desempeñado diversas bandas de pistoleros en los numerosos episodios revolucionarios de la reciente historia siciliana; aunque poco comprendida, la Mafia era ampliamente temida. Los terratenientes sicilianos pretendían que los fascios no representaban más que el último disfraz de los salvajes pícaros y saboteadores de la isla. «¿Qué postura han adoptado con respecto a las personas con historial delictivo?», le preguntó a Verro. La respuesta fue enérgica y optimista:

> Hay solo unas pocas, y han sido condenadas por cosas secundarias como robar en los campos, de modo que las aceptamos en el fascio como una manera de mejorarlas. Desde que se inició el fascio, el índice de delincuencia ha bajado. Apenas hay ya disputas, puesto que cualquier cuestión se resuelve a través del fascio; a menudo actuamos como jueces o árbitros. Los verdaderos delincuentes son algunos de los terratenientes, usureros y antiguos protectores de bandoleros, que violan a las campesinas jóvenes y destruyen a los trabajadores. ¡Si supiera lo que llegan a hacer impunemente esos matones! ¡Aquí todavía estamos como en la Edad Media![61]

Era evidente que a Rossi aquello le llegó al alma y ahora tenía ya la sencilla historia que había ido a buscar a Corleone. Para los foráneos como él, a veces parecía como si nada hubiera cambiado en el campo siciliano desde la época de los romanos, cuando los esclavos trabajaban en los campos de trigo. En consecuencia, a su regreso contó a sus lectores una fábula de buenos y malos enmarcada en una tierra remota e intemporal:

> En esta isla, en medio de zonas paradisíacas, hay otras que parecen más bien propias de África, donde miles de esclavos trabajan unas tierras que pertenecen a un puñado de grandes señores. De hecho, están peor que los antiguos esclavos, que al menos tenían el pan asegurado[62].

En cuanto a Verro, aparecía retratado como un noble bárbaro, una especie de Espartaco moderno.

Leyendo el relato de Rossi, uno se siente tentado a pensar que su ociosa afición a ciertas ideas estereotipadas sobre Sicilia bien pudo haberle costado la historia de su carrera, ya que no supo percatarse de lo complicado que resulta ser un héroe en la Sicilia occidental. Así, Rossi ignoraba que solo seis meses antes alguien había despertado a Verro al amanecer arrojando un puñado de gravilla a la ventana de su casa, en la via San Nicolò. Tal como había convenido, se vistió rápidamente y salió. Le llevaron un corto trecho a través de calles estrechas hasta la casa de un hombre al que conocía, *gabelloto* de una propiedad de las afueras de la ciudad. Allí le hicieron

pasar a una habitación, donde encontró a un grupo de hombres alrededor de una mesa en cuyo centro había tres rifles y un trozo de papel con una calavera dibujada.

El que presidía la reunión empezó explicando que el propósito de esta era examinar la propuesta de admitir a Verro en aquella sociedad secreta, cuyos miembros se denominaban a sí mismos *fratuzzi* («hermanos»). Cuando le invitaron a hacerlo, el iniciado Verro explicó que el movimiento social que había fundado en Corleone aspiraba a defender los intereses de las oprimidas masas proletarias. Satisfecho con la explicación, el jefe advirtió de los peligros que amenazaban a cualquier hombre que no guardara el secreto de la sociedad.

Se pidió a Verro que repitiera el juramento de lealtad de los *fratuzzi* antes de levantar la mano derecha para que le pincharan en el dedo pulgar con un alfiler. Luego se untó con su sangre el dibujo de la calavera, que a continuación se quemó. A la luz de las llamas, Verro intercambió un beso fraternal con todos los mafiosos uno a uno. Después le dijeron que para darse a conocer como miembro de los *fratuzzi* tenía que tocarse los incisivos y quejarse de dolor de muelas. Ahora formaba parte de la *cosca* mafiosa de Corleone.

Al convertirse en mafioso, Bernardino Verro se distanciaba de lo que era la norma entre los líderes de los fascios, y el hecho de dejar constancia escrita de cómo lo había hecho le convertía en un caso único entre los iniciados en la Mafia de su época. Pero a pesar de ello, la historia de Verro —que solo saldría a la luz después de su asesinato— resulta extremadamente significativa. Durante mucho tiempo los escritores de izquierdas la trataron con perplejo escepticismo, y no solo porque la mayoría de la gente no creía que existiera nada parecido a un ritual de iniciación mafioso. Durante los más de sesenta años que siguieron al auge del movimiento de los fascios, los mafiosos intimidarían y asesinarían a innumerables socialistas, comunistas y líderes sindicales; tantos, de hecho, que llegó a parecer que el verdadero objetivo de la Mafia era derribar y someter a la clase obrera organizada del campo. Y sin embargo allí, en los mismos orígenes del socialismo campesino italiano, aparecía un héroe socialista confabulado con la Mafia.

La iniciación de Verro resulta fácil de explicar desde la perspectiva de la *cosca* de Corleone. Los hombres de honor jamás navegan contra corriente —su propósito es mantener siempre el rumbo que desean—, y en 1892-1893 la situación resultaba sumamente impredecible. Los fascios podían acabar convirtiendo a los campesinos en una nueva fuerza en el campo siciliano, modificando las condiciones de posesión y de trabajo de la tierra; o bien podían fracasar y ser reabsorbidos por la exclusivista política local. Los *gabelloti* afiliados a la Mafia no sabían a ciencia cierta si debían oponerse a los fascios o utilizarlos para obtener mejores condiciones de arrendamiento de los terratenientes. Al acercarse a los líderes de los fascios, la Mafia trataba de asegurarse de que podría mantener su influencia fuera lo que fuese lo que deparara el futuro.

La Mafia mantiene una postura basada en una tranquila falta de escrúpulos frente a las ideologías políticas. La organización no tiene ideas políticas rectoras, sino únicamente tácticas. Su principal valor es el oportunismo. Por esa razón, ningún movimiento social o político, sea del color que fuere, nace inmune a la influencia de la Mafia. La falta de escrúpulos de la Mafia incluso se extiende a sus propias tradiciones. La iniciación no constituye un rito tan sagrado como creen muchos, incluidos numerosos mafiosos. Siempre que resulte más barato, menos arriesgado y más efectivo ofrecer a alguien la posibilidad de afiliarse que comprarle o intimidarle, los principales capos aceptarán representar el conveniente ritual.

Como resultado de ello, los fascios hubieron de tener constantemente la preocupación de evitar la infiltración mafiosa. Algunos grupos locales incluso establecieron en sus estatutos la prohibición de afiliarse para mafiosos conocidos. Y entre las razones de ello no es la menor el hecho de que determinados elementos del gobierno se habrían sentido muy complacidos de poder tener un pretexto para reprimir a las organizaciones campesinas alegando que no eran más que bandas criminales. Al final, una investigación gubernamental revelaría que los fascios habían logrado en gran medida el propósito de mantener sus filas libres de malhechores.

Pese a ello, en algunos lugares como Corleone la relación entre los líderes de los fascios y la Mafia alcanzó una temible intimidad. Los jefes campesinos y los capos mafiosos competían en el mismo mercado político por hacerse con las mentes y los corazones de la gente. Los campesinos querían forzar la negociación de mejores condiciones, y algunos de ellos estaban dispuestos a hacerlo a través de quienes más rendimiento les dieran, fueran mafiosos o socialistas.

La versión de Bernardino Verro sobre la historia de su iniciación en los *fratuzzi* solo se conocería después de su muerte. La cadena de acontecimientos se había puesto en marcha durante el invierno de 1892-1893. En aquel momento se libraba una discreta campaña de intimidación y provocación contra los fascios. Se agredía a activistas y se incendiaban almiares para que se echara la culpa de ello a los socialistas, aumentando de ese modo las posibilidades de una represión militar. Había acoso policial y se arrestaba a los líderes de los fascios bajo falsas acusaciones. Algunos campesinos también respondían con vandalismo a la intransigencia de los terratenientes. Verro y los otros líderes de los fascios sabían que había políticos en Roma que esperaban la oportunidad de mandar tropas a Sicilia. Muchos de dichos líderes creían que antes o después resultaba inevitable un enfrentamiento violento con el Estado. Algunas voces dentro del movimiento expresaban la posibilidad de una insurrección socialista armada para adelantarse a la represión.

Fue durante aquellos tensos meses cuando Verro escuchó insistentes rumores de que tenían intenciones de hacerle desaparecer. Para protegerse, se aseguró de no ir nunca solo por las calles de Corleone. Una noche, vio —y esquivó— a tres desconocidos que le aguardaban cerca de su casa. Luego, un hombre de Corleone se

acercó a él varias veces, expresándole su simpatía por el movimiento campesino y tranquilizándole con respecto a su seguridad personal. Le explicó que los terratenientes habían ordenado su asesinato, pero que en Corleone había una sociedad secreta que estaba dispuesta a protegerle. Dicha sociedad incluso deseaba ofrecerle su ayuda y la posibilidad de afiliarse a ella. Lo único que le pedían era que cambiara su actitud hostil frente a ciertos personajes locales de grandes cualidades y notable valor.

Verro decidió aceptar la oferta. Como muchos otros sicilianos, probablemente tenía solo una idea imprecisa de lo que era realmente la Mafia; quizá una especie de logia masónica, o incluso algo más vago e informal. Comprensiblemente, la posibilidad que la Mafia de Corleone ofrecía a Verro de salvar su vida contribuyó a que se decidiera a afiliarse. Pero la decisión de Verro también obedecía a un contexto más amplio. Durante aquellos mismos tensos meses de principios de 1893 se produjeron diversos contactos exploratorios entre hombres de honor y líderes del movimiento socialista en el ámbito regional. Ambos bandos mostraron grandes reservas. Si había de producirse una revolución, la organización de cada zona tendría que evaluar de qué bando lucharía. ¿Era mejor respaldar a un Estado italiano distante y frágil, o infiltrarse en el campesinado socialista? Por su parte, los líderes campesinos empezaron a preguntarse si la alianza con la Mafia no representaba un precio que valía la pena pagar para conseguir la victoria en la inminente lucha. Quizá una fe utópica en el poder del socialismo incluso les daba esperanzas de que la Mafia pudiera ser asimilada y neutralizada.

A finales de abril Verro y otros dos destacados miembros de la organización que aglutinaba a los fascios se reunieron con varios capos de la Mafia de Palermo. La propuesta era que, en el caso de que se produjera una revolución campesina, esta estuviera encabezada por «doscientos mil leones», que no eran otros que los mafiosos y sus alborotadores (toda la discusión pareció estar presidida por un nivel de exageración digno de Homero). No se avanzó mucho de cara a lograr un acuerdo, aunque las distintas versiones difieren acerca de por qué no se alcanzó: o bien los mafiosos llegaron a la conclusión de que el Estado italiano al final se revelaría más fuerte que los fascios, o bien los líderes campesinos sospecharon que la Mafia trataba de tenderles una emboscada de acuerdo con la policía y los terratenientes.

Bernardino Verro no tardaría en arrepentirse de haber ingresado en la *cosca* de Corleone. Los *fratuzzi* invadieron la «Nueva Era», un club que él había fundado como centro de actividad republicana y socialista. Allí introdujeron los juegos de naipes, utilizando las apuestas para poner en circulación dinero falso. Para Verro se hizo evidente que tanto él como el fascio de Corleone corrían el riesgo de verse desacreditados y calificados de criminales por la policía, de modo que se alejó del club «Nueva Era». Pero la distancia que separaba a los mafiosos y los activistas campesinos de Corleone se hizo aún mayor cuando los primeros se apoderaron de unas tierras que habían quedado sin cultivar a consecuencia de una huelga organizada por el fascio. Verro abandonó enseguida toda esperanza de que los *fratuzzi* y los

campesinos pudieran establecer un pacto, y pasaría el resto de sus días tratando de enmendar el error de haberse afiliado a la Mafia; un error que acabaría costándole la vida.

El 3 de enero de 1894 los halcones de Roma y Sicilia finalmente se salieron con la suya; cincuenta mil soldados impusieron la ley marcial y la disolución de los fascios. La crisis había estallado el pasado diciembre, cuando los fascios organizaron huelgas tributarias y exigieron la disolución de los corruptos consejos locales, lo que constituía un desafío directo a los intereses políticos vitales de la Mafia. El nivel de violencia empezó a aumentar. Los peores incidentes ocurrieron cuando los soldados dispararon directamente a los manifestantes; murieron ochenta y tres campesinos. En algunos lugares se provocaron disturbios deliberadamente cuando varios desconocidos dispararon al azar desde los tejados o las ventanas; con decisiva astucia, los mafiosos seguían ahora su decisión de respaldar a los terratenientes y al Estado en lugar de a los fascios. La disciplina que Verro había logrado infundir a los campesinos de Corleone supuso que ese fuera uno de los pocos lugares en los que no hubo derramamiento de sangre.

Bernardino Verro trató de huir de Sicilia, pero el 16 de enero de 1894 fue arrestado a bordo de un barco que se dirigía a Túnez y conducido ante un tribunal militar. Se le acusó de conspiración para provocar una revuelta, incitación a la guerra civil, violencia y destrozos. Durante el juicio, las autoridades prohibieron el acceso de los principales periódicos de la isla. Verro fue declarado culpable y condenado a doce años de cárcel. La dureza de la pena sorprendió incluso a muchos conservadores. En 1896, sin embargo, fue inesperadamente liberado gracias a una amnistía. Pese a ello, durante la década siguiente, su vida se dividiría entre el activismo político, la cárcel, el exilio y la persecución por parte de las autoridades.

* * *

En el verano de 1907 Verro salió de la cárcel tras haber cumplido una segunda condena. (Había sido condenado por difamación después de que un periódico que él había fundado revelara que un destacado miembro de la política local le había facilitado una mujer al subprefecto, una joven cuyo marido estaba en la cárcel; los testigos clave de la defensa se retractaron, y Verro fue condenado a dieciocho meses de prisión).

Cientos de campesinos socialistas del interior acudieron a Palermo para recibirle el día de su liberación. Llevando banderas y estandartes, llegaron a primera hora de la mañana en un tren especialmente fletado desde Corleone. La banda municipal, ataviada con camisas rojas, encabezó un desfile que recorrió las calles. Mujeres vestidas con el tradicional traje campesino desfilaron bajo un estandarte que rezaba: «Sección femenina de Corleone». Fuertemente protegidas, recorrieron la via Maqueda hasta la cárcel de Ucciardone, donde recibieron a Verro con vítores, abrazos

y lágrimas. Tras una reunión de la cámara laboral de Palermo, le llevaron triunfalmente de regreso a Corleone.

En ese momento, trece años después de la represión de los fascios, la moral del movimiento campesino estaba más alta que nunca. En Roma ocupaba el poder un gobierno de talante más progresista. El año anterior a la liberación de Verro, una nueva ley posibilitó que las cooperativas obtuvieran préstamos del Banco de Sicilia en representación de los campesinos; el dinero se emplearía en arrendar tierras directamente de sus propietarios. En Corleone Verro asumió de inmediato la dirección de una cooperativa constituida precisamente con ese fin. Pero esta contaba también con el potencial de constituir el arma más potente contra la Mafia. El objetivo era dejar a los intermediarios, los *gabelloti,* fuera de la economía rural. Verro sabía que la lucha que se avecinaba probablemente sería violenta; dos hombres que colaboraban estrechamente con él habían sido asesinados en su ausencia. También sabía que los *fratuzzi* de Corleone tenían una cuenta personal que saldar con él, y además seguía cargando con el mortificante secreto de su iniciación.

Al principio los *fratuzzi* se mostraron cautelosos. Inicialmente trataron de sobornar a Verro para que impidiera que la cooperativa siguiera quedándose con sus contratos de arrendamiento. Aunque la Mafia logró infiltrarse en muchas organizaciones campesinas de toda Sicilia occidental, Verro resistió, y en 1910 su cooperativa se había hecho cargo de nueve haciendas, liberando de paso a centenares de trabajadores de unas condiciones próximas a la servidumbre feudal.

Pero la cooperativa de Verro se enfrentaba también a la oposición política de una entidad crediticia católica, la Cassa Agricola San Leoluca, que en sí misma constituía un signo de un cambio fundamental que estaba aconteciendo en toda Italia. Cuando se completó la unificación italiana en 1870 con la ocupación de Roma, el Papa declaró que la Iglesia había sido «expoliada», se encerró en el Vaticano y dio instrucciones a los fieles de que no tomaran parte activa en la vida política del nuevo país ateo. Solo hacia finales del siglo XIX los católicos, con la aprobación del clero, empezaron a intervenir en la política. Lo que les arrastró a la esfera pública fue la necesidad de proteger a los fieles del credo materialista y subversivo del socialismo.

Los mafiosos siempre habían tratado con los sacerdotes del mismo modo que con los políticos: de hombre a hombre y devolviendo favor por favor. Y ahora la Iglesia y la Mafia tenían también un fondo ideológico común en su odio al socialismo. Los sacerdotes y creyentes legos que regentaban la Cassa Agricola San Leoluca son personajes oscuros, y se sabe poco de la Iglesia de Corleone. Pero es posible hacerse una idea de la atmósfera reinante entre el clero local gracias a la carta que un canónigo escribió a su arzobispo en 1902, pidiéndole que prohibiera a los curas de Corleone llevar pistola «tanto de día como de noche». La cooperativa católica empleaba a los *fratuzzi* para vigilar las tierras que arrendaba. La fase más mortífera de la lucha de Verro contra la Mafia estaba a punto de empezar.

En 1910 Bernardino Verro convocó una huelga tributaria para protestar por un corrupto alcalde católico. La administración municipal se colapsó. Durante la subsiguiente campaña electoral, Verro pronunció un discurso denunciando a la «Mafia afiliada a los católicos». La reacción fue inmediata. La tarde del 6 de noviembre Verro estaba esperando en la farmacia para votar el fin de la huelga cuando alguien le vació los dos cañones de su escopeta a través de la ventana. Su sombrero salió volando y Verro resultó herido en la muñeca, pero, sorprendentemente, por lo demás salió ileso. Parece ser que el propósito del agresor se vio frustrado por el brillo y los reflejos de los armarios de la farmacia. Cuando Verro se apresuró a salir para ver si identificaba a su presunto asesino, se encontró cara a cara con un conocido mafioso, que mostró sorpresa al ver que seguía vivo. «Como verá, esta vez sus chicos solo han hecho un poco de humo», le dijo Verro.

Aunque en público mantenía una actitud valerosa, en privado Verro estaba aterrado. Empezaba a descubrir hasta dónde llegaban los contactos de la Mafia; sus vínculos con los parlamentarios locales, la judicatura y el clero. Las balas que le habían disparado, decía, apestaban a «Mafia e incienso». Se vio obligado a abandonar de nuevo su querida Corleone. Aunque denunció a quienes creía que habían tratado de matarle, el caso no prosperó, pues los testigos no se atrevían a presentarse.

En la primavera de 1911 Verro escribió a un amigo, desesperado al saber que habían abatido a tiros a su camarada Lorenzo Panepinto, el líder campesino de Santo Stefano Quisquina, en la puerta de su casa:

> ¿Has visto lo que le han hecho al pobre Panepinto? Los clericales-mafiosos *gabelloti* se han alzado contra las cooperativas. La verdad es tan terrible que casi enloquezco de desesperación. Cada vez que miro la herida de mi muñeca izquierda veo dos cadáveres en la cicatriz: uno es el mío y el otro es el de mi buen amigo y camarada Panepinto. He tenido que dejar Corleone, donde la Mafia me ha declarado traidor. ¿Qué alternativa me queda? ¿Convertirme yo también en un criminal y tomar venganza con plomo y dinamita? ¿O esperar a que me maten como un condenado de permiso?**[63]**

Los problemas siguieron acosando a Verro. El tesorero de la cooperativa campesina de Corleone fue detenido por fraude, y declaró falsamente que había seguido órdenes de Verro (hay firmes evidencias que sugieren, en cambio, que el tesorero contaba con el respaldo de los *fratuzzi*). Aunque en la actualidad no hay ningún indicio de que Verro fuera culpable de haber obrado mal deliberadamente, sí parece que mostró cierta ingenuidad y laxitud a la hora de supervisar las cuentas de la cooperativa. El caso es que fue arrestado y pasó casi dos años en prisión preventiva.

Cuando Verro fue finalmente liberado, en 1913, todavía pesaba sobre él la acusación de fraude y a sus enemigos les pareció que era un hombre vencido. Para

sobrevivir, se vio obligado a vender vino y pasta. Pero su intención era sencillamente esperar a limpiar su nombre antes de volver a la política. Los campesinos, que mantenían intacta su fe en él, le suplicaron que encabezara la lista socialista en las elecciones locales. Ahora por fin tenían derecho a voto; el sufragio universal masculino, que había sido aprobado en 1912, representaba una oportunidad sin precedentes para luchar por la justicia y la igualdad por medios democráticos. Verro conocía los peligros a los que se enfrentaba; él mismo solía decir a sus amigos que la Mafia acabaría matándole al ver que no podía derrotarle de otro modo. Aun así, consideró su deber aceptar los ruegos de los campesinos. En 1914 resultó elegido alcalde de Corleone por aplastante mayoría.

En 1914 y principios de 1915 la vida política de Verro estuvo dominada por la Primera Guerra Mundial. Como la mayoría de los socialistas —y, de hecho, también la mayoría de los italianos—, Verro se opuso a la intervención italiana en la guerra. En las dos últimas décadas el pueblo de Corleone había estado a punto de asegurarse un futuro más justo en tres ocasiones. En 1894 sus fascios fueron reprimidos por la ley marcial; en 1910 la intriga y la violencia dieron jaque a sus cooperativas, y ahora, justo en el advenimiento de una democracia de amplia base, el reclutamiento obligatorio vendría a frustrar sus esperanzas. Finalmente Italia entró en guerra en mayo de 1915.

Pero esos meses también fueron importantes en la vida personal de Verro. Después de años de vivir solo, el activista itinerante había sentado la cabeza, y su compañera (la pareja era ideológicamente opuesta al matrimonio) dio a luz a una hija, a la que llamaron Giuseppina Pace Umana («Josefina Paz Humana»). En el otoño de 1915 la celebración del juicio por fraude que tanta inquietud causara en Verro empezaba a acercarse. Tras hablar con los abogados implicados, se sentía optimista acerca de sus perspectivas de salir airoso.

La tarde del 3 de noviembre de 1915 Verro abandonó el ayuntamiento de Corleone bajo un cielo que oscurecía con rapidez. Cuando doblaba la esquina para enfilar la via Tribuna empezó a diluviar. Justo cuando llegaba a un tramo de cuatro escalones que abarcaban todo el ancho de la calle en su parte más alta, una bala disparada desde un establo le alcanzó bajo la axila izquierda. Se tambaleó, se giró y sacó su pistola Browning. Solo pudo disparar un tiro inútil antes de que su arma se encasquillara. Luego le alcanzaron otras cinco balas disparadas desde dos ángulos distintos. Probablemente ya había muerto cuando se desplomó boca abajo sobre el barro.

Entonces uno de los asesinos salió tranquilamente de su escondite y, al parecer, se arrodilló apoyándose en la región lumbar de la espalda de Verro. Apuntó su pistola a la base del cráneo de su víctima y disparó otras cuatro veces. Luego puso el cañón en la sien de Verro y apretó de nuevo el gatillo. El estado del cadáver había de servir de advertencia a otros.



Corleone, 1915. Foto policial del cadáver de Bernardino Verro yacente en el lugar en donde fue abatido. Algunos de los disparos que le mataron se efectuaron desde el portal de la izquierda. *[Palladium/Tipografia Ferdinando Cortimiglia, Corleone.]*

* * *

En casi todos los periódicos de ámbito nacional la información sobre aquel asesinato tan manifiestamente salvaje se limitó a unas pocas líneas. Las noticias del combate en el frente occidental, en Serbia, y en las fronteras nororientales de Italia dominaban el interés de la nación.

Durante muchos años, tras el macrojuicio de Sangiorgi en 1900 y la absolución de Palizzolo y Fontana en 1904, en Italia resultó enormemente difícil que la lucha contra la Mafia suscitara el menor interés. La opinión pública del país se había vuelto resignada y escéptica; la gente acogía las noticias sobre el crimen organizado en Sicilia con apatía y desagrado. Se daba por sentado que la muerte del alcalde de Corleone era un asunto de la Mafia, y que, muy probablemente, nadie iba a responder de él.

Ni siquiera las notables evidencias surgidas en el juicio ayudaron a atraer la atención pública que el caso merecía. Entre los documentos personales de Verro, la policía descubrió un testimonio de su propia mano, que venía a añadir una nueva capa de intriga a una vida que reflejaba plenamente un período dramático de la historia siciliana. Era la confesión póstuma de Verro. En ella explicaba toda la historia de su iniciación a los *fratuzzi* —un secreto que nunca antes había divulgado a nadie—, y daba una descripción detallada de cómo operaba la Mafia de Corleone. Los policías que descubrieron el documento manifestaron su plena convicción en la absoluta integridad y devoción a la causa de Verro; creían que si hubiera revelado lo que sabía de la Mafia, habría sido asesinado mucho antes.

Como cabía esperar, y pese al carácter abiertamente público del asesinato, nunca

se condenó a nadie; el juicio acabó a los pocos días, cuando el fiscal jefe retiró las pruebas, afirmando que a su entender no se sostenían. La suspensión del juicio logró, una vez más, que no se creyera a un testigo fidedigno de la realidad de la «honorable sociedad».

Los *fratuzzi* tenían un montón de razones para asesinar a Bernardino Verro. La cuestión es por qué lo hicieron cuando lo hicieron. Más tarde, la policía conjeturaría que la Mafia temía que Verro aprovechara el juicio por fraude para revelar lo que sabía de la organización. También es posible que la *cosca* hubiera supuesto que la guerra en curso amortiguaría la publicidad que iba a rodear al asesinato. Durante años los *fratuzzi* habían tratado sin éxito de asimilar a Verro, de corromperle, de derrotarle políticamente, de sobornarle y de intimidarle. Aparentemente, en 1915 solo les quedaba un medio.

Aunque dicho medio sea el más poderoso de los que tiene, la Mafia no puede sencillamente asesinar a quien quiera sin disponerse a afrontar las consecuencias de ello. Todo asesinato implica una serie de riesgos calculados, y el de un hombre poderoso como Verro, que contaba con tantos y tan apasionados partidarios tanto en Corleone como fuera, representaba una empresa especialmente arriesgada. Al parecer, y trágicamente, en este caso la Mafia hizo bien sus cálculos.

Pero Verro estaba lejos de ser el último mártir del movimiento campesino. Tras las dos guerras mundiales se produjeron sendas oleadas de asesinatos políticos perpetrados por la Mafia. Las tácticas adoptadas contra los fascios de Corleone habrían de emplearse de nuevo; cada vez que la «honorable sociedad» no lograra infiltrarse en las organizaciones campesinas, o crear otras alternativas más influenciables, se enfrentaría a ellas mediante el terror. Entre las víctimas políticas de la Mafia de la época en la que cayó Verro se encontraron también cinco valientes sacerdotes cuyos nombres merecen ser recordados: don Filippo Di Forti, asesinado en San Cataldo, en 1910; don Giorgio Gennaro, en Ciaculli, en 1916; don Costantino Stella, en Resuttana, en 1919; don Gaetano Millunzi, en Monreale, en 1920, y don Stefano Carona, en Gibellina, también en 1920. El nuevo catolicismo socialmente comprometido no fue ajeno por completo a la realidad de la Mafia, y como resultado de ello pagó con su sangre.

En 1917 los campesinos de Corleone erigieron una estatua en memoria de Bernardino Verro en la piazza Nascè, donde los trabajadores se reunían cada mañana con la esperanza de ser contratados por algún *gabelloto* para una jornada. En ella se representaba a Verro subiendo por la via Tribuna hasta el punto en el que se había producido su asesinato. En 1925 la estatua fue robada; jamás se encontró. En 1992 un valeroso alcalde izquierdista de Palermo erigió otra estatua como parte de sus esfuerzos por incorporar al tejido de la ciudad el recuerdo de las fechorías de la Mafia. Tras ser objeto de actos vandálicos en diversas ocasiones, el monumento sería finalmente destruido en junio de 1994. La Mafia había llegado al extremo de perseguir a sus víctimas aun más allá de la tumba.

EL HOMBRE CON PELO EN EL CORAZÓN

En enero de 1925, en el Parlamento italiano, el primer ministro Benito Mussolini se levantó y asumió personalmente la responsabilidad de la violencia de sus bandas fascistas, tras lo cual inició el proceso de represión de toda la oposición. El Partido Fascista de Mussolini ya no representaba un gobierno; ahora constituía un régimen. Un año después, el nuevo dictador exhibía su autoridad inaugurando una guerra contra el crimen organizado en Sicilia.

El asedio de Gangi, la ceremonia de apertura de aquella guerra, se inició la noche del primero de enero de 1926, mientras caía una fuerte nevada sobre los montes Madonie. Los días anteriores, policía y carabineros, en grupos móviles de cincuenta personas, habían ido estrechando poco a poco el cordón policial, arrestando a todos los sospechosos de colaboración con los bandidos. Tanto el cordón policial como el frío obligaron a los propios bandidos a retroceder hasta Gangi, donde se sabía que tenían su cuartel general. La policía ocupó las colinas y otros puntos estratégicos cercanos. Se cortaron las líneas telefónicas y telegráficas. Camiones y carros blindados bloquearon las carreteras de acceso a la población. Luego, un gran número de policías, acompañados de unos cuantos camisas negras, ascendieron trabajosamente por la empinada y estrecha carretera que llevaba a la propia Gangi.

Hasta entonces Gangi había parecido inexpugnable en su altivo aislamiento, dominando el paisaje de toda la Sicilia central desde su privilegiada posición en los montes Madonie; en un día claro incluso se puede divisar la amenazadora silueta del Etna al este, al otro lado de la isla. Los lugareños solían referirse a los bandidos como «el prefecto» o «el jefe de la policía». Tan poderosos habían llegado a ser que incluso habían logrado persuadir al alcalde de que rechazara una subvención del gobierno para alumbrado público argumentando que en realidad los empinados callejones de la población eran más seguros a oscuras.

Ahora aquel laberinto estaba intensamente iluminado y atestado de hombres uniformados que registraban y ocupaban las casas, realizando docenas de detenciones. Muchos de los hombres que buscaban se habían escondido en cuartos secretos obra de un constructor local especializado en la colocación de paredes y techos falsos. Solo unos pocos gangitanos se arriesgaban a aventurarse entre la nieve para llevar mensajes y vituallas a los hombres escondidos. El resto se acurrucaba en sus casas con las puertas y ventanas cerradas a cal y canto.

El primer bandido que se entregó salió de su escondrijo la mañana del 2 de enero. Gaetano Farrarello, el «Rey de los Madonie», tenía sesenta y tres años y huía de la justicia desde el día en que había matado a su esposa y al amante de esta. De eso hacía ya más de la mitad de su vida. Había tardado varios años en construir una extensa red de robo de ganado, gestión de propiedades y extorsión, y en crearse la protección política necesaria para actuar sin que las autoridades le molestaran. Hizo saber que no se entregaría a ningún policía, sino únicamente al alcalde.

En el ayuntamiento, el oficial que mandaba las fuerzas de asedio se limitó a sentarse y esperar que Farrarello apareciera. Se encontró con un hombre alto, con un porte de una dignidad casi militar y una barba patriarcal que le llegaba hasta la cintura. El bandido depositó su ornamentado bastón sobre la mesa y realizó una estudiada declaración: «Mi corazón está temblando. Es la primera vez que me hallo en presencia de la ley. Me entrego para restaurar la paz y la serenidad de estas personas que se han visto tan atormentadas»[64]. Varios días después, Ferrarello se suicidaría en la cárcel arrojándose por el hueco de una escalera. Al parecer, no hubo nadie más implicado en el incidente.

La operación prosiguió. No se permitió a nadie entrar o salir de Gangi mientras la policía realizaba una serie de maniobras destinadas a humillar a los bandidos ocultos. Se les confiscó el ganado; se sacrificó a los mejores animales en la plaza del pueblo, y luego se pusieron a la venta a precios simbólicos. Se tomaron rehenes, incluyendo a mujeres y niños. Los policías dormían en las camas de los bandidos y, según insistentes rumores, abusaban de sus mujeres. Luego se ordenó al pregonero de la población recorrer las calles vacías tocando un pesado tambor colgado de la cintura.

> ¡Ciudadanos de Gangi! Su Excelencia Cesare Mori, prefecto de Palermo, ha enviado el siguiente telegrama al alcalde con la orden de hacer pública esta proclama:
>
> *Ordeno a todos los fugitivos de la justicia en este territorio que se entreguen a las autoridades en el plazo de doce horas desde el momento en que se lea este ultimátum. Una vez haya expirado el plazo, se tomarán las medidas más severas contra sus familias, sus posesiones y cualquiera que les ayude de la manera que sea*[65].

Cesare Mori era el hombre que había elegido Mussolini para dirigir su guerra contra el crimen organizado. El ultimátum constituía un gesto característico que convertía manifiestamente la operación de Gangi en una confrontación de hombre a hombre con los criminales.

Mori había permanecido en Palermo durante el asedio, velando para que la prensa aprobara su «hercúlea labor». El 10 de enero, con los bandidos todavía escondidos, viajó a Gangi para proclamar la liberación de la población en persona. La plaza se había engalanado convenientemente y la banda interpretaba marchas militares. Había carteles que reproducían el mensaje de felicitación de Mussolini a su prefecto: «Le expreso mi más cordial satisfacción y le insto a continuar hasta realizar su labor sin reparar en nadie, sea alto o bajo. El fascismo ha curado a Italia de muchas de sus heridas. En Sicilia cauterizará la llaga del crimen; con un hierro al rojo si hace falta»[66].

Si hay que creer a la prensa controlada por los fascistas, luego se pronunciaron discursos desde el balcón del ayuntamiento. El joven jefe fascista de Palermo Alfredo

Cuco, un pequeño y arrogante oftalmólogo vestido con camisa negra y gorro de aviador, se dirigió a los líderes invitados, que a su vez se hicieron eco de los sentimientos del Duce. Finalmente Mori se adelantó. Acababa de cumplir los cincuenta y cuatro años, y mostraba unos rasgos bien conservados, aunque algo afilados, una complexión imponente y una voz profunda. Se sentía orgulloso de los motes que había adquirido durante los años transcurridos luchando contra el crimen en Sicilia: el «prefecto de hierro», el «hombre con pelo en el corazón». Las pesadas botas militares y la larga y gruesa banda que había decidido llevar sobre su inmaculado traje aspiraban a reforzar el mismo mensaje: ahí estaba un hombre de acción, un enemigo personal de los criminales. Aquel mismo día uno de los bandidos que todavía seguían ocultos hizo llegar una amenaza de muerte contra él.

El discurso de Mori fue, como de costumbre, mucho más directo que los que le habían precedido. Habló a los sicilianos en lo que él consideraba que constituía su rudimentario lenguaje moral:

> ¡Ciudadanos! No me rendiré. El gobierno no se rendirá. Tenéis derecho a ser liberados de esos villanos. Y lo seréis. La operación proseguirá hasta que se haya redimido a toda la provincia de Palermo.
>
> Por mediación mía, el gobierno cumplirá con su deber hasta el final. Vosotros debéis cumplir con el vuestro. No tenéis miedo de las pistolas. Pero sí teméis que se os asocie a la palabra «poli». Debéis acostumbraros a pensar en la guerra contra los criminales como el deber de todo ciudadano honesto.
>
> Sois buenas gentes. Vuestros cuerpos son sanos y fuertes. Tenéis todos los atributos anatómicos viriles que hay que tener. Por lo tanto sois hombres, y no ovejas. ¡Defendeos! ¡Contraatacad![67]

Las palabras de Mori suenan como si se dirigieran a los oídos de alguien que se hubiera criado en una granja de animales. Hay dudas de que realmente pronunciara el discurso que publicaron los periódicos. Pero en cualquier caso, este tipifica la actitud del hombre elegido para representar las fantasías autoritarias del fascismo en Sicilia. El asedio terminó unos días más tarde; se había arrestado a ciento treinta fugitivos de la justicia y unos trescientos de sus cómplices.



El «prefecto de hierro» del fascismo, Cesare Mori. *[Rubettino, Soveria Mannelli (CZ).]*

* * *

Militarista, decisivo, duro, espectacular; el asedio de Gangi se recuerda más o menos como quería que se recordara la propaganda fascista, en sintonía con el modo en que esta diseñó su guerra contra el crimen organizado. Cuando los desertores de la Mafia empezaron a hablar con Giovanni Falcone, en la década de 1980, se hizo evidente que los propios mafiosos tenían similares recuerdos de los años del fascismo. El hombre de honor de Catania Antonino Calderone, que se convirtió en *pentito* en 1986, reveló que, más de cuarenta años después de su caída, el régimen fascista de Benito Mussolini conservaba una profunda huella en la memoria popular de la Mafia:

> [Bajo el fascismo] cambió la música. Los mafiosos lo pasaron mal. Muchos fueron enviados a una prisión insular de la noche a la mañana… Mussolini, Mori, la gente encargada de la justicia, fueron quienes lo hicieron: condenaron a los mafiosos a cinco años de exilio interior sin juicio, el máximo. Y cuando acabaron esos cinco años publicaron un decreto y les condenaron a otros cinco. Así, sin más. ¡Un decreto! Otros cinco años… Después de la guerra la Mafia ya casi no existía. Todas las familias sicilianas se habían roto. La Mafia era como una planta que deja de cultivarse. Mi tío Luigi, que había sido un jefe, una autoridad, se vio obligado a robar para ganar un mendrugo[68].

Calderone era solo un muchachito cuando su tío Luigi sufría aquellas indignidades. Aunque las historias que le contaron de joven tenían la característica

simplicidad de todos los recuerdos familiares, no cabe duda de que poseían una base de verdad. La enérgica campaña fascista iniciada con el asedio a Gangi permitió pasar a la ofensiva a algunos policías y magistrados que habían acumulado años de experiencia en la lucha contra las *cosche*. La Mafia sufrió lisa y llanamente; muchos hombres de honor fueron a la cárcel, con o sin juicio, y el resto de la organización entró en una especie de hibernación.

El fascismo afirmó que había resuelto el problema de la Mafia. No obstante, como tantas otras cosas de las que decía Mussolini, aquella resultó ser una presunción falsa. Y aunque el control que ejercía el Duce sobre la información hace que todavía hoy resulte difícil para los historiadores discernir la verdad, la verdadera historia del «hombre con pelo en el corazón» —el más temido enemigo de la Mafia— resulta ciertamente más oscura e intrigante de lo que sugieren tanto la propaganda fascista como las memorias de la Mafia.

* * *

Los padres de Cesare Mori solo reconocieron su existencia cuando este tenía ya siete años; hasta entonces había estado en un orfanato en Pavía, cerca de Milán. Para un muchacho brillante que no era nadie, sin ningún contacto, en la Italia de finales del siglo XIX el ejército y la policía figuraban entre los pocos lugares en los que podía hacer carrera. Los archivos secretos del Ministerio del Interior sobre Mori dan fe de su inexorable ascenso y no dejan lugar a dudas sobre su pujante ambición ni sobre su coraje. En 1896 se le concedió una medalla por perseguir y dar caza a un proxeneta al que había visto atracando a un joven soldado con un revólver mientras una prostituta intentaba apuñalarle por la espalda. Aquel sería el primero de sus numerosos encuentros cara a cara con el crimen violento.

Los informes de los superiores de Mori sobre todos los aspectos de su trabajo son entusiastas: «Es enérgico, decidido y prudente. Conoce bien todos los aspectos de su trabajo, especialmente las tareas de vigilancia política, puesto que conoce las doctrinas de todos los partidos y los hábitos y el comportamiento de los políticos»**[69]**. Mori había sido designado ya para un ascenso cuando, en 1903, en Rávena, cacheó a un poderoso concejal local del que sospechaba que llevaba encima un puñal (Sicilia no era el único lugar en el que la política municipal podía resultar una ocupación peligrosa). A consecuencia de ello se organizò una campaña de prensa contra él. La recompensa por la puñetería de Mori fue un traslado a Castelvetrano, en Sicilia. A partir de ese momento su vida se entrelazaría con la historia de la Mafia.

La violencia electoral tácitamente gestionada por las autoridades, el robo de ganado y el crimen organizado; durante la mayor parte de los catorce años siguientes Mori tuvo asignadas las tareas habituales de las fuerzas del orden en la campiña de Sicilia occidental. Y se aplicó a ellas con incansable vigor. Regularmente los lugareños presentaban acusaciones contra él por abuso de autoridad. En 1906 fue ascendido al cargo de superintendente. Tres años después fue ascendido de nuevo tras

matar a un bandido durante un largo tiroteo. En 1912 se distinguió una vez más por acorralar a una banda de extorsionistas que habían exigido dinero a un parlamentario.

En Italia la labor policial se hallaba siempre muy politizada. Las propias opiniones políticas de Mori —que era monárquico conservador— resultaban lo bastante convencionales como para poder subordinarlas a sus ambiciones. Esto significaba conformarse a las expectativas de los poderosos de turno, tanto en Roma como en el ámbito local (al menos cuando ambas podían reconciliarse). En Sicilia Mori había seguido una línea favorable al grupo de intereses más poderoso: los terratenientes.

Cuando empezó la Gran Guerra, Mori era subjefe de policía en la ciudad de Trapani, en el extremo occidental de la isla. Durante la guerra no hubo ningún combate militar en Sicilia, pero todo lo que ocurrió después de que Italia se uniera a la contienda, en mayo de 1915, contribuyó a empujar a la isla a un abismo de violencia. Más de cuatrocientos mil sicilianos —una cifra superior a la de la población total de Palermo— fueron llamados a filas. Como había venido ocurriendo desde la fundación del Estado italiano, miles de reclutas evitaron la leva huyendo a las colinas. El bandidaje a gran escala reapareció en el interior desde el momento en que aquellos fugitivos empezaron a recurrir a la delincuencia para sobrevivir. Sin los brazos necesarios para sembrar y cosechar el grano, las grandes haciendas empezaron a convertirse en pastos para la cría de animales. La demanda de caballos, mulas y carne para el frente también se tradujo en un incremento de los precios del ganado. Aumentaron los crímenes violentos al converger diversas fuerzas que competían por aprovecharse de la situación; aumentó drásticamente el robo de ganado, y eran frecuentes los conflictos sangrientos originados por contratos para alquilar, gestionar o «proteger» tierras. En algunos lugares la isla llegó a una situación próxima a la anarquía.

Mori se mostró implacable en la lucha contra los cuatreros que infestaron la campiña siciliana durante la Gran Guerra. Las patrullas montadas que mandaba cubrían todo el territorio, a todas horas y en todas las condiciones meteorológicas. Asediaba a los aldeanos para obligar a salir a los fugitivos, y en alguna ocasión incluso se disfrazó de monje para sorprender a sus enemigos.

En 1917 Mori fue trasladado fuera de la isla para convertirse en jefe de policía de la ciudad industrial septentrional de Turín, en el mismo momento en que una desastrosa derrota militar en Caporetto amenazaba con colapsar el país. Mori se enfrentó a los trabajadores socialistas militantes de la ciudad con su habitual resolución, y muchos de ellos fueron asesinados. Tres años después, en Roma, Mori ordenó a sus hombres que cargaran contra una manifestación de estudiantes de derechas; el resultado fueron de nuevo muertos y heridos.

Fue en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial cuando la naciente democracia italiana entró en lo que resultaría ser una crisis terminal. Los viejos políticos clientelistas ya no parecían capaces de contener las demandas

enfrentadas de socialistas, católicos y nacionalistas (estos últimos soñaban con una «raza» italiana consagrada a una guerra imperial). En 1918, mientras se afianzaba una desesperada crisis económica, cientos de miles de soldados desmovilizados empezaron a volver a casa. Muchos estaban decididos a forzar un cambio, fuera hacia la izquierda o hacia la derecha. El ejemplo de la revolución rusa entusiasmaba a muchos trabajadores y campesinos. A algunos les daba la impresión de que la península se estaba haciendo ingobernable; la revolución, o la guerra civil, parecían inminentes.

Sicilia no contaba con un fuerte movimiento obrero como el Norte industrial, pero en 1919 y 1920 la isla parecía estar consumida por el caos, a diferencia de todo lo que había presenciado desde el período subsiguiente a la expedición de Garibaldi en 1860. Los reclutas que volvieron a Sicilia reabrieron la lucha por el control de la tierra; los problemas que los fascios habían tratado de abordar inicialmente en la década de 1890 no habían desaparecido. Ahora los excombatientes consideraban que merecían tierras a cambio de su sacrificio; en algunos lugares ocuparon fincas por la fuerza. En Roma varios grupos políticos armaron bulla en torno a la cuestión de ayudar a los veteranos a adquirir parcelas y legalizar las ocupaciones forzosas de tierras sin cultivar. Algunos terratenientes, sintiéndose abandonados por Roma, empezaron a recurrir a la violencia para defender sus propiedades. La Mafia adoptó frente a las cooperativas campesinas las mismas tácticas que había desarrollado al enfrentarse al movimiento de los fascios: alternadamente, se infiltraba, engatusaba, corrompía, y cuando todo esto fallaba, aterrorizaba y asesinaba.

Fue aquella también una época de numerosas guerras mafiosas. Una de las influencias más desestabilizadoras fue sencillamente el retorno, entre los veteranos, de jóvenes ambiciosos y curtidos en la batalla pertenecientes a los estratos en los que la Mafia solía reclutar tradicionalmente a sus miembros. Habían perdido la oportunidad de participar en la especulación, y ahora estaban ansiosos por hacer sentir su presencia, ya fuera en la Mafia o en bandas autónomas. Mori hablaba de una «granizada» de guerras entre mafiosos después de la guerra: «No había reglas, ni respeto por nadie».

El movimiento fascista fue fundado en Milán, en septiembre de 1919, por el periodista y soldado veterano Benito Mussolini. Este pretendía instituir una «trincherocracia», es decir, traer la disciplina patriótica y la agresión del frente y aplicarlas a la atrofiada democracia italiana. Al año siguiente, mientras la oleada de militancia obrera de la posguerra retrocedía, diversos escuadrones de fascistas empezaron a construir su movimiento agrediendo ferozmente a huelguistas y socialistas en toda la Italia septentrional y central. De ese modo se atrajeron el favor de terratenientes e industriales que estaban decididos a acometer contra el movimiento obrero mientras este se hallaba en retirada. La policía local y otros funcionarios solían hacer la vista gorda ante los tiroteos, el vandalismo y las

peligrosas dosis de aceite de ricino que los escuadrones fascistas administraban a sus víctimas.

En la ciudad centroseptentrional de Bolonia había un hombre que no estaba dispuesto a tolerar las actividades de las bandas de camisas negras que creían que su lucha por salvar a la patria de la amenaza roja les situaba por encima de la ley. En 1921 Cesare Mori, el chico del orfanato, alcanzaba la cima de su carrera al ser nombrado prefecto de Bolonia. Allí trató a aquella supuesta «juventud nacional» del fascismo tal como había hecho con otros grupos subversivos. Y Mori fue fiel a su tarea hasta que los camisas negras de varias poblaciones cercanas se concentraron en Bolonia y acamparon alrededor de su cuartel general, donde dramatizaron su protesta al estilo fascista orinando todos juntos en los muros de la prefectura. El gobierno dio marcha atrás y Mori fue trasladado. Aquel episodio dejaría un poso de acritud entre Mori y los líderes de los escuadrones fascistas.

Aunque el Partido Nacional Fascista no contaba con una gran fuerza numérica en el Parlamento, su estricta organización y su predisposición a asumir riesgos le dieron ventaja sobre unos políticos divididos y vacilantes. En octubre de 1922 la «marcha» de Mussolini sobre Roma desafió al Estado a que le cediera el poder o aplastara su movimiento por la fuerza. Como respuesta, fue invitado a formar un gobierno de coalición, y durante las dos décadas siguientes se convertiría en el líder de su país.

Cuando el fascismo llegó al poder, en 1922, los líderes de los escuadrones se vengaron de Mori, al que arrinconaron completamente. Su carrera había encallado por la sencilla razón de que había apoyado a los amos políticos equivocados. Difícilmente se le podía culpar por ello, ya que pocas personas fuera del Partido Nacional Fascista habrían podido predecir que los camisas negras tomarían el poder. En un esfuerzo por reflotar sus ambiciones, Mori no tardó en hacer las paces con el fascismo y empezó a movilizar su red de amigos poderosos. Hizo saber su admiración por Mussolini, y afirmó que, de hecho, a lo largo de toda su carrera él había actuado «a la manera fascista». Incluso insertó referencias halagadoras al fascismo en su libro *Tra le zagare oltre la foschia*, cuyo empalagoso título deja traslucir su lado más teatral. Pero antes de que Mori pudiera reanudar su carrera, el fascismo hubo de tomar la decisión de enfrentarse a la Mafia siciliana.

En Sicilia, como en el resto del sur de Italia, el fascismo nunca fue un movimiento popular. La política siciliana, con sus clientelas y camarillas, era una cuestión menos ideológica que en el norte. Tampoco abundaba la demanda de rompehuelgas, ya que la Mafia desempeñaba esa labor con bastante eficacia. Pero una vez que Mussolini tomó el poder, todos los grupos de intereses de la isla desarrollaron una repentina afición por las camisas negras y la imitación del saludo romano. También los mafiosos se subieron al carro victorioso del Duce; así, por ejemplo, el prefecto calificaba de «mafioso-fascista» al grupo dominante en el ayuntamiento de Gangi,

mientras que otro informe llamaba «Mafia fascistizada» a la facción dominante en San Mauro.

En un nivel personal, el Duce era popular en Sicilia; pero su movimiento carecía de una base de apoyo firme, por lo que inicialmente hubo de contar con aquellos nuevos amigos. Durante un tiempo pareció que el fascismo iba a adoptar el tradicional método de gobernar Sicilia delegando el poder en los gerifaltes locales y fingiendo no enterarse de que eran los mafiosos quienes gestionaban sus campañas electorales. Así, un príncipe sobre el que existía la creencia generalizada de que tenía vínculos con la Mafia llegó a ser ministro en el gabinete de Mussolini.

Pero aquella resultaría una luna de miel bastante breve. En sus primeros días el fascismo no tardó en atraer sobre sí la acusación de que hacía oídos sordos a las necesidades económicas de Sicilia, mientras que, al mismo tiempo, algunos veteranos militantes fascistas causaban alarma en ciertos círculos sicilianos al proclamar la necesidad de una cruzada contra la Mafia, al igual que contra los terratenientes y políticos que la protegían. En abril de 1923 uno de aquellos militantes escribía a Mussolini formulándole una petición:

> El fascismo aspira a barrer toda la corrupción que envenena la política y la administración del país. Aspira a quebrantar las sombrías facciones y los agusanados conciliábulos que infestan el sagrado cuerpo de la nación. Y no puede descuidar este terrible foco de infección. Si queremos salvar a Sicilia, debemos destruir a la Mafia… Entonces podremos plantar nuestras tiendas en la isla, y estas serán más sólidas que las que plantamos en el norte al deshacernos del socialismo[70].

Este estrafalario lenguaje oculta una sencilla fórmula. La Mafia (fuera lo que fuere) podía servir en Sicilia al mismo propósito que había servido el socialismo en el norte: podía constituir un enemigo conveniente para el fascismo. Con el tiempo Mussolini haría suya esta estrategia. Su movimiento de camisas negras se autodefinía como un antídoto al viejo mundo del clientelismo y los compromisos poco escrupulosos. Dado que los mafiosos solían tener vínculos con los políticos, una cruzada contra el crimen organizado permitiría a los fascistas golpear al mismo tiempo a algunos de los principales representantes del sistema liberal. No podía haber mejor manera de acentuar la imagen de firmeza y eficiencia del fascismo.

En mayo de 1924 Mussolini viajó por primera vez a Sicilia, arribando al puerto de Palermo en el acorazado *Dante Alighieri* con una escolta de aviones y submarinos. En la provincia de Trapani el Duce se enteró de los logros de Cesare Mori antes y durante la guerra, y de lo serio que era allí el problema de la Mafia. Una delegación de veteranos le informó de que en Marsala se habían cometido 216 asesinatos solo en

un año, también le explicó que la Mafia era la principal razón por la que el fascismo no había arraigado en la isla.

Cuando el séquito de Mussolini recorría la población de Piana dei Greci, cerca de Palermo, su alcalde, el mafioso don Francesco Cuccia, haciendo gestos de desprecio a los guardaespaldas del primer ministro, le susurró al oído en tono zalamero: «Está usted conmigo, está bajo mi protección. ¿Para qué necesita a todos esos polis?». El Duce no respondió, y durante todo el día estuvo de un humor de perros por aquella insolencia. Su visita a la isla fue abruptamente interrumpida. La falta de etiqueta de don Francesco Cuccia pasaría a la leyenda como el catalizador de la guerra de Mussolini contra la Mafia. Unas semanas después del regreso del Duce a Roma, todos los esfuerzos de Mori se verían recompensados al ser trasladado de nuevo a Trapani.

Aquel mismo año 1924 los acontecimientos acaecidos en la capital italiana vendrían a agravar drásticamente la frialdad de las relaciones entre el fascismo y Sicilia. Poco después del viaje del Duce a la isla, algunos de sus matones secuestraron y asesinaron al líder del Partido Socialista. La opinión pública italiana se escandalizó y los aliados políticos del fascismo empezaron a distanciarse. La mejor manera de que un líder nacional caiga en desgracia ante cierta clase de políticos sicilianos es que pierda poder. Y en el verano de 1924 Mussolini parecía estar haciendo precisamente eso.

Sin embargo la inercia de la oposición permitió al Duce estabilizar poco a poco la situación y, a continuación, actuar abiertamente para poner fin a la democracia en Italia. Con la mente puesta de nuevo en Sicilia, ahora estaba preparado para poner en práctica su estrategia.

Las elecciones locales de agosto de 1925, las últimas antes de la desaparición de la democracia, representaron también los últimos vítores para los dignatarios políticos sicilianos. Demasiado tarde, cuando la derrota a manos de Mussolini era ya inevitable, declararon su oposición al fascismo y descubrieron la causa de la libertad.

Entre ellos estaba Vittorio Emanuele Orlando, exprimer ministro y el más poderoso de los políticos sicilianos del viejo orden, cuya base de poder se hallaba en una zona fuertemente infestada por la Mafia. Poco antes de la votación, Orlando pronunció un discurso en el Teatro Massimo de Palermo valorando la intención manifestada por el gobierno de combatir a la Mafia:

> Si por «mafia» entienden tener un exagerado sentido del honor; si entienden ser furiosamente intolerante con la intimidación y la injusticia, y mostrar la generosidad de espíritu necesaria para enfrentarse a los fuertes y ser comprensivos con los débiles; si entienden mostrar una lealtad a los amigos más fuerte que cualquier otra cosa, más fuerte incluso que la muerte; si por «mafia» entienden esta clase de sentimientos, esta clase de actitudes —aun cuando a

> veces pueden ser exagerados—, entonces yo os digo que de lo que están hablando es de los rasgos característicos del alma siciliana. ¡Y entonces yo me declaro mafioso y estoy orgulloso de serlo![71]

Era una miserable táctica que solo venía a hacerle el juego a Mussolini. Con el propio Estado liberal en peligro de muerte, a Orlando no le quedaba más que el viejo ardid de confundir deliberadamente la Mafia con la cultura siciliana. Su descarado guiño a los capos ha pasado a la historia como uno de los momentos más denigrantes de la larga y desvergonzada cohabitación entre los asesinos y los representantes electos del pueblo. Mucho más tarde, Tommaso Buscetta afirmaría que el propio Orlando era un hombre de honor.

Había llegado el momento de iniciar el ataque de Mussolini a la Mafia, y fue a Mori a quien este acudió para imponer la autoridad fascista en la indisciplinada isla. El 23 de octubre de 1925 Mori se convirtió en prefecto de Palermo, con plenos poderes para atacar a la Mafia y, con ella, a los enemigos políticos del régimen. El prefecto inició de inmediato los preparativos para el que sería el prólogo de su campaña: el asedio a Gangi.

* * *

Cesare Mori se enorgullecía de muchas cosas. Entre ellas ocupaban un lugar prominente sus creencias sobre el modo de pensar y actuar de los sicilianos, creencias forjadas por sus años de experiencia en Trapani: sencillos, dogmáticos y toscos; esas constituirían las bases de su campaña contra la Mafia.

> Pude penetrar en la mente siciliana. Y encontré que esa mente, bajo las dolorosas cicatrices que le han dejado siglos de tiranía y opresión, a menudo era infantil, sencilla y amable, apta para teñirlo todo de generosos sentimientos, e incluso inclinada a engañarse a sí misma, a esperar y a creer, y dispuesta a poner todo su conocimiento, su afecto y su cooperación a los pies de quien muestre el deseo de realizar el legítimo sueño de la gente de justicia y redención[72].

La clave del éxito de la Mafia —afirmaba— estaba en su capacidad de adoptar una actitud destinada a aprovecharse de esa vulnerabilidad y credulidad que constituían el núcleo del carácter siciliano. La Mafia —creía Mori— no era una organización. Pero a fin de poder mantener la ley y el orden, la policía y el sistema judicial podían muy bien suponer que lo era. En realidad se la describía mejor como «una peculiar forma de ver las cosas». Lo que unía a los mafiosos era una afinidad natural, antes que cualquier rito de iniciación o vínculo formal.

Mori basó todo su programa represivo en esos fundamentos tan manifiestamente poco prometedores. En pocas palabras, había que hacer ver a la impresionable masa

de los sicilianos, de la manera más realista posible, que el Estado era aún más duro que los hombres de honor. El Estado fascista había de ser más «mafioso» que la propia Mafia. Y el *teatro* constituiría la esencia de los esfuerzos de Mori para establecer la ley y el orden en Sicilia. La operación de Gangi se concibió con este espíritu, como una manera de inspirar respeto en aquellas sencillas almas que todavía estaban bajo el yugo de los criminales.

Cuatro meses después del asedio de Gangi, Mori utilizó de nuevo las mismas tácticas contra don Vito Cascio-Ferro, un famoso mafioso que había iniciado su carrera en 1892 infiltrándose en el fascio de Bisacquino, no lejos de Corleone. Desde entonces se había aventurado incluso en Estados Unidos y había hecho su fortuna pasando ganado de contrabando con una pequeña flota de barcos. Se decía que cuando don Vito recorría su montañoso reino, en la cúspide de su carrera, los funcionarios de las ciudades que visitaba le esperaban a la entrada de la población para besarle la mano. El primero de mayo de 1926 Cesare Mori se disponía a hablar ante una multitud congregada en territorio de Cascio-Ferro. Mientras el siroco llenaba la plaza de fina arena del Sahara, el «prefecto de hierro» empezó con un juego de palabras tan llamativo como tremendista: «¡Me llamo Mori, y voy a hacer morir a unos cuantos! ¡El crimen ha de desaparecer como este polvo arrastrado por el viento!».

Unos días después, la fuerza policial «interprovincial» antimafia que Mori había creado empezó a rodear un área que incluía Bisacquino, Corleone y Contessa Entellina. Se detuvo a más de ciento cincuenta sospechosos, entre ellos a don Vito. Su ahijado acudió al terrateniente local en busca de apoyo, pero obtuvo una resignada respuesta: «Los tiempos han cambiado». Era el fin del reinado de don Vito. Poco después se desenterró una vieja acusación de asesinato que pesaba sobre él. Durante el juicio, celebrado en 1930, el mafioso adoptó una actitud condescendiente, mientras su abogado ensayaba sin demasiado entusiasmo un conocido argumento. Citando el honorable comportamiento de su cliente en toda circunstancia, afirmó que «debemos concluir o bien que Vito Cascio-Ferro no es un mafioso, o bien que la Mafia, como han señalado con frecuencia los estudiosos, es una llamativa actitud individualista, una forma de desafío que no tiene nada de malvado, de innoble o de criminal»[73]. Al parecer, cuando el juez le condenó a cadena perpetua el siroco soplaba de nuevo. Don Vito murió en la cárcel, en 1942.

Evidentemente Mori consideraba que sus dramáticas técnicas funcionaban, no solo con los sicilianos que se sentían intimidados por la Mafia, sino también con los propios mafiosos. Poco después de haber detenido a don Vito Cascio-Ferro, en mayo de 1926, invitó a todos los vigilantes de las haciendas de la provincia de Palermo a una demostración de lealtad organizada. Mil doscientos de ellos se congregaron en formación militar en una pequeña colina cerca de Roccapalumba. Los dos únicos invitados que no pudieron acudir enviaron sendos certificados médicos justificando

su ausencia. Mori revisó las tropas antes de pronunciar su discurso; a partir de ahora iban a proteger las propiedades privadas en nombre del Estado y no de la Mafia. Un capellán militar dijo misa en un altar al aire libre y recordó a los vigilantes que estaban a punto de hacer un juramento de la máxima seriedad. Mori invitó a marcharse a cualquiera de los presentes que no estuviera dispuesto a jurar su lealtad, y luego dio la espalda a su audiencia; nadie se movió. Cuando el «prefecto de hierro» se volvió de nuevo, leyó el juramento. Los vigilantes respondieron al unísono: «¡Sí, lo juro!». Mientras formaban una fila para firmar, sonaba música militar e himnos fascistas.

Al año siguiente los temibles vigilantes de los cultivos de cítricos de la Conca d'Oro realizaron un ritual parecido. Al finalizar, y como símbolo de su nueva lealtad, se les entregaron unas insignias de metal —del estilo de las de los *boy scouts*— en las que se veían dos rifles cruzados sobre un fondo de flores de azahar.

Habría que decir que esta ofensiva propagandística venía respaldada por una realista estrategia política destinada a conquistar a los terratenientes para el régimen. Sin duda los dueños de algunas grandes propiedades apreciaban los esfuerzos fascistas para acobardar a los arrogantes vigilantes y *gabelloti*. Muchos de los éxitos de Mori, como la operación de Gangi, se lograron por el método eminentemente tradicional de presionar a los terratenientes para que estos traicionaran a los criminales a los que hasta entonces habían amparado. De manera más general, el objetivo del prefecto era impresionar a la población mediante la fuerza antes que por la justicia. El resultado fue la represión indiscriminada con la que los isleños estaban ya tan familiarizados. En menos de tres años desde el inicio de la campaña de Mori se arrestó a unas once mil personas, cinco mil solo en la provincia de Palermo. Es imposible que todas ellas fueran hombres de honor, o siquiera miembros de grupos de bandidos. Incluso uno de los propios jueces implicados en la guerra antimafia consideraba que se había detenido a hombres honestos además de a criminales.

A aquellas enormes redadas les siguieron juicios no menos enormes. Los más prominentes se celebraron en una atmósfera de intimidación. Mori censuró las noticias de prensa sobre el desarrollo de los procesos, y se esforzó en crear la sensación de que defender a un mafioso equivalía a serlo uno mismo. Con frecuencia se produjeron las condenas que el fascismo necesitaba. Así, el Duce pudo anunciar orgulloso ante el Parlamento que el capo que le había faltado al respeto en Piana dei Greci había sido condenado a una larga pena.

Uno de los éxitos más sonados de Mori se produjo gracias al simple robo de un asno en Mistretta. El caso proporciona un buen ejemplo de las ambigüedades de la represión fascista del crimen organizado. El robo del asno puso en marcha una larga cadena de pistas policiales que a la larga llevaron al registro del despacho de un rico abogado defensor y político, Antonino Ortoleva. Allí se descubrieron noventa cartas sospechosas en las que se hablaba de transacciones relacionadas con «sillas de montar» y peticiones de recomendación para «jóvenes estudiantes» de toda Sicilia.

La policía consideró que se trataba de alusiones cifradas a robos de animales y criminales arrestados; pero en realidad la clave de interpretación no estaba nada clara, y es posible que las cartas hicieran referencia a la gestión de oscuros favores cotidianos, a manejos políticos comunes, antes que al crimen violento organizado. Pero la policía de Mori no se planteó estas dudas, afirmando que Antonino Ortoleva era nada menos que el jefe de la «Mafia interprovincial».

Poco después esa versión se vería respaldada cuando un hombre que afirmaba haber sido miembro de la banda envió una carta de confesión al subprefecto de Mistretta. Desde 1913 —decía— se había reunido regularmente un tribunal mafioso en el despacho de Ortoleva. Allí, bajo la presidencia de este último, los líderes mafiosos —un círculo integrado por otros profesionales y unos veinte matones— decidían el destino de cualquiera que supusiera un obstáculo para sus negocios. Poco después el soplón fue tiroteado en medio del campo.

En total, en agosto de 1928 se juzgó a 163 miembros de la «Mafia interprovincial». Ortoleva no acudió a las audiencias preliminares alegando que estaba enfermo. Entonces el juez ordenó que dos médicos le examinaran. Su conclusión fue inequívoca: «Ortoleva tiene una constitución normal; su temperatura es normal; no existen irregularidades en su sistema respiratorio y cardiovascular; sus órganos nerviosos y sensoriales son normales, como también su estado mental y su inteligencia»[74]. Dos días más tarde fue hallado muerto en su celda.

No se sabe si hubo algún acto delictivo implicado en la muerte de Ortoleva. Pero lo cierto es que este no tuvo la oportunidad de dar su versión de la historia, o de implicar a otros. Ortoleva podía haber sido el capo de la organización establecida en torno a Mistretta o simplemente un cliente de los criminales, empujado, más o menos en contra de su voluntad, a favorecer los intereses de estos. Puede que hubiera sido asesinado para impedir que implicara a personas de más alta posición cercanas al régimen.

Hay muchas otras cosas que permanecen oscuras en relación con la «Mafia interprovincial». Aunque muchos de los acusados en el caso no se dedicaban a nada bueno, se ignora si realmente constituían una Mafia organizada y exclusiva según el modelo de las *cosche* de la Sicilia occidental y central. Bien pudiera ser que se tratara únicamente de los perdedores en una guerra entre facciones locales (si bien, en la década de 1980, Antonino Calderone, el mismo *pentito* que tan dolorosos recuerdos conservaba de la época fascista, se referiría a un descendiente de uno de los principales acusados de Mistretta como miembro de la Cosa Nostra).

Pese a todas estas dudas, en el clima ideológico de finales de la década de 1920 solo cabía un veredicto posible para un caso así. El valor propagandístico que comportaba desmantelar una gigantesca conspiración mafiosa centralizada era demasiado elevado; en consecuencia, ciento cincuenta hombres fueron convenientemente condenados por pertenecer a una organización criminal.

⁎ ⁎ ⁎

No a todos los mafiosos les fue mal bajo el fascismo. Fuentes oficiales norteamericanas calculan que quinientos de ellos escaparon de las garras de Mori emigrando a Estados Unidos; como se pondrá de manifiesto en los próximos capítulos, estos hallarían un acogedor refugio en la Norteamérica de la Prohibición. Otros descubrieron que el puño de hierro de la represión fascista a menudo ocultaba la palma de una mano untada por la corrupción. Giuseppe Genco Russo, el capo de Mussomeli, en la Sicilia central, sobreviviría a la operación de Mori para convertirse en uno de los más destacados hombres de honor de la posguerra. Durante las décadas fascistas de 1920 y 1930 acumuló un historial criminal que constituye un verdadero arquetipo del mafioso. Fue repetidamente acusado de robo, extorsión, asociación criminal, intimidación, violencia y homicidio múltiple. Pero una y otra vez se retiraron los cargos o fue absuelto por «falta de pruebas», la fórmula utilizada cuando los testigos estaban demasiado atemorizados para comparecer. Genco Russo incluso cayó en una de las redadas de Mori cerca de Agrigento, pero solo pasó tres años en la cárcel. En resumen, pues, la tan cacareada guerra del fascismo contra la Mafia dejó a Giuseppe Russo casi indemne. Lo más que se puede decir es que la creciente atención de que fue objeto por parte de las fuerzas del orden le supuso una molestia, y la «vigilancia especial» a la que se le sometió entre 1934 y 1938 sin duda obstaculizó sus operaciones. En 1944 se declaró oficialmente «rehabilitado» a Genco Russo. Pero obviamente no lo estaba.

⁎ ⁎ ⁎

El término *mafia* se acuñó para definir a una organización criminal, pero también para utilizarlo como arma política, como una acusación que lanzar a los adversarios. Cesare Mori reconocía esta verdad. «El calificativo de mafioso suele aplicarse absolutamente de mala fe —escribió—. Se usa en todas partes… como medio de realizar venganzas, de desahogar rencores, de derribar a los enemigos.»[75] Sus palabras resultaban sorprendentemente poco sinceras. La «cirugía» que Mori aplicó al crimen organizado mostró que el fascismo llevaba hasta sus últimas consecuencias el viejo método de difamar a la oposición.

La ironía última de la campaña de Mori era que el mismo «prefecto de hierro» era también culpable de utilizar el calificativo de mafioso en sus propios intereses. En enero de 1927, cuando el Partido Fascista fue objeto de purgas, Mori logró anular la influencia en Roma de su rival, el jefe fascista de Palermo Cucco —el oftalmólogo que había compartido el estrado con él en Gangi—; el instrumento de su ira fue la acusación de que Cucco había ayudado a algunos jóvenes a fingir enfermedades oculares para evitar ser reclutados. Pero las difamaciones de Mori no se detuvieron aquí; Cucco no tardaría en ser acusado de fraude y de pertenecer a la Mafia. Hasta 1931 no conseguiría limpiar su nombre.

Pese a todas las camisas negras, insignias y eslóganes nacionalistas, la «operación Mori» fue tan ambivalente como todos los intentos anteriores de reprimir a la Mafia, ya que combinaba la brutalidad con la hipocresía. A largo plazo, la reputación del Estado en Sicilia no podía por menos que salir perjudicada, y los resultados de la guerra del fascismo contra la Mafia estaban destinados a no perdurar; la Mafia fue reprimida, pero no erradicada.

El 23 de junio de 1929, después de más de tres años y medio como prefecto de Palermo, Cesare Mori recibió un breve telegrama del Duce en el que se le comunicaba que su tarea había finalizado. Los cambios en el equilibrio de poderes del partido y del régimen habían socavado su respaldo. En su discurso de despedida a la federación fascista de Palermo, Mori probó a mostrarse modesto:

> Queda el hombre, el ciudadano Mori, el fascista Mori, el luchador Mori, el hombre Mori, vivo y vital. Hoy emprende su camino hacia el horizonte que se abre a todos los hombres, a todos los hombres de buena voluntad. Tengo mi estrella. Y la miro fielmente porque brilla, y seguirá brillando, a lo largo de un camino de trabajo y deber. Me guiaré por la luz de la Patria. Allí, amigos míos, nos encontraremos de nuevo[76].

En realidad Mori estaba resentido por su destitución. A su regreso a Roma, el régimen evitó cuidadosamente darle la posibilidad de que creara problemas. El antiguo «prefecto de hierro» se entregó entonces a la confección de un ególatra y ampuloso relato de su «lucha mano a mano» con la Mafia. «Los hombres de acción hacen que las cosas sucedan, pero no las juzgan… De las palabras pasé inmediatamente a los hechos.» La prensa fascista apenas se hizo eco de su publicación. Evidentemente había fascistas que todavía no habían olvidado el día en que orinaron en las paredes de la prefectura, en Bolonia.

Durante la década de 1930 la tesis oficial fue que la tarea de Mori se había completado. El fascismo había derrotado a la Mafia; había resuelto el problema de una vez por todas. El sucesor de Mori ordenó a la prensa que minimizara las noticias sobre crímenes. Ya no habría más redadas ni juicios ejemplares. Resultaba mucho más fácil y menos llamativo limitarse a enviar a los sospechosos al exilio interior sin pasar por un adecuado proceso legal, al fin y al cabo así era como las autoridades se habían enfrentado a la Mafia durante la mayor parte de la era prefascista. Grises funcionarios fascistas se sucedían rápidamente unos a otros en los pasillos de los edificios públicos de Palermo. Con la atención del régimen centrada en otra parte, Sicilia se hundió en una ciénaga de corrupción y enfrentamiento entre facciones.

La muerte de Mori, en 1942, pasó prácticamente inadvertida. Al año siguiente el régimen fascista se vino abajo, y toda su labor se deshizo. Para la Mafia, la salvación vendría de Estados Unidos, ya que, en las mismas décadas en las que en Sicilia hubo

de enfrentarse al socialismo, el fascismo y la guerra, la organización se convertiría en parte de la vida norteamericana.

5

La Mafia se establece en Estados Unidos (1900-1941)

JOE PETROSINO

Entre 1901 y 1913 emigraron alrededor de un millón cien mil sicilianos, algo menos de la cuarta parte de la población total de la isla. De ellos, aproximadamente ochocientos mil eligieron Estados Unidos como destino. Inevitablemente algunos eran hombres de honor, criminales inteligentes y despiadados que trataron de establecer regímenes de protección y desarrollar otras actividades delictivas entre sus compañeros inmigrantes y a lo largo de las rutas comerciales que unían las dos orillas del Atlántico.

Durante la mayor parte del siglo XIX había sido frecuente que los hombres que huían de Sicilia buscaran refugio en Estados Unidos. El comercio de limones, con una fuerte infiltración mafiosa, conectaba Palermo con Nueva York. En las décadas de 1880 y 1890 la policía norteamericana había vinculado a la Mafia algunas muertes violentas producidas en la comunidad italiana. Entre ellas fue particularmente notable el asesinato del jefe de la policía de Nueva Orleans, David Hennessy, en 1890, que desencadenó el linchamiento de los sicilianos sospechosos. Pero solo tras la gran oleada migratoria producida a partir de 1900 el tráfico criminal entre Estados Unidos e Italia, en ideas, recursos y personas, se convertiría en parte fundamental de las actividades de la Mafia.

Existen dos fábulas sobre la llegada de la Mafia a Norteamérica. La primera nació en la época de la masiva emigración siciliana. Tras un famoso asesinato relacionado con la Mafia y producido en 1903, el *New York Herald* proclamó alarmado: «"La bota" [es decir, Italia] le endosa sus criminales a Estados Unidos. Las estadísticas demuestran que la escoria de la Europa meridional se vierte en las puertas del país, en hordas rapaces, desalmadas y transgresoras»[77] A los neoyorquinos la Mafia les parecía una especie de invasión, una plaga nacida en las rebosantes entrañas de los barcos de vapor. O bien —en lo que constituía una variación de la misma versión— se trataba de una conspiración criminal internacional dispuesta a propagarse por el territorio virgen de Estados Unidos.

La segunda fábula es más reciente; la pusieron de moda, en las décadas de 1960 y 1970, los descendientes de los inmigrantes italianos, ahora ya completamente integrados en la sociedad norteamericana. Estos recrearon la llegada de la Mafia a Estados Unidos como un relato que casi daba la vuelta a la fábula de la «invasión criminal». Los campesinos sicilianos que cruzaron el Atlántico estaban empapados de las tradiciones de la antigua «caballerosidad rústica». Enfrentados al sucio salvajismo del capitalismo y la maquinaria política de la gran ciudad, hubieron de adaptar los recursos culturales que habían traído consigo de su tierra natal. La Mafia nació cuando los antiguos valores sicilianos de la familia y el honor toparon con el lado oscuro del «sueño americano»; al menos eso era lo que decía la historia.

En realidad la Norteamérica y la Sicilia urbanas no eran tan radicalmente distintas como podría hacernos creer cualquiera de esas dos fábulas. Corleone, por ejemplo, no

era precisamente una aldea rural. Bien al contrario, constituía una de las muchas «agrociudades» donde predominaban la economía de mercado, el clientelismo político y la violencia organizada. Aunque eran pobres, supersticiosos y oprimidos, los campesinos de Corleone no eran los inocentes personajes que sugería el periodista italiano Adolfo Rossi cuando viajó a la isla para entrevistar a Bernardino Verro y escribir su retrato sentimental de los fascios. La clase trabajadora de Sicilia sabía lo importante que podía ser, en cuanto a su sustento, mostrarse leales a la facción adecuada de su ciudad, es decir, la facción capaz de dar trabajo, tierras y caridad. Muchos no se hacían ilusiones con respecto a lo que costaba subir en la política y en los negocios. La mayoría aspiraba a acumular dinero y contactos en Estados Unidos, y luego regresar a Sicilia. Los emigrantes de la isla no eran como los refugiados judíos que escupían en el muelle de Riga antes de zarpar rumbo a un futuro completamente distinto al otro lado del Atlántico.

Ni la política siciliana ni la sofisticada industria de la violencia de la isla tenían nada de anticuado. Los sicilianos de todas las clases se hallaban perfectamente preparados para vivir en las florecientes ciudades estadounidenses. Quisieran o no, una vez cruzado el océano se sentían como en su propia casa. Su acceso inicial a la sociedad estadounidense solía producirse a través del sistema del *padrone* («patrón»). Para conseguir un empleo —normalmente en el sector de la construcción—, uno tenía que convertirse en cliente de un patrón, que a veces empleaba la intimidación para monopolizar un sector del mercado laboral. Los patrones incluso adelantaban a los emigrantes más pobres el precio del billete de barco, que luego deducían de sus salarios cobrando elevados intereses. El mundo del inmigrante recién llegado a Estados Unidos era, como Sicilia, un mundo donde el poder no estaba en las instituciones, sino en individuos duros y bien relacionados.

En los barrios italianos de Nueva York también la política solía tener un aspecto familiar para los sicilianos. Los patrones cultivaban los distritos electorales de la ciudad con el fin de recoger votos para la organización del Partido Demócrata (la célebre «Tammany Hall»). Y lo hacían relacionándose con cualquier posible fuente de influencia y clientelismo en su zona, incluidas las bandas criminales. En Estados Unidos, como en Sicilia, solía combatirse la militancia obrera organizada con una mezcla de corrupción y violencia.

Elizabeth Street era el corazón de la comunidad siciliana de Nueva York. En 1905 vivían allí —en la que ellos denominaban *Elisabetta Stretta*— alrededor de ocho mil doscientos italianos, la inmensa mayoría de ellos sicilianos. Esta concentración de personas constituía un territorio comparable en tamaño a muchas de las agrociudades del interior de Sicilia. El cine ha hecho bastante buen trabajo a la hora de recrear el aspecto de lugares como Elizabeth Street a principios del siglo XX, con sus abarrotados bloques de pisos; sus fábricas, caracterizadas por la explotación de los trabajadores, y sus calles, flanqueadas por los repletos carros de los vendedores ambulantes. (Las industrias de exportación italianas prosperaron gracias a que

hubieron de suministrar a los emigrantes en Estados Unidos los productos alimenticios con los que estos se habían criado).

En la época de la gran afluencia italiana, los estadounidenses observaban el crecimiento de los barrios de inmigrantes con una mezcla de alarma y compasión. Como escribió un reformista en 1909, refiriéndose a Elizabeth Street:

> Había allí miríadas de seres humanos, ahogándose en cajas dispuestas como gavetas en un escritorio, con agujeros para observar las cajas opuestas y el ruidoso [tren] «elevado». Quienes estaban en casa se asomaban a las ventanas con las mínimas ropas decentes, mientras los abarrotados y desnudos cañones de ladrillo, adoquines y asfalto eran un hervidero de niños que buscaban aire y diversión[78].

El recuerdo de la pobreza en las agrociudades sicilianas y la perspectiva de un futuro mejor hacía aquellas condiciones tolerables para los recién llegados a Nueva York.

Pero ni los bienintencionados relatos contemporáneos como estos ni las imágenes que actualmente ofrece el cine logran captar plenamente el dinamismo económico de la denominada Pequeña Italia. Cuando Adolfo Rossi viajó por primera vez a Estados Unidos, en 1878, el barrio de Mulberry Bend era un suburbio irlandés. Rossi recordaría los «horripilantes y sucios cuchitriles» de la zona, «construidos en su mayoría de madera». Luego, durante los años del gran éxodo transatlántico, se convirtió en comisario de inmigración del gobierno italiano, encargándose de informar sobre el destino de los italianos emigrados a Estados Unidos. En 1904 volvió de nuevo a Manhattan, donde pudo informar complacido de que, desde la fundación de la Pequeña Italia, los precios y alquileres de las viviendas habían subido, la calidad de la construcción había mejorado ostensiblemente, y los propios italianos eran los principales inversores en el mercado inmobiliario. Los recién llegados de la península, especialmente las mujeres, también habían descubierto una pasión especial por la educación. En todo lo que podían, los italianos emigrados a Estados Unidos aprovechaban la oportunidad de mejorar.



La Pequeña Italia en los primeros años del siglo XX. *[Copyright desconocido.]*

Fue en este dinámico entorno —a la vez extremadamente siciliano y extremadamente norteamericano— en el que se trasplantó la Mafia. La organización no se propaga ni de lejos con la rapidez con la que suele suponer la gente. Cuando viaja, lo hace de dos maneras básicas. La primera es rápida y flexible, y normalmente se relaciona con una iniciativa comercial concreta, como el tráfico de una droga específica. Con la aprobación y la ayuda de los capos del lugar de origen, los mafiosos individuales pueden llevar la «marca» de la Mafia a donde quieran, estableciendo de paso avanzadillas comerciales más o menos transitorias.

Pero los hombres de honor no son solo empresarios, sino también los administradores de un Estado paralelo. Hay muchas cosas que poner en marcha para difundir el sistema de control territorial de la Mafia, a través de las *cosche,* fuera de Sicilia occidental: negocios de protección, contactos políticos, el acuerdo entre *cosche* vecinas, una actitud amistosa por parte de ciertos elementos de la prensa, la policía y la población local, *etc.* Exportar esta forma privatizada de gobierno es, cuando menos, lento. Incluso en la propia Sicilia occidental el alcance del dominio de la Mafia varía de un sitio a otro; y después de unos ciento cuarenta años de historia, la Mafia solo cuenta con unos cuantos enclaves aislados en la península italiana. El fértil terreno delictivo de Estados Unidos fue uno de los raros entornos en los que pudo transferirse en masa el método de la Mafia. La historia de dos italianos, Joe Petrosino y Giuseppe *Piddu* Morello, presta un especial relieve a la llegada de la Mafia a Estados Unidos.

* * *

En un comunicado interno dirigido al comisario de la policía de Nueva York, fechado el 19 de octubre de 1908, se puede leer:

> Señor:
>
> En cumplimiento de las disposiciones del párrafo 3 de la Norma 30 de las Normas y Reglamentos del Departamento de Policía, solicito respetuosamente que se me conceda permiso para aceptar un reloj de oro que me ha ofrecido el gobierno italiano.
>
> Respetuosamente,
>
> JOSEPH PETROSINO
>
> Com. Rama Italiana
> Oficina de Detectives

Y en un memorándum sin fecha, remitido por el cónsul estadounidense en Palermo al mismo comisario de la policía de Nueva York, se lee:

> Petrosino se registró bajo el nombre de Guglielmo De Simoni en el Hotel de France de Palermo. El 12 de marzo de 1909 estaba de pie junto a la base de la estatua de Garibaldi, en la piazza Marina, esperando el tranvía, cuando dos hombres le dispararon cuatro tiros. Tres de ellos le alcanzaron, y murió al instante. Fue alcanzado en el lado derecho de la espalda, atravesándole ambos pulmones, y en la sien izquierda. Petrosino iba desarmado. En su maleta, en el hotel, se encontró un revólver Smith & Wesson. Cerca de la escena se encontró un pesado revólver belga con uno de los cañones descargado.

Finalmente, un memorándum del Departamento de Policía de Nueva York, fechado el 11 de mayo de 1909, reza:

> Recibido del comisario de policía, reloj y cadena de oro del teniente Petrosino, un par de gemelos de oro, bastón, dos maletas con efectos personales, paquete de cartas, y un cheque por valor de 12,40 dólares. Firmado, Louis Salino[79].

A las seis de la mañana del 14 de abril de 1903, Francis Connors, una mujer rolliza de mediana edad que se dirigía al trabajo, pasó frente al establecimiento New York Mallet & Handle Works, situado en el número 743 de la calle Once Este, cerca de la esquina con la avenida D. Un abrigo llamó su atención. Había sido colocado sobre un deteriorado barril de azúcar que estaba cerca del asfalto, junto a un montón de madera. Al levantar el abrigo, descubrió un pie derecho y una mano izquierda. Cuando miró en su interior, pudo ver que contenía el cuerpo de un hombre, vestido

con todas sus ropas, doblado con la cabeza metida entre las rodillas y con un grueso saco de arpillera arrollado en torno al cuello. Los gritos de la señora Connors atrajeron al lugar a dos agentes de policía. El cadáver todavía estaba caliente.

Posteriores análisis revelarían que la víctima tenía dieciocho heridas de arma blanca poco profundas en el cuello, y un corte en la garganta tan ancho y profundo que casi le había seccionado la cabeza. El hombre iba vestido de manera digna. Llevaba las dos orejas perforadas. Poco antes de su muerte había comido bien: patatas, judías, remolacha, ensalada y espaguetis. En el fondo del barril se encontró una capa de serrín de casi diez centímetros de espesor, que contenía pieles de cebolla y las colillas mordidas de unos puros largos y baratos de origen italiano.

El misterio «del cuerpo del barril», como se apresuraron a titularlo los diarios neoyorquinos, despertó en Estados Unidos el temor a una invasión de hordas criminales procedentes de «la bota». Pero tras esas temibles historias, el caso ofrece intrigantes indicios sobre la realidad de la presencia de la Mafia en Norteamérica en la época del gran éxodo siciliano. Asimismo, marca un hito en el camino a la fama de un policía italoamericano llamado Joseph (Giuseppe) Petrosino. También es posible que condujera directamente a su muerte, seis años después, en la piazza Marina de Palermo, en el que constituiría uno de los asesinatos más famosos en toda la historia de la Mafia.

Al día siguiente del descubrimiento del cadáver del barril, la policía arrestó a nueve miembros de una banda mafiosa de falsificadores y extorsionistas. Durante un tiempo estos habían sido objeto de vigilancia por parte de los hombres del servicio secreto estadounidense, ya que se sospechaba que estaban importando moneda falsificada en latas de aceite de oliva con doble fondo. El dinero se distribuía a otras ciudades de la costa atlántica a través de una red de agentes.

La tarde antes del crimen se había visto a la víctima entrar y salir de una carnicería situada en el número 16 de Stanton Street, que constituía uno de los puntos de encuentro de la banda. Poco después entró en un bar que tenía un pequeño restaurante al fondo. Al ver que no volvía a salir, se suspendió la vigilancia por aquella noche. El bar pertenecía a un hombre de treinta y cuatro años procedente de Corleone, Giuseppe *Piddu* Morello, del que se sabía que era el jefe de la banda.

Cuando Morello fue arrestado, en el célebre distrito neoyorquino de Bowery, iba armado y llevaba en los bolsillos puros idénticos a los hallados en el barril. En su bar había serrín en el suelo, que contenía pieles de cebolla y colillas de puro. No fue difícil identificarle, ya que en la mano derecha solo conservaba el dedo meñique. Al ser interrogado se negó a responder, e incluso se negó a explicar a sus interrogadores cómo había perdido los otros dedos.

El barril en el que se encontró el cuerpo proporcionó más pistas sobre Morello. Una marca grabada en su parte inferior —W & T 233— condujo a los detectives, a través de las grandes refinerías de azúcar de la orilla de Long Island del East River, hasta el mayorista de comestibles Wallace & Thompson, situado en el número 365 de

Washington Street, en Manhattan. Este solo tenía un cliente siciliano, Pietro Inzerillo, otro miembro de la *cosca* de Morello. En la pastelería y cafetería de Inzerillo, ubicada en el número 226 de Elizabeth Street, se encontraron otros dos barriles con la misma marca.

El descubrimiento e identificación de la víctima corrió a cargo del detective sargento Petrosino, un hombre bajo y fornido, de extraordinaria fuerza, rostro picado de viruela y nariz amorfa (Ernest Borgnine interpretaría a este personaje en 1960, en el decepcionante filme *Paga o muere).* Nacido en un ambiente pobre cerca de Salerno, en el sur de Italia, en 1860, Petrosino había emigrado a Estados Unidos cuando era todavía un muchacho. Aprender a leer y escribir en varias escuelas públicas de Nueva York fue su primer paso para mejorar su posición social en relación con la de sus padres. Trabajó de barrendero, y luego de capataz de una cuadrilla de «estibadores de gabarra», como se denominaba a los hombres que manejaban las barcazas de fondo plano que se llevaban la basura de la ciudad. En aquella época la policía se encargaba de supervisar la recogida de basuras en Nueva York. Petrosino llamó la atención de un agente local, que le dio la oportunidad de convertirse en policía uniformado.



Joe Petrosino, azote de la Mafia en la Nueva York de principios del siglo XX. *[Copyright desconocido.]*

El lento ascenso de Petrosino en las filas del Departamento de Policía de Nueva York se aceleró en el cambio de siglo, cuando el número de inmigrantes italianos, y también de delincuentes, aumentó de forma drástica. De hecho, ya había llamado la atención al alertar de que una banda de anarquistas en su mayor parte italianos de Paterson, New Jersey, planeaba asesinar al presidente William McKinley. Sin embargo su advertencia se ignoró. El 6 de diciembre de 1901 McKinley fue asesinado a tiros cuando inauguraba la Exposición Panamericana de Buffalo.

Unos días después del descubrimiento del cuerpo del barril, Petrosino recorrió cincuenta kilómetros por la orilla oriental del río Hudson hasta los grises bloques de Sing Sing. Sus contactos en la Pequeña Italia le habían sugerido que Giuseppe Di

Primo, un hombre condenado a tres años de cárcel por falsificación, podría ayudarle a poner nombre al cadáver. Se entrevistó con Di Primo en una celda que había sido construida setenta años antes con piedra labrada por los internos en la cantera de la prisión; la celda era húmeda, fría y diminuta: tenía 2,10 metros de hondo y solo 1,97 del suelo al techo, y por otra parte medía únicamente 97 centímetros de ancho. Sing Sing merecía su terrible reputación.

Cuando Di Primo vio el retrato del fallecido, le identificó de inmediato como su cuñado, Benedetto Madonia. Desolado por la noticia y desesperado por las condiciones de Sing Sing, Di Primo confesó que tanto él como Madonia formaban parte del mismo grupo de falsificadores que el hombre del meñique, Piddu Morello. Madonia era uno de los agentes empleados por la banda para poner en circulación los dólares falsos. Había ido a ver a Morello para que este le devolviera algo perteneciente a Di Primo. Era la última vez que le había visto con vida.

Cuando Joe Petrosino volvió a la ciudad, dispuso que la viuda de Madonia identificara el cadáver. El fallecido había sido hallado con una leontina en el chaleco, pero no había reloj alguno. Su viuda pudo describir el reloj perdido: tenía una locomotora grabada en su base.

Uno de los miembros de la banda arrestados, un hombre de veinticuatro años, de estatura descomunal y cuello de toro, llamado Tomasso Petto y conocido como el Buey, llevaba en el bolsillo un recibo de una casa de empeños del Bowery. El recibo estaba fechado el mismo día en que se había descubierto el cadáver del barril. Cuando la policía fue a recuperar el objeto empeñado se encontró con el reloj con el dibujo de la locomotora. Ahora existían firmes sospechas de que el Buey era el hombre que había perpetrado el asesinato.

Las investigaciones del caso llegaron a los tribunales el primero de mayo de 1903. A ninguno de los miembros de la banda se le había sometido a los habituales y poco pacientes métodos de interrogatorio del Departamento de Policía de Nueva York. Solo se presentaron ocho de las dieciséis personas convocadas para formar parte del jurado. El hijo de la víctima fue el primero en subir al estrado para identificar el reloj. Uno de los detectives que participaron en el caso recordaría más tarde lo que sucedió a continuación:

> Lo miró, y estaba a punto de hablar cuando se produjo un nervioso arrastrar de pies acompañado de siseos en toda la sala, que estaba llena de hombres de tez morena. Uno de ellos se puso en pie de un salto y se llevó los dedos a los labios. Ahora el joven Madonia ya no estaba seguro de que aquel fuera el reloj de su padre[80].

Bajo idéntica presión, la viuda de Madonia tuvo un lapso de memoria parecido.

Di Primo fue conducido desde Sing Sing para prestar declaración. La policía alegaba que durante un tiempo había existido encono entre él y el Buey. Pero Di

Primo afirmó alegremente que eran buenos amigos. Era evidente que, después de reflexionar, había decidido cumplir su condena en Sing Sing en silencio. El caso se vino abajo.



Giuseppe *Piddu* Morello, capo mutilado de la Mafia estadounidense. Foto publicada en la prensa en la época del «cadáver del barril», 1903. *[*New York Herald, *16 de abril de 1903, reproducida con autorización de la General Research Division, la New York Public Library y las Fundaciones Astor, Lenox y Tilden.]*

* * *

Lo que Petrosino y sus colegas descubrieron sobre la banda de Morello puede compararse con lo que hoy se sabe de la Mafia en su país de origen. A algunos de los hombres arrestados a consecuencia del asesinato del barril se les definía como importadores de vino, aceite y otros productos agrícolas de la isla. El comercio de cítricos, aceite, queso y vino proporcionaba una excelente tapadera para los criminales en sus viajes a través del Atlántico, y también dentro en Estados Unidos. Esas mercancías ofrecían también a los mafiosos la oportunidad de obtener dinero mediante la extorsión y crear monopolios como hacían en Sicilia.

Evidentemente, tanto en Nueva York como en Sicilia las licencias de armas representaban un punto de fricción entre las bandas y las autoridades. Los miembros de la banda de Morello que fueron arrestados en abril de 1903 estaban en posesión de permisos perfectamente legales para llevar armas de fuego dentro de los límites de la ciudad. Dichos permisos habían sido concedidos por el subcomisario de policía por recomendación del capitán de la circunscripción local. El titular de uno de aquellos permisos solo llevaba veintiocho días en Estados Unidos. Resultaba evidente que los vínculos criminales a través del Atlántico eran tan fuertes que un mafioso podía partir confiado de Palermo sabedor de que poco después de pasar por la oficina de inmigración de Ellis Island llevaría encima un arma legal. En una situación algo embarazosa, el comisario de policía revocó 322 permisos de armas de fuego poco después de que estos hechos se publicaran en el *New York Herald.*

Existen firmes evidencias de la existencia de estrechos vínculos entre los mafiosos de Estados Unidos y los de Sicilia. Uno de los miembros de la banda de Morello, al que Petrosino había estado buscando para interrogarle durante las investigaciones del «cadáver del barril», era don Vito Cascio-Ferro, al que más tarde metería en la cárcel el «prefecto de hierro», Cesare Mori. Antes del asesinato del cadáver del barril, había huido de Sicilia para evitar la vigilancia policial especial que se le había impuesto a raíz de las sospechas de su implicación en un secuestro, aunque posteriormente afirmaría que había ido a Estados Unidos por negocios, como importador de limones. Luego escapó a la redada del «cadáver del barril» huyendo a Nueva Orleans, hogar de unos doce mil sicilianos y con fuerte presencia de la Mafia, antes de regresar una vez más a Sicilia. En 1905 se unió a la banda de Morello otro nuevo emigrante, Giuseppe Fontana, el mafioso recientemente absuelto del asesinato de Emanuele Notarbartolo.

La composición de la banda de Morello puede revelar importante información sobre el nivel de coordinación entre los hombres de honor en Sicilia. Morello era de Corleone; Cascio-Ferro, de cerca de Bisacquino; ambos del interior, del sur de Palermo. Fontana era de Villabate, más cercana a la capital. Otros miembros procedían de Partinico, más hacia el oeste. En otras palabras, se trataba de hombres de honor de *cosche* sicilianas *distintas.* La banda de Piddu Morello constituía claramente una avanzadilla comercial para los hombres de honor particularmente emprendedores de toda la provincia de Palermo y fuera de ella. Los negocios en Estados Unidos se estaban convirtiendo en objeto de interés para toda la Mafia siciliana. Además, la percepción de unos intereses comunes entre los hombres de honor era lo bastante fuerte como para que las credenciales criminales adquiridas en los diversos rincones de la Sicilia provincial se reconocieran y apreciaran al otro lado del Atlántico.

La banda de Morello basaba su poder en Nueva York en los mismos principios de control territorial que cualquier *cosca* siciliana: negocios de protección y clientelismo, relaciones con la policía para asegurarse inmunidad judicial, *etc.* Las comunidades de inmigrantes también propiciaban la recogida de sólidos paquetes de votos; al carecer de un auténtico interés o no comprender siquiera la política de su nuevo país, muchos inmigrantes se sentían satisfechos de poder cambiar sus votos por pequeños favores de un patrón.

Había, no obstante, algunas diferencias importantes entre los entornos en los que trabajaban los mafiosos en su lugar de origen y en Nueva York. El problema al que se enfrentaba el sistema de dominio territorial de la Mafia era que la estadounidense era una sociedad más móvil y diversa, con una larga tradición propia de delincuencia y corrupción. La población de Elizabeth Street, como la de otros barrios de inmigrantes, estaba sometida a un flujo constante. La gente iba y venía del Viejo Mundo; muchos recién llegados se desplazaban a otras zonas de Estados Unidos;

otros, al mejorar su nivel de vida, se alejaban a otras zonas más salubres, en Harlem, Brooklyn e incluso más allá.

Los mafiosos tenían que mostrar en el Nuevo Mundo la misma movilidad que la población italiana de la que pretendían vivir. Morello había viajado por Estados Unidos antes de establecerse en Nueva York; su banda contaba también con otra base en la comunidad siciliana de East Harlem. Nicola Gentile, un joven siciliano iniciado en la Mafia en Filadelfia, en 1905, se desplazó entre *cosche* mafiosas de ciudades distintas varias veces en su carrera (Gentile será el protagonista del próximo apartado). Tenía tratos con hombres de honor en Manhattan y Brooklyn, Pittsburgh, Cleveland, Chicago, Milwaukee, Kansas City, San Francisco y Canadá. Lo que describe en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial es una red criminal firmemente arraigada en las comunidades sicilianas de toda Norteamérica, pero que apenas tenía influencia fuera de dichas comunidades.

Era en Nueva York donde esa red buscaba sus líderes; esta ciudad tenía, con mucho, la mayor población siciliana, y asimismo representaba la principal terminal de bienes y personas procedentes de la isla. El mismo mafioso —un testigo tan fiable como se puede ser en tales casos— afirmaba que Piddu Morello fue el jefe supremo de toda la rama norteamericana de la Mafia hasta 1909.

Cualquiera que fuese el estatus de Morello en la Mafia siciliana de ámbito nacional, eso no hacía que su situación en Nueva York resultara más fácil. En la época del asesinato del «cadáver del barril», la *cosca* de Morello encontró sus barrios delimitados por pandillas que se regían por reglas diversas, hablaban un dialecto italiano diferente, o incluso procedían de un país completamente distinto. En lugar de la constante consulta que tenía lugar entre las *cosche* afiliadas a la misma organización en Sicilia, los mafiosos de Nueva York se enfrentaban a un hampa más parecida a la diplomacia internacional.

Para cuando la *cosca* de Morello estableció sus actividades en la Pequeña Italia ya hacía años que el mercado criminal de Nueva York se había convertido en el escenario de una feroz competencia. A finales de siglo los bloques de pisos de Manhattan constituían un mosaico de territorios para bandas de jóvenes matones bien vestidos, como la Gas House Gang, los Gophers, los Hudson Dusters y los Pearl Buttons. En 1903 la banda Five Points de Paul Kelly controlaba la zona situada entre el Bowery y Broadway que incluía la Pequeña Italia. Kelly, que en realidad se llamaba Paolo Antonio Vaccarelli, había nacido en Nápoles, y había adquirido su nuevo nombre de aspecto irlandés durante una breve carrera en el boxeo. Hombre atildado y de voz suave, se dice que tenía bajo su mando a mil quinientos matones, la mayoría de ellos italianos, pero entre los que se incluían también algunos judíos, irlandeses y de otras procedencias. La organización de Kelly abarcaba la prostitución, el juego, la protección, la propiedad inmobiliaria y la maquinaria política. Aunque él mismo nunca se presentó como candidato electoral, apoyaba a Tim *Dry Dollar* Sullivan, el indiscutible líder demócrata de Lower East Side. Los políticos nacidos en

Estados Unidos, especialmente los de origen irlandés como Sullivan, eran los únicos que parecían capaces de crearse una base de poder que permeara los diversos suburbios étnicos.

Si la Mafia siciliana hubiera deseado conquistar Nueva York tal como sugerían los periódicos de la época, habría tenido que llegar a la ciudad medio siglo antes. Desde su base en las comunidades sicilianas, los mafiosos tenían los recursos y la habilidad necesarios para ganarse un sitio en la competitiva hampa neoyorquina. Pero se encontraron con que resultaba imposible dominarla.

La Mafia siciliana de Estados Unidos también tuvo que enfrentarse al problema de controlar lo que podríamos denominar su «marca de fábrica». Fue precisamente Norteamérica la que convirtió el sello *mafia* en el más conocido dentro del crimen organizado. Varios casos célebres como el del «cadáver del barril» empezaron a difundir por todas partes la marca *mafia*. No obstante, en este mismo proceso dicha marca escapó al control del grupo de firmas sicilianas locales que originariamente comerciaban bajo ese nombre. De manera parecida a como hoy en día, por ejemplo, la palabra *túrmix* ha venido a ser sinónimo de «batidora eléctrica», la prensa norteamericana acabó por aplicar el término *mafia* a todas las formas de crimen organizado de ámbito italiano y, más tarde, a cualquier actividad delictiva realizada por bandas (lo cual, en cierto sentido, constituyó un notable logro para los sicilianos, que eran unos recién llegados en un mercado ya relativamente evolucionado).

La llamada *Mano Nera* («Mano Negra») viene a ilustrar también esta inflación de marca producida en Estados Unidos. El caso del «cadáver del barril» atrajo la atención de la prensa sobre una oleada de extorsiones a italoamericanos ricos. El *New York Herald* publicaba titulares como «Los italianos de Nueva York guardan silencio aterrorizados por el largo brazo de la Mafia», o «Montones de empresarios neoyorquinos son chantajeados por la Mafia». El 3 de agosto de 1903 —unos meses después del descubrimiento del cadáver del barril—, Nicola Cappiello, un próspero contratista de obras de Brooklyn, recibió la siguiente nota (escrita en italiano), en la que aparecía dibujado el símbolo pirata con la calavera:

> Si no viene a vernos a la esquina de la calle Setenta y dos y la Decimotercera Avenida, en Brooklyn, mañana por la tarde, su casa será dinamitada, y usted y su familia, asesinados. El mismo destino le aguarda en el caso de que revele nuestras intenciones a la policía.
>
> MANO NEGRA[81]

En todo el sur de Italia este tipo de cartas se denominaban *lettere di scrocco* («cartas gorronas»), ya que los autores solían quejarse de su pobreza a la vez que formulaban sus amenazas. Se trata de un método empleado en la industria de la violencia aun antes de que surgiera la Mafia. Así pues, la historia de Cappiello

respondía a una pauta bien arraigada en el Viejo Mundo. Dado que este se negó a cooperar, se sucedieron nuevos mensajes. La cantidad exigida ascendía a diez mil dólares. Entonces, tres viejos amigos del empresario, junto con un extranjero, fueron a visitarle y se ofrecieron a actuar de mediadores ante los extorsionistas por mil dólares. Cappiello decidió aceptar la propuesta, pero unos días después de haber entregado el dinero los mismos hombres volvieron a pedirle más. Temiendo que le despojaran de toda su fortuna, Cappiello acudió a la policía. Sus «amigos» fueron arrestados y condenados.

El nombre de Mano Negra estaba destinado a prosperar más que la propia banda concreta que lo empleó inicialmente. Poco a poco fue aumentando el número de misivas de chantaje así firmadas. Evidentemente, la amplia cobertura informativa de la prensa fue la primera en dar la idea a los criminales. El nombre se propagó de Nueva York a Chicago, San Francisco y Nueva Orleans, hasta convertirse, durante un tiempo, en un término incluso más popular que el de *mafia* a la hora de aludir al crimen organizado de ámbito italiano.

La Mano Negra se convirtió en una especie de moda delictiva. Además de las bandas profesionales, también enviaban cartas firmadas por la Mano Negra vecinos celosos, rivales comerciales, trabajadores en apuros y bromistas. En Sicilia esta clase de uso y abuso de una «marca» criminal empleada por la Mafia habría resultado impensable. Las *cosche* mafiosas, que tenían un espía en cada calle, protegían brutalmente su monopolio utilizando la intimidación.

* * *

A pesar del fracaso a la hora de obtener condenas, el caso del «cadáver del barril» convirtió a Joseph Petrosino en un héroe a ojos de los neoyorquinos, una especie de «llanero solitario» del barrio de Mulberry Bend. La propia historia de su vida era una parábola de la capacidad redentora de la sociedad estadounidense, que le había permitido pasar de ser un pobre *dago*[82] a convertirse en un detective célebre. ¿Quién mejor que él para patrullar por los oscuros y abarrotados bloques de pisos y las explotadoras fábricas donde se ocultaban los nuevos inmigrantes de tez morena procedentes de «la bota»?

Petrosino fue el responsable del envío de cientos de criminales italianos de regreso a la península, así como del encarcelamiento de muchos otros. Su ascenso en las filas del Departamento de Policía de Nueva York continuó imparable. En enero de 1905 fue nombrado jefe de la nueva rama italiana de las fuerzas del orden. Poco después se convertiría en el primer italoamericano que alcanzaba el rango de teniente. En 1907 se casó con Adelina Salino en la vieja iglesia de San Patricio, situada en Mott Street, en el corazón de la Pequeña Italia.

Al año siguiente se asignó a Petrosino la tarea de vigilar la visita de Raffaele Palizzolo a Nueva York. El hombre absuelto de haber ordenado la muerte de Emanuele Notarbartolo venía a dar las gracias a quienes, según se decía, habían

contribuido a su causa con veinte mil dólares. Entrevistado por un reportero del *New York Herald*, don Raffaele declaró que el principal objetivo de su visita era «infundir en sus compatriotas sicilianos los principios de una buena ciudadanía». Cuando se le preguntó si tenía algo que ver con la Mafia, soltó una carcajada.

Por entonces la reputación de Petrosino se había extendido. Los criminales recién llegados del sur de Italia solían pedir que se les llevara a la comisaría de policía y allí hacían que algún amigo les hablara del poli del que tantas cosas habían oído. En el otoño de 1908 el valeroso teniente recibió una medalla de oro del gobierno italiano por su participación en el arresto de un destacado gángster napolitano.

Sin embargo, y a pesar de aquella medalla de oro, tanto Petrosino como sus superiores estaban cada vez más cansados de que las autoridades italianas no pusieran freno a los criminales y anarquistas que partían de las costas italianas con rumbo a Estados Unidos. En febrero de 1909, Petrosino se convirtió en el jefe de una nueva rama del servicio secreto del departamento de policía. Su primera misión fue viajar a Italia para crear una red de información independiente sobre los gángsteres con historiales delictivos en Sicilia. Dada la dificultad de lograr que se condenara a los mafiosos, Petrosino confiaba en utilizar la información recogida en la isla para expulsar de Estados Unidos al mayor número posible de ellos como inmigrantes ilegales.

El 21 de febrero de 1909 Petrosino llegó al puerto de Génova, en el norte de Italia. Viajando luego hacia el sur, se detuvo en Roma para reunirse con varios funcionarios, y en las proximidades de Salerno para visitar a su hermano. El 28 de febrero el azote de la Mano Negra aterrizó en Palermo dispuesto a enfrentarse a la Mafia en su lugar de origen.

Su cadáver volvería a Nueva York el 9 de abril a bordo del *Slavonia*, de la compañía Cunard. Habían pasado casi cuatro semanas desde su asesinato, ya que la salida del barco se había retrasado debido al mal tiempo. Los restos de Petrosino fueron trasladados en solemne procesión hasta su piso, situado en el número 233 de Lafayette Street. Cinco pelotones de la policía montada y una guardia de honor acompañaron al coche fúnebre, cargado de coronas enviadas por diversos cuerpos oficiales tanto de Sicilia como de Nueva York. Inicialmente el plan era dejar el ataúd abierto mientras estuviera de cuerpo presente, pero el embalsamamiento había fallado, y lo que se hizo fue colocar una fotografía en la tapa. El *New York Herald* calculó que habían acudido unas veinte mil personas a presentar sus respetos. También manifestó sus sospechas de que el trabajo de embalsamamiento se hubiera hecho mal deliberadamente, en una especie de insulto final de la Mafia siciliana a su víctima. El 12 de abril otra gran procesión trasladó a Petrosino por las calles hasta la iglesia de San Patricio, en Mott Street, donde se celebraron sus funerales.

Petrosino murió porque subestimó gravemente el poder y la crueldad de la Mafia de Sicilia. Su experiencia en las calles se había forjado en Nueva York, y mostraba hacia su antigua patria la característica actitud condescendiente de los emigrados.

Cuando fue entrevistado sobre la Mafia durante las investigaciones del «cadáver del barril», sus comentarios estuvieron teñidos de prejuicios y de folclore:

> Prácticamente todo el que llega aquí procedente de Sicilia está aquejado de esta enfermedad moral. Es hereditaria e imposible de erradicar. La Mafia es una organización poco organizada, pero el mismo espíritu de oposición a toda forma de ley y a toda forma de autoridad es instintiva absolutamente en todos los que están vinculados a ella. En Sicilia las mujeres y los niños trabajan duro en los campos, y los hombres se pavonean de un lado a otro con una escopeta al hombro[83].

La misión supuestamente «secreta» de Petrosino en Italia había sido previamente anunciada en la prensa neoyorquina. Cuando llegó a Palermo, rechazó la oferta de una escolta armada. La única protección que consideró necesaria fueron los dólares que pagó en forma de sobornos. Utilizaba los métodos que tan fructíferos se habían revelado en Estados Unidos, tratando audazmente de establecer contacto personal con los criminales y mafiosos en las calles. Evidentemente eso mismo era lo que hacían los policías sicilianos, pero a estos jamás se les habría pasado por la cabeza hacerlo de manera aislada. Además, tras la muerte de Petrosino se descubrió que había dejado su revólver en la habitación del hotel.

La policía de Palermo sospechaba que existía una relación entre la muerte de Petrosino y la banda del «cadáver del barril». Dos de sus miembros habían regresado a Sicilia al mismo tiempo que el detective, manteniéndose en contacto con Piddu Morello por medio de telegramas cifrados. La teoría era que Morello y Giuseppe Fontana le habían pedido a Vito Cascio-Ferro que organizara el asesinato en su nombre. Cuando este último fue detenido, se le encontró una foto de Petrosino. Sin embargo había una coartada: el colaborador político de don Vito, un parlamentario, declaró que el mafioso estaba en su casa cuando dispararon al policía. Para gran indignación de la prensa norteamericana, el caso jamás llegaría a los tribunales.

Muchos años después, cuando una sentencia de cadena perpetua había logrado ya poner fin a su carrera bajo el fascismo, Cascio-Ferro sería entrevistado en la cárcel. Entonces afirmaría haber matado a un solo hombre en toda su vida, «y lo hice desinteresadamente». Se interpretó que aquella críptica frase aludía al más famoso de los asesinatos a los que se había asociado su nombre, el de Joe Petrosino. La consecuencia sería quizá que había perpetrado el asesinato como un favor a sus colegas norteamericanos. No obstante, esta «confesión» no significa necesariamente que él cometiera el crimen: es posible que se tratara sencillamente de un intento de usurpar la gloria debida al trabajo de otro mafioso. Sea como fuere, y al igual que el caso del «cadáver del barril», el asesinato de Joe Petrosino sigue clasificado como no resuelto.

* * *

Como la mayoría de los emigrantes italianos a Estados Unidos, los miembros de la banda de Morello probablemente no tenían intención de quedarse definitivamente. Sin embargo, y también como muchos de esos mismos inmigrantes, sus más destacados representantes acabarían quedándose en dicho país durante el resto de su vida, si bien para algunos de ellos eso no supondría demasiado tiempo. Inzerillo llegó a abrir otra pequeña pastelería, pero poco después fue asesinado a tiros. Di Primo, que fue un prisionero modelo en Sing Sing, no tardaría en ser puesto en libertad. Petto el Buey se trasladó a Browntown, en Pennsylvania; la noche del 25 de octubre de 1905 fue alcanzado por cinco disparos de escopeta en el patio trasero de su propia casa, y Petrosino sospechaba que el autor había sido Di Primo. Giuseppe Fontana desapareció poco después del asesinato de Petrosino.

Otros miembros de la banda tendrían también un papel en el escenario del crimen organizado de Nueva York durante varias décadas. El mismo año de la muerte de Petrosino, Piddu Morello fue juzgado por dirigir un negocio de falsificación en East Harlem y condenado a veinticinco años de cárcel en la penitenciaría federal de Atlanta, lo que le valió perder su puesto de jefe de la organización.

En 1916 los otros miembros de la Mafia de Morello libraron una guerra contra los napolitanos de Brooklyn; el hermano de Piddu fue asesinado a tiros en una emboscada frente a una cafetería de Navy Street, en dicho barrio. Pero los napolitanos fracasaron en su intento de arrebatar a Morello el monopolio de un elemento clave de la dieta italiana, la alcachofa, cuyo comercio estaba controlado por el hermanastro de Piddu, Ciro Terranova, que sería el «rey de la alcachofa» hasta la década de 1930. La banda de Morello salió victoriosa de la guerra cuando los líderes napolitanos fueron arrestados y, para su sorpresa, encarcelados por el asesinato.

Piddu Morello sería liberado poco después. Al parecer, se le vio en Sicilia en 1919, tratando de obtener el apoyo de los hombres de honor de su antigua patria debido a que su sucesor como capo supremo le había condenado a muerte. Sus esfuerzos diplomáticos parecen haber tenido éxito, ya que sobreviviría para luchar tres años después junto al hombre que le había condenado. Pero por entonces el paisaje del crimen organizado en Estados Unidos se había alterado radicalmente.

LA NORTEAMÉRICA DE COLA GENTILE

El punto de inflexión más importante de la historia del crimen organizado en Estados Unidos no fue una ejecución, una reunión de gángsteres veteranos o la llegada de algún «supercapo» de Sicilia, sino la aprobación de la denominada «Prohibición», o «ley seca». En enero de 1919, y tras el estímulo proporcionado por una ridícula protesta contra los cerveceros de origen alemán durante la guerra, se aprobó la Decimoctava Enmienda a la Constitución estadounidense, que prohibía la «producción, venta o transporte de licores embriagadores». Más tarde, aquel mismo año, la Ley Volstead se encargó de materializar la aplicación de la Decimoctava Enmienda. De golpe, una de las industrias más lucrativas del país se puso en manos de criminales. Desde las materias primas, la producción, el envasado y el transporte hasta las propias mesas de los bares clandestinos, los gángsteres empezaron a obtener colosales beneficios libres de impuestos gracias a las bebidas alcohólicas. Se calcula que la ley seca introdujo 2.000 millones de dólares en la economía ilegal hasta su derogación en 1933.

Al mismo tiempo, y sencillamente porque a muchos estadounidenses normales y corrientes les gustaba echar un trago de vez en cuando, y no entendían por qué no podían hacerlo, los gángsteres se convirtieron en los mejores amigos de los consumidores. La elevada tasa de mortalidad entre los contrabandistas de licores no hizo sino añadir algo de glamour a su trabajo. «Solo se matan entre ellos», era la opinión común. Los inmensos beneficios obtenidos de las bebidas alcohólicas, así como la benigna actitud de la opinión pública frente a su producción ilegal, también contribuyeron a rebajar el umbral de la corrupción. La policía, los políticos y los jueces se llevaron su parte del pastel.

La batalla campal que representó la ley seca en el mundo del hampa hizo que Estados Unidos olvidara la fascinación por la Mafia y la Mano Negra que había experimentado en el cambio de siglo. Sencillamente no resultaba viable tratar el contrabando de licores como si fuera el fruto de una invasión de *dagos.* La masiva afluencia de población procedente de Europa se vio interrumpida por la Primera Guerra Mundial. Cuando volvió la paz, una serie de leyes vinieron a cerrar lo que a los estadounidenses les gustaba llamar la «puerta de oro» a los recién llegados, o al menos a aquellos que no contaban con los canales clandestinos abiertos para los mafiosos. Los clásicos años del gangsterismo del período de entreguerras representaron una época dominada en la mente de la opinión pública por «gángsteres» y «matones» de una pluralidad de etnias, y no por «mafiosos» y «hombres de honor» italianos.

Hasta la década de 1950 la opinión pública norteamericana no volvería a confundir de nuevo la Mafia con el crimen organizado en sí mismo. La publicación en 1969 de *El padrino,* de Mario Puzo, vendría a consolidar la errónea percepción pública de que las organizaciones estadounidenses eran íntegramente un producto

importado de Sicilia. Los datos de la época de la ley seca desmienten claramente esta percepción: en el área metropolitana de Nueva York, el 50 por ciento de los contrabandistas de licores eran judíos, frente a solo un 25 por ciento de italianos.

No obstante, en las comunidades italianas de las ciudades de todo Estados Unidos existía ya una organización mafiosa específicamente siciliana bien arraigada cuando se aprobó la ley seca. El mejor testimonio de su historia en las décadas de 1920 y 1930 es Nicola Gentile, un hombre nacido en Sicilia, pero iniciado en la Mafia en Filadelfia, en 1905. Se le conocía como «Nick» o «Cola» según en qué orilla del Atlántico se encontrara. En 1963 Gentile, que por entonces se acercaba a los ochenta años y vivía retirado en Roma, tomó una resolución sin precedentes: decidió escribir su autobiografia. Luego se la entregó, parcialmente dictada, a un periodista que le ayudó a llenar las lagunas con una serie de entrevistas. Gentile sería el primer hombre de honor siciliano que narraría su historia de ese modo.

Existe un persistente misterio en torno a las razones que llevaron a Gentile a tomar aquella decisión. Como ocurre siempre en Italia, probablemente el contexto político tuvo algo que ver en ello. Pero es probable que los motivos más sencillos, los que dio el propio Gentile, sean también los más importantes. Se describe a sí mismo como un hombre viejo y amargado. Todos sus hijos se habían establecido en distintas carreras profesionales, pero se avergonzaban de los orígenes criminales de su bienestar y rehuían al hombre que había pagado su educación y sus casas.

El relato de Cola Gentile constituye un ambiguo intento de justificar su vida, tanto ante sí mismo como ante los demás. Se esfuerza, no siempre con éxito, en presentarse como un «hombre de honor» en lo que él afirma que es el auténtico sentido de la expresión, el de alguien que siempre ha buscado el camino de la paz y la justicia dentro de la organización. Existen evidencias anecdóticas que sugieren que Gentile llevaba ya bastante tiempo tratando de presentarse bajo este favorecedor aspecto. Hay un hombre que afirma haber pasado toda una tarde hablando con él en 1949; de hecho, recuerda bastante afectuosamente haber sido tratado con condescendencia por Gentile, que durante todo el rato se había dirigido a él medio en broma como *duttureddu* («profesorcito»). El hombre en cuestión —en aquella época un joven estudiante— afirma que el veterano hombre de honor le explicó lo que él entendía por ser un mafioso mediante una historia hipotética:

> *Duttureddu*, si yo vengo aquí desarmado, y usted saca una pistola, me apunta, y dice: «¡Cola Gentile, ponte de rodillas!», ¿qué haré yo? Pues arrodillarme. Eso no significa que usted sea un mafioso porque haya obligado a Cola Gentile a ponerse de rodillas. Significa que es un cretino con una pistola en la mano.
>
> Ahora bien, si yo, Nicola Gentile, vengo desarmado, y usted está desarmado también, y yo le digo: «Mire, *Duttureddu*, me encuentro en esta situación. Tengo que pedirle que se ponga de rodillas». Usted me

> pregunta: «¿Por qué?». Yo le digo: *«Duttureddu,* permítame que se lo explique». Y logro convencerle de que tiene que ponerse de rodillas. Cuando usted se arrodilla, eso me convierte en un mafioso.
>
> Si usted se niega a ponerse de rodillas, tengo que dispararle. Pero eso no significa que yo haya ganado; he perdido, *duttureddu*[84].

Al parecer, Gentile tenía problemas para soportar siquiera un hipotético retrato mental de sí mismo sin una pistola en la mano.

El *duttureddu* era Andrea Camilleri, actualmente un fenómeno literario en Italia. Sus novelas de crímenes, escritas en una prosa rica y suave, dialectalmente modulada, dominan la lista de best-sellers de dicho país. No hay forma alguna de confirmar por otra fuente independiente hasta qué punto es fidedigno el recuerdo de Camilleri de aquel encuentro. Pero en cualquier caso este capta hasta qué punto el viejo gángster Cola Gentile, pese a sus esfuerzos por parecer noble, se muestra honesto en relación con la violencia implícita en su trabajo. Así, en su autobiografia admite que «No puedes convertirte en un *capomafia* sin ser feroz».

Al mismo tiempo que Nick Gentile relataba tranquilamente su historia en Roma, en Estados Unidos se establecía un precedente similar. Joe Valachi, un mafioso norteamericano que temía que sus antiguos cómplices le mataran en la cárcel, hablaba con los agentes federales. Valachi fue el primero que explicó al mundo que los mafiosos de Estados Unidos tendían a referirse a su organización con la expresión «Cosa Nostra». Cuando Valachi declaró ante un subcomité del Congreso sobre el crimen organizado, en 1963, se vio rodeado de una intensa publicidad. Robert Kennedy, que había sido nombrado fiscal general por su hermano el presidente, calificó la declaración de Valachi como «el mayor avance hasta el momento de los servicios de inteligencia en el combate contra el crimen organizado y la estafa en Estados Unidos». *The Valachi Papers* fue un éxito de ventas.

Sin embargo, y como señalaron desde el primer momento los observadores más cautelosos, Valachi no tenía ningún peso en la Mafia estadounidense; era un mero soldado de a pie que seguramente no intervino en las discusiones de más alto nivel. Por el contrario, Cola Gentile, el triste y solitario padrino de las afueras de Roma, se movía en los círculos criminales más elitistas. Durante las décadas de 1920 y 1930 colaboró estrechamente con los capos más famosos: Joe *the Boss* Masseria, Al Capone, Lucky Luciano, Vincenzo Mangano, Albert Anastasia, Vito Genovese, *etc.* Sorprende que el testimonio de Cola Gentile, en italiano, permanezca aún sin traducir a otras lenguas y siga siendo desconocido para casi todo el mundo fuera de Italia.

La historia de Gentile se desarrolla en un entorno que vino configurado por la transformación de los emigrantes sicilianos comunes y corrientes en estadounidenses, aunque al mismo tiempo, y paradójicamente, estos se convertían también en italianos. Es notorio que en Italia el sentimiento de unidad nacional es relativamente débil. Las

confusas masas procedentes de Palermo, Nápoles y Parma llegaban a Ellis Island hablando dialectos mutuamente incomprensibles. Para muchos de ellos «Italia» no era más que una abstracción. Fue al encontrarse con los recién llegados de otros países cuando empezaron a concebirse a sí mismos como italianos por primera vez. Se adaptaron a las costumbres de su antiguo país, o bien se adhirieron a otras nuevas, como la celebración del día de Colón, para expresar su recién adquirida identidad italiana.

Los criminales italoamericanos pasaban por un cambio similar, pero en su caso la asimilación era un asunto más sangriento y más maquiavélico. En 1920 había un millón de personas de origen italiano solo en Nueva York. No hace falta decir que únicamente una pequeña parte de ellos eran criminales. Pero la creciente riqueza de la comunidad ofrecía una plétora de actividades económicas ilegales, al tiempo que estrechaba el contacto entre los gángsteres originarios de distintas partes de Italia. Las loterías callejeras eran tan populares en los barrios italoamericanos como lo habían sido en cientos de poblaciones italianas. También la dieta de la Italia meridional daba sus beneficios; así, se podía emplear la amenaza de la violencia para beneficiarse del tráfico de productos alimentarios que, como el aceite de oliva, procedían de Europa; o también, y cada vez más, de la costa oeste del propio Estados Unidos, como las alcachofas de Ciro Terranova.

Los italianos se habían convertido asimismo en el grupo étnico más numeroso de los muelles neoyorquinos. En 1880, el 95 por ciento de los estibadores de la ciudad eran irlandeses; en 1919, el 75 por ciento eran italianos. Estos últimos predominaban especialmente en East Side y en Brooklyn. El barrio de Red Hook, en Brooklyn —cien por cien italiano—, fue la sede de una organización durante todo el período de entreguerras e incluso después. El sistema que funcionaba en los muelles era omnímodo, brutal y muy lucrativo. Los funcionarios de la Asociación Internacional de Estibadores intimidaban a los trabajadores para asegurarse de que su organización tenía el monopolio de la afiliación, y sobornaban a los directivos de las navieras y de las empresas de estibadores para asegurarse también el monopolio de los puestos de trabajo disponibles. La protección política se aseguraba a través del Club Demócrata de la Ciudad, fundado a finales de la década de 1920, que era poco más que una organización mafiosa. El contrabando, el robo y la extorsión eran endémicos. Muchos de los funcionarios de la Asociación Internacional de Estibadores procedían de un mismo grupo reducido de familias consanguíneas. Asimismo contaban con el respaldo de un régimen de protección extraordinariamente implacable dirigido por hombres como Albert Anastasia y Vincenzo Mangano.

Cola Gentile nació en un pueblo minero cerca de Agrigento. Cuando llegó a Estados Unidos, en 1903, tenía solo dieciocho años, y era un joven curtido con un alto concepto de su propia valía, es decir, la clásica materia prima para un mafioso. Se trasladó a Kansas, donde empezó a trabajar como viajante de tejidos. Su producto se

basaba en un timo: los rollos de tejido que él vendía como lino en realidad no tenían nada de dicho material, salvo una pequeña muestra.

A través de su trabajo Gentile estableció contactos en numerosas ciudades estadounidenses, ganándose una reputación de chico listo capaz de cuidar de sí mismo y de sus amigos. A los veintiún años de edad fue iniciado en la Mafia, concretamente en Filadelfia. Tres años después regresaría a su aldea natal, en Sicilia, como un hombre de dinero y de prestigio. Allí se casó y tuvo un hijo antes de regresar a Estados Unidos para proseguir su carrera en la organización. Su mujer y su hijo permanecerían en la isla.

En 1915 Gentile se trasladó a Pittsburgh, donde reclutó a un grupo de diez *picciotti* («matones jóvenes») leales solo a él mismo e independientes del capo local, que serían el instrumento de su auge. Descubrió que en Pittsburgh la Mafia estaba subordinada a una numerosa banda de italianos procedentes de Calabria y de Nápoles, cuya base de poder se hallaba en el comercio de frutas y verduras al por mayor. Incluso el capo de la Mafia recaudaba el dinero de la extorsión de la comunidad siciliana en nombre de aquellos «camorristas», como los denominaba Gentile despectivamente (aludiendo a la Camorra de Nápoles, una fraternidad criminal algo menos organizada).

La reputación de Gentile en Pittsburgh se extendió con rapidez. Él y uno de sus hombres causaron sensación al ejecutar a un hombre en un bar lleno de gente en el centro de la ciudad. Estimulado por el éxito de la operación, Gentile decidió aprovecharse de la sumisión del capo siciliano ante los camorristas. Sus *picciotti* se pusieron manos a la obra, y una serie de rápidos y eficientes asesinatos no tardarían en llevar a los hombres de la península italiana a la mesa de negociaciones, donde se reunieron los líderes de los dos bandos bajo la presidencia de Gentile. Este humilló a los camorristas amenazándoles abiertamente con una guerra total si ofendían siquiera fuera a un siciliano más, tras de lo cual se sometieron mansamente al líder siciliano. «Desde aquella noche se acabó la Camorra en Pittsburgh y las poblaciones de alrededor», concluyó Gentile. Poco después hizo matar a tiros al capo de la Mafia de Pittsburgh, al que repatrió a Sicilia en un lujoso ataúd. Así, Cola Gentile se había convertido en el jefe de los criminales italianos de la ciudad, y de paso había realizado su propia y temprana contribución a la americanización y a la italianización de la Mafia.

Uno de los aspectos más notables de la carrera de Nick Gentile es su movilidad geográfica. En numerosas ocasiones pasó de una *cosca* a otra: primero Filadelfia y Pittsburgh; luego San Francisco, Brooklyn y Kansas City, y después nuevamente Brooklyn. Gentile alude a esos grupos como *borgate,* un término italiano que define los arrabales como los de la periferia de Palermo que fueron la cuna de la organización.

Cada vez que cambiaba de *borgata,* Gentile necesitaba una carta de recomendación de alguno de los principales capos de su lugar de origen, en la

provincia de Agrigento. Dichas cartas o telegramas solían adoptar la forma de referencias personales, como si estuvieran destinadas a la obtención de un puesto de trabajo normal y corriente. Era evidente que la Mafia italiana era lo bastante importante para su nueva y rica filial estadounidense como para que se hiciera necesaria esta validación de sus afiliados. Los jueces de instrucción italianos tienen firmes evidencias de que este sistema de referencias funcionó como mínimo hasta principios de la década de 1980.

Gentile proporciona una fascinante descripción del modo en que los hombres de honor de todo Estados Unidos coordinaban sus actividades en los años anteriores a la Prohibición. Las condenas a muerte de los capos disidentes se emitían desde una *borgata* a todas las demás de la zona. Un selecto «consejo» integrado solo por los principales capos tomaba las decisiones más importantes, mientras que una «asamblea general», de mayor envergadura, elegía a los capos y debatía las propuestas de acuerdos para matar a mafiosos. En tales reuniones podía llegar a haber hasta ciento cincuenta hombres, entre los capos y sus séquitos, procedentes de todo Estados Unidos. Gentile se muestra reticente a calificar tales reuniones de «tribunales», al tiempo que adopta una actitud bastante crítica a la hora de describir los «procedimientos judiciales» que se seguían en la asamblea general: «Esta estaba compuesta de hombres que eran casi todos analfabetos. La elocuencia era la habilidad que más impresionaba a la sala. Cuanto mejor sabía hablar uno, más se le escuchaba, y más capaz era de llevar a la masa de palurdos por donde quería»[85].

Nueva York tenía una posición predominante en la red de *borgate*. El capo de la Mafia de dicha ciudad casi siempre era también el capo supremo de todos los capos. Sus lugartenientes a menudo podían resolver cualquier caso antes de que este llegara a las grandes cumbres, que, en consecuencia, solían utilizarse meramente para anunciar sus intenciones.

En la autobiografía de Gentile se pueden leer entre líneas las tensiones de su oficio. Ocasionales rachas de mala salud y de agotamiento nervioso le obligaban a regresar a su tierra natal para recargar las pilas. No obstante, aquellos viajes no eran siempre sosegados; en cierta ocasión, en 1919, tuvo que huir de la justicia después de que fuera tiroteado un hombre de una facción política rival. Durante los meses que permaneció oculto recibió a algunos visitantes de Estados Unidos. Se trataba de Piddu Morello y algunos miembros que quedaban de la banda a la que el teniente Joe Petrosino había considerado responsable en 1903 del asesinato del «cadáver del barril». Estos habían sido condenados a muerte por el nuevo capo de Nueva York y buscaban desesperadamente la mediación de Gentile, quien, por su parte, a base de gran esfuerzo y coraje había adquirido la reputación de ser una especie de intermediario ambulante, un hombre capaz de solucionar peligrosas disputas. La diplomacia era precisamente una de las principales razones de su peregrinación por todo Estados Unidos. En esta ocasión se perdonó finalmente a la mayoría de los miembros de la banda, pero solo porque el propio capo de Nueva York fue asesinado

y sustituido por un mafioso regordete y achaparrado, Joe Masseria, al que se acabaría conociendo simplemente como Joe *the Boss.*

Al verse recluido en Sicilia, Gentile no pudo sacar partido del whisky que había acaparado justo antes de la aprobación de la ley seca. Pese a ello, no tardaría en obtener su parte de los inmensos flujos de dinero generados por la industria de la bebida. En Kansas City dirigía una empresa dedicada al suministro de material de barbería, pero aquel negocio era una tapadera que, en realidad, le daba acceso a grandes cantidades de alcohol con el pretexto de que era para fabricar *aftershave.* Gentile participaba asimismo en el comercio de dextrosa, un producto necesario en las destilerías ilegales.

La ley seca trajo el contrabando de licores, y este hizo salir a la palestra a los más duros y brillantes jóvenes gángsteres de todas las etnias. Vista desde una perspectiva más amplia de la que podía permitirse Nick Gentile, la delincuencia relacionada con la ley seca no constituye un asunto exclusivamente italoamericano. En cualquier caso, y con la excepción de unos pocos veteranos, los más famosos contrabandistas de licores y gángsteres italoamericanos de la década de 1920 y principios de la de 1930 eran jóvenes y habían nacido o se habían criado en Estados Unidos. Su auge coincidió con la italianización y la americanización de la Mafia.

Salvatore Lucania era originario de la población minera de Lercara Friddi. Dejó Sicilia en 1905, a los nueve años de edad, y cuando creció únicamente era capaz de pronunciar con dificultad unas pocas palabras de su dialecto natal. A los dieciocho años fue declarado culpable de su primer delito grave, la posesión ilegal de narcóticos, de los que era consumidor además de camello. La ley seca convertiría a Lucania, más conocido como Charles *Lucky* Luciano, en uno de los gángsteres más famosos de todos los tiempos. Tanto su apodo *(lucky* significa «afortunado») como las cicatrices de su cuello, desconcertantemente pronunciadas, databan de una ocasión en la que algunos de sus primeros rivales le acuchillaron y le dieron por muerto. Desde el primer momento Luciano supo mezclarse con facilidad con criminales de otros entornos, trabajando en estrecha colaboración con hombres como Meyer *Little Man* Lansky.

Francesco Castiglia, conocido como Frank Costello —uno de los socios de Luciano—, es otro buen ejemplo. Nació en 1891 cerca de Cosenza, en la «puntera» de la «bota» italiana, una región en la que la Mafia siciliana nunca ha reclutado a sus miembros. La familia de Costello le llevó a East Harlem cuando tenía cuatro años de edad. Su primer tropiezo con la ley —por agresión y robo, en 1908— no le llevó a prisión porque era su primer delito. En 1914, en cambio, fue condenado a un año de cárcel por llevar un arma oculta. Tras quedar en libertad, se casó con una mujer que no era de origen italiano, e inició una carrera criminal basada en una serie de relaciones amistosas con diversos políticos. Junto con su socio comercial, Henry Horowitz, creó la empresa Horowitz Novelty Company, dedicada a fabricar muñecas,

hojas de afeitar y toda una serie de aparatos relacionados con el juego, llegando a convertirse en el rey de las tragaperras de Nueva York.

El gángster más famoso de todos, Al Capone, constituye también un caso paradigmático. Nacido en Williamsburg de padres napolitanos, fue miembro de la banda Five Points —como lo fuera Luciano— antes de trasladarse a Chicago para ejercer de pistolero y escalar la cumbre del hampa de dicha ciudad a mediados de la década de 1920. De su organización en Chicago formaban parte italianos, pero también estadounidenses como Murray *the Camel* («el camello») Humphreys y Sam *Golf Bag* («bolsa de golf») Hunt. (Es posible, pues, que el hampa norteamericana no resulte tan sombríamente fascinante como la versión siciliana, pero no cabe duda de que produjo apodos más estrafalarios). Capone exhibía una afición por las mujeres y un gusto por la publicidad que habrían resultado impensables en los mafiosos sicilianos.

Como hombre de negocios, Capone era más un creador de contactos que el «director general» del crimen imaginado por tantas películas sobre su vida. Su método consistía en establecer acuerdos puntuales al 50 por ciento con hombres como el vendedor de camiones Louis Lipschultz para distribuir licor, o como Frankie Pope para gestionar el antro de juego Hawthorne Smoke Shop, o como Louis Consentino para dirigir el Harlem Inn, un prostíbulo de dos plantas situado en Stickney.

Pero probablemente Capone sea más conocido por haber ordenado la célebre matanza del día de San Valentín de 1929, aunque jamás logró probarse su implicación. Siete miembros de una banda rival fueron asesinados en el garaje donde esta tenía su cuartel general, situado en el número 2122 de North Clark Street, en Chicago. Los matones de Capone, disfrazados de policías, fingieron una redada y les obligaron a alinearse contra la pared. Entonces llegaron otros cuatro hombres armados con metralletas para llevar a cabo la ejecución. Entre las siete víctimas (una de ellas era un dentista que simplemente disfrutaba estando en compañía de gángsteres) y los seis presuntos asesinos no había ningún italiano.

Serían los hombres como Luciano, Costello y Capone, con fuertes vínculos fuera de las comunidades siciliana e italiana, quienes acelerarían el proceso de americanización en el seno de la organización mafiosa al terminar la ley seca. Cola Gentile, una vez más, proporciona una perspicaz explicación de cómo ocurrió.

Sin embargo, y como todas las autobiografías de los hombres de honor, la de Gentile debe tratarse con cautela. La mayor parte de la vida de un mafioso se emplea en tratar de dar sentido a los fragmentos de información que llegan hasta él desde el interior de la organización. Los capos a menudo logran ejercer su dominio simplemente mostrándose inescrutables, es decir, gracias al cuidado que ponen en controlar quién llega a saber qué. Por esa razón, ningún mafioso logra tener nunca un mapa completamente fiable de cualquier situación dada. La memoria de Gentile está condenada a sufrir en algunos momentos de ese juego de silencios y adivinaciones.

Asimismo, se muestra deliberadamente selectivo en relación con ciertos aspectos de su historia; por ejemplo, apenas da información sobre los hombres de honor establecidos en Sicilia y sus contactos en Estados Unidos.

Pese a todos sus viajes, Gentile no dejó de moverse en un mundo extremadamente siciliano. Por esa razón no siempre fue capaz de calibrar el poder de los mafiosos en un mundo de mayor envergadura, el del crimen organizado. Veamos un ejemplo. Anthony D'Andrea era el capo de la Mafia de Chicago en la época en la que se estableció la ley seca. Nick Gentile, que le conoció, le describe como un ser temido en todo Estados Unidos. Sin embargo D'Andrea perdió la batalla por el control del distrito decimonoveno de la ciudad frente a un patrón irlandés. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, el distrito en cuestión había llegado a ser en un 70 por ciento italiano, tras haber estado dominado previamente por alemanes e irlandeses. Pese a su preponderancia numérica, en una campaña electoral realizada en 1921, y marcada por las palizas y los atentados con bomba, el patrón irlandés salió victorioso por 3.984 votos frente a 3.603. D'Andrea sería asesinado a tiros por uno de sus propios hombres tres meses después. La única medida del poder de Gentile era la inherente a la Mafia, pero nada garantizaba en absoluto que los capos sicilianos como D'Andrea salieran airosos en las luchas entre bandas.

Gentile adolece también de una perspectiva algo distorsionada cuando mira hacia Sicilia. Palermo, que dominaba la Mafia siciliana, es menos importante para él que Agrigento o que la minúscula población costera de Castellammare del Golfo. Los mafiosos que iban a hacer fortuna a Norteamérica solían proceder de núcleos pobres y reducidos como esos, mientras que los poderosos palermitanos solían tener menos incentivos para marcharse.

Pese a todas estas limitaciones, y al hecho de que muchos de los detalles de su relato no pueden confirmarse por ninguna fuente independiente, lo que resulta significativo son los rasgos generales de la interpretación que hace Gentile de un periodo crucial en la historia de la Mafia. Él comprende las leyes del movimiento de la organización en Estados Unidos porque su éxito y su supervivencia dependen de ello. Pero sobre todo, y más que muchos historiadores, Gentile posee una sofisticada percepción del modo en que la Mafia traza una y otra vez una frontera sencilla pero importante: la Mafia como institución depende de la línea que hay entre «nosotros», los hombres de honor, y «ellos», los inferiores, la gente normal y corriente.

La perspectiva de Gentile resulta particularmente reveladora cuando aborda un momento en la historia de la Mafia que hoy en día ha pasado a formar parte del folclore norteamericano: la «guerra *castellammarese*» de 1930-1931, así llamada porque uno de los dos bandos estaba dominado por mafiosos originarios de Castellammare del Golfo. Gran parte de lo que hoy se sabe sobre los líderes de la Mafia en los últimos años de la ley seca proviene de los relatos acerca de dicha guerra debidos a Valachi y a otros gángsteres estadounidenses, aunque hay muchos aspectos que aún siguen siendo oscuros.

El relato de Gentile, cuando no se ha ignorado, ha sido seriamente subestimado. Él creía que la clave de las intrincadas maquinaciones de la guerra *castellammarese* era el modo en que se había manipulado la línea que separa la Mafia del mundo exterior. Al igual que los demás artículos del reglamento de la Mafia, la crucial frontera entre «nosotros» y «ellos» nunca es absoluta, sino siempre táctica. Los mismos principios se aplicaban en Sicilia; pero una importante razón por la que en Estados Unidos las cosas eran distintas es que al otro lado de la frontera había otros gángsteres, hombres de distintas procedencias étnicas, pero con organizaciones parecidamente poderosas tras ellos. Resumamos la visión, particularmente siciliana, de Gentile acerca de cómo se desarrolló la guerra *castellammarese.*

El líder militar de los *castellammaresi* era Salvatore Maranzano, un mafioso refugiado de la represión fascista que no había llegado a Nueva York hasta 1927. El otro bando estaba liderado por Joe *the Boss* Masseria, al que en aquel momento se consideraba capo de capos. Una de las primeras víctimas de la guerra entre ambos fue un mafioso de la generación anterior, Piddu Morello —el hombre del meñique, líder de la banda del «cadáver del barril»—, asesinado a tiros en agosto de 1930, en su despacho de East Harlem. Gentile, que regresó de una de sus visitas más prolongadas a Sicilia el mes siguiente, no puede o no quiere aclarar las razones del asesinato de Morello. Todavía hoy se ignoran los motivos.

Cola Gentile relata que, a su regreso a Estados Unidos, una asamblea general de la Mafia celebrada en Boston le eligió para que dirigiera una delegación que había de parlamentar con el líder *castellammarese* Maranzano. La misma asamblea general depuso a Joe *the Boss* Masseria, el oponente de Maranzano, y puso en su lugar a un líder interino para que ejerciera como capo de capos. El objetivo era poner fin a un conflicto que desestabilizaba la organización en su conjunto.

En las guerras mafiosas, a corto plazo, un poder militar superior suele vencer a la protección política y el estatus en el seno de la organización. Pero las bandas basadas solo en la fuerza no perduran. La campaña de Maranzano partía de la idea de que este lograría estabilizar su autoridad tras alcanzar la victoria militar. Se negó a recibir a la delegación de Gentile, probablemente por la sencilla razón de que en aquel momento este no solo estaba ganando la guerra, sino quizá incluso la batalla política. Al continuar los asesinatos, y morir civiles atrapados en los tiroteos, se ejerció una gran presión política sobre Joe *the Boss.* Según Gentile, el jefe de la policía le dijo explícitamente que o ponía fin al derramamiento de sangre, o se exponía a perder su apoyo.

Al final Maranzano aceptó recibir a la delegación de paz de Gentile, y ordenó que se condujera al grupo a una villa situada a 135 kilómetros de Nueva York. Cuando salió a recibirles, apareció rodeado de hombres fuertemente armados y con dos pistolas al cinto, lo que indicaba que se consideraba a sí mismo un líder militar antes que un hombre de negocios. Gentile lo compara con Pancho Villa y se refiere a los *castellammaresi* como «exiliados» o «bandidos», pero no porque procedieran de

Sicilia o se parecieran a los guerrilleros mexicanos, sino porque constituían una alianza de mafiosos reclutados en toda la estructura de las diferentes *borgate* de Nueva York. La táctica de Maranzano consistía en hacer aliados entre los enemigos de Joe *the Boss* Masseria siempre que podía.

La delegación de paz permaneció retenida en el refugio de Maranzano durante cuatro días y cuatro noches. Gentile ni siquiera estaba seguro de que pudiera salir vivo. Pero mientras estuvo allí se convenció de que otros miembros de su equipo negociador se habían pasado al bando de los *castellammaresi*, lo cual era indicio de que la Mafia estaba pasando de una postura de neutralidad a una de claro respaldo a Maranzano. Lo único que tenía que hacer el líder *castellammarese* era dar largas. Al final se dejó marchar a la delegación de paz sin haber resuelto el conflicto.

La ofensiva militar de Maranzano vino acompañada en todo momento de una campaña propagandística. Se quejaba de que Joe *the Boss* era un dictador que había condenado a muerte a todos los *castellammaresi.* Como en Sicilia, los mafiosos solían afirmar enérgicamente que sus actos eran compatibles con las propias costumbres de la Mafia. La organización tiene sus propias leyes, pero dentro de ella todo el mundo es un abogado de tres al cuarto deseoso de interpretar dichas leyes en su propio beneficio. Maranzano también recriminaba a Masseria que hubiera admitido a Al Capone —un no siciliano manchado por el proxenetismo— en la Mafia.

El papel desempeñado por Capone en el clímax de la guerra *castellammarese* resulta fundamental en la versión de Gentile. *Scarface* Al —afirma Gentile— no fue en realidad miembro de la Mafia hasta mediados de la década de 1920. Joe *the Boss* le admitió como parte de una tentativa para desestabilizar la autoridad del entonces capo de la organización en Chicago. Capone, que era leal a Masseria en Nueva York y no al capo de Chicago, estaba autorizado a utilizar a sus propios hombres para intentar hacerse con el liderazgo de la ciudad. Gentile no especula sobre el alcance exacto del poder de Al Capone en Chicago en relación con el resto del hampa de la ciudad, amplio y multiétnico. Lo que le preocupa, como siempre, es el mapa del poder *dentro* de la organización. Una vez asegurado el estatus de *Scarface* Al en Chicago, este empezó a ejercer su influencia también en Nueva York. Gradualmente, en el transcurso de la guerra *castellammarese*, para Capone se fue haciendo cada vez más evidente que Joe *the Boss* había sido vencido y superado en Nueva York de una forma tan decisiva que incluso sus propios lugartenientes se mostraban cada vez más inquietos.

La primera fase de la guerra *castellammarese* llegó a su fin en el restaurante Scarpato’s, situado en Coney Island, el 15 de abril de 1931. Allí Joe *the Boss* estuvo comiendo a placer junto con uno de sus lugartenientes, Lucky Luciano, y luego se puso a jugar a cartas. Cuando Luciano se levantó para ir al servicio de caballeros, un grupo de asesinos a los que este había dado instrucciones irrumpieron en el local y mataron a tiros a Masseria. Más tarde un fotógrafo de prensa puso un as de espadas

en la mano de la víctima para dar un toque irónico a la escena. Cola Gentile sospechaba que Capone y Luciano habían decidido conjuntamente que Masseria era demasiado débil para traer la paz tan necesaria para la continuidad del negocio.

Tras haberse librado de su propio capo, Luciano trató de hacer las paces con Maranzano y los *castellammaresi.* Al Capone auspició una reunión para discutir las implicaciones de la victoria de Maranzano. Gentile apenas cuenta nada de dicha reunión, aparte de que había una «confusión indescriptible». Al final Maranzano consiguió lo que quería: el puesto de capo de capos. Con el objetivo de celebrar su nombramiento, organizó un banquete para el que hizo imprimir unos tíquets al precio de seis dólares cada uno. Luego le envió un millar de ellos a Capone, quien mostró su deferencia mandándole a su vez un cheque por valor de seis mil dólares. Otros capos hicieron gestos similares. Pero aún se esperaba recaudar más tributos. En la sala donde se celebró el banquete, en el centro de la mesa, ostentosamente decorada, se colocó una enorme fuente en la que los invitados depositaron montones de billetes de banco. Gentile calculaba que Maranzano recaudó cien mil dólares en aquella velada «benéfica».

Poco después, el 10 de septiembre, el capo recién coronado sería apuñalado y asesinado a tiros en su despacho de Park Avenue a manos de una banda de gángsteres no italianos que se hicieron pasar por funcionarios de Hacienda. Les había contratado Luciano. La guerra *castellammarese* terminaba, así, al morir sus dos principales combatientes.

La leyenda del hampa señala el asesinato de Maranzano como el momento en el que Lucky Luciano «modernizó» la Mafia. Este último ha quedado retratado en algunas versiones de la historia como una especie de «consultor empresarial» del crimen, el cerebro comercial artífice de una reestructuración total de la Mafia basada en nuevas bases corporativas. Algunos testimonios afirman que, tras el asesinato de Joe *the Boss,* Maranzano trató de imponerse como un dictador. La respuesta de Luciano fue matarle e instituir una forma de liderazgo más «democrática». Estableció una comisión de gobierno integrada por todos los capos de las «familias» neoyorquinas más uno foráneo (Gentile sugiere que en aquella época ya existían las cinco «familias»).

La mayoría de los gángsteres que recordarían posteriormente la guerra *castellammarese* afirmarían asimismo que, dos días después de la muerte de Maranzano, fueron eliminados en todo Estados Unidos cuarenta o, según algunos, hasta noventa mafiosos sicilianos por orden de Luciano. Fue la célebre purga que pasaría a conocerse en Norteamérica como de los *greaseballs* o de los *Moustache Petes*[86]. Al parecer, la modernización de la Mafia implicaba exterminar a aquellos sicilianos obsoletos. El problema de esta hipótesis es que no existe absolutamente ninguna evidencia documental de que se produjera un gran exterminio de mafiosos en todo el país en la época del asesinato de Maranzano. Es evidente que los jóvenes gángsteres a los que se les contó la historia del asesinato de veinte, cuarenta o

noventa sicilianos no leían los periódicos. La repetida historia de la purga de los *Moustache Petes* no es, pues, más que un mito.

La idea de que la Mafia siciliana se había quedado «anticuada» constituye asimismo otro falso concepto obstinadamente repetido. Cualesquiera que fuesen las aptitudes criminales que Joe *the Boss* había traído consigo de Palermo a Nueva York, estas habían resultado lo bastante modernas como para permitirle crearse una trayectoria que duraría más de dos décadas. Maranzano, el vencedor a corto plazo de la guerra *castellammarese,* había llegado en una fecha mucho más reciente. Pero su asombrosamente rápido ascenso al poder en Estados Unidos da testimonio tanto de la influencia que los asuntos sicilianos tenían todavía en la rama norteamericana de la Mafia, como de la facilidad con la que algunos *Moustache Petes* eran capaces de adaptarse a los desafíos que planteaba la Gran Manzana. En otras palabras, la hipótesis que enfrenta a los «modernizadores» gángsteres estadounidenses con los de origen italiano, los conservadores *greaseballs,* no acaba de encajar con los acontecimientos producidos en 1930-1931.

La interpretación que hace Gentile del final de la guerra *castellammarese* es distinta, pero resulta más convincente. La idea de crear una comisión de gobierno no fue de Luciano, sino que se había propuesto ya durante la «confusión indescriptible» de la reunión que siguió al asesinato de Joe *the Boss* Masseria. Gentile no parece considerar que dicha comisión constituya una innovación especialmente radical, ya que era evidente que antes de la Primera Guerra Mundial se celebraban ya en Estados Unidos reuniones consultivas de los principales mafiosos. Los hombres de honor reajustan constantemente las reglas y estructuras de la organización, y es probable que la invención de la comisión representara solo otro ejemplo de dichos reajustes.

A los ojos de Gentile, Masseria y Maranzano no eran ni más ni menos dictatoriales o anticuados que los capos anteriores. En Sicilia suele calumniarse a los capos mafiosos antes y después de ser eliminados; estos mueren porque son demasiado codiciosos, demasiado autoritarios, demasiado débiles o demasiado anticuados. O eso, al menos, es lo que dicen sus asesinos. Alguna justificación hay que dar a unas ejecuciones que, en realidad, casi siempre se deben a los mismos viejos motivos del poder y el miedo. Asimismo, a los vencedores de las guerras mafiosas les gusta presentar su acceso al poder como el comienzo de una nueva era. Parece ser que también fue este el caso de la Nueva York de 1931.

Nick Gentile era demasiado astuto para creerse esta clase de propaganda interna. Él afirma que fue solo después de la muerte de Maranzano cuando Luciano entró realmente en la jerarquía de la Mafia como tal, convirtiéndose en uno de los miembros de la comisión. Obviamente, Luciano ya era un hombre poderoso mucho antes de eso, así como un elemento clave en la base de poder de Joe *the Boss* Masseria. En consecuencia, y al igual que Capone antes que él, Luciano representaba una fuerza externa reclutada para actuar como factor decisivo en una lucha de poder desarrollada dentro de los confines, relativamente estrechos, de la organización. Los

contactos de Lucky con el universo, mucho más amplio, del crimen organizado judío e irlandés constituyeron el recurso clave que él aplicaría *dentro* de la Mafia.

Pese a lo anterior, se puede considerar que la muerte de Maranzano señala el punto en el que la Mafia estadounidense dejó de ser una organización siciliana para convertirse en una organización italoamericana. Y por esa misma razón, a partir de ahora la Mafia norteamericana solo aparecerá en estas páginas cuando sus asuntos afecten a los acontecimientos de Sicilia. Con todo, la americanización de la Mafia no constituyó una transformación drástica, una ruptura definitiva con las maneras tradicionales del Viejo Mundo. La constitución étnica de la Mafia se hizo algo más variada, dado que se absorbió a los napolitanos y a otros italianos meridionales. Las dos organizaciones fueron separándose poco a poco, aunque los estadounidenses siguieron reconociendo siempre el prestigio de la Mafia original y siguieron existiendo fuertes vínculos familiares y comerciales entre las dos orillas del Atlántico. Después de 1931 el núcleo de la Mafia norteamericana siguió siendo étnicamente siciliano, y en algunos lugares el dominio siciliano ni siquiera se puso en cuestión. En Buffalo, por ejemplo, Stefano Magaddino, originario de Castellammare del Golfo, disfrutó de un reinado asombrosamente prolongado, ya que fue capo desde la década de 1920 hasta su muerte, en 1974. Los métodos sicilianos seguirían caracterizando a la Mafia estadounidense mucho después de la desaparición de los jóvenes pistoleros de la época de la ley seca: Luciano, Capone y otros similares.

Y sobre todo, los mafiosos tanto de Sicilia como de Estados Unidos siguieron concibiéndose a sí mismos como entes aparte del resto de los seres humanos, e incluso de los demás criminales. Norteamericano o siciliano, ser un hombre de honor equivale a actuar más allá de las concepciones sociales de lo correcto y lo equivocado.

* * *

Cuando finalmente se abolió la ley seca, Estados Unidos llevaba ya cuatro años metido en la Gran Depresión. El crimen organizado sobrevivió a esos cambios gracias en no poca medida a la industria del juego. También Nick Gentile participó en el nuevo *boom:* se convirtió en socio de una casa de juego de la Pequeña Italia, en Manhattan. Pero el final de la Prohibición también comportó el endurecimiento de la actitud del país frente al crimen organizado. Ya sea en Estados Unidos, ya sea en Sicilia, la Mafia no existiría si no fuera por sus vínculos en la esfera pública. En la convención nacional del Partido Demócrata celebrada en Chicago en 1932, Frank Costello compartió una suite del lujoso hotel Drake con el líder del distrito undécimo de Manhattan, mientras que Lucky Luciano compartió otra con el líder demócrata del distrito segundo de Nueva York. Pero a diferencia de la Italia anterior a la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era una democracia. En Norteamérica la competencia por el poder era más abierta, lo que hacía que resultara casi tan fácil hacer carrera en política lanzando cruzadas contra el crimen organizado como

utilizando la capacidad de compra de votos de los gángsteres. Las películas de Hollywood de la década de 1930 reflejan bastante fielmente el cambio producido en las actitudes públicas y las tácticas políticas estadounidenses tras el final de la Prohibición. En lugar de las películas sobre gángsteres de principios de la década, como *Hampa dorada (Little Caesar,* 1930) y *Scarface* (1932), Hollywood empezó a producir filmes que ensalzaban las hazañas de los agentes de las fuerzas del orden. James Cagney, que había interpretado a un matón en *Public Enemy* (1931), sería reclutado por el FBI en *G-Men* (1935). En Nueva York, en 1933, fue elegido alcalde Fiorello La Guardia, quien procedió a retirar de la ciudad las tragaperras ilegales de Costello. (Este, sin embargo, apenas se inquietó; se limitó a trasladarlas a Nueva Orleans, donde el senador Huey Long le invitó a instalarse y compartir los beneficios del juego).

El nombramiento de Thomas E. Dewey como fiscal especial de Nueva York, en 1935, constituiría un acontecimiento aún más preocupante para el crimen organizado en dicha ciudad. Dewey se presentaría en dos ocasiones —aunque sin resultado— como candidato republicano a la presidencia apoyándose precisamente en sus cacareados éxitos contra los gángsteres. En 1941, no obstante, llegaría a ser gobernador del estado de Nueva York.

Aquella campaña antigángsteres tuvo algunas víctimas eminentes. Arthur *Dutch Schultz* Flegenheimer, uno de los lugartenientes de Luciano y el rey de las loterías ilegales de Harlem, se veía sometido a presión por todas partes. Se enfrentaba a crecientes medidas legales, además de tener que defenderse de las acusaciones de evasión de impuestos de Dewey. Sus protectores políticos necesitaban más dinero para responder al desafío de los candidatos reformistas. Iba perdiendo cada vez más el control sobre quienes gestionaban las loterías callejeras cuando fue asesinado a tiros en el restaurante Palace Chop House de Newark, en octubre de 1935. Luego Dewey acorraló al propio Lucky Luciano, que sería condenado a una pena de treinta a cincuenta años de cárcel por prostitución (en el próximo capítulo trataremos de ello con más detalle). El fiscal de distrito de Brooklyn —y futuro alcalde de Nueva York — William O’Dwyer incluso envió a Louis *Lepke* Buchalter, conocido extorsionista de la industria textil, a la silla eléctrica; sería el primer gángster célebre ejecutado por el estado.

Una nueva campaña en la lucha contra el tráfico de narcóticos pondría fin a la carrera de Gentile en Estados Unidos. En 1937 fue arrestado por agentes federales en Nueva Orleans por tomar parte en la organización de una red de traficantes de drogas que se extendía desde Texas hasta Nueva York. Según su versión, después de consultar a su capo en Brooklyn se fugó y huyó a Sicilia para no volver. Pero es posible que la historia no termine aquí. Un mafioso que se convirtió en testigo de cargo en la década de 1980 declaró que los capos de Palermo le habían pedido a su propia «familia» de Catania que asesinara a Gentile como un favor a los norteamericanos, y añadió de paso que este había huido de Estados Unidos después

de hablar con la policía. Pero la petición no halló eco alguno: «Dejaron tranquilo al pobre hombre. Al final de su vida había caído tan bajo que solo sobrevivía gracias a la caridad de los vecinos, que le daban algún que otro plato de pasta»[87]. Probablemente no sabremos nunca si realmente fue la compasión la que salvó la vida de Cola Gentile.

La Segunda Guerra Mundial vino a dar un respiro a los gángsteres estadounidenses después de los problemas de mediados de la década de 1930. Alejó la atención de la prensa de la delincuencia y creó nuevas oportunidades para obtener beneficios, ya que los norteamericanos se mostraron especialmente renuentes al racionamiento de la gasolina. Asimismo, aunque de manera mucho más dramática, la guerra resultó ser también la salvación para la Mafia siciliana.

6

Guerra y renacimiento (1943-1950)

DON CALÒ Y EL RENACIMIENTO DE LA «HONORABLE SOCIEDAD»

Se dice que la mañana del 14 de julio de 1943 un caza estadounidense sobrevoló Villalba a baja altura. Como es lógico, hizo salir a la calle a los habitantes de la población. Mientras el avión pasaba rugiendo casi a la altura de sus tejados, pudieron ver, adherida al fuselaje, una bandera de color dorado con una gran «L» en el centro. Al pasar sobre la casa del cura de la parroquia, monseñor Giovanni Vizzini, el piloto dejó caer un pequeño paquete. Este, sin embargo, fue interceptado por un soldado italiano, que se lo llevó al comandante local de los carabineros.

Cuatro días antes se había iniciado la «Operación Husky»; ciento sesenta mil soldados aliados habían desembarcado en una extensa franja de la costa sudeste de Sicilia, y a continuación otros trescientos mil combatientes norteamericanos y británicos. Esta enorme fuerza estaba ahora desplegándose por toda la isla. Los británicos se dirigían al nordeste, hacia Catania, Messina y la península; los estadounidenses avanzaban hacia el norte y el oeste. Era la primera vez que los aliados invadían el territorio de una potencia del Eje.

Villalba, en el mismo centro de Sicilia, apenas constituía un objetivo estratégico importante. No era más que un conjunto de casuchas labriegas conocido principalmente por sus lentejas, un importante componente de la dieta de los pobres. La empinada cuadrícula de callejuelas estrechas y polvorientas que configuraba la aldea se había construido en el siglo XVIII para proporcionar mozos de labranza a la gigantesca propiedad de Miccichè, que se extendía en todas direcciones al pie de la población. La vida en Villalba giraba alrededor de la diminuta piazza Madrice, en la que había dos bares, una oficina del Banco de Sicilia y una iglesia.

Pero el avión de caza volvió al día siguiente, ostentando todavía su inusual bandera. Se lanzó otro paquete, que esta vez sí llegó a manos de la persona correcta. El envoltorio de nailon llevaba escritas unas palabras en siciliano: *zu Calò* («tío Calò»), que no era otro que el capo mafioso don Calogero Vizzini, el hermano mayor del cura. El paquete lo recogió el mayordomo de Vizzini, que se lo llevó a su amo. Dentro había un pañuelo de seda de color dorado con una gran «L» negra en el centro.

Aquella misma noche —continúa la historia— un jinete salió de Villalba con un mensaje para un tal *zu Peppi*, de Mussomeli. El mensaje decía así: «El martes día 20 Turi partirá hacia la feria de Cerda con los terneros. Yo saldré el mismo día con las vacas, los bueyes y el toro. Prepara la leña para la fruta y organiza los corrales para los animales. Di a los otros capataces que se preparen»**[88]**.

La carta estaba cifrada en un código que tenía la característica simplicidad de los viejos tiempos. El destinatario, *zu Peppi*, era el tío Giuseppe Genco Russo, capo de Mussomeli, al que se le informaba de que Turi (otro mafioso) conduciría a las divisiones motorizadas norteamericanas (los «terneros») hasta Cerda. Mientras, don

Calogero Vizzini partiría el mismo día junto con el grueso de las tropas (las «vacas»), los tanques (los «bueyes») y el comandante en jefe (el «toro»). Los mafiosos al mando de Genco Russo habían de preparar el campo de batalla (la «leña») y proporcionar refugio a la infantería (los «corrales»).

La tarde del 20 de julio tres tanques ascendieron con gran estruendo hasta las puertas de Villalba. La torreta del primero de ellos exhibía la misma bandera dorada con la gran «L» en medio. Un oficial norteamericano apareció por la escotilla. En un acento siciliano diluido por sus años de estancia en Estados Unidos, preguntó respetuosamente por don Calò. La noticia llegó hasta la residencia del *capomafioso,* al que faltaban cuatro días para cumplir los sesenta y seis años. Al saber de la llegada de los estadounidenses, atravesó la población arrastrando los pies, en mangas de camisa y con unas gafas de sol de carey, mientras sus tirantes se esforzaban en mantener un par de arrugados pantalones sujetos sobre la inverosímil protuberancia de su barriga. Cuando alcanzó a los norteamericanos, les ofreció con un gesto el pañuelo de seda que había recogido su mayordomo. Junto con su sobrino —que hablaba inglés, puesto que hacía poco que había regresado de Estados Unidos—, subió al tanque y se alejó de la aldea.

Mientras tanto, los mafiosos empezaron a insinuar a los habitantes de Villalba cuál era el significado de aquellos prodigios. Les explicaron que don Calò tenía contactos de alto nivel en el gobierno estadounidense, que se habían puesto en contacto con él a través de Charles *Lucky* Luciano, de ahí la «L» de la bandera. Luciano había salido de la cárcel antes de tiempo a cambio de hacer que la Mafia colaborara en la invasión. No solo eso, algunos decían que el famoso gángster siciliano iba dentro del tanque que se había llevado a don Calò. Debido a su gran autoridad, y por consejo de Lucky Luciano, se había elegido al propio capo de Villalba para dirigir el avance estadounidense.

Seis días después don Calò regresó a Villalba en un gran coche americano con su misión cumplida. Un movimiento de pinza perfectamente ejecutado había conducido a los terneros, las vacas y los bueyes a Cerda, completando de ese modo la conquista de la Sicilia central por los aliados. Ahora don Calò, con el respaldo de los estadounidenses, estaba listo para devolver a la Mafia a su lugar adecuado en la sociedad siciliana tras los oscuros días del fascismo.

La mayoría de los sicilianos conocen la historia de don Calò y el pañuelo dorado, y muchos de ellos todavía la creen. Las interminables versiones del episodio lo han cubierto de una gruesa capa de apócrifa convicción, difuminando sus detalles en algunos lugares o creando intrincados remolinos de pura invención en otros. Actualmente, sin embargo, la mayoría de los historiadores niegan la veracidad de esa fábula.

Los acontecimientos de la vida de Lucky Luciano, por intrigantes que resulten, ciertamente no sostienen esa leyenda. En el otoño de 1933 Luciano dirigía una banda

conjunta italojudía en un intento de establecer un control centralizado de los burdeles neoyorquinos. Pero la tentativa resultó un fracaso comercial. Cuando las madamas se quejaron de que la carga de los «tributos» resultaba excesiva y sus márgenes comerciales desaparecían, tropezaron con la muda y musculosa pared de los matones de Luciano. El resultado fue una «evasión de impuestos» generalizada en toda la «industria». Las acciones aisladas de intimidación no pudieron hacer nada para impedir la caída de los ingresos de la banda extorsionista.

Esta fallida aventura comercial tuvo catastróficas consecuencias jurídicas también para Luciano. En febrero de 1936 él y los demás miembros de su banda fueron arrestados por agentes al mando del fiscal especial Thomas E. Dewey. Los testimonios de varias trabajadoras de la industria del sexo resultaron cruciales para obtener una condena. En junio del mismo año Luciano iniciaba una condena de treinta a cincuenta años en la penitenciaria de máxima seguridad del estado de Nueva York, en Dannemora. Era la sentencia más dura impuesta hasta entonces en Norteamérica por prostitución forzosa.

La suerte de Luciano empezó a cambiar cuando Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial. En febrero de 1942 el vapor *Normandie,* un lujoso buque que había ostentado el récord de la travesía más rápida del Atlántico, sufrió un incendio cuando estaba amarrado en el río Hudson que acabó por hacerle volcar. Probablemente fue un accidente, pero en aquel momento nadie estaba seguro de ello. Para evitar futuros actos de sabotaje, la inteligencia naval empezó a requerir la ayuda de los gángsteres que controlaban los muelles. Sus primeros contactos fueron con Joseph *Socks* Lanza, el capo del enorme mercado del pescado de Fulton. Este arregló tarjetas sindicales falsas para los agentes de la marina con el fin de que pudieran llevar a cabo sus investigaciones en el puerto. Por recomendación de Lanza, también se reclutó a Luciano para que colaborara en la extensión de la operación antiespionaje. Lucky fue trasladado de Dannemora a una prisión más cercana (y confortable) para que los funcionarios de inteligencia pudieran entrevistarse con él. En los muelles corría el rumor de que los gángsteres norteamericanos habían eliminado ya a varios sospechosos de ser espías alemanes siguiendo órdenes de la inteligencia naval.

Esta fue, casi con toda certeza, la única colaboración de Lucky Luciano con el gobierno federal estadounidense. No hay evidencia alguna de que Luciano estuviera en Sicilia durante la guerra, ni tampoco de que hubiera un acuerdo para ponerle en libertad a cambio de lograr el respaldo de la Mafia siciliana a la invasión aliada. Solo en 1946 Luciano sería puesto en libertad, expulsado de Estados Unidos y enviado a Italia. Pero incluso entonces la liberación de Luciano no tuvo necesariamente nada de sospechoso, ya que por entonces diez años representaban todavía el período más largo que nadie había pasado en una cárcel estadounidense por aquel delito concreto. Además, el hombre que dio la aprobación final a la decisión no fue otro que el gobernador del estado de Nueva York, y azote de Luciano, Thomas E. Dewey.

No hubo, pues, ninguna intriga norteamericana para reclutar a la Mafia como colaboradora en la invasión de Sicilia. Sencillamente porque resulta muy poco probable que los aliados confiaran el secreto de la Operación Husky, por entonces el más ambicioso ataque de la historia, a una pandilla de matones.

Sin embargo la leyenda de don Calò y el pañuelo dorado persiste. En junio de 2000 un periodista del periódico romano *La Repubblica* entrevistó a la fuente originaria de dicha historia, Michele Pantaleone, un conocido escritor y político de izquierdas que por entonces tenía noventa años de edad. El periodista le dijo a Pantaleone que un destacado historiador había expresado su escepticismo sobre la historia. «¿Y por qué no va y lo cuenta en Villalba? —fue su respuesta. ¡Le escupirían a la cara! Vino un jeep americano, se llevó a Calogero Vizzini del pueblo, y volvió a traerle once días después.»[89] Pese a su vaguedad en algunos detalles, cuando menos las palabras de Pantaleone ostentan la autoridad de la experiencia. La residencia de la familia Pantaleone se alza en la parte baja de la piazza Madrice de Villalba. Michele había tenido que lidiar con el mismo don Calò en persona, y además estaba presente cuando llegaron los norteamericanos.

Las persistentes dudas sobre lo que ocurrió aquel día en Villalba resultan significativas por sí mismas, y constituyen solo una pequeña muestra de la incertidumbre que rodea a muchos aspectos de la historia de la Mafia desde la Segunda Guerra Mundial. Para muchos italianos, los que ostentan el poder siempre están envueltos en un aura de recelo. Y en alguna parte de esa aura la gente afirma que se recorta la silueta de políticos, jueces y empresarios corruptos, logias masónicas, servicios secretos, subversivos derechistas, policías y militares, la CIA, y, por supuesto, la Mafia. La desconfianza ha contaminado la democracia italiana desde su mismo nacimiento, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Muchos sicilianos —de hecho, muchos italianos— o bien no saben a quién creer, o bien deciden creer a quien más les gusta. Elaborar teorías sobre conspiraciones es un deporte nacional al que los italianos denominan *dietrologia* (literalmente «detrasología»). Quizá la leyenda de don Calò y el pañuelo dorado constituya el primer ejemplo de esa *dietrologia,* ya que trata de convencernos de que el gobierno estadounidense estaba «detrás» del resurgimiento de la Mafia siciliana después de la caída del fascismo; en otras palabras, trata de echar la culpa a otro.

El argumento más convincente en contra de la leyenda de Villalba es sencillamente que la Mafia siciliana resulta una criatura demasiado compleja como para resucitarla con una simple intriga. La verdadera historia del retorno de la organización al poder reparte la culpa de su resurgimiento de una manera más equitativa que la fábula del pañuelo dorado. Es una historia que trata sobre don Calogero Vizzini, los servicios secretos estadounidenses y la violencia política. Pero sobre todo trata de cómo la Mafia utilizó sus tradicionales puntos fuertes —la capacidad de establecer contactos y la brutalidad— para hacerse un lugar en el sistema democrático italiano cuando este iba poco a poco configurándose después de

la guerra. Dadas las oportunidades que ofrece la historia, la Mafia siciliana resulta bastante capaz de determinar su propio destino.

Otro historiador de Villalba proporciona una descripción de aquel famoso día de 1943 que, casi con certeza, se halla más cerca de la verdad. Dice sencillamente que don Calò encabezó un comité local de bienvenida para recibir a una patrulla aliada cuyo comandante había pedido hablar con quien mandara en el pueblo. Unos días después el viejo capo fue proclamado alcalde. En este sentido la historia de don Calò resulta bastante típica. En Villalba, como en cualquier aldea, la gente dio una calurosa bienvenida a los invasores porque estaba cansada de las privaciones que habían comportado el fascismo y la guerra. Además, Estados Unidos les gustaba; muchos emigrantes sicilianos —a los que ellos denominaban *americani*— habían vuelto del Nuevo Mundo con dinero ahorrado, una educación y gustos modernos adquiridos en sus viajes; y por otra parte, un buen número de soldados estadounidenses procedían de familias sicilianas que habían emigrado a *la Merica.*

A medida que avanzaban a través de Sicilia, los soldados aliados destituían sumariamente a los alcaldes fascistas de las poblaciones que liberaban, como Villalba, y los reemplazaban por hombres que a veces no debían su posición más que al visto bueno de un intérprete siciliano-americano. Para llenar el vacío de poder, numerosos centros rurales que llevaban dos décadas sin políticos a menudo acudían, o se veían obligados a acudir, a los hombres de honor locales; al fin y al cabo, muchos hombres de respeto podían presentarse también como víctimas de la represión fascista.

Don Calò debía su nombramiento como alcalde a los buenos oficios de la Iglesia católica además de al ejército estadounidense. En el caos que siguió a la caída del fascismo en Italia, los norteamericanos solían acudir a los principales eclesiásticos para pedirles consejo acerca de las personas en quien podían confiar. Y don Calò fue una de las personas que recomendaron. Tenía un largo historial de colaboración con un fondo social católico y además en su familia había sacerdotes: dos de sus hermanos eran curas, uno de sus tíos era arcipreste y otro era obispo de Muro Lucano.

Según el propio relato que haría don Calò del día en que tomó posesión como alcalde de Villalba, fue llevado a hombros por todo el pueblo. Afirma también haber actuado como pacificador: solo su intervención salvó a su predecesor fascista de ser linchado. Lo que sí se sabe con certeza es que la ceremonia oficial del nombramiento contó con la asistencia tanto de un teniente norteamericano como de un sacerdote en representación del obispado de Caltanissetta. Según algunas fuentes, el viejo mafioso se encontró en una situación embarazosa al escuchar que sus amigos gritaban: «¡Viva la Mafia! ¡Viva el crimen! ¡Viva don Calò!». Se cree que su primera acción como ciudadano principal de la población fue eliminar de los archivos judiciales de Caltanissetta, y de los cuarteles de la policía y los carabineros, los expedientes de las anteriores acusaciones contra él (latrocinio, asociación ilícita, robo de ganado,

corrupción, quiebra fraudulenta, extorsión, fraude con agravante y asesinatos por encargo). Don Calò había borrado su pasado, pero todavía le quedaba mucho que hacer antes de que su futuro, y el de la Mafia, estuvieran asegurados.

* * *

El 17 de agosto de 1943, treinta y ocho días después de los primeros desembarcos, el general sir Harold Alexander telegrafió a Churchill diciéndole que Sicilia estaba ya íntegramente en manos aliadas (por entonces la invasión del territorio italiano había precipitado ya la caída del dictador fascista Benito Mussolini, depuesto y arrestado el 25 de julio). Durante los seis meses siguientes la isla estaría bajo el mando del AMGOT (siglas inglesas del Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados). Y fue ya bajo el AMGOT cuando la Mafia realizó sus primeros intentos de determinar la forma política de Sicilia mientras esta salía de la guerra.

Al AMGOT no le faltaría trabajo. A finales del verano de 1943 la isla se hallaba en un estado lamentable. Incluso antes de la Operación Husky, muchos de sus cuatro millones de habitantes vivían en la penuria. Ahora las provisiones de alimentos escaseaban y la infraestructura del ferrocarril había quedado destrozada por las bombas. El índice de delincuencia se disparó. Varios presos habían escapado en la confusión de la invasión, y el mercado negro, que ya se había generalizado durante los últimos años del fascismo, se convirtió para muchos en el único medio de supervivencia. En octubre se descubrió que en Palermo se había saqueado el almacén de las cartillas de racionamiento, y circulaban al menos veinticinco mil cartillas ilegales. Los aliados ordenaron la expropiación forzosa de todo el cereal. Tanto los pequeños agricultores como los grandes terratenientes prefirieron evitar esa obligación, con lo que el mercado negro pasó a gozar de un considerable respaldo popular. Tal como había ocurrido tras la Primera Guerra Mundial, el bandidaje volvió de nuevo al campo siciliano.

Poco después de que pasaran las tropas estadounidenses, la policía empezó a detectar claros signos de implicación de la Mafia en la oleada de crímenes. Un informe enviado al cuartel de la policía de Palermo enumeraba una serie de poblaciones en las que los mafiosos habían tomado el poder:

> En Villabate la Mafia ha tomado el control del ayuntamiento; el alcalde es el carnicero Cottone, un hombre con antecedentes penales… Se rumorea que, tras la llegada de las tropas norteamericanas, los mafiosos de Marineo, Misilmeri, Cefala, Diana, Villafrate y Bolognetta saquearon las granjas de la propiedad de Stallone… se apoderaron de las armas y municiones que habían dejado las tropas alemanas que habían acampado allí… Ayer, unos criminales atacaron el ayuntamiento de Gangi. Se cree que ha habido violencia contra el barón Sgadari, el barón Marciano y el barón

> Lidestri, que habían colaborado en el descubrimiento de una inmensa sociedad criminal que en 1927 actuaba en las [montañas] Madonie[90].

Obviamente los mafiosos buscaban venganza por las derrotas que les había infligido el «prefecto de hierro».

Difícilmente se podía culpar a las autoridades aliadas por aquellos episodios. Sin embargo estaban lejos de ser completamente inocentes del resurgimiento de la Mafia como fuerza política. Aun antes de la invasión de Sicilia tanto los británicos como los estadounidenses sabían con certeza de la existencia de la Mafia, y habían previsto recabar información de los hombres de honor locales de cara al gobierno de la isla tras su liberación. Un documento secreto de la Oficina de Guerra Británica anterior a la invasión enumeraba una lista de destacados residentes que podrían resultar útiles. Ello delata una actitud laxa ante las relaciones con los mafiosos. A un tal Vito La Mantia se le denomina el «jefe de la *cosca* mafiosa… Un antifascista que, si sigue vivo, podría proporcionar información importante. No es culto, pero sí influyente»[91].

Durante los seis meses de gobierno del AMGOT se prohibió la actividad de cualquier partido político en Sicilia. Los oficiales británicos y estadounidenses se encontraron con que la creación de un gobierno interino sumiso en los pueblos y ciudades constituía una desagradable tarea. Los grupos antifascistas sicilianos representaban una incógnita, y no siempre ofrecían de manera evidente una nueva elite gobernante. La opinión de los aliados era que se debía evitar la influencia izquierdista a toda costa. Y como siempre, la Mafia y sus políticos estaban dispuestos a actuar como «instrumentos de gobierno local» fiables. Fue, pues, durante el periodo del AMGOT cuando se produjeron los contactos regulares entre la estadounidense Oficina de Servicios Estratégicos (la OSS, precursora de la CIA) y los principales mafiosos. Joseph Russo, originario de Corleone y a la sazón jefe de la sección de Palermo de la OSS, ha dicho recientemente hablando de los capos: «Yo llegué a conocerlos a todos. No hizo falta mucho tiempo para cimentar de nuevo su solidaridad»[92].

También la ingenuidad tuvo su papel en el resurgimiento de la Mafia como fuerza política bajo el gobierno del AMGOT. Los británicos consideraban que su imperio ofrecía una fórmula para encontrar a personas fiables entre los autóctonos. En Sicilia, como en todas las zonas del globo pertenecientes al dominio colonial británico, los terratenientes y aristócratas ejercerían su autoridad en nombre de Londres (y de Washington). Pero Sicilia no era la India. A finales de septiembre de 1943 los aliados nombraron alcalde de Palermo a Lucio Tasca Bordonaro. Era un caballero hacendado exactamente del tipo en el que los británicos creían que podían confiar. Sin embargo vivía «en olor de Mafia»; Nick Gentile afirmaría más tarde que Tasca Bordonaro era en realidad miembro de la «honorable sociedad». En toda Sicilia se nombró a personajes de características similares. Al igual que sus colegas, Tasca Bordonaro

creía que el fin de la guerra comportaría una nueva lucha por el control de la tierra. Y su respuesta fue dirigir la primera organización política activa de la Sicilia ocupada: el movimiento separatista siciliano. Los separatistas querían que Sicilia se convirtiera en un país libre cobijado bajo el ala del águila norteamericana. De ese modo —esperaban los hombres como Tasca Bordonero— podía preservarse la autoridad de la vieja elite y mantener a raya a los temidos izquierdistas. Los terratenientes separatistas tenían a un aliado natural en su causa: los mafiosos que vigilaban y administraban sus propiedades, obteniendo a cambio protección política.

En enero de 1944 se restauraron las libertades políticas como preparación para la reintegración de Sicilia al gobierno italiano, y una tumultuosa vida política floreció en la isla. Fue entonces cuando uno de los líderes del movimiento separatista pronunció un revelador discurso en el reducto mafioso de Bagheria. Andrea Finocchiaro Aprile era un frenético orador de labios finos que tenía el hábito de hablar de «Winnie» Churchill y «Delano» Roosevelt como si charlara con ellos por teléfono cada día. En Bagheria dejó claro a quién más incluía en su círculo de íntimos conocidos: «Si la Mafia no existe, habría que inventarla. Yo soy amigo de los mafiosos, aunque personalmente estoy en contra del crimen y la violencia»[93] (el desertor de la Mafia Tommaso Buscetta afirmaría posteriormente que Finocchiaro Aprile era miembro de su propia familia mafiosa).

En febrero de 1944 terminó el control del AMGOT, y Sicilia pasó a estar bajo la autoridad de un nuevo gobierno, establecido en la porción meridional liberada de la península italiana. Por entonces, tanto los mafiosos como los separatistas habían logrado crear la impresión generalizada de que ellos eran los sobrinos mediterráneos favoritos del Tío Sam. Para muchos parecía que el futuro de Sicilia iba a adoptar la forma de un protectorado norteamericano autónomo y un feudo de la Mafia.

* * *

Con el ala política de la Mafia alineada abrumadoramente en torno a la causa separatista, el ala militar se vio requerida a enfrentarse a una nueva amenaza de la izquierda. En el otoño de 1944 el ministro de Agricultura comunista de la nueva coalición de gobierno italiano propugnó algunas reformas radicales que abrirían un nuevo y sangriento capítulo en la historia del renacimiento de la Mafia. Las reformas aspiraban nada menos que a dar una solución definitiva a la cuestión agraria, que desde hacía más de un siglo era origen de malestar en la campiña meridional. Las medidas mostraban la influencia de Bernardino Verro y los fascios; los campesinos iban a obtener una mayor proporción del producto de la tierra que trabajaban y arrendaban, y además se les daría permiso para formar cooperativas y apoderarse de las tierras mal cultivadas. El ministro de Agricultura incluso trató de prohibir que hubiera intermediarios entre los terratenientes y los campesinos, lo que constituía un claro ataque a los *gabelloti.*

El débil Estado italiano no estaba en situación de imponer las nuevas normas con rapidez, pero los campesinos las interpretaron como una señal de que quienes ostentaban el poder finalmente estaban dispuestos a satisfacer su anhelo de tierra y justicia. Los terratenientes, por su parte, sintieron que sus temores relativos al peligro rojo estaban a punto de materializarse. Así, y tal como habían hecho tras la Primera Guerra Mundial, los propietarios acudieron a los mafiosos para enfrentarse a los campesinos con la fuerza.

Una vez más, fue un episodio famoso acaecido en la Villalba de don Calò —aunque esta vez verdadero— el que inauguró una nueva fase en el resurgimiento de la Mafia. Como en el caso de muchos otros mafiosos, la principal preocupación de don Calogero Vizzini en 1944 era la tierra; en su caso, la propiedad Miccichè, en los alrededores de Villalba. Para poder controlarla, había de echar a un enemigo especialmente fastidioso, Michele Pantaleone, el mismo hombre que posteriormente escribiría la historia del caza estadounidense y el pañuelo dorado. Pantaleone procedía de una familia local de profesionales cuya tradición republicana les situaba en la facción opuesta a los católicos Vizzini. Don Calò se había esforzado en persuadir a Michele Pantaleone de que se casara con su sobrina Raimonda, pero aquel romance dinástico provinciano no prosperó (Pantaleone sabía muy bien qué peligrosas obligaciones comportaría tal unión con los Vizzini). Para don Calò, aquel fracaso de la diplomacia matrimonial ya era bastante malo. Pero aún resultó peor el hecho de que Pantaleone se hiciera socialista. El joven rebelde había llamado la atención sobre la cuestión de la propiedad de Miccichè en la floreciente prensa izquierdista, y estaba tratando de utilizar su influencia en los grupos izquierdistas de Villalba. Por su parte, don Calò ordenó destrozar los cultivos de las tierras de la familia Pantaleone, e incluso hubo un intento fallido de atentar contra la vida de Michele.

Puede que dicho intento fuera solo una advertencia, ya que el *capomafioso* estaba a la vez movilizando a sus contactos. Con espíritu pacificador, había ofrecido un trato al Partido Comunista de Italia (PCI) en la capital provincial, Caltanissetta: él les ayudaría a crear una filial en Villalba a cambio de que se nombrara secretario a uno de los vigilantes de su propiedad. Los comunistas rechazaron prudentemente la oferta.

Con la ecuanimidad que convenía a su cargo, don Calò siguió utilizando sus arraigados vínculos con los terratenientes conservadores. Lucio Tasca Bordonaro, el líder separatista nombrado alcalde de Palermo bajo el gobierno de la AMGOT, era un estrecho aliado (ambos tenían tierras cercanas entre sí). El 2 de septiembre de 1944, y por invitación de don Calò, Andrea Finocchiaro Aprile —el «amigo» de «Winnie», «Delano» y la Mafia— pronunció uno de sus incendiarios discursos en Villalba, prometiendo riquezas para todos si Sicilia conseguía la independencia.

La temperatura de la población aumentaba, pero Michele Pantaleone la hizo subir aún más invitando a hablar al líder comunista regional Girolamo Li Causi. El Partido

Comunista de Caltanissetta, preocupado quizá por la posibilidad de que Pantaleone creara problemas a sus hombres, se puso en contacto con Vizzini. Pero el viejo capo les tranquilizó, al fin y al cabo estaba ofreciéndoles su hospitalidad personal. No habría problemas en tanto no abordaran cuestiones locales. El 16 de septiembre de 1944 llegó a Villalba un camión en el que viajaban Li Causi y sus camaradas.

Don Calò empezó por dirigirse cortésmente a los recién llegados: «¿Puedo tener el honor de ofrecerles un café?». Percibiendo la amenaza de aquella bienvenida, los militantes izquierdistas siguieron al anciano mientras este atravesaba la plaza arrastrando los pies para dirigirse a un bar. Mientras caminaban observaron que alguien había pintado gruesas cruces negras en los carteles que anunciaban su mitin público. Don Calò trató de razonar con los visitantes mientras se tomaban su café y se fumaban un cigarrillo. Villalba era como un monasterio —dijo—; no convenía perturbar su tranquilidad. Pero si insistían en hablar, entonces debían ser corteses. Cuando don Calò terminó su pequeña charla, los activistas se dirigieron hacia la plaza, dispuestos a la confrontación.

Aparte de algunos comunistas y socialistas locales, la mayoría de los habitantes de Villalba habían considerado que sería más prudente escuchar los discursos detrás de las contraventanas cerradas de sus casas. Cuando los militantes salieron del bar, vieron a un grupo de hombres de don Calò que permanecían de pie, observando fijamente, con los brazos cruzados y una sonrisa socarrona en el rostro. Entre ellos estaba el sobrino de don Calò, que hacía poco había sucedido a su tío en la alcaldía. El propio don Calò salió del bar para unirse al grupo.

Pantaleone se encaramó a una mesa y presentó al principal orador. El líder comunista Girolamo Li Causi no era un hombre al que se pudiera intimidar. Solo hacía unas semanas que había regresado a su isla natal después de una ausencia de veinte años, la mayoría de los cuales los había pasado como preso político bajo el régimen de Mussolini y como líder de la resistencia contra los nazis en Milán. Era un orador tranquilo y carismático; mezclando el dialecto con su italiano, habló de los abusos a los que los industriales y terratenientes sometían a los trabajadores. Los militantes que estaban allí con él afirmarían más tarde haber escuchado voces de asentimiento desde detrás de las contraventanas: «¡Tiene razón! ¡Lo que dice va a misa!».

Don Calò se inquietaba. Sin desanimarse, Li Causi empezó a hablar del modo en que los campesinos de Villalba eran engañados por «un poderoso arrendatario», una referencia apenas disfrazada al viejo capo. «¡Eso es mentira!», gritó el *capomafioso.* De inmediato la gente empezó a abandonar la plaza. Un anciano le dijo a don Calò que dejara oír al orador; al fin y al cabo —añadió— eran tiempos de libertad política. Fue derribado a porrazos mientras sonaban los primeros tiros. Luego estalló el caos.

Sorprendentemente, mientras las balas pasaban silbando a su alrededor, Li Causi permaneció en el estrado tratando de calmar la situación y ofreciéndose a entablar un debate abierto con cualquiera que discrepara. El sobrino de don Calò lanzó una

granada. Cuando explotó, Li Causi cayó herido en la pierna. Pantaleone se hizo cargo de la situación, arrastrando al líder comunista a un lugar seguro y disparando su pistola al aire para cubrir su retirada. Posteriormente se encontrarían más de una docena de agujeros de bala en la pared situada detrás del punto en el que Li Causi había pronunciado su discurso. Catorce personas resultaron heridas.

Don Calò ordenó calmarse a sus hombres y se ofreció a ayudar a reparar el camión de los izquierdistas, que había resultado dañado por una granada. Unos días después envió a un emisario a pedir disculpas a Li Causi, que yacía en el hospital. Todo ello no representaba más que gestos vacuos, el tiroteo de Villalba había logrado ya su propósito intimidatorio. Al cabo de seis meses, la base del poder local de don Calò se vio asegurada cuando este se convirtió en administrador de la propiedad de Miccichè.

El incidente de Villalba saltó a los titulares en toda la Italia liberada, y contribuyó a hacer famoso a don Calogero más que ninguna otra de sus fechorías. Este no se mostró especialmente preocupado; de hecho, el modo en que evitó pagar las consecuencias judiciales de sus actos no hizo sino aumentar su reputación. Moviendo los hilos convenientes, se las arregló para disfrutar de largos períodos de libertad condicional mientras el caso avanzaba lentamente. Solo en noviembre de 1949, don Calò, junto con su sobrino, sería declarado culpable de herir a Li Causi y condenado a cinco años de cárcel. Pero se limitó a darse a la fuga hasta que pudo conseguir una nueva libertad condicional en el curso de una apelación. En 1954 se confirmó la sentencia, pero se le otorgó una amnistía. El juez admitió que «los indicios le señalaban como jefe de la Mafia», pero decidió ahorrarle la cárcel en atención a su edad y a la falta de anteriores condenas.

Los acontecimientos de Villalba inauguraron una larga época de ataques mafiosos a activistas políticos, sindicalistas y campesinos normales y corrientes que duraría hasta principios de la década de 1950. Hubo docenas de ellos que no tuvieron la misma suerte de Li Causi y Pantaleone. A cada uno de los asesinatos le seguiría el conocido resultado judicial: los presuntos asesinos serían puestos en libertad por falta de pruebas. En algunos pueblos y ciudades el movimiento campesino fue sencillamente sometido por el terror.

* * *

La gran pregunta sobre don Calogero Vizzini es si era tan predominante dentro de la Mafia como famoso fuera de ella. ¿Es posible que Villalba, la capital de las lentejas, fuera también realmente el cuartel general de la «honorable sociedad»?

Los agentes secretos norteamericanos ciertamente parecen haber tratado a don Calò como jefe supremo de la Mafia. Cuando se abrió el consulado estadounidense en Palermo, en febrero de 1944, contaba con la colaboración de la OSS en todo lo relacionado con los servicios de inteligencia. Pero la OSS, a su vez, contaba en parte con la colaboración de la Mafia, y especialmente de don Calò. Durante un tiempo, el

jefe de la oficina de la OSS en Palermo, Joseph Russo, se reunía con él y con otros capos «al menos una vez al mes». A Vizzini se le conocía con el nombre clave de *Bull Frog* («Rana Toro») en las comunicaciones secretas. Russo cuenta que los mafiosos necesitaban «apoyo moral» y neumáticos de camión, que necesitaban para hacer «sus buenas obras, su beneficencia; fuera esta lo que fuere».

Aunque los intercambios fueran tan triviales como afirma Russo, e incluso en el caso de que don Calò estuviera fanfarroneando ante la OSS con respecto a su verdadero poder en la isla, no debemos suponer que los acontecimientos ocurridos en la pequeña Villalba tuvieron una importancia secundaria. Ya en 1922, el semianalfabeto don Calò, que tenía extensos intereses en la minería del azufre, había viajado a Londres para mantener conversaciones de alto nivel de cara a la creación de un cártel angloitaliano del azufre capaz de hacer frente a la competencia norteamericana. La pequeña delegación siciliana incluía a un futuro magnate de la industria química italiana.

Los contactos eclesiásticos y políticos de don Calò también le proporcionaron una formidable base de poder. En los años inmediatamente posteriores a la Operación Husky, un tal Angelo Cammarata ocupó los cargos de prefecto de Caltanissetta, administrador de las propiedades pertenecientes a la diócesis de dicha población, comisario de abastos de Sicilia y comisario para la reforma agraria. Se trataba de un personaje próximo tanto al obispo como a don Calò.

También ciertos cambios económicos que escaparon al control de la Mafia desempeñaron un papel en favor de don Calò. La guerra y el fascismo habían hecho que el ganado y los cereales adquirieran mayor importancia para la economía siciliana durante la primera mitad del siglo XX. En el difícil año de 1944 la provincia interior de Caltanissetta producía la mayor parte del maíz de todas las provincias occidentales de Sicilia. El negocio del cultivo comercial del limón, tan fundamental para las *cosche* de Palermo, había quedado paralizado debido a una crisis de las exportaciones. El estatus de don Calò dentro de la Mafia probablemente refleja un desplazamiento transitorio del equilibrio de poder en la economía criminal: de la capital y sus alrededores a la campiña.

No es que don Calò permaneciera siempre en las colinas. De vez en cuando recalaba también en el hotel Sole, situado en el *corso* Vittorio Emanuele de Palermo, donde hacia el final de su vida se le podía ver protegido por dos jóvenes gorilas vestidos de pana.

Fue, sin embargo, la influencia política de don Calò la que contribuyó de manera más significativa al resurgimiento de la Mafia, ya que este participó estrechamente en el establecimiento de un pacto favorable a la Mafia en la Sicilia de posguerra. En el marco de dicho pacto se daría la desaparición del separatismo y el surgimiento de un nuevo partido panitaliano dispuesto a utilizar a la Mafia de la manera tradicional: como instrumento de gobierno local.

En septiembre de 1945, un año después del tiroteo de Villalba, don Calò fue el único mafioso que estuvo presente en una reunión secreta de líderes separatistas en la que se decidió organizar una insurrección armada. Era una decisión nacida de la desesperación. El apoyo estadounidense a los separatistas se había evaporado tras el final del AMGOT. Ahora tenían que competir con un nuevo y fuerte partido nacional: la Democracia Cristiana (DC). Al propugnar acertadamente una asamblea regional para Sicilia en lugar de la plena independencia, la DC había atraído a una buena parte del movimiento separatista. Don Calò estaba en aquella reunión debido a que por mediación suya los separatistas podían conseguir la ayuda de las grandes partidas de bandidos que todavía deambulaban por el campo. Sin embargo las fuerzas insurrectas serían fácilmente derrotadas.

Tras la debacle separatista, don Calò se convenció cada vez más de que era la DC, y no los separatistas, la que representaba el mejor vehículo para sus intereses. Sería este un cambio gradual, aunque decisivo, tanto en sus lealtades como en las de la Mafia. Algunos políticos de la DC estaban destinados a convertirse en mediadores favoritos del crimen organizado siciliano en Roma durante más de cuatro décadas.

La DC, no obstante, estaba lejos de ser una mera fachada de la Mafia. En el nacimiento de la República italiana, representaba los valores de la familia, la propiedad privada y la paz social; en Sicilia atraía especialmente a los campesinos con pequeñas parcelas de tierra temerosos del comunismo. Asimismo, la DC tenía la enorme ventaja de contar con el apoyo del Vaticano y cuando se inició la guerra fría, en 1947, pudo contar también con el respaldo norteamericano frente al Partido Comunista de Italia, el más poderoso de los partidos comunistas de Europa occidental. Ese mismo año, la Democracia Cristiana, que era el partido líder, excluyó a los partidos izquierdistas de la coalición nacional de gobierno. En la primavera de 1948 Italia celebró sus primeras elecciones parlamentarias desde que Mussolini estableciera su régimen. El resultado fue el triunfo de la DC. La Democracia Cristiana ostentaría el poder en Italia ininterrumpidamente durante los cuarenta y cinco años siguientes.

Eran las artes tradicionales de la política basada en los favores las que constituían el núcleo del atractivo que la DC tenía para la Mafia. La DC siciliana llegó a abarcar una miríada de facciones locales basadas en el clientelismo. Los líderes de dichas facciones podían ofrecer exactamente la clase de relaciones personales que preferían los mafiosos. Los intercambios entre políticos y criminales, que tan difíciles se habían hecho bajo el fascismo, podían ahora finalmente restaurarse; al fin y al cabo, y como dice el refrán siciliano, «una mano lava la otra».

La alianza entre hombres de honor y políticos de la DC era un secreto a voces. Al aproximarse la trascendental jornada de la votación, en 1948, don Calò y su *compare*, el capo de Mussomeli, Giuseppe Genco Russo, asistieron a un suntuoso almuerzo electoral celebrado en Villa Igea, un hotel de Palermo que había sido uno de los antiguos palacios de la familia Florio. Los dos mafiosos se sentaron a la misma mesa

que algunos de los personajes más brillantes del partido. En 1950, cuando se casó el hijo mayor de Genco Russo, don Calò fue uno de los testigos de la ceremonia, como también lo fue el presidente de la asamblea regional siciliana, que era miembro de la DC. Esa clase de encuentros nada tenían de vergonzantes ni de secretos. Durante este período, cuando los políticos y los capos se reunían, con frecuencia procuraban que se les viera juntos, ya que de ese modo se anunciaba la solidez de la alianza entre el poder extraoficial de la Mafia y el poder oficial de los nuevos gerifaltes de la política.

Sería también la DC la que, en 1950, pondría fin a la cuestión agraria en Sicilia. El modo en que lo hizo constituye un ejemplo característico de sus métodos; la redistribución de las propiedades que quedaban se confió a un ente semiautónomo que se convertiría en una máquina clientelista para los políticos locales de la DC. La corrupción era endémica: una tercera parte del presupuesto se dedicaba a gastos de administración. Paralelamente, muchos terratenientes cedieron a lo inevitable y empezaron a deshacerse de sus tierras. A menudo se las vendieron a mafiosos, entre ellos a don Calò, que luego obtuvieron enormes beneficios revendiendo parcelas a los campesinos.

En 1950 el gobierno anunció también un amplio programa de inversiones para mejorar la atrasada economía del sur de Italia, que resultaría ser un importante punto de inflexión en la historia de la Mafia. A partir de ese momento, si la organización deseaba acceder a las principales fuentes de riqueza de la isla, habría de acudir a los políticos profesionales, y no a los terratenientes. La restauración del sistema democrático en Italia —y del papel de la Mafia como Estado extraoficial en Sicilia— estaba a punto de completarse.

Aun así, y pese a todas estas evidencias, se desconoce cuál era el alcance exacto del poder de don Calò en la «honorable sociedad». Algunos mafiosos chaqueteros negarían posteriormente que hubiera habido nunca un capo supremo de toda Sicilia. De hecho, incluso se dice que don Calò y su sucesor, Giuseppe Genco Russo, irritaron a otros líderes mafiosos a causa de su destacada presencia mediática. «¿Has visto a Gina Lollobrigida en el periódico de hoy?», solía decir cierto mafioso, aludiendo a la notoria vulgaridad y fealdad de Genco Russo.

No sabemos cuán centralizada estaba la Mafia tras la liberación. Se puede suponer prudentemente que, al comienzo de su renacimiento después del fascismo, lo primero que hicieron los capos mafiosos fue restablecer las comunicaciones entre ellos. Luego buscaron información directa de los lugares en los que se tomaban las decisiones políticas, y uno o varios líderes con habilidades diplomáticas para equilibrar sus propios intereses enfrentados. Don Calò se hallaba en muy buena posición para desempeñar aquel papel de transición.

Obviamente él jamás habría admitido eso. En una entrevista de prensa publicada poco antes de su muerte, el astuto y viejo capo hacía una descripción más bien modesta de su trabajo: «El hecho es que toda sociedad necesita una categoría de

persona cuya tarea consiste en resolver las situaciones cuando estas se complican. En general estas personas son representantes del Estado. Pero en los lugares en donde el Estado no existe, o no es lo bastante fuerte, hay individuos particulares que…».

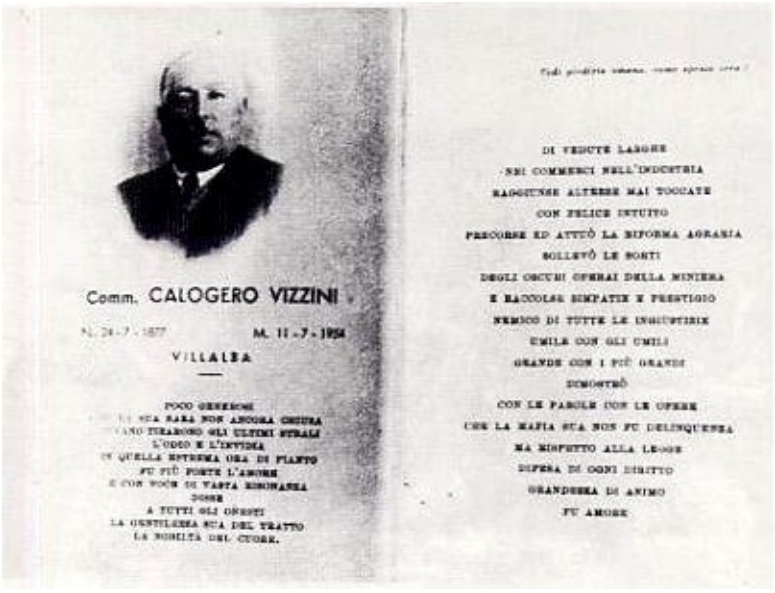
Intrigado, el entrevistador deslizó la palabra *mafia.*

«La Mafia —murmuró don Calò con una sonrisa—. ¿Pero de verdad existe la Mafia?»[94]

Don Calò murió tranquilamente en brazos de su sobrino el 10 de julio de 1954. Según informó la prensa, sus últimas palabras fueron: «¡Qué hermosa es la vida!». Se dice que dejó una fortuna de mil millones de liras, aunque no hay forma alguna de confirmar este dato; la auténtica medida de las riquezas de la Mafia durante la mayor parte de su historia está destinada a seguir siendo un misterio. En el lujoso funeral de don Calò, gran número de dignatarios políticos y criminales siguieron a un coche fúnebre tirado por cuatro caballos enjaezados con plumas negras. El ayuntamiento de Villalba y la sede central de la DC se cerraron durante toda una semana. En la puerta de la iglesia se colgó la siguiente elegía:

Humilde con los humildes,
Grande con los grandes,
Mostró con sus palabras y sus hechos
Que su mafia no era criminal.
Que representaba el respeto a la ley,
La defensa de todos los derechos,
La grandeza de carácter:
Que era amor[95].

En vida de don Calò, los campesinos de Villalba solían recitar un pareado mucho más realista sobre él: *Cu avi dinari e amicizia, teni 'nculu la giustizia* («Quien tiene dinero y amigos, se pasa la justicia por el culo»).


Comm. CALOGERO VIZZINI

M. 11-7-1954

VILLALBA

DI VEDUTE LARGHE
NEI COMMERCI NELL'INDUSTRIA
RAGGIUNSE ALTEZZE MAI TOCCATE
CON FELICE INTUITO
PRECORSE ED ATTUÒ LA RIFORMA AGRARIA
SOLLEVÒ LE SORTI
DEGLI OSCURI OPERAI DELLA MINIERA
E RACCOLSE SIMPATIE E PRESTIGIO
NEMICO DI TUTTE LE INGIUSTIZIE
UMILE CON GLI UMILI
GRANDE CON I PIÙ GRANDI
DIMOSTRÒ
CON LE PAROLE CON LE OPERE
CHE LA MAFIA SUA NON FU DELINQUENZA
MA RISPETTO ALLA LEGGE
DIFESA DI OGNI DIRITTO
GRANDEZZA DI ANIMO
FU AMORE

Esquela de don Calò Vizzini. El texto empieza diciendo: «En vano el odio y la envidia mezquinos lanzaron sus últimas puyas sobre el ataúd aun antes de que se cerrara la tapa. Pues en esta postrera hora de llanto el amor probó ser más fuerte y habló con voz rotunda a todos los hombres honestos de la bondad de su carácter y la nobleza de su corazón». Y concluye: «Mostró con sus palabras y sus hechos que su mafia no era criminal. Que representaba el respeto a la ley, la defensa de todos los derechos, la grandeza de carácter: que era amor». *[Dario Flaccovio Editore, Palermo, reproducida con autorización de la British Library, YA1990.a.12670.]*

LOS GRECO

El futuro de la Mafia a largo plazo no estaba, sin embargo, en la pequeña Villalba, sino en los tradicionales reductos mafiosos de los alrededores de Palermo. La recuperación de la Mafia de la paliza que le había infligido el «prefecto de hierro» Cesare Mori se debió en gran parte al hecho de que sus métodos estaban bien arraigados en esas áreas. Y dichos métodos funcionaban en buena medida porque, en una sociedad inestable, permitían a los hombres de honor proporcionar riqueza y prestigio a sus familias.

Los años 1946 y 1947 presenciaron una guerra mafiosa especialmente salvaje en la aldea frutícola de Ciaculli, situada frente al mar, en la ladera de una elevada cordillera justo al este de Palermo. Como descubriría posteriormente una investigación parlamentaria sobre la Mafia, la guerra enfrentó a dos familias consanguíneas, de cuya lucha surgirían algunos de los más poderosos mafiosos de las décadas siguientes. A primera vista, la guerra de Ciaculli de 1946-1947 parece sacada directamente del folclore siciliano. Representa con exactitud lo que los profanos suelen esperar cuando la Mafia anda de por medio: deudas de honor, que precipitan a las familias en una espiral de rencillas. Parece un caso más de «sangre lavada con sangre», por citar un dicho siciliano repetido hasta la saciedad.

Ha habido un apellido que se ha ganado el respeto incondicional de la zona de Ciaculli durante generaciones: Greco. En 1946 había hombres con ese apellido gobernando tanto en Ciaculli como en otra aldea vecina, Croce Verde Giardini. Probablemente los dos clanes Greco tenían un antepasado común en la persona de Salvatore Greco, calificado en el Informe Sangiorgi de *capomafia* de Ciaculli a finales del siglo XIX. Como si pretendieran mostrar los estrechos vínculos que las unían, las dos ramas de la familia elegían los nombres de sus hijos entre una reducida franja de opciones; así, se contaban entre ellos tres Francescos, tres Rosas, tres Girolamas, cuatro Salvatores y cuatro Giuseppes. Los apodos resultaban, pues, esenciales. Las buenas relaciones entre las dos familias se habían cimentado cuando el capo de Ciaculli se había casado con la hermana del capo de Giardini.

La guerra que enfrentó a los Grecos de Giardini con los de Ciaculli empezó de verdad el 26 de agosto de 1946. Las víctimas fueron los dos patriarcas de la rama de Ciaculli de la familia, dos hermanos de cincuenta y nueve y setenta y siete años de edad. La ferocidad del ataque a los dos veteranos mafiosos —se utilizaron metralletas y granadas— no dejaba lugar a dudas sobre su importancia.

Una vez más, nadie fue condenado por el doble asesinato. Pero en Ciaculli todo el mundo sospechaba que el capo de Giardini, otro Greco, era quien había organizado el ataque; a este se le conocía como Piddu el Teniente debido a su historial militar. Los Greco de Ciaculli reaccionarían a sus sospechas unos meses más tarde. Dos de los hombres de Piddu el Teniente cayeron víctimas de la escopeta siciliana de cañón corto conocida allí como *lupara.* En represalia por aquel acto de venganza, la *cosca*

de Giardini secuestró a dos de sus enemigos. Jamás se hallaría otra cosa que sus ropas (los sicilianos denominan a esta clase de desapariciones asesinatos de *lupara bianca*, o «escopeta blanca»).

La lucha entre los dos clanes Greco llegó a su punto culminante con un tiroteo a gran escala producido en la plaza de Ciaculli el 17 de septiembre de 1947. Primero, un importante miembro de la *cosca* de Giardini fue abatido por una ráfaga de ametralladora. Observando en un balcón había dos mujeres Greco: Antonina (de cincuenta y un años) y Rosalia (de diecinueve), la viuda y la hija de uno de los capos de Ciaculli asesinados el año anterior. Cuando se dieron cuenta de que el hombre que había debajo no había muerto a consecuencia de las heridas, bajaron a la calle y le remataron con cuchillos de cocina (resulta excepcionalmente raro que las mujeres tomen parte de ese modo en los aspectos militares de la actividad de la Mafia). Antonina y Rosalia fueron entonces tiroteadas por el hermano y la hermana de su víctima; Antonina resultó herida, y su hija, muerta. A continuación su atacante murió a tiros a manos del hijo de Antonina, de dieciocho años de edad.

Los capos de Palermo empezaron a presionar a Piddu el Teniente para que pusiera fin a la carnicería. Los incidentes espectaculares como la batalla de Ciaculli atraían una atención no deseada de la opinión pública hacia todo el sistema de la Mafia en su conjunto. Es más, con la muerte de los dos veteranos hermanos Greco de Ciaculli se esperaba que Piddu el Teniente asumiera ahora la responsabilidad de velar por el bienestar de las dos ramas de la familia en disputa. Su prestigio entre los capos dependería en parte de cómo afrontara esa responsabilidad.

Piddu buscó la ayuda del capo de la cercana Villabate, un capo temido y especialmente respetado debido a los vínculos de su familia con algunos importantes mafiosos de Estados Unidos. Era este un período en el que la riqueza relativamente extravagante de muchos hombres de honor norteamericanos les otorgaba un gran prestigio en Sicilia. Un signo de su influencia es el hecho de que fue más o menos en esa época cuando se importó de Estados Unidos el término *familia* para referirse a unas organizaciones mafiosas *(cosche)* cuyos miembros no tienen por qué estar en absoluto emparentados. Joe Profaci, nacido en Villalba, era un gángster de los muelles de Brooklyn al que Joe *Bananas* Bonanno mencionaría posteriormente como el jefe de una de las cinco «familias» neoyorquinas. En la época de la guerra de los Greco, Profaci residía en Sicilia, y parece ser que desempeñó un papel clave a la hora de traer la paz a Ciaculli.

Piddu el Teniente siguió el consejo que le ofrecía Profaci. A dos de sus sobrinos huérfanos se les dio trabajo en la granja frutícola que él regentaba (la granja producía mandarinas, producto por el que es famoso Ciaculli). Los primos Greco que habían estado en guerra no tardaron en convertirse en copropietarios de un negocio de exportación de cítricos, además de socios de una compañía de autobuses. La paz aumentó el prestigio de Piddu el Teniente. Su relación con la Mafia de Villabate se formalizó cuando su hijo se casó con la hija del capo de esta última población.

La policía apenas tenía idea de qué era lo que había causado el derramamiento de sangre producido entre los Greco. Desde el doble asesinato inicial, un muro de *omertà* había bloqueado sus investigaciones. Los contactos policiales en Ciaculli decían que el tumulto se había originado por un deseo de venganza derivado de una disputa entre primos acaecida siete años antes en la fiesta de la Cruz. La fiesta se celebraba cada año en Ciaculli el primero de octubre. Ese día, en 1939, seis hombres jóvenes de Giardini acudieron a Ciaculli para ver la cruz expuesta a la adoración de los fieles. Dos de ellos eran hijos de Piddu el Teniente. Siguiendo el ejemplo de los habitantes locales, entraron en la iglesia y cogieron un banco para sentarse. Entonces se entabló una disputa por el banco con unos muchachos de Ciaculli de parecida edad, entre ellos un primo de los dos Greco de Giardini. Al regresar a casa más tarde, aquella misma noche, el grupo de Giardini se encontró de repente frente a unos cuantos Greco de Ciaculli armados con pistolas y cuchillos. El hijo de Piddu el Teniente, Giuseppe, de diecisiete años, resultó muerto de un disparo; su primo de Ciaculli resultó herido, y moriría en la cárcel cuatro años después por causas naturales mientras aguardaba el juicio.

De modo que una rencilla familiar —según los rumores que circulaban en Ciaculli— era el origen de la guerra que explotaría en 1946. Pero actualmente los historiadores se muestran bastante escépticos con respecto a esta teoría. No se duda de lo que realmente ocurrió; lo que se pone en cuestión es si realmente se habría permitido que una riña de adolescentes se convirtiera en catalizador de una hecatombe que podía poner en peligro los intereses de la Mafia en toda el área oriental de Palermo. También resulta sorprendente que seis de las víctimas de la guerra no ostentaran el apellido Greco. Lo que estaba en juego era el control del negocio de la fruta en una época en la que la Mafia empezaba a emerger tras haber quedado aplastada bajo la bota de Mussolini. En otras palabras, se trataba probablemente de una guerra entre *cosche* —o entre facciones de una misma *cosca*—, motivada por el poder y el dinero, y no entre familias de sangre y motivada por el honor y la venganza.

Lo que se deduce de ello es que Piddu el Teniente se guardó la muerte de su hijo en 1939 y la utilizó más adelante para justificar su calculada tentativa de controlar toda el área de Ciaculli y Giardini en 1946-1947. Una vez hubo asesinado a los capos de Ciaculli, puso en marcha la fábrica de rumores de la Mafia para que difundiera la historia de la guerra como si todo hubiera empezado con la disputa de unos primos adolescentes por un banco de iglesia, como si todo fuera una cuestión de sangre. Cuando se ve que un capo cuida de su parentela, su honor como mafioso y su prestigio en la comunidad se ven reforzados; pasa a conocérsele como alguien cuya amistad merece la pena cultivar. Al hacer ver que estaba defendiendo agresivamente a su propia familia, Piddu el Teniente lograba de paso aumentar su reputación comercial.

En otras palabras, lo más probable es que otra vez se estuviera utilizando una nueva versión del mito de la «caballerosidad rústica» como un instrumento en favor de los intereses de la Mafia. Hay un precedente de esa clase de engaño en la propia Ciaculli. Ya en 1916 el cura de la aldea fue asesinado a tiros. Los Greco, como miembros destacados de la hermandad religiosa de Ciaculli, organizaron el funeral y asumieron en él un papel prominente. Al mismo tiempo hicieron correr el rumor de que el cura era un donjuán que había muerto a manos de un marido de cuyos cuernos era responsable. Parecía, pues, un crimen «típicamente siciliano» de pasión y honor familiar. En realidad, el cura, un hombre honesto y valeroso, había estado tratando de sacar a la luz los turbios manejos de los Greco en la administración de diversas propiedades eclesiásticas y fondos benéficos.

Gracias a esa manipulación de la verdad, cuando los Greco de Giardini salieron victoriosos de la guerra de 1946-1947, sin duda pudieron contemplar con mayor tranquilidad su papel en ella. Piddu el Teniente podía decirse a sí mismo que había reconciliado sus deberes de padre con sus deberes de capo. Pero este representa solo un ejemplo del cuidado con el que los mafiosos gestionan la delicada interrelación entre el negocio y la familia. Gran parte de ese cuidado se manifiesta en una serie de reglas. Las diversas normas sobre el lugar de los miembros de la familia en la organización mafiosa se elaboran, tergiversan, quebrantan y rehacen constantemente; no se puede admitir como miembros de una «familia» mafiosa dada a más de dos hijos del mismo padre; los hijos de padres mafiosos que hayan sido asesinados en una lucha de poder tienen prohibido afiliarse a la organización por miedo a que traten de buscar venganza.

Siguiendo las reglas cuidadosamente, los hombres de honor pueden convertir a sus familias de sangre en dinastías mafiosas. Los Greco constituyen el mejor ejemplo de ello. Uno de los hijos de Piddu el Teniente, Michele, tenía poco más de veinte años de edad en la época de la guerra de 1946-1947. Treinta años después, Michele Greco se convertiría en capo de capos. Representaba el arquetipo de un capo mafioso: serio, taciturno, proclive a hablar únicamente con máximas y parábolas alusivas, *etc.* Las personas más influyentes de la sociedad, desde banqueros hasta aristócratas, acudían a su finca invitadas a cazar y a comer. La propiedad contaba también con una refinería de heroína, y en una notable ocasión, durante la guerra mafiosa de 1982, decenas de mafiosos —prácticamente toda la «familia» Partanna Mondello de la Cosa Nostra— serían asesinados allí después de hacer una barbacoa. Michele Greco vestía con ropas caras y estilo clásico, comportándose con una dignidad casi eclesiástica; de hecho, su apodo era el Papa. Pero sus maneras no se debían a reticencia o afectación, sino que formaban parte de un conjunto de habilidades profesionales que sus antepasados habían ido transmitiendo durante casi un siglo.

La guerra de los Greco de 1946-1947 vino a pacificar Ciaculli. Pero la calma no volvería al resto de la isla hasta que Salvatore Giuliano, el último bandido, fuera abatido a tiros.



La puerta del Fondo Favarella, en Ciaculli, donde Michele *el Papa* Greco producía a la vez mandarinas y heroína. Las raíces de la Mafia, y su historia reciente, han de buscarse tras los muros de las huertas de cítricos de los alrededores de Palermo. *[John Dickie.]*

EL ÚLTIMO BANDIDO

Desde sus comienzos en las décadas de 1860 y 1870, la Mafia siempre tuvo una relación íntima y ambigua con los bandidos; la «honorable sociedad» utilizaba y protegía a los bandidos cuando lo necesitaba, y luego los vendía a la policía en el momento en que se convertían en un obstáculo. Esta pauta se repitió por última vez en la década de 1940 con Salvatore Giuliano, el bandido más famoso y sanguinario de todos. Pero la historia de Giuliano constituye algo más que la terrible coda de la historia del bandolerismo siciliano; representa asimismo la culminación del resurgimiento de la Mafia tras haber estado sometida al puño de hierro del fascismo, y posiblemente también señalara el comienzo de la connivencia del Estado democrático italiano con diversos actos terroristas dirigidos contra sus propias gentes.

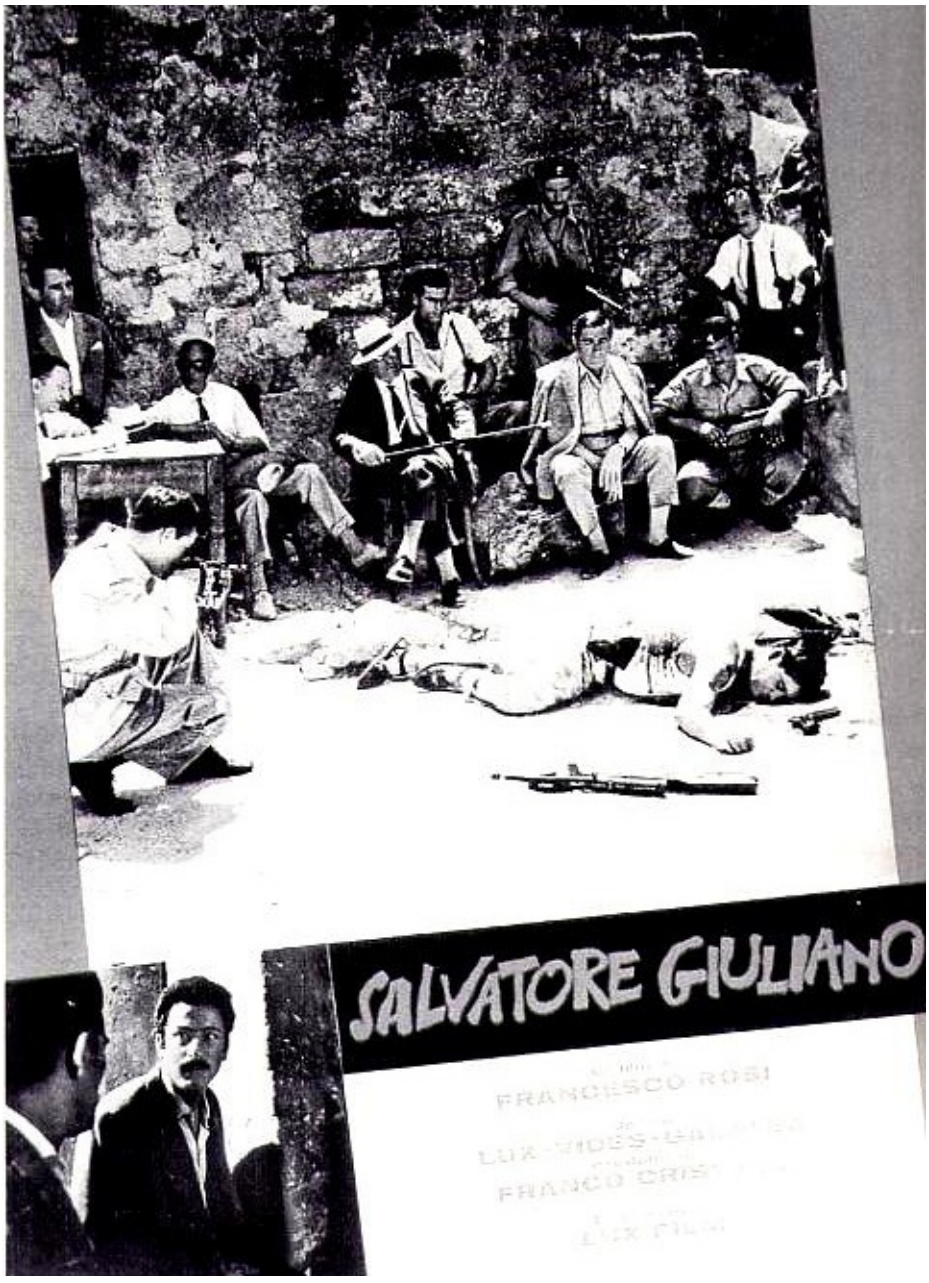
En el punto culminante de su celebridad, Salvatore Giuliano se hizo tan accesible a los periodistas gráficos como escurridizo a las autoridades. En consecuencia, sus rasgos resultan todavía instantáneamente reconocibles en Italia. En una de sus fotografías más familiares aparece mirando directamente a la cámara, con los pulgares metidos en el cinto del que cuelga su pistolera y la chaqueta echada hacia atrás a la altura de las caderas, dejando al descubierto una camisa ancha con el cuello desabrochado. Giuliano tenía lo que se denominaba un semblante abierto. Según un cálculo reciente, desde su muerte se han escrito cuarenta y una biografías suyas, más que de ninguna otra persona de la historia italiana de posguerra. Y cada una de ellas prometía revelar finalmente los secretos ocultos tras aquel rostro ancho y agraciado.



El último bandido, el fotogénico Salvatore Giuliano. *[Olympia, Milán.]*

Pero pese a todos esos libros, sería el cine el que mejor captaría la verdad fundamental de que, en la historia de Giuliano, no es lo mismo ver que entender. La obra maestra de Francesco Rosi *Salvatore Giuliano* se realizó en 1961, una década después de la muerte del bandido. Se rodó en las montañas de los alrededores de Montelepre que constituían el reducto del bandido; los extras eran campesinos de la

misma zona; una mujer que había perdido recientemente a su hijo interpretó a la madre de Salvatore en la escena en la que identificaba su cadáver; Rosi incluso utilizó el auténtico rifle de Salvatore. Todo este cuidado por asegurar la autenticidad del filme hace que aún resulte más sorprendente el hecho de que el propio protagonista solo aparezca de espaldas o enfocado desde un ángulo oblicuo; cuando aparece, su famoso rostro queda oculto tras unos prismáticos o por el chal de su madre. El bandido aparece casi siempre de lejos, ataviado con un abrigo blanco, como si fuera una especie de hueco en el centro de la imagen, una pantalla vacía en la que cada uno de los otros personajes puede proyectar su propia versión de la historia. La verdad de Giuliano —sugiere Rosi— no está en la figura del propio bandido, sino en alguna parte del entramado de relaciones entre los bandidos, los campesinos, la policía, el ejército, los políticos y los medios de comunicación. Y en el centro de ese entramado se hallaba la Mafia.



Cartel de la obra maestra de Francesco Rosi *Salvatore Giuliano,* de 1961, que muestra cómo se reproduce en el filme la escena de la muerte de Giuliano, en realidad un montaje de las autoridades. *[S.A.C. spa, Milán.]*

⁂

Salvatore Giuliano era el menor de los cuatro hijos de una familia campesina de Montelepre, en las montañas situadas a unos quince kilómetros al oeste de Palermo. De niño sentía adoración por todo lo norteamericano; aquel amor por Estados Unidos sería también uno de los pocos rasgos constantes de sus románticas y confusas creencias políticas.

La carrera de Giuliano en el bandolerismo se inició en el otoño posterior a la invasión aliada. Tenía veintiún años y trabajaba de mozo en una compañía eléctrica cuando los carabineros le pillaron con un saco de cereal del mercado negro. Se escapó pegando tiros y huyó a las montañas, dejando tras de sí a un carabinero muerto sobre el pavimento.

Tres meses después ametralló a la que sería la segunda de sus numerosas víctimas entre las fuerzas del orden. Una docena de miembros de su familia fueron arrestados bajo la sospecha de ocultarle. Pero en 1944, y gracias a su ayuda, organizaron una fuga de la cárcel de Monreale que aumentaría enormemente su prestigio, además de proporcionarle el núcleo de su banda.

Durante el año siguiente Giuliano dirigió su banda a la manera clásica; la mayoría de los miembros se juntaban para llevar a cabo operaciones en el mercado negro, robos o secuestros, y una vez hecho el trabajo, se diluían entre la gente. Su líder, que poseía un tosco encanto y un don especial para la publicidad, se las ingenió para rodearse de un aura estilo Robin Hood. Pero la intimidación y el soborno resultaban mucho más efectivos que los mitos melodramáticos a la hora de garantizar el silencio y la colaboración de los que le rodeaban. Su despiadada ejecución de cualquiera del que sospechara una traición desmiente la imagen de «príncipe de los ladrones»; se ha calculado que sus víctimas alcanzaron la asombrosa cifra de 430.

También las relaciones de Giuliano con la Mafia obedecen a un patrón clásico; sin la protección de los hombres de honor no habría podido sobrevivir aquellos primeros años y convertir su banda en la más famosa de Sicilia. Cuando secuestraba a alguien, los parientes del cautivo sabían que tenían que dirigirse al capo local, quien les garantizaría el retorno del secuestrado sano y salvo a cambio de una parte del rescate. En otras palabras, la Mafia «gravaba» tanto al líder bandolero como a las personas a las que este acosaba.

Posteriormente, uno de los más estrechos colaboradores de Giuliano revelaría que había pasado por un ritual de iniciación de la Mafia. El soplón mafioso Tommaso Buscetta afirmaría que, cuando le presentaron a Giuliano, le dijeron «lo mismo». De ser cierto, eso no significa necesariamente que el bandido formara parte integrante de la organización; resulta más probable que iniciarle hubiera sido una forma de reforzar su lealtad y de vigilar sus actividades.

Lo que distingue al último bandido de sus predecesores es el hecho de que se implicara en diversas ideologías políticas. Los separatistas fueron los primeros en tratar de reclutarle para su causa. En la primavera de 1945 Giuliano se reunió con varios líderes separatistas, entre los que se encontraba el hijo de Tasca Bordonaro, el exalcalde de Palermo bajo el AMGOT. El bandido pidió diez millones de liras a cambio de unirse al futuro ejército separatista. Finalmente se logró que bajara a un millón, más el rango de coronel y la promesa de armas y uniformes. Al igual que otros líderes bandoleros, Giuliano tuvo su papel en la fracasada revuelta separatista, atacando cinco cuarteles de carabineros. Su actividad criminal rutinaria no cesó por ello, y la banda atracó asimismo un tren de la línea Palermo-Trapani. Sin embargo, y pese a los esfuerzos de Giuliano, en otras partes la acometida de la revuelta separatista fue aplastada.

Daba la impresión de que el declive del separatismo iba a dejar a Giuliano políticamente huérfano. En 1946 parecía que las cosas se le complicaban, ya que el Estado estaba organizando finalmente una eficaz respuesta militar a las bandas, mientras que, al mismo tiempo, la Mafia empezaba a abandonar a los forajidos que había protegido. Uno tras otro, los bandidos morían o eran capturados. A menudo eran los contactos entre la policía y los mafiosos los que llevaban a los arrestos. Como había sido tan frecuente en el pasado, se dibujaba un oportuno vínculo entre los bandidos a los que se podía sacrificar y los mafiosos que pretendían mantenerse cerca del poder político. La policía encontró muertos a algunos de los líderes bandoleros, eliminados por manos desconocidas. En las comunidades de la Sicilia occidental, la Mafia, una vez más, se hacía pasar por una fuerza «del orden».

Giuliano respondió públicamente a la crisis con su habitual desenvoltura, anunciando que había puesto precio a la cabeza del ministro del Interior. Pero tenía que hacer nuevos amigos políticos si pretendía lograr su propósito de ser indultado cuando Sicilia alcanzara una solución política definitiva. Y decidió ofrecer sus pistolas en la lucha contra el comunismo. Por mediación de un periodista estadounidense, envió una carta al presidente Truman en la que se quejaba del «intolerable aullido de los perros comunistas», y anunciaba su compromiso de combatir a la amenaza roja. Los resultados de las elecciones a la nueva asamblea regional siciliana de abril de 1947 fueron un duro golpe para Giuliano, como para muchas otras personas. Los partidos de izquierda, unidos en un Bloque Popular, realizaron un enorme avance: obtuvieron cerca del 30 por ciento de los votos y se convirtieron en la principal coalición. Aquel sería el desencadenante que llevaría al llamado «Rey de Montelepre» a cometer el más infame de sus crímenes.

El nombre de Salvatore Giuliano quedaría asociado para siempre en la memoria de los italianos a un lugar: Portella della Ginestra. Hoy, ningún otro enclave siciliano parece tan inhóspito y angustiado por la violencia como este trozo de campo abierto situado en el extremo de un valle entre Piana degli Albanesi y San Giuseppe Jato. Fue allí donde en 1947 se congregaron los campesinos para celebrar el primero de mayo.

Familias enteras, ataviadas con sus mejores ropas, se reunieron para hacer un picnic, cantar y bailar; habían adornado sus burros y carros con cintas y banderas. Aquella había de ser una celebración de las libertades recobradas tras la caída del fascismo.

A las diez y cuarto de la mañana el secretario del Bloque Popular en Piana degli Albanesi se incorporó rodeado de banderas rojas para dar comienzo a los actos. Pero se vio interrumpido por un ruido fuerte, como de explosiones. Al principio mucha gente creyó que se trataba de fuegos artificiales que formaban parte de la celebración. Pero entonces las balas disparadas por los hombres de Giuliano empezaron a alcanzar sus objetivos. Diez minutos de fuego de ametralladora disparado desde las laderas circundantes dejaron once muertos, entre ellos Serafino Lascari, de quince años; Giovanni Grifó, de doce, y Giuseppe Di Maggio y Vincenzo La Fata, ambos de siete. Treinta y tres personas resultaron heridas, incluyendo a una niña de trece años a la que una bala destrozó la mandíbula.

El impacto de la matanza en las comunidades locales sería profundo y duradero. Cuando Francesco Rosi fue a rodar la secuencia de Portella della Ginestra para su película *Salvatore Giuliano*, pidió a mil campesinos que volvieran al lugar y representaran exactamente lo que habían vivido ellos, sus parientes y amigos catorce años atrás. Los acontecimientos casi escaparon entonces al control del director. Cuando empezaron los efectos de sonido que imitaban los disparos, la multitud cayó presa del pánico y en su afán por escapar acabó derribando una de las cámaras; las mujeres se arrodillaron para rezar; los hombres se arrojaban al suelo desesperados. Una mujer anciana, vestida completamente de negro, se plantó delante de la cámara y repitió con un desgarrador gemido: «¿Dónde están mis hijos?». Dos de ellos habían muerto a manos de Giuliano y su banda.

* * *

Pese a la indignación pública frente a los horrores de Portella della Ginestra, el «Rey de Montelepre» siguió en libertad durante otros tres años. Tras la matanza, la lava hirviente del conflicto social en la Sicilia de posguerra se fue endureciendo poco a poco para dar lugar a un nuevo paisaje político dominado por los democratacristianos. Fueron aquellos cambios políticos, antes que la furia y la aflicción suscitadas por las acciones de Giuliano, los que hicieron que este empezara a parecer un absurdo anacronismo. Las victorias electorales conseguidas por la DC fueron eliminando poco a poco la necesidad de aquella estrepitosa clase de terror anticomunista.

Giuliano prosiguió sus ataques a los activistas e instituciones campesinos, pero los miembros de su banda fueron cayendo gradualmente en manos de las autoridades, a menudo con la ayuda de información facilitada por la Mafia. Al mismo tiempo, las acciones de Giuliano se hacían más difíciles de interpretar. En el verano de 1948 mató a cinco mafiosos, incluido el capo de Partinico. No se sabe exactamente por qué, pero en cualquier caso no resulta sorprendente que mucha gente identifique este

hecho como el momento en el que se decidió la suerte del bandido. Aun así, un año después seguía siendo lo bastante poderoso como para asesinar a otros seis carabineros en una emboscada en Bellolampo, justo en las afueras de Palermo.

Todas las investigaciones sobre Portella della Ginestra avanzaron penosamente en medio de las especulaciones sobre la posibilidad de que alguien —posiblemente el ministro del Interior— pudiera haber ordenado a Giuliano que llevara cabo la matanza. El propio bandido escribió una carta abierta asumiendo toda la responsabilidad de los asesinatos y negando que hubiera nadie más detrás. Afirmaba que solo había ordenado a sus hombres que dispararan a la gente por encima de su cabeza, y que las muertes se habían producido por error. Mencionaba el hecho de que hubieran muerto niños como una evidencia de que había sido un accidente: «¿Creen ustedes que tengo una piedra en vez de corazón?». Pero los ochocientos casquillos de bala hallados en la escena resultan suficientes por sí solos para constatar la terrible vacuidad de aquellas palabras.

Hablando en Portella della Ginestra, en el segundo aniversario de la matanza, el líder comunista siciliano Girolamo Li Causi, que se había convertido en senador después de sobrevivir a la granada de don Calò en Villalba, exigió públicamente a Giuliano que diera nombres. Aquella petición desencadenó un extraordinario debate público, y Li Causi incluso recibió una respuesta escrita del líder bandolero: «Solo los hombres que no tienen vergüenza dan nombres. No un hombre inclinado a hacer justicia por su propia mano; que aspira a mantener alta su reputación en la sociedad, y que valora este objetivo más que su propia vida».

Li Causi respondió recordando a Giuliano que casi con toda seguridad sería traicionado: «¿No comprende que Scelba [el ministro del Interior, de origen siciliano] va a hacer que le maten?».

Giuliano respondió de nuevo, dejando entrever los poderosos secretos que guardaba: «Sé que Scelba quiere hacerme matar; quiere hacer que me maten porque soy una pesadilla que le amenaza constantemente. Puedo asegurar que ha de responder de acciones que, de revelarse, destruirían su carrera política y acabarían con su vida»[96]. Nadie sabía a ciencia cierta cuánto de todo esto había que creer.

En el verano de 1950 los cómplices de Giuliano ya capturados comparecieron finalmente ante la justicia en Viterbo, cerca de Roma, en el juicio que se suponía que iba a despejar todos los interrogantes. Pero apenas se había iniciado el proceso, el misterio no haría sino aumentar al encontrarse el cadáver de Giuliano en el patio de una casa en Castelvetrano, fuera de su montañoso reino.

El filme *Salvatore Giuliano* se inicia con unas imágenes —meticulosamente basadas en la realidad— en las que aparece el cuerpo muerto del bandido tendido boca abajo en el pequeño patio de Castelvetrano. Lleva calcetines y sandalias, y una camiseta manchada de sangre; se ve también un pequeño reguero de sangre seca en el suelo, debajo de él. La mano derecha, en la que se aprecia un anillo de diamantes, se extiende en dirección a una metralleta Beretta. En realidad, la secuencia está rodada

con cierta ironía; como Rosi sabía muy bien, la «verdadera» escena de la muerte de Giuliano era tan falsa como su versión cinematográfica. Cuando la prensa acudió a fotografiar el cuerpo del bandido, los carabineros afirmaron que lo habían matado en un violento tiroteo. Pero un valeroso periodista de investigación no tardó en revelar que la versión oficial no era más que una ficción, con un artículo cuyo titular rezaba: «Lo único cierto es que está muerto». Una vez desacreditada la versión oficial de su muerte, surgió otra mucho más probable: Giuliano fue asesinado en la cama, probablemente a manos de su primo y lugarteniente Gaspare Pisciotta, en realidad un agente de los carabineros; luego estos trasladaron su cuerpo al patio para fotografiarlo con el fin de dotar de verosimilitud a su encubrimiento. Qué era lo que pretendían encubrir es algo que, en cualquier caso, habría de seguir siendo un misterio. Pero lo que está claro es que Giuliano fue asesinado cuando muy probablemente podría haber sido capturado, y que sin duda había políticos, policías, carabineros y mafiosos para quienes muerto resultaba mucho menos peligroso.

En el tribunal de Viterbo los miembros de la banda de Giuliano contribuyeron a alimentar aún más la fiebre de recelo de la opinión pública. Se dijo de nuevo que el ministro del Interior, Mario Scelba, había estado implicado en la conspiración para llevar a cabo la matanza de Portella della Ginestra. Las acusaciones solían ser vagas o contradictorias —era evidente que trasladar la responsabilidad a los políticos o a los policías beneficiaba a los intereses de los bandidos—, pero a la vez constituyeron, no obstante, un alarmante y desconcertante espectáculo. Al final el juez concluyó que ninguna autoridad superior había ordenado la matanza y que la banda de Giuliano había actuado de manera autónoma. Su propósito había sido castigar a los izquierdistas locales por los resultados de las recientes elecciones.

El veredicto dejó a poca gente satisfecha sencillamente porque había demasiadas piezas que no encajaban en el rompecabezas. Aunque resultaría fútil tratar de resolver hoy los misterios que rodean a Portella della Ginestra y a Salvatore Giuliano, sin duda vale la pena enumerar algunas de las evidencias. Ya desde la misma muerte de Giuliano los «detrasólogos» han intentado elaborar un panorama coherente basándose en estos y otros datos:

- Varios testigos recordaban que Giuliano recibió una carta justo antes de que llevara a cabo la atrocidad de Portella della Ginestra. Después de leerla, la destruyó cuidadosamente y les dijo a los hombres de su banda: «¡Muchachos! ¡La hora de nuestra liberación está cerca!»; luego les anunció el plan para atacar la celebración campesina. Nadie ha descubierto nunca quién envió aquella carta.
- Tras la matanza de Portella della Ginestra, el jefe de la policía de Sicilia se reunió con varios importantes mafiosos de Monreale en su casa de Roma. Allí le entregaron una declaración escrita de Giuliano que, según parece, este había enviado a la residencia del fiscal jefe del Tribunal de Apelación de

Palermo, un hombre que también es posible que mantuviera contactos con Giuliano. Esa declaración jamás se encontró.

- El propio jefe de la policía mantuvo una correspondencia regular con Giuliano a través de los mismos canales mafiosos. Al menos en una ocasión se reunió con el líder bandolero; compartieron *panettone* y dos clases distintas de licor.

El único hombre capaz de revelar la verdad sobre Portella della Ginestra —y posiblemente dispuesto a hacerlo— era Gaspare Pisciotta, el atildado primo que había traicionado y probablemente asesinado a Giuliano por indicación de los carabineros. Mientras estuvo en la banda, dispuso de un pase, firmado por un coronel de los carabineros, que le permitía moverse libremente por toda la isla. Incluso había visitado a un médico bajo la supervisión de otro oficial, ya que padecía de tuberculosis. Durante el juicio de Viterbo, Pisciotta había proclamado: «Formamos un solo cuerpo: bandidos, policía y Mafia; como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo».

Al finalizar el juicio, Pisciotta fue condenado a cadena perpetua por su participación en los hechos de Portella della Ginestra. Mientras estaba en la cárcel —dedicando su tiempo a escribir una autobiografía y a hacer bordados de seda—, se hizo evidente que las autoridades empezaban a dar más crédito a algunas de sus declaraciones; habría un nuevo juicio en el que se le acusaría de la muerte de Giuliano, al tiempo que se iba a acusar de perjurio y de otros cargos a la policía y los carabineros. Pisciotta se puso en contacto con un juez de instrucción, y le dijo que pensaba revelar mucho más de lo que había dicho hasta entonces.

La mañana del 9 de febrero de 1954 Pisciotta se preparó una taza de café, en la que vertió lo que él creía que era su medicina para la tuberculosis. Tardó una hora en morir, mientras su cuerpo se agitaba atormentado por las violentas convulsiones de la cabeza a los pies que constituyen el síntoma característico del envenenamiento por estricnina. Su autobiografía desapareció.

Pisciotta fue envenenado en la cárcel de Ucciardone, en Palermo, la universidad criminal de la Mafia desde mediados del siglo XIX. Resulta inconcebible que se le asesinara sin la aprobación, cuando menos, de la «honorable sociedad». Cualquiera que fuese la implicación de la Mafia en las intrigas que había detrás de los hechos de Portella della Ginestra y de la banda de Giuliano, fue esta organización la que se aseguró de que jamás se descubriera toda la verdad.

7

Dios, hormigón, heroína y Cosa Nostra (1950-1963)

LOS PRIMEROS AÑOS DE TOMMASO BUSCETTA

Fue en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial cuando probablemente la Mafia siciliana empezó a referirse a sí misma como «Cosa Nostra». Y bien pudiera ser que este nombre, el más reciente de los de la organización, se importara de Norteamérica. Se ha propuesto la hipótesis de que el término se originó en las comunidades de inmigrantes sicilianos de Estados Unidos: era «cosa nuestra» porque la organización no estaba abierta a los criminales de otros grupos étnicos. Pero dado que la Mafia no deja constancia escrita de sus densas y crípticas conversaciones internas, no hay forma alguna de comprobar de dónde proviene «Cosa Nostra». Y en realidad, aunque así fuera, tampoco se ganaría mucho con ello, ya que para la Mafia siciliana los nombres no son importantes. Probablemente la mayoría de los mafiosos preferirían que «su cosa» no tuviera nombre alguno, que su existencia pudiera revelarse levantando una ceja o con una mirada acerada. En cualquier caso, y al igual que sucediera con las otras denominaciones que han ido yendo y viniendo con los años (la «hermandad», la «honorable sociedad», etc.), la aparición del término «Cosa Nostra» no señaló ningún cambio real en la estructura o en los métodos de la organización.

El propio Tommaso Buscetta creía que «Cosa Nostra» era un nombre antiguo. No hay evidencias de que estuviera en lo cierto, y probablemente su hipótesis no ostente mayor autoridad que su creencia en los orígenes medievales de la Mafia. Puede que Buscetta fuera un mal historiador, pero desde luego fue un buen testigo, y los testimonios y recuerdos que dejó abarcan más de medio siglo. Fue después de la Segunda Guerra Mundial cuando Buscetta entró en la historia de la Mafia. Entre 1945 y 1963 —el dramático año en el que tanto él como muchos otros importantes mafiosos tuvieron que huir al extranjero—, asistió en primera fila a varios acontecimientos de profundo alcance en el seno de la Cosa Nostra. Entre 1950 y 1963 se estableció un nuevo órgano de gobierno —la comisión o cúpula— y se restablecieron las relaciones con la Cosa Nostra estadounidense, que se involucró fuertemente en el tráfico de heroína a través del Atlántico. Fue en esos años cuando la Cosa Nostra descubrió lo que se convertiría tanto en una nueva fuente de ingresos como en un vínculo en sus relaciones con el sistema político: el hormigón.

Las opiniones de Buscetta no siempre resultan completamente fiables. Para empezar, él recordaría la década de 1950 como «los buenos tiempos» de la Cosa Nostra, cuando reinaban el respeto y el honor, en lugar de la codicia y la violencia; pero como se hará evidente más adelante, nada más lejos de la verdad. Por otra parte, Buscetta pasó buena parte de su carrera criminal alejado de Sicilia. En consecuencia, la historia de la Mafia siciliana no coincide con lo que Buscetta contó ni con lo que vivió. Pese a ello, y dado que a partir de ahora Buscetta reaparecerá en estas páginas una y otra vez, es importante hacerse una idea tanto del hombre como del mafioso.

Hay una razón por la que sabemos tanto de la vida sexual de Tommaso Buscetta. El primer hombre de honor que le explicó las reglas de la Cosa Nostra al juez Giovanni Falcone fue también el primero en quien los periodistas italianos pudieron comprobar la veracidad de una teoría que les resultaba especialmente apreciada: que los mafiosos representaban el mejor ejemplo del arquetipo del sensual macho mediterráneo. Los famosos rasgos de Buscetta —sus labios gruesos y carnosos, sus ojos redondos y tristes— hacían de él el personaje más adecuado para representar ese papel.

En cierta ocasión, en 1986, el periodista y presentador de televisión más conocido de Italia, el genial narrador Enzo Biagi, viajó a Nueva York para entrevistar al capo mafioso más famoso de Sicilia. Para lograrlo hubo de afrontar una complicada operación en el marco del programa de protección de testigos de la DEA (la unidad de lucha contra la droga de las fuerzas del orden estadounidenses): un encuentro en el hotel St. Moritz, en Central Park, con un jefe de seguridad conocido solo como «Hubert»; un largo viaje en coche al norte del estado de Nueva York; un cambio de automóvil, y un exhaustivo cacheo. La recompensa de Biagi fue pasar varios días con Buscetta en un aislado refugio provisional. Tras ganarse la confianza del mafioso charlando de la familia y de fútbol (Buscetta era de la Juventus), Biagi soltó la pregunta que ardía en deseos de hacer al legendario «capo de dos mundos», asesino múltiple confeso y custodio de algunos de los más oscuros secretos de la historia de Italia: «¿Recuerda cuándo hizo el amor por primera vez?».

Buscetta se alegró de responder a lo que el desenfadado Biagi denominaba «gallismo meridional». Al fin y al cabo, no hacía mucho que el mafioso había estado rememorando recuerdos muchísimo más estresantes en la vasta sala de audiencias, a prueba de bombas, de la cárcel de Ucciardone, en Palermo. Las preguntas que había tenido que afrontar allí tenían que ver con el tráfico de drogas internacional y el derramamiento de sangre, y el público lo formaban los mafiosos que habían matado a seis miembros de su familia en el lapso de tres meses. En comparación, pues, hablar de sus conquistas sexuales con Biagi era como un paseo a la orilla del mar. Y también significaba abordar uno de sus temas favoritos, su propio magnetismo: «La Madre Naturaleza me dio carisma, tengo algo especial». Aquella era su explicación (no del todo convincente) al hecho de que los otros hombres de honor sintieran tanta veneración por él.

El caso es que Tommaso Buscetta perdió su virginidad a los ocho años. Fue la primera y única vez que practicó el sexo con una prostituta; la mujer en cuestión también regentaba un puesto callejero de venta de aceitunas, queso y anchoas, y a cambio de sus favores le pidió únicamente una botella de aceite de oliva. Desde entonces, los amoríos desempeñarían un importante papel en la vida de Buscetta. Tuvo tres matrimonios, salpicados de constantes infidelidades: el primero lo contrajo a los dieciséis años, el segundo coincidió parcialmente en el tiempo con el primero, y

el tercero fue con la hija de un destacado abogado brasileño veintidós años más joven que él. En total, Buscetta tuvo seis hijos. Por otra parte, era también algo muy poco habitual: un padrino «moderno», al menos en lo que se refiere a su manera de vestir. Una fotografía suya, tomada en Brasil en 1971 o 1972, poco después de que conociera a la que sería su tercera esposa, le muestra sonriente, y ataviado con zapatos y pantalones de color beige y una camisa de volantes desabrochada hasta la altura del plexo solar, revelando un delicado colgante. Incluso experimentó con la cirugía plástica operándose la nariz (eso mucho antes de que las autoridades norteamericanas pidieran a los cirujanos que alteraran su aspecto para su propia protección).

Aunque Buscetta se sintiera satisfecho de presentarse como un típico espécimen de macho mediterráneo, lo cierto es que en ese aspecto no representaba al característico *Homo mafiosus.* Echar una cana al aire discretamente no representa ningún crimen para los hombres de honor, pero ciertamente maltratar a una esposa sí. El historial conyugal de Buscetta le creó problemas dentro de la Cosa Nostra. En la década de 1950 fue suspendido de la organización durante seis meses a causa de sus infidelidades. En 1972 fue extraditado de Brasil y encerrado en la cárcel de Ucciardone, en Palermo, donde se enteró de que el jefe de su «familia» había tratado de expulsarle definitivamente de la Cosa Nostra por haber faltado al respeto a sus dos primeras esposas.

Buscetta nació en 1928 en las afueras de Palermo, al este de la población, en el seno de una familia que no tenía ninguna relación con la Mafia. Aunque era el menor de diecisiete hijos, no fue precisamente un golfillo que se viera empujado a delinquir a la fuerza o por no tener ninguna otra oportunidad en la vida. Su padre regentaba un taller, que empleaba a quince personas, dedicado a la fabricación y venta de espejos decorativos. Sin embargo, y al igual que muchas otras familias sicilianas, los Buscetta lo pasaron mal durante la guerra, y el adolescente Tommaso se convirtió en estraperlista. Asimismo, empezó a robar gasolina, mermelada, mantequilla, pan y salami a los alemanes, creando de paso una amplia red de contactos en el hampa palermitana. Una vez que los aliados hubieron liberado Sicilia, Buscetta se unió a un grupo de unos cincuenta jóvenes granujas que fueron a Nápoles a luchar contra los nazis, en parte por espíritu de aventura, y en parte por la esperanza de obtener un botín. Al cabo de dos o tres meses de sabotajes y emboscadas en la península italiana, regresó a Sicilia con su reputación enormemente reforzada. Fue entonces cuando empezaron a acercarse a él unos «hombres cautos y misteriosos que se expresaban por medio de alusiones, matices e indirectas»; él percibía que le observaban, que le evaluaban. Uno de ellos en particular —barnizador de muebles— sondeaba sus opiniones sobre la policía y los jueces, la moralidad familiar y la lealtad a los amigos.

En 1945, aquel barnizador, un tal Giovanni Andronico, le propuso finalmente entrar a formar parte de la «familia» mafiosa de Porta Nuova. Una vez se hizo la propuesta al capo, empezó a circular una nota con el nombre de Buscetta por todas

las familias de la zona de Palermo a fin de que estas pudieran emprender sus propias investigaciones sobre su fiabilidad y comprobar que ni él ni nadie de su familia tenía relación alguna con la policía. Una vez completadas dichas investigaciones, sería el propio Andronico el que pincharía a Buscetta en el dedo con un alfiler durante la ceremonia de iniciación.

La «familia» de Porta Nuova a la que se unió Buscetta era relativamente pequeña —agrupaba a unos veinticinco hombres de honor—, pero muy selecta. Entre sus miembros descubrió que había cuatro especialmente notables: el titular de la franquicia siciliana de una famosa marca de cerveza, un parlamentario monárquico, un especialista en psiquiatría y Andrea Finocchiaro Aprile, el «amigo» de la Mafia que ejercitaba sus ardientes dotes retóricas en la causa del separatismo siciliano. (Esta historia, como algunas de las otras que relata Buscetta sobre este período, no ha podido corroborarse con otras fuentes, y, en consecuencia, debe tratarse con cierta reserva; en cualquier caso, todas ellas dan una idea del estilo del personaje). En 1947 le presentaron a otra figura famosa: Salvatore Giuliano, el último bandido. El joven Buscetta se sintió impresionado por la presencia de Giuliano, por la «luz especial» que parecía emanar de él. Parece ser que el mafioso se mostró bastante menos impresionado por otro hombre de honor al que conoció al principio de su carrera: Giuseppe Genco Russo, capo de Mussomeli y colega de don Calò Vizzini, el hombre al que otros mafiosos llamaban «Gina Lollobrigida» por su afición a aparecer en los medios de comunicación. Para un sofisticado urbanita como Buscetta, Genco Russo encarnaba la atrasada vida del interior siciliano; aunque por entonces era un rico terrateniente y un político de la DC, seguía guardando la mula dentro de casa, mientras que su lavabo seguía estando fuera de ella (en realidad era poco más que un agujero en el suelo, con una piedra por asiento, y desprovisto de paredes y de puerta). Este último detalle chocó especialmente a Buscetta, ya que, como recordaría posteriormente con horror, de hecho Genco Russo utilizó dicho «lavabo» delante de él durante la conversación entre ambos.

Buscetta no tardó en empezar a viajar. Sus primeros cinco años en el extranjero, de 1949 a 1952, los pasó en Argentina y Brasil. En 1956 volvió de una nueva estancia en Argentina con planes para reanudar el contrabando de tabaco, al que ya había demostrado ser adepto. Pero el Palermo que encontró a su regreso empezaba justo entonces a quedar sepultado bajo una capa de hormigón, y esa capa sellaría una nueva clase de pacto entre el crimen organizado y el poder político.

EL SAQUEO DE PALERMO

El denominado «saqueo de Palermo» —el boom inmobiliario de finales de la década de 1950 y principios de la de 1960— todavía inspira cierto sentimiento de melancolía entre sus habitantes. Para hacerse una idea de esa melancolía basta con dirigirse hacia el noroeste por la principal arteria de la urbe partiendo de Quattro Canti, el cruce donde confluyen los cuatro barrios de la ciudad barroca. Caminar por la via Maqueda, pasando frente a los gigantescos leones de bronce que custodian el Teatro Massimo, para continuar luego por la via Ruggero Settimo, equivale a recorrer el camino que siguió la expansión de Palermo a finales del siglo XIX. Más tarde, la via Ruggero Settimo se convierte en una amplia avenida, la via Libertà, donde los burgueses de la época de Florio, tan preocupados por la moda, se pasearon en sus carruajes y se construyeron espléndidas residencias modernistas. En la parte sur de la via Libertà, justo antes de llegar al Giardino Inglese, la calle se abre para dar lugar a la piazza Francesco Crispi, su centro, hoy dominada por gigantescas vallas publicitarias. Casi ocultas por las vallas se aprecian las puntas y volutas oxidadas de una elegante verja de hierro forjado, un marco extrañamente grandioso para el destartalado aparcamiento descubierto que hay detrás. Esa verja es, de hecho, lo único que queda de lo que fuera una de las joyas del Palermo de la época de los Florio.

Allí se alzaba antaño la Villa Deliella, rodeada de palmeras. Su atalaya, sus estrechas ventanas, su gran balcón y sus tejados de suave pendiente se diseñaron como un suntuoso homenaje al estilo arquitectónico de la Toscana renacentista. El 28 de noviembre de 1959, sábado, se presentaron en el ayuntamiento los planes para derribar la Villa. Fueron aprobados a tiempo para que pudiera iniciarse la demolición aquella misma tarde, y al acabar la semana, una de las más bellas casas de la era modernista había quedado reducida a escombros. El mes siguiente la Villa Deliella habría cumplido los cincuenta años, y, en consecuencia, habría quedado protegida por la ley italiana. Pero la pérdida de la villa representa solo una tragedia menor de las muchas que en conjunto configuran la historia del saqueo de Palermo.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Palermo seguía siendo en esencia la misma ciudad que había sido en la época de los Florio. Más allá de la via Libertà empezaba la Conca d’Oro, con sus villas y sus limonares. Toda Palermo estaba rodeada por la campiña. Pero a pesar de su belleza, era una ciudad desesperadamente necesitada de renovación. El bombardeo aliado era en parte responsable de ello; se calcula que había dejado sin hogar a unas catorce mil personas, muchas de las cuales vivían en chozas en medio de los escombros del casco antiguo, donde se concentraban los daños producidos por las bombas. La presión para que se construyeran más viviendas no hizo sino aumentar en la década de 1950, al producirse una afluencia de población rural que aspiraba a ocupar los nuevos empleos públicos surgidos ahora que Palermo volvía a ser capital y sede del nuevo gobierno

regional. Entre 1951 y 1961 la población se incrementó en un 20 por ciento, llegando a los seiscientos mil habitantes.

El hecho de que en la posguerra se produjera un boom inmobiliario era inevitable, como lo fue en gran parte de Europa. También lo era que las elevadas —y a menudo poco realistas— expectativas de un desarrollo urbano planificado se vieran frustradas en una u otra medida. Pero los resultados de la expansión de Palermo en las décadas de 1950 y 1960 fueron mucho peores de lo que nadie podía haber previsto. Cuando terminó el boom inmobiliario, una buena parte del centro de la ciudad seguía estando en ruinas; gran parte del resto eran barrios de chabolas semiabandonados, y algunas de las más hermosas residencias privadas —tanto barrocas como modernistas— habían sido demolidas. La frondosa periferia había desaparecido bajo una capa de hormigón, y la mayoría de los limonares de la Conca d'Oro habían sucumbido a las excavadoras. Antes de esa transformación resultaba difícil detectar los signos del hampa de la ciudad en su entramado de calles y edificios. Pero el saqueo de Palermo convirtió cada palacio barroco demolido, cada barrio de viviendas de mala construcción, cada bloque de pisos con ciertas aspiraciones, en un monumento a la corrupción y la delincuencia.

La historia del saqueo de Palermo, sin embargo, es esencialmente política antes que arquitectónica, y como tal tiene su origen en otra ciudad. Cuando los italianos se quejaban de que la Mafia estaba «dirigida desde Roma», estaban expresando una versión simplista de una indudable verdad. Los políticos, contratistas y mafiosos responsables del saqueo de Palermo constituían el extremo de una cadena que llevaba directamente a la sede central de la Democracia Cristiana, en la piazza del Gesù, en Roma. Fue allí donde se inventó una forma completamente nueva de gobierno clientelista para la era democrática.

El primer eslabón de la cadena era Amintore Fanfani, un pequeño y orgulloso profesor de universidad originario de Arezzo, en la Toscana. Cuando se convirtió en líder de la DC, en 1954, propuso una modernización total del partido con el objetivo de concentrar mayor poder en sus propias manos. La DC dominaba el gobierno del país, pero a su vez era susceptible a la influencia de otras fuerzas externas: por encima, el Vaticano y los titanes de la industria italiana; por debajo, los caciques conservadores que le proporcionaban votos en los pueblos y ciudades. Resultaba difícil garantizar la pretensión de la DC de contar con el apoyo de esas fuerzas externas. Para tratar con ellas cuando menos en pie de igualdad, Fanfani creía que el propio partido debía convertirse en una moderna organización de masas y en una fuerza por derecho propio.

En Sicilia, como en gran parte del sur de Italia, la revolución de Fanfani significó dos cosas. En primer lugar, en el partido surgió una nueva clase de políticos radicales: los denominados en la jerga política «jóvenes turcos»[97]. Y en segundo término, esos mismos hombres colonizaron todos los cargos que pudieron en el gobierno local o nacional, los entes públicos y las compañías nacionalizadas. Así, en la nueva DC los

viejos y carismáticos notables hubieron de llegar a un acuerdo con los sórdidos burócratas jóvenes y dinámicos que se proponían «ocupar el Estado» en nombre de su partido y de sí mismos. Los «jóvenes turcos» convirtieron los recursos públicos en recursos de la DC.

El principal «joven turco» responsable de llevar a cabo el programa de Fanfani en la isla, y siguiente eslabón en la cadena de corrupción que unía Roma con el saqueo de Palermo, era Giovanni Gioia. Este no tenía notoriedad pública —Tommaso Buscetta se limita a decir de él que tenía un «carácter glacial»—, y nunca desempeñó cargo alguno en el municipio, pero aun así resulta fundamental en la historia de la ciudad durante aquellos años. Quienes le conocían le llamaban «el Virrey», y consideraban que tenía el poder exclusivo de decidir quién sería el alcalde de la ciudad. A los veintiocho años de edad, en 1954, Gioia se convirtió en secretario de la DC para la provincia de Palermo y, lo que no es menos importante, jefe de la Oficina de Organización del partido, encargada de la supervisión de los afiliados. Desde entonces Gioia, o alguno de sus seguidores, controlarían la Oficina de Organización durante casi un cuarto de siglo. Y sería desde este puesto clave desde el que el glacial Gioia reinventaría la maquinaria política siciliana.

Al amparo de las reformas de Fanfani se establecieron por primera vez filiales locales de la DC por toda Italia; así, por ejemplo, en Palermo había cincuenta y nueve. Aparentemente, el objetivo era que la Democracia Cristiana llegara a toda la comunidad, reclutando de ese modo a nuevos miembros. Los seguidores de Fanfani lanzaron nuevos eslóganes proclamando el final de la «política de los *maccheroni*», como se denominaba al intercambio de votos por favores. La mecánica de esta modernización política era sencilla; la nueva estructura de la DC significaba que los miembros con carnet elegían a los líderes del partido y, asimismo, votaban a unos delegados que a su vez elegirían a los candidatos electorales. Al menos esa era la teoría. En la práctica, y en Palermo, el poder no estaba en manos de los afiliados, sino en las de Gioia. Con este en la Oficina de Organización de la DC se inscribía como afiliados a amigos, parientes, personas fallecidas y a gente cuyos nombres se elegían al azar en la guía telefónica. Cuantos más miembros tenía una sección local del partido, más delegados podía enviar a los congresos. En otras palabras, cuantos más miembros podía exhibir un jefe local como Gioia, más poder podría ofrecer al jefe de una facción nacional de la DC como Fanfani. Consecuentemente, el prodigioso aumento del número de afiliados en la isla proporcionaría a la DC siciliana, y a Fanfani, una desproporcionada influencia en la DC nacional (de hecho, el pequeño profesor universitario fue seis veces ministro).

Pero todo este poder que el «Virrey» Gioia había obtenido *dentro* de la Democracia Cristiana de Sicilia no tenía valor alguno en sí mismo, solo compensaba si el partido podía distribuir los puestos de trabajo, permisos, becas y otros valiosos activos derivados del control de la administración local y regional. Se había preparado así el escenario para el saqueo de Palermo y para la aparición en escena de

sus dos principales villanos, Vito Ciancimino y Salvo Lima, ambos elegidos al ayuntamiento de la ciudad por primera vez en 1956, y ambos partidarios de Gioia. Serían ellos quienes convertirían la política de los *maccheroni* en la política del hormigón.

En cuanto a su carácter, Ciancimino y Lima eran casi diametralmente opuestos. El primero era hijo de un barbero de Corleone. Era arrogante, grosero, brillante y ambicioso. Sus fotos de la época del saqueo de Palermo muestran a un hombre con cara de rata vestido con un elegante terno, una llamativa corbata, los cabellos alisados hacia atrás y un bigote fino y negro. Lima, hijo de un archivero municipal, era licenciado en derecho y había iniciado su vida laboral en el Banco de Sicilia. De ojos saltones y cabellos pulcramente cortados, tenía de regordete, refinado y delicado lo que Ciancimino de flaco, ordinario y desagradable.



El «agresivo malversador de Corleone» Vito Ciancimino *(con un cigarrillo en la boca)*, vinculado al «saqueo de Palermo» a manos de la Cosa Nostra. *[Labruzzo, Palermo.]*

A pesar de militar ambos en la facción de Fanfani de la DC, Ciancimino y Lima mantenían diferentes relaciones con la Mafia. De ahí que Tommaso Buscetta tuviera una visión distinta de los dos. A Ciancimino le recordaría como un «agresivo malversador de Corleone», que solo miraba por sus propios intereses y los de los hombres de honor de su ciudad natal. Buscetta —que era un viejo enemigo de los *corleonesi*— siempre canalizaba hacia Lima los votos que él controlaba. Nunca se llamaron por su nombre de pila y los dos eran hombres de pocas palabras, pero su relación comercial se basaba en lo que Buscetta denominaba «respeto mutuo y sincera cordialidad». Conocedor de la pasión que Buscetta sentía por la ópera, Lima se aseguraba de que tuviera siempre entradas para el Teatro Massimo.

Entre Ciancimino y Lima convirtieron el aparentemente humilde cargo municipal de director de Obras Públicas en la más descarada y lucrativa maquinaria clientelista

de toda Italia. Entre 1959 y 1963 —los años en los que la fiebre de la construcción fue más intensa, y los años en los que primero Lima y luego Ciancimino ocuparon el cargo de director de Obras Públicas—, el ayuntamiento concedió el 80 por ciento de un total de 4.205 licencias de edificación a solo cinco hombres. En aquella época el grueso de la economía de Palermo dependía de la construcción financiada con fondos públicos. Por lo tanto, una enorme proporción de la riqueza de la ciudad se canalizó a través de aquellos cinco personajes.

Pero como cabría esperar, estos no eran precisamente grandes magnates de la construcción de talla nacional. En realidad eran unos don nadie. Se suponía que la Dirección de Obras Públicas solo concedía licencias a ingenieros civiles cualificados para realizar el trabajo. Pero alguien había encontrado un reglamento que se remontaba a 1889, antes de que existiera la moderna titulación de ingeniero civil; según dicho reglamento, las empresas a las que se concedía una licencia de construcción tenían que contar con un «maestro de obra» o un «contratista capacitado». El ayuntamiento tenía listas de tales personas, elaboradas conforme les había ido dando su aprobación a lo largo del tiempo; y los cinco principales titulares de licencias en el sistema Lima-Ciancimino figuraban en una lista que se remontaba con anterioridad a 1924. Pero además todo parece indicar que los títulos que se mencionaban eran falsos. Parece ser que uno de los cinco hombres no era más que un comerciante de carbón. Otro resultó ser un antiguo albañil, que posteriormente trabajó como portero y conserje en un bloque de pisos cuya construcción supuestamente había supervisado. Cuando se le entrevistó, se limitó a decir que había hecho lo que tenía que hacer para poder tirar adelante, y que había firmado las licencias a favor de algunos «amigos».

Si se contempla desde el punto de vista de esos «amigos», antes que desde el de los políticos, el saqueo de Palermo se inició ya en los propios solares, con los mafiosos vigilando ahora las obras en construcción igual que antaño habían vigilado los limonares, ya que el vandalismo y el robo podían interrumpir una obra si el capo local así lo decidía. La segunda capa de la influencia mafiosa estaba integrada por una densa fila de pequeños subcontratistas que proporcionaban trabajadores y material. Aun en el caso de que Lima y Ciancimino no hubieran existido, en este nivel los políticos y las empresas de construcción habrían tenido que llegar a un acuerdo con la Mafia. En un nivel superior se hallaban los grandes empresarios de la construcción, hombres vinculados a corruptos entramados de amigos, parientes, clientes y adláteres; entramados que se van haciendo más espesos cuanto más profundiza uno en ellos, vinculando a políticos locales, funcionarios municipales, abogados, policías, contratistas, banqueros, empresarios y mafiosos.

En el centro de esos entramados estaban Gioia, Lima y Ciancimino. El método de los «jóvenes turcos» era una forma de caos cuidadosamente orquestado, tal como demuestra la historia del plan de desarrollo urbanístico de Palermo.

Este inició su andadura en 1954. Cada vez que parecía estar a punto de concluirse, en 1956 y 1959, se presentaban cientos de enmiendas en respuesta a solicitudes de ciudadanos particulares, muchos de los cuales resultaban ser políticos de la DC, mafiosos o parientes y socios suyos. El plan se aprobó definitivamente en 1962. Pero para entonces la Dirección de Obras Públicas había otorgado ya numerosas licencias de construcción basándose en la versión de 1959, y se alzaban bloques de pisos en muchas de las áreas que se suponía que el plan tenía que regular. Aun después de 1962, las personas que tenían acceso a Gioia, Lima y Ciancimino podían lograr que el plan se modificara a su favor, o que se perdonaran retrospectivamente las violaciones de la ley de planificación. Solo en un caso se ordenó la demolición de una estructura construida ilegalmente, pero no hubo ninguna empresa que se atreviera a presentarse a la adjudicación del contrato.

Hay que decir que estos métodos no carecen de cierta genialidad. El plan urbanístico, como los reglamentos que establecían a quién se podían conceder los permisos, aspiraban a evitar la construcción ilegal. Sin embargo, bajo la batuta de Lima y Ciancimino esas medidas solo servían para situar con más firmeza en manos de los políticos el poder de construir ilegalmente. Se trata de una amarga paradoja que a los italianos les resulta demasiado familiar: cuanto más severa es una norma, más alto es el precio que un político puede exigir por hallar la forma de saltársela.

Luego estaba también el factor «miedo». El caso de Pecoraro da una idea del temor que Ciancimino, el «agresivo malversador de Corleone», era capaz de suscitar. En agosto de 1963 Lorenzo Pecoraro, socio de una empresa de construcción, envió una carta al principal juez de instrucción de Palermo acusando a Ciancimino de corrupción. El caso se derivaba de un incidente por el que Ciancimino había negado ilegalmente una licencia de construcción a la empresa de Pecoraro, mientras que al mismo tiempo se concedía un permiso para construir en un solar adyacente a otra empresa, Sicilcasa, pese al hecho de que su propuesta quebrantaba en varios sentidos la regulación urbanística.

La empresa de Pecoraro respondió al bloqueo de su proyecto tratando de acercarse a Ciancimino a través de un intermediario, el capo mafioso de la zona en la que deseaba construir. Tal acercamiento pareció dar resultado, ya que Ciancimino prometió conceder la licencia. Pero entonces se produjo un retraso causado por una huelga de empleados municipales. Cuando esta finalizó, y por razones que aún hoy se desconocen, Pecoraro había perdido el favor del mafioso. Asimismo, Ciancimino había cambiado de táctica; se dijo a los ejecutivos de la empresa de Pecoraro que solo tendrían su licencia si pagaban un cuantioso soborno a Sicilcasa.

En su carta al juez de instrucción Pecoraro mencionaba a un testigo que le había dicho confidencialmente que Ciancimino era socio de Sicilcasa en secreto. También afirmaba tener una cinta grabada de Ciancimino en la que se jactaba de que Sicilcasa le había regalado un piso. En otra cinta que también poseía —sostenía Pecoraro— se podía escuchar a un notario confesando que él era el canal a través del cual los

enormes sobornos que se pagaban por las licencias urbanísticas iban a parar a la Dirección de Obras Públicas de Ciancimino. Por otra parte, entre los acontecimientos del caso Sicilcasa y la carta de Pecoraro al juez, el capo mafioso y tres socios de Sicilcasa habían sido detenidos y acusados de asesinato.

Pese a todas estas evidencias, el juez al que Pecoraro había remitido su informe no halló base suficiente para un juicio. Solo al año siguiente el caso se sometería al examen de una comisión de investigación parlamentaria. Pero cuando eso sucedió, Pecoraro envió una carta a la comisión en la que afirmaba que sus anteriores acusaciones contra Ciancimino habían sido el «resultado de una información errónea». Además —añadía—, los rumores que acusaban a Ciancimino de corrupción los habían originado personas que tenían rencillas personales y políticas con él. Ciancimino —concluía Pecoraro había sido «siempre un ejemplo de decencia y honestidad». El asunto terminó aquí.

Ciancimino y Lima fueron los políticos de la DC más infames de su época, y los que más rápido viajaron rumbo a la riqueza y la influencia por un nuevo y tortuoso camino. Durante décadas una horda de políticos favoritistas convertirían la DC siciliana en un laberinto de clientelas, camarillas, facciones, contrafacciones, alianzas encubiertas y disputas abiertas; un laberinto que incluso los más experimentados periodistas desesperaban de descifrar. A finales de la década de 1960, uno de ellos fue a entrevistar a lo que él calificaba como un destacado «personaje» de la DC. Al entrar en el nuevo piso del político en Palermo, el periodista encontró

> … un interior de mármol, cuadros de grandes maestros, muebles de todos los estilos, espléndidos objetos antiguos de oro en perfectas condiciones; vitrinas con joyas, monedas y reliquias arqueológicas; inestimables crucifijos de marfil en promiscua compañía con barrigudos budas de jade. Me quedé estupefacto, como si me hubiera tropezado con el abultado botín de un corsario. El personaje en cuestión estaba allí, vestido con una larga bata, amartelado con sus jefes de campaña, que habían acudido de toda la zona. Era el mismo hombre al que yo había conocido en los comienzos de su carrera política, cuando era tan pobre como Job. Y no podía dejar de preguntarme qué sortilegio había hecho brotar del suelo aquel río de oro en torno a él[98].

El poder que, junto con otros, Ciancimino y Lima fueron los primeros en crearse en la década de 1950 perduraría durante décadas. Ciancimino solo fue arrestado en 1984, y no sería finalmente condenado hasta 1992, cuando se convertiría en el primer político procesado por colaborar con la Mafia. El 12 de marzo de ese mismo año, Salvo Lima —por entonces miembro del Parlamento europeo— cayó víctima de un sistema judicial un poco menos lento: fue asesinado a tiros cerca de su casa de

Palermo, en el residencial barrio costero de Mondello. No se sabe con certeza si Lima era realmente un hombre de honor, como afirman algunos *pentiti* de la Mafia. Buscetta lo consideraba poco probable, pero afirmaba que el padre de Lima había sido miembro de la principal «familia» de Palermo. De lo que nadie duda es de que fueron sus antiguos amigos quienes pusieron fin abruptamente a su carrera política.

* * *

Como siempre, las historias sobre la Mafia plantean ciertas cuestiones sobre Italia en su conjunto; en este caso, acerca de por qué la opinión pública italiana no se sintió lo bastante indignada por lo que estaba ocurriendo en Sicilia (y en gran parte del sur del país) para que hubiera gente que tratara de hacer algo al respecto. Ni que decir tiene que las razones de ello se relacionan con el poder y con el dinero.

Los años más frenéticos del saqueo de Palermo coincidieron con el «milagro» económico de Italia. A finales de la década de 1950 y principios de la de 1960 la economía de la nación se precipitó en una era de masiva producción industrial. Los vastos fondos que iban a parar a manos de los «jóvenes turcos» del sur del país procedían de los crecientes beneficios de las fábricas de Génova, Turín y Milán, en el norte. Pero la gran empresa no se mostraba especialmente inclinada a protestar por el despilfarro. Muchas de las mayores empresas de construcción tenían sus propietarios en el norte. Asimismo, la industria septentrional necesitaba que el mercado de consumo de la Italia meridional se viera incentivado por el gasto público. Gran parte del dinero que se repartía con tanta indolencia en Palermo y Nápoles volvía a la península para comprar radios, neveras, motos y coches. Como ventaja política añadida, el electorado democratacristiano del sur también ayudaba a mantener a raya a los comunistas. Durante décadas muchos italianos preferirían seguir el principio explicitado por un destacado periodista de derechas en el decenio de 1970: «Tápate la nariz y vota DC».

Y además, obviamente, a través de todos los cambios acaecidos en las décadas de 1950 y 1960, la DC pudo contar en todo momento con el apoyo de la Iglesia. El cardenal arzobispo de Palermo entre 1946 y 1967 (fecha de su muerte) fue Ernesto Ruffini, un hombre que llevó a la Iglesia de Sicilia al punto culminante de su culpable ceguera frente a la realidad del crimen organizado y la connivencia política. Ruffini procedía de Mantua, en el norte del país, pero era más siciliano que nadie en lo que se refería a su obstinado amor por la isla. Allí —imaginaba— la fe era algo más profundo que la creencia individual; tenía sólidas raíces en las costumbres campesinas, desde donde llegaba hasta la vida política. Sicilia era lo que más se acercaba en el mundo al ideal de una sociedad totalmente cristiana. Ser siciliano y ser creyente eran dos cosas que resultaban inseparables. Si los italianos tenían la misión de llevar al mundo el mensaje de la Iglesia, entonces el pueblo siciliano tenía en Italia una misión especial; cuando el Norte industrial parecía sucumbir al materialismo, la feliz isla de la fe había de dar ejemplo y erigirse en fortaleza contra el Diablo, Marx y

los masones. En resumen, pues, Ruffini tenía una idea del mundo absolutamente fabulosa.

El cardenal arzobispo sentía un honesto terror por el comunismo, y desechaba la existencia de la Mafia como una invención de las tácticas intimidatorias del comunismo. Ya en 1947, cuando la banda de Salvatore Giuliano había ametrallado a las familias campesinas de Portella della Ginestra, el cardenal había escrito al Papa para explicarle que, aunque «ciertamente no podía aprobar la violencia» de ningún bando, «eran inevitables la resistencia y la rebelión frente al comunismo y sus intimidaciones, sus mentiras y sus engañosas intrigas, y sus teorías antiitalianas y anticristianas»[99]. En las elecciones generales de 1953 anunció que constituía una «grave obligación» de los creyentes estampar su cruz junto al símbolo de la DC en la papeleta electoral. Es más, dejar de votar contra la «inminente amenaza planteada por los enemigos de Jesucristo» era nada más y nada menos que un pecado mortal. No obstante esta advertencia, y a pesar de los cinco años de gobierno de la DC en Roma, el porcentaje de votos obtenidos por la DC en Sicilia descendió drásticamente, pasando de algo menos del 48 por ciento a poco más del 36 por ciento. Era evidente que la isla estaba llena de mortales pecadores.

Era aquel el principio de un período de rápidos cambios sociales que a un hombre con las opiniones de Ruffini solo pudieron parecerle una larga oleada de catástrofes. La «galopante apostasía» del comunismo se extendió por algunas regiones de Italia en una densa red de cooperativas de producción y de vivienda. Luego, la expansión económica de la década de 1950 y principios de la de 1960 desgarró a un gran número de campesinos del sur del tejido local de su religión, enviándoles a trabajar a los edificios en construcción y las fábricas de Génova, Turín y Milán. Y ni siquiera la censura del gobierno y de la Iglesia pudieron impedir que Hollywood educara a los jóvenes en la inmoralidad y el consumismo.

Y lo que era aún peor, la Democracia Cristina, la vanguardia elegida por la Santa Iglesia en su cruzada contra la izquierda atea, no parecía estar cumpliendo su noble misión. La desorganización del partido, sus fieras luchas fratricidas y su despreocupado manejo del dinero público incluso se estaban convirtiendo en objeto de cautelosas críticas por parte de algunos de los principales eclesiásticos. Es más, tras el revés de las elecciones de 1953, la DC se vio forzada a contar con otros aliados más laicos situados tanto a su derecha como a su izquierda con el fin de mantenerse en el poder. Algunas de las facciones del partido trataban de alejar al Partido Socialista de su alianza con los comunistas, y de hecho los socialistas pasaron a formar gobierno con la DC por primera vez en 1963. Al mismo tiempo, lo que la Iglesia denominaba «agnósticos» y «liberaloides» del libre mercado estaban cobrando fuerza en el seno de la DC en la medida en que esta se enfrentaba a la realidad de gestionar una economía capitalista moderna.

Ninguno de esos acontecimientos alteró el respaldo de Ruffini a la DC, ni su lucha vitalicia para mantener a raya al mundo contemporáneo. Pero no podía ignorar

eternamente a la Mafia. El domingo de Ramos de 1964 el cardenal Ruffini redactó una epístola pastoral, titulada «El verdadero rostro de Sicilia», que sería la primera declaración pública explícita y oficial de la jerarquía eclesiástica sobre la Mafia; y ello, noventa y nueve años después de que se utilizara el término *mafia* por primera vez. «El verdadero rostro de Sicilia» denunciaba una diabólica conspiración mediática para difamar a la isla. Era una conspiración que tenía tres puntas de lanza. Las dos primeras eran las figuras más celebradas asociadas a Sicilia en las décadas de 1950 y 1960: Danilo Dolci, conocido como el «Gandhi siciliano», cuya campaña en favor de la no violencia había llamado la atención sobre las privaciones sufridas por las comunidades de pescadores y de campesinos de la Sicilia occidental; y el aristocrático novelista Giuseppe Tomasi di Lampedusa, autor de *El gatopardo* (1958), un retrato sensual y desconsolado de la historia de la isla. La tercera punta de lanza de la ofensiva mediática contra Sicilia era la Mafia, la cual —afirmaba Ruffini— no representaba nada más serio que el mismo tipo de crímenes que podían encontrarse en otras partes de Italia y en todo el mundo.



El cardenal Ernesto Ruffini legitima a un político respaldado por la Mafia, Salvo Lima. Palermo, 1957. *[Labruzzo, Palermo.]*

JOE BANANAS SE VA DE VACACIONES

Giuseppe *Joe Bananas* Bonanno fue de todos los capos de las cinco «familias» mafiosas de Nueva York el que disfrutó del reinado más largo. Nació en 1905, en el pequeño pueblo costero de Castellammare del Golfo; escapó de la Italia mussoliniana en la década de 1920; luchó junto a Salvatore Maranzano, *castellammarese* como él, contra Joe *the Boss* Masseria, y luego, tras la pacificación de la Mafia neoyorquina en 1931 a manos de Lucky Luciano, fue nombrado capo de su «familia». Desde entonces, y durante más de tres décadas, Joe Bananas dirigiría el clan Bonanno desde su sede en Brooklyn. Mientras él ocupó el cargo la suya fue la más siciliana de las «familias» neoyorquinas. El dialecto de la isla era la lengua preferida en ella, y de hecho el propio Bonanno tuvo siempre dificultades con el inglés. Junto con los Magaddino de Buffalo, con quienes Joe Bananas tenía vínculos de sangre, la «familia» Bonanno mantuvo siempre estrechos vínculos con la Mafia de Castellammare del Golfo.

En 1983 Joe Bananas publicaría *A Man of Honour* («Un hombre de honor»), un relato autobiográfico escrito por un «negro» y plagado de absurdas referencias autojustificativas a «mi Tradición», expresión con la que alude a la Mafia. Uno de los capítulos más interesantes del libro es el que habla de cómo, en el mes de octubre de 1957, el capo de Brooklyn viajó por todo lo alto durante varias semanas, regresando al lugar de origen de su «tradición». El relato de lo que él denomina sus vacaciones en Sicilia está repleto de la retórica habitual sobre la clásica cultura siciliana de la familia y el amor propio. Era la vuelta de Bonanno a sus raíces, a un pequeño mundo que había abandonado en su búsqueda de la libertad y del éxito. Al llegar, expresó su admiración por el «arte de vivir» y la «exuberante afabilidad» de los italianos. De manera bastante más intuitiva, calificó de «vergonzoso» el aparato de gobierno italiano, y un buen ejemplo de ello se produjo cuando aterrizó en el aeropuerto de Roma, donde tuvo la agradable sorpresa de ser recibido a bombo y platillo por el ministro de Comercio Exterior de la DC, otro nativo de Castellammare. «¡Anda que no se asombrarían mis amigos del FBI por esta principesca bienvenida!», parece que fue el comentario de Bonanno. Aunque no hay ninguna confirmación independiente de esta anécdota, nadie que conozca la DC siciliana se sorprendería en absoluto si fuera cierta. Una vez en Palermo, el padrino visitante fue llevado de la mano por una delegación de dignatarios y hombres de honor que le mostraron con orgullo las nuevas y espléndidas autopistas y edificios de oficinas que proliferaban como setas por toda la ciudad. Quizá no resulta sorprendente el hecho de que aquella temprana visión del saqueo de Palermo no figurara entre los momentos más interesantes de sus vacaciones.

Aunque leyendo las patrañas del libro de Bonanno uno jamás se lo imaginaría, lo cierto es que sus vacaciones en Sicilia representarían un punto de inflexión para la Cosa Nostra a ambos lados del Atlántico. En primer lugar, porque fue entonces

cuando los mafiosos estadounidenses adjudicaron a sus primos sicilianos la concesión de las operaciones relacionadas con el tráfico de heroína. En segundo lugar, y no menos importante, porque durante ese mismo viaje la Mafia siciliana creó una comisión a imagen y semejanza de la instituida en Nueva York al final de la guerra *castellammarese.* Ambos hechos, íntimamente relacionados, prepararon el escenario en el que se desarrollaría el drama de la historia de la Mafia durante las cuatro décadas siguientes. Se puede situar el origen de todo lo que ocurriría hasta la asombrosa violencia de la década de 1980 y principios de la de 1990, y aun después, en el momento de la visita de Joe Bananas.

La información que ha llegado hasta nosotros acerca de lo que sucedió realmente durante aquel viaje es parcial, pero enormemente sugerente; en cualquier caso, resulta muy delicado dar sentido a las evidencias, comprender no solo el «qué», sino también el «porqué». Es esta una de las raras ocasiones en las que los historiadores de la Mafia italianos han considerado imperativo añadir toda una serie de fundamentadas suposiciones al entramado de los hechos inequívocos de los que se dispone. Lo que sigue es, pues, una mezcla de conocimiento y suposición, una mezcla creada con un propósito fundamental: penetrar en la *política* de la Cosa Nostra. El término *política* es aquí importante y no se emplea en un sentido laxo, ya que si el engranaje de la implicación de la Cosa Nostra en la heroína era una cuestión comercial, la creación de la comisión venía a ser el equivalente mafioso de una política constitucional. A los no italianos ya no les escandaliza que se aluda a los mafiosos como empresarios; la imagen del capo mafioso visto como el siniestro doble de un presidente de empresa constituye hoy un cliché cinematográfico. Y ello a pesar de que fuera de Italia los escritores todavía se muestran renuentes a dignificar las maquinaciones de unos ladrones y asesinos con el término *política.* No obstante, y como han comprobado muy bien durante décadas quienes se esfuerzan en comprender la Mafia siciliana en su lugar de origen, utilizar cualquier otro término equivale a subestimar gravemente a la Cosa Nostra, puesto que la Mafia siciliana tiene una política en un sentido muy literal. Como subrayan constantemente los actuales jueces que la investigan, la Cosa Nostra jamás será derrotada a menos que se comprenda que constituye un Estado paralelo, un organismo político que a veces se opone, a veces subvierte y a veces habita en el organismo del gobierno legítimo.

Durante la etapa de Palermo de su excursión siciliana, en un copioso almuerzo de cinco horas celebrado en el restaurante portuario Spanò, Joe Bananas se reunió con Tommaso Buscetta, o al menos eso parece según la versión de los acontecimientos de este último. En aquella época Buscetta —el futuro «capo de dos mundos», desertor e «historiador» de la Mafia— no era más que un prometedor soldado de Palermo. En consecuencia, la reunión en Spanò comprensiblemente causó mucha mayor impresión en él que en Joe Bananas, que ni siquiera se molestaría en mencionarla en sus recuerdos de vacaciones. Buscetta, en cambio, expresaría efusivamente el «encanto» que sintió al mantener una conversación íntima con un hombre al que describiría

como «distinguido, elegante y dotado de una inteligencia especial». Era evidente que Buscetta había encontrado un modelo que imitar.

Aparte de la diferencia de estatus que había entonces entre Buscetta y Bonanno, existen muchas otras divergencias en las versiones de ambos. Cuando Buscetta se puso a contar su historia, era un *pentito* que vivía al amparo de un programa de protección de testigos; cuando Joe Bananas contó la suya, en 1983, estaba, como máximo, semirretirado. Por esa sencilla razón Buscetta resulta, con mucho, el más creíble de los dos (aunque también cabría decir que las autoridades estadounidenses se tomaron *A Man of Honour* lo bastante en serio como para llevar a su autor ante un jurado de acusación).

Resulta llamativo, aunque apenas sorprendente, que ambos mafiosos dejaran exactamente la misma significativa laguna en sus relatos: el tema de los narcóticos. Joe Bananas sostenía que jamás había tenido nada que ver con las drogas, las cuales —protestaba— eran completamente ajenas a su «tradición». Buscetta se mofaba de la mera idea de que la visita de Bonanno a Sicilia hubiera tenido nada que ver con la heroína. Ambos hombres mentían descaradamente, pero ambos lo hacían de una manera más interesante de lo que a primera vista podría parecer. No se trataba solo de dos criminales mintiendo para tratar de protegerse.

No cabe duda de que Buscetta resultaba un mentiroso más interesante que su modelo italoamericano. Hasta su muerte seguiría negando que jamás hubiera ganado dinero con las drogas. Pero contradiciéndose a sí mismo, también afirmaría que «No hay nadie en la Cosa Nostra que no esté conectado con el tráfico de narcóticos». Esas declaraciones ostentan todos los rasgos distintivos del tipo de mentira táctica al que los hombres de honor sicilianos son tan especialmente adeptos. En realidad los signos de ello son tan claros que probablemente resultan deliberados. Buscetta estaba asegurándose de que cualquiera que supiera cómo interpretar sus palabras —el juez Falcone, por ejemplo— pudiera comprender perfectamente tanto que estaba mintiendo como que no estaba dispuesto a decir nada más sobre lo que evidentemente constituía un tema importante. Era una mentira tan grande que tenía que crear un cordón sanitario a su alrededor para impedir que infectara la credibilidad de las otras cosas que tenía que decir.

Todo este embuste se había hecho necesario debido a que, en la época en la que Joe Bananas bajó las escaleras del avión en Palermo, en Estados Unidos la Cosa Nostra se hallaba en una encrucijada. Se puede decir que en cierto sentido tenía que decidir cuán ilegal deseaba ser. La Mafia estadounidense siempre se ha movido con mayor libertad en aquellos mercados —como con los licores bajo la ley seca o las loterías ilícitas— que solo son «un poquito ilegales», y que, en consecuencia, no es probable que pongan en una situación embarazosa a sus amigos políticos. El juego es otro ejemplo de ello; las décadas de 1940 y 1950 fueron años en los que el crimen organizado hizo fuertes inversiones en Las Vegas, la desértica meca del juego estadounidense. Los mismos principios de semiilegalidad se aplican a la intervención

de la Mafia en las relaciones laborales. Esta ofrecía sus servicios a los empresarios para romper huelgas, o colaboraba con los sindicatos para extorsionar a trabajadores y empresarios a la vez. En cualquier caso, la Cosa Nostra apenas se apartaba de la sombra protectora de las instituciones legales y los poderosos grupos de intereses de las altas esferas.

Pero las drogas eran harina de otro costal. En 1950 llegaron a oídos de Estes Kefauver, senador demócrata por Tennessee, las alarmantes advertencias que había hecho la Oficina Federal de Narcóticos acerca de la red internacional de tráfico de drogas de la Mafia. Al año siguiente, las audiencias del «Comité Especial del Senado para Investigar el Crimen en el Comercio Interestatal», dirigido por Kefauver, se transmitirían por televisión, y los norteamericanos podrían ver a docenas de mafiosos acogiéndose a la Quinta Enmienda a la hora de responder a las preguntas del senador. Frank Costello, el antiguo contrabandista de licores y rey de las tragaperras de Nueva York, no permitió que la cámara mostrara nada de él por encima de los hombros; pero el «baile de manos» que acompañó a la astuta explicación que dio de sus intereses comerciales se convertiría para muchos televidentes en el emblemático recuerdo de aquellas sesiones.

A raíz de las audiencias del comité de Kefauver, Estados Unidos redescubrió su miedo a la Mafia; un miedo que ya había poseído a la nación casi medio siglo antes, en los días del asesinato del «cadáver del barril» y del teniente Joe Petrosino. Pero esta vez el temor y la fascinación que despertaba la Mafia se veían alimentados por el miedo a las drogas. Esto trajo consigo un montón de discursos políticamente motivados y un pequeño boom editorial; un escritor, inspirándose en Kefauver, calificaba a la Mafia de «la mayor amenaza a la moral de toda la historia» y «la principal fuente de toda la delincuencia mundial». Se había iniciado el largo romance de la posguerra entre Estados Unidos y la Mafia.

A pesar de todas las exageraciones y puras fantasías del nuevo temor a la Mafia de Norteamérica, y pese al hecho de que J. Edgar Hoover, director del FBI, seguía negándose a creer que la Mafia siquiera existiera, los efectos de las audiencias de Kefauver para los hombres de honor fueron bastante graves; llevaron a la administración federal a aprobar la Ley de Control de Narcóticos en 1956, y estipularon una pena máxima de cuarenta años de cárcel para los delitos relacionados con drogas. Según estimaciones policiales, en la época en la que Joe Bananas viajó a Sicilia para «relajarse» —como él decía—, uno de cada tres miembros de la «familia» Bonanno había sido arrestado con cargos relacionados con los narcóticos. A las demás «familias» neoyorquinas les fue aún peor; el clan Lucchese, por ejemplo, sostenía que había perdido al 60 por ciento de su personal.

Como explicarían posteriormente tanto Buscetta como Bonanno, en respuesta a aquellas medidas los líderes de la Mafia norteamericana prohibieron el tráfico de drogas (también afirmarían ambos que solo los otros mafiosos quebrantaron la prohibición, lo cual resulta totalmente improbable). Hay muchas otras fuentes que

confirman que ciertamente se tomó esa medida, y todas y cada una de dichas fuentes señalan también que la norma se infringió de manera rutinaria. En realidad se trataba de una fachada destinada a dar la impresión de que la organización se había distanciado de aquella «basura». Pero solo podía ser una medida provisional.

Para empeorar aún más las cosas, en 1956-1957 la más importante base insular utilizada por la Cosa Nostra en el tráfico de narcóticos —la isla caribeña de Cuba— empezaba a escapar también a su control. El corrupto y brutal dictador Fulgencio Batista y Zaldívar se desmoronaba frente a la famosa guerrilla de Fidel Castro y Ernesto *Che* Guevara en Sierra Maestra. En 1958 Estados Unidos finalmente le retiró la ayuda militar a Batista, y en enero del año siguiente Castro entraba en La Habana.

No hace falta, pues, mucha ciencia para imaginar por qué Joe Bananas fue a descansar a Sicilia en 1957. Su organización necesitaba tres cosas para proteger sus intereses en el narcotráfico: una fuente de mano de obra fiable, un socio al que ceder la «concesión» de un negocio que se había vuelto demasiado perjudicial para gestionarlo directamente, y una nueva base para el transbordo de mercancías.

En la década de 1950, el control del territorio por parte de la Cosa Nostra era mucho más completo en Sicilia que en Estados Unidos; de ahí el deleite de Bonanno al verse recibido a bombo y platillo. Pero los atractivos de Italia no terminaban con su gratamente «vergonzoso» aparato de gobierno; el país contaba también con un insignificante índice de consumo de drogas, por lo que no había el menor interés político en abordar el problema. Además, dado que los hombres de honor sicilianos ya recorrían todo el Mediterráneo a causa del contrabando de tabaco, no sería demasiado problema para ellos recoger la heroína refinada en el sur de Francia cuando estuvieran allí. Por otra parte, en aquel momento había una nueva oleada de inmigrantes sicilianos que ponían rumbo al oeste cruzando el Atlántico, y que llevaban sus pertenencias en baúles que constituirían el vehículo perfecto para el transporte de la droga. La única razón por la que Joe Bananas no se había tomado antes sus vacaciones era que las audiencias de Kefauver habían hecho que se rompieran los contactos de alto nivel entre las dos Mafias.

Durante cuatro días del mes de octubre de 1957, Joe Bananas presidió una serie de reuniones entre mafiosos sicilianos y estadounidenses celebradas en el Grand Hotel des Palmes, en Palermo. Dicho hotel —en aquella época el más espléndido de la ciudad— había sido antes una de las residencias urbanas de la «familia» Whitaker, y tenía fama por haber sido allí donde Richard Wagner había compuesto su última ópera, *Parsifal*, en el invierno de 1881-1882. Actualmente el Hotel des Palmes es el lugar donde se alojan la mayoría de los periodistas italianos cuando viajan a Palermo para cubrir la última atrocidad o el último juicio de la Mafia.

Aunque no disponemos de ninguna descripción de primera mano del contenido de aquellas reuniones, y aunque la policía apenas se tomó interés en lo que ocurría en el hotel, la lista de huéspedes resulta muy instructiva. Entre las personas a las que se vio entrar y salir de la suite de Bonanno se hallaban su *consigliere*, Camillo *Carmine*

Galante, y otros destacados miembros de la «familia» Bonanno, de Brooklyn, incluyendo a Giovanni *John* Bonventre y al lugarteniente del capo, Frank Garofalo, que estaba en Castellammare del Golfo desde el verano. La delegación estadounidense incluía también a destacados miembros de la «familia» Magaddino, de Buffalo, así como a Lucky Luciano, que vivía exiliado en Nápoles después de haber sido expulsado de Estados Unidos en 1946. La más importante presencia siciliana era la del jefe de la «familia» en Castellammare del Golfo, un Maggadino, como los parientes de Joe Bananas en Buffalo. Los demás tenían también fuertes vínculos transatlánticos.

Algunos han sugerido que quizá Buscetta también estuviera presente. De hecho, este negaría rotundamente —y, por lo tanto, sospechosamente— que la reunión hubiera tenido lugar. Pero estuviera allí o no, el caso es que los nombres de quienes sin duda asistieron dan una idea bastante clara de la clase de reunión de la que se trataba: el encuentro en el Hotel des Palmes reforzaba el vínculo entre las más norteamericanas de las *cosche* sicilianas y las más sicilianas de las «familias» norteamericanas. En otras palabras, no fue una conferencia entre *la* Mafia estadounidense y *la* Mafia siciliana como tales. Fue una convención comercial antes que una cumbre diplomática. Y el negocio del que se trató fueron las drogas.

En 1957 la implicación de la Mafia siciliana en el tráfico de drogas en Estados Unidos no era ninguna novedad. Ya en la década de 1920 se traficaba con morfina oculta en cajas de naranjas y limones. Nick Gentile menciona cómo se ocultaban las drogas en los envíos de queso, aceite, anchoas y otros productos sicilianos. La empresa importadora Mamma Mia, del capo neoyorquino Joe Profaci, era una de las numerosas tapaderas comerciales para el tráfico de narcóticos. Pero el número de arrestos e incautaciones producidos en los años posteriores a las vacaciones de Joe Bananas en la isla revelarían un marcado incremento de la participación siciliana y una cooperación mucho más estrecha entre las dos orillas criminales del Atlántico. Los efectos de las decisiones que se tomaron entre las alfombras rojas y los espejos de marco dorado del Hotel des Palmes resultan, pues, mensurables. Tal como señalaría posteriormente un abogado estadounidense, todos los participantes en la reunión eran «ases de los narcóticos»; la heroína se convertiría en el nuevo «deporte» transatlántico de los hombres de honor.

Había un invitado al Hotel des Palmes que parecía estar más bien fuera de lugar. Era Giuseppe Genco Russo, el «Gina Lollobrigida» que en cierta ocasión vaciara sus tripas delante de un joven e incrédulo Tommaso Buscetta. En la época de la reunión en el Hotel des Palmes, Genco Russo había sucedido a don Calò Vizzini como máxima autoridad de la Sicilia central y ahora disfrutaba de la inmerecida reputación de ser el «capo de capos» de toda la Mafia siciliana. Pero por entonces —y como Buscetta se encargaría de dejar claro— tal cargo no existía, y de haber existido, no habría sido ocupado por un hombre de honor de la aislada Mussomeli. Probablemente

Genco Russo estuvo en el Hotel des Palmes solo porque uno de los mafiosos allí presentes era pariente suyo, ya que no tenía suficiente poder en Palermo —y no digamos en Nueva York— para contribuir demasiado a las conversaciones celebradas en el hotel. Sin embargo, desde esta perspectiva semidistante fue capaz de identificar el problema político subyacente a las propuestas comerciales de Joe Bananas. En medio de la cháchara de la reunión se le oyó decir: *Quannu ci sunu troppi cani sopra un ossu, beato chiddu chi pò stari arrassu* («Cuando hay demasiados perros detrás de un solo hueso, es mejor quitarse de en medio»). En lenguaje profano aquello significaba que el acceso al mercado estadounidense de la heroína a la escala imaginada por Joe Bananas estaba destinado inevitablemente a crear rivalidades.

Y fue precisamente para gestionar esas rivalidades comerciales para lo que se creó la comisión. Aunque Tommaso Buscetta mantendría un poco creíble silencio sobre el tema de los narcóticos, sí entraría en detalles, en cambio, al hablar de cómo evolucionó la idea de una comisión. Así, explica que tras la caída del fascismo y hasta 1957, las comunicaciones en el seno de la Cosa Nostra siciliana eran intensas pero fragmentadas. Pequeños grupos de hombres de honor particularmente influyentes, procedentes de distintas «familias», solían reunirse para tratar de diversos asuntos en su habitual lenguaje telegráfico y alusivo; las decisiones se tomaban siempre con lentitud, tras largas rondas de consultas.

La propia decisión de crear la comisión se tomó de esta manera indirecta. Fue en el almuerzo celebrado en el restaurante Spanò donde Buscetta oyó por primera vez a Joe Bananas sugerir la creación de una comisión a los tres o cuatro sicilianos que se sentaban junto a él, y probablemente propuso la idea a muchos otros durante su estancia. A todo el mundo pareció gustarle. Una vez se alcanzó un consenso de la forma habitual, el propio Buscetta se puso manos a la obra para convertir la sugerencia de Bonanno en una realidad que funcionara. Le ayudaron en ello dos jóvenes mafiosos que desempeñarían un papel fundamental en la futura historia de la Cosa Nostra: Gaetano *Tano* Badalamenti, subjefe de Cinisi, cuya *cosca* se hallaba estrechamente vinculada a la «familia» de Detroit, y Salvatore *Pajarito* Greco —así llamado por su pequeña y delicada complexión—, uno de los Greco de Ciaculli que habían sobrevivido a la guerra de 1946-1947. Los tres se convertirían en grandes traficantes de narcóticos.

Fue el grupo de trabajo «constitucional» integrado por estos tres hombres —Buscetta, Badalamenti y Pajarito Greco— el que estableció las nuevas reglas básicas de la Cosa Nostra. Cada una de las provincias de Sicilia tendría su propia comisión (hasta 1975 no se crearía una comisión regional, o interprovincial, para toda la isla). En la provincia de Palermo había demasiadas «familias» —alrededor de cincuenta— para que resultara viable tener un cuerpo consultivo en el que estuvieran representadas todas ellas. Así pues, se establecería un nivel intermedio, el *mandamento* (distrito), en el que se unirían tres «familias vecinas»; entre estas tres «familias» se elegiría a un solo representante de cada *mandamento,* que ocuparía un

puesto en la comisión. Para evitar que se concentrara un excesivo poder en manos de unas pocas personas, se prohibió que nadie asumiera a la vez el papel de capo de la «familia» y representante en la comisión. Y la función fundamental de la comisión sería decidir sobre los asesinatos de los hombres de honor.

La comisión de Palermo no era, pues, una junta directiva del tráfico de heroína internacional. En realidad se trataba de un mecanismo representativo cuidadosamente diseñado, una criatura política antes que comercial. Y como tal, no tenía nada de intrínsecamente nuevo. Hoy sabemos por el informe de Sangiorgi que ya a finales del siglo XIX las *cosche* de la zona de Palermo tenían rondas de consulta oficiales y un sistema de juicios unificado. De este modo, y pese a lo que creían tanto Buscetta como Bonanno, la comisión no constituía una completa novedad de la historia de la Mafia. Más bien representaba una nueva solución a un problema tan viejo con la propia organización: cómo combinar el control territorial con el comercio ilegal. Dicho esto, no cabe duda de que la creación de la comisión tendría consecuencias políticas trascendentales, ya que el poder de decidir sobre la vida y la muerte de otros mafiosos dejaba ahora de estar en manos de los capos de las «familias».

La cuestión es: ¿por qué en ese momento?, ¿por qué precisamente el engranaje de la implicación siciliana en el negocio de las drogas llevó a la creación de un aparato constitucional tan elaborado? La respuesta que han dado los historiadores italianos lleva al mismo núcleo de las relaciones entre los negocios y la política en el seno de la Cosa Nostra. Y la mejor manera de explicarla es, una vez más, haciéndolo a través de los ojos de Tommaso Buscetta, ya que en esta cuestión, como en muchas otras, Buscetta representa un testimonio crucial, aunque no del todo objetivo, pero que de hecho resulta crucial precisamente por eso mismo.

Buscetta describe alegremente la comisión como «un instrumento de moderación y de paz interna», «una buena manera de reducir el temor y los riesgos que todos los mafiosos afrontan». Esta descripción se halla bastante en sintonía con su visión de la vida en la Mafia en su conjunto. Buscetta concibe la Cosa Nostra como una noble hermandad, antes que como una jerarquía; en su mente, los hombres de honor son todos iguales, y el vínculo que les une es el respeto mutuo antes que la obediencia a un capo. «Todos sentimos que formamos parte de una elite muy especial», afirma. Se trata de una visión nostálgica que encaja con la imagen que Buscetta trata de dar de sí mismo: la de una especie de emisario itinerante del hampa. Y como tal, resulta tan cautivadora, y tan poco plausible, como un anuncio electoral. En realidad Buscetta tenía razones estratégicas bien prácticas para querer que la comisión adoptara la forma que adoptó; razones que se explicarán mejor si observamos su trayectoria.

Dentro de la Cosa Nostra se puede hacer carrera en dos frentes: la política y los negocios. Un hombre de honor puede ascender en la escala interna del estado paralelo, convirtiéndose en *capodecina*, en *consigliere*, en capo, y así sucesivamente; o puede potenciar sus propios intereses comerciales más allá de su «familia» o territorio concretos, recorriendo el mundo para explotar las incomparables

posibilidades que ofrecen las redes criminales mafiosas. Buscetta, pese al enorme respeto del que era objeto en la Cosa Nostra, jamás pasó del rango de soldado, mientras que viajó extensamente a lo largo de toda su vida criminal; constituye, pues, el ejemplo perfecto del mafioso que sigue la segunda vía, como lo es también, pongamos por caso, Cola Gentile, el hombre de honor siciliano-americano de comienzos del siglo XX.

Lucky Luciano representa un caso interesante, ya que siguió ambas vías en diferentes etapas de su vida. Antes de ser encarcelado por proxenetismo en 1936, su autoridad era meramente territorial; dirigía lo que se podría denominar una banda «de poder», un grupo delictivo dedicado a la extorsión de los negocios tanto legales como ilegales de un área concreta. Tras ser expulsado de Estados Unidos en 1946, Luciano no se estableció en Palermo como parecería lógico en un mafioso nacido en Sicilia. En lugar de ello, se dirigió a Nápoles, en la península, donde organizó todo tipo de tráfico ilegal, incluyendo el de narcóticos. Durante el resto de su vida se integraría, por lo tanto, en lo que podría denominarse el modelo de la banda «empresarial», dedicada al tráfico ilegal, pero carente del poder de controlar el territorio. Un matón napolitano de segunda fila se encargaría de demostrar en cierta ocasión este hecho de forma dramática, abofeteando públicamente a Luciano, que no pudo hacer nada para vengar el *sfregio.*

La cuestión es que, al ser un hombre de honor que estaba más próximo al modelo de la banda «empresarial» que al de la banda «de poder», que resultaba ser más un empresario de los narcóticos que un estadista de la extorsión, Buscetta tenía especial interés en debilitar el poder de los jefes de las «familias» y en obtener más autonomía comercial para los hombres de honor individuales. Con el aumento del tráfico de heroína entre Europa y Norteamérica, los ambiciosos jóvenes traficantes de droga como Buscetta, Badalamenti y Greco no deseaban que el control de los capos ligados a las bandas «de poder» cortara sus alas comerciales. La comisión se creó —con el apoyo de Joe Bananas— como un nuevo mecanismo de gobierno de la Mafia. Pero el propósito de sus «padres fundadores» no era centralizar el control de la organización, sino aplicar una serie de reglas generales que dieran mayor libertad a los mafiosos individuales. Se suponía que la comisión hacía de la Mafia algo más parecido a la asociación de hombres de honor autónomos que Buscetta consideraba que debería ser.

Lo que ocurrió, sin embargo, fue que a principios de la década de 1980 la comisión se metamorfoseó exactamente en lo contrario de lo que esperaba Buscetta; y en última instancia se convertiría, en manos de los *corleonesi*, en el instrumento de una dictadura. Pero antes de que pudiera darse esta ironía histórica, habría otra que afectaría a los planes de Joe Bananas de utilizar a la Mafia siciliana como una sumisa mano de obra en el negocio de la heroína de la Cosa Nostra estadounidense. Incluso Buscetta, un hombre con grandes simpatías hacia la Mafia norteamericana, creía que en las décadas de 1950 y 1960 los mafiosos estadounidenses solían despreciar a sus

colegas del Viejo Mundo, a quienes trataban como los «primos pobres» y de quienes se mofaban llamándoles *zips*[100] por lo rápido que hablaban en siciliano. Pero una vez se les permitió participar en el tráfico de heroína en Estados Unidos, los *zips* no se mostraron tan obedientes como cabía esperar. Y en la década de 1970 serían ellos quienes dirigirían el negocio de narcóticos de la antaño poderosa «familia» Bonanno.

Pero cuando se fundó la comisión, en 1957, todo esto formaba parte aún de un futuro lejano. Cuando Joe Bananas subió al avión que había de llevarle de regreso a Nueva York, la lucha constante por reconciliar los negocios y la política en el seno de la Cosa Nostra siciliana entró en una nueva y turbulenta fase. Solo seis años después de su fundación, la comisión sería temporalmente disuelta en circunstancias dramáticas.

8

La «primera» guerra mafiosa y sus consecuencias (1962-1969)

LA BOMBA DE CIACULLI

Situado junto a una carretera que asciende a través de los huertos de mandarinos de Ciaculli, se halla un monumento que conmemora una de las peores de las numerosas atrocidades perpetradas por la Cosa Nostra. Quizá apropiadamente, el monumento no resulta de especial atractivo: una alta cuña de mármol rosa coronada por siete estrellas de metal que cuelgan de unas volutas de alambre. En el mármol están grabados los nombres de cuatro carabineros, dos ingenieros militares y un policía. Una ojeada a la lista revela que el escultor cometió un pequeño error al iniciar su trabajo. Debajo del primer nombre —teniente de carabineros Mario Malausa— se pueden ver los restos del nombre de otro hombre de rango inferior cuidadosamente eliminado. De manera absurda, aunque en cierto modo conmovedora, alguien debió de señalarle que las jerarquías de la vida militar deben preservarse incluso en la muerte.



El monumento a las víctimas de la bomba de Ciaculli. Su inscripción nos suena hoy a falso: «Del gobierno regional siciliano, en memoria de los hombres abatidos por la Mafia en Ciaculli y de su sacrificio, que transformó el aborrecimiento público en un movimiento de redención cívica». *[John Dickie.]*

El monumento se halla en un diminuto jardín desde el cual las vistas resultan tan imponentes como inquietantes. Allí en Ciaculli, quizá más que en ninguna otra parte de Sicilia occidental, el poder de la Mafia resulta visible en el paisaje. Si uno se coloca de espaldas al mar, puede ver las hileras de mandarinos ascendiendo hacia las arqueadas estribaciones del monte Grifone. Si se gira para mirar el campo hacia abajo

desde la base del monumento, descubre unos pequeños pozos cuadrados que alimentan estrechos canales: las arterias de los huertos de cítricos, los puntos de presión que antaño explotara la Mafia para ejercer su control territorial. Desde este punto se contemplan las hileras de árboles que descienden hacia Ciaculli y Croceverde Giardini, los feudos de las dos ramas de la dinastía Greco que se enfrentaron en 1946-1947. Villabate, donde ha habido permanentemente una *cosca* desde los mismos orígenes de la Mafia, se alza al pie de la colina. Al oeste de Villabate se encuentra Brancaccio, un nuevo distrito industrial que en la práctica constituye una especie de «ciudad sin ley». El cuartel de carabineros de Brancaccio es una villa confiscada a la Mafia local. Tan fortificada estaba la villa que la policía militar casi no tuvo que hacer nada más que colocar el rótulo en la puerta cuando se la quedó. Más allá de Brancaccio y Villabate se aprecia el mar en segundo plano, cubriendo una extensión mayor de la que se puede abarcar con una sola mirada. Palermo se halla siguiendo la costa, más hacia el oeste; sus brazos de hormigón se extienden hacia el este abarcando lo que antaño fueron los pueblos y aldeas independientes de sus alrededores. Cuando un periodista le preguntó a un desertor de la Mafia de Brancaccio cómo había que enfrentarse a la Cosa Nostra, su respuesta fue muy sencilla: le dijo que apostara tropas en las dos carreteras que conducen a Ciaculli y luego empezara a disparar. «Todos están allí», añadió.

Además de ofrecer una buena vista de un paisaje que la Mafia ha contribuido a configurar, el monumento de Ciaculli señala también un punto de inflexión en la historia de la organización. Lleva grabada la fecha del 30 de junio de 1963. A media mañana de ese día, un hombre telefoneó al cuartel de la policía de Palermo diciendo que alguien había dejado un coche abandonado en sus tierras, justo donde hoy se alza el monumento. El automóvil, un Alfa Romeo Giulietta, tenía un neumático deshinchado y las puertas se habían quedado abiertas. De inmediato quedó claro lo que aquello podía significar; a primera hora de la mañana de aquel mismo día había explotado un coche bomba —otro Giulietta— en Villabate, matando a un panadero y a un mecánico de automóviles. Respondiendo con celeridad a la llamada, la policía y los carabineros ascendieron con dificultad por lo que entonces era una pista llena de baches hasta llegar al coche abandonado. En el asiento trasero, claramente visible, había una bombona de butano con el extremo quemado de una mecha adherido a su parte superior. Al verlo, aseguraron el área circundante y llamaron a los ingenieros del ejército. Un par de horas más tarde llegaron dos expertos en desactivación de explosivos, cortaron la mecha y declararon que ya no había peligro en aproximarse al vehículo. Pero cuando el teniente Mario Malausa abrió el maletero para inspeccionar su contenido, provocó la detonación de la enorme cantidad de TNT que había en su interior. Él y otros seis hombres saltaron en pedazos por una explosión que chamuscó y devastó los mandarinos de los campos circundantes en un radio de cientos de metros.



Los restos del Alfa Romeo Giulietta robado que explotó en Ciaculli en junio de 1963, y mató a siete personas. *[Copyright desconocido.]*

Obviamente, antes del 30 de junio de 1963 ya había habido derramamiento de sangre en las calles de Palermo. En 1955-1956 dos «familias» mafiosas se enzarzaron en un brutal conflicto cuando el mercado mayorista de la ciudad se trasladó del territorio de una de ellas al de la otra. Pero la mayoría de los espectadores resultaron relativamente ilesos. Como comentó entonces un periódico romano conservador: «Cuando no pasa de ahí, la eliminación mutua es un método que reporta beneficios para el orden público de Palermo… Los últimos restos del crimen siciliano están destruyéndose a sí mismos por propia iniciativa».

Pero tras la bomba de Ciaculli nadie podía encogerse de hombros y argumentar que «solo se matan entre ellos» o que la Mafia estaba en sus últimos estertores. Los periódicos lo calificaron acertadamente del peor crimen desde los días del «último bandido», Salvatore Giuliano. La respuesta policial fue inmediata; la noche del 2 de julio las poblaciones de Villabate y Ciaculli fueron rodeadas y sus calles iluminadas con bengalas; cuarenta personas fueron arrestadas y se confiscaron gran cantidad de armas. Aquello sería solo el principio de lo que se convertiría en la mayor redada de sospechosos desde los tiempos del «prefecto de hierro». Tres días después de la tragedia de Ciaculli, bajo un sol abrasador, alrededor de cien mil personas, incluido el ministro del Interior, siguieron el cortejo fúnebre con los ataúdes —prácticamente vacíos— de las siete víctimas hasta la catedral de Palermo. La presión política para que se tomara en serio el problema de la Mafia se hizo irresistible.

El coche bomba de Ciaculli marcó un punto de no retorno histórico. Hasta entonces, cada nueva generación de italianos parecía condenada a «descubrir» la Mafia como si nunca antes nadie hubiera oído hablar de ella. El discurso de Tajani al Parlamento en 1875, el asesinato de Notarbartolo en 1893, la «cirugía» fascista del «prefecto de hierro»; con cada asesinato monstruoso o crisis política habían de reunirse de nuevo todos los conocimientos sobre el problema partiendo de cero. Y cada vez, mientras la apatía, el escepticismo político y la complicidad criminal se reafirmaban, dichos conocimientos se desmoronaban de nuevo convirtiéndose en

ruinas incoherentes. Tras la bomba de Ciaculli, sin embargo, Italia empezó a recordar y también, aunque de manera lenta, dolorosa y confusa, a aprender.

La atrocidad del 30 de junio de 1963 representó también un punto de inflexión para la propia Cosa Nostra. Por una parte, puso fin a lo que ha pasado a conocerse como la «primera guerra mafiosa», cuya propia denominación revela cuán limitada es la memoria histórica de Italia. Por otra, la represión que desencadenó provocó un éxodo de hombres de honor no solo por toda Italia, sino también por todo el globo. Sin embargo, hasta hoy nadie sabe a ciencia cierta quién dejó allí aquel Giulietta la mañana de 1963. Hasta hoy nadie ha sido juzgado nunca por el asesinato de los siete funcionarios cuyos nombres están grabados en mármol rosa más arriba de Ciaculli. Sin embargo hay un hombre sobre el que perdura la sospecha de que fue el responsable del crimen: Tommaso Buscetta.

¿COMO CHICAGO EN LOS AÑOS VEINTE?: LA PRIMERA GUERRA MAFIOSA

A finales de 1962 y principios de 1963, las explosiones, las persecuciones en automóvil y los tiroteos se convirtieron de repente en algo habitual en Palermo. Los periódicos decían, con inconsciente ironía, que la capital siciliana se había convertido en una especie de Chicago en los años veinte. A primera vista la guerra de 1962-1963 ciertamente da la impresión de responder al cliché de Chicago, ya que parece sacada de una de las aburridas historias de gángsteres que llenan las secciones dedicadas al subgénero policíaco de los «crímenes auténticos» en las librerías norteamericanas. En otras palabras, la primera guerra mafiosa recuerda a los habituales ciclos de asesinatos «ojo por ojo». Pero los conflictos internos de la Mafia jamás resultan así de predecibles, ya que en la Cosa Nostra el engaño y la política son tan importantes como las pistolas y las bombas. De hecho, es muy posible que la primera guerra mafiosa fuera la más astutamente librada de todas.

Al menos uno de los elementos del cliché de Chicago puede descartarse de inmediato. A menudo se creía que, teniendo en cuenta quiénes eran los principales combatientes, la primera guerra mafiosa fue una lucha entre la «antigua» y la «nueva» Mafia, una disputa entre venerables capos terratenientes y audaces matones jóvenes prematuramente enriquecidos gracias a las drogas y al hormigón. En un bando —se afirmaba—, estaba Salvatore *Pajarito* Greco, el hijo del capo de Ciaculli asesinado por Piddu *el Teniente* Greco en 1946. En otras palabras, Pajarito era un retoño de la dinastía más reverenciada de la Cosa Nostra. Frente a esta «sangre azul» mafiosa se alzaba Angelo La Barbera, el capo de Palermo centro. Angelo y su hermano Salvatore habían salido de la nada; su padre vendía leña para chimeneas. Inicialmente criminales callejeros, fueron escalando posiciones dentro de la organización y tuvieron un importante papel en el saqueo de Palermo. El territorio de Angelo La Barbera abarcaba una gran parte del área que rodea la via Libertà, donde se concentró en un principio el saqueo; asimismo, este mantenía una buena relación de colaboración con Salvo Lima, el «joven turco» de la DC.

Vale la pena echar un vistazo más detallado a la figura de Angelo La Barbera para ver si, como parece, era realmente un «nuevo» mafioso. Desde luego que hay algo poco habitual en él; cuando estuvo encerrado en una cárcel insular, unos años después de los acontecimientos de principios de la década de 1960, permitió que una periodista italiana establecida en Gran Bretaña, Gaia Servadio, le realizara una serie de fascinantes entrevistas.

Servadio se sintió impresionada de inmediato por el astuto semblante, la pulida elegancia y los «dientes lobunos» de La Barbera. Pero el hombre que se ocultaba tras aquella apariencia física mantuvo siempre una actitud esquiva. Servadio es tan cautivadora y perspicaz como valerosa; no hay que culparla, pues, si su retrato de La Barbera apenas puede calificarse de «íntimo». No es probable que ningún gángster al

que se está juzgando por asesinato —como era el caso de La Barbera en el momento de las entrevistas— tienda a prodigarse demasiado; eso es comprensible. Pero uno sospecha que hay otra razón más profunda por la que la pluma de Servadio no logró captar la identidad personal de Angelo La Barbera, probablemente este no tuviera demasiada identidad personal que captar.

El mafioso se mostraba tan rígido y envarado en su comportamiento como un cortesano de la China imperial. Todo lo que Servadio observó en La Barbera resultaba amanerado; andaba con paso lento y mesurado y despreciaba abiertamente cualquier esfuerzo físico; mostraba una especie de generosidad impasible; y habitualmente se refería a sí mismo en tercera persona. Por otra parte, era también lo que su entrevistadora denominaría un «consumado hipocondríaco» (las afecciones médicas constituyen una buena táctica dilatoria en los tribunales). Aunque no hay forma de saberlo con certeza, da la impresión de que todo su amaneramiento lo había aprendido de un repertorio clásico en la organización. Solo cabe preguntarse en qué medida el modo de comportarse de La Barbera no imitaba el porte del «taciturno, orgulloso y cauto» Antonino Giammona allá en la década de 1870. Por muy «nuevo» mafioso que fuera, probablemente Angelo se aseguró de adaptarse al viejo estilo de la Mafia.

Lo que no tiene definitivamente nada de nuevo es el modo en que la Cosa Nostra actúa como escalera de ascenso social para los jóvenes duros de los barrios pobres, como Angelo La Barbera. La Mafia ha constituido siempre una meritocracia de la violencia. En realidad, en la primera guerra mafiosa hubo sangre azul y chicos de la calle en ambos bandos. Uno de los aliados de Pajarito Greco era Luciano Leggio, hijo de una humilde familia campesina que fue ascendiendo en la organización hasta llegar a controlar la «familia» de Corleone a finales de la década de 1950. En el bando de La Barbera estaba Pietro Torretta, antiguo miembro del grupo de bandoleros de Salvatore Giuliano y a la sazón capo de Uditore (el mismo territorio que gobernara Antonino Giammona un siglo antes). De hecho, ya en 1898 se mencionaba a un Torretta en el informe del jefe de policía Sangiorgi. Así pues, ninguno de los dos bandos de la primera guerra mafiosa tenía mejor pedigrí que el otro. La historia de una «nueva» Mafia que cuestionaba a la «antigua» —un producto del subgénero policíaco de los «crímenes auténticos»— no hace sino proporcionar un mapa engañoso del perfil de la contienda.

Y lo mismo cabe decir de sus orígenes. La primera guerra mafiosa se desencadenó cuando alguien incumplió un trato sobre drogas. En febrero de 1962 los hermanos La Barbera y los Greco eran miembros de un consorcio que financió un cargamento de heroína que, procedente de Egipto, se envió a la costa sur de Sicilia. Luego se mandó a un hombre de honor, Calcedonio Di Pisa, a supervisar la posterior reexpedición del cargamento a Nueva York a bordo del transatlántico *Saturnia.* Pero los mafiosos de Brooklyn que recogieron la droga se encontraron con que los paquetes que recibieron no contenían la cantidad de heroína esperada. El camarero

del *Saturnia*, a quien Di Pisa había confiado la droga, fue torturado, pero no reveló nada. Las sospechas empezaron a recaer entonces en el propio Di Pisa. En una reunión de la comisión convocada para decidir sobre el caso, Di Pisa fue absuelto de haber robado la droga. Pero los La Barbera dejaron clara su disconformidad con la decisión.

El 26 de diciembre de 1962 Di Pisa fue asesinado a tiros en la piazza Principe di Camporeale, en la linde occidental de Palermo. Acababa de aparcar su coche y se dirigía hacia un estanco cuando dos hombres le dispararon con una treinta y ocho y una escopeta de cañones recortados. Pronto serían atacados también otros miembros de la «familia» Di Pisa. Luego, en enero de 1963, empezaron las represalias, cuando Salvatore La Barbera fue víctima de un asesinato «de escopeta blanca»; lo único que se encontró de él fue su Alfa Romeo Giulietta quemado. Su hermano y capo Angelo también desapareció, aunque en este caso para reaparecer en Roma, donde dio una conferencia de prensa; era una manera de decirles a sus amigos que seguía vivo y, a la vez, convertirse en un objetivo demasiado público para que sus enemigos pudieran matarle fácilmente.

Angelo La Barbera estaba decidido a continuar la guerra tras la muerte de su hermano. El 12 de febrero un coche bomba cargado con una enorme cantidad de explosivo —otro Giulietta— destruyó la casa de Pajarito Greco en Ciaculli. Pese a haber resultado ileso, Pajarito respondió de manera no menos espectacular. A las diez y veinticinco de la mañana del 19 de abril, un Fiat 600 de color beige se detuvo frente a la pescadería Impero, situada en la via Empedocle Restivo. Algunas de las numerosas amas de casa que transitaban por la calle a aquella hora recordarían más tarde haberse extrañado por un momento al ver que, pese a que caía una ligera llovizna, el coche llevaba la capota abierta. Pero antes de que tuvieran tiempo de seguir reflexionando sobre ello, dos hombres se levantaron sobre los asientos y dispararon una ráfaga de ametralladora contra la pescadería. Dos hombres resultaron muertos, entre ellos el propio pescadero, del que se creía que era un asesino a sueldo de La Barbera; otras dos personas resultaron heridas, una de ellas un transeúnte. Quienquiera que fuese quien se encontraba en la tienda en ese momento —probablemente Angelo La Barbera—, estaba claro que esperaba problemas, ya que los ocupantes respondieron al fuego con revólveres y escopetas. Más tarde, mientras la policía encontraba un arsenal de armas de pequeño calibre en la tienda destrozada, varios activistas comunistas provistos de megáfonos recorrieron en coche toda la zona exigiendo medidas.

El siguiente en caer sería un aliado de los Greco. El capo de Cinisi fue asesinado junto a la puerta de hierro de su limonar con una bomba colocada, inevitablemente, en un Alfa Romeo Giulietta. Este elegante coche familiar de cuatro puertas era uno de los emblemas del milagro económico de Italia: «esbelto, práctico, confortable, seguro y manejable», tal como proclamaba su publicidad. Pero a medida que fueron

estallando coches bomba en Palermo, el Giulietta pasó a simbolizar algo mucho más peligroso y, al parecer, atávico.

Los investigadores supondrían más tarde que aquel nuevo ataque con un Giulietta en Cinisi constituía un último y desesperado intento de Angelo La Barbera de demostrar que todavía podía llegar hasta sus enemigos. Si era así, lo cierto es que no funcionó. La Barbera quedaría finalmente fuera de combate en las primeras horas del 25 de mayo de 1963. Lo que más sorprendió a la opinión pública italiana del tiroteo del que fue objeto no fue su ferocidad —dos coches se detuvieron junto a él y sus ocupantes le dispararon varios cargadores—, ni el extraordinario hecho de que La Barbera sobreviviera, pese a resultar herido en el ojo izquierdo, el cuello, el pecho, la espalda, la pierna y la ingle, ni siquiera que los médicos le encontraran una bala alojada en la cabeza de un ataque anterior (quizá, después de todo, su «consumada hipocondría» no sería totalmente injustificada). Lo sorprendente del incidente era más bien el lugar donde había ocurrido: La Barbera fue tiroteado en el viale Regina Giovanna, una calle situada en una zona residencial de Milán, la floreciente ciudad del norte del país donde se construían los Giulietta. Los titulares del *Corriere della Sera* destacaban la sorpresa de la ciudad, calificando su postura de comportamiento «típicamente siciliano»: «La guerra entre *cosche* mafiosas se traslada a Milán. Un siciliano, acribillado con seis balazos, declara a la policía: “¡Yo no sé nada!”». Si la Mafia se extendía fuera de Sicilia, la cuestión pasaba a formar parte de la agenda política nacional.

Si la primera guerra mafiosa realmente no hubiera sido más que la habitual cadena de asesinatos perpetrados en represalia por otros asesinatos, en una especie de «Chicago» sacada de los estereotipos de los relatos policíacos sobre «crímenes auténticos», la contienda habría terminado cuando Angelo La Barbera fue detenido en un hospital de Milán, toda la publicidad generada por la guerra se habría apagado, y la bomba de Ciaculli —que estalló solo un mes después de que se disparara a La Barbera en Milán— jamás habría existido. Pero la brutal coda de esta guerra revela el hecho de que se trataba de un asunto más sutil. Y la mayor parte de sus sutilezas tienen que ver con Tommaso Buscetta.

⁎ ⁎ ⁎

Hay dos versiones sobre el papel de Buscetta en esta guerra mafiosa. La primera es producto de la labor de la policía de la época, y probablemente se basa en soplones anónimos de la Mafia; la segunda es la del propio Buscetta, escrita más de dos décadas después de los hechos. En términos generales, la versión oficial resulta más creíble. La de Buscetta, por su parte, se debe tratar con tanta cautela como todas las partes de su testimonio que no han sido verificadas en los tribunales. Por ejemplo, difumina el tema de las drogas y minimiza su propio y agresivo papel en la evolución de las hostilidades, pero como siempre, el «capo de dos mundos» también añade perspicacia e intriga a la historia.

Las fuentes oficiales sobre la primera guerra mafiosa sitúan a Buscetta en el bando de La Barbera cuando estalló el conflicto. Bien pudiera haber estado en la pescadería ametrallada por los hombres de Greco, que ciertamente visitaba con frecuencia. Pero parece ser que cuando empezó a dar la impresión de que los Greco iban a alzarse victoriosos, tanto Buscetta como el capo de Uditore Pietro Torretta decidieron cambiar de bando; es muy raro que el orgullo impida a los mafiosos que pierden tratar de subirse al carro del vencedor.

No obstante, y según la versión oficial, cuando Angelo La Barbera fue tiroteado y arrestado en Milán, el resultado fue un vacío de poder en la «familia» que este dirigía, la de Palermo centro. Tanto Tommaso Buscetta como Pietro Torretta se consideraban conjuntamente los sucesores naturales de Angelo La Barbera; Torretta propuso ocupar el puesto de capo de Palermo centro, y que Buscetta fuera su lugarteniente. Pero los Greco consideraban que este último era un hombre al que resultaba peligroso ascender. La prolongada disputa fue reavivando poco a poco las hostilidades entre Buscetta, Torretta y los Greco. Buscetta y Torretta fueron los primeros en actuar, tendiendo una emboscada a dos de sus enemigos en casa del segundo. Acababa de iniciarse, pues, una nueva oleada de violencia cuando, el 30 de junio de 1963, el enésimo Giulietta atiborrado de TNT mató accidentalmente a los siete miembros de las fuerzas del orden cuyos nombres aparecen grabados en el monumento de Ciaculli. El objetivo al que iba destinada la bomba eran, una vez más, los Greco; pero un pinchazo impidió a los asesinos llevar a cabo el atentado. Se ignora si aquellos asesinos eran Buscetta y Torretta en persona, o simplemente hombres de honor que actuaban a sus órdenes.

De manera predeciblemente diversa, en su propia versión de la primera guerra mafiosa Buscetta se presenta como un mediador imparcial y un buen amigo tanto de Pajarito Greco como de Salvatore La Barbera, aunque se muestra bastante menos amable con el hermano pequeño de Salvatore, el capo Angelo La Barbera, al que culpa de la escalada del conflicto, llamándole «altivo y arrogante». Buscetta admite haber aceptado matar a Angelo La Barbera, pero afirma que alguien se le adelantó llevando a cabo el tiroteo de Milán. En realidad todavía no se sabe a ciencia cierta si estuvo o no implicado.

El aspecto fundamental de la historia de Buscetta es que este le echa toda la culpa de haber iniciado la disputa a otro hombre, Michele *el Cobra* Cavataio, el nuevo capo de la «familia» que había perdido frente a los Greco en la guerra por el mercado mayorista a mediados de la década de 1950. Fue Cavataio —nos dice Buscetta— quien perpetró el asesinato que desencadenó la guerra en primera instancia: el tiroteo del traficante de droga Calcedonio Di Pisa delante del estanco. La teoría de Buscetta es que el Cobra mató a Di Pisa sabiendo que se culparía de ello a los La Barbera y que como resultado estallaría una guerra con los Greco. Y también era Cavataio —siempre según Buscetta— el responsable de la bomba de Ciaculli. La primera guerra

mafiosa, en esencia, fue el resultado de una trampa destinada a enfrentar mutuamente a los La Barbera y los Greco.

Leyendo estas dos versiones opuestas, uno empieza a entender por qué es tan poco frecuente que las guerras mafiosas acaben en juicios que lleguen a buen puerto. Pero lo que también se hace evidente es que resulta irrelevante tratar de averiguar quién mató a quién, o en el lenguaje de la literatura barata «estilo Chicago», de «revelar finalmente la terrible verdad» sobre los extravagantes tiroteos y atentados con bomba de 1962-1963. Es más importante darse cuenta de que ni siquiera los mafiosos implicados sabían realmente lo que estaba ocurriendo. Tanto la versión de Buscetta como la oficial ponen de manifiesto que una de las razones por las que los capos mafiosos reflexionaron tanto antes de aprobar a un nuevo capo para Palermo centro era sencillamente que estaban tratando de averiguar qué demonios era lo que había ocurrido. La primera guerra mafiosa, como muchas otras, fue como una gigantesca novela policíaca.

Pero también hubo política en la sombra. Buscetta afirma engañosamente que la comisión se inventó para que actuara como una especie de Parlamento de delincuentes; la presenta como una institución imparcial destinada a aportar luz y equidad a la penumbra y la perfidia de los asuntos de la Cosa Nostra. Pero a su manera, la comisión representaba un instrumento de lucha dentro de la organización tanto como los Giulietta cargados de TNT. Estaba destinada a imponer unas normas generales en toda la Cosa Nostra que hicieran las cosas más fáciles para los mafiosos de las «bandas empresariales», dedicados al tráfico de heroína transatlántico. Pero la comisión no tardó en convertirse en un nuevo poder en sí misma. Así, por ejemplo, estaba empezando a actuar como una especie de sociedad anónima para los traficantes de heroína; o al menos eso es lo que se deduce del hecho de que tanto los La Barbera como los Greco —mafiosos de bandos opuestos de la ciudad— financiaran conjuntamente un cargamento de esta droga en 1962. En consecuencia, la creciente influencia de la comisión estaba entrando en conflicto con el poder consolidado de las «familias» individuales.

Buscetta creía que detrás del Cobra Cavataio y de La Barbera había una alianza de capos del noroeste de Palermo, resentidos por el creciente poder de la comisión y la influencia de la que, consecuentemente, disfrutaban los hombres de honor del sudeste de la ciudad como Pajarito Greco. Tras la intriga y la confusión, la verdadera causa fundamental de la primera guerra mafiosa fue un problema tan viejo como la propia Mafia, el mismo problema que esta había tenido que abordar cuando sus principales intereses estaban en los limonares y el ganado antes que en la construcción y la heroína, a saber, el conflicto entre su papel de gobierno paralelo y los intereses comerciales de sus miembros, entre la estructura territorial de las *cosche* y las extremadamente lucrativas redes de contrabando que trascendían el mapa de los dominios de las «familias».

Verdad, territorio y negocio son tres elementos que siempre han estado presentes en las guerras mafiosas. Y en la década de 1960 cualquier cosa que ocurriera en la Cosa Nostra siciliana tenía también ramificaciones diplomáticas. Aproximadamente en la época en la que se inició la primera guerra mafiosa, la Cosa Nostra estadounidense se estaba viendo sometida a una presión sin precedentes por parte de la administración Kennedy. Robert Kennedy se había labrado su perfil político gracias a su escrupulosa labor en el Comité de Actividades Sindicales Delictivas del Senado estadounidense. Como fiscal general, parte de su cometido consistía en enfrentarse al hampa. Bajo la batuta de Kennedy, las condenas de gángsteres por parte de la Sección del Crimen Organizado y la División Tributaria de Estados Unidos se triplicaron entre 1961 y 1963, y casi se duplicaron en 1964. La ley tributaria, el famoso instrumento utilizado para atrapar a Al Capone tres décadas antes, seguía siendo la principal arma contra el crimen organizado.

En 1962, encarcelado y enfrentado a la silla eléctrica, el soldado de la «familia» Gambino Joseph Valachi empezó a hablar. No es que hiciera una declaración especialmente convincente cuando compareció ante el Comité de Actividades Delictivas, y de hecho muchas personas se mostraron escépticas con respecto a lo que dijo. Pero al menos logró que el FBI de J. Edgar Hoover se tomara en serio por primera vez la cuestión del sindicato del crimen. En 1959 la oficina del FBI en Nueva York tenía a 400 agentes investigando el comunismo en Norteamérica y solo a cuatro trabajando en el crimen organizado. Valachi provocó un cambio de prioridades; en 1963 la oficina de Nueva York tenía a 140 personas en su equipo de lucha contra las bandas, y en 1964, unos micrófonos ocultos colocados por el FBI grabaron al jefe del sindicato de camioneros Jimmy Hoffa en una serie de intercambios comerciales con la Mafia de Detroit.

Inevitablemente, la campaña de Kennedy contra el crimen organizado hizo disminuir la influencia de la Mafia estadounidense en Sicilia. Como resultado, los capos sicilianos cuyos intereses se centraban en la dimensión territorial de los negocios de la Cosa Nostra probablemente calcularon que era un buen momento para saldar cuentas con los traficantes de droga en la comisión, ahora que su protección norteamericana se había debilitado.

Probablemente también resulta muy significativo el hecho de que la primera guerra mafiosa se produjera solo unos meses después de que Lucky Luciano muriera de un infarto mientras esperaba el avión de su biógrafo en el aeropuerto de Nápoles. Se sabía que Lucky tenía estrechos vínculos con los La Barbera, y asimismo había fuertes sospechas de que dicha relación se basaba en el negocio de los narcóticos. Cuando Luciano murió, dejó a Angelo La Barbera enfrentado a la tarea de demostrar tanto a las «familias» como a la comisión que su poder en el seno de la Cosa Nostra se basaba en algo más que sus amigos norteamericanos. Pese a todos los Giulietta repletos de TNT, fracasó.

En 1968 Angelo La Barbera fue condenado a veintidós años por su participación en la primera guerra mafiosa. En 1975 el representante de la «nueva» Mafia murió de una de las muertes más tradicionales de la «antigua»: fue apuñalado en el patio de la cárcel.

⁎ ⁎ ⁎

Cualquiera que sea la verdad que subyace a las intrigas de la primera guerra mafiosa, los resultados de la bomba de Ciaculli que señaló su fin fueron espectaculares. Hubo cerca de dos mil detenciones. «La policía parecía haberse vuelto loca», comentaría Buscetta. Frente a aquella reacción, la Mafia adoptó el más sencillo de los métodos de autodefensa: ocultarse. En el verano de 1963, la comisión se reunió y decidió disolverse. Las «familias» se dispersaron; según un *pentito,* en Palermo ni siquiera se recaudaba el dinero de la protección. Durante los años siguientes, los crímenes relacionados con la Mafia se redujeron casi a cero. Varios capos destacados huyeron al extranjero. Pajarito Greco fue primero a Suiza y después a Venezuela, mientras que los viajes de Tommaso Buscetta le llevaron a Suiza, México, Canadá y, más tarde, Estados Unidos.

Como había hecho Lucky Luciano cuando fue expulsado de ese mismo país en 1946, muchos hombres de honor sicilianos se limitaron a cambiar la orientación de su carrera dentro de la organización; de ser criminales relacionados con bandas «de poder» —estadistas del gobierno paralelo de la Mafia—, pasaron a convertirse en líderes de bandas «empresariales», empresarios paramilitares internacionales. Y al hacerlo, el sistema político italiano pasó a convertirse de nuevo en el principal actor en la historia de la Mafia.

LA ANTIMAFIA

Los años inmediatamente anteriores a la bomba de Ciaculli representaron una época deprimente para cualquiera que estuviera dispuesto a alzar su voz contra la Mafia. Con la Iglesia y la DC empeñadas en negar no solo la gravedad del problema, sino incluso su misma existencia, fueron pocas las voces que rompieron el silencio. La más importante de ellas fue una voz colectiva; la lucha por revelar la verdad de la Mafia durante la década de 1950 estuvo encabezada por un periódico independiente de izquierdas, *L'Ora*. La publicación había iniciado su andadura a comienzos de siglo como órgano de expresión de los intereses de los Florio en Sicilia. Luego, en las décadas de 1950 y 1960, y principios de la de 1970, creó una astuta mezcla de rabiosa actualidad deportiva y chicas en biquini con sofisticados artículos sobre literatura, música y arte. Sin embargo fueron los valerosos reportajes de investigación de *L'Ora* sobre el crimen organizado y la corrupción los que constituyeron a menudo su principal atractivo para el comprador. Cuando en 1958 publicó los nombres, los intereses comerciales y los contactos políticos de varios destacados capos de la Mafia, sus oficinas fueron objeto de un devastador ataque con dinamita. Pero *L'Ora* se negó a doblegarse y prosiguió su campaña. (A principios de la década de 1970, dos periodistas del diario, Mauro De Mauro y Giovanni Spampinato, pagarían su trabajo con su propia vida).

Inspirándose en el ejemplo de las sesiones del comité de Kefauver sobre el crimen organizado en Estados Unidos, en la década de 1950 el Partido Comunista Italiano empezó a exigir una investigación parlamentaria sobre la Mafia siciliana. El atentado en las oficinas de *L'Ora* no hizo sino aumentar el ímpetu de aquella exigencia; no obstante, dicho ímpetu nunca sería suficiente mientras la Mafia siguiera siendo exclusivamente propiedad política de la izquierda. Todavía en 1959 un joven ministro del Interior de la DC desechaba la necesidad de una investigación parlamentaria, y culpaba de los crímenes mafiosos a la tendencia de los isleños a «tomarse la justicia por su propia mano debido a un equivocado sentido del honor».

Pero por entonces el panorama político de Italia estaba cambiando; la DC se hallaba dividida, y algunas de sus facciones empezaban a ver al Partido Socialista como socio de una posible coalición. Los socialistas eran los enemigos históricos de la Mafia ya que no habían olvidado la matanza de sindicalistas y otros militantes en los años de posguerra. Este nuevo escenario político propiciaba, pues, que las exigencias de una investigación parlamentaria sobre la Mafia pudieran hallar eco en las filas de la DC. En septiembre de 1961 la Asamblea Regional Siciliana consiguió su primer gobierno de «centro-izquierda», integrado por la DC y por los socialistas, y que contaba además con el apoyo puntual de los comunistas. A principios del siguiente año, la Asamblea votó unánimemente a favor de pedir al Parlamento italiano que creara una comisión de investigación sobre la Mafia. Incluso los propios políticos de la organización votaron a favor de la propuesta, ya que la investigación

se consideraba entonces algo tan inevitable que oponerse a ella a esas alturas habría resultado tan inútil como sospechoso.

A medida que el centro de gravedad política del país se desplazaba poco a poco hacia la izquierda, las voces que se habían alzado contra la Mafia se hacían más fuertes. Una de ellas era la de Leonardo Sciascia, un profesor originario de la pequeña y anodina población de Racalmuto, en la región azufrera de los alrededores de Agrigento. En 1961 se publicó su novela *Il giorno della civetta*, un elegante y crudo relato sobre la frustrada investigación de un detective de un asesinato relacionado con la Mafia. *Il giorno della civetta* —una obra de ficción, hay que recalcarlo— fue el primer libro que puso rostro a la Mafia, y palabras en su boca, en el inolvidable personaje de don Mariano Arena.

Hoy sabemos que el mismo año en que se publicó la novela de Sciascia se celebró una reunión de la comisión de la Cosa Nostra en la provincia de Palermo para tratar de la respuesta de la organización al reciente interés del Estado italiano en la cuestión de la Mafia. Allí se decidió mantener los asesinatos en un mínimo absoluto hasta que los políticos perdieran dicho interés. Pero la tregua solo pudo mantenerse durante un año antes de que las tensiones latentes sobre los negocios y el territorio condujeran al estallido de la primera guerra mafiosa en diciembre de 1962. La nueva oleada de asesinatos vendría a dar aún mayor ímpetu político a los planes de llevar a cabo una investigación parlamentaria.

Menos de una semana después de la explosión del coche bomba de Ciaculli, la comisión de investigación parlamentaria inició finalmente sus trabajos. Era la primera investigación oficial sobre la Mafia desde 1875, aunque la situación política era ahora mucho más favorable a la realización de una investigación seria de lo que lo había sido el año de las revelaciones de Tajani en el Parlamento sobre la connivencia policial con los criminales en Palermo. El Partido Socialista empezaba a gobernar con la DC, dando al nuevo gobierno una orientación guiada por la reforma y la transparencia, tal como parecía demostrar el apoyo a la investigación parlamentaria de todo el espectro político. Por su parte, las expectativas de la sociedad eran elevadas: la opinión pública parecía dispuesta a pedir responsabilidades a los políticos por el modo como respondieran a la crisis. Así, la «Antimafia» —como pasaría a conocerse la nueva comisión de investigación— inició su marcha a paso ligero. En el plazo de un mes había hecho ya varias importantes recomendaciones, entre ellas —por primera vez en la historia de Italia— la de que se aprobaran leyes penales específicamente dirigidas contra la Mafia. La democracia italiana parecía estar finalmente dispuesta a enfrentarse al crimen organizado en Sicilia.

Por desgracia habría sido demasiado fácil contar la historia de la Antimafia como la de un gigantesco anticlímax. La indignación que siguió a la bomba de Ciaculli en 1963 se desvaneció muy pronto. Con la Mafia casi silenciada, hubo pocas atrocidades que incentivaran la labor de la Antimafia. El inicial impulso de la comisión de investigación no tardaría en convertirse en un lento caminar que se prolongaría

durante no menos de trece años. La Antimafia perduraría hasta convertirse en la investigación parlamentaria más larga de toda la historia italiana, llegando a parecer más que la respuesta a una emergencia, una parte aburrida y permanente de la vida política italiana.

El interés en la labor de la Antimafia reviviría periódicamente después de alguna revelación particularmente sensacional, pero una y otra vez se fracasaría a la hora de traducir dicha sensación en medidas políticas efectivas o acciones judiciales. Incluso la ley penal aprobada en 1965 como resultado de las recomendaciones de la Antimafia resultó en parte contraproducente. Dicha ley estipulaba que los sospechosos de pertenecer a la Mafia podían ser obligados a vivir lejos de su hogar. La medida era un intento de romper los contactos entre los mafiosos y la sociedad que les rodeaba, como si la Mafia estuviera causada por una emanación insalubre del suelo de Sicilia occidental. Docenas de hombres de honor fueron repartidos por toda la península italiana al amparo de aquella «residencia obligatoria», con el resultado imprevisto de que la Mafia ganó nuevas bases para sus operaciones en toda la extensión de Italia.

Cada nueva filtración o escándalo surgidos de la Antimafia sobre algún político bien relacionado parecían verse obstaculizados por desmentidos y demandas por difamación. Asimismo, y en pocas palabras, resultaba extremadamente difícil que las evidencias concretas de connivencia directa entre determinados políticos y la Mafia llegaran a cumplir los requisitos exigidos por la ley penal en cuanto a presentación de pruebas. Vito Ciancimino —el «joven turco» de la DC en manos de la Mafia de Corleone— se vio obligado a dimitir a raíz de las revelaciones hechas públicas por la Antimafia en 1964. Pero reapareció en 1970, cuando, increíblemente, se convirtió en alcalde de Palermo. El escándalo nacional que se produjo entonces desembocó de nuevo en su renuncia. En 1975 envió un largo escrito a la Antimafia, defendiéndose de las acusaciones. En su frase inicial, que se prolongaba sin pausa alguna a lo largo de una página entera, se quejaba de la «denigrante publicidad», «los corruptos sofismas», el «rencor personal», la «servil demagogia» y la «afrenta a la tradición jurídica romana» de las que él, un hombre que se había «sacrificado por la sociedad», había sido objeto[101]. Ciancimino seguiría actuando entre bastidores en la política de Palermo hasta ser finalmente detenido en 1984.

Parte del problema de la Antimafia era la rotación del personal. Cuando en 1972 se nombró a un nuevo presidente de la comisión, este confesó que todo lo que sabía de la Mafia provenía de la lectura de la obra de Mario Puzo *El padrino.* Pero esta falta de continuidad en los integrantes de la Antimafia no constituía más que un síntoma de su principal defecto: la arraigada división en distintas facciones de la vida política italiana. Aparte del legado del fascismo y del hecho de que Italia estuviera en primera línea en el frente de la guerra fría, existían también otras fisuras, especialmente entre las cosmovisiones católica y laica, y entre las diferentes regiones del país. Lejos de «viajar todos en el mismo barco», el estado italiano parecía estar

integrado más bien por una flotilla de botes, pilotado cada uno de ellos según una carta de navegación distinta y compitiendo con los demás para acceder a los vientos más favorables, pero temeroso al mismo tiempo de quedar aislado de las otras naves. Como todas las instituciones del gobierno, la comisión de investigación parlamentaria sería objeto de aquellas luchas entre facciones, en las que cada grupo trataría de sentar a sus propios miembros a la mesa de la Antimafia. La razón de ello era que el término *mafia* seguía siendo la misma arma política que había sido siempre desde que se incorporara a la lengua italiana allá en 1865. Y era un arma que ningún partido o facción, y menos que nadie la DC, estaba dispuesto a dejar en otras manos.

Entre los miembros de la comisión Antimafia se hallaban algunas figuras destacadas como Franco Cattanei, de la DC, y Girolamo Li Causi, del Partido Comunista (el veterano de la resistencia que en 1944 había sobrevivido a la granada de don Calò Vizzini en la plaza de Villalba). Eran los políticos como ellos quienes trataban de convertir a la Antimafia en una expresión imparcial del interés nacional. Pero su tarea no resultaba fácil. En 1972 se constituyó un nuevo gobierno en el que se otorgaron sendos cargos ministeriales a dos «jóvenes turcos» de Palermo cuyos vínculos con la Cosa Nostra había revelado la Antimafia; Salvo Lima fue nombrado subsecretario del Ministerio de Hacienda, mientras que Giovanni *el Virrey* Gioia pasó a ser titular del Ministerio de Correos y Telecomunicaciones. Uno de los partidarios de este último incluso fue incorporado a la comisión Antimafia; el hombre en cuestión no solo había declarado públicamente que la Mafia no existía, sino que él mismo había sido investigado por la comisión en una etapa anterior. El resultado fueron cinco meses de continua crispación política, durante los cuales el trabajo de la Antimafia se vio completamente interrumpido. Pero este es solo un ejemplo del modo en que la corrosiva división en facciones del sistema italiano socavaba la unidad y la autoridad de la respuesta del país a la Mafia.

Cuando la Antimafia concluyó finalmente sus trabajos en 1976, su legado más sustancial era una montaña de papeles. Entre los «tomos» y las «partes» que integraban la documentación que recopiló, los informes provisionales, el informe concluyente y los votos particulares (ya que no hubo consenso político en las lecciones que había que extraer), la Antimafia legó casi cuarenta gruesos volúmenes a las pocas bibliotecas que disponían de espacio suficiente para albergarlos. Cualquiera que tenga la paciencia de leer, por ejemplo, la hinchada prosa del informe provisional de 1972 (de 1.262 páginas) podrá hacerse una idea bastante buena del panorama de la Mafia. El informe habla del uso sistemático por parte de la organización de una «violencia sanguinaria sin precedentes», de su parasitaria relación con las empresas y de sus vínculos con la administración local y nacional; además explica que las *cosche* que gobiernan distintas zonas tienen un «acuerdo tácito» que no se quebranta ni siquiera cuando se produce una lucha implacable entre ellas. Los papeles de la Antimafia constituyen una vasta y rica fuente de material para los historiadores. Tan vasta y rica, de hecho, que sus miles de páginas acabaron por sofocar el «polvorín»

de revelaciones sobre connivencia política que uno de los primeros presidentes de la comisión prometió que surgirían. Fue, pues, durante los largos años de la Antimafia cuando la Italia de posguerra supo por primera vez lo que era el hastío de la Mafia.

No cabe duda de que los resultados de la comisión Antimafia representan una enorme decepción si se comparan con sus expectativas en 1963. Pero al menos hizo que en Italia la conciencia pública sobre el tema de la Mafia aumentara de manera sustancial. Algunas de las revelaciones derivadas de las investigaciones quedarían grabadas en la memoria colectiva, como el caso de la población de Caccamo, en cuya sala consistorial, junto al asiento del alcalde, había permanentemente una silla especial reservada para el capo de la Mafia. A raíz de la comisión de investigación, y gracias al trabajo de autores bien documentados como Michele Pantaleone (el izquierdista que había tenido que vérselas con don Calò en su Villalba natal), los estudios sobre la Mafia empezaron a contar con un pequeño —aunque sólido— número de lectores en Italia, como sigue siendo el caso actualmente. En parte como resultado de ello, dejó de haber tantos políticos que tuvieran la cara dura —o la «cara de bronce», como se dice en italiano— de negar que la Mafia existiera en absoluto. La organización había dejado de constituir un tema exclusivo de la izquierda. En conjunto, pues, la Antimafia aumentó ligeramente el precio (en términos de pérdida de credibilidad e influencia nacional) que se arriesgaban a tener que pagar los políticos que se confabularan con la Mafia. No era mucho para trece años de trabajo. Pero era algo, y ese algo se había logrado democráticamente.

«UN FENÓMENO DE CRIMINALIDAD COLECTIVA»

Ciento diecisiete de los participantes en la primera guerra mafiosa fueron juzgados en Catanzaro (Calabria), en 1968. Cuando se dictó la sentencia, en diciembre de aquel mismo año, esta resultaría un anticlímax judicial en la misma medida en que la Antimafia había representado un anticlímax político. En Catanzaro, un pequeño puñado de mafiosos fueron condenados a largas penas; la más extensa fue la del capo de Uditore Pietro Torretta, condenado a veintisiete años por el asesinato de dos hombres en su casa; Angelo La Barbera fue condenado a veintidós años y medio, y Pajarito Greco y Tommaso Buscetta, ambos juzgados *in absentia*, a diez y catorce años respectivamente. Pero la mayor parte del resto de los acusados o bien fueron absueltos, o bien fueron condenados solo a penas breves por pertenecer a una organización criminal. Dado el tiempo que habían pasado ya en prisión a la espera del juicio, la inmensa mayoría fueron puestos en libertad de inmediato.

La sentencia de Catanzaro suele considerarse uno de los mejores ejemplos de lo indefenso que se ha encontrado siempre el sistema judicial italiano a la hora de enfrentarse a la delincuencia mafiosa. Parece en muchos aspectos una desalentadora repetición del juicio de 1901 basado en el Informe Sangiorgi. Sin embargo hay una diferencia: en este caso no hay ninguna sospecha de connivencia entre la judicatura y la Mafia. De hecho, Catanzaro representa un ejemplo de lo objetivamente difícil que resultaba construir un panorama legalmente convincente de la Cosa Nostra antes de que Tommaso Buscetta decidiera colaborar con la justicia. En Italia, como en otros países, los jueces elaboran documentos públicos en los que explican sus decisiones. La sentencia de Catanzaro, de 476 páginas, proporciona una fascinante visión del pensamiento que subyace a un gran caso judicial relacionado con la Mafia, y asimismo revela lo escurridiza que resultaba judicialmente la Cosa Nostra aun cuando el sistema jurídico italiano funcionara bien.

Gran parte del trabajo que hicieron los miembros de la Cosa Nostra para evitar ser condenados en Catanzaro se había llevado a cabo ya bastante antes de que el caso llegara a los tribunales. Como ocurriera en la época de Sangiorgi, la policía se encontró con que en las primeras etapas de la investigación surgían testigos dispuestos a declarar desde lo más profundo del entorno mafioso, pero en posteriores etapas, cuando el miedo hacía mella en ellos, finalmente se retractaban.

Un ejemplo sorprendente es el de Giuseppe Ricciardi, que sufrió una larga serie de injusticias a manos de los hermanos La Barbera. Primero mataron a su padre, un hombre de honor. Luego le intimidaron para que les vendiera la empresa de transportes del padre a precio de saldo. Posteriormente le utilizaron —sin su conocimiento— para conducir a dos de sus enemigos a la estación de Brancaccio, en territorio de los Greco; allí Ricciardi vio cómo Tommaso Buscetta se los llevaba a los dos a punta de pistola para no volver a aparecer jamás. No mucho después de relatar todos estos hechos a los jueces, Ricciardi se retractó por completo, ofreciendo una

desesperada retahíla de explicaciones para su cambio de opinión: él no conocía a nadie, estaba enfermo, había perdido un puesto de trabajo bien remunerado solo por ser hijo de su padre, tenía miedo de todo y de todos, y solo quería llevar una vida tranquila. Se quejó de que la policía le había arrancado su anterior historia a golpes, pero luego retiró incluso esa acusación, que el juez consideraba infundada. Acusar a esos tristes individuos de ocultar pruebas constituye una nimia compensación para los investigadores.

Como le ocurriera a Sangiorgi más de sesenta años antes, la acusación de Catanzaro se vio obligada a basarse en fuentes anónimas para delinear un mapa de los contornos de la guerra mafiosa; dichas fuentes eran vitales a la hora de proporcionar un marco que diera sentido a algo que de otro modo habría parecido una secuencia aleatoria de crímenes. Cuando llegó el juicio, no podía disfrazarse el hecho de que las pruebas resultaban endebles con relación al número de acusados y a la gravedad de los cargos. En consecuencia, la acusación formuló una petición explícita para que se tuvieran en consideración otra serie de aspectos. Los antecedentes penales de los acusados, su temible reputación, los indicios de la existencia de un plan deliberado para invalidar las pruebas e intimidar a los testigos: todo ello apuntaba a un patrón, y dicho patrón era la organización conocida como Mafia.

Apenas puede culparse a los abogados de la defensa por argumentar que no había suficientes pruebas concretas que hicieran de aquel patrón algo más que una mera hipótesis jurídica. Afirmaron que en realidad ese patrón se lo habían inventado los abogados de la acusación como una forma de subsanar las evidentes lagunas que presentaban las evidencias. ¿Y si la Mafia no fuera una organización, sino una actitud de hostilidad a la ley generalizada en toda Sicilia?

La corrupción, la connivencia y la intimidación explican muchas de las absoluciones por falta de pruebas que los mafiosos exhibían en sus currículos. Pero la sentencia de Catanzaro sobre la primera guerra mafiosa muestra que el núcleo de los problemas a los que se enfrentaba el sistema judicial era sencillamente el propio enigma de la Mafia. Tanto el juez de la audiencia preliminar, donde se realizó una evaluación previa de las evidencias de la acusación, como el del propio juicio descartaron la teoría de que la Mafia fuera una organización piramidal centralizada. Pero al hacerlo, perdieron la posibilidad de captar el hecho de que la Cosa Nostra podía estar organizada sin constituir necesariamente una rígida burocracia del crimen. Los jueces también desecharon cualquier sugerencia de que la Mafia tuviera «normas» y «criterios» comunes para todos sus miembros. La farragosa sentencia final del magistrado que presidió el juicio concedía que, en efecto, se podía considerar que la Mafia era «una actitud psicológica o la expresión típica de un exagerado individualismo», pero señalaba que esos factores sociales constituían solo el fondo de lo que en realidad era «un fenómeno de criminalidad colectiva». La imagen que tenía en mente no era la de una organización criminal, sino la de muchas organizaciones independientes, ya fueran *cosche* locales o redes de traficantes. En

resumen, pues, el sistema judicial italiano iba estando cada vez más cerca de aceptar el hecho de que la Mafia era una cosa y no una idea, pero era todavía una cosa demasiado vaga para caer atrapada en las redes legales.

* * *

A las siete menos cuarto de la tarde del 10 de diciembre de 1969, cinco hombres vestidos con uniformes de policía robados irrumpieron en un edificio de oficinas de una planta situado en el viale Lazio de Palermo y empezaron a ametrallar a sus ocupantes. Se inició entonces un violento tiroteo durante el cual resultó muerto uno de los atacantes; sus compañeros lo cargaron en el maletero de uno de los coches que tenían preparados para huir antes de darse a la fuga. Detrás dejaron a cuatro de sus enemigos muertos, a otros dos heridos, y más de doscientos casquillos de bala. En cuanto llegó, la policía advirtió de inmediato cuál de los fallecidos era el principal objetivo del ataque; le encontraron junto a su característico Colt Cobra. Se trataba de Michele Cavataio, el mafioso al que Buscetta había culpado de desencadenar la primera guerra mafiosa.

Era evidente que la matanza del viale Lazio, con sus metralletas y sus coches preparados para la fuga, era obra de unos gángsteres notablemente modernos. Y se había producido en un edificio de oficinas de nueva construcción situado en un ostentoso barrio residencial surgido durante el saqueo de Palermo. Pero el asesinato del Cobra era una ejecución colectiva exactamente igual a las realizadas en esa misma zona por los hombres de honor mencionados en el informe del jefe de policía Sangiorgi setenta años antes. Posteriormente varios *pentiti* han revelado que los asesinos disfrazados de policías eran representantes de varias «familias» mafiosas de la ciudad de Palermo y de fuera de ella.

De hecho, hoy resulta evidente que el ataque producido en el viale Lazio a finales de 1969 era el último acto de la guerra de 1962-1963, lo cual vino a añadir credibilidad a la versión de los hechos de Buscetta. Según algunos *pentiti,* el asesinato de Cavataio fue instigado por Pajarito Greco, que había pasado a suscribir la teoría de Buscetta sobre el origen de la primera guerra mafiosa. Su propuesta de matar al Cobra fue aceptada por un improvisado grupo de capos destacados (la comisión no se reconstituiría hasta poco después). Fue así como, con el respaldo cómodo de la sentencia de Catanzaro, el «fenómeno de criminalidad colectiva» —que los jueces tanto se habían esforzado en definir— decidió dejar atrás los problemas de mediados de la década de 1960 y volver al trabajo.



La matanza del viale Lazio, el 10 de diciembre de 1969, que señaló el retorno de la Mafia a la acción tras la atrocidad de Ciaculli. *[Labruzzo, Palermo.]*

9

Los orígenes de la segunda guerra mafiosa (1970-1982)

EL AUGE DE LOS «CORLEONESI»
1. LUCIANO LEGGIO (1943-1970)

Como suele ocurrir con la mayoría de las películas norteamericanas sobre la Mafia, *El padrino* de Francis Ford Coppola tuvo una escasa acogida por parte de la crítica cuando se estrenó en Italia, en 1972. Un crítico la calificó de «síntesis de todos los lugares comunes sobre los gángsteres italoamericanos». Se trata de una opinión que posiblemente le deba algo a un cierto resentimiento italiano por el modo en que, a través de Hollywood, Estados Unidos se ha apropiado de la Mafia. El mismo crítico consideraba «ofensivamente estúpido» el episodio siciliano de *El padrino,* y en este aspecto tenía razón, las secuencias sicilianas de los padrinos de todos los filmes norteamericanos sobre la Mafia resultan innegablemente burdas. En una de las escenas, por ejemplo, el Michael Corleone interpretado por Al Pacino deambula por las calles de la población cuyo nombre ostenta. Sorprendido al ver a las viudas vestidas de negro y los anuncios de funerales pegados en las paredes, se pregunta en voz alta adónde han ido los hombres. «Están todos muertos —le responde uno de sus guardaespaldas locales—, por la *vendetta»,* y recalca el término como si se tratara de alguna perversa fuerza de la naturaleza, una variante de la peste negra que solo aniquilara a los hombres sicilianos.

En la época en la que Michael Corleone realizó su imaginaria visita a la aldea natal de su padre, el tifus constituía un peligro mayor para la población que los crímenes de la Mafia. En el verano de 1947, por ejemplo, unas cuarenta personas sucumbieron a la enfermedad. Corleone, con sus calles y su sistema de alcantarillado dañados por el paso de los tanques estadounidenses, seguía siendo un lugar de extremada pobreza. Aunque en aquellos años el índice de homicidios no alcanzaba los apocalípticos niveles sugeridos por *El padrino,* sí era, no obstante, llamativamente alto. Así, en 1944 hubo once asesinatos; en 1945, dieciséis; en 1946, diecisiete; en 1947, ocho, y en 1948, cinco. Como en el resto de Sicilia occidental, aquellos eran los años del resurgimiento de la Mafia y de su brutal respuesta a la renovada militancia campesina. Sin embargo, en Corleone, contempladas retrospectivamente, las estadísticas sobre asesinatos han adquirido un significado especialmente siniestro debido al hecho de que incluyen los primeros crímenes cometidos por Luciano Leggio, un mafioso que llegaría a ejercer una influencia dominante en el seno de la Cosa Nostra. Siguiendo el ejemplo de Leggio, su pupilo favorito Totò *el Corto* Riina, *corleonese* como él, orquestaría una matanza de hombres de honor sin precedentes; una matanza que pasaría a conocerse como la segunda guerra mafiosa de 1981-1983. Bajo la batuta de Riina, los *corleonesi* establecerían una dictadura en la organización, y al hacerlo, casi pondrían fin a su historia. Aún hoy el sucesor de Riina como capo de capos es un hombre nacido en Corleone e instruido por Luciano Leggio. Así, y por mera casualidad, cuando el autor de *El padrino,* Mario Puzo, hubo de elegir el lugar de nacimiento de don Vito Corleone (cuyo verdadero apellido era Andolini), fue a

escoger precisamente la población que más tarde habría de dar al mundo los más temidos y poderosos hombres de honor de toda la historia de la organización.

Las fotografías más conocidas de Luciano Leggio datan de una comparecencia ante los tribunales en Palermo, en 1974. Es difícil al observarlas no sacar la conclusión de que el mafioso decidió adoptar para la ocasión un aire basado en el don Corleone de Marlon Brando. Y con su cigarro, su amplia y fuerte mandíbula y su porte arrogante parece que en efecto lo consigue, ya que se puede observar algo más que un ligero parecido físico entre los dos. En realidad el rostro de Leggio era ya famoso antes de que se estrenara *El padrino.* El análisis que de él hiciera la comisión Antimafia, publicado el mismo año en que apareció la película, no es un documento que precisamente tienda a extenderse en aspectos tan frívolos como la apariencia física. Y sin embargo no puede dejar de observar el «rostro grande, redondo y frío» de Leggio, ni su «irónica y desdeñosa» mirada. Si el cinematográfico don Vito era el rostro de la Mafia según la imagen que esta tiene de sí misma —juiciosa y centrada en la familia—, entonces los rasgos de Luciano Leggio, por contraste, eran el emblema de un terror caprichoso. Mientras que los pesados párpados de Brando dotaban a su personaje de una reserva casi noble, los penetrantes ojos de Leggio sugieren que era tan imprevisible como malévolo. Un *pentito* dijo una vez que Leggio «tenía una mirada que provocaba temor incluso entre nosotros los mafiosos. Bastaba con que hubiera la más mínima cosa que le inquietara, y aparecía una extraña luz en sus ojos que hacía callar a todos los que le rodeaban… podías sentir la muerte flotando en el aire»**[102]**. Era un hombre que en cierta ocasión, y según el mismo *pentito,* había matado a un mafioso y a su amante, y después había violado y asesinado a la hija de esta, de quince años de edad.



Luciano Leggio en los tribunales, en la década de 1970, adoptando una pose que parece deberle mucho a Marlon Brando en su interpretación del ficticio don Corleone. *[Labruzzo, Palermo.]*

Pero al igual que tantas otras biografías auténticas de mafiosos, la historia de Luciano Leggio, si se narra desde una perspectiva psicológica, no hace sino caer en el estéril cliché del gangsterismo. Aunque Leggio inspirara un gran temor, la razón de que él y sus seguidores llegaran a ser tan poderosos dentro de la Cosa Nostra no era

que estuvieran hechos de una pasta que les hiciera más temibles que a los demás, sino más bien el hecho de que reinventaron las tácticas de la Mafia creando una nueva combinación de métodos antiguos. Los *corleonesi* desarrollaron un sistema para dominar la Mafia siciliana que se adaptaba al nuevo clima surgido en los años de la Antimafia, cuando el Estado y la opinión pública adquirieron una mayor conciencia del problema y el negocio de las drogas vino a añadir nuevas tensiones a la estructura tradicional de las «familias». En cierto sentido, los *corleonesi* pasaron a ser para la Cosa Nostra lo que esta era para Sicilia: un secreto y mortal parásito. Para comprender cómo evolucionaron esas tácticas, merece la pena seguir el rastro del auge de los *corleonesi* desde los primeros asesinatos de Leggio, en la década de 1940.

* * *

Luciano Leggio nació en 1925 en un ambiente pobre. Cuando la «honorable sociedad» resurgió tras la invasión aliada de 1943, Leggio, que entonces era solo un ladrón de poca monta, fue reclutado por Michele Navarra, un médico de cabeza redonda que era también el capo de Corleone. (Hay una larga tradición de médicos mafiosos como Navarra, que ejercía la medicina general en Corleone; en 1946 se convertiría en director del hospital después de que su predecesor fuera asesinado por un desconocido). Gracias al patrocinio de Navarra, cuando solo tenía veinte años Leggio consiguió un empleo como vigilante en una finca cercana a Corleone. Ya desde antes del asesinato del líder de los fascios Bernardino Verro, este tipo de puestos estaban dominados por la Mafia de Corleone y se utilizaban para hacer contrabando, robar, intimidar a los trabajadores y extorsionar a los terratenientes.

En 1948, probablemente siguiendo órdenes de Navarra, Leggio cometió uno de los más notorios asesinatos políticos de los años de posguerra, con el que daría a los campesinos de Corleone un nuevo mártir socialista al que llorar. La tarde del 10 de marzo —la fecha no es casual, ya que las primeras elecciones parlamentarias de la República italiana eran inminentes— Leggio se llevó al sindicalista y veterano de la resistencia Placido Rizzotto fuera de la ciudad a punta de pistola, luego le obligó a arrodillarse antes de dispararle tres veces a quemarropa en la cabeza. Los restos de Rizzotto, junto con otros dos esqueletos humanos, se encontrarían al cabo de dieciocho meses en una cueva de seis metros de profundidad. Solo unos trozos de ropa y un par de zapatos con suela de goma permitieron a su madre identificarle. Leggio jamás sería condenado por el crimen, pese a la declaración de dos hombres que le habían ayudado a realizar el secuestro y que dijeron a las autoridades dónde podían encontrar el cadáver de la víctima. Placido Rizzotto nunca ha tenido una tumba, pero hoy se alza un busto suyo, inaugurado en 1996, frente al ayuntamiento de Corleone.

Leggio huyó poco después del asesinato de Rizzotto. Fue capturado en 1964, desapareció de nuevo en 1970 y fue encarcelado por última vez en 1974. Fue un fugitivo de la justicia durante tanto tiempo que adquirió el apodo de Pimpinela

Escarlata de Corleone. Pero estaba lejos de ser el apuesto personaje que parecería sugerir este paralelismo literario; sufría de problemas de próstata crónicos, así como de espondilosis, una inflamación de la columna vertebral que le obligaba a llevar un aparato ortopédico de cuero. Debido a su mala salud, en realidad gran parte del tiempo que estuvo «huido» lo pasó en costosas clínicas y balnearios. Hay que decir que no tenía nada de extraño que un mafioso desapareciera del mapa durante un tiempo, incluso el gordo y anciano padrino don Calò Vizzini lo había hecho. Pero la vida de casi permanente ocultación de Leggio iba a crear escuela. Todos los *corleonesi* serían pimpinelas escarlatas, invisibles no solo para las fuerzas de la ley y el orden, sino también para los mafiosos rivales. Esta invisibilidad formaría parte de un nuevo modelo de poder mafioso; a partir de entonces, el capo dejaría de recibir a sus súbditos en la mesa de un café de la plaza local. La única señal manifiesta del poder de los *corleonesi* sería su salvajismo.

En 1956 Leggio, todavía oculto oficialmente, puso en marcha un negocio de cría de ganado como tapadera de su verdadera actividad, que era el contrabando de ganado vacuno. Esta sería la base de su desafío a la autoridad de su propio jefe, Michele Navarra. Primero, Leggio intimidó a uno de los hombres de Navarra para que renunciara a su parte en la empresa de ganado. Luego, cuando uno de los principales lugartenientes de Navarra compró unas tierras adyacentes a las suyas, Leggio le convirtió en el objetivo de una campaña de actos vandálicos. Predeciblemente, en junio de 1958 Leggio cayó en una emboscada preparada en su propia granja por asesinos de Navarra. Pero parece ser que estos recelaron tanto de su reputación de buen tirador que abrieron fuego desde demasiado lejos, lo que permitió a Leggio repeler el ataque, que solo le costó una rozadura en la mano.

Sería la última oportunidad para el médico. Dos meses después, Navarra regresaba en coche a Corleone de Lercara Friddi acompañado de otro médico, un hombre completamente inocente. Al doblar una curva se encontraron con el Alfa Romeo 1900 de Leggio, que bloqueaba la carretera. Cuando la policía y los periodistas llegaron a la escena, poco tiempo después, se encontraron con que alguien había arrojado el coche de la víctima por la cuneta; las docenas de agujeros de bala que mostraba le otorgaban un revelador interés fotográfico «estilo Chicago». Aquel sería el primer asesinato mafioso de Corleone que acapararía los titulares de la prensa desde la desaparición de Placido Rizzotto, una década antes. Y la fama de Leggio se extendería mucho más allá de la pequeña población siciliana.

La maniobra contra Navarra fue un acto de extraordinaria osadía. El malvado doctor de Corleone representaba la clase de estabilidad y protección política que la Cosa Nostra tanto valora. Aparte de sus responsabilidades médicas, era presidente de la federación de campesinos de Corleone, administrador del sindicato de agricultores e inspector del plan de seguros de enfermedad para la región; colocó a sus amigos en un montón de influyentes organismos semipúblicos, y uno de sus hermanos dirigía la compañía regional de autobuses que el propio Navarra había iniciado con vehículos

militares abandonados en 1943. El médico de Corleone controlaba un significativo paquete de votos favorables a la DC, tenía el respaldo de los demás capos mafiosos de la región, y en su clan se contaban hombres de honor con una considerable experiencia, además de contactos en Estados Unidos. Incluso se le había concedido el título de *cavaliere* poco antes de ser asesinado a tiros, y ello pese a haber tenido que sufrir un período de exilio interior por las sospechas relativas a su implicación en la muerte de Rizzotto. No es extraño, pues, que los campesinos de la región le llamaran *U patri nostru* («Nuestro Padre»). Los mafiosos raramente tienen interés en permitir que un asesino de a pie como Leggio venga a trastornar un prestigio tan pacientemente acumulado y provechoso.



Funeral celebrado en «la Lápida», en el que se lleva a enterrar a varios seguidores de Michele *Nuestro Padre* Navarra tras un tiroteo con los hombres de Luciano Leggio en el centro de la población. Corleone, 1958. *[Copyright desconocido.]*

Tras asesinar a Navarra, la banda de Leggio no tenía otra alternativa que aprovechar el impulso de su ofensiva; en aquel momento, supervivencia y victoria eran una misma cosa. Un mes después de la muerte del doctor, tres de sus más temidos soldados fueron asesinados a tiros en una batalla en la que participaron decenas de pistoleros y que se libró en el mismo centro de Corleone; varios transeúntes resultaron heridos, incluyendo niños. Corleone llegaría a adquirir entonces el sobrenombre de la Lápida. En octubre de ese mismo año, 1958, *L'Ora* publicó a toda plana un informe sobre las actividades de Leggio bajo un titular que contenía una sola palabra: «Peligroso». Tres días después las oficinas del periódico serían objeto de un atentado con bomba.

El espectacular golpe de Leggio contra los capos establecidos de Corleone constituía algo poco habitual, pero que no carecía ni mucho menos de precedentes. En cierto sentido representaba una confirmación de algo que probablemente se había

ido repitiendo a lo largo de toda la historia de la Mafia. Aunque la influencia política es importante, el poder último en el seno de la organización radica en su ala militar antes que en su ala política. La predisposición a pagar a corto plazo el precio político de utilizar una violencia desmesurada —como mostró Leggio en 1958— se convertiría en un rasgo distintivo de las tácticas adoptadas por los *corleonesi* a partir de aquel momento.

Los tiroteos y los secuestros se prolongaron en Corleone durante cinco años. Los advenedizos de Leggio se hallaban a punto de alcanzar la victoria total sobre el *establishment* de Navarra cuando, el 30 de junio de 1963, el coche bomba de Ciaculli generó una oleada de detenciones masivas e interrumpió temporalmente casi toda la actividad de la Mafia en Sicilia occidental. El propio Pimpinela Escarlata al final sería arrestado en Corleone en 1964, en una casa propiedad de una solterona de mediana edad a la que se había considerado fuera de toda sospecha por la sencilla razón de que había sido la prometida del malogrado sindicalista Placido Rizzotto.

Cuando finalmente se juzgó a sesenta y cuatro de los participantes en la guerra entre los *leggiani* y los *navarriani*, en 1969, todos fueron absueltos. Sorprendentemente, y pese a llevar casi un cuarto de siglo como asesino de la Mafia, Leggio solo tenía una condena en su historial delictivo por haber robado unas cuantas gavillas de maíz. El informe final de la comisión de investigación parlamentaria Antimafia criticaría posteriormente aquella sentencia, culpando de ello al modo en que Leggio y sus hombres habían intimidado a los testigos, y la «inconsciente» tendencia del juez a mostrarse inusualmente riguroso a la hora de evaluar las pruebas de la acusación. Parece ser que Leggio también había hallado el modo de destruir pruebas materiales en algún momento del período transcurrido entre las investigaciones y el juicio; en la escena del asesinato de Navarra se habían encontrado fragmentos del piloto trasero de un automóvil, que en aquel momento se habían identificado como procedentes de un Alfa Romeo como el que tenía Leggio; cuando se abrió la bolsa que contenía aquella evidencia para volver a inspeccionarla, muchos meses después, se descubrió que los fragmentos se habían sustituido por otros procedentes de una marca de coche distinta. La acusación recurrió la sentencia absolutoria, pero cuando Leggio fue condenado a cadena perpetua en un segundo juicio, había desaparecido de nuevo.

La actividad de la Mafia se reinició en serio en 1969, tras la absolución de Leggio y sus hombres. Y cuando eso ocurrió, se hizo visible la existencia de un nuevo mapa de poderes en el seno de la organización. Entre el grupo de pistoleros disfrazados de policías que habían ejecutado a Michele *el Cobra* Cavataio en el viale Lazio se encontraban dos de los principales asesinos de Leggio: Calogero Bagarella (el hombre que resultó muerto en el ataque y cuyo cuerpo cargaron sus compañeros en el maletero del coche preparado para la fuga) y Bernardo *el Tractor* Provenzano (el hombre que en el momento de escribir estas líneas es el actual capo de capos). El estatus que entonces poseía Leggio en el seno de la Cosa Nostra se vio confirmado

cuando, poco después, se constituyó de nuevo la comisión. Como medida provisional, esta inicialmente solo estaba integrada por tres miembros. El primero de ellos era Gaetano *Tano* Badalamenti, un importante traficante de droga con sólidos vínculos al otro lado del Atlántico y uno de los tres hombres del «grupo de trabajo constitucional» que habían elaborado el reglamento de la comisión. El segundo era Stefano Bontate, conocido como el Príncipe de Villagrazia, capo de la mayor «familia» de Palermo y vástago de una prestigiosa dinastía mafiosa (su padre había sido uno de los portadores del féretro de don Calò Vizzini). El tercero era el propio Luciano Leggio, aunque con frecuencia le representaba en las reuniones su lugarteniente de confianza Totò Riina, apodado *u Curtu* («el Corto»).

La composición de este triunvirato constituía un signo de que la nueva comisión iba a ser un organismo distinto del creado inicialmente tras la visita de Joe Bananas a Sicilia en 1957. La norma que impedía que los jefes de las «familias» tuvieran un asiento en la comisión había desaparecido. En ese momento los tres miembros del triunvirato eran sin duda los más poderosos hombres de honor de la provincia de Palermo, y, en consecuencia, de toda la Mafia siciliana. La comisión ya no actuaba como un mero contrapeso a la autoridad que ejercían los jefes de las «familias» locales sobre los hombres de honor individuales, como deseara Buscetta en 1957. De hecho, lo que estaba haciendo actualmente era reactivar y reorganizar a las «familias» desde arriba. Cuando la comisión pasara a ser plenamente operativa, en 1974, la Cosa Nostra asumiría una estructura de mando más jerárquica, la misma que Tommaso Buscetta le describiría al juez Falcone y que hoy sigue estando vigente.

La cuestión es cómo Luciano Leggio, procediendo como procedía de la atrasada Corleone, llegó a hacerse un sitio entre la elite de Palermo. Ciertamente, y pese a la notoriedad que le han otorgado tanto Leggio como Marlon Brando, Corleone no es la «capital» de la Mafia. Pero el caso es que, mucho antes de ser detenido por primera vez en 1964, Leggio era ya algo más que el jefe de la «familia» de Corleone; había extendido su influencia allí donde realmente importaba: en Palermo.

Palermo era el lugar donde Leggio pasaba la mayor parte del tiempo que permanecía oculto; el mercado mayorista de carne de la ciudad era donde su pequeña empresa de transportes llevaba el ganado ilegalmente sacrificado; era en Palermo donde el «agresivo malversador de Corleone» Vito Ciancimino se abría paso a codazos hacia el poder en el ayuntamiento; era en Palermo donde Leggio tenía una empresa que alquilaba tragaperras que expedían regalos sorpresa y que estaban llenas de cigarrillos de contrabando; Leggio mantenía asimismo estrechas relaciones con gángsteres que fueron los principales implicados en la primera guerra mafiosa: La Barbera, Buscetta, Greco, Cavataio, Torretta; Palermo era donde la Mafia tenía sus raíces, donde todavía se concentraba el poder en el seno de la «honorable sociedad». Palermo habría de ser, pues, el trofeo de la segunda guerra mafiosa.

LA CRISIS ESPIRITUAL DE LEONARDO VITALE

La historia de la Mafia siciliana no se compone solo de alta política, grandes negocios y guerras. La década de 1970 fue también el escenario de dos tragedias —que relataremos en este apartado y en el próximo—, las cuales nos hablan de las intensas inquietudes cotidianas que afectaban a los hombres, mujeres y niños que vivían en lo más profundo del sistema mafioso.

Alrededor de las once de la noche del 29 de marzo de 1973, Leonardo Vitale se dirigía al cuartel local de la brigada móvil de Palermo para declarar que estaba atravesando una crisis espiritual y tenía la intención de comenzar una nueva vida. Tenía entonces treinta y dos años, y era un hombre de honor de la «familia» mafiosa de Altarello Di Baida, en la que ostentaba el rango de *capodecina.* En presencia de unos agentes mudos de asombro, Vitale admitió dos asesinatos consumados, un intento de asesinato, un secuestro y un montón de delitos menores. Asimismo, dio los nombres de los culpables de otros homicidios. Explicó cómo se organizaba una «familia» mafiosa, quiénes eran los miembros de su propia «familia», y reveló la existencia de la comisión. Aunque dentro de la organización ocupaba un nivel demasiado bajo para saber quién formaba parte exactamente de la comisión, sí explicó que en cierta ocasión el *corleonese* y miembro del triunvirato Totò *el Corto* Riina había acudido a dirimir una disputa entre su familia y la vecina. Cuando la noticia llegó a la prensa, Vitale fue apodado «el Valachi de las afueras de Palermo». Una vez más, y mucho antes que Tommaso Buscetta, un *pentito* había revelado secretos de la Mafia a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharlos.

Tres semanas después de que Vitale se hubiera entregado, un juez de instrucción invitó a un equipo de psiquiatras forenses a la cárcel de Ucciardone, y les dio instrucciones de que averiguaran si el *pentito* estaba lo bastante cuerdo como para resultar un testigo creíble en un juicio. De hecho, se habían evidenciado ya algunos signos de que su estado mental era frágil. Anteriormente, aquel mismo año, cuando había estado retenido durante una semana en la isla de Asinara bajo la sospecha de haber tomado parte en un secuestro, se había cubierto con sus propios excrementos. Vitale les explicó por qué a los psiquiatras:

> Hacer algo así me ayudó a entender de algún modo… a entender que algo así no es malo, pero otras cosas *son* malas. Algo así no puede hacer daño a la gente, pero otras cosas *son* malas… las que yo hacía antes[103].

El gesto de Vitale de embadurnarse de heces resultaba mucho más elocuente que sus palabras, ya que era un hombre de pocas luces. Pero a pesar de sus dificultades de expresión, la historia que contó a los psiquiatras forenses proporciona una de las más

reveladoras perspectivas sobre el coste emocional de pertenecer a una organización que actúa en un reino de silencio y de muerte.

El hombre más influyente en la vida de Vitale, el hombre en el que buscó el afecto que le faltó tras el fallecimiento de su padre, fue su tío, que también se convirtió en su capo. «Él lo era todo para mí», diría Vitale. La inquietud que más influyó en su vida giraba en torno a su incierta masculinidad: «Yo creía que era un pederasta, y siempre he tenido que cargar con ello». A los catorce años de edad dejó de ir a misa porque culpaba a Dios de los «malos pensamientos» que atravesaban su mente. Se convirtió en mafioso —explicaría— «como protesta contra mi propia naturaleza, porque Dios me había dado aquellos complejos. Una protesta contra Dios, por el complejo de no ser un hombre»[104].

Pero no fue culpa de ningún «complejo» que el destino de Leonardo Vitale se decidiera ya cuando solo era un muchacho. En la familia Vitale el sistema de valores de la Mafia se había ido transmitiendo de generación en generación, y probablemente él era descendiente de un asesino que había sido absuelto de trabajar para don Raffaele Palizzolo allá en la década de 1890. Siguiendo la tradición familiar, cuando el tío de Leonardo percibió la admiración que el joven sentía por él, empezó a poner a prueba su temple, diciéndole en cierta ocasión: «¿Ves mis manos? Pues están manchadas de sangre, y las manos de tu padre aún estaban más manchadas que las mías». Su tío le pidió que demostrara su «valor», primero matando un caballo, y luego, a los diecinueve años, matando a un hombre; para ello le llevaron en un pequeño Fiat 500 que adelantó a la víctima, y a continuación él le disparó con una escopeta apostado en el asiento trasero. La recompensa de Leonardo fue que su tío le llevó a cazar alondras, después de lo cual sería iniciado en la «familia» de Altarello Di Baida. En lo que hoy identificamos como una variante con sabor histórico del habitual ritual de iniciación, le pincharon en el dedo con la espina de un naranjo amargo, un árbol cuyo fruto ha sido apreciado por su zumo desde la época de los árabes.

Envenenando a perros guardianes, quemando automóviles, destrozando árboles frutales, matando a un ladrón de limones, enviando cartas amenazadoras con calaveras dibujadas, poniendo bombas en despachos, destrozando maquinaria en los solares de construcción y dedicando mucho tiempo a haraganear, durante los trece años siguientes Leonardo Vitale participó en el negocio cotidiano de la extorsión, actuando como «recaudador» del territorio de su «familia» a las órdenes de su tío. En 1969 Vitale subió de categoría al matar a otro mafioso. Como consecuencia de ello, su tío empezó a revelarle más secretos de la organización, hablándole de la existencia de la comisión, que había ordenado su más reciente asesinato, así como el del periodista de *L'Ora* Mauro De Mauro, que desapareció en 1970. Vitale fue ascendido y se convirtió en *capodecina*, lo cual no significaba gran cosa para él aparte de quedarse con una parte mayor del botín.

Vitale explicó a los psiquiatras que había dejado atrás su antiguo Yo y sus inquietudes revelando los secretos de la Mafia. Era —decía— como si sus crímenes los hubiera cometido otra persona. Había reencontrado a Dios, su paz interior, y con ella, el definitivo convencimiento de que en realidad no era un pederasta. Pero a medida que iba contando más detalles de su historia a los psiquiatras, se percibía que su estado de ánimo se hacía más depresivo e impredecible. Un día apareció con cortes en los brazos que se había hecho él mismo; luego empezó a ir sin zapatos y con una larga barba, declarando: «¡Un loco, yo era un loco!». Los jueces empezaron a preguntarse si todavía experimentaba la crisis espiritual que le había llevado a desertar de la Mafia, o si le habían presionado para que se fingiera demente con el fin de socavar su testimonio. Cuando concluyó el examen psiquiátrico, Vitale fue declarado «semidébil mental»; pero los expertos también decidieron que su enfermedad no afectaba a su memoria, ni, en consecuencia, a la credibilidad de su testimonio. La propia reacción escrita de Vitale a cómo le clasificaron los psiquiatras resulta desgarradora en su tensa lucidez:

> Semidebilidad mental = enfermedad psíquica. Mafia = enfermedad social. Mafia política = enfermedad social. Autoridades corruptas = enfermedad social. Prostitución = enfermedad social, sífilis, condiloma, *etc.* = enfermedad física que influye en la psique del enfermo desde la misma infancia. Crisis religiosa = enfermedad psíquica que se deriva de esas otras enfermedades. Esos son los males de los que yo, Leonardo Vitale, resucitado en la fe del verdadero Dios, he sido víctima[105].

El caso llegó a juicio en 1977. De los veintiocho acusados, solo Vitale y su tío fueron condenados. La «semidebilidad mental» y el comportamiento errático de Leonardo habían sido suficientes para debilitar fatalmente la base de la acusación. Si aquellas absoluciones resultaban, pues, comprensibles, no puede decirse lo mismo del modo en que la profunda e importante perspectiva que proporcionara Vitale de la naturaleza de la Mafia resultaría a continuación completamente ignorada por las autoridades. Leonardo Vitale fue condenado a veinticinco años de cárcel. Tras pasar la mayor parte de su condena en instituciones mentales, sería puesto en libertad en junio de 1984. Poco después, gran parte de lo que había dicho ya en 1973 se vería confirmado cuando Tommaso Buscetta se convirtió en testigo de cargo. El domingo 2 de diciembre de 1984 Vitale volvía de misa con su madre y su hermana, cuando un individuo no identificado le disparó dos veces en la cabeza. Más tarde, aquel mismo año, Giovanni Falcone y Paolo Borsellino presentaron sus evidencias en apoyo del «teorema de Buscetta» como preparación para el macrojuicio. Iniciaban el documento contando la historia de Leonardo Vitale, una historia que concluían con las siguientes

palabras: «Cabe esperar que al menos después de su muerte se dé a Vitale el crédito que merecía».

MUERTE DE UN «FANÁTICO IZQUIERDISTA»: PEPPINO IMPASTATO

En la década de 1970 —conocida como los «años de plomo»—, la democracia italiana tuvo que enfrentarse a su época más oscura desde la caída del fascismo. Una vez más, conocer la Mafia y luchar contra ella no constituía una de las principales prioridades de la nación. El 12 de diciembre de 1969, dos días más tarde del ataque a Michele *el Cobra* Cavataio que señaló la reanudación de la actividad de la Cosa Nostra después de los tranquilos años de mediados de la década de 1960, estalló una bomba en un banco de la piazza Fontana, en el centro de Milán; dieciséis personas resultaron muertas y varias docenas heridas. Tres días después, un anarquista inocente al que se había detenido para interrogarle con relación al atentado de la piazza Fontana murió al caer por la ventana de un cuarto piso en el cuartel de la policía de dicha ciudad[106]. Al poco tiempo empezaron a surgir evidencias que vinculaban a grupos neofascistas con la matanza, y que asimismo conectaban a diversos elementos de los servicios secretos italianos con dichos neofascistas. Los grupos de izquierdas más combativos adoptaron el eslogan: «Fue una matanza estatal». Pero no eran ni mucho menos los únicos que creían que se estaba tramando un complot para acabar con la democracia. No cabe duda de que tal complot existía; la única cuestión, que todavía sigue abierta, es hasta qué punto se había extendido en el seno de las instituciones. Se trataba de una «estrategia de tensión»; un programa de atentados terroristas destinados a preparar el terreno para un golpe de Estado de la derecha.

La estrategia de tensión era una respuesta directa a lo que se percibía como una amenaza de la izquierda. Los años 1967-1968 presenciaron una oleada de protestas estudiantiles que la reacción policial, a menudo excesivamente contundente, no hizo sino radicalizar. Más grave aún resultaba la serie de huelgas y manifestaciones iniciadas en el «otoño caliente» de 1969; por un momento pareció que el movimiento obrero estuviera a punto de situarse más a la izquierda que el Partido Comunista.

El atentado de la piazza Fontana anunciaba un nuevo período de inestabilidad política y violencia. Durante aquella década, y aun después, seguirían nuevos actos terroristas con el sello de la derecha. La peor de las atrocidades sería el asesinato de ochenta y cinco personas por una bomba colocada en la sala de espera de segunda clase de la estación de Bolonia, en agosto de 1980. Pero la violencia política no se limitaba ni mucho menos a la extrema derecha. A mediados de la década de 1970, mientras la crisis económica mundial contribuía a reprimir la militancia laboral, el grupo de partidos situados a la izquierda del Partido Comunista de Italia —con elevados ideales, pero extremadamente beligerantes— empezaron a darse cuenta de que la revolución no estaba a la vuelta de la esquina, como habían creído a finales de la década de 1960. Para una pequeña minoría de aquellos militantes de izquierdas, la acción armada, orientada a exacerbar el conflicto social y preparar el terreno para una

insurrección obrera, constituía la respuesta apropiada a la reducción de las huelgas y las «matanzas estatales». Las Brigadas Rojas propugnaban «un ataque al corazón del Estado», y a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 organizaron prominentes asesinatos de policías, jueces, empresarios, periodistas e incluso miembros del Partido Comunista sospechosos de colaborar con el «Estado de las multinacionales».

La implicación de la Mafia en la estrategia de tensión y en las conspiraciones de la derecha desde 1969 constituye uno de los temas favoritos de los «detrasólogos». Hay de hecho uno o dos vínculos inequívocos. En diciembre de 1970 un príncipe neofascista ocupó el Ministerio del Interior en un intento de desencadenar un golpe de Estado; se retiró pacíficamente al cabo de unas horas, y la opinión pública no se enteró del incidente hasta unos meses después. Posteriormente, Tommaso Buscetta y otros *pentiti* revelarían que se había pedido a los líderes de la Mafia que participaran en el golpe a cambio de la revisión de ciertos veredictos judiciales importantes. Buscetta y Pajarito Greco incluso cruzaron el Atlántico para tratar del tema con Leggio y los demás en una serie de reuniones celebradas en Catania, Roma, Milán y Zurich durante el verano de 1970. Parece ser que muchos de los principales capos no acababan de decidirse por aceptar o no la propuesta. Un *pentito* observaría con aspereza que en aquel momento se jugaba el mundial de fútbol, y que a medida que Italia iba progresando a lo largo del torneo hasta jugar con Brasil en la final, muchos hombres de honor se mostraban más interesados en ver los partidos en televisión que en reunirse para tratar de la revolución fascista. Finalmente la Mafia aceptó participar en la revuelta, pero al parecer ello se debió al deseo de vigilar de cerca los acontecimientos antes que al hecho de que hubiera compromiso alguno con la causa. La represión de la Mafia a manos del «prefecto de hierro» Cesare Mori había dejado un poso de desconfianza entre la extrema derecha y la Cosa Nostra.

Aparte del abortado golpe de Estado de 1970, se sabe también que la Mafia ayudó a los terroristas de extrema derecha a poner una bomba en un tren que circulaba entre Milán y Nápoles el 23 de diciembre de 1984, de la que resultaron muertas dieciséis personas. Tales episodios han contribuido a alimentar las especulaciones acerca de la posibilidad de que la propia Cosa Nostra fuera una mera herramienta de las sombrías figuras que recorrían los pasillos de los ministerios en Roma, y de que por encima de los más altos escalones de la organización se hallara la mano rectora de un misterioso titiritero moviendo sus hilos. Esto constituye casi con toda certeza una mera fantasía. La historia de la Cosa Nostra sugiere que, cuando esta ha colaborado con subversivos violentos de la derecha, probablemente lo ha hecho solo poniendo sus propias condiciones, con la esperanza de obtener concesiones precisas. La revisión de veredictos judiciales probablemente representa un arquetipo de lo que la Mafia deseaba conseguir con cualquiera de tales acuerdos.

Detrás del derramamiento de sangre y las conspiraciones de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, estaban produciéndose en el sistema judicial

italiano una serie de cambios menos llamativos que tendrían una profunda influencia en la futura historia de la Mafia. En Sicilia, como en muchas otras partes de Italia, los magistrados de la vieja guardia eran instintivamente conservadores, y algunos de ellos se hallaban en estrecha vinculación con la clase política a través de sociedades masónicas y lazos familiares. Aun en el caso de que a escala individual ninguno de ellos se confabulara directamente con la Cosa Nostra, como organismo no era probable que aquellos hombres —y todos lo eran— tuvieran el ánimo requerido para enfrentarse al crimen organizado en sus más altos niveles.

Pero entonces, en la década de 1960, la extensión de la enseñanza superior a una parte mayor de la población aumentó también el número de aspirantes a la judicatura. Al mismo tiempo, esta obtuvo finalmente su propio órgano rector, y con él, un grado de independencia del gobierno superior incluso al de otros países europeos. Hacia finales de la década, una organización denominada Magistratura Democrática encabezó un movimiento de los jueces más jóvenes en favor de una reforma del esclerótico sistema judicial. Parte de la nueva generación de magistrados aspiraba a poder llamar al orden a toda una serie de delincuentes de cuello blanco: contaminadores, especuladores inmobiliarios, políticos corruptos, *etc.*

A medida que el poder de los jueces fue aumentando, estos también se fueron politizando y organizándose en facciones políticamente alineadas. En parte como resultado de ello, la sospecha de que se iniciaban investigaciones, e incluso se dictaban sentencias, por motivos políticos partidistas, se convirtió en un motivo de queja cada vez más frecuente. Pese a esto, los grandes éxitos en la lucha contra la Mafia de los años venideros habrían resultado impensables sin esta lenta transformación del sistema judicial italiano. Se trataba, no obstante, de cambios que tardarían años en tener efectos en la batalla contra la Cosa Nostra.

* * *

Durante la década de 1970 hubo veces en que pareció que la democracia italiana no sobreviviría al ataque combinado de la estrategia de tensión y el terrorismo de izquierdas. El momento más preocupante se produjo el 16 de marzo de 1978, cuando las Brigadas Rojas secuestraron a la figura más influyente de la Democracia Cristiana, el exprimer ministro Aldo Moro, en un ataque en el que resultaron muertos su chófer y todos los miembros de su escolta. Durante cincuenta y cinco días Italia contuvo el aliento, mientras los políticos de todos los partidos discutían si era mejor mantenerse firmes frente a las demandas de los secuestradores o negociar para tratar de salvar la vida del político. Finalmente, el 9 de mayo, Moro sería asesinado y su cuerpo abandonado en el maletero de un Renault rojo en una callejuela de Roma situada a solo unas docenas de metros de las sedes centrales tanto de la DC como del PCI.

Comprensiblemente, estas emergencias terroristas contribuyeron a sofocar la preocupación por el resurgimiento de la Mafia y por su cotidiano régimen de terror en

Sicilia occidental. No hay ilustración más clara de ello que una noticia que apareció el mismo día en el que se encontró el cadáver de Moro en Roma. El periódico milanés conservador *Corriere della Sera* informaba brevemente de un incidente ocurrido en Cinisi, una pequeña población de la costa occidental de Sicilia, lejos del «corazón del Estado». El titular era: «Fanático izquierdista destrozado por su propia bomba en la vía férrea».

El «fanático izquierdista» era Giuseppe *Peppino* Impastato. Pero su muerte, a los treinta años de edad, no fue el resultado de un ataque terrorista fallido, ni tampoco de un suicidio, como se afirmaría más tarde. Peppino Impastato fue asesinado por la Mafia de Cinisi, aunque haría falta casi un cuarto de siglo y una tenaz campaña de sus amigos y parientes para que se le hiciera justicia. Para que el lector empiece a comprender por qué este hecho resulta históricamente significativo, basta con que eche un vistazo a la fotografía publicada en el presente volumen en la que aparecen un grupo de «hombres de respeto» de Cinisi, una foto tomada a principios de la década de 1950. Peppino es el menor de los dos niños vestidos con pantalón corto, el que coge con su mano izquierda la derecha de su padre.



Cinisi, 1952. Peppino Impastato, que posteriormente se convertiría en un mártir de la lucha contra la Cosa Nostra, es el menor de los dos niños, a la izquierda de la imagen. *[Reproducida con la amable autorización de Giovanni Impastato.]*

El niño de la foto se convertiría en un militante de izquierdas; un rebelde inteligente, en ocasiones torturado, que dedicó la mitad de su vida a la causa de la lucha contra el capitalismo y la opresión. Como muchos jóvenes italianos de la época, participaba apasionadamente en lo que hoy nos parecen arcanas disputas sectarias realizadas en una árida jerga marxista; discutía de todo desde su postura ideológica, desde la guerra de Vietnam hasta el nudismo; pasaba de un minúsculo partido revolucionario o iniciativa a otro, oscilando constantemente entre la euforia y la desesperación (ya que las relaciones personales y amorosas le resultaban difíciles). Pero si en el caso de Peppino la política constituye un ingrediente esencial de su historia, aún más importante resulta el hecho de que su rebelión se viviera en el seno de uno de los entornos familiares más saturados de Mafia que es posible imaginar. El padre de Peppino era mafioso, un miembro de bajo rango de la «familia» de Cinisi.

En la familia consanguínea extensa había asimismo otros hombres de honor, como los había habido durante décadas. La rebelión de Peppino contra este entorno familiar resultaba insólita.

Los miembros supervivientes de la familia Impastato recordarían posteriormente cierto momento de 1963 como el primer signo de la revuelta de Peppino contra la cultura mafiosa en la que había estado inmerso durante toda su infancia. Cuando Peppino tenía quince años, Cesare Manzella, el entonces capo de Cinisi —que también era su tío por matrimonio— fue asesinado utilizando un Alfa Romeo Giulietta cargado de TNT durante la primera guerra mafiosa. El adolescente Peppino se sintió horrorizado. Como todo el pueblo sabía, se encontraron partes del cuerpo de su tío colgadas en limoneros situados a cientos de metros del cráter abierto donde había estado el coche. Impastato le preguntó a otro tío suyo: «¿Qué debió de sentir?». La respuesta —«Todo ocurrió en un instante»— hizo bien poco para calmar la ansiedad del muchacho.

Cuando tenía diecisiete años Peppino era ya un activista, dirigía mítines y coeditaba una hoja informativa, *El Ideal Socialista.* Su enfrentamiento con la Mafia fue inmediato, directo y asombrosamente valiente en una población en la que la eliminación criminal del movimiento campesino de izquierdas en los años de posguerra constituía todavía un recuerdo reciente. En 1966 escribió un artículo titulado «Mafia: una montaña de mierda». Después de leerlo, uno de sus muchos parientes mafiosos advirtió a su padre: «Si fuera hijo mío, cavaría una zanja y le enterraría»[107]. A continuación se prohibió a Peppino entrar en casa de sus padres.

Cinisi, la aldea natal de Peppino Impastato, no constituía precisamente una avanzadilla menor en el imperio de la Cosa Nostra. En la década de 1960 fue uno de los más importantes centros de actividad mafiosa de Sicilia occidental. El nuevo aeropuerto de Palermo —obviamente un punto clave en las actividades ilícitas y las operaciones de contrabando— se había construido allí, a finales de la década de 1950. De los ocho mil habitantes de Cinisi, el 80 por ciento tenían parientes en Estados Unidos. No es casualidad que la población fuera uno de los principales centros de almacenaje y distribución del tráfico de heroína transatlántico. El capo de Cinisi, don Tano Badalamenti, tenía fuertes vínculos familiares con el hampa de Detroit, contaba con bases para sus operaciones de tráfico de droga en Roma y Milán, y controlaba toda una serie de empresas de construcción. Asimismo ejercía una enorme influencia en el seno de la Cosa Nostra. Había ayudado a Tommaso Buscetta a elaborar las reglas de la primera comisión en 1957, y sería uno de los miembros del triunvirato establecido en 1970. Según un *pentito,* tras asumir su puesto en el triunvirato, su primera medida fue ordenar que se disparara a un criminal napolitano de poca monta, se trataba del hombre que unos años antes había abofeteado a Lucky Luciano en un hipódromo de Nápoles. Así, ocho años después de la muerte de Luciano, Badalamenti pudo informar a sus contactos de la Cosa Nostra estadounidense de que el insulto

había sido vengado. Cuando se reconstituyó plenamente la comisión, en 1974, sería Badalamenti quien la presidiría.

⁎ ⁎ ⁎

La revuelta de Peppino vino a ahondar unas fisuras que ya existían previamente en la familia Impastato. Su madre, Felicia Bartolotta Impastato, había de darle de comer a escondidas. Ella se había unido a la Mafia por su matrimonio, pero no tenía parientes de sangre que fueran hombres de honor. El padre de Peppino era un hombre dominante y con dificultades de expresión, que solo permitía a su esposa que se juntara con otras esposas de la Mafia. Además, descargaba en ella el «deshonor» y la inquietud que su incapacidad para controlar a su propio hijo le había acarreado. «Aquello era una *dictadura.* Desesperación… temor. Cuando le oía entrar en casa me meaba», recordaría más tarde. Aunque Felicia tenía demasiado miedo para asistir a los mítines de Peppino, trataba de persuadir a su hijo de que moderara el tono de su campaña: «Mira, Giuseppe, yo también estoy en contra de la Mafia. Pero ¿acaso no ves cómo es tu padre? ¡Ten cuidado, hijo mío!»[108].

Pese a las amenazas de la Mafia y los temores de su madre, Peppino siguió adelante. En palabras de su madre, luchaba por «cosas justas y necesarias», cosas que casi siempre chocaban con los intereses de la organización. Participó intensamente en una campaña en apoyo de los campesinos cuyas tierras iban a ser expropiadas para que se construyera una tercera pista en el aeropuerto. Asimismo, luchó junto a los obreros de la construcción explotados por empresarios protegidos por la Mafia. A mediados de la década de 1970, dedicó gran parte de su tiempo a la lucha contra lo que el Partido Comunista de Italia denominaba su «compromiso histórico»: la decisión de respaldar a los gobiernos de la Democracia Cristiana cuando juzgara que estos iban en una dirección progresista. Los izquierdistas lo consideraban una traición, si bien se le ha dado cierta justificación argumentando que el «compromiso histórico» salvó a Italia del destino de Chile, donde en 1973 el sangriento golpe de Estado de Pinochet derrocó a un gobierno democrático. Cualesquiera que fueran los aciertos y errores de la estrategia moderada del PCI en el resto de Italia, en Sicilia occidental el compromiso con la DC equivalía, a los ojos de Peppino y de sus camaradas, a colaborar con la Mafia.

Peppino también se mostraba riguroso en su crítica ideológica a los hippies, que habían establecido la primera comuna de Italia en una cercana villa abandonada de los Florio; consideraba desalentador que hubieran renunciado a la política en favor del nudismo y el cannabis. En 1977 fundó una diminuta emisora local de radio, Radio Aut, cuya emisión más destacada era un programa nocturno de música y sátiras dirigidas contra la «Mafiópolis» y su «Mafiacipalidad» (o lo que es lo mismo, Cinisi y su municipalidad o ayuntamiento, dominado por la DC). Los *sketches* del programa ridiculizaban a la familia mafiosa local y sus turbios asuntos parodiándola en versiones grotescas de la *Divina Comedia* de Dante o en escenas de *western;* así, al

capo Tano Badalamenti se le parodiaba abiertamente con el personaje de *Tano Seduto* («Tano [Toro] Sentado»). En un artículo de periódico, Peppino se refería también a Badalamenti como «un rostro pálido aficionado al tráfico de droga y al uso de la escopeta de cañones recortados». En la primavera de 1978 Peppino colaboró en el montaje en Cinisi de una exposición fotográfica titulada «La Mafia y el paisaje», donde se mostraban los daños causados por la construcción de una carretera ilegal. En la misma época fue elegido candidato en las elecciones locales. Existe una escalofriante foto en la que aparecen varios hombres de honor examinando detenidamente uno de los paneles de la exposición sobre «La Mafia y el paisaje»; se tomó un día antes de que Peppino fuera asesinado.

Peppino Impastato sabía el riesgo que corría. Su madre le había advertido de que los mafiosos eran «animales», para quienes «apagar una vela no significaba nada». Probablemente calculó que el hecho de que su padre fuera un hombre de honor le protegería en cierta medida. Hoy sabemos que, en efecto, su padre asumió considerables riesgos para proteger a su hijo de la venganza de Badalamenti. Luego, en septiembre de 1977, murió atropellado por un automóvil. Durante muchos años la familia creyó que su muerte había sido accidental, aunque actualmente ha llegado a la conclusión de que se trató de un asesinato. Cualquiera que sea la verdad, el caso es que la muerte de su padre dejó a Peppino sin protección. En el funeral Peppino se negó a dar la mano a los mafiosos que acudieron a presentar sus respetos, lo que equivalía a un rotundo insulto. Tampoco durante los meses siguientes disminuyó la intensidad de su campaña. Casi con toda certeza sabía que iba a ser asesinado.

La noche del 8 al 9 de mayo de 1978, Peppino fue secuestrado cuando volvía de Radio Aut y trasladado en su propio coche a una destartalada choza de piedra situada a unos metros de la vía del ferrocarril Palermo-Trapani, junto a la valla que rodeaba el aeropuerto. Allí fue golpeado y torturado antes de ser arrojado a la vía con varios cartuchos de dinamita sujetos al torso.

A primera hora de la mañana siguiente, los trabajadores del ferrocarril informaron de que se había dañado una sección de la vía de cincuenta centímetros. Cuando los carabineros llegaron a la escena, encontraron el coche de Peppino, sus zuecos Scholl blancos y sus gafas junto al agujero abierto por la explosión. Los fragmentos de su cuerpo y de sus ropas se habían esparcido por un radio de trescientos metros; solo resultaban reconocibles las piernas, parte del rostro y algunos dedos. La muerte de Peppino representaba un horroroso eco del modo en que había muerto su tío el mafioso en 1963; aquel mismo asesinato que le había llevado a preguntar: «¿Qué debió de sentir?», y a iniciar su rebelión contra la Mafia.

* * *

El 6 de diciembre de 2000, veintidós años después, una comisión de investigación parlamentaria publicaría un informe sobre el modo en que las autoridades habían manejado la muerte de Peppino Impastato. El informe concluía que la investigación

se había realizado de una manera insensible y descuidada, que, en la práctica, venía a apoyar los esfuerzos de los asesinos para hacer que la muerte de Peppino pareciera un ataque terrorista suicida. Los amigos y la familia de Impastato habían proclamado siempre que aquello era una tapadera.

Increíblemente, pese a la conocida campaña de Peppino contra la Mafia, pese al hecho de que Cinisi fuera un notorio reducto mafioso, pese a las amenazas de las que habían sido objeto los activistas, y pese al hecho de que incluso los propios carabineros habían declarado anteriormente que Peppino y sus camaradas eran «incapaces» de cometer actos terroristas, los encargados de realizar las investigaciones que siguieron a la muerte del izquierdista ni siquiera consideraron la posibilidad de que pudiera haber sido asesinado, y aún menos de que lo hubiera sido a manos de hombres de honor. Los testigos presentes en la inspección inicial de la escena, incluyendo el empleado de la funeraria que fue a recoger lo que quedaba del cuerpo de la víctima, están seguros de que había claros rastros de sangre dentro de la choza en la que Peppino fue torturado. Dado que esta no tenía ninguna abertura encarada a la vía del tren, aquellos rastros de sangre no podían haber llegado allí como resultado de la explosión. Y sin embargo el primer informe del caso realizado por los carabineros no menciona ni siquiera la existencia de la choza, a pesar de que el coche de Peppino se encontró junto a ella.

A la mañana siguiente de la muerte de Impastato, los carabineros hicieron una redada en Radio Aut y en las viviendas de sus amigos y parientes. La casa de su madre se registró antes incluso de comunicarle que su hijo había muerto. En casa de su tía encontraron una carta de puño y letra de Peppino escrita unos meses antes; en ella mencionaba su «fracaso como hombre y como revolucionario» e insinuaba la posibilidad de quitarse la vida. Este sería el escaso fundamento de la conclusión del «terrorista suicida» a la que llegaba el informe inicial sobre el incidente. La misma historia se filtró de inmediato a la prensa. En los días siguientes, al revelarse las evidencias de las manchas de sangre en la choza, se produjeron nuevas filtraciones engañosas a los periódicos. Un artículo anónimo publicado en el *Giornale di Sicilia* sostenía que la sangre era menstrual y que procedía de unas compresas que se habían encontrado cerca. En realidad no se había hallado compresa alguna. Los amigos de Peppino acudieron al lugar y pasaron un día entero de inconcebible angustia llenando varias bolsas de plástico con trozos del cuerpo de la víctima que las autoridades se habían olvidado de recoger. Asimismo, en la choza encontraron una piedra cubierta de sangre; cuando la llevaron a analizar a un forense independiente, la sangre resultó ser del mismo grupo que la del izquierdista.

En los días siguientes las casas de los amigos de Peppino fueron objeto de misteriosos robos. En Cinisi corría el rumor de que Peppino tenía un dossier sobre la Mafia local y sus vínculos políticos y comerciales —él mismo lo había insinuado—, pero jamás se encontró tal dossier. La tensión aumentó; en el cortejo fúnebre de Impastato, mil activistas y amigos suyos llevaron pancartas en las que se leía:

«Peppino asesinado por la Mafia», «Seguiremos adelante con las ideas y el coraje de Peppino». Más tarde, algunos de ellos se reunieron ante la casa de don Tano Badalamenti, gritando: «¡Carnicero!».

La investigación parlamentaria del año 2000 constituye un lastimoso catálogo de omisiones y sospechas. El hermano de Peppino declaró ante la comisión que antes del asesinato las relaciones entre la Mafia local y los carabineros parecían ser buenas: «A menudo les veía [a los carabineros] paseando del brazo de Tano Badalamenti y sus secuaces. No se puede tener fe en las instituciones cuando se ve a los mafiosos del brazo de los carabineros»[109] La comisión de investigación concluía que aquello era un síntoma de la manera en que, en lugares como Cinisi, las autoridades tradicionalmente habían procurado vivir codo a codo con el poder extraoficial de la Mafia.

Cualesquiera que fueran las razones del modo en que se manejó la investigación en sus primeras etapas, lo cierto es que, para cuando hubo otros jueces de instrucción más competentes que se hicieron cargo del caso, las pistas ya se habían difuminado. Así, estos no pudieron sino concluir, en 1984, que Peppino realmente había sido asesinado por la Mafia, pero que no era posible identificar a los culpables concretos.

El caso se reabriría ocho años después como resultado de la campaña de varias personas cercanas a Peppino, especialmente su madre, su hermano y el historiador Umberto Santino. Pero incluso entonces, en 1992, los investigadores hubieron de concluir que no había suficientes pruebas para un juicio. Finalmente, diversos nuevos testimonios de *pentiti* harían que don Tano Badalamenti fuera llamado a juicio en 1999; por entonces ya estaba cumpliendo una larga condena en una penitenciaría de New Jersey por tráfico de drogas. Mientras se realizaba el juicio, y mientras la comisión parlamentaria investigaba el caso, un intenso filme sobre la historia de Peppino Impastato ganó el León de Oro en el Festival de Cine de Venecia; se titulaba *I cento passi* («Los cien pasos»), porque esa era la distancia exacta entre la casa de Peppino y la de Tano Badalamenti.

Finalmente, en abril de 2002, don Tano fue condenado a cadena perpetua por haber ordenado el asesinato. La reacción de Felicia Bartolotta Impastato ante el veredicto fue de una extrema dignidad:

> Jamás he tenido ningún sentimiento de *vendetta.* Lo único que he hecho es pedir justicia por la muerte de mi hijo. Tengo que confesar que, después de tantos años de espera, había perdido la fe, y no creí que llegaríamos a este punto. Ahora siento un gran contento, una gran satisfacción. Siempre supe lo que había ocurrido. Badalamenti solía llamar a mi marido Luigi para quejarse de Peppino y mi marido le rogaba que no matara al chico[110].

Estas palabras revelan la astronómica distancia que existe hoy entre la madre de Peppino y el mortal entorno doméstico de honor y *omertà* en el que durante tanto tiempo estuvo confinada. Su experiencia ha proporcionado una perspectiva crucial sobre el papel de las mujeres en la Cosa Nostra, ya que es precisamente a través de las mujeres de las familias próximas a la organización como los valores de la Mafia —el código de honor, el desprecio por la ley, la tolerancia frente a la violencia— se enseñan a los más jóvenes y se transmiten de generación en generación. Entrevistada en 2001, la madre de Peppino dejó claro lo importantes que eran las mujeres para la Mafia y lo orgullosas que se sentían algunas mujeres de Cinisi de llamarse mafiosas; tal como oyó decir a una de ellas: «Mis hermanos nacieron mafiosos. Hay quien nace estúpido y hay quien nace mafioso. ¡Pues mis hermanos nacieron mafiosos!».

Hoy, quienes hacen campaña contra la Mafia ya no se encuentran tan aislados y tan distanciados de las autoridades como Peppino Impastato. Sicilia cuenta actualmente con toda una constelación de asociaciones antimafia. Felicia Bartolotta Impastato, como su hijo, se ha convertido en uno de los símbolos de este amplio movimiento. Sin embargo, el propio hecho de que Sicilia necesite todavía de los símbolos que estas personas representan constituye un signo revelador de su desgracia. Y resulta difícil concluir que la justicia que dichas personas finalmente han conseguido después de un cuarto de siglo sea una auténtica justicia.



Las mujeres del entorno de la Mafia pueden plantear una amenaza a la organización: Serafina Battaglia fotografiada durante el juicio de los dos mafiosos sospechosos (aunque posteriormente absueltos) de haber matado a su hijo. Anteriormente ella había instado a este último a vengar el asesinato de su esposo, que también había muerto en una disputa mafiosa. Década de 1960. *[Labruzzo, Palermo.]*

HEROÍNA: LA «PIZZA CONNECTION»

Los capos que empezaron a salir de la cárcel tras los veredictos judiciales de 1968-1969 habían perdido un montón de dinero. Las minutas de los abogados y los gastos derivados del encarcelamiento habían vaciado sus arcas. El hombre de honor de Catania Antonino Calderone, que posteriormente se convertiría en testigo de cargo y declararía ante el juez Falcone en 1987, conservaría un vívido recuerdo de aquellos tiempos difíciles. Así, recordaría que Totò *el Corto* Riina había llorado al ver que no podía costear que su madre fuera a visitarle mientras se hallaba en espera de juicio. Pero Calderone recordaría también lo rápido que cambió la situación una vez que la Mafia reinició de nuevo su actividad: «Todos se hicieron millonarios. De golpe, en un par de años. Gracias a las drogas». La historia de la Cosa Nostra en la década de 1970 es la de una avalancha de beneficios derivados de la heroína. Y sería esa avalancha la que al final desencadenaría el conflicto más sangriento de toda la historia de la organización.

No es que en 1970 todos los mafiosos de Palermo fueran pobres. Los Greco, la «familia real» de la Cosa Nostra, se hallaban en una situación más que desahogada. En Cinisi los negocios transatlánticos de don Tano Badalamenti no se habían visto afectados en absoluto por las consecuencias de la primera guerra mafiosa. Pero muchos de los otros capos necesitaban dinero urgentemente, y los *corleonesi* más que nadie. Así fue como pasaron a dedicarse al secuestro como medio de satisfacer sus necesidades básicas y de acumular capital. Los principales objetivos eran los hijos de los más destacados empresarios de Palermo, y los beneficios así obtenidos se convertían en capital generador de negocios ilegales. La década de 1970 presenció un boom del contrabando de tabaco, centrado en Nápoles. Mientras que en la década de 1950 Tommaso Buscetta había pasado solo unos centenares de cajas de cigarrillos entre Sicilia y la península italiana, ahora los contrabandistas napolitanos y sus socios sicilianos cargaban buques enteros. Un jefe de la Camorra, Michele *Loco Mike* Zaza, admitiría posteriormente haber estado pasando cincuenta mil cajas de cigarrillos al mes. Un número cada vez mayor de mafiosos se sentirían atraídos hacia Nápoles para participar de los beneficios.

Pero incluso las inmensas ganancias del tabaco se verían pronto superadas en importancia por las de la heroína. El presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, anunció una «guerra contra la droga» poco después de su investidura en 1969. Pero como la mayoría de tales guerras, en última instancia esta se revelaría contraproducente. Al provocar el cierre de las refinerías corsas de Marsella, la administración Nixon proporcionó a Sicilia la oportunidad de convertirse en la nueva base de refinado, una fase fundamental en el largo viaje de la droga desde los campos de adormidera de Oriente Próximo y Extremo Oriente hasta las calles de las ciudades estadounidenses. En 1957 un traficante de drogas y armas turco que había sido el principal proveedor de morfina en bruto a las refinerías marsellesas se dirigió

directamente a la Cosa Nostra. Poco después empezaron a aparecer laboratorios de refinado de heroína en toda Sicilia occidental, donde inicialmente trabajaban químicos refugiados procedentes de Marsella. En 1977, cuando entraron en funcionamiento las refinerías sicilianas, las cifras de la adicción a la heroína en Europa occidental y Norteamérica registraron un enorme aumento. Entre 1974 y 1982 —los años en que la Mafia consolidaría su dominio del mercado—, la cantidad de heroína incautada en todo el mundo se incrementaría en casi seis veces y media.

Pero los mafiosos de Sicilia no se contentaban con limitarse a refinar e importar heroína; con la colaboración de sus colegas de Estados Unidos, también aspiraban a controlar su propia red de distribución. Tommaso Buscetta había establecido su primera pizzería ya en 1966, gracias a un préstamo de la familia neoyorquina Gambino. A finales de la década de 1970, a nueve de cada diez inmigrantes sicilianos ilegales deportados de Estados Unidos se les había descubierto trabajando en pizzerías. La importación y producción de alimentos italianos tenía una gran importancia para la Mafia norteamericana ya desde comienzos de siglo. No resulta sorprendente, pues, que el suministro de ingredientes a la red de restaurantes que brotaban por todo el territorio estadounidense estuviera monopolizado por empresas protegidas por la organización. El caso de la denominada *Pizza Connection*, que estalló en Estados Unidos en 1986, revelaría que muchos de aquellos negocios comerciaban con algo más que las inigualables pizza «margarita» o «cuatro quesos». Las pizzerías integraban la red de distribución internacional de heroína de la Mafia.

Se calcula que en 1982 los mafiosos sicilianos controlaban el refinado, transporte y gran parte de la distribución del 80 por ciento de la heroína consumida en el nordeste de Estados Unidos. Los beneficios canalizados hacia Sicilia —sobre los que, por razones obvias, jamás dispondremos de un cálculo definitivo— serían sin duda del orden de unos cientos de millones de dólares anuales. A finales de la década de 1970 la Cosa Nostra se haría más rica y poderosa de lo que había sido nunca.

La *Pizza Connection* implicaba asimismo un nuevo equilibrio de poderes entre los dos brazos de la Cosa Nostra. Los sicilianos, los *zips* —como les llamaban envidiosamente los hombres de honor estadounidenses de menor rango—, habían dejado de constituir solo mano de obra barata para los capos norteamericanos. Los gángsteres estadounidenses de mayor rango ya no podían permitirse adoptar su tradicional actitud condescendiente frente a los sicilianos, como hiciera, por ejemplo, Joe *Bananas* Bonanno en sus vacaciones allá en 1957. Con su número, su organización y su acceso a unas reservas de heroína aparentemente ilimitadas, los sicilianos gozaban ahora de una considerable autonomía en Estados Unidos.

Knickerbocker Avenue, en el territorio de la «familia» Bonanno, en Brooklyn, se convirtió en una colonia siciliana y una terminal de llegada de heroína. Un agente de la DEA que se infiltró en la «familia» mafiosa de Filadelfia, descubrió lo siguiente:

> Brooklyn era la Mafia siciliana, que era distinta de la italoamericana Cosa Nostra estadounidense. Había una clara diferencia… Brooklyn controlaba toda la heroína de Estados Unidos… Los sicilianos utilizaban a los italoamericanos para distribuir la heroína[111].

Pero los *zips* no solo habían establecido una banda «empresarial» en Estados Unidos, sino que también estaban realizando serias incursiones en las bandas «de poder» de la Cosa Nostra norteamericana. El agente especial del FBI Joseph D. Pistone (alias Donnie Brasco), que estuvo infiltrado en la «familia» neoyorquina Bonanno entre 1975 y 1981, grabó una angustiosa conversación entre dos hombres de honor estadounidenses que habían oído que algunos de los sicilianos iban a ser nombrados capitanes:

> —Esos tíos [los *zips*] tratan de controlarlo todo. No podemos hacerlos capitanes. Perderíamos nuestra fuerza.
>
> —… esos putos *zips* no van a retroceder ante nadie. Dales el poder, y si no te joden ahora, te joderán dentro de tres años. Te enterrarán. No puedes darles el poder. Les importa una mierda. Les da igual quién sea el jefe. No tienen respeto[112].

En 1979 un hombre de honor siciliano ciertamente llegó a controlar completamente la «familia» Bonanno de la Mafia neoyorquina durante dos años. Se dice que lo único que le hizo renunciar finalmente fue lo difícil que le resultaba hacer negocios en inglés.

Pero los mafiosos sicilianos y norteamericanos no eran siempre rivales, ni mucho menos, en la industria de la heroína. De hecho, muchos de ellos eran parientes. Un mafioso que buscara socios y empleados de confianza para su negocio de drogas solía acudir en primer lugar a su familia consanguínea, preferiblemente a aquellos de sus miembros que le daban la garantía extra de ser también miembros de la Mafia. Cuando el tráfico de heroína alcanzó su máxima intensidad, en la década de 1970, muchos hombres de honor se hallaban en la afortunada posición de contar ya con negocios familiares transatlánticos que podían adaptarse fácilmente al tráfico de cualquier mercancía ilícita que necesitaran. Esto resulta especialmente cierto en el caso de aquellas poblaciones costeras que tendían a mantener los más estrechos vínculos con Estados Unidos. Un ejemplo evidente es el de Cinisi, hogar de don Tano Badalamenti; otro es el de la cercana Castellammare del Golfo, lugar de origen de sagas criminales siciliano-americanas como la de los Magaddino y la de los Bonanno. También Palermo poseía tales vínculos. Salvatore Inzerillo, capo de la venerable «familia» de Passo di Rigano y destacado traficante de heroína, era primo de Carlo Gambino, que dirigiría la más poderosa de las cinco «familias» neoyorquinas hasta su muerte en 1976. Clanes como los Inzerillo, los Badalamenti y los Magaddino

viajarían incesantemente de uno a otro lado del Atlántico, mientras que, una generación tras otra, no dejarían de producirse matrimonios entre primos de Estados Unidos y Sicilia. El transoceánico árbol familiar de los Inzerillo exigiría la máxima atención del juez Falcone ante aquel «increíble enredo de parentescos».

El tráfico de drogas se basa en los contactos, en la capacidad de reunir a toda una serie de especialistas, desde los inversores hasta los proveedores de la morfina en bruto, pasando por los técnicos en el refinado de la droga, los transportistas, los camellos de poca monta que la venden en la calle o los financieros con la pericia necesaria para blanquear los beneficios y mantenerlos fuera del alcance de la Guardia di Finanza (la policía fiscal italiana). Esas redes son internacionales y se extienden desde lo más alto hasta lo más bajo de la sociedad. Y *no* equivalen a la Mafia.

Los mafiosos han traficado con drogas desde que el tráfico de drogas existe. Pero la Mafia *como tal* jamás ha sido una organización dedicada al tráfico de heroína. En palabras de Buscetta: «En el tráfico de narcóticos todo el mundo era autónomo. Quien más oportunidades económicas tenía, más trabajaba». Por «tener oportunidades económicas» hay que entender aquí la capacidad de establecer redes de contactos con especialistas ajenos a la organización.

Obviamente hay límites a ese principio de autonomía, y todo lo que hace un hombre de honor puede tener consecuencias políticas en el seno de la Cosa Nostra. Una «familia» tiene derecho a gravar cualquier actividad económica realizada en su terreno, o a cobrar un impuesto a cualquiera de sus hombres de honor que participe en empresas que no estén directamente bajo su control. La forma más fácil para un capo mafioso de sacar beneficio de las drogas es «proteger» a los traficantes. Este método tiene la ventaja añadida de mantener el tráfico de narcóticos alejado de la «familia»; dado que los especialistas que el negocio requiere no están obligados por la *omertà*, suponen un mayor riesgo debido a que resulta más probable que cuenten demasiadas cosas a la policía si son detenidos.

Pero cuando los beneficios son tan grandes que generan rivalidades entre las «familias», es probable que la comisión se implique en el asunto. Y cuando se implica la comisión, esta absorbe el negocio en cuestión en la estructura de la Cosa Nostra; vendría a ser el equivalente delictivo de hacer una empresa de titularidad pública. Tener a un equipo de capos de alto rango gestionando un negocio constituye un modo de asegurarse de que todos saben lo que ocurre, y de que todos obtienen una parte de los beneficios.

Un ejemplo característico es el del contrabando de tabaco a través de Nápoles a mediados de la década de 1970. La comisión empezó a actuar como un consorcio o una sociedad anónima comprando los cargamentos de tabaco a través de Michele *Loco Mike* Zaza, exactamente tal como había hecho con el tráfico de heroína antes de la primera guerra mafiosa. En 1974 Zaza y varios otros destacados *camorristi* incluso fueron iniciados en la Cosa Nostra como una manera de ganárselos y mantenerlos bajo control. Sin embargo la comisión no monopolizó —ni podía monopolizar— todo

el contrabando de tabaco ni el tráfico de heroína de la Mafia. Para empezar, porque representaba a la provincia de Palermo, antes que al conjunto de la isla. Gran parte del negocio de la heroína escapó, pues, al radar de la comisión y permaneció alejado de su control. El resultado sería la misma mezcla inestable de negocios, política y recelo que había desembocado en la primera guerra mafiosa.

BANQUEROS, MASONES, RECAUDADORES DE IMPUESTOS Y MAFIOSOS

Los ingresos derivados de las drogas procedentes de Estados Unidos permitieron instalar grifos de oro en las modestas viviendas campesinas, financiaron la construcción de bloques de pisos y villas junto al mar, vaciaron las estanterías de las florecientes boutiques de lujo de Palermo, y se reinvirtieron en empresas legales e ilegales en Italia y el resto de Europa. Los dólares de la heroína también se filtraron al sistema financiero local (en la década de 1970 hubo toda una serie de bancos privados y entidades de ahorro cooperativas locales que duplicaron su parte en el mercado siciliano de inversiones), y fueron absorbidos por las estructuras dominantes del sistema bancario italiano, donde se mezclaron con los beneficios de la corrupción política. Siguiendo el camino del dinero, los mafiosos llegaron más alto que nunca en el escalafón social.

Giovanni Falcone llegó al Palacio de Justicia de Palermo en 1978. En el plazo de dos años, el denominado «método Falcone» produjo resultados espectaculares en un caso que afectaba al propio corazón del negocio de drogas transatlántico de la Cosa Nostra, y en el que estaban implicados el capo de Passo di Rigano, Salvatore Inzerillo; los llamados «Gambino de Cherry Hill», en Brooklyn; el magnate de la construcción y principal contribuyente de Sicilia, Rosario Spatola, y el antiguo miembro del triunvirato mafioso Stefano Bontate; todos ellos formaban parte de una extensa red de alianzas matrimoniales. Falcone colaboraba asimismo con varios jueces de Milán en relación con un caso de fraude y asesinato que amenazaba con revelar lo peor de la sociedad italiana en forma de corrupción, influencia mafiosa y conspiraciones antidemocráticas en los más altos niveles de las instituciones políticas y financieras.

El caso se centraba en el banquero Michele Sindona. A principios de la década de 1970 Sindona era el personaje financiero más influyente de Italia. Dirigía uno de los mayores bancos de Estados Unidos, controlaba las inversiones extranjeras del Vaticano y era uno de los principales contribuyentes a la financiación de la Democracia Cristiana. Aparte de eso, existían firmes sospechas de que blanqueaba dinero de la Cosa Nostra. Pero en 1974 su imperio financiero se derrumbó en medio de una serie de acusaciones de fraude, y él huyó a Estados Unidos. Desde allí, en 1979, encargó a un mafioso que matara a tiros al abogado encargado de liquidar sus negocios en Italia. Al verse acorralado por las autoridades de ambas orillas del Atlántico, Sindona pidió ayuda a los mismos mafiosos implicados en el círculo de tráfico de heroína Inzerillo-Gambino-Spatola-Bontate para que organizaran su falso secuestro a manos de un inexistente grupo terrorista de izquierdas llamado «Comité Proletario Subversivo por una Vida Mejor». Pasó casi tres meses en Sicilia en manos de los «terroristas», después de los cuales hizo que le anestesiaran y le dispararan en el muslo izquierdo como evidencia de que habían intentado matarle. El verdadero

objetivo del secuestro era enviar notas amenazadoras apenas veladas a los antiguos aliados políticos de Sindona con la esperanza de que estos todavía pudieran arreglárselas para salvar sus bancos, y, en consecuencia, el dinero de la Cosa Nostra. Pero la conspiración fracasó. Sindona fue «liberado» por sus captores y luego se entregó al FBI. Moriría en la cárcel, en 1986, después de haber tomado café en el que alguien había echado cianuro.

En el verano de 1982 otro deshonesto banquero italiano, Roberto Calvi, fue encontrado colgado bajo el puente de Blackfriars, en Londres. La carrera de Calvi parece calcada a la de Sindona: rápido ascenso, estrechos vínculos con el Vaticano, financiación de los partidos políticos gobernantes y colapso financiero, seguido de un desesperado intento de salvarse haciendo chantaje a diversos políticos. Habría que esperar a abril de 2002 para que se confirmara —al menos en la mente de las autoridades italianas— que Calvi no se había quitado la vida como inicialmente se había creído, sino que en realidad «le suicidaron», como suele decirse en estos casos convirtiendo el verbo «suicidar» en transitivo. En el momento de escribir estas líneas parece bastante probable que se juzgue a un capo mafioso cercano a los *corleonesi* por haber ordenado presuntamente su muerte. La tesis de la acusación, basada en las declaraciones de un *pentito* de la Mafia, es que Calvi blanqueaba dinero de las drogas para los *corleonesi* del mismo modo que Sindona lo hacía para el grupo Inzerillo-Gambino-Spatola-Bontate, y que fue asesinado porque también él había resultado poco fiable. Se prevé que el hombre de honor en cuestión negará los cargos.

Ambos «banqueros de Dios» eran miembros de una logia masónica conocida como «Propaganda 2», o «P2». En marzo de 1981 los jueces de Milán que investigaban el falso secuestro de Sindona descubrieron una lista de 962 miembros de P2 en el despacho de su gran maestre, Licio Gelli. Entre quienes habían realizado el juramento se encontraban todos los jefes de los servicios secretos, cuarenta y cuatro miembros del Parlamento y un montón de destacados empresarios, figuras militares, policías, funcionarios públicos y periodistas. La investigación parlamentaria sobre la P2 concluyó que el objetivo de la logia había sido contaminar la vida pública y socavar la democracia, si bien no todos sus miembros eran conscientes de ese propósito no declarado, ya que, casi con toda certeza, el gran maestre había estado guardando documentos secretos sobre diversos miembros con el fin de hacerles chantaje. Todavía hoy no está claro cuál fue el alcance exacto de la influencia de la logia P2.

Más fácil de definir resulta la relación entre la Mafia y otros grupos masónicos. A partir de la década de 1970, algunos destacados hombres de honor se afiliaron a diversas logias como medio de entrar en contacto con empresarios, burócratas y políticos. Tal como explicaba un *pentito,* «Gracias a los francmasones puedes establecer un amplio contacto con empresarios, con las instituciones, con los hombres que ejercen un tipo de poder distinto del poder punitivo que tiene la Cosa Nostra»[113].

Un ejemplo demuestra lo insidiosa que puede resultar la influencia de estas redes. La investigación parlamentaria sobre el caso Sindona descubrió que el cirujano plástico que había anestesiado y herido al banquero durante su falso secuestro era, según su propia definición, un «masón internacional sentimental», con estrechos vínculos tanto con los mafiosos como con el gran maestre de la P2. Durante diecinueve años fue también el médico residente del cuartel de la policía de Palermo, y es posible que tuviera amigos en el gobierno estadounidense.

Sería un error suponer que los masones «de cuello blanco» eran quienes llevaban la iniciativa en esta especie de baile corrupto con los matones de la Cosa Nostra. Para empezar, para cualquiera que fuera miembro de las dos sociedades secretas no existía conflicto alguno de lealtades. Tal como explicaba un *pentito,* los intereses de la Cosa Nostra siempre van primero: «El juramento [masónico] es una ficción puesto que nosotros solo hemos hecho un juramento que respetamos: el que hacemos a la Cosa Nostra»[114].

Se sabe que los dos hombres más ricos de Sicilia en las décadas de 1960 y 1970 habían hecho ambos juramentos, el masónico y el mafioso. Eran los primos Salvo, Nino e Ignazio. Nino Salvo era un tosco y sociable hombre de honor de la «familia» de Salemi, en la provincia de Trapani. En 1955 se casó con una mujer cuyo padre regentaba una de las pequeñas empresas que recaudaban los impuestos en representación del gobierno, ya que en Sicilia tanto los impuestos directos como los indirectos se pagaban a través de empresas privadas, en un sistema que el principal historiador de Palermo ha calificado de «una infernal máquina devoradora de dinero». Junto con su suegro y su más refinado primo Ignazio, Nino pasaría a constituir un cártel que en 1959 conseguiría el derecho a recaudar el 40 por ciento de todos los impuestos de Sicilia. En 1962, con la ayuda del «joven turco» Salvo Lima, la empresa de los primos Salvo se adjudicó el contrato para recaudar los impuestos de Palermo, un negocio que por sí solo generaba una cifra equivalente a más de dos millones de dólares anuales (de la década de 1960) en beneficios. Su control sobre los sistemas de recaudación de impuestos crecería aún más a mediados de la década, y duraría hasta principios de la de 1980. Mientras que en otras partes de Italia los negocios similares generalmente obtenían un beneficio aproximado del 3 por ciento de lo que recaudaban, los Salvo sacaban un constante 10 por ciento. Además, los primos complementaban sus ingresos monopolizando subvenciones de la Unión Europea y el gobierno italiano destinadas a las necesidades de la industria agraria, que venían a añadirse al botín que sacaban de la recaudación de impuestos.

Lógicamente este nivel de robo no podría haberse mantenido sin contar con un amplio y sólido respaldo político, especialmente en la Asamblea Regional Siciliana. De hecho, el cortocircuito de corrupción existente entre los Salvo, la Mafia y diversos sectores de la DC envenenaba todo el sistema político italiano. Ya era bastante malo que los fondos de los Salvo fueran a parar a los políticos a cambio de su respaldo cuando había que renovar los contratos para recaudar impuestos o rechazar los

periódicos intentos de poner este valioso servicio bajo control público. Pero aún había algo más que eso. En la Asamblea Regional, como en los ayuntamientos de toda la isla, muchos políticos eran en realidad reclutados y elegidos por la Mafia de acuerdo con los principales gerifaltes de la DC.

En 1982 el juez Falcone sometió los negocios de los primos Salvo a una auditoría, lo que constituía un gesto inaudito de «lesa majestad». Su frontal confrontación con la Cosa Nostra, no obstante, apenas estaba empezando. Pero para entonces el boom de los narcóticos había empezado ya a sumergir a la Mafia siciliana en un charco de sangre más profundo que nunca.

EL AUGE DE LOS «CORLEONESI»
2. HACIA LA «MATTANZA» (1970-1983)

La segunda guerra mafiosa de 1981-1983 se conoce en Italia como la *mattanza,* un término que proviene de la industria pesquera (significa específicamente «matanza de atunes»). A menos que uno vaya a presenciar una *mattanza* en la antigua pesquería de los Florio, en Favignana, el mejor modo de hacerse una idea del poder de esta metáfora es ver el modo en que Roberto Rossellini registró el impacto de una auténtica *mattanza* en el rostro de su amante y célebre actriz Ingrid Bergman, en la secuencia más famosa de su filme de 1950 *Stromboli.*

Bergman representa a una refugiada lituana que se casa con un pobre pescador siciliano para escapar de un campo de internamiento. La dura realidad de la vida de su marido se desarrolla plenamente ante sus ojos cuando los pescadores de atunes llevan a sus capturas a una tranquila bahía, forman un círculo con sus barcos y entonan un rítmico y lúgubre canto mientras jalan las redes llenas de enormes y maltratados peces hacia la superficie. Luego Bergman parece entrar en estado de shock al ver que los atunes son apaleados e izados a bordo de las embarcaciones con unos temibles arpones en forma de ganchos, convirtiendo el agua en una mezcla de sangre, vísceras y espuma.

La salvaje matanza mafiosa de 1981-1983 no vino por sorpresa. Tres años antes de que se iniciara la carnicería, los carabineros disponían ya de un detallado mapa del frente de batalla y de un informe sobre las tácticas de los futuros vencedores, los *corleonesi.* En abril de 1978 Giuseppe Di Cristina, un hombre de honor, concertó en secreto una entrevista con un capitán de carabineros en una aislada cabaña. Di Cristina era un soplón de rango bastante más elevado que el pobre Leonardo Vitale. Por una parte, era el capo de Riesi, en la Sicilia centromeridional. Por otra, probablemente había sido también uno de los hombres de honor que, disfrazados de policías, habían llevado a cabo la matanza del viale Lazio en 1969; su presencia en aquella ejecución colectiva de tanta trascendencia simbólica pretendía demostrar que esta obedecía al deseo de la Cosa Nostra en pleno, y no solo a la de Palermo. Di Cristina, pues, formaba parte del núcleo del sistema mafioso. Y sin embargo los carabineros presentes en la entrevista declararían que parecía un animal acorralado.

El hombre que inspiraba tanto temor en Di Cristina era Luciano Leggio. Como explicó el mismo Di Cristina, Leggio era entonces multimillonario. El antiguo Pimpinela Escarlata de Corleone había estado cuatro años en la cárcel, pero había seguido dirigiendo los negocios desde detrás de los barrotes a través de sus «vicarios», el Corto Riina y el Tractor Provenzano. Di Cristina calculaba que cada uno de estos dos personajes, conocidos como «las bestias», era responsable al menos de cuarenta asesinatos. Las fuentes de renta de Leggio incluían los secuestros, realizados en la península italiana. En 1973 Eugene Paul Getty III, de diecisiete años y nieto de uno de los hombres más ricos del mundo, fue raptado en Roma. No sería

liberado hasta cinco meses más tarde, después de que se hubiera entregado un rescate cuya cuantía rondaba los dos millones y medio de dólares; previamente se había enviado una oreja y un mechón de pelo del muchacho a un periódico como prueba de que los secuestradores iban en serio. Según Di Cristina, todo fue obra de Leggio.

Pero más significativa aún que las revelaciones de Di Cristina sobre Luciano Leggio sería la descripción que hizo de las divisiones políticas en el seno de la Cosa Nostra. La organización estaba escindiéndose en dos facciones. El líder indiscutible de la primera era Leggio. Frente a él estaba la facción encabezada por don Tano Badalamenti, el Tano Sentado de Cinisi (y, por cierto, también «compadre» de Leggio).

Lo que había descubierto Di Cristina era que los *corleonesi* habían emprendido una estrategia a largo plazo encaminada a acorralar a la facción opuesta. Estaban reclutando partidarios uno a uno entre las «familias» que dominaban las pequeñas poblaciones de la provincia de Palermo y del resto de Sicilia. Como leal seguidor del antiguo miembro del triunvirato Stefano Bontate —un elemento clave en la facción de Badalamenti—, Di Cristina representaba uno de los últimos obstáculos provinciales que los *corleonesi* tenían que eliminar antes de poder completar su plan de ataque con un asalto a la propia Palermo. (Dado que estaba tan próximo a Bontate, Di Cristina se mostró mucho menos comunicativo a la hora de hablar de la facción de Badalamenti, y no mencionó que esta incluía también a dos de los más importantes traficantes de heroína de la Cosa Nostra: el capo de Passo di Rigano, Salvatore *Totuccio* Inzerillo, y asimismo —todavía acechante en la cárcel— Tommaso Buscetta).

Como casi todos los mafiosos que han hablado con la policía en diferentes momentos a lo largo de la historia de la organización, a Di Cristina le quedaban pocas opciones. Leggio mandaba un escuadrón de la muerte de elite integrado por catorce hombres, con bases no solo en Sicilia, sino también en Nápoles, Roma y otras ciudades italianas. Además, los *corleonesi* se habían infiltrado en las «familias» de sus enemigos (posteriormente se descubriría que también estaban creando su propio ejército secreto iniciando a hombres de honor sin informar a los otros líderes). La única esperanza de Di Cristina era que los carabineros pudieran actuar primero contra los *corleonesi*, quizá capturando a Provenzano, que era un fugitivo de la justicia desde hacía quince años. Di Cristina les dijo a los carabineros que el Tractor había estado hacía muy poco cerca de Bagheria, viajando en un Mercedes blanco que conducía el joven Giovanni *lo Scannacristiani* Brusca. Los Brusca de San Giuseppe Jato se contaban entre los más antiguos aliados de Leggio, y constituían la piedra angular de la facción *corleonese* en la provincia de Palermo. No es casualidad que el Corto Riina fuera el padrino de *lo Scannacristiani* cuando este fue iniciado en 1976.

Di Cristina concluía su charla con los carabineros en un tono reflexivo: «A finales de la semana que viene me entregarán un coche blindado… Ya sabe, tengo unos cuantos pecados veniales en mi conciencia. Y también algunos mortales»[115]. Unas

semanas más tarde sus pecados le pasaron factura, y fue asesinado a tiros en Passo di Rigano, en las afueras de Palermo. De haber sabido cómo interpretarla, los carabineros habrían podido anticipar cómo iba a evolucionar la próxima guerra a partir de la muerte de Di Cristina, puesto que Passo di Rigano era el feudo de Salvatore *Totuccio* Inzerillo, un destacado miembro de la facción contraria a los *corleonesi*. Difícilmente podía haber un *sfregio* más evidente: el asesinato de un capo perpetrado sin permiso en el territorio de otro.

Al funeral de Di Cristina asistieron miles de personas, prácticamente toda la población de Riesi. Aproximadamente a la misma hora, los carabineros elaboraban un lúcido informe recalcando la importancia de su testimonio:

> La información proporcionada por Di Cristina revela una verdad oculta y realmente paradójica: revela la escalofriante realidad de que, paralelamente a la autoridad del estado, existe un poder más incisivo y eficiente que actúa, se mueve, hace dinero, mata, e incluso dicta sentencias, todo ello a espaldas de las autoridades[116].

Pero no habría ninguna acción judicial derivada de dicho informe.

* * *

Desde Di Cristina, y desde la *mattanza*, ha habido más desertores de la Mafia que han ayudado a reconstruir la evolución de los acontecimientos políticos dentro de la organización que llevaron a la segunda guerra mafiosa. Los *corleonesi* empezaron a maniobrar para establecer su dominio sobre la Cosa Nostra muy poco después de que la organización empezara a operar de nuevo bajo el triunvirato Bontate-Badalamenti-Leggio, en 1970. Militarmente fuertes, pero financieramente débiles en esa etapa, Leggio y sus «bestias» convirtieron el secuestro en un gesto orientado no solo a redistribuir la riqueza, sino también a mostrar su poder. Una de sus víctimas fue el hijo de don Ciccio Vassallo, el principal magnate de la construcción en la época del saqueo de Palermo. Tanto Badalamenti como Bontate eran figuras próximas a Vassallo, pero ninguno de los dos pudo hacer nada para que se liberara al rehén. Cuando, al cabo de cinco meses, las negociaciones dieron fruto y se pagó el rescate, el Corto Riina distribuyó el dinero entre las «familias» más necesitadas del área de Palermo; los *corleonesi* actuaban ya pensando a largo plazo, invirtiendo en sus aliados en el seno de la estructura política de la Cosa Nostra, antes que en nuevas aventuras empresariales.

En 1975 Riina infligió una humillación aún más hiriente a Stefano Bontate cuando secuestró y mató al suegro de Nino Salvo, uno de los primos que dirigían el imperio privado de recaudación de impuestos de Sicilia. Pese a todas sus conexiones políticas, su riqueza y su pedigrí como hombres de honor, ni Bontate ni Salvo pudieron recuperar jamás el cadáver del anciano. Riina simplemente negó haber

tenido nada que ver con el rapto. Sin embargo, y como posteriormente explicaría Buscetta, el Corto estaba lanzando una indirecta «como una casa». Otros mafiosos, observando no solo el poder y la arrogancia de este, sino también la impotencia de Badalamenti y de Bontate, y su ceguera ante aquella indirecta, sacaron las convenientes conclusiones con respecto a qué lado habían de ponerse si estallaba la guerra.

En 1977 los *corleonesi* expulsaron a don Tano Badalamenti de la Cosa Nostra. Se le acusaba de haberse enriquecido con dinero procedente de las drogas a espaldas de los otros capos, o al menos esa fue la explicación que divulgó la comisión. Aquella constituía una extraordinaria demostración del control que ejercían ahora los *corleonesi* en el seno de la comisión, que había estado presidida por el Tano Sentado de Cinisi desde su restablecimiento en 1974. Aunque había sido expulsado, Badalamenti conservaba todavía una formidable base de poder en Cinisi y sus alrededores a pesar de que vivía en Estados Unidos, a miles de kilómetros de allí; pero la humillación que le habían infligido los *corleonesi* mostraba que su poder en las instituciones de la Cosa Nostra había terminado. El sustituto de Badalamenti como jefe titular de la comisión fue Michele *el Papa* Greco, hijo de Piddu el Teniente, lo que constituía el signo de una firme alianza entre la más poderosa dinastía mafiosa de las afueras de Palermo, los Greco, y los arribistas de la pequeña ciudad de provincias de Corleone, una unión en la que probablemente estos últimos eran los socios más poderosos. Sería esta la alianza que iría a la guerra en 1981.

El asesinato de Giuseppe Di Cristina permitió a los *corleonesi* establecer su autoridad en la provincia de Caltanissetta, en la Sicilia central. Unos meses después mataron a Pippo Calderone, que en 1975 había sido el artífice de la llamada «región», el órgano de gobierno de la Mafia para el conjunto de Sicilia. La «familia» de Calderone, la de Catania, se puso en manos de un aliado de los *corleonesi* que también era uno de sus principales proveedores de drogas y armas: Nino *el Cazador* Santapaola. Con el Cazador ocupando ese puesto, la mayor parte de la estructura de la Cosa Nostra fuera de Palermo se hallaba ahora bajo el control de los *corleonesi.*

En algún momento de esta etapa, el liderazgo de la facción de Leggio pasó a manos de su discípulo el Corto Riina, ayudado de cerca por el Tractor Provenzano. Un posterior desertor de la Mafia que conocía bien a Riina explicaría que su talante dócil y humilde contrastaba con el del imprevisible Leggio: «Jamás le he visto enfadado». Se trataba de una práctica engañosa, que trataba de transmitir a sus seguidores: «Siempre tenía la sonrisa en los labios. Riina elegía a personas así, y les enseñaba que tenían que sonreír; aunque hubiera un terremoto»[117].

En cierto modo, Bontate, Inzerillo y Badalamenti seguían teniendo mucho más poder que los sonrientes *corleonesi.* Todos ellos eran capos de «familias» bien conectados con Estados Unidos y traficantes de drogas espectacularmente ricos, capaces de obtener protección política en los más altos niveles. Asimismo, Bontate representaba el más importante elemento de unión entre la Mafia y el mundo de las

sociedades secretas masónicas. Sin embargo, en esos momentos gran parte de su poder residía fuera de la Cosa Nostra. Los *corleonesi*, en cambio, habían quedado al margen del flujo principal del tráfico de drogas transatlántico. Pero a medida que su estrategia había ido evolucionando con los años, habían ido cultivando con paciencia el poder *dentro* de la organización. Habían invertido secretamente dinero y honor en hacerse con el control de las «familias» y de la comisión, en dominar las bandas «de poder» en lugar de obtener enormes beneficios a corto plazo con las actividades de las bandas «empresariales». Y al adueñarse de la comisión, los *corleonesi* se habían hecho con el control del aparato de decisión colectiva de la organización, su sistema judicial, su oficina de propaganda, y lo que es más importante, su maquinaria militar. Si consideramos que la Cosa Nostra es una especie de estado, entonces se puede decir que los *corleonesi* estaban preparados para dar un golpe militar.

Tommaso Buscetta salió de la cárcel en 1980. Antes de reunirse con su joven esposa en Sudamérica, pasó varios meses en Palermo, recorriendo un mundo de lujo y poder faraónicos que estaba a punto de anegarse en sangre. Durante un tiempo se alojó en un complejo hotelero propiedad de los primos Salvo; allí Nino le pidió que actuara como contrapeso de Riina, pero Buscetta atisbó lo que se cernía en el horizonte y mantuvo su plan de marcharse al extranjero. También convivió con Bontate e Inzerillo, a quienes encontró insensibles a la inminencia de una carnicería y completamente absortos en el negocio de la heroína, que en aquel momento se hallaba en su punto culminante. Cada día aparcaban ante la villa de Inzerillo entre cincuenta y cien automóviles, que representaban el vaivén de las hormigas obreras del tráfico de drogas: los soldados de la Mafia, los encargados de refinar la heroína y los transportistas. «Ellos [Bontate e Inzerillo] hablaban de villas junto al mar y en la montaña, de miles de millones de liras, de yates y de bancos; todo ello como si hablaran de ir una mañana a comprar comida.»[118] Buscetta se resistió a las invitaciones para que se quedara y participara de las vacas gordas. Al marcharse, sus anfitriones se permitieron el lujo de darle quinientos mil dólares como regalo de despedida, o al menos eso dice él. En enero de 1981 el «capo de dos mundos» cogió un avión rumbo a Brasil con la intención de no volver jamás.

* * *

La *mattanza* que había predicho Giuseppe Di Cristina, y para la que los *corleonesi* llevaban tanto tiempo preparándose, se inició por fin el 23 de abril de 1981. La primera víctima fue Stefano Bontate, el «Príncipe de Villagrazia». Regresaba de su fiesta de cumpleaños conduciendo su nuevo y reluciente Alfa Romeo rojo, edición limitada, cuando, aprovechando un semáforo en rojo, una ráfaga de ametralladora le dejó irreconocible. Dos semanas y media después Salvatore Inzerillo tuvo el mismo destino. También hacía poco que le habían entregado un Alfa Romeo, en este caso blindado. Pero sus asesinos le mataron cuando salía de casa de su amante y antes de que pudiera entrar en el automóvil.

Los dos asesinatos que inauguraron la segunda guerra mafiosa, la *mattanza,* en abril y mayo de 1981.



Stefano Bontate, *Príncipe de Villagrazia. [Labruzzo, Palermo.]*



Salvatore Inzerillo, capo de la «familia» palermitana de Passo di Rigano y primo del capo neoyorquino Carlo Gambino. *[Labruzzo, Palermo.]*

Con Tommaso Buscetta y Tano Badalamenti en Brasil y Estados Unidos respectivamente, al matar a Bontate e Inzerillo los *corleonesi* sencillamente acababan de decapitar a la facción rival. La audacia del ataque parecía impresionante. La mayoría de los observadores esperaban una fiera reacción del grupo de Bontate-Inzerillo. Pero lo que vino a continuación sería simplemente la ejecución masiva de sus partidarios, dejando completamente desorientado al bando perdedor. Lo que el juez Falcone calificaría de un «ejército fantasma» de asesinos *corleonesi,* reclutados en las pequeñas poblaciones de la provincia de Palermo, aparecía de pronto en la

ciudad, mataba y luego se desvanecía. Un mes después de la muerte de Inzerillo, Tommaso Buscetta telefoneó a Palermo desde Brasil para hablar con un empresario de la construcción próximo tanto a aquel como a Bontate. El hombre le pidió a Buscetta que volviera y organizara la resistencia contra los *corleonesi.* Pero el «capo de dos mundos» tenía mejores cosas que hacer que entregar su vida a una causa desesperada. Tal como habían hecho en Corleone allá en 1958 con el asesinato del doctor Michele Navarra, los *corleonesi* oponían una aplastante fuerza militar a la riqueza y la influencia política. No había color.

En las semanas y meses que siguieron, doscientos hombres pertenecientes a la facción de Bontate-Inzerillo fueron asesinados en la provincia de Palermo, contando únicamente los cadáveres que se recuperaron antes o después; a ellos habría que sumar los desaparecidos, víctimas de los asesinatos de «escopeta blanca». Solo el 30 de noviembre de 1982, doce hombres de honor murieron a tiros a diferentes horas y en distintas partes de la ciudad. La mayoría de los enemigos de los *corleonesi* fueron asesinados antes de que supieran siquiera que estaban en peligro, traicionados por hombres de su propia «familia» que se habían unido en secreto a la facción rival; algunos de ellos incluso fueron eliminados por sus propios hombres y presentados como ofrendas sacrificiales a los victoriosos. Las «familias» y *mandamenti* de los líderes asesinados fueron entregados de inmediato a personas leales a los *corleonesi.*

La *mattanza* se extendió incluso a Estados Unidos. Supuestamente, John Gambino fue enviado de Nueva York a Palermo para que averiguara qué estaba ocurriendo. Volvió con instrucciones muy claras; había que hacer todos los esfuerzos posibles para encontrar y eliminar a Tommaso Buscetta, y todos los mafiosos sicilianos de la facción derrotada que trataran de escapar a la muerte cruzando el Atlántico debían ser asesinados. Poco después, el hermano de Inzerillo fue encontrado muerto en Mont Laurel, New Jersey, con cinco billetes de dólar en la boca y otro en los genitales.

Pero los *corleonesi* no solo exterminaban a sus enemigos, sino que también mataban a cualquier hombre de honor cuya absoluta lealtad estuviera en duda siquiera fuera remotamente. Asimismo practicaban una estrategia de extraordinaria brutalidad con los miembros de la facción de Bontate-Inzerillo que se ocultaban. Cualquier amigo, pariente o socio comercial que pudiera ofrecerles refugio era abatido.

El caso más emblemático es el de Salvatore Contorno, un fiel soldado de Bontate que escapó de manera espectacular a una emboscada con metralletas cuidadosamente coordinada y realizada en la calle principal de Brancaccio, un barrio del este de Palermo. Allí perecieron la increíble cifra de treinta y cinco de sus parientes. Contorno empezó entonces a facilitar información a la policía extraoficialmente. Cuando oyó que Buscetta se había convertido en testigo de cargo, en el verano de 1984, no podía creerlo hasta que le llevaron a que viera cara a cara al «capo de dos mundos». En aquel encuentro Contorno se arrodilló ante Buscetta y recibió su

bendición antes de tomar la decisión de declarar ante el juez Falcone. Su testimonio resultaría casi tan importante para el macrojuicio como el del propio Buscetta.

La *mattanza* parecía no tener fin; de hecho, jamás tuvo un final claro, ya que cuando el Corto Riina hubo acabado con sus enemigos y con quienes les daban cobijo, se volvió contra aquellos de sus aliados que habían empezado a dar muestras de pensar de manera independiente. La víctima más prominente de esta nueva fase de asesinatos sería Pino *el Zapato* Greco, subjefe de la familia de Ciaculli y el principal asesino *corleonese* en las primeras etapas de la *mattanza*. El Zapato era uno de los pistoleros que habían asesinado tanto a Bontate como a Inzerillo. Luego había matado también al hijo adolescente de este último después de que el muchacho hubiera jurado vengar la muerte de su padre. En la Cosa Nostra corría el rumor de que el Zapato le había cortado un brazo al chico antes de matarle para demostrar la futilidad de cualquier rebelión contra el poder de los *corleonesi*. En el otoño de 1985 el Zapato sería asesinado a tiros por sus propios hombres siguiendo órdenes de Riina.

Las tácticas que los *corleonesi* desarrollaran durante más de tres décadas habían dado fruto; acababan de establecer una dictadura sobre el conjunto de la Cosa Nostra basada en un arrollador programa de ejecuciones. Y al hacerlo no habían traicionado el sistema de valores de la Cosa Nostra, como muchos desertores afirmarían posteriormente; lejos de ello, habían revelado su misma esencia.

10

Terra infidelium
(1983-1992)

LA MINORÍA VIRTUOSA

Un historiador británico ha hablado de las «minorías virtuosas» del Estado italiano. Unos pocos países son lo bastante afortunados como para poder dar ciertas cosas casi por descontadas, como la noción de que todo el mundo es igual ante la ley, o de que el Estado debe servir a los intereses de todos sus ciudadanos antes que a los amigos y la familia de quienquiera que ejerza el poder en aquel momento, ya sea en un ministerio nacional o en un hospital local. Con demasiada frecuencia, en Italia —pero no solo en Italia— hay una minoría virtuosa, de todas las extracciones sociales y de todas las convicciones políticas, que tiene que luchar día a día por esos valores. No se trata evidentemente de que la mayoría de los italianos sean corruptos, o de que la vida pública italiana esté podrida por completo; como sin duda ocurre en la mayor parte de las sociedades de todo el mundo, la mayoría sencillamente se adapta para sobrevivir en el entorno en el que se encuentra.

Las minorías virtuosas de Italia raras veces han parecido estar tan acosadas como durante la década de 1980. La oleada terrorista remitía poco a poco, el movimiento obrero iba en retirada, disminuía el apoyo al PCI y empezaba a cobrar impulso un nuevo boom económico; pero al mismo tiempo la sordidez impregnaba más que nunca el tejido de la sociedad. El Partido Socialista, ahora un socio permanente en las coaliciones de gobierno, casi había abandonado sus objetivos reformistas y luchaba por «ocupar el Estado» tal como lo había hecho la DC desde la década de 1950. Eran los años de lo que los italianos denominaban la «partidocracia», cuando todos los empleados públicos, desde los directivos de los bancos nacionalizados hasta los conserjes de las escuelas, parecían haber sido elegidos basándose en su afiliación al partido gobernante. Para las empresas de algunas ciudades, adjudicarse un contrato público de la clase que fuera comportaba inevitablemente el pago de alguna comisión a los encargados de las finanzas del partido.

En medio del constante regateo entre las diversas facciones del Parlamento, y con una opinión pública cada vez más resignada y desilusionada, era poco probable que la clase política italiana de la década de 1980 cambiara su secular hábito de tratar a la sociedad siciliana como si esta no fuera más que una pandilla de políticos mal avenidos a los que comprar. Por desgracia sería esa misma clase política la que se vería llamada a enfrentarse a la Cosa Nostra en un momento en el que esta se había hecho más rica y sedienta de sangre que nunca.

La Mafia siciliana siempre ha hecho salir a la luz lo peor y lo mejor del Estado italiano, tanto a sus más arteros villanos como a los más virtuosos miembros de las minorías virtuosas. El año antes de su muerte, Giovanni Falcone concedió una serie de entrevistas a un periodista francés en las que explicaba claramente que él no era ningún Robin Hood suicida: «Soy simplemente un servidor del Estado en *terra infidelium»;* es decir, en «tierra de infieles». En un país que ahora ocupaba el

respetable puesto de quinta economía industrial del planeta, Sicilia seguía siendo todavía una especie de *Far West* fuera del alcance del Estado de derecho.

Falcone representaba en muchos aspectos el mascarón de proa de las minorías virtuosas de Italia, y no es caer en la hagiografía decir que mostraba sus virtudes de una forma pura: coraje, obviamente, pero también devoción a su trabajo y una legendaria capacidad de esfuerzo. Falcone era también rigurosamente honesto y correcto en su trato con la gente, un rasgo que a veces podía hacerle parecer rígido y antipático. Pero más que una faceta de su carácter, se trataba de un calculado mecanismo de defensa tanto para él como para quienes le rodeaban. Cualquiera que pudiera acceder al juez con regularidad, incluso los más honrados de sus amigos, representaba un posible canal a través del cual la Cosa Nostra podía acercarse a él.

Francesco La Licata, un periodista que solía entrevistar a Falcone, experimentó ese acercamiento en su propia carne. Su insólito encuentro con la Mafia se inició una mañana cuando tomaba café en un bar y alguien le preguntó: «¿Se acuerda de mí?». Era Gregorio, un hombre del mismo barrio en el que se había criado La Licata, y que ahora vivía en los márgenes del crimen organizado. «Vamos a dar una vuelta en coche —le sugirió—, y así podremos charlar de cómo eran las cosas cuando éramos niños.» Receloso, La Licata aceptó subir al Volkswagen rojo de Gregorio, pero apenas se hubo sentado pudo observar la culata de una pistola que sobresalía de un bolsillo del asiento. «Hay unas personas que quieren hablar con usted. Pero no se preocupe. Todo va bien», le dijo Gregorio con una sonrisa.

Durante el trayecto, La Licata trató de calcular cuál era la probabilidad de que le asesinaran. Tras un cambio de automóvil, se internaron en lo más profundo de un limonar situado en lo que quedaba de la Conca d'Oro. Allí le condujeron ante un *capofamiglia*, al que reconoció por una foto policial. Este empezó a hablarle: «Por favor, excúsenos por el modo en que le hemos invitado aquí. Pero como usted sabe, estoy huyendo de la ley. Nos hemos estado informando sobre usted. Sabemos que es un tipo fiable y que hace su trabajo honestamente»[119]. Luego el mafioso se lanzó a un tortuoso y sensiblero discurso en su propia defensa. Mientras tanto, La Licata trataba de prestar atención a lo que le decía a la vez que lanzaba nerviosas miradas a las profundas aguas de una cisterna situada cerca de donde estaban.

Finalmente el capo llegó a donde quería: «Sabemos que usted puede hablar con el juez Falcone. Tiene que decirle cómo están las cosas, que solo somos hombres de familia víctimas de una vergonzosa calumnia. Lo único que tiene que decirle a él es lo que yo acabo de decirle a usted»[120]. Era el clásico movimiento de apertura de la Mafia; establecer una conexión de este tipo siquiera fuera vagamente comprometedora con un juez podía abrir la vía al intercambio de favores, al chantaje o a la intimidación.

La Licata sabía que negarse en redondo a actuar de mediador podía fácilmente tener resultados fatales. Pensando frenéticamente y hablando con mesurada cortesía, explicó que cualquiera que se pusiera en contacto con Falcone en nombre de un

mafioso era probable que fuera sometido a investigación; sugirió que, en lugar de ello, el capo podía dar su versión a través de una entrevista de prensa. «No estoy autorizado —fue la respuesta—. Nosotros no hacemos esa clase de cosas.» La segunda sugerencia de La Licata —un comunicado enviado a Falcone y a la prensa a través de sus abogados— tuvo mejor acogida: «¡Bien pensado! ¡Buena idea! De ese modo Falcone no se ofenderá. Tiene muy mal carácter».

En el espacio de aquella breve conversación, La Licata había salido airoso tras poner la mano en el fuego por la reputación de rigurosa honestidad y correcto proceder de Falcone; lo que el mafioso llamaba su «mal carácter». Sintiéndose como si hubiera sobrevivido a un desastre, el periodista fue conducido de nuevo sano y salvo al bar de donde había salido unas horas antes. Pasarían varios años antes de que le contara a Falcone la historia de su rapto. A modo de respuesta, el juez le confirmó que, en efecto, le habría sometido a investigación. Los dos hombres se hicieron amigos.

CADÁVERES EMINENTES

Emanuele Notarbartolo, el banquero y exalcalde de Palermo apuñalado hasta morir en un tren en 1893, y Joe Petrosino, el policía neoyorquino asesinado a tiros en Sicilia en 1909; en su primer siglo de existencia la Mafia siciliana solo mató a dos personajes destacados, dos hombres cuyo estatus en el mundo de los negocios, la política, la administración, el periodismo, la justicia o las fuerzas del orden les cualificaba de *cadaveri eccellenti*. En cambio, desde finales de la década de 1970, a medida que el poder de los *corleonesi* ha ido en aumento, ha habido docenas de tales «cadáveres eminentes». Algunos de ellos eran amigos que no habían respetado su pacto con los capos, pero la inmensa mayoría han sido enemigos de la Cosa Nostra. A partir de 1979 la violencia se convirtió en la nota dominante del dueto de la Mafia con el mundo superior de las instituciones. Y dicha violencia iría *ín crescendo* cuando Falcone y otros miembros de la minoría virtuosa realizaran avances sin precedentes en la lucha para derrotar a la Cosa Nostra.

Visto retrospectivamente, el primer signo de aquella nueva agresividad se produjo en 1970 con la desaparición del periodista de investigación de *L'Ora* Mauro De Mauro. Todavía no está claro qué había descubierto; quizá evidencias del tráfico de heroína o del golpe de estado neofascista el año en que se pidió a la Cosa Nostra que tomara parte en él. En 1971 el fiscal de Palermo Pietro Scaglioni fue asesinado a tiros cuando acababa de visitar la tumba de su madre. En aquella época había considerables sospechas en torno a Scaglioni (para empezar, solía jugar al póquer regularmente con Vito Ciancimino); por esa razón, en algunos círculos su muerte se consideró de inmediato un asunto interno de la Mafia. Incluso el asesinato en 1977 de un coronel de los carabineros cerca de Corleone podía considerarse todavía una anomalía. Pero en 1979 la nueva pauta que marcaba las tácticas de la Mafia se hizo ya inequívoca. Aquel año, como si tratara de mostrar el alcance de su ataque a las instituciones, la Cosa Nostra mató a un periodista (el responsable de sucesos del *Giornale di Sicilia*), a un político (el líder de la DC de Palermo), a un policía (el jefe de la brigada móvil de Palermo) y a un juez (Cesare Terranova, el hombre que había dirigido las investigaciones sobre la primera guerra mafiosa). El mensaje de la Mafia estaba claro, por muy prominente que fuera, cualquier figura pública que se interpusiera en el camino de aquel estado dentro del Estado que era la organización sería asesinado.

La reveladora temeridad y brutalidad con que se perpetraron muchos de esos asesinatos por parte de los *corleonesi* entrañaba también su propio mensaje implícito. Terranova murió en la calle ante su casa de Palermo; pese al riesgo de ser vistos, los tres asesinos hicieron más de treinta disparos de pistola y de rifle, e incluso se tomaron el tiempo necesario para acercarse al magistrado y rematarle. Una y otra vez, en torno a los cadáveres eminentes se desparramaban los cuerpos de vigilantes, chóferes, familiares, amigos y transeúntes. La Cosa Nostra esgrimía así su fuerza

salvaje. Al año siguiente, 1980, hubo otros tres cadáveres eminentes: el capitán de los carabineros de Monreale, el presidente de la Región Siciliana y el fiscal jefe de Palermo. Este último fue abatido a tiros en el propio centro de la ciudad, delante mismo del Teatro Massimo (lo que vendría a ser el equivalente siciliano de llevar a cabo una ejecución, por ejemplo, en la londinense Piccadilly Circus); este asesinato fue ordenado de hecho por Bontate e Inzerillo para mostrar que también ellos podían dejar cadáveres eminentes con el mismo abandono que los *corleonesi*.

El año 1981 marcó el inicio de la *mattanza*, con su espectáculo casi diario de asesinatos, cuyos cadáveres se dejaban cerca de los cuarteles de policía o simplemente se quemaban en la calle. Una de las víctimas más destacadas de la Mafia cayó en el punto álgido de la carnicería. Pio La Torre era un activista campesino que hablaba claro y directo, y que había llegado a convertirse en parlamentario comunista, líder del PCI en Sicilia y uno de los miembros más dinámicos de la comisión de investigación Antimafia. En abril de 1982 cayó víctima de una emboscada cuidadosamente planeada, de nuevo en una concurrida calle de Palermo.

La respuesta del Estado italiano fue enviar al general Carlo Alberto Dalla Chiesa a ocupar el cargo de prefecto de la capital siciliana. Dalla Chiesa tenía un largo historial de lucha contra la Mafia, e incluso estaba destinado en Corleone cuando Luciano Leggio inició su ascenso. Pero más importante aún es el hecho de que el general acababa de convertirse en un héroe nacional gracias al éxito de su lucha contra el terrorismo de izquierda. Antes de partir hacia Sicilia, dejó claro a sus patronos políticos de Roma que no tenía intenciones de mostrarse blando con el ala política de la Mafia. A los pocos meses de su llegada a Palermo, un grupo de pistoleros integrado por unos doce mafiosos bloquearon la carretera al paso de su automóvil en la via Carini, y le ametrallaron a él, a su joven esposa y a su escolta. Al día siguiente alguien garabateó en un muro junto a la escena del crimen: «Aquí murió la esperanza de todos los sicilianos honestos». El funeral fue televisado en directo en toda Italia, y todo el país pudo ver cómo la multitud airada arrojaba monedas a los ministros del gobierno que asistieron al acto.

Los políticos no habían sido capaces de dar a Dalla Chiesa los poderes que este quería, y una crítica campaña de prensa había creado la clara impresión de que estaba aislado, tal como había explicado su hijo cinco días antes del asesinato:

> Durante la lucha contra el terrorismo mi padre estaba acostumbrado a tener las espaldas cubiertas, a contar con el respaldo de todos los partidos políticos constitucionales, empezando por la DC. Esta vez, en cuanto llegó a Palermo comprendió que una parte de la DC no estaba dispuesta a cubrirle. Más aún, se mostraba activamente hostil[121].

Con aquel tibio respaldo al general Dalla Chiesa, la Cosa Nostra se sintió con derecho a tratar su nombramiento como otro gesto vacuo más, y a calcular que el precio político de asesinarle sería consecuentemente bajo. Resultaría tentador calificar las tácticas de la Mafia a principios de la década de 1980 de terroristas, si no fuera por el hecho de que los terroristas suelen verse a sí mismos como representantes de los oprimidos, como solitarios combatientes que se enfrentan a un poderoso Estado con las únicas armas de las que disponen los débiles y desesperados. La Cosa Nostra, en cambio, con su nueva riqueza derivada de la heroína y su antiguo historial de impunidad, se limitaba sencillamente a no tomar en serio al Estado italiano. Más que de una campaña de terror, se trataba aquí de una campaña de desprecio.

Pronto se añadirían otros nombres a la lista de cadáveres eminentes. Contemplando retrospectivamente aquel catálogo de atrocidades, uno empieza a hacerse idea de cómo se sentían en aquel momento un creciente número de sicilianos, de su exasperada esperanza de que finalmente uno de aquellos asesinatos marcara un punto de inflexión, señalando el momento en el que el Estado italiano encontrara la determinación necesaria para enfrentarse a la amenaza de la Mafia. Ciertamente hubo ocasiones en las que el Estado respondió. Tras la muerte del general Dalla Chiesa se aprobó por fin una ley propugnada por el líder comunista asesinado Pio La Torre; según dicha ley, por primera vez pasaba a ser delito la pertenencia a una «organización de tipo mafioso», definida como una organización criminal basada en la intimidación sistemática, la *omertà*, y la infiltración en la economía a través de actividades de extorsión realizadas sobre una base territorial (en Estados Unidos se habían aprobado ya medidas similares en 1970). La ley también permitía al Estado confiscar las ganancias ilícitas de un mafioso. Eran, pues, nuevas armas de enorme importancia en la lucha por llevar a la Cosa Nostra ante la justicia. Pero los mensajes de los políticos siguieron siendo ambivalentes. Nunca fue «el Estado italiano» como tal el que se enfrentó a la Cosa Nostra. Jamás hubo punto de inflexión. La batalla contra la Mafia continuarían librándola una heroica minoría de jueces y policías, respaldados por otra minoría de políticos, miembros de la administración, periodistas y ciudadanos normales y corrientes.

El 29 de julio de 1983 la Cosa Nostra puso un coche bomba en el centro de Palermo para matar al superior de Falcone, el juez de instrucción jefe Rocco Chinnici; sus dos guardaespaldas y el conserje del bloque de pisos donde vivía también murieron en la explosión. La primera guerra mafiosa había llevado a los periodistas a buscar paralelismos entre Palermo y el Chicago de la ley seca; ahora Beirut parecía ser la única ciudad comparable a la capital siciliana. Un policía anónimo describía a *L'Ora* la desesperación de los investigadores:

> Estamos en guerra, pero para el Estado y las autoridades de esta ciudad, de esta isla, es como si no pasara nada… Los mafiosos disparan con metralletas y TNT. Nosotros solo podemos responder

> con palabras. Hay miles de ellos, y solo unos centenares de nosotros. Nosotros establecemos espectaculares controles en el centro de la ciudad, mientras ellos se pasean tranquilamente por Corso dei Mille, Brancaccio y Uditore[122].

La muerte de Chinnici condujo a un callado acto de extraordinario heroísmo, típico del modo en que una minoría heroica libraba su batalla contra la Mafia. La noticia del fallecimiento de Chinnici tuvo un profundo efecto en Antonino Caponnetto, un pálido y tímido magistrado siciliano aficionado a criar canarios. Caponnetto tenía un empleo seguro y prestigioso en Florencia y estaba a punto de jubilarse. Sin embargo, a los pocos días de la muerte de Chinnici envió una solicitud para ocupar el puesto del juez asesinado. Como explicaría posteriormente: «Fue un impulso que vino en parte del espíritu de servicio que siempre ha motivado mi trabajo. Pero en parte vino también de mi identidad siciliana»[123]. Cuando entró en su nuevo despacho, en el Palacio de Justicia de Palermo, encontró un telegrama de felicitación sobre su escritorio. Se suponía que había de decir «Le deseo éxito», pero había sido alterado para que, en lugar de ello, dijera «Le deseo la muerte». Caponnetto pasaría los siguientes cuatro años y medio viviendo en una diminuta habitación del cuartel de carabineros por su propia seguridad.

En cuanto llegó, Caponnetto reunió a un pequeño equipo de magistrados que llegarían a infligir colosales golpes a la Mafia siciliana. Su idea, prestada de la campaña contra el terrorismo de izquierda, consistía en formar un «consorcio» de jueces especializados antimafia que compartieran toda la información, reduciendo, en consecuencia, el riesgo de represalias. Caponnetto eligió a un equipo capaz de crear un panorama «orgánico y completo» del problema de la Mafia; el consorcio estaba integrado por Giovanni Falcone, Paolo Borsellino, Giuseppe Di Lello y Leonardo Guarnotta. En la atmósfera de callada determinación creada bajo el liderazgo de Caponnetto, pusieron manos a la obra.

La opinión pública solo llegó a ser consciente del impresionante éxito del consorcio cuando Caponnetto dio una conferencia de prensa en el Palacio de Justicia, el 29 de septiembre de 1984. El veterano magistrado dio entonces la noticia de que Tommaso Buscetta, el «capo de dos mundos», estaba colaborando con la justicia; como resultado de ello se habían emitido 366 órdenes de detención. Incluso al «agresivo malversador» Vito Ciancimino se le había notificado que estaba sometido a investigación, ya que Buscetta había revelado que estaba en manos de los *corleonesi* (posteriormente, Ciancimino y los dos primos Salvo, los magnates del sistema privado de recaudación de impuestos de Italia, serían arrestados). Muchos de los acusados eran ya prófugos de la justicia, pero a la policía de Palermo todavía le faltaban esposas para capturarlos a todos. Con una amplia sonrisa en su fino rostro, Caponnetto explicó así el significado de las evidencias acumuladas:

> Lo que aquí tenemos no es solo una diversidad de casos mafiosos. Es la Mafia *como tal* la que va a ir a juicio. Por lo tanto, no sería precipitado decir que esta es una operación histórica. Finalmente hemos logrado penetrar en el mismo corazón de la estructura de la Mafia[124].

El enorme juicio al que aludía Caponnetto aspiraría a demostrar la tesis de que la Mafia constituía una sola estructura unificada; el «teorema de Buscetta», como pasaría a denominarlo la prensa. Aquello representaría una revolución copernicana en el pensamiento sobre la «honorable sociedad».

Los *corleonesi* respondieron a la noticia de la deserción de Buscetta con ataques a los *pentiti* y a sus parientes. Leonardo Vitale, el *capodecina* que había acudido a la policía durante su crisis espiritual, fue abatido a tiros en diciembre, como también lo fue el cuñado de Buscetta (hay que decir que Italia no contaba con nada parecido a un programa de protección de testigos). Y cuando la policía estaba a punto de acorralar a los capos que todavía seguían ocultos, la Cosa Nostra se vengó de inmediato. A finales de julio de 1985 Beppe Montana, el oficial de la brigada móvil responsable de dar caza a los mafiosos fugitivos, fue asesinado a tiros en el barrio marítimo de Porticello. A pesar de que en aquel momento se encontraba fuera de servicio, Montana estaba utilizando su pequeña motora para espiar las residencias veraniegas de los mafiosos. Había corrido el rumor de que la policía había decidido no coger vivos a dos destacados asesinos de la Mafia. Al matar a Montana, la Cosa Nostra daba su cruenta respuesta a aquel desafío: los asesinos usaron balas de expansión. A la novia de Montana, que estaba a solo unos metros del lugar en donde este fue asesinado, se le perdonó la vida para que tuviera que correr de casa en casa tratando frenéticamente de encontrar un teléfono, mientras las calles se vaciaban y las persianas se bajaban. No podía haber imagen más clara del temor y la *omertà* que se habían apoderado de Sicilia occidental.

Montana era el tercer hombre de su unidad que moría asesinado. El sindicato de policía se quejaba de que en Sicilia el Estado solo se dejaba ver en los funerales de los policías que mataba la Mafia. Pero los problemas de la policía no hicieron sino aumentar cuando capturaron a un joven futbolista semiprofesional y pescador de erizos que se creía que había sido el vigía de los asesinos; mientras estaba detenido fue torturado y golpeado, y para cuando lo llevaron al hospital era ya demasiado tarde. Después de que los intentos de tapar el asunto fracasaran estrepitosamente, la muerte del sospechoso fue acogida con furia. El ministro del Interior reaccionó con inusitada diligencia y desmanteló el grupo de policías y carabineros que habían sido responsables de la mayoría de los éxitos en la lucha contra la Cosa Nostra durante los años anteriores.

Menos de veinticuatro horas después de que se anunciara la decisión del ministro, otro oficial de alto rango de la brigada móvil, Ninni Cassará, murió víctima de una

emboscada. La violencia de su muerte resultaba espantosa incluso en comparación con la norma habitual en Palermo en la década de 1980. Un pelotón de entre doce y quince asesinos ocuparon el edificio situado frente a la vivienda de Cassará y abrieron fuego cuando este bajaba de su coche blindado. Su esposa solo pudo ver impotente desde el balcón cómo acribillaban a su marido con más de doscientas balas. Con él murió el policía Roberto Antiochia, de veintitrés años de edad, quien, sabiendo lo vulnerable que resultaba su superior, había vuelto antes de tiempo de sus vacaciones para ofrecerle protección. Solo unos días antes Cassará había concedido una entrevista en la que había dicho: «Cualquiera que se tome en serio su trabajo acaba asesinado antes o después».

La sensación de aislamiento que sentía la policía dio lugar a una explosión de rabia. Los miembros de la brigada móvil amenazaron con solicitar un traslado en masa. Se quejaron de la falta de testigos que se presentaban voluntarios, y empezaron a echar a la gente que acudía a la comisaría para renovar el pasaporte; a un ciudadano que telefoneó para hacer una consulta rutinaria se le respondió simplemente: «¡Vete a la mierda!». En el funeral de Antiochia, la presencia del ministro del Interior y del presidente de la República casi provocó una revuelta policial delante de la catedral de Palermo, de ochocientos años de antigüedad. Los colegas del agente muerto escupieron a los dos estadistas, insultándoles a gritos: «¡Bastardos! ¡Asesinos! ¡Payasos!». Luego estalló una refriega entre la brigada móvil y los carabineros. Un agente aireó su furia ante un periodista:

> ¡Estamos hartos! No necesitamos funerales de Estado. Siempre las mismas caras, las mismas palabras, las mismas condolencias… Al cabo de dos días la opinión pública se apacigua… y todo sigue como antes. Y mientras, nosotros haciéndonos matar como gilipollas porque nos atacan tanto la Mafia como nuestros líderes[125].

Jamás ha habido indicio alguno de que los dos estadistas contra los que la policía decidió desahogar su rabia fueran culpables de complicidad con la Cosa Nostra. Pero, sin embargo, el mensaje estaba claro: no era Italia la que luchaba contra la Mafia; era una asediada minoría unida por un fuerte espíritu de equipo y por su sentido del deber.

MIRANDO LA CORRIDA

Giovanni Falcone y Paolo Borsellino eran viejos amigos en la época en la que preparaban la acusación del macrojuicio (aunque su trabajo no incluía la posibilidad de ejercer la abogacía en los tribunales). Tenían casi la misma edad y se habían criado en el mismo pequeño barrio del centro de Palermo, en el seno del mismo tipo de familia de clase media; el padre de Falcone era químico, y el de Borsellino, farmacéutico. Ambos hombres compartían la misma devoción por el deber y la misma fe inquebrantable en la justicia. Pero eran muy distintos y tenían diferentes creencias políticas. Sin afiliarse jamás a ningún partido político, Falcone simpatizaba con la izquierda. Borsellino, en cambio, se había unido de joven a un grupo neofascista y conservaba una fe católica mucho más fuerte que su colega. Ambos jueces se resistieron siempre rigurosamente a cualquier insinuación de partidos políticos que trataran de capitalizar su reputación.

Falcone y Borsellino también tenían distintas actitudes frente a la ciudad en la que vivían y trabajaban. Falcone, quizá en sintonía con su personalidad más retraída, se mostraba más pesimista con relación al grado en que Palermo respaldaba su trabajo. Cada día acudía a su trabajo en un convoy de cuatro coches blindados que se desplazaban a gran velocidad, llenos de agentes con metralletas y chalecos antibalas, al tiempo que un helicóptero vigilaba la ruta. A juzgar por las cartas al director publicadas en aquella época en el *Giornale di Sicilia*, algunos de los habitantes de Palermo consideraban que la congestión de tráfico creada por aquellos convoyes representaba un problema mucho más serio que la Mafia. Falcone se sentía especialmente molesto cuando uno de sus conciudadanos escribía para sugerir que se le debería obligar a vivir en las afueras. Borsellino, un hombre más extrovertido y con una saludable vena hedonista, se mostraba más optimista: «¡Nos están dando ánimos!».

Ambos hombres sacaban fuerzas de la creciente voz del movimiento antimafia de Sicilia. Los estudiantes organizaban manifestaciones contra la Cosa Nostra en las calles de la ciudad. El movimiento incluso había creado un centro de estudios bautizado como «Peppino Impastato». En esos momentos Sicilia contaba, en la persona de Salvatore Pappalardo, con un cardenal primado que no tenía miedo de utilizar la palabra *mafia* o de denunciar la inacción del Estado frente a las matanzas; debido a ello, en 1983, la misa de Pascua celebrada por el cardenal en la cárcel de Ucciardone fue boicoteada por los reclusos. Pero algunos clérigos de base se mostraban aún más enérgicos en su oposición a la Mafia.

Incluso dentro de la propia Democracia Cristiana aumentaban las fuerzas favorables al cambio. Leoluca Orlando, alcalde de la DC de Palermo —elegido en julio de 1985—, y destacado adversario de la Mafia, se aseguró de que el ayuntamiento estuviera representado en el macrojuicio como acusación particular. El mandato de Orlando presidía lo que pasaría a conocerse como la «primavera de

Palermo», que supuso un estimulante contraste con el triste invierno de connivencia que se había apoderado de la mayor parte del ayuntamiento de Palermo desde la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la actitud de la mayoría de los palermitanos ante la batalla de los jueces seguía siendo de una nerviosa neutralidad; como diría Falcone: «Me parece que la ciudad está mirando desde la ventana, esperando a ver cómo acaba la corrida».

El macrojuicio se inició el 10 de febrero de 1986, y duraría casi dos años enteros. Al iniciarse el proceso, una tensa calma se adueñó de Palermo. Los asesinos de la Cosa Nostra tenían órdenes de permanecer ocultos mientras el drama pasaba de las calles a un enorme búnker de hormigón iluminado con luz artificial que lindaba con la cárcel de Ucciardone y que albergaba la sala especialmente construida para el caso. El búnker mostraba que el rechazo público a todos los cadáveres eminentes había forzado por fin al Estado italiano a realizar una demostración tangible de su compromiso de enfrentarse a la Cosa Nostra. Pero ni mucho menos representaba una imagen tranquilizadora; un periodista dijo que parecía que una gigantesca nave espacial judicial hubiera aterrizado en Palermo. La sala principal era de color verde y tenía forma octogonal, con treinta cubículos situados en su perímetro exterior para albergar a los 208 acusados más peligrosos. Del total de 474 hombres que se enfrentaban a diversos cargos, 119 seguían en paradero desconocido, destacando entre ellos las «bestias» de Luciano Leggio, el Corto Riina y el Tractor Provenzano. El propio Leggio, vestido con chandal azul y bambas blancas, fue el primero en hablar; desde el cubículo 23 anunció que se encargaría de su propia defensa contra la acusación de que había estado dirigiendo la facción *corleonese* desde la cárcel.



Un día en el tribunal para los acusados del macrojuicio, 1986. *[Olympia, Milán.]*

Cuando empezó el juicio, los periodistas sondearon a la opinión pública. En las calles de Palermo muchas personas se mostraban renuentes a hablar. Algunas se

manifestaban abiertamente en contra del juicio, diciendo que, ahora que la Mafia se había puesto a la defensiva, había aumentado el paro. La mayoría eran escépticas: «Es una farsa. Solo cogerán a los que se han puesto demasiado en evidencia. Los grandes políticos serán los que decidirán cómo acabará el juicio». Buscetta había dejado claro que él no creía que Italia estuviera preparada todavía para oír todos sus secretos, y se guardaba para sí lo que sabía sobre los vínculos de la Mafia con los más altos hombres de Estado. Mucha gente pensaba que los mafiosos que habían perpetrado la *mattanza* no eran más que matones, y que la verdadera Mafia la integraban quienes movían las cuerdas desde mucho más arriba.

Pero las dudas sobre el macrojuicio no se limitaban a los sondeos de opinión pública. Algunos de los más reflexivos líderes de opinión de Sicilia sencillamente no acababan de ver la verdadera trascendencia del juicio. Para empezar, las propias dimensiones del caso resultaban desconcertantes. El cardenal Pappalardo, por ejemplo, lo calificaba de «espectáculo opresivo». En una discutida entrevista concedida justo antes de que se iniciara el proceso, el cardenal parecía haber retrocedido con respecto a la anterior firmeza de su actitud frente a la Mafia. Así, declaró que el aborto mataba a más personas que dicha organización, y mostraba su preocupación por el efecto que toda la atención de los medios de comunicación sobre el juicio tendría en la imagen de Palermo. Al preguntarle si él se definiría como un prelado antimafia, respondió significativamente con una evasiva: «No se puede construir nada con una actitud puramente negativa. No basta con ser antialgo».

Muchas personas compartían el temor de que el macrojuicio constituyera un intento de impartir justicia al por mayor, y de que resultara imposible evaluar cuidadosamente la culpabilidad o inocencia de cada uno de los acusados. Algunos sospechaban que la escala del juicio no reflejaba otra cosa que el tamaño del ego de los jueces.

También las evidencias proporcionadas por los *pentiti* planteaban dudas. Muchos espectadores mostraban su preocupación por la fiabilidad de sus testimonios. En 1985 una destacada personalidad de la televisión había sido víctima de un grave error judicial derivado de las falsas pruebas proporcionadas por un *pentito* de la Camorra napolitana. Para muchos observadores, utilizar el testimonio de Tommaso Buscetta presentaba los mismos riesgos, aunque a mucha mayor escala.

Durante los meses del macrojuicio quedó muy poco margen para la neutralidad. El teorema de Buscetta contradecía toda una serie de presupuestos profundamente arraigados sobre la Mafia y sobre lo que significaba ser siciliano. Captar las consecuencias de ello llevaría a dar un paso de gigante en la comprensión de la organización. Pero era un paso que incluso algunos de los más directos enemigos de la Mafia sencillamente no podían dar. Un famoso y sorprendente nombre vendría a simbolizar lo difícil que resultaba para muchos sicilianos aceptar lo que hacían Falcone y Borsellino, y verles como la solución antes que como parte del problema: Leonardo Sciascia.

Sciascia era el novelista que tanto había hecho para llamar la atención pública sobre la Mafia a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960. Todavía hoy la mayoría de los no italianos acuden precisamente a novelas como *Il giorno della civetta* cuando desean saber algo sobre la organización. Durante más de tres décadas, todo el mundo de Sciascia, sus obras, su sentido de la propia identidad siciliana, le habían enfrentado a la Mafia. Por desgracia, en enero de 1987 esas mismas fuerzas le condujeron al lado equivocado de una ciudad dividida y desconcertada por el macrojuicio.

A los once meses de iniciarse el proceso, Sciascia escribió un artículo en el *Corriere della Sera* que vendría a socavar fatalmente su reputación de adversario de la Mafia. El artículo se inspiraba en dos acontecimientos recientes: la publicación de un libro sobre la cruzada del «prefecto de hierro» contra el crimen organizado durante la época fascista, y el ascenso de Paolo Borsellino (que acababa de ser nombrado responsable de la oficina de instrucción de Marsala, en el extremo occidental de Sicilia, donde los *corleonesi* contaban con estrechos aliados). Sciascia argumentaba apasionadamente que el macrojuicio amenazaba con pisotear las libertades civiles tal como lo había hecho el fascismo. Arremetía contra un clima —hoy lo llamaríamos «políticamente correcto»— en el que cualquier crítica a los jueces antimafia se trataba como si fuera un signo de complicidad con los capos. Y concluía su polémico artículo acusando a Borsellino de arribista: «No hay nada mejor para destacar en la magistratura que tomar parte en los juicios antimafia».

El arrebato de Sciascia causó una profunda conmoción en Italia, donde la gente tiende a buscar en los escritores e intelectuales la clase de liderazgo moral que con demasiada frecuencia los políticos no son capaces de proporcionar. Y era un papel que Sciascia se tomaba muy en serio; a su manera, se veía como una voz de la razón en *terra infidelium*, tan solitario y racional como los detectives de sus novelas que trataban sin éxito de quebrantar el muro de la *omertà*. Razón de más para que Borsellino se sintiera profundamente herido por el artículo del *Corriere della Sera;* además —decía—, Sciascia había sido como un padre intelectual para él. Posteriormente, algunos de los políticos de la Mafia hallarían un cínico placer en citar las palabras del novelista contra los magistrados a los que él mismo había inspirado.

En la época en la que redactó su ataque a los jueces antimafia, el autor de *Il giorno della civetta* estaba mortalmente enfermo. Durante muchos años de soledad había dedicado todas las sutilezas de su arte a comprender las pautas del pensamiento mafioso, y ahora se resentía de toda la retórica antimafia que tanto abundaba. Pero la polémica de Sciascia era algo más que el arrebato de un hombre díscolo y moribundo. Era la voz de la desconfianza que varias generaciones de sicilianos parecían sentir tanto frente a la Mafia como frente al Estado italiano.

Sciascia era el hijo autodidacta de un hombre que había trabajado en las minas de azufre de la provincia de Agrigento. De niño había presenciado las hipócritas brutalidades del régimen fascista, y había visto a la Mafia matar a líderes sindicales

en las minas de azufre después de la guerra. En su opinión la organización era una rama extraoficial de la policía italiana; tanto el Estado como la Mafia tenían los mismos reflejos represivos. La lección tanto de su propia vida como de la historia de Sicilia era que la isla no podía esperar nada más que problemas de las autoridades. El pesimismo de Sciascia con respecto al Estado italiano se parangonaba con su fatalismo en relación con Sicilia. Durante mucho tiempo había creído que en sus orígenes la Mafia no había sido una organización consciente de serlo, sino un estado mental que actuaba como una especie de cárcel aun para las más racionales de las mentes sicilianas:

> Cuando clamo contra la Mafia eso también me hace sufrir, ya que en mi interior, como en el de cualquier siciliano, todavía sigue vivo el residuo de un sentimiento mafioso. Así, cuando lucho contra la Mafia estoy luchando también contra mí mismo; es como una escisión, como un desgarro[126].

Afortunadamente para la isla, Caponnetto, Borsellino, Falcone y muchos como ellos no se sentían afligidos por el «desgarro» de Sciascia, y tenían una idea muy distinta de lo que significa ser siciliano.

EL RESULTADO DEL MACROJUICIO

El veredicto del macrojuicio se anunció el 16 de diciembre de 1987. De los 474 acusados, 114 fueron absueltos, y a los culpables se les condenó a un total de 2.665 años de cárcel. El mensaje contenido en estas cifras estaba claro: el tribunal respaldaba el «teorema de Buscetta», pero era evidente que no impartía aquella justicia al por mayor que muchos defensores de las libertades civiles habían temido. Incluso Luciano Leggio fue absuelto por falta de pruebas, ya que no había sido posible demostrar que, aun estando entre rejas, había seguido dando órdenes.

En los días que siguieron a la sentencia, los periódicos que apoyaban a los jueces proclamaron el final del mito de que la Mafia era invencible y constituía una parte inseparable de la cultura siciliana. Se trataba de una reacción prematura, inspirada más por la esperanza que por la convicción. La sentencia del macrojuicio habría de someterse a largos procesos de apelación antes de convertirse en firme, y la confirmación del veredicto estaba lejos de ser la conclusión más previsible. Leonardo Sciascia, por su parte, se mantenía en sus trece y seguía siendo incapaz de aceptar el «teorema de Buscetta»: «Mi opinión ha sido siempre que la Mafia es en realidad una confederación de mafias». Dos años después se iría a la tumba negándose a admitir hasta el final la esperanza de que él o Sicilia pudieran alguna vez dejar atrás la Mafia.

Falcone interpretó el veredicto como una prueba de que «respetando las reglas de la democracia podemos lograr importantes resultados contra el crimen organizado». Sabía que se habían hecho ya notables progresos en la lucha contra la Mafia. Antes incluso de que finalizara el macrojuicio, las investigaciones sobre la Cosa Nostra habían dado ya lugar a otros dos procesos a gran escala, y ahora había tres macrojuicios en manos del consorcio de Caponnetto. Un nuevo e importante *pentito*, Antonino Calderone, estaba proporcionando evidencias destinadas a desembocar en un cuarto macrojuicio, y en marzo de 1988 se realizarían ciento sesenta detenciones. Los jueces de otras ciudades sicilianas también estaban iniciando procesamientos relacionados con la organización. Sin embargo, Falcone se esforzaba en recalcar que el macrojuicio no era más que un buen punto de partida en la batalla contra la Cosa Nostra.

Quizá se habría mostrado más pesimista si hubiera sabido lo que posteriormente revelarían los *pentiti:* «Estábamos seguros de que el macrojuicio no sería más que un farol, y la sentencia final no aceptaría el "teorema de Buscetta"»[127]. Dentro de la Cosa Nostra corría el rumor de que el macrojuicio era solo una fachada política creada como respuesta a los sangrientos años transcurridos desde la *mattanza*. En el primer juicio habría condenas, pero estas serían paulatina y discretamente revocadas en las apelaciones, y al final se restablecería la normalidad.

Durante un tiempo pareció que eso sería exactamente lo que iba a pasar. Dado que el sistema judicial italiano tardaba tanto en llegar a una sentencia definitiva, se habían aprobado leyes que impedían que los acusados pasaran demasiado tiempo en prisión

preventiva a la espera del resultado definitivo de su caso. Y debido a su complejidad, los casos relacionados con la Mafia resultaban especialmente largos. De ahí que los acusados de la organización se hallaran entre los principales beneficiarios de dichas leyes: a comienzos de 1989, solo sesenta de los 342 hombres condenados en diciembre de 1987 seguían estando entre rejas.

En 1990 el Tribunal de Apelación de Palermo revocó algunas de las condenas del macrojuicio, y —de manera crucial— se abstuvo de respaldar el elemento fundamental del teorema de Buscetta, por el cual los miembros de la comisión, en virtud de su posición, eran culpables de haber ordenado los importantes asesinatos perpetrados por la Cosa Nostra. El caso pasó entonces a la sección primera del Tribunal de Casación, presidida por el juez Corrado Carnevale, quien había adquirido el apodo de «matasentencias» debido a su afición a absolver a los mafiosos basándose en defectos técnicos. (En octubre de 2002, el Tribunal de Casación anularía una sentencia que condenaba al juez Carnevale por «cooperación externa en el delito de asociación mafiosa»; hay que concluir que simplemente —como él mismo sostuvo en todo momento— se limitaba a aplicar la ley de manera excesivamente puntillosa).

Desde el interior del propio sistema judicial hubo una insidiosa oposición a Falcone. Tras la sentencia del macrojuicio, el fundador del consorcio antimafia, Antonino Caponnetto, decidió regresar a Florencia. Falcone, que lloró en la fiesta de despedida de Caponnetto, era el candidato obvio a ocupar su puesto como jefe de la oficina de instrucción. Pero al final de una sórdida historia de politiqueo, intrigas de pasillos y celos profesionales, apenas velados por los ataques al «culto a la personalidad» que supuestamente se estaba creando en torno a Falcone, el puesto fue para Antonino Meli, un hombre al que le faltaban dos años para jubilarse y que jamás había llevado ningún caso relacionado con la Mafia. Falcone no solo se sintió humillado y desolado, sino que además estaba atemorizado. «Soy hombre muerto», les dijo a sus amigos. Era demasiado consciente de que la Cosa Nostra interpretaría cualquier indicio de que el Estado no le respaldaba como una señal de que ahora era vulnerable.

Sin que la opinión pública llegara a saberlo, Meli se dedicó a repartir los casos de la Mafia entre diversos jueces de manera aparentemente aleatoria, a cargar a los miembros del consorcio de casos sin relación alguna con la organización, a añadir nuevos miembros al consorcio sin consultar a nadie sobre su idoneidad, y a dividir los casos de la Mafia y distribuir sus partes entre investigadores de diferentes ciudades sicilianas. Nadie ha dudado jamás de la integridad de Meli, pero su método simplemente iba en contra del principio fundamental de trabajo de Falcone: la Cosa Nostra era una sola organización, que requería una respuesta judicial coordinada.

Contemplando estos acontecimientos con alarma desde su nuevo puesto en Marsala, a la larga Borsellino sintió la necesidad de hacer públicas sus preocupaciones: «Tengo la desagradable sensación de que alguien desea que el reloj ande hacia atrás», declaró. Aquello provocó una inmediata reacción política, y el

Consejo Superior de la Magistratura (CSM) —el órgano de gobierno del poder judicial italiano—, tras reunirse en sesión especial, decidió investigar las afirmaciones de Borsellino. Falcone escribió para explicar que bajo la dirección de Meli las investigaciones antimafia se habían visto interrumpidas. A medida que el contenido de las sesiones del CSM sobre el asunto —supuestamente confidencial— se filtraba tanto por los partidarios como por los detractores de Falcone, y a medida que saltaban las habituales acusaciones de partidismo político y «culto a la personalidad», se iba perdiendo toda referencia a lo que realmente importaba. Falcone ofreció y luego retiró su renuncia. Al final de aquel largo y desmoralizador alboroto, el CSM ordenó sin demasiada convicción a ambas partes que arreglaran sus diferencias, lo que dejaba a Falcone en una posición aún más débil. El Palacio de Justicia de Palermo pasaría a conocerse como «Palacio de Ponzoña».

La historia de los problemas de Falcone a manos de algunos de sus colegas de la magistratura después del macrojuicio constituye una deprimente muestra de lo solipsistas que pueden llegar a ser las instituciones públicas en Italia. A ojos de muchos políticos y de sus aliados en la judicatura, el consorcio antimafia no se veía como un instrumento más o menos útil para hacer lo que supone que hace el sistema judicial: proteger a los inocentes y castigar a los culpables que hay ahí fuera en el mundo real; lejos de ello, se veía más bien como otro «centro de poder» más desde el que ejercer influencia sobre los rivales dentro del Estado. Al tratar de defender el imperio de la ley, Falcone y Borsellino a veces daban la impresión de ser como entes tridimensionales que se vieran obligados a explicar su pensamiento a los habitantes de un mundo bidimensional; los dos magistrados podían hacer todo lo posible por explicar la tercera dimensión de la legalidad, pero la propia noción de que tal dimensión existiera resultaba casi del todo incomprensible para unos hombres cuyas únicas coordenadas eran la mezquindad política y las sutilezas legales.

En junio de 1989 los renovados temores de Falcone respecto a su vulnerabilidad se verían confirmados al encontrarse una bolsa de deporte marca Adidas llena de explosivos entre las rocas próximas a la casa que él y su esposa habían alquilado en la playa, justo al lado de Palermo. De manera poco característica en él, declaró abiertamente que creía que había políticos desconocidos cercanos a la Cosa Nostra implicados en la planificación de aquel atentado contra su vida. Durante los meses siguientes los asuntos del «Palacio de Ponzoña» se llevarían de nuevo ante el CSM, después de que Falcone fuera víctima de una campaña de cartas anónimas difamatorias probablemente escritas por uno de sus colegas. La principal acusación era que había utilizado a un desertor de la Mafia para librar una guerra sucia contra los *corleonesi.* El mes de enero siguiente Leoluca Orlando, el alcalde antimafia de Palermo, que había llegado al extremo de aliarse con los comunistas en un intento de cambiar el clima de la administración municipal, fue finalmente derrocado por los líderes de la DC en Roma, que le consideraban demasiado independiente

políticamente. Las perspectivas para Falcone, y para el movimiento antimafia, parecían bastante desoladoras.



Septiembre de 1989: Giovanni Falcone *(con la mano en el bolsillo de la americana)* llega a la escena de lo que se denomina una «*vendetta* transversal» (en la que se asesina a la familia de un mafioso como represalia). En este caso las víctimas eran la madre, la hermana y la tía de Francesco Marino Mannoia, un desertor de la Mafia. *[Labruzzo, Palermo.]*

* * *

Sin embargo, en febrero de 1991, Falcone, que tan a menudo había sido víctima del oportunismo político, sería por una vez su beneficiario. Fue aquel un momento en el que el destino del movimiento antimafia sufrió un cambio drástico. Tras la caída del muro de Berlín, en 1989, el témpano de la política italiana de posguerra empezó a fundirse. El PCI se disolvió y luego se reconstituyó como un partido socialdemócrata; ahora los italianos tenían muchas menos razones para «taparse la nariz y votar DC». Esta última parecía también más vulnerable en su reducto del nordeste de Italia; allí la estridente Liga Norte corroía el respaldo al partido católico denunciando la corrupción en Roma y en el sur del país. Se respiraban aires de reforma. Una oleada de crímenes, así como la indignación de algunos sectores de la opinión pública tras el macrojuicio, proporcionaron al nuevo y ambicioso ministro de Justicia socialista —anteriormente crítico con los jueces antimafia— la oportunidad que deseaba para aumentar su prestigio como defensor de la ley y el orden. Invitó a Falcone a ocupar el cargo de director de Asuntos Penales de su ministerio, con la responsabilidad de coordinar la lucha contra el crimen organizado a escala nacional.

Pese a los serios recelos de algunos de sus colegas, Falcone aceptó el puesto. Y en poco más de un año aprovechó el inesperado cambio de clima político para variar completamente la suerte de la lucha contra la Mafia. Su principal objetivo fue la

creación de dos organismos nacionales que todavía hoy constituyen los pilares de la respuesta de Italia al crimen organizado; por un lado, la DIA (Dirección de Investigación Antimafia), que une los esfuerzos de los carabineros, la policía y otros cuerpos de seguridad del Estado en la lucha contra las organizaciones de tipo mafioso (una especie de FBI italiano); por otro, la DNA (Dirección Nacional Antimafia), una fiscalía antimafia nacional, que coordina a veintiséis fiscalías de distrito antimafia situadas en diversas ciudades importantes de todo el país, cada una de las cuales está obligada por ley a llevar una base de datos informatizada sobre el crimen organizado. Así, desde el centro, en Roma, Falcone lograba realizar lo que le habían impedido hacer en Palermo: crear una visión unificada no solo de la Cosa Nostra, sino de toda el hampa italiana.

Pero todavía estaba por decidir el resultado definitivo del macrojuicio. Totò *el Corto* Riina tomó medidas para asegurarse de que el recorrido del caso a través del prolongado proceso de apelaciones no estuviera exento de sangre. En septiembre de 1988 fueron asesinados a tiros el juez del Tribunal de Apelación de Palermo Antonio Saetta y su hijo mentalmente discapacitado. En agosto de 1991 el fiscal del Tribunal de Casación Antonio Scopelliti moriría a manos de la Mafia calabresa (la *'Ndrangheta*) por encargo de la Cosa Nostra. (Tres semanas después, los mafiosos también mataron a tiros a Libero Grassi, un empresario de Palermo que encabezaba una campaña pública contra las actividades de extorsión, que por entonces se calculaba que proporcionaban unos ingresos de alrededor de veinticinco mil millones de dólares a las organizaciones criminales de toda Italia).

Estos asesinatos contribuyeron a aumentar el respaldo político a las reformas de Falcone. En cierto modo eran un signo de fracaso, un signo de que el desprecio de los *corleonesi* por el Estado italiano finalmente había empezado a volverse en su contra. Y asimismo contribuyeron a lograr que, como deseaba Falcone, el llamado juez «matasentencias» Corrado Carnevale no llegara a presidir la crucial vista del macrojuicio en el Tribunal de Casación. De ahí que el 31 de enero de 1992, después de dos meses de sesiones, este último revocara el veredicto del Tribunal de Apelación sobre el macrojuicio y confirmara los tres principales argumentos de la acusación original de Falcone y Borsellino: que la Cosa Nostra existía y era una sola organización unificada, que todos los miembros de la comisión eran conjuntamente responsables de los asesinatos perpetrados en nombre de la organización, y que las evidencias proporcionadas por los desertores de la Mafia eran válidas. El «teorema de Buscetta» era ahora un hecho y los líderes de la Cosa Nostra se enfrentaban a cadenas perpetuas irrevocables.

Después de ciento treinta años, el Estado italiano finalmente había declarado que la Mafia siciliana representaba un organizado y mortífero desafío a su propio derecho a gobernar; era la peor derrota en toda la historia de la organización criminal más famosa del mundo. Y ahora que todos esperaban que Falcone dotara a la nueva fiscalía nacional de la capacidad de rematar la faena en Sicilia, en todo el país e

incluso en el ámbito internacional, daba la impresión de que no podían sobrevenir sino nuevas derrotas para la Mafia. Falcone parecía disponer de todos los poderes que necesitaba para iniciar la redención definitiva de la *terra infidelium.*

11

Bombas e «inmersión» (1992-2003)

LA VILLA DE TOTÒ RIINA

La Escuela Agrícola de Corleone es un curioso edificio que se parece muy poco a lo que cabría esperar de una institución educativa pública. De construcción relativamente nueva, con tres altas torres y situada en una calle residencial, cuenta con aparcamiento subterráneo, ascensores, aire acondicionado y calefacción integral, y un cuidado jardín pavimentado. Su parte frontal está recargada de ostentosa metalistería, con balcones, verjas decorativas, una imponente puerta y varias farolas. Dentro, pupitres, pizarras y ordenadores contrastan con los suelos de mármol negro y rojo, las pesadas puertas de madera maciza y las paredes estucadas. En realidad, el Istituto Professionale di Stato per l'Agricoltura de Corleone no inició su vida como una escuela, sino exactamente como lo que parece ser: una lujosa villa construida por un gerifalte local, un tal Totò *el Corto* Riina.

Nadie le ha preguntado nunca a Riina para qué quería una casa que jamás llegaría a ocupar. Pero es probable que fuera allí donde tuviera planeado congregar a su extensa familia cuando su larga carrera llegara al final. Era el lugar de retiro que Riina se había construido con la esperanza de que podría arreglárselas para que la sentencia del macrojuicio se revocara y él pudiera volver a casa a disfrutar del fruto de su trabajo. Así, aunque es fácil reírse del llamativo aspecto de la villa de Riina, resulta a la vez difícil no sentirse impresionado por la confianza que revela, por la propia incapacidad de Riina para entender siquiera que el Estado pudiera tener algún derecho a impugnar una fortuna ganada con décadas de asesinatos.

Afortunadamente la confianza de Riina ha resultado equivocada. A finales de 1995, al capo de capos se le había confiscado un total de aproximadamente 225 millones de dólares, principalmente en propiedades, aunque es casi seguro que esta extraordinaria cifra no represente toda la fortuna del Corto Riina. Su villa de Corleone fue confiscada en 1992, y luego, en 1997, entregada a la ciudad tras una demanda civil contra la familia interpuesta por un valiente y joven alcalde antimafia. El pueblo de Corleone sabía bien lo que hacía al convertir la villa de Riina en algo tan normal y corriente como una institución educativa pública. La Cosa Nostra trata toda la riqueza pública, por muy esencial que sea —fuentes, carreteras, hospitales, escuelas—, como un posible botín. Como resultado, durante generaciones ha negado a todas las familias sicilianas que no caían dentro de su órbita esas banales, aunque cruciales, vías de progreso. Y cuando el Estado hace, de este modo, cosas buenas y normales con antiguas propiedades de la Mafia, no solo está perjudicando financieramente a los hombres de honor, sino que golpea directamente en el corazón a la justificación que estos dan a lo que hacen, puesto que, rodeados de traición y muerte, en última instancia se aferran a la creencia de que todo lo hacen por sus seres queridos.

Desde que Buscetta se convirtiera en testigo de cargo, en 1984, Riina había prometido a sus hombres que si la intimidación y la corrupción no lograban detener la

oposición judicial a la Cosa Nostra en Palermo, entonces sus contactos políticos la detendrían en Roma. El problema al que se enfrentaba para cumplir esa promesa era que la relación de la Cosa Nostra con la DC estaba cayendo en picado. Las atrocidades perpetradas en la década de 1980 habían desembocado directamente en una serie de leyes antimafia que la Cosa Nostra deseaba revocar urgentemente. Riina necesitaba ahora influir en las directrices políticas del gobierno, y no solo conseguir favores puntuales entre bastidores. Pero cuantos más «cadáveres eminentes» había, más renuentes se mostraban los políticos a exponerse por defender a la Mafia.

El problema alcanzó su punto culminante cuando Falcone fue a Roma en 1991. Los mafiosos interpretaron su traslado a la capital como un signo de que pronto sería absorbido por el cenagal de la política italiana, desacreditado y reducido a la impotencia. Pero los éxitos de Falcone en el Ministerio de Justicia resultarían un asombroso revés para tales expectativas. Era aquel un espectáculo espeluznante para los mafiosos, que estaban acostumbrados a ver a los partidos gobernantes como socios pasivos de desgobierno; pero he ahí ahora al mortal enemigo de la Cosa Nostra configurando las políticas de lucha contra la delincuencia de un ministro de Justicia socialista al amparo de un gobierno presidido por un primer ministro democratacristiano. Entre muchos otros cambios, el año 1991 presenció la aprobación de nuevas leyes para evitar el blanqueo de dinero, permitir el uso de escuchas telefónicas con los mafiosos y dotar al gobierno del poder de disolver los ayuntamientos infiltrados por el crimen organizado.

Por preocupantes que resultaran todos estos acontecimientos para la Cosa Nostra, a las bases de la organización se las llevó a creer que el «matasentencias» juez Carnevale constituía la última garantía de que al final las aguas volverían a su cauce. En consecuencia, el fallo del Tribunal de Casación, en enero de 1992, representó un terrible golpe tanto para los planes de Riina sobre el futuro de su familia como para su prestigio dentro de la Cosa Nostra. Era la prueba definitiva de que el capo más poderoso de toda la historia de la Mafia había hecho a la organización políticamente huérfana.

Lo que estaba en juego ahora era la propia supervivencia de Riina. Como explica el juez de instrucción Guido Lo Forte: «En la Mafia no puedes presentar tu renuncia. Simplemente te eliminan. El caso [para Riina y sus hombres] era o bien aceptar su propia eliminación, o bien tratar de reafirmar su poder a ojos del conjunto de todos los miembros»[128]. Riina eligió reafirmar su poder mediante una asombrosa escalada del conflicto entre la Cosa Nostra y el Estado italiano. La Mafia necesitaba influir más que nunca en el proceso político, pero solo le quedaba un medio de hacerlo: la violencia. Había que bombardear el Estado hasta que se retractara en aquello que más importaba a Riina y sus secuaces: el fallo del macrojuicio y la ley de 1982 que permitía a las autoridades confiscar las riquezas de la Mafia. Se dice que Riina declaró: «Debemos hacer la guerra para poder forjar la paz». Las condenas a muerte de Falcone y Borsellino dictadas por la comisión —pendientes desde hacía tiempo—

se reactivaron a los pocos días de que se pronunciara la sentencia del Tribunal de Casación.

Aquellos años 1992 y 1993 —los inmediatamente posteriores a la histórica decisión del Tribunal de Casación— serían los más dramáticos en toda la historia de la Mafia siciliana. La confrontación de Riina con el Estado se tradujo en una campaña de atentados terroristas a gran escala en toda la península italiana. Esta acción militar sin precedentes terminaría en una derrota tan grave que pondría en duda la propia supervivencia de la organización por primera vez desde los tiempos de Mussolini. Y de hecho, tanto la Cosa Nostra como Italia están viviendo todavía hoy las consecuencias del fracaso de los planes de jubilación de Riina.

DESPUÉS DE CAPACI

«¡Vito, mi Vito! ¡Ángel mío! ¡Se te han llevado! ¡Jamás podré volver a besarte! ¡Jamás podré volver a abrazarte! ¡Jamás podré volver a acariciarte! ¡Eres solo mío!»

En los funerales de Estado celebrados en honor de las víctimas del atentado de Capaci, sería la pequeña y pálida viuda de Vito Schifani, Rosaria, la que prestaría una desgarradora voz a su propia desolación y a la rabia de toda una ciudad. Su marido, junto con sus colegas los agentes Antonio Montinaro y Rocco Di Cillo, iba en el coche que sufrió de pleno el impacto de la explosión que mató al juez Falcone. De pie tras el atril y mirando a los feligreses, ante las cámaras de varias cadenas de televisión nacionales, clamó: «¡A los hombres de la Mafia —que también estáis aquí en esta iglesia— quiero deciros algo! ¡Haceos cristianos de nuevo! ¡Os lo pido por Palermo, una ciudad que habéis convertido en una ciudad de sangre!». Antes incluso de que el cardenal hubiera terminado de decir misa, los familiares y colegas de los policías fallecidos se levantaron para impedir que ningún dignatario se acercara a los cinco ataúdes. «¡Son nuestros muertos, no los suyos!», se oyó decir a uno de ellos. Rosaria Schifani, que seguía llorando desconsoladamente, dejó deslizarse entre sus dedos una botella de agua que alguien le había dado, que se estrelló contra el suelo; aparentemente sin darse cuenta, imploró una vez más ante los reunidos: «¡Hombres de la Mafia, os perdono! ¡Pero tendréis que arrodillaros!»[129]. Sus palabras se repetirían una y otra vez en los informativos de televisión.

La presión moral ejercida sobre los políticos italianos para demostrar que no tenían complicidad alguna en el asesinato de Giovanni Falcone en Capaci se hizo irresistible. En los días que siguieron al funeral, algunas de las personas que habían soportado la densa lluvia llenando las calles adyacentes a la iglesia de San Domenico, que habían contemplado los ojos llorosos de otros ciudadanos desconocidos y habían visto reflejada en ellos la misma resolución desesperada, empezaron a poner su granito de arena para tratar de que su aflicción se tradujera en un cambio. En todo el centro de la ciudad empezaron a colgar de las ventanas sábanas que llevaban pintados eslóganes como estos: «Falcone vive», «Palermo pide justicia», «Echad a la Mafia del gobierno», «Basta de asesinatos en esta ciudad». Incluso hubo un «Comité de Sábanas» que se convertiría en una de las numerosas nuevas organizaciones populares antimafia. Las palabras de Rosaria Schifani —«¡Mafiosos, arrodillaos!»— aparecían impresas en las camisetas que llevaban los integrantes de una cadena humana que recorrió toda la ciudad un mes después del atentado. Un árbol situado ante la casa de Falcone —por una triste ironía, este vivía en una calle a la que había dado nombre Emanuele Notarbartolo— se convirtió en un santuario, adornado con flores, fotografías y mensajes.

Inconcebiblemente, el 19 de julio de 1992, la Cosa Nostra demostró que el Estado ni siquiera era capaz de proteger al hombre que había pasado a ocupar el puesto de Falcone, Paolo Borsellino. La explosión que acabó con su vida y con la de cinco

miembros de su escolta pudo oírse en media ciudad. Tres días después de la muerte de Borsellino, Rita Atria, una adolescente de una «familia» mafiosa que había empezado a declarar ante el juez cuando su hermano y su padre habían sido asesinados, saltó al vacío desde el balcón de la vivienda donde se la mantenía oculta en Roma. Su nota de suicidio decía simplemente que ya no quedaba nadie que la protegiera. Fue aquel un verano en el que, como escribiría un activista del movimiento antimafia, Palermo parecía una especie de tragedia sangrienta y mal escrita: «Queremos salir del teatro, pero estamos encerrados».

Pese a su asombro y su consternación, muchos palermitanos seguían encontrando fuerzas para protestar. Entre las muchas imágenes inolvidables que dejarían las numerosas sentadas y manifestaciones de aquel período está la de un niño que tomó parte en una marcha que fue desde el centro de la ciudad hasta el lugar en el que había muerto Borsellino; llevaba un pequeño cartelón que por delante llevaba escrito: «Quiero ser digno de Falcone», y por detrás: «Quiero ser digno de Borsellino». Durante unos extraordinarios meses, la minoría virtuosa hizo suya Palermo y convenció a una gran parte de su población de la urgencia de la causa antimafia.

La situación de Sicilia era una emergencia nacional. Se envió a siete mil soldados a la isla para que relevaran a la policía de las tareas más rutinarias, con el fin de que esta pudiera participar en una gigantesca batida en busca de Riina y su banda de asesinos. Los oficiales de las fuerzas del orden que no habían sabido proteger a los dos jueces fueron cesados. El jefe de la fiscalía de Palermo, un hombre que había tenido varios altercados con Falcone, pidió el traslado. En otro acto más de excepcional coraje personal, un magistrado de Turín, Gian Carlo Caselli, se ofreció a cubrir el puesto vacante en Palermo y dar un nuevo impulso a la lucha contra la Cosa Nostra, lo que daría lugar a docenas de arrestos. Se aprobó una ley para proteger a los *pentiti*, y posteriormente se les daría la posibilidad de cambiar de identidad. Se pusieron en funcionamiento la DIA y la DNA, las nuevas instituciones antimafia diseñadas por Falcone. Se autorizó a la policía a infiltrarse en la Mafia utilizando falsas operaciones de tráfico de drogas o de blanqueo de dinero. Y lo más importante de todo, se estipularon nuevas condiciones penitenciarias más duras para los mafiosos a fin de que no pudieran seguir dirigiendo sus imperios aun estando entre rejas, como había sido la norma en el pasado.

Sin embargo, y como suele ser tan frecuente en la historia de la Cosa Nostra, todos estos éxitos no estuvieron exentos de contradicciones. El sistema político que en 1992-1993 parecía haber hallado finalmente la resolución necesaria para abordar el problema de la Mafia, por otra parte se disolvía al calor de un monumental escándalo de corrupción. Este se inició en febrero de 1992, cuando un político socialista de Milán fue descubierto cuando trataba de deshacerse de treinta millones de liras procedentes de sobornos tirándolas por la taza del váter. La «Operación Manos Limpias», como pasaría a denominarse, se extendió rápidamente a otros partidos y otras ciudades en la medida que los investigadores revelaron un arraigado

sistema de tráfico de influencias que vinculaba a empresarios, políticos y funcionarios de la administración. La «partidocracia» se desmoronaba. A finales de 1993, la tercera parte de los miembros del Parlamento italiano estaban siendo investigados por corrupción, y los dos principales partidos gobernantes —la DC y los socialistas— habían dejado de existir. Incrédulo, y a menudo divertido, el pueblo italiano contempló cómo se desarrollaba una revolución a través de sus televisores.

En algunos sectores de la Cosa Nostra, el clima predominante, aunque nada tenía de revolucionario, sí estaba experimentando un profundo cambio. Presintiendo lo que se les venía encima tras la sentencia definitiva del Tribunal de Casación sobre el macrojuicio, muchos hombres de honor habían empezado a entregarse a la policía aun antes del atentado de Capaci. Nunca antes había ocurrido nada parecido. Al ver que Riina no mostraba signo alguno de querer cambiar de táctica tras los asesinatos de Falcone y Borsellino, todavía hubo muchos más mafiosos dispuestos a convertirse en testigos de cargo. Gaspare Mutolo había sido iniciado por el propio Riina en 1973 y se había convertido en un destacado traficante de heroína. Fue él quien, en 1992, explicó a los jueces que la Cosa Nostra había subestimado completamente el daño que podía hacerle Falcone desde su puesto en el Ministerio de Justicia, y que había sido el veredicto del Tribunal de Casación, en enero, el que había desencadenado los asesinatos de Falcone y Borsellino. Los magistrados tenían ahora una idea muy clara de la manera de pensar de Riina.

Pero sería la información proporcionada por un mafioso que quería escapar a la venganza de Riina la que conduciría directamente a la captura del propio capo de capos en enero de 1993. El primer problema era identificar a Riina; la última foto que se tenía de él databa de 1969. Pero un hombre de honor al que se había capturado, Balduccio Di Maggio, identificó al jardinero de Riina, a su hijo y a su esposa en un vídeo de una villa que los carabineros tenían vigilada porque se sabía que era frecuentada por un miembro de la comisión. A la mañana siguiente, temprano, había ya un escuadrón de elite preparado cuando Riina abandonó la villa en un discreto turismo familiar. Cuatro hombres se abalanzaron tanto sobre él como sobre su chófer en un semáforo de la piazza Einstein. Riina, que no ofreció resistencia, mostró claros signos de temor, que solo se disiparon cuando se le dijo que era prisionero de los carabineros, y no de sus enemigos mafiosos. Al día siguiente, su mentor y padrino, Luciano Leggio, murió de un infarto en una cárcel sarda.

Finalmente Italia podía poner un rostro al temible nombre de Totò Riina. Una revista reprodujo sus rasgos toscos y ojerosos en la portada bajo el rótulo de «El Diablo». Pero el Corto fingió incredulidad ante aquella satánica imagen pública. Cuando se vio cara a cara con Tommaso Buscetta en los tribunales, Riina se negó a dirigir la palabra a su acusador basándose en sus infidelidades matrimoniales: «En mi pueblo, Corleone —declaró—, vivimos de forma moralmente correcta».

Pero más desconcertantes aún que el circense espectáculo de Riina eran las preguntas que su captura había dejado sin responder. El capo era un fugitivo de la

justicia desde finales de la década de 1960. En aquel tiempo se había casado, había tenido hijos, había recibido cuidados médicos para su diabetes, había enviado a sus hijos a la escuela y había ejercido un férreo control sobre una vasta organización criminal. Incluso la villa en la que Riina había pasado oculto los últimos cinco años de su vida estaba nada menos que en Uditore, la misma *mafiosissima borgata* que había sido la sede de la *cosca* de Antonino Giammona allá en la década de 1870. ¿Cómo era posible que Riina hubiera logrado evitar su captura durante tanto tiempo? Por otra parte, se proyectaba una inquietante sombra sobre la operación que finalmente había llevado a su arresto, ya que su villa de Palermo se había dejado sin vigilancia el tiempo suficiente para que un grupo de mafiosos la limpiaran, llevándose dinero, documentos, cuentas e incluso los abrigos de piel de su esposa. Los jueces que finalmente fueron a inspeccionar la propiedad se encontraron con que había sido completamente redecorada. Actualmente está en curso una investigación para tratar de averiguar cómo se permitió que eso ocurriera.

Tras el arresto de Riina, la jefatura de la Cosa Nostra pasó a manos de su cuñado y antiguo socio Leoluca Bagarella. Pero después de casi veinte años de dominación del Corto Riina, la Cosa Nostra no respondió bien al control de Bagarella. Incluso empedernidos *corleonesi* como Giovanni *lo Scannacristiani* Brusca, a la sazón *capomandamento* por derecho propio, consideraron inquietante el cambio:

> Después de la detención de Riina ya no había la misma calma que antes… Los diversos capos empezaron a dirigir sus propios *mandamenti* como les parecía, por sí mismos. Ya no existía la misma homogeneidad que antes, cuando había, bueno, lo que se podía llamar el «paterfamilias», el capo de todos[130].

Lo que no cambió, sin embargo, fue el completo respaldo del núcleo duro de los *corleonesi* a lo que había pasado a denominarse «estrategia de matanzas». En una reunión se oyó decir al Tractor Provenzano: «Todo lo que ha hecho el tío Totò [Riina] sigue vigente; no vamos a detenernos». Un mes después del arresto de Riina, e invocando una norma de la Cosa Nostra que estipula que los mafiosos tienen la libertad de organizar cualesquiera actividades extrainsulares que deseen, independientemente de la voluntad del resto de la organización, Bagarella, Brusca y otros capos de alto rango de Palermo y Trapani se reunieron para ventilar diversas propuestas acerca de cómo continuar la guerra contra el Estado. Según la versión de Brusca, se acordó de inmediato organizar un ataque a Maurizio Costanzo, un destacado presentador de programas de entrevistas que había expresado su deseo de que un mafioso que estaba en el hospital con una falsa enfermedad contrajera un tumor auténtico. Asimismo, trataron de la posibilidad de poner una bomba bajo la torre inclinada de Pisa, de envenenar los productos de bollería para niños de los supermercados, y de llenar las playas de Rimini de jeringas infectadas con el VIH. En

cada uno de esos casos se advertiría del peligro con tiempo suficiente para evitar muertes, ya que la cuestión era crear alarma pública y llevar al Estado a la mesa de negociaciones.

Al final se decidió no molestarse con las sutilezas de aquellos ataques «ficticios». El 14 de mayo de 1993, en Roma, una bomba estalló cuando se acercaba el coche del presentador de televisión Maurizio Costanzo; por una extraordinaria suerte, este resultó ileso. El 27 de mayo explotó un coche bomba en la via dei Georgofili, en el corazón de Florencia; cinco transeúntes resultaron muertos, y otros cuarenta, heridos. El 27 de julio, en Milán, un nuevo atentado con bomba en la via Palestro dejó otras cinco víctimas. El 31 de octubre alguien puso otra bomba en la via dei Gladiatori de Roma, cerca del estadio olimpico; se había programado para que estallara al final del partido de fútbol entre el Lazio y el Udinese, con el propósito de matar al mayor número posible de carabineros. Pero el detonador falló.

Fue durante aquel mismo año 1993 cuando se hizo evidente que la Cosa Nostra, en directa confrontación con el Estado, se había ganado asimismo la enemistad de la Iglesia. En noviembre de 1982, en plena *mattanza*, Juan Pablo II había visitado Sicilia sin mencionar ni una sola vez la palabra *mafia.* En mayo de 1993 el Papa volvería a viajar a la isla en la que constituía su primera visita después de la muerte de Falcone y Borsellino. En vísperas de su viaje, de tres días de duración, el periódico del Vaticano, el *Osservatore Romano,* invitó a la viuda de Borsellino, Agnese, a escribir una carta abierta. En dicha carta la viuda recordó el cristianismo «sencillo y profundo» de su marido, y pidió que se rezara para que la Iglesia «no comprometiera las auténticas enseñanzas de Cristo con ninguna clase de connivencia». A esta le seguiría otra carta de un grupo de intelectuales católicos, publicada en el *Giornale di Sicilia,* que resultaba aún más inequívoca, denunciando «los escandalosos vínculos existentes entre ciertos representantes de la Iglesia católica y determinados exponentes del poder de la Mafia».

Dos días después el pontífice eligió el dramático escenario del Valle de los Templos de Agrigento —donde se alzan antiguos e inestimables monumentos griegos enmarcados en un paisaje arruinado por la construcción ilegal respaldada por la Mafia— para desechar el sermón que tenía preparado y lanzarse a una atronadora e improvisada condena de la «cultura mafiosa… una cultura de muerte, profundamente inhumana, antievangélica». Visiblemente emocionado, pidió a los mafiosos que se convirtieran: «¡Un día vendrá el juicio de Dios!». La respuesta de la Cosa Nostra vendría el 27 de julio, cuando explotaron sendas bombas en las iglesias romanas de San Giovanni en Letrán y de San Giorgio en Roma, afortunadamente sin víctimas. El 15 de septiembre, en el barrio de Brancaccio, en la zona oriental de Palermo, el padre Pino Puglisi, el más destacado representante de la asediada tradición de los sacerdotes antimafia, fue asesinado a la puerta de su casa. Posteriormente uno de sus asesinos confesaría que el padre Puglisi le había sonreído justo antes de que le disparara: «Lo estaba esperando», le dijo.

En su salvaje reacción al fallo del Tribunal de Casación, en enero de 1992, era evidente que a la Cosa Nostra ya no le preocupaba perpetuar las dudas acerca de si existía o no. Pero a la vez estaba cargándose su propio sistema salvavidas, sus vínculos políticos, la seudorreligión que muchos de sus miembros profesaban, y la propia noción de que resultaba inseparable de la cultura siciliana. Como consecuencia directa de ello, los desertores de la organización empezaron a contarse por centenares; en 1996, por ejemplo, el número de *pentiti* alcanzó la cifra de 424. Atrapados en la disyuntiva entre el abominable régimen de los *corleonesi* en la Cosa Nostra y una vida de aislamiento bajo las nuevas y severas condiciones penitenciarias, hubo incluso hombres de honor de alto rango, miembros del núcleo duro de los *corleonesi*, que empezaron a colaborar con la justicia.

Un ejemplo servirá entre otros muchos. Salvatore Cancemi era un *capomandamento* que estaba en la comisión cuando esta aprobó la decisión de matar a Falcone y a Borsellino. Había sido también vigía del grupo que puso y detonó la bomba de Capaci. Pero al final algo empezó a cambiar en su interior el día en que oyó a Riina explicar sus planes para encargarse del imparable número de desertores: «El problema son esos *pentiti*, ya que si no fuera por ellos, ni siquiera el mundo entero unido podría tocarnos. Por eso tenemos que matarles y eliminar a sus parientes hasta el vigésimo, empezando por los niños a partir de seis años». Sin embargo no sería hasta el verano siguiente, en mitad de la campaña de atentados de 1993, cuando Cancemi se dirigiría a la puerta de un cuartel de carabineros para entregarse. Posteriormente también entregaría su fortuna, que según sus propias estimaciones ronda los cincuenta millones de euros. Cuando se reencontró con Tommaso Buscetta en un juicio (los dos estaban en la misma «familia», y se habían hecho amigos estando en la cárcel, en la década de 1970), confesó que él personalmente había ejecutado la orden de Riina de estrangular a dos de los hijos de Buscetta. Entonces el histórico desertor de la Mafia le abrazó y le dijo: «No podías rechazar la orden. Te perdono porque sé lo que significa estar en la Cosa Nostra».

Armados con las evidencias proporcionadas por los nuevos *pentiti*, los investigadores averiguaron rápidamente quiénes habían llevado a cabo los asesinatos de Falcone y Borsellino, los atentados con bomba en la península italiana, el asesinato del padre Puglisi y muchos otros crímenes. Los *corleonesi* seguían sembrando el terror en la Cosa Nostra para desalentar cualquier oposición a su estrategia de matanzas. Pero uno a uno irían cayendo ante el arma definitiva en el arsenal de un mafioso: la traición al Estado. Leoluca Bagarella fue capturado en junio de 1995 en un piso del centro de Palermo; era el segundo capo de capos arrestado en menos de tres años. Y luego, en mayo del año siguiente —cuatro meses después de que el pequeño Giuseppe Di Mateo fuera estrangulado y disuelto en ácido por orden suya—, los carabineros irrumpieron en la casa, cerca de Agrigento, donde se ocultaba Giovanni *lo Scannacristiani* Brusca junto con su familia. Para cuando tuvo lugar la detención de Brusca, la estrategia de matanzas ya se había abandonado y la Mafia

siciliana se hallaba inmersa en la peor crisis de su historia. La Cosa Nostra estaba, por fin, al borde de la derrota.

«TÍO GIULIO»

A través de su salvaje respuesta a la sentencia definitiva del Tribunal de Casación sobre el macrojuicio, la Cosa Nostra había puesto en peligro su propio futuro. Sin embargo, a finales de la década de 1990, y durante varios años, la opinión pública italiana se mostraría mucho más interesada en el pasado de la organización, ya que los dramas de 1992-1993 amenazaban con revelar un siniestro legado de connivencia entre políticos y mafiosos. Para algunos, parecía que la oscura verdad de la historia italiana iba a surgir finalmente bajo la luz de los fluorescentes del búnker judicial de Palermo. Allí, en septiembre de 1995, iría a juicio, acusado de colaborar con la Mafia, el hombre que durante un cuarto de siglo había sido el político más poderoso del país: el «brujo» de la DC, Giulio Andreotti, siete veces primer ministro de Italia. La prensa se referiría habitualmente a aquel proceso como el «juicio del siglo».

El drama de Andreotti se inició el 12 de marzo de 1992 con el asesinato de Salvo Lima. Resulta sumamente significativo el hecho de que la primera persona que cayó en la guerra de Riina contra el Estado italiano, unas semanas antes de que se asesinara a Falcone y a Borsellino, no fuera un juez o un miembro de las fuerzas del orden, sino un político democratacristiano. Lima —el ex-«joven turco» de la DC que había sido responsable del saqueo de Palermo y que solía conseguirle entradas para la ópera a Tommaso Buscetta— fue víctima de una ejecución de aterradora eficiencia. Se trasladaba a Palermo desde su casa de Mondello, la ciudad satélite costera de Palermo, cuando el parabrisas y uno de los neumáticos de su coche recibieron el impacto de los disparos realizados por el pasajero de una motocicleta que pasaba. Las últimas palabras de Lima fueron: «¡Vienen otra vez! *¡Madonna santa!* ¡Vienen otra vez!». Salió del coche y echó a correr, pero apenas pudo avanzar unos treinta metros antes de que el asesino, esta vez a pie, le alcanzara, le disparara por la espalda y luego le rematara de un tiro en la nuca.

Posteriormente un *pentito* explicaría por qué creía que se había asesinado a la «eminencia gris» de la DC siciliana:

> Lima había garantizado que todo se arreglaría en Roma… La razón del asesinato de Salvo Lima fue que no había cumplido las promesas hechas en Palermo, no se las había arreglado para que se cumplieran. Durante un tiempo, Salvo Lima, al menos según lo que yo he oído, en realidad estuvo instando a la gente a que no se preocupara[131].

Ese «todo» que Lima había asegurado que se arreglaría en Roma no era otra cosa que la sentencia del macrojuicio. No sabemos a ciencia cierta si realmente había hecho aquella irreflexiva promesa de manera explícita. Pero lo importante es que Riina había hecho creer a su gente que se habían dado tales garantías. Muchos de los

pentiti que surgieron durante la campaña de terror de 1992-1993 confirmarían la estrecha relación de Lima con la Mafia. Desde los días de los hermanos La Barbera, a finales de la década de 1950, Lima había sido el intermediario entre el hampa siciliana y el gobierno local y nacional. Así, en la mente de los hombres de honor, el funeral de Lima era también el funeral del pacto entre la Cosa Nostra y la DC que se había establecido en la época de don Calò Vizzini y el bandido Salvatore Giuliano.

El día después del entierro de Lima apareció una viñeta en la portada de *La Repubblica*, el diario de mayor tirada de toda Italia, que daba a entender que el sensacional asesinato tenía un claro contenido político. En la viñeta aparecía un hombre de traje oscuro boca abajo, con los brazos y las piernas extendidos, de cuya pronunciada joroba sobresalía el mango de una lima. Cualquier duda sobre la identidad del hombre la disipaba una grande e inconfundible oreja caída dibujada justo encima de su hombro izquierdo: era Giulio Andreotti, que por entonces llegaba al final del que sería su último mandato como primer ministro. El juego de palabras de la viñeta, que apenas resultaba más difícil de descubrir que la figura de Andreotti, estaba en la «lima». Lo que se sugería, pues, era que el auténtico objetivo del ataque a Salvo Lima era el primer ministro Giulio Andreotti. En otras palabras, la viñeta decía que la Cosa Nostra había apuñalado a un amigo por la espalda.

Cuando murió, Lima se dirigía al hotel Palace, donde tenía que acabar de preparar los detalles de una gran recepción en honor de Andreotti. Desde 1968, cuando Lima se convirtió en parlamentario y se enemistó con el Virrey Giovanni Gioia, su enorme grupo de seguidores sicilianos marcharon bajo la bandera de la facción de Andreotti en el seno de la DC. Antes de esa fecha, Andreotti había estado ocupando diversos cargos de gobierno de manera continua desde finales de la década de 1940, pero la obtención del apoyo de Lima en Sicilia marcaría el momento decisivo de su fortuna política. Si Lima no hubiera estado detrás, probablemente Andreotti jamás habría llegado a ser primer ministro; pero con Lima a su lado, se convertiría en el político más influyente del país. No podría formarse ningún gobierno sin su aprobación.



El siete veces primer ministro de Italia Giulio Andreotti *(con gafas)* fotografiado con su amigo Salvo Lima, que fue durante décadas el engranaje de unión entre la Mafia y la política. *[Labruzzo, Palermo.]*

Un gran número de notables de la DC se mantuvieron alejados de Palermo el día del funeral de Lima, como hicieron los líderes de los otros partidos, el presidente de la República y los presidentes de las dos cámaras del Parlamento. Algunos periódicos lo interpretaron como un signo de que las instituciones públicas se aseguraban de no dar la impresión de que consideraban al polémico Lima como uno de los suyos. En realidad el asesinato no habría podido producirse en un momento políticamente más delicado. El 5 de abril estaba previsto que se celebraran elecciones generales, unos comicios que todo el mundo sabía que probablemente resultarían decisivos para configurar la Italia posterior a la guerra fría. Se estaba realizando una amplia campaña para que Andreotti se convirtiera en el nuevo jefe del Estado, el próximo presidente de la República. Era comprensible, pues, que este fuera el foco de atención de los medios de comunicación cuando se presentó en el entierro de su amigo. Normalmente imperturbable e irónico, apareció pálido y visiblemente conmocionado. Ante las cámaras de televisión, defendió con rotundidad la reputación de Sicilia: «La isla no es la Mafia». En diversas entrevistas ofreció una confusa explicación del asesinato de Lima, una mezcla de «detrasología» y una nueva variación del mito de la *Cavalleria rusticana.* Al igual que Sicilia —argumentó—, Lima era la víctima de una campaña de difamación: «Los difamadores son peores que los asesinos. O al menos son igual de malos. Mi amigo Salvo Lima fue calumniado durante décadas». Los ataques a la reputación de Lima —afirmó— eran el preludio de un asesinato políticamente motivado, cuyo propósito podía ser muy bien preparar el terreno para un golpe de Estado totalitario. Al preguntarle si creía que el asesinato podía haber sido una advertencia dirigida a él, Andreotti respondió que no lo sabía: «A menudo las cosas que ocurren en Sicilia resultan casi incomprensibles».

La cuestión de cuánto de «incomprensible» tenía en verdad para Andreotti lo que ocurría en Sicilia no tardaría en convertirse en el tema central de un sensacional proceso celebrado en el búnker judicial de Palermo. Un año después de la muerte de Lima, y con el país en ebullición tras los asesinatos de Falcone y Borsellino, y la explosión del escándalo de corrupción de «Manos Limpias», la fiscalía de Palermo pidió autorización al Senado italiano para iniciar acciones penales contra Giulio Andreotti «por haber contribuido de una forma no ocasional a proteger los intereses y alcanzar los objetivos de la organización criminal conocida como Cosa Nostra». Conmocionado por la muerte de Falcone y Borsellino, Tommaso Buscetta se unió a otros *pentiti* más recientes que habían empezado a hablar de los vínculos políticos de la Mafia. En sus declaraciones había dos nombres que se repetían una y otra vez: Salvo Lima y Giulio Andreotti.

Las acusaciones contra Andreotti eran graves. Se alegaba que el político más poderoso de Italia durante las décadas de 1970 y 1980 había mantenido reuniones de negocios cara a cara con mafiosos del calibre de Stefano Bontate, *Tano Sentado*

Badalamenti y Michele *el Papa* Greco. Stefano Bontate —se afirmaba— incluso le había regalado un cuadro. La mayor parte de la atención de los medios de comunicación se centraba en la acusación de que Andreotti había besado a Totò *el Corto* Riina durante un encuentro secreto. Se decía asimismo que dentro de la Cosa Nostra era frecuente referirse a Andreotti como el «tío Giulio». Y lo que era más importante, se afirmaba que este había tratado de conseguir que el «matasentencias» juez Carnevale presidiera la sesión definitiva del macrojuicio. La acusación concluyó su argumentación afirmando que Andreotti «en un oscuro delirio de poder, había hecho un pacto con la Mafia», pero que su fracaso a la hora de cumplir las promesas que había hecho a los hombres de honor dio lugar a que estos se volvieron primero contra su aliado, Salvo Lima, y luego contra él; algunos *pentiti* dijeron que Riina estaba planeando matar a Andreotti o a uno de sus hijos.

En octubre de 1999 Andreotti fue declarado inocente. Se consideró que las declaraciones de los desertores de la Mafia resultaban demasiado vagas y contradictorias para sustentar una condena en firme. Pero la explicación que dieron a su decisión los jueces del proceso difícilmente puede interpretarse como una clara reivindicación de la moral de Andreotti, y más bien plantea una serie de preocupantes preguntas sobre el pasado de Italia.

La defensa del siete veces primer ministro italiano era, en esencia, que él no tenía ningún interés directo en los asuntos de la Mafia, que había dejado que su «calumniado» lugarteniente Lima siguiera con los asuntos de la política local mientras él pasaba a la escena nacional e internacional, inocente del peligroso entorno criminal en el que se movía Lima y otros de su ralea. En otras palabras, que, como él mismo había dicho, uno de los hombres de Estado más inteligentes y poderosos de Italia encontraba Sicilia «incomprensible».

Los jueces consideraban esa defensa poco verosímil, e incluso, en algunos aspectos concretos, mendaz. Lima aparecía mencionado docenas de veces en los papeles de la comisión de investigación Antimafia. El fallo de los jueces determinaba que, tanto antes como después de que entrara en la facción de Andreotti, en 1968, Lima había hecho alarde ante un estrecho colaborador de este último de su relación nada menos que con Tommaso Buscetta. En 1973 Andreotti se había desvivido por ayudar al «banquero de Dios» Michele Sindona a salvar sus bancos y escapar de los cargos judiciales que pesaban sobre él tanto en Italia como en Estados Unidos. Otra evidencia más de la falta de escrúpulos de Andreotti podía encontrarse en el hecho de que el «agresivo malversador de Corleone» Vito Ciancimino se hubiera unido a su facción en 1976. Los jueces declaraban que Andreotti «se había mostrado indiferente repetidas veces a los lazos que notoriamente le vinculaban [a Ciancimino] a la estructura criminal».

El tribunal hallaba otra evidencia de deshonestidad por parte de Andreotti en los dos primos recaudadores de impuestos, Ignazio y Nino Salvo, ambos «insertados orgánicamente en la Cosa Nostra», según declaraban los magistrados. (Nino murió de

muerte natural durante el macrojuicio; Ignazio fue condenado a una pena leve, pero en septiembre de 1992 sería asesinado a tiros por orden de Riina por no haber sabido proteger a la Cosa Nostra del juez Falcone). La afirmación de Andreotti de que no conocía a los primos Salvo resultaba «inequívocamente desmentida» por las evidencias; durante el juicio, por ejemplo, se presentaron fotografías en las que aparecían todos ellos juntos. Los jueces sugerían que la interpretación más favorable de la renuencia de Andreotti a admitir su trato regular con los Salvo era que estaba tratando de proteger su imagen. Pero no se interpretaba el carácter escurridizo de algunos aspectos de la defensa del político como una evidencia que justificara el argumento de la acusación de que este colaboraba de manera sistemática y deliberada en favor de los intereses de la Cosa Nostra.

Tras una apelación de la fiscalía, el veredicto de inocencia se vería confirmado en mayo de 2003, y a finales de julio se depositaría en la cancillería de Palermo la explicación de los magistrados de esta segunda absolución. Según los extractos publicados en la prensa nacional —las únicas partes disponibles en el momento de escribir estas líneas—, los jueces declaraban que Andreotti se había «puesto a disposición de diversos mafiosos de forma auténtica, estable y amistosa hasta la primavera de 1980». Antes de esa fecha mantenía «relaciones amistosas y directas [con hombres de honor] propiciadas por sus vínculos con Salvo Lima y los primos Salvo». Había una relación «basada en el intercambio y en un apoyo electoral generalizado a la facción de Andreotti [de la DC]». A partir de 1980 el político había mostrado «un compromiso cada vez más incisivo con la causa antimafia», hasta el punto de que incluso había puesto en peligro su vida y la de su propia familia. (Como el propio Andreotti ha señalado con frecuencia, por ejemplo, cuando Falcone trabajaba en el Ministerio de Justicia, en 1991 y 1992, él era primer ministro).

El punto de inflexión en la relación de Andreotti con la Cosa Nostra, en opinión de los jueces del Tribunal de Apelación, se produjo al iniciarse la época de los «cadáveres eminentes», y concretamente con el asesinato del presidente de la DC de la Región siciliana, Piersanti Mattarella, en enero de 1980. Mattarella, a quien los jueces definieron como «heroico», intentó dar una nueva transparencia a las operaciones de su partido y a la vida pública en Sicilia. Desde la perspectiva de la Cosa Nostra, lo más preocupante sobre Mattarella era su tendencia a liberar el sistema de concesión de los contratos municipales de la influencia de la mafia. Cuando Andreotti —según los jueces— se enteró de que existía un plan para asesinar a Mattarella, se reunió con Bontate y otros hombres de honor de alto rango y les instó a que no lo llevaran a cabo. Tras la muerte de Mattarella, Andreotti se reunió de nuevo con Bontate, solo para que este le dijera de manera inequívoca que la Cosa Nostra se consideraba fuera de su influencia. Según la sentencia de los jueces, Andreotti no informó en ningún momento de nada de todo aquello a las autoridades, ni para tratar de salvar a Mattarella, ni para llevar a sus asesinos ante la justicia.

Cuando un periodista le mencionó estas conclusiones, Andreotti subrayó la necesidad de situarlas en el contexto general de la sentencia de los magistrados.

Lo que salvó a Andreotti de ser condenado por sus relaciones con la Cosa Nostra fue el hecho de que en Italia existe una ley de prescripción, y los hechos habían sucedido hacía demasiado tiempo. Los jueces únicamente comentaban que Andreotti habría de «responder ante la historia» por lo que había hecho. El exprimer ministro respondió diciendo que «lo único que me interesa de un juicio es el resultado final. Y en este caso el resultado final es positivo. En cuanto a lo demás, amén». A sus abogados les quedaba ahora la tarea de considerar si apelaban o no ante el Tribunal de Casación en un intento de salvar su reputación.

Estas dos sentencias judiciales indican fehacientemente que, lejos de resultarle incomprensible, Andreotti entendía Sicilia lo suficientemente bien como para mantenerse fiel a sus aliados políticos aun siendo consciente de al menos algunas de las maldades que estos estaban cometiendo. Resulta extremadamente preocupante para la democracia italiana que durante tanto tiempo tantos electores estuvieran dispuestos a depositar su confianza en un hombre sobre el que, aun antes de ese juicio, existían fuertes sospechas de que utilizaba a la Mafia, a la manera tradicional, como un instrumento de gobierno local.

En el momento de escribir estas líneas, Andreotti ha sido declarado culpable en la apelación de otro juicio independiente del anterior, y condenado a veinticuatro años de cárcel por haber ordenado a la Mafia que matara a un periodista que le hacía chantaje en 1979. El exprimer ministro, ahora senador vitalicio, no irá a la cárcel a menos que su condena sea ratificada por el Tribunal de Casación, ante el que se ha presentado una apelación. Muchos observadores que han estudiado las pruebas consideran poco probable que se confirme el veredicto de culpabilidad[132].

Los años del juicio de Andreotti han sido años de silencio para la Cosa Nostra. Italia se vio despertada de su letargo por las atrocidades cometidas a principios de la década de 1990. Luego se apaciguó con la captura de Riina, de Bagarella y de Brusca. Y ahora parece haberse echado de nuevo a dormir tras la absolución de Andreotti. Cuando no se producen asesinatos prominentes, Sicilia parece estar muy lejos de Milán o de Roma. Pero en su silencio la Cosa Nostra ha empezado a reestructurarse. Y desde que se capturara a *lo Scannacristiani*, parece que Italia se haya propuesto dejar que se le escape de las manos una oportunidad histórica para derrotar a la Mafia.

EL TRACTOR SALE A ESCENA

Bernardo Provenzano ostenta un récord. Lleva huido de la justicia, buscado por asesinato, desde el día en que tomó parte, en Corleone, el 10 de septiembre de 1963, en el ataque a uno de los soldados que todavía le quedaban a «Nuestro Padre» Michele Navarra. Más de cuarenta años, pues, como fugitivo de la justicia. Y al igual que Riina antes que él, es casi seguro que Provenzano ha pasado la mayor parte de ese tiempo en Sicilia occidental. Su rostro es conocido en Italia sobre todo por un retrato robot de la policía, ya que la última foto suya muestra a un inquieto joven de veintiséis años con el cabello lleno de brillantina (se tomó en septiembre de 1959). No hay ejemplo más evidente de lo que significa en la práctica el control territorial de la Mafia que la continua capacidad de Provenzano para evitar ser capturado.



La última fotografía conocida, tomada en 1959, del hombre que hoy dirige la Cosa Nostra, Bernardo *el Tractor* Provenzano. Al lado, un retrato robot policial del aspecto que podría tener en la actualidad. *[Copyright desconocido.]*

Durante una gran parte de las cuatro últimas décadas, el papel de Provenzano en la Cosa Nostra ha sido gravemente subestimado, y en un tiempo incluso se creyó que había muerto. De hecho, su propio apodo, el Tractor, es un signo de lo mal que se le ha juzgado. El mundo supo de él gracias al testimonio de Antonino Calderone, uno de los más destacados *pentiti* de la década de 1980, quien, desde su distante perspectiva en Catania, al este de la isla, consideraba que Provenzano era poco más que un implacable asesino, mucho menos astuto que el Corto Riina. Otros desertores de la Mafia mejor informados han modificado ahora esa imagen; los *corleonesi* suelen referirse al Tractor más frecuentemente como el Contable o *zu Binnu* («tío Berna»). Dicen que Provenzano tiene una mente comercial y política mucho más astuta que Riina. Gioacchino Pennino, médico, político de la DC, persona mundana y hombre de honor, que se convirtió en testigo de cargo en 1994, afirmaba que había sido principalmente Provenzano quien había patrocinado con sus armas la carrera política del «agresivo malversador» Vito Ciancimino. En cierta ocasión, en 1981, el propio Pennino había expresado en voz alta su intención de abandonar el grupo de

Ciancimino en el ayuntamiento de Palermo. El tío Berna le mandó llamar, y sin oír siquiera sus explicaciones, le dijo claramente que se quedara quieto y callado.

Durante muchos años Provenzano actuó a la sombra de Riina. Mientras este último estaba ocupado en su guerra contra el Estado, Provenzano cultivaba discretamente las redes de amistades comerciales y políticas que siempre habían proporcionado a la Mafia siciliana sus principales ingresos. Inició su carrera comercial como cobrador de una casa de préstamos creada por Luciano Leggio para blanquear el dinero del narcotráfico, y que desde entonces se ha especializado en la sanidad, la construcción y la gestión de residuos. Como la mayor parte de la economía siciliana, se trata de negocios en los que predomina el sector público, y en consecuencia, empresas bien relacionadas con los políticos.

Pero el tío Berna obviamente está lejos de ser un personaje pacífico. Como miembro veterano de la comisión ha acumulado *in absentia* varias cadenas perpetuas por algunos de los asesinatos de «cadáveres eminentes», incluyendo los de Falcone y Borsellino, así como por haber planificado la campaña de atentados realizada en 1993 en toda la península italiana. A principios de la década de 1990 Provenzano se hizo cargo personalmente de una guerra entre la Cosa Nostra y una nueva federación de bandas establecida en el sur y el este de Sicilia, y formada en su origen por hombres de honor expulsados de la organización; se denominaban la *stidda,* que significa a la vez «estrella brillante» y «mala suerte». Muchas de las víctimas de la campaña de Provenzano —trescientos en tres años solo en la provincia de Agrigento— eran pistoleros adolescentes comprados por los *stiddari* por poco dinero.

Desde que se convirtiera en capo de capos tras la captura de Leoluca Bagarella, en 1995, Provenzano ha cambiado la estrategia de la Cosa Nostra. Los jueces califican su táctica de «inmersión» debido a que su principal objetivo es mantener a la Cosa Nostra por debajo del radar de la arena pública. Como consecuencia, desde que Provenzano asumiera el cargo no se han producido nuevas muertes de representantes destacados del Estado. Los asesinatos —significativamente, casi todos de empresarios— se producen lejos de las grandes ciudades. Incluso los pequeños delitos han descendido drásticamente en Palermo y Catania bajo el mandato de Provenzano. Roberto Scarpinato, un juez especializado en las relaciones entre el crimen organizado, los negocios y la política, sostiene que el tío Berna ha sabido captar una regla fundamental de la sociedad posmoderna: «Lo que no existe en los medios de comunicación no existe en la realidad».

Antiguos mafiosos que conocían a Provenzano han dicho que tiene un estilo de dirección mucho más conciliador que Riina, y que se muestra mucho más dispuesto a compartir beneficios. Dentro de la Mafia se le asocia al dicho *mangia e fai mangiare* («come y deja comer»). Algunas de las cartas comerciales del capo de capos que se han interceptado dan una idea de su planteamiento: «Por último le diré que estoy a su entera disposición. Le deseo lo mejor y les envío mis más afectuosos recuerdos a usted y a su padre. Que el Señor le bendiga y le proteja». La Cosa Nostra sigue

siendo una organización centralizada, pero ha dejado de ser la dictadura en la que se había convertido bajo el mandado del Corto Riina. La prioridad de Provenzano es la paz interna.

La Cosa Nostra del tío Berna también ha vuelto a cultivar su fundamental negocio de la protección. La presión sobre los negocios legales para que paguen el *pizzo* ha aumentado notablemente en los últimos años. Las actividades de protección se prestan muy bien a la estrategia de inmersión, ya que raramente requieren el uso de la sanción última y más llamativa del asesinato; un incendio, una paliza o una serie de robos repetidos suelen bastar para convencer a cualquiera que se resista a rascarse el bolsillo.

La protección representa asimismo el tradicional medio básico de la Mafia para acceder a los contratos de obras públicas. En julio de 2002 la autoridad reguladora nacional de obras públicas italiana hizo públicas una serie de evidencias que demostraban que el sistema de licitaciones, establecido para evitar la corrupción, estaba siendo sistemáticamente subvertido en Sicilia. El fiscal jefe de Palermo estimaba que el 96 por ciento de los contratos estaban amañados.

Actualmente una gran parte del gasto público de Sicilia lo proporciona la Unión Europea desde Bruselas, antes que el gobierno italiano desde Roma. La denominada «Agenda 2000» es el plan de la Unión Europea para fomentar el desarrollo en las zonas más pobres del continente. El plan regional para Sicilia prevé invertir 7.586 millardos de euros en el plazo de seis años, entre 2000 y 2006, con vistas a «reducir de manera significativa y sostenible las carencias sociales y económicas, incrementar la competitividad a largo plazo y crear las condiciones para un acceso libre y completo al empleo basándose en los valores medioambientales y la igualdad de oportunidades». Naturalmente la nueva y «sumergida» Cosa Nostra no comparte esta visión de lo que sería un crecimiento equilibrado y sostenible de Sicilia, al menos si nos atenemos a la siguiente conversación grabada en el verano de 2000: «Están aconsejando a todo el mundo que no haga ruido ni llame la atención porque vamos a meter mano en todo eso de la Agenda 2000». Vale la pena recordar que cuando Salvo Lima fue asesinado a tiros, hacía doce años que era miembro del Parlamento europeo.

En Sicilia ya no hay refinerías de heroína. La tendencia más reciente es que la droga se fabrique en los mismos lugares donde se cultiva la adormidera. Pero la isla sigue siendo un importante punto de acceso al mercado de Norteamérica. Tras haber eliminado a los principales traficantes de drogas en la *mattanza* de 1981-1982, los *corleonesi* dieron inmediatamente a los traficantes que quedaban lo que ellos denominaban una «licencia» para actuar en representación suya. Hay evidencias de vínculos relacionados con el tráfico de narcóticos entre la Mafia siciliana y las nacientes organizaciones criminales de la Europa del Este. Los servicios secretos italianos y rusos se enteraron de la celebración de un primer encuentro entre hombres de honor de alto rango y miembros de la mafia rusa en Praga, en 1992. Al parecer, posteriormente produjo una segunda reunión —de nuevo relacionada con el tráfico de

drogas y de armas— en Suiza, en la que también estuvieron presentes mafiosos estadounidenses.

Los beneficios de todas esas actividades ilegales resultan ahora mucho más fáciles de disfrazar, blanquear, trasladar e invertir que en la época de Stefano Bontate, Totò Riina y los «banqueros de Dios». La Mafia siempre ha sabido recurrir a expertos, ya sea en el comercio de los cítricos o en las finanzas internacionales. Y ahora, más que nunca, los hijos e hijas de los hombres de honor reciben la educación necesaria para llegar a convertirse en abogados, banqueros o agentes de la propiedad.

El mayor logro de Provenzano ha sido poner fin a la marea de desertores de la Cosa Nostra. La política de exterminar a los *pentiti* y a sus familias ha cesado con el fin de alentar a quienes se han convertido en testigos de cargo a retractarse y volver al redil. Al mismo tiempo, Provenzano ha vuelto a situar el cuidado de sus presos en el lugar destacado que tradicionalmente ocupaba en la lista de prioridades de la Cosa Nostra. Durante el caos de mediados de la década de 1900, muchos hombres de honor que estaban en prisión preventiva dejaban de recibir sus salarios. Se puede tener una idea de cómo los capos empezaron a responder a la crisis a partir de los siguientes extractos de cartas escritas desde la cárcel por el capo de Brancaccio, que había sido capturado, a uno de sus lugartenientes:

> Hay veinte de nuestros hombres arruinados por culpa de los juicios. Y no tienen medios para enfrentarse a la situación. La tarea es conseguir tres o cuatro pisos a cada uno para que ellos y sus familias puedan tener un futuro económico seguro.
>
> Los tíos que están en la cárcel siempre me preguntan por qué se ha interrumpido la paga mensual desde que me arrestaron… Quiero decir que dos millones [de liras] mensuales no son casi nada… Yo solía pagar cinco millones… Le insto a hacer como mínimo lo mismo que yo hacía… Cuando yo estaba huido ingresábamos una cantidad básica de doscientos millones al año, y aparte, entre mil y mil quinientos millones extras… Los constructores que están activos han tenido que construir esos pisos… Si alguien se retrasa es necesario hacérselo pagar. Cualquiera que se aproveche de los tíos que están entre rejas es una escoria deshonrosa[133].

Bajo el mandato de Provenzano, el fondo común para presos de la Cosa Nostra, que se financia con un impuesto sobre los ingresos de toda la organización, ha sido reactivado. En consecuencia, y como dice el destacado juez Guido Lo Forte: «Entre los beneficios ofrecidos por el Estado y los garantizados por la Mafia, actualmente los presos están eligiendo estos últimos».

Durante la crisis de mediados de la década de 1990, cuando parecía que la Cosa Nostra estaba próxima a la derrota, los padres mafiosos se mostraban renuentes a

permitir que sus hijos fueran admitidos en la organización. Ahora se han reanudado las iniciaciones, aunque de manera más selectiva que antes; en un intento de protegerse contra futuros *pentiti*, hoy se prefiere a los jóvenes procedentes de familias con un largo historial mafioso. Como dice el juez Scarpinato: «Los lazos familiares son un anticuerpo para la colaboración con el Estado».

Provenzano se ha rodeado de una generación de capos mayores que los jóvenes asesinos que Riina solía tener como sus más estrechos colaboradores, cuyo ejemplo más emblemático es el de Giovanni *lo Scannacristiani* Brusca. Los jueces de instrucción se refieren a veces a la comisión de Palermo, ahora dirigida por Provenzano, como el «Senado», debido a la edad de sus miembros, que, salvo contadas excepciones, rondan los sesenta años. Una vez más, es el temor a futuros *pentiti* el que ha impulsado este cambio. Los hombres de honor de mayor edad tienden a tener una visión más a largo plazo, tienen hijos en los que pensar y un patrimonio que transmitirles.

Las comunicaciones entre las «familias» y *mandamenti* también se han hecho mucho más compartimentadas, con solo unos pocos hombres de honor escogidos que actúan como canales de comunicación. Parece ser que actualmente es una práctica común que los hombres de honor oculten su condición incluso a otros mafiosos.

La respuesta de Provenzano a la crisis provocada por los desertores de su organización ha funcionado. Desde 1997 solo ha habido un importante hombre de honor que se haya convertido en testigo de cargo (más adelante hablaremos de él), y al mismo tiempo los legisladores han tratado de imponer controles más estrictos sobre el uso de *pentiti.* El *pentitismo*, como se le denomina, ha seguido siendo un arma especialmente polémica en el arsenal de los jueces. El veredicto del primer juicio de Andreotti vino a reforzar los argumentos de quienes consideran a los *pentiti* intrínsecamente poco fiables. Durante el proceso se produjo una controversia cuando un *pentito* clave mató a otro gángster mientras se hallaba bajo protección policial. Desde entonces los beneficios que los jueces pueden ofrecer a los desertores de la Mafia a cambio de información se han recortado. Además, cualquier evidencia que proporcionen los *pentiti* más de seis meses después de su captura ahora se considera inválida; el problema es que seis meses no es un plazo muy largo para que un hombre de honor dé información detallada sobre toda una vida de actividad criminal día tras día.

Provenzano ha establecido una *Pax mafiosa* mientras su organización reconstruye las redes de apoyo dañadas durante la década de 1980 y principios de la de 1990. Dado que las pistolas de la Cosa Nostra se han silenciado durante un tiempo, se ha escuchado incluso a algunos analistas sugerir que la Mafia está moribunda, que el nuevo mundo de internet y la globalización resulta demasiado moderno para que lo entienda un matón semianalfabeto como Provenzano. Pero durante el último siglo y medio, la Mafia ha respondido a todos los grandes desafíos de la modernidad: el capitalismo, el surgimiento del Estado-nación, la democracia, el auge y caída de las

grandes ideologías del socialismo y el fascismo, la guerra global, la industrialización y la desindustrialización. Nada de lo que los siglos XIX y XX pudieron proyectar contra la Mafia siciliana ha sido capaz de detenerla. No tiene mucho sentido sugerir que, librada a sus propias fuerzas, la Cosa Nostra no logre también hacer frente a los desafíos del siglo XXI. La organización jamás decaerá por decisión propia. El juez Scarpinato la describe como un «cerebro colectivo, capaz de aprender de sus errores, de adaptarse y de contrarrestar las distintas medidas utilizadas para combatirla»[134].

El destino de este «cerebro colectivo» sigue estando en el aire. La respuesta de las fuerzas del orden italianas a la Cosa Nostra es hoy más coordinada y eficiente que nunca. Así, por ejemplo, en julio de 2002, utilizando microbalizas GPS colocadas en los automóviles de diversos sospechosos, la policía arrestó a la que se afirma que era la comisión en pleno de la Cosa Nostra para la provincia de Agrigento: quince hombres, entre ellos un médico, un noble y un miembro del gobierno provincial. Al parecer se habían reunido para elegir a un nuevo capo.

Sin embargo, y como ha ocurrido con tanta frecuencia en el pasado, el destino de la Mafia siciliana dependerá menos de las fuerzas del orden que de la política, entendiendo por esta tanto el equilibrio de poderes interno de la organización como su relación con los representantes electos del pueblo. Bernardo Provenzano se enfrenta a una tarea política crucial. Tiene que hallar el modo de saldar el conflicto de intereses entre los capos que están en libertad y los líderes históricos de los *corleonesi,* hombres como Riina y Bagarella, que no han aceptado ser testigos de cargo y que llevan ya una década cumpliendo penas irreversibles de cadena perpetua bajo un duro régimen penitenciario. Los capos del exterior necesitan la paz y la «inmersión» para llevar a cabo una estrategia de reconstrucción a largo plazo. Los del interior necesitan con urgencia que se modifiquen las leyes, sobre todo la reforma de las condiciones penitenciarias —la conocida como «Ley 41 bis»— que impiden que sigan operando desde la cautividad, pero también una serie de cambios en las leyes que permiten la confiscación de las propiedades mafiosas, e incluso una revocación de los precedentes sentados en el macrojuicio; todo ello quizá a través de leyes retrospectivas que debiliten el valor de las evidencias proporcionadas por los *pentiti.* En otras palabras, las exigencias que desencadenaron el ataque al Estado de las décadas de 1980 y 1990 aún no han sido satisfechas.

Y ahora, una década después de la muerte de Falcone y Borsellino, y de los atentados en la península italiana, algunos observadores temen que la Cosa Nostra haya encontrado a alguien en el gobierno dispuesto a darle lo que quiere.

EL MAYORDOMO Y EL PUBLICISTA

Antonino Giuffrè, conocido como *Manuzza* («Manita»), jefe en funciones del *mandamento* de Caccamo de la Cosa Nostra, fue capturado el 16 de abril de 2002. El apodo de Giuffrè se deriva de la deformidad de su mano derecha, que quedó mutilada en un accidente de caza. Se dice que desde entonces ha aprendido a cargar y disparar una escopeta solo con la mano izquierda. En la granja abandonada donde se ocultaba (junto con una pistola cargada, seis mil euros en efectivo y unas estampas del padre Pio, el Sagrado Corazón y la Virgen) había una bolsa de la compra llena de cartas dirigidas a Bernardo Provenzano. Al parecer, algunos empresarios incluso escribían al tío Berna para pedirle favores en papel de carta con el membrete de la empresa.

En junio, considerando que había sido traicionado por su jefe, Giuffrè empezó a declarar ante los jueces de instrucción: «Yo era el principal colaborador de Provenzano, y mi trabajo consistía en tratar de llevar a cabo una reestructuración de la Cosa Nostra a una escala enorme». Pero su afirmación más llamativa fue que en 1993 la organización había mantenido «contactos directos» con representantes de Silvio Berlusconi, el famoso y bronceado magnate mediático italiano con sonrisa de cantante melódico.

Como el lector recordará, aquel mismo año, 1993, fue el de la campaña de atentados de la Cosa Nostra en la península italiana. Y también fue el año en que Berlusconi planeaba formar un nuevo partido político para responder a la crisis desencadenada por las investigaciones sobre corrupción de «Manos Limpias». El tema de la reunión entre la gente de Berlusconi y la Cosa Nostra —afirma Giuffrè— era la posibilidad de establecer una alianza entre la Mafia y el futuro partido político de aquel, que no tardaría en ser bautizado como Forza Italia.

Al año siguiente Berlusconi condujo a la victoria en las elecciones generales a una coalición. Pero dicha coalición resultó ser frágil, y se desmoronó antes de que finalizara 1994. Luego, en mayo de 2001, un año antes de la captura de Giuffrè, Forza Italia obtuvo un gran triunfo electoral y Berlusconi se convirtió en primer ministro, respaldado por una sólida mayoría parlamentaria. Este hombre, al que le gusta que le llamen *il Cavaliere* («el Caballero»), es también el más rico de Italia, con una fortuna estimada en diez mil trescientos millones de dólares en la época de las elecciones de 2001; entre muchas otras cosas, posee las tres mayores cadenas de televisión privadas del país, además de un imperio editorial. Nadie, desde Mussolini, había llegado a tener tanto poder sobre Italia o, de hecho, sobre Sicilia, ya que la coalición encabezada por Forza Italia ocupa los sesenta y un escaños parlamentarios de la isla.

Existen numerosos indicios de que, desde 1994, los hombres de honor han estado dando directrices a su gente para que vote la candidatura de Forza Italia. Teniendo en cuenta el modo en que la Mafia ha tendido a operar durante el último siglo y medio, no hay nada necesariamente sorprendente o escandaloso en ello; los políticos en el

poder son inevitablemente los más vulnerables a la presión del crimen organizado. Se sabe que debido a su creciente desencanto de la DC en la década de 1980, la Cosa Nostra estaba al acecho de un nuevo vehículo político para sus intereses. A finales de la década de 1980 se hicieron propuestas en ese sentido al Partido Socialista. Luego, a principios de la de 1990, el Corto Riina empezó a tratar de la posibilidad de un nuevo movimiento separatista siciliano con sus contactos comerciales y políticos entre los masones: «La Cosa Nostra está reviviendo el sueño de hacerse independiente, de convertirse en líder de una parte de Italia, un Estado propio, nuestro»[135], declararía un desertor por aquel entonces. Hoy se cree que, a los ojos de los capos de alto rango de la Cosa Nostra, el surgimiento de Forza Italia en 1993-1994 ofrecía una solución aún mejor, una estrecha relación con el partido destinado a ocupar un papel tan fundamental en la escena política nacional como antaño lo había ocupado la DC.

Hay muchas razones para mostrarse cauteloso ante las declaraciones de Manita, y para evitar sugerir cualquier equivalencia entre el papel de Forza Italia en Sicilia y la Cosa Nostra. Nadie en Italia afirmaría en serio que Berlusconi sea un mafioso o que sus victorias electorales sean un reflejo directo de la influencia de la Mafia. Las lecciones que nos da en este sentido la historia de la organización son bastante claras; ni siquiera en su apogeo, en las décadas de 1970 y 1980, la Cosa Nostra llegó a controlar ni de lejos el número de votos suficiente para lograr una victoria tan aplastante de su partido político favorito. El triunfo de Berlusconi se debió más bien al descontento provocado por sus antecesores, a una eficaz campaña electoral y a sus promesas relativas al gasto público.

Las acusaciones de Manita Giuffrè podrían resultar solo fantasías, o quizá mera propaganda triunfalista dirigida por los líderes de la Cosa Nostra a sus miembros. Los abogados defensores califican lo que ha declarado este último *pentito* de «antología de rumores». Pero los jueces de instrucción de Palermo sí se toman en serio lo que dice Giuffrè, ya que —sostienen— puede revelar el desenlace de una extraordinaria historia de hace casi tres décadas que potencialmente vincula a uno de los más estrechos colaboradores de Silvio Berlusconi directamente con la Cosa Nostra.

En 1974 Berlusconi buscaba un mozo de cuadra y mayordomo para su finca de Arcore, cerca de Milán. Pidió consejo entonces a Marcello Dell'Utri, quien, tras una ascensión prodigiosamente rápida en el mundo bancario siciliano, se había trasladado a Milán recientemente para convenirse en el factótum comercial de Berlusconi. (Posteriormente Dell'Utri se convertiría en el director de Publitalia, el extremadamente rentable brazo publicitario del imperio empresarial de Berlusconi; sería a él a quien se le ocurriría la idea de Forza Italia en 1993). Dell'Utri recomendó para el puesto de mayordomo a un compatriota palermitano, Vittorio Mangano, que lo ocupó durante dos años. Mangano ha muerto de cáncer hace poco, unos días después de haber sido condenado a cadena perpetua por dos asesinatos. Resulta que el «mayordomo» era un hombre de honor de la «familia» mafiosa de Porta Nuova.

La historia del mayordomo y el publicista es actualmente objeto de un juicio que se arrastra desde hace tanto tiempo en el tribunal regional de Palermo que la mayor parte de la opinión pública italiana se ha olvidado de él (hay que señalar que Berlusconi no está implicado aquí como acusado, sino como testigo). La acusación sostiene que fue el temor de Berlusconi ante la posibilidad de que sus hijos fueran secuestrados lo que llevó a Dell'Utri a buscar protección en Mangano. Dell'Utri responde a tales acusaciones diciendo que inicialmente desconocía los antecedentes penales de Mangano, y que le despidió en cuanto se descubrió la verdad. La acusación, en cambio, afirma que ese momento, en 1974, marcó el comienzo de una larga relación entre Dell'Utri y la Mafia siciliana, una afirmación que este niega rotundamente. Siempre según la acusación, Dell'Utri ha admitido haberle dicho a un socio comercial que él había actuado de mediador entre Berlusconi y la Cosa Nostra para evitar que su jefe fuera víctima de un secuestro; pero ahora él afirma que solo fue una bravata sin fundamento.

Hay una larga lista de cargos presentados contra Dell'Utri que se basan en sus presuntos tratos regulares con hombres de honor. Se afirma, por ejemplo, que Dell'Utri blanqueó dinero del narcotráfico, e incluso que en 1980 Stefano Bontate estuvo considerando la posibilidad de iniciarle en la Mafia. También se alega que Dell'Utri actuó de mediador entre la Cosa Nostra y diversas empresas del grupo de Berlusconi; por una parte, presuntamente aseguró la correcta transferencia de diversos pagos de protección de empresas de Berlusconi que operaban en Sicilia; por otra, según se afirma, gestionó inversiones de la Mafia en otras empresas, también propiedad de Berlusconi, con sede en Milán. Tras la *mattanza* de principios de la década de 1980, se alega que el Corto Riina monopolizó las relaciones de la Mafia en manos de Dell'Utri con la esperanza de beneficiarse, a través de este, de la estrecha relación de Berlusconi con el Partido Socialista.

La acusación afirma también que a principios de la década de 1990 Dell'Utri trató de obtener mediante extorsión el 50 por ciento de un contrato de patrocinio entre una marca de cerveza y el propietario de un club de baloncesto de Trapani. Presuntamente amenazó al propietario cuando este se negó a pagarle: «Le aconsejo que vuelva a pensarlo. Tenemos los hombres y los medios necesarios para convencerle de que cambie de idea». Dell'Utri, que niega esta acusación, asimismo está acusado de tratar de persuadir a dos desertores de la Mafia para que desacreditaran a los jueces de instrucción y a otros tres *pentiti;* el supuesto plan era «revelar» un complot ficticio de los jueces para incriminar a Berlusconi y al propio Dell'Utri. La defensa niega rotundamente esta acusación, al igual que las demás[136].

El caso Dell'Utri es largo y complejo; su resultado dependerá de cómo los jueces valoren unas evidencias que se remontan hasta principios de la década de 1970, y que van mucho más allá de las acusaciones de Antonino Giuffrè. Obviamente el tribunal también está evaluando dichas acusaciones, y bien pudiera ser que al final del proceso se declaren carentes de fundamento. Pero inevitablemente han alimentado la

especulación sobre un veredicto que, sea el que fuere, resultará crucial. Si se declara inocente a Dell'Utri, mucha gente sacará la conclusión de que —como ha sucedido con tanta frecuencia en el pasado— se han utilizado las acusaciones de complicidad con la Mafia como un arma política, siendo los verdaderos objetivos en esta ocasión Berlusconi y Forza Italia. Tal resultado supondría un grave perjuicio para la credibilidad tanto de los jueces como de los *pentiti*. Si Dell'Utri es culpable, su estrecha y notoria relación comercial y política con Silvio Berlusconi planteará inevitablemente una serie de preguntas, cuando menos sobre el juicio de este último. Si lo que dice Giuffrè es cierto, entonces también lo es que en 1993 la Cosa Nostra, a través de Marcello Dell'Utri, trató de obtener garantías de que Forza Italia, cuando estuviera en el gobierno, daría prioridad a las principales demandas de la Mafia: las sentencias del macrojuicio, la ley de confiscación de las riquezas de la Mafia y las duras condiciones penitenciarias de la «Ley 41 bis». Sobre esta base, algunos activistas antimafia podrían concluir, acaso precipitadamente, que el venerable acuerdo entre la Mafia siciliana y el sistema político italiano se ha renovado una vez más. Como mínimo, si Dell'Utri es condenado, es probable que la cuestión de si Berlusconi conocía o no los tratos de su publicista con los hombres de honor salte a la agenda política, y probablemente también a la judicial.

Pero aun cuando las afirmaciones de Giuffrè sobre un «contacto directo» entre Forza Italia y la Mafia en 1993 resulten infundadas, y aunque Dell'Utri sea absuelto, a la Cosa Nostra no le faltaban razones para alegrarse cuando Forza Italia llegó al poder, en 2001, debido a la declarada hostilidad de Berlusconi hacia unos jueces que considera ambiciosos y políticamente parciales. Su relación con los tribunales, junto con las acusaciones de sobornar a funcionarios de Hacienda, llevar falsa contabilidad y cometer fraude, han estado muy presentes en las noticias de actualidad. En el momento de escribir estas líneas, Berlusconi acaba de conseguir que se apruebe una ley que proporciona inmunidad jurídica a las cinco principales figuras de las instituciones italianas, incluido el primer ministro, mientras ejerzan el cargo. El primer efecto de dicha ley ha sido interrumpir un juicio en el que el propio Berlusconi estaba acusado de pagar enormes sobornos a diversos jueces con el fin de obtener una decisión favorable en una disputa sobre cierta privatización. El punto de vista de Berlusconi es que hay una serie de jueces «rojos» que están llevando a cabo una campaña concertada para desacreditarle, utilizando los mismos métodos que, según afirma, utilizaron para destruir otros partidos democráticamente elegidos durante las investigaciones de «Manos Limpias».

Esta es una de las razones por las que la principal prioridad del gobierno de Forza Italia es la reforma del sistema judicial. El programa de medidas anunciado por el ministro de Justicia, Roberto Castelli, sostiene que «en los últimos años determinados elementos de la judicatura han tratado de ocupar un terreno que pertenece a la política» y han intentado «convertir la justicia en un espectáculo». El plan del ministro consiste en «restituir la responsabilidad de la política judicial, especialmente

en el área del derecho penal, a la órbita de la soberanía democrática». Los detractores de Berlusconi temen que el verdadero objetivo sea poner la justicia bajo el control del gobierno.

En su lucha contra los jueces, Berlusconi se centra sobre todo en Milán, donde están concentrados sus intereses comerciales, antes que en Palermo. No obstante, su política judicial puede tener importantes efectos —incluso involuntarios— en el otro extremo de la península italiana. Es probable que varias medidas vengan a obstruir las investigaciones sobre las operaciones financieras de la Cosa Nostra, especialmente una ley que hará mucho más difícil utilizar pruebas relacionadas con cuentas en bancos extranjeros en juicios de ámbito nacional.

Además de estas reformas legales, a la Mafia le resultan también bastante apetitosos los planes de Berlusconi relativos al gasto público en Sicilia, en particular el proyecto de construir un puente que una la isla con la península italiana. Al parecer, se oye decir a menudo a Provenzano: «¡Coño! ¡Si construyen un puente todos saldremos ganando!». Aunque la Cosa Nostra siempre se ha mostrado entusiasta frente al gasto público, esté quien esté en el gobierno, los detractores de Berlusconi afirman que algunas de las cosas que los miembros de su equipo han estado diciendo tienen el efecto de ofrecer un incentivo al tío Berna. En agosto de 2001 Pietro Lunardi, ministro de Infraestructuras, provocó una auténtica tormenta cuando señaló que Italia tenía que «aprender a vivir con la Mafia; cada uno debe abordar el problema del crimen a su manera».

Algunos miembros del partido de Berlusconi incluso han expresado hostilidad hacia los *pentiti*, a quienes acusan de ser meros instrumentos en manos de unos jueces politizados o de actuar conforme a un plan secreto para desestabilizar el sistema político italiano. Con el pretexto de tener un sistema penitenciario más humano, otros políticos de los partidos de la coalición gobernante han propuesto la idea de ofrecer condiciones penitenciarias más llevaderas a los mafiosos a cambio de que se «disocien» de la Cosa Nostra, pero sin necesidad de que se conviertan en testigos de cargo. Hay razones para creer que al ala de Provenzano dentro de la organización le gustaría mucho llegar a un acuerdo con tales condiciones. Pietro Aglieri, un capo que está estudiando teología en la cárcel y del que se sabe que se halla muy próximo a Provenzano, escribió en marzo de 2002 a los fiscales antimafia pidiendo una negociación; su propuesta era que los hombres de honor tuvieran condenas menos severas a cambio de reconocer tanto la existencia de la Cosa Nostra como la autoridad del Estado italiano. Los jueces consideran que la propuesta es una trampa. Creen que Provenzano desea resolver el conflicto de intereses interno de la Cosa Nostra haciendo concesiones meramente simbólicas a las autoridades. Aunque en el mundo de la Mafia los símbolos son importantes, el probable resultado final de la «disociación» sería simplemente que la Mafia continuaría con sus operaciones «sumergidas», sabiendo confiada que se había convencido a la opinión pública de que la organización era cosa del pasado.

Independientemente de las intenciones del gobierno de Berlusconi, de lo que no cabe duda es de que a la Cosa Nostra le gusta una gran parte del ruido que llega de Roma desde las últimas elecciones generales. Pero los capos de mayor rango parecen haber convencido a las bases de la organización, y quizá incluso a sí mismos, de que tienen derecho a esperar algo más que ruido de un gobierno de Forza Italia, de que se han hecho promesas en firme y de que el programa de reformas legislativas del gobierno servirá para resolver las divisiones internas de la Mafia.

Como consecuencia, los detractores de Berlusconi están vigilando atentamente su gobierno para detectar el menor indicio de concesiones a las principales demandas de la Cosa Nostra. Resulta tranquilizador comprobar que hasta la fecha no ha habido ninguna. De hecho, siempre ha existido la posibilidad de que los capos se vieran decepcionados en sus expectativas de poder sesgar el proceso de decisión política para adaptarlo a sus propios fines. Los mafiosos tienen un gran interés en encontrar políticos italianos bien predispuestos, pero eso no significa necesariamente que entiendan la política italiana. Lo que es posible que algunos de ellos no sepan apreciar es que incluso un hipotético primer ministro cuya absoluta prioridad fuera hacerle el juego a la Mafia siciliana —y nadie cree ni por un momento que ese sea el caso de Silvio Berlusconi— tendría que enfrentarse a obstáculos casi insuperables. El espíritu de Falcone y Borsellino está presente en leyes como la «41 bis», y doblegarlas exigiría pagar un precio político terrible. Cualquier partido gobernante que tratara abiertamente de desmantelar los pilares de las leyes antimafia italianas estaría ofreciendo un colosal trofeo a sus adversarios, así como —y no menos importante— a sus socios de coalición. (El gobierno italiano es un gobierno de coalición, y la rivalidad entre los socios de gobierno es casi siempre tan feroz como la lucha entre los partidos del gobierno y la oposición).

Sea lo que fuere lo que alentara a algunos capos a confiar y esperar tanto cuando Forza Italia llegó al poder en 2001, el caso es que la Cosa Nostra está empezando a sentirse decepcionada por una coalición de gobierno que, según imagina, acertada o equivocadamente, contiene ciertos elementos proclives a la organización. Para empezar, la propuesta de la «disociación» no se ha materializado. Se cree que tal «disociación» es una idea de Bernardo Provenzano para llegar a un compromiso, tanto entre la Cosa Nostra y el Estado como entre los mafiosos encarcelados y los que están en libertad. En julio de 2002, Leoluca Bagarella, el hombre que fue capo de capos entre 1993 y 1995, y al que se considera hostil a cualquier clase de compromiso, demostró que se le estaba acabando la paciencia; aprovechó una comparecencia judicial para lanzar una advertencia, diciendo que los presos de la Mafia que viven bajo el duro régimen penitenciario de la «Ley 41 bis» estaban «cansados de ser utilizados, humillados, oprimidos y tratados como mercancía por los distintos partidos políticos». Un hombre como Bagarella jamás se permitiría despotricar así sin un objetivo concreto. Los observadores de la Mafia interpretaron sus palabras como una amenaza, muy bien calibrada en su imprecisión, y dirigida tal

vez a determinados miembros desconocidos de la coalición de gobierno, o quizá al gobierno en general. En la clásica manera mafiosa, quien de verdad tuviera que entenderla, sin duda la entendería. En cualquier caso, en octubre de 2002 el jefe de los servicios secretos italianos advirtió de que existía un «riesgo concreto» de que la Cosa Nostra, en su decepción, desencadenara una nueva oleada de asesinatos.

El final de 2002 presenció una crucial decisión en la lucha contra la Mafia, cuando el gobierno Berlusconi convirtió la «41 bis», que en realidad era un decreto que se renovaba anualmente, en una auténtica ley permanente. Un senador de Forza Italia, que desde hacía tiempo abogaba para que la «41 bis» se inscribiera de una vez por todas en los libros de leyes, comentó que el Parlamento había dado «la única respuesta posible a las inquietantes declaraciones de Bagarella». A ojos de personajes como este último, y por muy engañados que pudieran estar, ahora Forza Italia había incumplido de manera escandalosa su compromiso más importante. No habría que esperar mucho tiempo para ver cuál era el sentimiento de la Cosa Nostra frente a ese revés. Poco después de la votación parlamentaria sobre la «41 bis», los jueces contemplaron alarmados cómo, durante un partido de fútbol celebrado en el estadio de Palermo, aparecía una pancarta que rezaba: «Todos unidos contra la “41 bis”. Berlusconi ha olvidado a Sicilia». La interpretación más general era que se trataba de una advertencia dirigida a los políticos sicilianos. Es posible, pues, que la *Pax mafiosa* esté a punto de terminar. Pero la paradoja de estos momentos de tensión en Sicilia es que, si la Cosa Nostra empieza a disparar de nuevo, casi con toda certeza eso constituirá un signo de que se halla cerca de la derrota. De modo que no sorprende lo que ha dicho hace poco al respecto el *pentito* Salvatore Carcemi: «Encuentro este silencio más alarmante que las bombas».

En abril de 2000, a los setenta y dos años de edad, Tommaso Buscetta murió de cáncer en su norteamericana patria de adopción. En los cuarenta años que pasó en la Cosa Nostra, y los dieciséis que dedicó a tratar de destruirla, se calcula que adoptó unos doscientos seudónimos. Unos meses antes de su final, en su última entrevista en profundidad, Buscetta reflexionaba sobre su extraordinaria vida. Las esperanzas que alimentaran él y Giovanni Falcone en 1984 no representaban ahora más que un amargo recuerdo:

> Al final de mi primera entrevista, Giovanni Falcone y yo nos engañábamos pensando que esta vez la Mafia sería derrotada. Que no volvería a haber Mafia en nuestra tierra. Ahora… tengo que admitir que mi predicción era equivocada[137].

La Cosa Nostra —concluía Buscetta— ha vencido: «La Mafia es innata en todos los sicilianos».

Así, en su pesimismo, el hombre que tan extraordinaria contribución hiciera para revelar la falsedad de que la Mafia y el carácter siciliano eran una misma cosa terminaba su vida reiterando esa misma falsedad.

Ciertamente corren tiempos inquietantes para los enemigos de la Mafia. Pero aún no ha llegado el momento de secundar el fatalismo de Tommaso Buscetta. Incluso en un país tan amnésico como Italia, resulta poco probable que sus revelaciones compartan el mismo destino que el Informe Sangiorgi. El mito de la «caballerosidad rústica» ha muerto. El secreto que la Mafia siciliana logró guardar durante tanto tiempo, el secreto de su propia existencia, ha dejado de serlo, y ha dejado de serlo para siempre. Pero durante todo este tiempo otras fuerzas mucho más formidables que el mito han mantenido el poder de la organización. Los próximos años prometen revelar qué va a ser de la Cosa Nostra. Nadie fuera de la organización conoce la profundidad de la escisión entre los capos encarcelados y los que están en la calle, ni nadie conoce tampoco la fuerza relativa de cada una de las dos facciones. Puede que ambas se unan en una nueva ofensiva contra los jueces y una venganza contra los políticos que, según imaginan, les han defraudado. O puede que se hundan en una guerra civil, llevando al conjunto de la organización al borde de la destrucción. O también es posible que Bernardo Provenzano logre apaciguar o aislar a los capos encarcelados. Si lo hace, la Cosa Nostra proseguirá su callada reestructuración y forjará un nuevo pacto con elementos del Estado, dispuesta a entrar en una nueva fase de su salvaje historia; una historia que podía, y debía, haber acabado hace ya mucho tiempo.

Bibliografía

GENERAL

Estudios generales

Los siguientes libros han sido mis compañeros constantes durante la elaboración del presente volumen:

Aymard, M., y Giarrizzo, G., eds., *La Sicilia,* Turín, 1987.
Cancila, O., *Palermo,* Bari, 2000.
Gambetta, D., *The Sicilian Mafia,* Londres, 1993.
Lupo, S., *Storia della mafia,* Roma, 1993 y 1996.
Mangiatneli, R., *La mafia tra stereotipo e storia,* Caltanissetta, 2000.
Pezzino, P., *Una certa reciprocita di favori: mafia e modernizzazione violenta nella Sicilia postunitaria,* Milán, 1990.
——, *Mafia: industria della violenza,* Florencia, 1995.
Renda, F., *Storia della mafia,* Palermo, 1997.
Santino, U., *La mafia interpretata,* Soveria Mannelli, 1995.
——, *Storia del movimento antimafia,* Roma, 2000

Testimonios de pentiti

Brusca, G., y Lodato, S., *Ho ucciso Giovanni Falcone,* Milán, 1999.
Buscetta, T., y Arlacchi, P., *Addio Cosa Nostra,* Milán, 1994.
Calderone, A., y Arlacchi, P., *Gli uomini del disonore,* Milán, 1992.
Cancemi, S., *Riina mi fece i nomi di…,* Bolsena, 2002.
Commisione parlamentare d'inchiesta sul fenomeno della mafia e sulle altre associazioni criminali similari: *Mafia, politica, pentiti: la relazione del presidente Luciano Violante e le deposizioni di Antonio Calderone, Tommaso Buscetta, Leonardo Messina, Gaspare Mutolo,* Soveria Mannelli, 1993.

Fuentes documentales

La mayoría de las fuentes documentales se mencionan más adelante, bajo los epígrafes de las correspondientes partes del libro. Sin embargo, los documentos de la primera comisión de investigación parlamentaria han sido importantes en muchos períodos de la historia de la Mafia siciliana:

Commissione parlamentare d'inchiesta sul fenomeno della mafia in Sicilia, *Documentazione allegata alla relazione conclusiva della Commissione parlamentare d'inchiesta sul fenomeno della mafia in Sicilia*, 34 vols., Roma, 1976-1985 [a partir de ahora mencionada como *Documentazione allegata*]. *Testo integrale della Relazione della Commissione parlamentare d'inchiesta sul fenomeno della mafia*, 3 vols., Roma, 1973.

Periódicos y revistas

Avanti! (Milán)
Corriere della Sera (Milán)
Diario (Milán)
Domenica del Corriere (Milán)
Giornale d'Italia (Roma)
Giornale di Sicilia (Palermo)
Illustrazione Italiana (Milán)
L'Ora (Palermo)
La Nazione (Florencia)
New York Herald (Nueva York)
Il Precursore (Palermo)
La Repubblica (Roma)
Resto del Carlino (Bolonia)
Sicilia Nuova (Palermo)
Il Teatro Illustrato (Milán)
The Times (Londres)
La Tribuna (Roma)
L'Unitá (Roma)

Entrevistas con jueces antimafia

Antonio Ingroia
Guido Lo Forte
Gaetano Paci
Roberto Scarpinato

Todas ellas realizadas en abril de 2002, en el Palacio de Justicia de Palermo.

Bianconi, G., y Savatteri, G., *L'attentatuni*, Milán, 1998.
Capellani, N., *Vita di Giovanni Verga,* Florencia, 1972.
Catanzaro, R., *Il delitto come impresa,* Padua, 1988.
Dino, A., *Mutazioni,* Palermo, 2002.
Falcone, G., y Padovani, M., *Cose di Cosa Nostra,* Milán, 1991.
Flury, R., *Metro Mascagni: a Bio-Bibliography,* Londres, 2001.
Fulvetti, G., «Tra silenzio e collusione», *Novecento,* 5, 2001.
Leváis, N., *The Honoured Society,* Londres, 1964.
Lo Forte, G., «L'atteggiarsi delle associazioni mafiose sulla base delle esperienze processuali acquisite: la mafia siciliana», inédito, 1996. Mascagni, P., *Epistolario,* vol. 1, Lucca, 1996.
Niceforo, A., *L'Italia barbara contemporanea,* Milán, 1898.
Siebert, R., *Le donne: la mafia,* Milán, 1994.
Stille, A., *Excellent Cadavers,* Londres, 1995.

1. LA GÉNESIS DE LA MAFIA (1860-1876)

Abba, G. C., *Da Quarto al Volturno,* Bolonia, 1960.
Alatri, P., *Lotte politiche in Sicilia sotto ilgoverno della Destra (1866-74),* Turín, 1954.
Biundi, Giuseppe: *Dizionario siciliano-italiano,* Palermo, 1857.
Brancati, E., y Muscetta, C., *La letteratura sulla mafia,* Roma, 1988.
Carbone, S., y Grispo, R., eds., *L'inchiesta sulle condizioni sociali ed economiche della Sicilia (1875-1876),* 2 vols., Bolonia, 1968-1969.
Crisantino, A., *Della segreta e onerosa associazione,* Palermo, 2000.
D'Alessandro, V., y G., Giarrizzo, *La Sicilia dal Vespro all'Unitá d'Italia,* Turín, 1989.
Da Passano, M., ed., *I moti di Palermo del 1866: verbali della Commissione parlamentare di inchiesta,* Roma, 1981.
Davis, J. A., *Conflict and Control,* Londres, 1988.
De Mattei, R., «L'inchiesta siciliana di Franchetti e Sonnino», *Annali del Mezzogiorno,* 1963.
Di Bella, S., *I mafiusi della Vicaria di Palermo,* Cosenza, 1991.
Dumas, A., *Les Garibaldiens; Révolution de Sicile et de Napoles, 1861.*
Fiume, G., *Le bande armate in Sicilia (1819-1849): violenza e organizzazione del potere,* Palermo, 1984.
Franchetti, L., «Condizioni politiche e amministrative della Sicilia», vol., en L. Franchetti y S.
Sonnino, eds., *Inchiesta in Sicilia,* 2 vols., Florencia, 1974.
——, *Politica e mafia in Sicilia,* Roma, 1995.

Hay, D., *Albion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England*, Harmondsworth, 1975.
La Motta, M., «Le inchieste del 1875-76 nell'opinione pubblica siciliana», *Nuovi Quaderni del Meridione*, 51-52, 1975.
Loschiavo, G. G., *Cento anni di mafia*, Roma, 1962.
Lupo, S., «Nei giardini della Conca d'Oro», *Italia Contemporanea*, 156, 1984.
——, *Il giardino degli aranci*, Venecia, 1990.
Maison, *É., Joumal d'un volontaire de Garibaldi*, París, 1862.
Mangiameli, R., «Banditi e mafiosi dopo l'Unitá», en R. Mangiameli, ed., *La mafia tra stereotipo e storia*, Caltanissetta, 2000.
Maurici, A., *La genesi storica della rivolta del 1866 in Palermo*, Palermo, 1916.
Morvillo, A., *Storia e processo della tortura del sordomuto Antonio Cappello*, Palermo, 1864.
Nievo, I., *Lettere garibaldine*, Turín, 1961.
Novacco, D., «Considerazioni sulla fortuna del termine "mafia"», *Belfagor*, 14, 1959.
Onofri, M., *Tutti a cena da don Mariano: letteratura e mafia nella Sicilia della nuova Italia*, Milán, 1995.
Recupero, A., «Ceti medi e "homines novi": alle origini della mafia», *Polis*, 1 (2), 1987.
Riall, L., *Sicily and the Unification of Italy: Liberal Policy and Local Power, 1859-1866*, Oxford, 1998.
Santino, U., *La cosa e il nome: materiali per lo studio dei fenomeni premafiosi*, Soveria Mannelli, 2000.
Sciascia, L., *Il mare colore del vino*, Turín, 1973 (hay trad. cast.: *El mar de color vino*, Madrid, 1991).
Sonnino, S., *I contadini in Sicilia*, vol. 2, en L. Franchetti y S. Sonnino, eds., *Inchiesta in Sicilia*, 2 vols., Florencia, 1974.
——, *Lettere ad Emilia Peruzzi, 1872-1878*, Pisa, 1998.
Thompson, E. P., *Whigs and Hunters: the Origin of the Black Act*, Londres, 1975.
Traína, A., *Nuovo vocabolario siciliano-italiano*, Palermo, 1868.
Trevelyan, G. M., *Garibaldi and the Thousand*, Londres, 1909.
——, *Garibaldi and the Making of Italy*, Londres, 1920.
Turrisi Colonna, N., *Pubblica sicurezza in Sicilia nel 1864*, Palermo, 1988.

2. LA MAFIA PENETRA EN EL SISTEMA ITALIANO (1876-1890)

Alongi, G., *La mafia nei suoi fattori e nelle sue manifestazioni: studio sulle classi pericolose della Sicilia*, Turín, 1886.
——, *Manuale di polizia scientifica*, Milán, 1898.

Archivio Centrale dello Stato, Direzione generale affari penali, misc., 1863-1915, b. 44, f. 558, 1877: informes del fiscal jefe al ministro de Justicia.
Atti Parlamentara: Camera dei Deputati, Sessione 1874-1875, Roma, 1875.
Berselli, A., «Il governo dei moderati e la Sicilia», *Quaderni del Meridione*, 1, 1958.
Bonomo, G., *Pitrè, la Sicilia e i siciliani*, Palermo, 1989.
Buttitta, A., *Ideologie e folklore*, Palermo, 1971.
Caico, L., *Sicilian Ways and Days*, Londres, 1910.
Cardullo, F., *Le vie dello zolfo in Sicilia: storia ed architettura*, Roma, 1991.
Colacino, T., «La Fratellanza: associazione di malfattori», *Rivista di Discipline Carcerarie*, 5-6, 1885.
Cutrera, A., *La mafia e i mafiosi*, Palermo, 1900.
De Nicoló, M., *Trasformismo, autoritarismo, meridionalismo: il Ministro dell'Interno Giovanni Nicotera*, Bolonia, 2001.
Genco, M., *Il Delegato*, Palermo, 1991.
Gentile, G., *Giuseppe Pitrè*, Florencia, 1940.
Lestingi, F., «L'associazione della Fratellanza nella provincia di Girgenti», *Archivio di Psichiatria, Scienze Penali ed Antropologia Criminale*, 5, 1884.
Lombroso, C., *L'uomo delinquente*, 4.ª ed., Turín, 1889.
——, *La donna delinquente, la prostituta e la donna normale*, Turín, 1893.
Marino, G. C., *L'opposizione mafiosa 1870-1882*, Palermo, 1964.
Pezzino, P., «Stato violenza societá: nascita e sviluppo del paradigma mafioso», en P., Pezzino, ed., *Una certa reciprocità di favori: mafia e modernizzazione violenta nella Sicilia postunitaria*, Milán, 1990.
——, «"La Fratellanza" di Favara», en P. Pezzino, ed., *Una certa reciprocità di favori*, Milán, 1990.
Pitrè, G., *Usi e costumi, credenze e pregiudizi del popolo siciliano*, 4 vols., Palermo, 1889.
Russo, N., ed., *Antologia della mafia*, Palermo, 1964.
Seton Watson, C., *Italy from Liberalism to Fascism, 1870-1925*, Londres, 1967.

3. CORRUPCIÓN EN ALTOS CARGOS (1890-1904)

Archivio Centrale dello Stato, DGPS, aa.gg.rr. Atti speciali (1898-1940), b. 1, f. 1: «El Informe Sangiorgi».
Barone, G., «Egemonie urbane e potere local (1882-1913)», en M. Aymard y G. Giarrizzo, eds., *La Sicilia*, Turín, 1987.
Barone, G., «Il tramonto dei Florio», *Meridiana*, 1991, 11-12, pp. 15-46.
Dizionario Biografico degli Italiani, Roma, 1960: entradas sobre la familia Florio.
Candela, S., *I Florio*, Palermo, 1986.
De Felice Giuffrida, G., *Maffia e delinquenza in Sicilia*, Milán, 1900.

Ganci, S. M., Il *commissariato civile per la Sicilia del 1896*, Palermo, 1958.
Lentini, R., y Silvestri, P., eds.: *I Whitaker di villa Malfitano: seminario di studi Palermo, 16-18 de marzo de 1995)*, Palermo, 1995.
Lupo, S., «"Il tenebroso sodalizio": un rapporto sulla mafia palermitana di fine Ottocento», *Studi Storici*, 2, 1988.
Marchesano, G., *Processo contro Raffaele Palizzolo & C. Arringa dell'avv. G. M.*, Palermo, 1902.
Nicolosi, P., *Palermo fin de siècle*, Milán, 1979.
Notarbartolo, L., *Memorie della vita di mio padre*, Pistoia, 1949.
Poma, R., *Onorevole alzatevi!*, Florencia, 1976.
Renda, F., *Socialisti e cattolici in Sicilia (1900-1904)*, Caltanissetta, 1972.
Sanderson Whitaker, R., *Whitaker of Hesley Hall, Grayshott Hall, Pylewell Park and Palermo*, Londres, 1907.
Trevelyan, R., *Princes Under the Volcano*, Londres, 1972.

4. SOCIALISMO, FASCISMO, MAFIA (1893-1943)

Andreucci, F., y T. Detti, *Il movimento operaio italiano: dizionario biográfico (1853-1943)*, Roma, 1976-1978.
Anselmo, N., *La terra promessa: vita e morte di Bernardino Verro e del movimento contadino nel feudo*, Palermo, 1989.
——, *Corleone Novecento*, 4 vols., vol. 1, Corleone, 1998.
Archivio di Stato di Palermo: Prefettura Gabinetto 1906-25, b. 267, fasc.
«Omicidio Verro Bernardino», Rapporto del Capitano dei RR.CC., del Delegato di P.S. e del Commissario di P.S., Corleone, fechado el 4 de noviembre de 1915.
Archivio di Stato di Pavia: *Carte Mori*, «Relazioni, pubblicazioni, studi e discorsi (8)».
Blok, A., *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960: a Study of Violent Peasant Entrepreneurs*, Oxford, 1974.
Calderone, A., y Arlacchi, P., *Gli uomini del disonore*, Milán, 1992.
Cappellini, A., *Polesani illustri*, Génova, 1938.
Cararrubea, G., *I fasci contadini e le origini delle sezioni socialiste della provincia di Palermo*, Palermo, 1978.
Cicala, A., «Il movimento contadino in Sicilia nel primo dopoguerra (1919-1920)», *Incontri Meridionali*, 3-4, 1978.
Colletto, G., *Storia di Corleone*, Siracusa, 1936.
Duggan, C., *Fascism and the Mafia*, Londres, 1989.
Loschiavo, G. G., «Il reato di associazione per delinquere nelle province siciliane», *100 anni di mafia*, Roma, 1962.

Lupo, S., «L'utopia totalitaria del fascismo (1918-1942)», en M. Aymard y G. Giarrizzo, eds., *La Sicilia*, Turín, 1987.
Mangano, S., *Bernardino Verro socialista corleonese*, Palermo, 1974.
Marchese, A. G., *Inventario corleonese*, Palermo, 1997.
Marino, G. C., *I padrini*, Roma, 2001.
Mori, C., *Tra le zagare oltre la foschia*, Florencia, 1923.
——, Con *la mafia al ferri corti*, Milán, 1932.
——, *The Last Struggle with the Mafia*, Londres, 1933.
Paternostro, D., *L'antimafia sconosciuta: Corleone, 1893-1993*, Palermo, 1994.
Paton, W. A., *Picturesque Sicily*, Londres, 1898.
Petacco, A., *Il prefetto di ferro*, Milán, 1975.
Porto, S., *Mafia e Fascismo*, Palermo, 1977.
Raffaele, G., *L'ambigua tessitura*, Milán, 1993.
Renda, F., *I Fasci siciliani (1892-94)*, Turín, 1977.
Rizzo, R., *Bernardino Verro e il movimento contadino a Corleone*, tesis inédita, Universidad de Palermo, 1998.
Romano, S. F., *Storia dei fasci siciliani*, Bari, 1959.
Rossi, A., *Un italiano in America*, Milán, 1892.
——, *L'agitazione in Sicilia*, Milán, 1894.
Spanò, A., *Faccia a faccia con la mafia*, Milán, 1978.

5. LA MAFIA SE ESTABLECE EN ESTADOS UNIDOS (1900-1941)

Albini, J. L., *The American Mafia: Genesis of a Legend*, Nueva York, 1971.
Archivio di Stato di Palermo: Archivio Generale, Questura di Palermo, b. 1584, f. 196, f. 352: informes policiales sobre el asesinato de Petrosino.
Asbury, H., *The Gangs of New York*, Garden City (NY), 1928.
Blok, A., *East Side, West Side: Organizing Crime in New York 1930-1950*, Cardiff, 1980.
Carey, A. A., *Memoirs of a Murder Man*, Garden City (NY), 1930.
Deaglio, E., «Se vince lui ma forse no» entrevista con A. Camilleri publicada en *Diario*,
http://www.vigata.org/rassegna_stampa/2001/Archivio/Into9_Cam_mar2001_Dia
Gabaccia, D. R., *From Sicily to Elizabeth Street: Housing and Social Change among Italian Immigrants, 1880-1930*, Albany (NY), 1984.
Gentile, N., *Vita di capomafia*, Roma, 1993.
Gildeer, R.W., «The housing problem: America's need of awakening», *The American City*, 1, 1909.
Haller, M. H., «Illegal enterprise: a theoretical and historical interpretation», *Criminology*, 28, 2, 1990.

Henderson, T. M., *Tammany Hall and the New Immigrants*, Nueva York, 1976.
Landesco, J., *Organized Crime in Chicago,* Chicago, 1968.
Lawes, L. E., *Life and Death in Sing Sing,* Garden City (NY), 1928.
Lupo, S., «Cose nostre: mafia siciliana e mafia americana», en P. Bevilacqua, *et al.*, eds., *Storia dell'emigrazione italiana*, 3 vols., vol. 2, *Arrivi,* Roma, 2002.
Maas, P., *The Valachi Papers*, Londres, 1971.
Nelli, H. S., *The Business of Crime: Italian and Syndicate Crime in the United States,* Nueva York, 1976.
——, *From Immigrants to Ethnics: the Italian Americans*, Oxford, 1983.
Petacco, *A.*, *Joe Petrosino,* Milán, 2001.
Pitkin, T. M., y F. Cordasco, *The Black Hand: a Chapter in Ethnic Crime,* Totowa (New Jersey), 1977.
Reid, E., *Mafia,* Nueva York, 1964.
Rossi, A., *Impressioni italo-americane*, Roma, 1907.
——, «Per la tutela degli italiani negli tati Uniti», *Bolletino dell'Emigrazione*, 16.1904.
——,«Vantaggi e danni dell'emigrazione riel Mezzogiorno d'Italia», *Bollettino dell'Emigrazione*, 13, 1908.
Sciarrone, R., *Mafie vecchie, mafie nuove,* Roma, 1998.
Smith Jr., D. C., *The Mafia Mystique*, Nueva York, 1975.
Sori, E., *L'emigrazione italiana dall'Unità alla seconda guerra mondiale*, Bolonia, 1979.
Stokes, M., «The gangster cycle, the impact of the Depression, and cultural struggles of the early 1930s», en *Le crime organisé à la ville et à l'écran,* Tours, 2002.
Weissman Joselit, J., *Our Gang: Jewish Crime and the New York Jewish Community, 1900-1940,* Bloomington, 1983.
Woodiwiss, M., *Organized Crime and American Power: a History,* Toronto, 2001.

6. GUERRA Y RENACIMIENTO (1943-1950)

Adriano, P., *Indagine conoscitiva dell'Archivio della Commissione Alleata di Controllo, Governo Militare Alicato in Italia*, informe inédito, 2001.
«Allied to the mafia»: BBC2 *Timewatch,* documental emitido por primera vez el 13 de enero de 1993.
Campbell, R., *The Luciano Project*, Nueva York, 1977.
Casarrubea, G., *Salvatore Giuliano,* Milán, 2001.
Di Lelo, G., «La vicenda di Salvatore Giuliano», en L. Violante, ed., *La criminalità,* Turín, 1997.
Di Matteo, S., *Anni roventi: la Sicilia dal 1943 al* 1947, Palermo, 1967.
Gaja, F., *L'esercito della lupara,* Milán, 1962.

Harris, C. R. S., *Allied Military Administration of Italy 1943-1945,* Londres, 1957.
Kezich, T., *Salvatore Giuliano,* Roma, 1991.
Lumia, L., *Villalba, storia e memoria,* Caltanissetta, 1990.
Mangiameli, «Gabelloti e notabili nella Sicilia dell'interno», en R., Mangiameli, ed., *La mafia tra stereotipo e storia,* Caltanissetta, 2000. Maxwell, G., *God Protect me from my Friends,* Londres, 1957.
Meyer, K., y Parssinen, T., *Webs of Smoke,* Nueva York, 1998. Montanelli, I., *Pantheon minore (incontri),* Milán, 1955.
Naro, C., *La chiesa di Caltanissetta tra le due guerre,* Caltanissetta y Roma, 1991.
Pantaleone, M., *Mafia e politica 1943-1962,* Turín, 1962.
«Relazione sull'indagine sui casi di singoli mafiosi», en *Testo integrale,* vol. 1. Renda, F., *Salvatore Giuliano,* Palermo, 2002.
Romano, S. F., *Storia della mafia,* Milán, 1963.
Sicily. Zone Handbook (Foreign Office), Londres, 1943.

7. DIOS, HORMIGÓN, HEROÍNA Y COSA NOSTRA (1950-1963)

Barrese, O., *Complici,* Milán, 1973.
Biagi, E., *Il Boss è solo,* Milán, 1987.
Bonanno, J., *A Man of Honour: the Autobiography of a Godfather,* Londres, 1983.
Chubb, J., *Patronage, Power and Poverty in Southern Italy,* Cambridge, 1982. Farinella, M., *Diario Siciliano,* Palermo, 1977.
Kennedy, R. F., *Robert Kennedy in His* Own *Words,* Londres, 1988. Pantaleone, M., *Mafia e droga,* Turín, 1966.
«Relazione sull'indagine sui casi di singoli mafiosi», en *Testo integrale,* vol. 1. Santino, U., y La Fiura, G., *L'impresa mafiosa,* Milán, 1990.
Stabile, F. M., *La Chiesa nella società siciliana,* Caltanissetta, 1992.
——, *I consoli di Dio,* Caltanissetta, 1999.
Sterling, C., *The Mafia,* Londres, 1990.
Thomas, E., *Robert Kennedy. His Life,* Nueva York, 2000.

8. LA «PRIMERA» GUERRA MAFIOSA Y SUS CONSECUENCIAS (1962-1969)

Blando, N., «Di cosa parliamo guando parliamo di Regime mafioso?», conferencia inédita, 2002.
Deaglio, E., *Raccolto rosso: la mafia, l'Italia e poi venne giù tutto,* Milán, 1995. Di Lello, G., *Giudici: cinquant'anni di processi di mafia,* Palermo, 1994.
Nisticó, V., *Accadeva in Sicilia,* Palermo, 2001.
«Relazione sull'indagine sui casi di singoli mafiosi», en *Testo integrale,* vol. 1. Sciascia, L., Il *giorno della civetta,* Turín, 1961 (hay trad. cast.: *El día de la*

lechuza, Madrid, 1990).
«Sentenza, emessa il 22 dicembre 1968 dalla Corte di Assise di Catanzaro, nei confronti di Angelo La Barbera ed altri, imputad di vari omicidi, sequestri di persone, violenza privata ed altri reati», *Documentazione allegata*, vol. 4, tomo 17.
Servadio, G., *Angelo La Barbera: the Profile of a Mafia Boss*, Londres, 1974.
Tranfaglia, N., *Mafia, politica e affari, 1943-2000*, Roma y Bari, 2001.

9. LOS ORÍGENES DE LA SEGUNDA GUERRA MAFIOSA (1970-1982)

Anselmo, N., *Corleone Novecento*, 3 vols., vol. 3, Corleone, 2000.
Arlacchi, P., *Mafia Business*, Londres, 1986.
Bartolotta Impastato, F., *La mafia in casa mia*, Palermo, 1987.
Dalla Chiesa, C. A., *Michele Navarra e la mafia corleonese*, Palermo, 1990.
Dino, A., «Ritorno a Mafiopoli», *Meridiana*, 40, 2001.
Galluzzo, L., *et al.*, *Objettivo Falcone*, Nápoles, 1989.
Parlagreco, S., *L'uomo di vetro*, Milán, 1998.
Pistone, J. D., *Donnie Brasco*, Nueva York, 1989.
Russo Spena, G., *Peppino Impastato: anatomia di un depistaggio*, Roma, 2001.
Santino, U., «Peppino Impastato: la memoria difficile», *Meridiana*, 40, 2001.
Silj, A., *Il malpaese*, Roma, 1994.
Stajano, C., ed., *Mafia: l'atto d'accusa dei giudici di Palermo*, Roma, 1986. «Testo della requisitoria consegnata alla Commissione dal dottor Giovanni Pizzillo, Procuratore della Repubblica presso il Tribunale di Palermo», *Documentazione allegata*, vol. 1.
Vitale, S., *Nel cuore dei coralli*, Soveria Mannelli, 2002.

10. «TERRA INFIDELIUM» (1983-1992)

Caponnetto, A., *I miei giorni a Palermo*, Milán, 1992.
Caruso, A., *Da cosa nasce cosa*, Milán, 2000.
Corte Suprema di Cassazione: *Sentenza sul ricorso proposto da Corrado Carnevale*, Roma, 30
de octubre de 2002.
Ginsborg, P., *Le virtù della Repubblica*, Milán, 1994.
——, *Storia d'Italia 1943-1996: Famiglia, Società, Stato*, Turín, 1998.
La Licata, F., *Storia di Giovanni Falcone*, Milán, 2002.
Lodato, S., *Venti anni di mafia*, Milán, 1999.
Pansa, G., *Carte falce*, Milán, 1988.

Schneider, P., y J., «Il caso Sciascia», en J. Schneider, ed., *Italy's «Southern Question»*, Oxford, 1998.
Sciascia, L., *La Sicilia come metafora*, Milán, 1979.
——, A *futura memoria*, Milán, 1989.
Stille, A., *Excellent Cadavers*, Londres, 1995.

11. BOMBAS E «INMERSIÓN» (1992-2003)

Alajmo, R., *Un lenzuolo contro la mafia*, Palermo [sin fecha].
«Antimafia», número especial de *Meridiana*, 25, 1996.
Buscetta, T., y S. Lodato, *La mafia ha vinto*, Milán, 1999.
Caselli, G. C., y A. Ingroia, *L'eredità scomoda*, Milán, 2001.
Catanzaro, R., «Un anno di svolta nella mafia e nell'antimafia», en S. Hellman y G. Pasquino, eds., *Politica in Italia'93*, Bolonia, 1993.
Deliziosi, F., *Don Puglisi*, Milán, 2001.
Dino, A., «La mafia del Gattopardo», *Micro Mega*, 4, 2001.
Grasso, P., y S. Lodato, *La mafia invisibile*, Milán, 2001.
Jamieson, A., *The Antimafia: Italy's Fight against Organized Crime*, Londres, 2000.
Lo Forte, G., «L'evoluzione della "politica" di Cosa Nostra dal 1996 ad oggi», inédito, 2001.
Lupo, S., *Andreotti, la mafia, la storia d'Italia*, Roma, 1996.
Oliva, E. y S. Palazzolo, *L'altra mafia*, Soveria Mannelli, 2001.
Procura di Palermo, Direzione Distrettuale Antimafia: *L'onore di Dell'Utri*, Milán, 1997.
Torrealta, M., *Ultimo*, Milán, 1995.
——, *La trattativa*, Roma, 2002.
Tranfaglia, N., *La sentenza Andreotti*, Milán, 2001.

Webs y enlaces de interés

Los siguientes sitios de Internet se hallan entre las mejores fuentes de información sobre los acontecimientos contemporáneos:

http://www.antimafiaduemila.com
El sitio web de la revista *Antimafia 2000.*

http://www.interno.it/dip_ps/dia/home.htm
Incluye los informes semestrales de la Direzione Investigativa Antimafia al Parlamento.

http://www.centroimpastato.it/index.php3

El sitio web del Centro Siciliano di Documentazione «Giuseppe Impastato», dirigido por Umberto Santino y Anna Puglisi.

Las actas de la vigente comisión parlamentaria de investigación sobre la Mafia se encuentran en los siguientes sitios:

http://www.liberliber.it/biblioteca/i/italia/verbali_della_commissione_parlamentare_ar
http://www.camerait/_bicamerali/antimafia/home.htm



JOHN DICKIE (Dundee 1963). Autor, historiador y Profesor de Estudios Italianos en el University College de Londres. Creció en Leicestershire, y estudió en la Loughborough Grammar School and Pembroke College, de Oxford (número uno en lenguas modernas), y se graduó y doctoró en la Universidad de Sussex. Desde 1993 imparte clase en el University College.

Dickie es autor de varios libros: *Darkest Italy. The Nation and Stereotypes of the Mezzogiorno, 1860-1900* (Nueva York, 1999), *Cosa Nostra: Historia de la mafia siciliana* (2004), *Delizia! The Epic History of Italians and their Food* (2007), *Una catastrofe patriottica. 1908: il terremoto di Messina* (Roma, 2008) y *Blood Brotherhoods: the Rise of the Italian Mafias* (2011).

Define sus investigación como «representaciones del sur de Italia, nacionalismo italiano e identidades nacionales, historia cultural de la Italia liberal, teoría cultural y crítica, crimen organizado, comida italiana».

En 2005, el Presidente de la República Italiana lo invistió Commendatore dell'Ordine della Stella della Solidarietà Italiana (Comendador de la Orden de la Estrella de la Solidaridad Italiana).

Notas

[1] Falcone y Padovani, p. 41. (Véanse en la Bibliografía, al final del libro, las referencias completas de las obras citadas en las notas). <<

[2] Buscetta y Arlacchi, p. 20. <<

[3] Falcone y Padovani, p. 49. <<

[4] Buscetta y Arlacchi, p. 155. <<

[5] *La Repubblica*, 15 de septiembre de 1998. <<

[6] Dino, Mutazioni, p. 78. <<

[7] Brusca y Lodato, p. 84. <<

[8] Bianconi y Savatteri, pp. 280-284. <<

[9] Carbone y Grispo, vol. 2, p. 1.002. <<

[10] Brusca y Lodato, p. 33. <<

[11] Crisantino, pp. 85-86. <<

[12] Turrisi Colonna, p. 43. <<

[13] Turrisi Colonna, p. 47. <<

[14] Sonnino, Lettere, p. 231. <<

[15] Da Passano, pp. 130-132. <<

[16] Todas las citas de este párrafo proceden de Franchetti, *Condizioni*, pp. 3-4, 56. <<

[17] Franchetti, *Condizioni*, p. 98. <<

[18] Alatri, p. 95. <<

[19] *The Times*, 21 de junio de 1875. <<

[20] *The Times*, 9 de junio de 1875. <<

[21] El discurso de Tajani está en *Atti Parlamentari: Camera dei Deputati, Sessione 1874-1875, Discussioni,* 11-12 de junio de 1875. <<

[22] Pezzino, «Stato: nascita e sviluppo del paradigma mafioso», *Una cerca reciprocità*, p. 112. <<

[23] Carbone y Grispo, vol. 2, p. 1.137. <<

[24] Colacino, p. 180. <<

[25] Falcone y Padovani, p. 31. <<

[26] Caico, pp. 176-177. <<

[27] Alongi, *La maffia*, pp. 55, 58. <<

[28] Carbone y Crispo, vol. 2, p. 1.008. <<

[29] Alongi, *La maffia*, pp. 72-73. <<

[30] Pitrè, vol. 2, p. 292. <<

[31] Cancila, p. 237. <<

[32] Archivio Centrale dello Stato, Informe Sangiorgi, p. 117. <<

[33] Informe Sangiorgi, pp. 120-121. <<

[34] Trevelyan, Princes Under the Volcano, p. 223. <<

[35] Informe Sangiorgi, p. 38. <<

[36] Informe Sangiorgi, p. 137. <<

[37] Informe Sangiorgi, p. 137. <<

[38] Informe Sangiorgi, p. 193. <<

[39] Informe Sangiorgi, p. 37. <<

[40] Informe Sangiorgi, pp. 335-336. <<

[41] Informe Sangiorgi, p. 1. <<

[42] Barone, «Egemonie urbane», p. 317. <<

[43] Giornale di Sicilia, 20-21 de mayo de 1901. <<

[44] Resto del Carlino, 30-31 de octubre de 1901. <<

[45] Notarbartolo, p. 276. <<

[46] Avanti!, 18 de noviembre de 1899. <<

[47] Avanti!, 18 de noviembre de 1899. <<

[48] Notarbartolo, p. 339. <<

[49] Avanti!, 24 de noviembre de 1899. <<

[50] The Times, 22 de diciembre de 1899. <<

[51] Avanti!, 28 de septiembre de 1901. <<

[52] Giornale d’Italia, 1 de agosto de 1902. <<

[53] *The Times*, 1 de agosto de 1902. <<

[54] Marchesano, pp. 294-295. <<

[55] Lupo, Storia della mafia (ed. 1996), p. 133. <<

[56] Rossi, L’agitazione, pp. 81-82. <<

[57] Paton, *Picturesque Sicily*, p. 179. <<

[58] Rossi, *L’agitazione*, p. 82. <<

[59] Rossi, *L’agitazione*, p. 84. <<

[60] Rossi, *L'agitazione*, pp. 86-87. <<

[61] Rossi, *L'agitazione*, p. 84. <<

[62] Rossi, *L’agitazione*, pp. 125-126. <<

[63] Paternostro, p. 166. <<

[64] Spanò, p. 44. <<

[65] Spanò, p. 43. <<

[66] Sicilia Nuova, 10-11 de enero de 1926. <<

[67] Petacco, *Il prefetto*, p. 100. <<

[68] Calderone y Arlacchi, pp. 14-15. <<

[69] Porto, p. 22. <<

[70] Lupo, «L’utopia totalitaria», p. 394. <<

[71] Giornale di Sicilia, 28-29 de julio de 1925. <<

[72] Mori, The Last Struggle, p. 22. <<

[73] Marino, *I padrini*, p. 113. <<

[74] Raffaele, p. 205. <<

[75] Mori, *Con la Mafia*, p. 84. <<

[76] Archivio di Stato di Pavia. <<

[77] *New York Herald*, 26 de abril de 1903. <<

[78] Gildeer, p. 34. <<

[79] Reid, pp. 131, 139, 143. <<

[80] Carey, p. 120. <<

[81] Nelli, *The Business of Crime*, p. 75. <<

[82] Término despectivo inglés que se aplica sobre todo a italianos y españoles, con connotaciones parecidas al castellano «sudaca». *(N. del T.)* <<

[83] New York Herald, 26 de abril de 1903. <<

[84] Deaglio, «Se vince lui». <<

[85] Gentile, Víta di capomafia, p. 91. <<

[86] *Greaseball* es un término inglés despectivo que designa a los extranjeros de origen mediterráneo o hispano, mientras que *Moustache Pete* aludía específicamente en aquella época a las personas de origen italiano. *(N. del T.)* <<

[87] Calderone y Arlacchi, p. 158. <<

[88] Pantaleone, *Mafia e política*, p. 63. <<

[89] *La Repubblica*, Palermo, 11 de junio de 2000. <<

[90] «MAFFIA, Aug.-Dec. 1943», Allied Commission Control, 10106/143/28 Bob. 689C Scat. 140; citado en Adriano, p. 4. <<

[91] *Sicily* Zone Handbook, parte 3. <<

[92] «Allied to the Mafia». <<

[93] Romano, *Storia della mafia*, p. 302. <<

[94] Montanelli, pp. 282-283. <<

[95] Marino, *I padrini*, p. 246. <<

[96] Citado en Renda, *Salvatore Giuliano*, pp. 101-102. <<

[97] Derivado del movimiento político turco del mismo nombre de principios del siglo XX, el término se refiere en sentido amplio a cualquier grupo surgido en el seno de un partido político que propugne innovaciones o cambios radicales en la línea del partido. *(N. del T.)* <<

[98] Farinella, p. 25. <<

[99] Citado en Stabile, *La Chiesa*, p. 365. <<

[100] Del inglés *zip:* «ir zumbando», «pasar volando». *(N. del T.)* <<

[101] Commissione parlamentare d’inchiesta sul fenomeno della mafia in Sicilia, *Documentazione allegata*, vol. 5, pp. 375-642; p. 375, fechada el 29 de octubre de 1975. <<

[102] Calderone y Arlacchi, p. 91. <<

[103] Galluzzo, Nicastro y Vasile, p. 106. <<

[104] Galluzzo, Nicastro y Vasile, p. 107. <<

[105] Stajano, p. 14. <<

[106] El suceso inspiraría la célebre obra teatral de Dario Fo *Muerte accidental de un anarquista. (N. del T.)* <<

[107] Vitale, p. 53. <<

[108] Bartolotta Impastato, p. 30. <<

[109] Russo Spena, p. 170. <<

[110] *La Repubblica*, 11 de abril de 2002. <<

[111] *La Repubblica*, 11 de abril de 2002. <<

[112] Sterling, p. 295. <<

[113] Pistone, p. 388. <<

[114] Leonardo Messina, en Commissione parlamentare d’inchiesta, *Mafia, politica, pentiti*, p. 523. <<

[115] Stajano, p. 23. <<

[116] Stajano, p. 19. <<

[117] Gaspare Mutolo, en Commissione parlamentare d’inchiesta, *Mafia, política, pentiti*, p. 1232. <<

[118] Buscetta y Arlacchi, p. 219. <<

[119] La Licata, p. 77. <<

[120] La Licata, p. 77. <<

[121] Lodato, p. 107. <<

[122] Lodato, p. 132. <<

[123] Caponnetto, p. 24. <<

[124] *La Repubblica*, 30 de septiembre de 1984. <<

[125] *La Repubblica*, 8 de agosto de 1985. <<

[126] Sciascia, *La Sicilia*, p. 74. <<

[127] Leonardo Messina, en Commissione parlamentare d’inchiesta, *Mafia, politica, pentiti*, p. 542. <<

[128] Lo Forte, entrevista con el autor. <<

[129] *La Repubblica*, 26 de mayo de 1992. <<

[130] Dino, *Mutazioni*, p. 183. <<

[131] Entrevista a Gaspare Mutolo, en Commissione parlamentare d’inchiesta, *Mafia, politica, pentiti*, pp. 1.255, 1.288. <<

[132] En efecto, Andreotti sería absuelto definitivamente en 2004. *(N. del T.)* <<

[133] Dino, «La mafia del Gattopardo», p. 206. <<

[134] Scarpinato, entrevista con el autor. <<

[135] Leonardo Messina, en Commissione parlamentare d’inchiesta, *Mafia, politica, pentiti*, p. 522. <<

[136] Los cargos mencionados en este párrafo son los que aparecen publicados en *La Repubblica*, http://www.repubblica.it/online/fatti/utri/accuse/accuse.html; creo que este artículo es un resumen acertado e imparcial. <<

[137] Buscetta y Lodato, p. 14. <<